

A group of people, likely friends, are shown from the chest up, wearing winter hats and blankets. They are looking towards the camera with various expressions, including smiles and neutral looks. The background is a soft, light-colored fabric, possibly a bedsheet or blanket, with a small gold star visible in the upper left corner.

*Por esas cosas que suceden sin previo aviso
y te cambian la vida...*

ENTRE GUGGI Y GOMINOLA

Jezabel Marí

Jezabel Marí

Entre Gucci y Gominola

Dedicado a ti, Maite.
Por todos los momentos que atesoramos.
Te quiero.

Agradecimientos

A mi Anne, lo más grande que tengo. Me has demostrado cuánta fuerza tienes y estoy muy orgullosa de ti.

A mi amor, Kevin. Te amo el universo entero. Para toda la vida.

A mis amigas, cómo no. Os quiero, chicas. Siempre juntas a pesar de la distancia.

A esas personas que tanto me han ayudado, entre las que se encuentran Mely y Esperanza. Nunca acabaré de agradecerlos por todo lo que hacéis.

Y a mis adorables lectores. Gracias por ir tras mis letras. Gracias por hacerme sentir que debo seguir escribiendo.

Jezabel Marí

PRÓLOGO

África se bajó de un salto del taburete que había usado para guardar las dos últimas cajas en la parte superior del armario. Se sacudió las manos enérgicamente sobre el pantalón vaquero y observó satisfecha que todo había quedado en orden. Aquella era la habitación que compartiría con su prima Lucía a partir de ese momento; la cual, solo un par de horas antes, estaba patas arriba. El piso donde acababan de mudarse tras independizarse de sus

padres contaba con cuatro estancias, siendo el dormitorio la más espaciosa de todas. Las paredes, de un dudoso e insípido color blanco, afortunadamente ya habían sido revitalizadas por ellas mismas, quienes, durante casi veinticuatro horas consecutivas, se dedicaron a cubrirlas de un alegre, sensual y juvenil tono lavanda, muy acorde a sus personalidades.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lucía atravesando la puerta, recogiendo su pelo castaño en un moño desenfadado.

—¿Qué ha sido, qué? —África se encogió de hombros e hizo que su cabello rubio se moviera y cubriera parte de su cara.

—Si sigues usando el taburete como escalera acabarás cargándotelo. — Lucía se inclinó y pasó un paño húmedo por encima del pequeño asiento dorado. Luego lo empujó con una mano y lo colocó junto a la pared—. Pero si sigues saltando de él como una cabra loca, tus tobillos serán los que paguen las consecuencias... —arqueó las cejas dirigiéndole una advertencia a su prima. África se sonrió levemente y cabeceó al tiempo que alargaba un brazo para hacer rodar una de las puertas del armario.

—¡Ni que tuviera los tobillos de porcelana, exagerada! —pasó la mano por entre la ropa que había colgada en las perchas y luego rodó de nuevo la puerta para cerrarla. Lucía se sentó en el filo de la cama mirando de soslayo a su prima, observando su tan habitual expresión despreocupada. Seguidamente le dio un palmetazo en el trasero con el trapo húmedo que aún tenía en la mano. África separó los labios con sorpresa y Lucía sacó la lengua en un gesto burlón—. ¿Ordenamos el cajón de las bragas?

—No, déjate, que ni siquiera hemos dormido un par de horas desde ayer. ¡Que le den a las bragas! —murmuró Lucía, y suspiró mientras se dejaba caer de espaldas en el colchón. África amplificó su sonrisa con un ápice de travesura y no tardó en lanzarse sobre ella. Como acto reflejo, Lucía se cubrió la cara con los brazos—. ¡Los dieciocho te han sentado mal, ¿eh?! —trató de gritar, sepultada, y empujó fuerte con las manos para quitársela de encima—. ¡Mira que eres bestia!

África rió a carcajadas y estrujó la mejilla de Lucía con un beso antes de echarse a su lado.

—¿Te ha vuelto a molestar el capullo ese?

—No, y no lo nombres —apuntó Lucía y sacudió la cabeza

negativamente, como si de ese modo evitara que la imagen de Mateo apareciera en su mente.

—Si te llama otra vez me pasas el teléfono que yo lo atiendo — continuó África, bastante más seria que un instante antes. Sus párpados habían descendido y la sombra de sus largas pestañas se reflejaba en sus mejillas.

—Tranquilízate un poco, Afri —la voz de Lucía, serena, no equiparaba con su ceño fruncido de preocupación.

—¡Que se tranquilice el capullo! —espetó con ligereza. Lucía guardó silencio pensativa. África la observó desde su posición y giró su cuerpo hasta ponerse de lado, apoyando la cabeza sobre una mano—. ¿Sabes qué?! — preguntó con un súbito entusiasmo que hizo que Lucía la mirara con atención.

—Qué será lo que se le acaba de ocurrir a tu cabecita loca, te temo cuando pasas de un estado de ánimo a otro en dos segundos —dijo Lucía expectante, elevando levemente las comisuras de sus labios. África solo quería hacerla sentir bien y rió antes de contarle lo que estaba pensando. Sí, ella era capaz de pasar, aparentemente, del enfado al entusiasmo, pero eso no quería decir que estuviera olvidando su cuenta pendiente con el capullo que había enturbiado la alegría de Lucía.

—Tú y yo necesitamos salir, necesitamos beber alcohol y bailar como posesas, necesitamos... ¡¡LIGAR!! —la rubia elevó la voz para hacer hincapié en la última palabra.

—Menos en eso de: !!LIGAR!! —gritó imitando a su prima—, estoy de acuerdo en todo —aclaró. Luego hurgó con algo de dificultad en uno de los bolsillos de su pantalón corto y, sacando de ahí una gominola rosa en forma de corazón, se la llevó a la boca y comenzó a masticarla ante la atenta mirada de África—. ¿Quieres una? —hizo ademán de ir a buscar otro corazón de azúcar, pero África la detuvo.

—¡No quiero una gominola, joder! ¡Quiero un tío bueno!
¿Comprendes, Lucía? TU Y YO, POR EL BIEN DE NUESTRA SALUD,
NECESITAMOS COMER NOS A UN PAR DE TIOS QUE ESTÉN
ACOJONANTEMENTE BUENOS, ¡YA!

—Mensaje recibido —respondió Lucía después de haber visto a África ponerse de rodillas en la cama y vociferar como si de ello dependiera su vida.

Luego, ambas se miraron y rompieron a reír a carcajadas. África volvió a dejarse caer aplastando a su prima.

Jezabel Marí

Capítulo 1

El sábado había amanecido nublado aquella mañana de Junio, e incluso podría decirse que corría una brisa fresca que obligaba a los sevillanos a echar mano de un jersey de manga larga. Resultaba un poco incongruente, dado que el clima en Sevilla, a esas alturas del calendario, solía ser poco menos que sofocante sin necesidad de que brillara el sol. Así que la gente se había animado desde muy temprano a pasear por la ciudad, haciéndose hueco en algún bar o cafetería donde poder tomar un buen desayuno.

Y eso era justo lo que Lucía y África necesitaban en ese momento; un café, un batido de chocolate, una tostada con mantequilla y mermelada o un par de donuts. Cualquiera de las opciones les era válida para mantener las pestañas arriba y dar comienzo a la jornada de trabajo bajo su tienda, muy coqueta, en un lugar tan privilegiado como era *La Plaza del Duque*, junto a ocho puestos más.

África miró ligeramente de izquierda a derecha justo antes de dar unas zancadas para cruzar la calle y llegar al quiosco de *La Cani*, situado en la esquina de la acera donde también se ubicaba *El Corte Inglés*. Lucía, por el contrario, se había quedado en el puesto terminando de colocar la nueva gama de pulseras que había elaborado durante toda la semana, sobre el terciopelo marfil que cubría las dos mesas que ejercían de expositores. No perdió de vista a su prima África hasta que esta hubo llegado a la mostrador del quiosco y la había visto inclinarse sobre él para dar los buenos días a Cani, a quienes ambas, en apenas dos meses, habían llegado a considerar mucho más que una simple conocida. Cani era sociable, zalamera, sabía escuchar, daba consejos, y, en la mayoría de las ocasiones, encontraba la forma de sacar una sonrisa a todo aquel que se acercara a comprar a su tienda.

África se puso de puntillas sobre sus zapatillas *Converse* y apoyó los codos sobre el mostrador.

—¡*Morning*, Cani! —canturreó y concluyó el saludo con una amplia sonrisa. Cani, que en ese momento rellenaba la nevera de latas de refrescos, se giró, y rápidamente se acercó para atenderla.

—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó y apoyó las manos encima del mostrador, dejando caer su peso en ellas.

—¡Dime que tienes bombas de fresa, *please*! —suplicó, inclinándose más para poder echar un vistazo a la vitrina que había en el interior de la

tienda, repleta de dulces. Cani se hizo a un lado para dejarle libre el campo de visión, y fue en ese entonces cuando las pestañas de África aletearon de placer. Siempre era así cuando veía algo que saboreaba incluso antes de haberlo probado —. Oh, ahí están... —gimió. Cani la observó unos segundos y no pudo aguantar una breve carcajada, luego se hizo con un pliego de papel donde envolvería la bola con exceso de chocolate y fresa. ¿Cómo podía aquella chiquilla meterse por el cuerpo semejante pastel a las nueve de la mañana y quedarse tan pancha? Esta era una pregunta que Cani se hacía cada vez que África o Lucía aparecían por el quiosco. Y el caso de Lucía ya era más preocupante, pues aunque su trabajo era vender todo lo que pudiese y estaba encantada de tenerlas como clientes asiduas, no entendía cómo, con un vientre tan plano y unas caderas perfectas, Lucía ingería diariamente una bolsa de gominolas azucaradas. ¡Bendito metabolismo, juvenil, hiperactivo, inquieto, perfecto!

—¿Esto te lo comes tú sola o es para partirlo en dos y compartirlo con tu prima? —preguntó mientras soltaba el dulce con unas pinzas sobre el papel ante la ansiosa mirada de África, quien a su vez se relamía los labios instintivamente.

—Para mí sola, y no me pongas solo una, ponme dos. Para mi prima me das una de las otras, de las que son blancas y están rellenas de chocolate —. Señaló hacia la vitrina con el dedo índice, sin apartar la mirada del pastel que tenía delante. Cuando Cani se giró riendo y cabeceando en busca de los otros dos dulces, África aprovechó para pellizcar la bola y llevarse el pedazo a la boca. Cerró los ojos mientras el chocolate se deslizó por su paladar. Al regresar y verla de aquella guisa, Cani no pudo más que volver a reír.

—¿Y qué, convenciste a tu prima anoche para salir de fiesta? —inquirió, pegando el último trozo de *Fiso* para cerrar el paquete. Mientras tanto, África había echado la vista atrás para ver a Lucía y se giró al oír a Cani.

—¡Positivo! ¿Acaso lo dudabas? —. Mostró ese ápice de suficiencia que solía aparecer en su semblante de manera habitual.

—Me pareció ver a Lucía un tanto apagada a última hora de la tarde —comentó, mostrando interés y preocupación.

—Sí, bueno, a veces le pasa. El capullo de Mateo le envió un mensaje desde un número oculto. Era él, lo sé. A mí no me engaña. Algún día me lo echaré a la cara ¿sabes? Le voy a decir cuatro cosas y se le va a caer el

bronceado —espetó, sin evitar que la soberbia se hiciera presente entre sus palabras, y cogió el paquete de dulces después de dejar un billete de cinco euros encima del mostrador.

—Se le va a caer el bronceado... —repitió Cani asintiendo, analizando la frase que acababa de oír y que le había generado curiosidad. Luego atravesó el mostrador con la mano para dar el cambio a África. Esta lo cogió y metió una a una las monedas en el bolsillo de su ajustado pantalón vaquero.

—El capullo es muy moreno de piel. Yo le digo bronceado, pero en realidad es así de fábrica. Es su color. Tiene los ojos verde aceituna y los labios gruesos como chorizos —describió ligeramente y con desgana al susodicho Mateo, al que tanta inquina le tenía, mientras que Cani la escuchaba y seguía asintiendo, haciéndose un retrato mental de cómo sería aquel hombre —. Seguramente estés imaginando que es guapo, y lo es. Pero todo lo que tiene de guapo lo tiene de capullo, estúpido, insoportable, manipulador, arrogante...

—¡Toma ya! Acabas de vestir de blanco al tal Mateo —exclamó Cani, percatándose de que se acercaba otro cliente habitual; un chico muy joven que también trabajaba en uno de los puestos de la plaza, y que, desde que caminaba por la acera después de cruzar la calle, no le había quitado ojo de encima a África.

—¡Y podría seguir! Pero no lo haré porque tengo mucha hambre y estoy deseando hincarle el diente a mi bomba de fresa —alivió la congestión que había tenido en su semblante mientras se refería a Mateo—. ¡Adiós, Cani, luego vengo a por una *Coca-Cola*! —gritó, cuando ya había echado a caminar y estaba a punto de volver a atravesar la calle, por la que normalmente transitaban coches continuamente. Lucía la esperaba al otro lado con las manos en las caderas.

—África, tienes a tu cliente preferido esperándote —murmuró cuando su prima llegó hasta ella, y sonrió burlona viendo cómo a esta se le descomponía la cara.

—¿Otra vez ese hombre?! —dejó caer los hombros con aplomo.

—Me temo que sí —asintió Lucía, arqueando el ceño en un gesto de compasión hacia África.

—*Puf*, pues tendrá que esperar. ¡Mi hora del desayuno es sagrada! —Puso el paquete de dulces sobre las manos de Lucía y echó a caminar. Su prima la siguió de cerca y murmuró antes de llegar al puesto, donde Fabián,

un hombre italiano de treinta años, aguardaba con impaciencia a que África le hiciera un tatuaje de henna.

—Sabes que al *italianini* no le importaría esperar la vida entera por ti. —Su voz fina y sigilosa llegó perfectamente a oídos de África, quien volteó la cabeza mientras caminaba y le sacó la lengua. Lucía abrió la boca, gesticulando una carcajada silenciosa.

A las once de la mañana Lucía ya había vendido más de lo que había vendido nunca desde que tenían el puesto. Un puesto que, tanto ella como su prima, habían sabido decorar para aprovechar el espacio y llamar la atención de cualquier tipo de persona que pasara por allí. Pulseras de distintos colores y materiales personalizadas con *charms*, originales llaveros, diversos modelos de colgantes y un sin fin de pendientes. Todo hecho por las talentosas manos de Lucía, que estaba especializándose en joyería artística. África, que había comenzado a estudiar bellas artes, se encargaba de dibujar retratos a carboncillo, pintar a mano pañuelos de seda y hacer intrincados tatuajes de henna.

Sacó varios colgantes nuevos de la mochila que guardaba bajo la mesa y, cuidadosamente, fue colgándolos en una estructura metalizada pintada de rosa, donde habitualmente colgaba también los pendientes. Se puso de puntillas estirando los brazos con uno de los colgantes en la mano y, con algo de dificultad, intentó alcanzar el enganche que quedaba libre. El top blanco y holgado que llevaba puesto se le subió hacia arriba, haciendo que su tersa tripa quedase completamente al descubierto.

—¿Puedo ayudarte? —habló una voz, justo cuando ella sintió que su propia respiración se agitaba un poco por el esfuerzo e, instintivamente, giró la cabeza para descubrir quién era la persona que le ofrecía su ayuda.

No respondió. No pudo. Su mirada se había quedado prendida a la del chico que la contemplaba desde arriba. Era..., muy alto. Muy..., fuerte. Muy... DEMASIADO GUAPO. ¿Era de verdad? La respiración de Lucía no solo no se tranquilizó, sino que se aceleró más y tuvo que despegar los labios para poder controlarla. Aquel chico, al cual no había visto nunca antes, la observaba con intensidad y con un halo de ternura que ella no pudo ni quiso comprender.

—¿Quieres que te ayude? —movió sus labios para volver a ofrecerse y, cuando terminó de hablar, los curvó levemente insinuando una sonrisa. Una sonrisa que, sin llegar a culminar, lo hizo parecer más perfecto de lo que ya

era. Lucía tuvo que apartar la mirada para ocultar el calor en sus mejillas y poner fin a aquella conexión que prometía seguir originándose entre ellos.

Jezabel Marí

Capítulo 2

Lucía no sabía si aquel chico se había acercado hasta allí solo por el hecho de echar un vistazo a la tienda, como hacían muchos transeúntes, o para buscar algo en concreto. Pero lo cierto era que estaba consiguiendo ponerla nerviosa con su presencia. Este había dado un paso al frente con la imponente envergadura de su cuerpo, respetando el extraño silencio que se había producido bajo el toldo de aquel puesto. Unos segundos después, que a Lucía le habían parecido interminables, volvió a escuchar su voz.

—El silencio otorga, la mirada habla y la sonrisa confirma... — murmuró con suavidad y, a continuación, sus labios se separaron para esbozar una clara y arrebatadora sonrisa.

Lucía, sin ser dueña de sus propias reacciones, arrastró la mirada desde la correa que abrazaba aquellas caderas masculinas, hasta detenerla, a golpe de impacto, sobre unos bíceps ligeramente apretados por la tela de la camisa, la cual era de un azul zafiro, en perfecta armonía con el color de sus ojos.

Sus ojos... Justo en ellos empezó a ser consciente de que el tiempo seguía su curso y no había sido capaz de articular una palabra para aceptar o rechazar la ayuda que él, amablemente, le había ofrecido. Se sintió ridícula y volvió a retirarle la mirada para hacerse de nuevo con el colgante que, un minuto antes, debió haberse desprendido de sus manos sin que se diera cuenta. Esta vez se subió a una pequeña escalera de dos peldaños y estiró los brazos con menos esfuerzo para poner aquel complemento en el expositor rosa. La diminuta camiseta que llevaba puesta, otra vez traviesa, se hizo hacia arriba y pudo notar sobre su cuerpo la caricia de los ojos azules e intensos del hombre que la miraba. Y se erizó. Se erizó, irremediablemente, como si de verdad la hubiera tocado con la yema de sus dedos.

«¡Dios mío, ¿qué es esto? ¿Quién es y cómo puede...?!», se preguntó a sí misma, desconcertada, asustada, aturdida..

—¿Deseas alguna cosa? —se obligó a decir, después de regresar sus pies al suelo, y, decidida, izó la vista para dirigirse a él. Como respuesta, el chico no pudo más que seguir contemplando sus ojos y sonreír tenuemente. Ahora que ella lo preguntaba con aquella débil determinación y aquél rubor en sus mejillas... sí, descubrió que deseaba algo. Dejó caer la mirada un instante sobre sus labios y lo confirmó.

—Sí. De hecho, deseo... —murmuró, como si las palabras hubieran escapado de su boca sin permiso. Pero al sentir que se mordía su propio labio inferior, se reprendió mentalmente y descendió la mirada hacia el mostrador de la tienda para no dejar al descubierto sus pensamientos.

«¿De verdad estaba deseando hacer aquello? ¿Moler a besos a una completa desconocida?», se preguntó mientras ojeaba la hilera de pulseras perfectamente ordenadas sobre la tela marfil. Sí, definitivamente sí, y el motivo era evidente. Su pelo, sus ojos, su boca, su cuerpo... Toda ella era una tentación para sus sentidos.

—Estas de aquí son todas de chica —señaló Lucía, moviendo su mano sobre las pulseras—, y estas otras son de chico. —Parecía estar un tanto más relajada, aunque el perfume masculino que provenía de él no ayudaba demasiado. El chico elevó la mirada para atenderla mientras hablaba y volvió

a sentir, por un par de segundos, que se quedaba absorto en su boca. No obstante, tuvo tiempo de atrapar su mano antes de que esta la retirara. La sostuvo envolviendo su pequeña muñeca entre los dedos e, instantáneamente, comenzó a sentir un ligero cosquilleo que recorrió su brazo y se reflejó en su estómago.

—Me gusta esta que llevas puesta —dijo, con amabilidad y determinación, fijándose en una de las cuatro pulseras que ella tenía puestas. Lucía, intentando sobrevivir al súbito estremecimiento que le había producido la osadía del chico, no solo no pudo retirar la mano, sino que, con sus propios ojos, pudo comprobar que de nuevo se erizaba. Tragó saliva e intentó responder con toda la normalidad que fue capaz de aparentar.

—¿Cuál..., cuál de ellas? —Movi6 los dedos tratando de desentumecerlos, mientras que un cálido cosquilleo sinsentido se había originado en la punta de estos y había ido extendiéndose hasta llegar a su pecho. Luego había descendido a su vientre y, cuando intuyó que la sensación amenazaba con invadir su entrepierna, apretó los muslos uno contra otro para evitar que sucediese. No lo logró.

—Si Lucía es tu nombre..., esa, quiero esa. La que dice Lucía —deslizó la yema del dedo índice sobre dicha pulsera y luego hizo lo mismo sobre su piel. Muy despacio. Tan despacio, que el cosquilleo del que aún era presa se intensificó. Se hizo casi insoportable. Su respiración se agitó y, al mirarlo a los ojos durante un breve instante, intuyó que a él le pasaba lo mismo. Sus pectorales se pegaban a la tela de la camisa con un acelerado movimiento. ¿Qué se suponía que estaba pasando? ¿Por qué un absoluto desconocido estaba despertando en ella un deseo tan incontrolable?

En otro momento Lucía hubiera sucumbido a esas sensaciones, y habría sido ella misma quien hubiese rodeado la mesa para no tardar en comerle los morros a aquel bombón. Porque eso es lo que era, un bombón de chocolate al que seguramente cualquier mujer del mundo retendría entre sus piernas para no dejarlo desaparecer. Mientras imaginaba se perdió de nuevo en sus ojos, por los que también se sintió devorada. Estaba tremendo y se habría puesto de puntillas para alcanzar su boca. Habría trepado su fuerte anatomía para llegar a sus labios y, literalmente, se lo habría comido a besos. Pero no. Vio pasar dichas imágenes por su cabeza rápidamente y, del mismo modo, quiso rebobinar y desecharlas. Rompió el contacto, apartando la mano de un tirón, le dedicó una última mirada cargada de rechazo y se giró para atender a un par de chicas jóvenes que acababan de llegar.

Él frunció suavemente el ceño y siguió observándola un momento sin dar ni un solo paso. Tragó saliva cuando ella sonrió mientras hablaba con otras personas, y se llevó la palma de la mano al pecho para tranquilizar sus latidos.

—¡Hola! Me llamo África, ¿puedo atenderte? —La alegre voz de otra chica interrumpió sus pensamientos, y descendió la mirada para encontrar a su lado a una rubia de pelo largo que lo miraba sonriente. Los ojos de esta se abrieron impresionados cuando él parpadeó e intentó, con cierta dificultad, elevar las comisuras de sus labios—. ¿Te gusta algo de lo que ves en la tienda? Te puedo mostrar todo lo que tenemos... —sugirió ella y ensanchó la sonrisa sin dejar de estudiar su semblante. Posiblemente la simpatía con la que aquella adolescente lo trataba, hubiera levantado el ánimo al tipo más triste del mundo, pero no a él. Si era Lucía el nombre de la chica que acababa de clavársele en el alma, con la última mirada que le había dirigido, Lucía lo había dejado completamente en estado de shock. Suspiró para recomponerse un poco y decidió responder.

—Sí, África. Hay algo en la tienda que me gusta una barbaridad. —Por la seguridad con que lo dijo, África apretó los labios desconcertada y su mirada se tornó inquisitiva—. Por favor, dile a Lucía que mi nombre es Joe y que volveré mañana, ¿de acuerdo? —enarcó las cejas esperando una respuesta y, en cuestión de segundos, vio que ella comenzó a asentir.

—Sí, claro —murmuró, con el halo dulce que la envolvía, pero con mucha menos efusividad de la que había usado al hablar en principio.

—Pues muchas gracias y encantado de conocerte, África —concluyó, y entonces sí que pudo esbozar una nítida sonrisa, que volvió a decaer cuando desvió sus ojos una vez más hacia Lucía. Luego se inclinó para sortear los pañuelos que colgaban a la salida de la tienda y se marchó.

África observó la fuerte espalda de Joe mientras que se alejaba. Este se enfundó una gorra azul oscuro y desapareció caminando entre la gente que deambulaba por la plaza.

—Lucía, ¿se puede saber quién era ese pedazo de tío? —se acercó a su prima, la cual, con un semblante un tanto extraño, comenzaba a guardar todos los complementos en la mochila. Ni siquiera hizo caso a lo que le acababa de preguntar. África torció el gesto y apoyó ambas manos en el terciopelo marfil de las mesas para impedir que Lucía pudiera seguir recogiendo—. ¡Lucía! —elevó la voz varios decibelios.

—¡Hora de irnos a casa! Quita las manos si no quieres que las guarde en la mochila —advirtió, entre severa y cómica. África cabeceo y movió el mentón de un lado a otro estudiando a su prima.

—Hacía mucho que no eludías una pregunta... —murmuró, entornando la mirada. Lucía se quedó quieta, apoyó la barbilla en una de sus manos y miró a África a los ojos. Esta desplegó las pestañas con un poco de exageración y ladeó la cabeza exigiendo una respuesta. Sabía que Lucía estaba rara e intuía que el *buenorro* que se acababa de ir tenía algo que ver en ello.

—No sé quién coño es, África. No lo he visto en mi vida y tampoco quiero verlo más. ¡Listo! —aclaró, e intentó reanudar la tarea. África echó su cuerpo encima de la mesa, atrapando con él todo lo que quedaba encima de esta. Lucía suspiró y la miró con desaprobación.

—Se llama Joe, me ha dicho que te lo diga. ¿No es un nombre perfecto para un tío perfecto? —. Lucía sintió un escalofrío recorrer su espalda al oír aquel nombre. Aún así, no movió ni una pestaña —. Y además, para que lo sepas y para que puedas emperifollarte todo lo que puedas y más, ha dicho que volverá mañana —añadió la pequeña de ambas.

—¡¿QUÉ?! —. Lucía se puso de pie con las manos en las caderas. El súbito nerviosismo quedó al descubierto para África, que la observaba con una pícara sonrisa—. Pues..., pues que venga. ¡Me da igual! —continuó diciendo, e intentó cubrirse de indiferencia.

África elevó un brazo lentamente y la apuntó con el dedo índice, mientras que sus ojos se achicaban sonrientes y acusatorios.

—TÚ...HAS... !!PESCADO!! —exclamó, y luego se llevó la mano a la frente—. ¡Ay, madre mía! ¡Y menudo pez! —suspiró exagerada—. Lucía... ¡a ese tío te lo tienes que tirar!

Lucía abrió la boca para replicar algo y la volvió a cerrar, incapaz de decir nada.

«¿Y si se lo tiraba?»

Jezabel Marí

Capítulo 3

Joe entró al hall, saludó con la mano a la recepcionista, que lo siguió con la mirada, y, a paso ligero, tomó las escaleras hasta la tercera planta. Recorrió el extenso pasillo enmoquetado y, sin apenas detenerse, deslizó la tarjeta por la ranura de la puerta haciendo que esta se abriera. La cerró tras de sí y, mientras caminaba hacia el centro de la sala que compartía con sus compañeros, se deshizo de la gorra y las gafas de sol que aún llevaba puestas. Se pasó las manos por el pelo con los ojos cerrados y los abrió cuando oyó la voz de Jonathan.

—Al fin llegas... —Jonathan se abrochaba una camisa y alzó la vista para mirar a su amigo—. ¿Adónde has estado toda la mañana? —torció una ceja.

—Necesitaba salir del hotel, dar un paseo —dijo, y caminó hasta la mesa de madera y cristal que había en el centro de aquella estancia. Tomó la jarra de agua y la volcó sobre un vaso hasta que este estuvo completamente

lleno.

—Pues te he llamado como unas cuarenta veces —espetó Dax, saliendo de una de las habitaciones contiguas que comunicaban con la sala de estar. Este, como de costumbre, lo único que portaba sobre su cuerpo era un pantalón vaquero que caía sobre sus caderas. Parte de su torso, espalda y un brazo tatuado, ejercían de camiseta.

Joe vació el vaso de agua en su garganta y lo dejó sobre la mesa, para luego levantar la mirada hacia Dax.

—¿Cuarenta solo? —ironizó. Dax lo miró serio mientras se dejaba caer en el sofá.

—Seguramente solo hayan sido dos o tres veces —comentó Jonathan, ojeando una revista pop de las muchas que habían en un mueble junto al teléfono—, pero al menos podrías haber enviado un mensaje para que supiésemos que estabas bien, Joe.

Joe suspiró y comenzó a desabrocharse la camisa. Cuando la tuvo abierta, apoyó las manos sobre el respaldar del sofá que tenía delante y miró a Dax y a Jonathan simultáneamente.

—He llevado la gorra y las gafas de sol —aclaró.

—¡Buf! !Qué buen disfraz! —exclamó Dax, poniendo cara de asombro. Joe sonrió y cabeceó al mismo tiempo, observándolo.

—Te fuiste muy temprano y Biscuit no tuvo tiempo de seguirte la pista. Así que has que saber que está cabreado —Jonathan habló sin apartar los ojos de la revista.

—Se le pasará en cuanto me vea sano y salvo —continuó Joe, con despreocupación.

—Cada vez te pareces más a tu mejor amigo —murmuró Dax, moviendo el cuerpo hasta quedar tumbado a lo largo del sofá de tres plazas, dejando las piernas colgando sobre el reposabrazos.

—¡Bah, qué tontería! Los cuatro sois mis mejores amigos —quiso asegurar Joe, frunciendo levemente el ceño.

—Cállate, no me molesta que Jael y tú tengáis todo en común —replicó—. Lo que podría llegar a fastidiarme bastante es que no hubieses llegado a tiempo para el puto ensayo, que te recuerdo... —miró su reloj—, es dentro de una hora.

—Tíos, haya paz —volvió a murmurar Jonathan.

Un hombre de color, alto y bastante voluminoso, cerró con fuerza la

puerta de la sala y caminó hacia ellos. Se quitó las gafas de sol y miró fijamente a Joe. Este le aguantó la mirada durante un instante y después se alzó de brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, para que Biscuit pudiese inspeccionarlo de pies a cabeza. Y lo hizo, mientras que Dax y Jonathan no se habían preocupado en ser partícipes de la escena.

—Estoy en perfectas condiciones —alegó Joe, colocándose las manos sobre las caderas. Biscuit siguió observándolo con desaprobación y luego dejó salir un abrupto suspiro de su abultado tórax.

—Salir solo y sin avisar no está dentro de tus posibilidades. Ni una más —le advirtió, señalándolo con un dedo.

—Nadie me ha reconocido, ¡joder! —se quejó Joe.

—Eso ha sido solo suerte —gruñó Biscuit—. Ni una más —repitió. Luego se giró hacia los otros dos chicos, aunque lo que iba a decir era para los tres—. El coche estará listo en la puerta trasera del hotel dentro de cuarenta minutos.

—Perfecto, Bisc, ahí estaremos —respondió Jonathan. Biscuit asintió una sola vez y luego se giró de nuevo hacia Joe para curvar los labios mostrando una sonrisa, tan leve, que solo él pudo percibir. Cuando caminó en dirección a la puerta para abandonar la estancia, Joe lo siguió con la mirada y se echó a reír dejando al descubierto su alineada y blanca dentadura.

—¿Lo veis?, ya me ha perdonado —dijo a sus amigos, que lo observaban, al tiempo que agarraba su camisa y la deslizaba hacia atrás para deshacerse de ella—. ¡Me voy a cambiar!

Después de que el ensayo había finalizado, satisfechos con el resultado de su trabajo, los chicos volvieron al hotel para ducharse y cenar juntos. Un par de jóvenes camareras se habían encargado de hacerles llegar todo lo que ellos habían pedido para comer, y Dany, junto con Dax, habían intercambiado palabras amables con ellas para lograr que se avergonzasen más de lo que ya lo habían hecho sin necesidad de que les dirigieran la palabra. En ocasiones, controladas, ver cómo a las chicas les subía toda la sangre a la cabeza y se ponían rojas, podía llegar a parecerles divertido. Una de las camareras, que se identificó como Ruth, se armó de valor y les pidió un autógrafo antes de salir de la sala. Por supuesto, los cinco estuvieron encantados de complacerlas a ella y a su compañera e, incluso, las despedieron con unos besos. Las chicas habían mascullado la palabra

"gracias" al menos diez o doce veces, y cuando al fin se marcharon llevando las mejillas llamativamente encendidas, Joe, Jael, Dany, Dax y Jonathan se miraron entre ellos y rompieron a reír. No fue por burla, por supuesto que no. Simplemente había sido una más de las miles de situaciones simpáticas que les tocaba vivir con sus fans.

Jael salió a la terraza cuando los demás se habían ido a dormir. El clima en Sevilla le parecía bastante caluroso y no se preocupó de ponerse un jersey. Con un pantalón de chandal y el cincelado torso al descubierto, se acercó a las cortinas blancas que se movían con la ligera brisa y las hizo a un lado para apoyar los brazos en la baranda. Deslizó la mirada de un lado a otro y, desde la oscuridad, por pura prudencia, disfrutó de las vistas.

—Hoy más que nunca he descubierto que Sevilla es una ciudad preciosa —dijo Joe, llegando hasta él y ofreciéndole un cubata. Jael se incorporó y tomó el vaso que su amigo le ofrecía.

—Venga, suéltalo ya, ¿qué has descubierto esta mañana en tu escapada furtiva? —Jael lo miró de soslayo, sonriente e interesado. Joe bebió un trago de su cubata y, mientras tragaba, reflejó una sonrisa en sus labios. La imagen de Lucía no había abandonado su mente en ningún momento desde que la había visto esa mañana, y él se asombraba a sí mismo al sentir que su deseo se disparaba a unos niveles que difícilmente podía dominar.

—He visto a la chica con la que... —hizo una pausa y volvió a visualizarla en aquel instante en que intentaba poner el colgante en un lugar al que no alcanzaba. Sus piernas esforzándose para ser un poco más alta, sus brazos estirados y su vientre plano invitándolo a lamerlo. Su pelo castaño y desenfadado, el cual se vio tentado a tocar, cayendo en cascada sobre su espalda... Y luego sus ojos, de un color adorable, que se habían clavado en él, cortándole la respiración.

—Con la que no te importaría echar un buen polvo —Jael terminó la frase que su amigo había dejado incompleta. Joe, al oírle, despertó de su maravillosa ensoñación y atenuó su sonrisa.

—Eres un bestia, ¿eh? —cabeceó y se apoyó en la baranda. Jael frunció ligeramente el ceño, un tanto desconcertado, y se situó en la misma posición que Joe.

—Si no es un buen polvo lo que quieres echarle, es que la tía no te ha gustado lo suficiente —reflexionó abiertamente Jael.

—A ver... —Joe se giró para quedar de frente a su amigo, apoyando un

solo brazo en la baranda sobre la que ambos se sostenían. Instintivamente, Jael hizo lo mismo para atenderle. Durante la pausa de varios segundos, Joe meditó una vez más lo que sería capaz de hacer con Lucía—. Por supuesto que le echaría un buen polvo. ¡Joder, está buenísima! Pero no era eso lo que iba a decir hace un minuto...

—¿Y qué ibas a decir entonces? —inquirió Jael con curiosidad. La actitud de su amigo era poco menos que misteriosa.

—Con la que quiero pasar el resto de mi vida —soltó con calma, palabra a palabra, y le brillaron los ojos. Jael se quedó sin habla. O no había escuchado bien, o su amigo había comido algo en mal estado.

—Oye, ¿cuánto has bebido? Deja esto —le quitó el vaso de la mano y lo dejó en una mesilla que había junto a ellos. Joe observó el desconcierto en la cara de Jael y liberó una breve risa—. No, en serio, tú no debes estar muy bien de la cabeza para haber dicho lo que has dicho. Puf —continuó, incrédulo, y le retiró la mirada, deslizándola de nuevo por la extensión de las calles iluminadas que tenía frente a él.

—Jael... —murmuró Joe, reclamando su atención.

—Lo sé, ahora llega el momento en que despejas la bromita —Jael dejó caer su peso sobre el antebrazo que tenía apoyado en la baranda, y los músculos de su espalda se tensaron con el movimiento.

—No es broma —aclaró Joe, enarcando las cejas y las comisuras de los labios. Jael permaneció en silencio un instante, estudiando aquel gesto.

—¿Qué me estás contando, Joe? ¿Que te has enamorado a primera vista? —lanzó las preguntas mezclando la burla con el estupor.

—No sé si es amor, pero quiero averiguarlo —respondió con determinación.

Eran las diez y media de la mañana cuando África llegó al puesto cargada con el desayuno. Se había vestido con un pantalón vaquero corto y una camiseta amplia que dejaba uno de sus hombros al descubierto. Se cogió un par de coletas bajas e hizo a un lado el flequillo con una pequeña pinza. Tomó asiento en un taburete, abrió la bolsa que traía consigo y estiró el brazo para ofrecerle a su prima un *Biofrutas* tropical.

—Coge, Lucía —dijo, y segundos después se percató de que la aludida no le había prestado atención. Levantó la mirada y la encontró de pie detrás de los expositores poniéndose *Gloss* en los labios—. O sea... —elevó la voz y

se levantó del taburete—. No te lo quieres tirar pero te pones toda mona. — Después de decir aquello, África se llevó a la boca el batido de chocolate que tenía en una mano y succionó de la cañita. La otra mano, simplemente, la colocó en su cadera a modo de espera.

Lucía la miró y no pudo más que dibujar una sonrisa de un extremo a otro de su cara. Quería a su prima y, la mayoría de las veces, le resultaba graciosa y adorable. Y el sentimiento era mutuo, porque ella también se sentía protegida por el inmenso cariño de África.

—Solo por casualidad... —la rubia entornó la mirada para seguir analizando el semblante de Lucía—, ¿en el tiempo que he ido a comprar al quiosco de la Cani... has cambiado de opinión?

Lucía se guardó el *Gloss* en el bolsillo de pantalón blanco y caminó decidida hacia su prima. Una vez ante ella, la agarró de las coletas y se inclinó para darle un beso en la frente, dejándole los labios marcados. África se frotó la piel y la siguió con la mirada.

—Encima te has puesto los pantalones que mejor culo te hacen... Y el pelo suelto, cuando normalmente tú te coges un moño despeinado para venir a trabajar. Ni qué decir del rimel... Has tardado una eternidad en el baño, y cuando has salido, tus pestañas llegaban a Roma —enumeró seguidamente todos detalles de los que se había ido percatando desde que se levantaron de la cama un par de horas antes. Lucía, que la estaba escuchando, no pudo aguantarse más y explotó con una risa. Se dio la vuelta y vio cómo África la observaba y se contagiaba.

—Sí —asintió, atenuando la risa.

—¿Sí? —África se quiso asegurar, ladeando la cabeza con gesto travieso.

—Que sí, Afri. que sí —afirmó con ímpetu para disipar cualquier duda que a su prima le quedara.

África fue abriendo la boca gradualmente en un gesto de asombro y también de alegría. Lucía había tomado la decisión de dejarse llevar. Y eso, después de unos meses de sequía sexual, era un gran avance. Al menos, ya no se estaba cerrando en rotundo a vivir una deliciosa experiencia, que también la ayudaría a cerrar completamente la historia con Mateo. Sin más, se fue hacia su prima y la abrazó efusivamente.

—¡Buah, Luci! ¡Cómo me alegro! Ese tío no está solo para uno, ya me entiendes... Está para todos los que él quiera.

—Afri, calla, viene... —Lucía intentó silenciar a África cuando percibió que alguien se acercaba. Su mirada nerviosa se posó en el caminar de unas piernas masculinas que se dirigía hacia la tienda.

—Eso sí, no se te olvide llevar una caja de condones —. La advertencia quedó en el aire. Los ojos de Lucía volaron por encima de la cabeza de África, y esta, al ver el súbito color rojo en las mejillas de su prima, se giró. Y lo vio.

—Buenos días. Lucía, África... —Joe, tremendamente guapo, enfundado en unos vaqueros y un jersey de hilo negro, con el pelo todavía húmedo de haberse duchado y con una sonrisa perfecta, las contemplaba.

«Que no la haya escuchado. Que no la haya escuchado», suplicó Lucía mentalmente. Luego se obligó a sonreír. Joe supo, solo con aquel gesto, que aquella chica había estado pensando en él, tanto como él en ella.

Jezabel Marí

Capítulo 4

África sintió que estaba fuera de lugar, cuando aquel cruce de miradas entre Lucía y Joe empezó a prolongarse. Posiblemente no hubiera pasado ni quince segundos, pero el silencio, unido a la química que emanaba de ellos, hizo parecer que la vida había pisado el freno. A la vez, todo fluía. Un tanto impresionada, se tomó la libertad de mirarlos de manera simultánea y

comprobó que ni siquiera con el movimiento de su cabeza logró interceptar la magia. Sí, porque verdaderamente aquello parecía estar bajo el influjo del polvo mágico de un hada.

«¿Polvo mágico? Polvo mágico el que va a echar Santa Lucía», pensó, pícara, y se sonrió. Volvió a llevarse el brik de batido a los labios y, atrapando la cañita, succionó con fuerza para provocar ruido intencionadamente.

Joe parpadeó cuando Lucía rompió el contacto visual para mirar a su prima, y él deslizó la mirada hacia el mismo punto. África los observó haciéndose la indiferente, mientras disfrutaba de su bebida de chocolate. El muchacho sonrió contemplándola, y ella, al fin, extendió el brazo hacia él, con el brik en la mano.

—¿Quieres un poco? Es *Puleva*, está bueno.

—Gracias, ya he desayunado —respondió Joe, aún sonriente. Con la misma, África volvió a retomar su bebida y se colgó una pequeña mochila en los hombros.

—Voy a darme un paseito por las tiendas —murmuró con la cañita en la boca.

—Afri, no te tardes —dijo Lucía, antes de que su prima se marchara; la cual, en respuesta, cabeceó levemente. No se alejaría demasiado.

Después de que África desapareciera entre los puestos de la plaza, Joe y Lucía se volvieron a mirar.

—Sé que tu amiga te habrá dicho mi nombre, pero me gustaría presentarme oficialmente —habló con suavidad, se acercó un par de pasos hacia ella y, estirando un brazo, le ofreció su mano—. Soy Joe —. Unió sus labios tras decirlo y elevó las comisuras de una manera tan sutil, que a Lucía le pareció estar delante de un verdadero príncipe. Eso sí, un príncipe hambriento, porque sus ojos zafiros se la estaban queriendo comer. Un cosquilleo recorrió su espina dorsal cuando él avanzó un paso más, se inclinó sobre ella y, con lentitud, posó los labios en su mejilla—. Y tu nombre me encanta, Lucía... —añadió, con apenas un susurro.

Al sentir aquel cálido aliento deslizarse por su cuello, Lucía se erizó por completo. Pero, lejos de huir de aquel remolino de sensaciones que la invadía desde que lo vio llegar, buscó rozar las manos masculinas con las suyas, e hizo que él se paralizara. Con la yema de los dedos, despacio, trazó un camino recorriendo sus brazos hasta llegar a sus hombros y los acarició

por encima de la camisa. Joe ladeó la cabeza para poder mirarla a los ojos. Decir que cinco estúpidos centímetros los separaban... era decir mucho.

—¿Aún no me has confirmado tu nombre y ya me quieres besar? — preguntó él en voz baja, con la respiración en proceso de agitación. Su mirada viajó hasta los labios de ella un segundo, pero regresó a sus ojos, intuyendo que respondería a su pregunta.

—Todavía puedo echarme atrás... —dijo Lucía, y acarició sus hombros de nuevo, para ascender al cuello y unir los dedos en su nuca. Rozar el nacimiento de su pelo la hizo estremecer. A él lo excitó. Lo excitó hasta el punto de sentir que se quedaba sin espacio dentro de su pantalón.

—Eso ya no es posible —susurró Joe, y, sin dejar que Lucía ejecutara su próxima respiración, la tomó por la nuca y estrelló los labios contra los suyos. Cerró los ojos para disfrutar de cada roce con el que la invitaba a corresponderlo, y no se detuvo, no hubiera podido. La lamió lentamente, apropiándose de una boca que, en ese momento, consideraba más suya que de la misma Lucía.

Lucía sintió que sus extremidades se aflojaban y temió derretirse como la cera caliente de un momento a otro. No tenía escapatoria. Deseaba que aquel hombre hiciera con ella todo lo que se le antojara. ¿Podía querer acostarse con un tío con el que apenas había cruzado tres palabras?

«Sí, sí que puedo. De hecho, todo mi ser arde por tenerlo desnudo entre mis piernas», se respondió a sí misma mentalmente, y no dudó en separar sus labios para darle a Joe el acceso que, ansioso, estaba solicitando. En ese momento, él la rodeó por la cintura con uno de sus fuertes brazos y la pegó a su cuerpo mientras que deslizaba la lengua hacia el interior de su boca.

Después de un minuto ininterrumpido comiéndosela a besos, Joe emitió un leve gruñido de placer, y ella hizo un esfuerzo para ir apartándose y poder respirar. Él la miró a los ojos y aflojó despacio la fuerza con la que aún la tenía sujeta de la cintura. No obstante, resistiéndose a dejar de tocarla por completo, deslizó la palma de la mano y la introdujo bajo la camiseta de esta, acariciándole, a a ras de la piel, la zona donde terminaba su espalda. Sentir que ella había vuelto a erizarse con aquella caricia, incrementó su deseo.

—Encantada de conocerte, Joe —sonrió Lucía, relamiéndose los labios. Joe se quedó absorto un instante en ese gesto, reteniéndose. Sin lugar a dudas necesitaba seguir besándola.

—Un placer, Lucía —continuó con voz suave y, seguidamente, se

mordió el labio inferior. A Lucía le gustó aquella evidencia de que se moría por volver a besarla y a él le encantó que lo contemplara. Se sonrieron el uno al otro y Joe la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí.

Un grupo de chicas muy jóvenes que paseaba por allí, un tanto revoltosas, se acercaron a la tienda y se pusieron a echar un vistazo a los expositores. Lucía, instintivamente, se separó de Joe para ir a atenderlas, y él se quedó de espaldas para evitar que pudieran reconocerle. Acercó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, tiró de la gorra negra que colgaba de este, y, con destreza, se la enfundó en la cabeza, asegurándose de que la visera curvada ocultase la parte superior de su rostro. Sacó unas gafas de sol de otro de los bolsillos y, con ellas puestas, hizo todo lo que estaba en su mano para camuflarse.

No sabía de cuántas chicas se trataba, pero sí que al menos un par de ellas se habían alejado hacia otro de los puestos. El resto seguía allí, justo detrás de él. Lucía, que daba el cambio de diez euros a una pelirroja que acababa de comprarse unos pendientes, lo miró de reojo, extrañada. Otra, una morena con el pelo largo y rizado, se acercó a un expositor que había justo delante de donde estaba Joe, y él, al notar su presencia, se giró buscando la manera de no quedar visible desde ningún ángulo. Se sujetó la visera de la gorra y la estrechó más aún, como si detrás de ella pudiera ocultar todo su cuerpo. Empezaba a ponerse un poco nervioso.

—¡Oye, Vane, tía, vámonos, llego tarde a mi cita! —exclamó una de aquellas chicas. La que estaba peligrosamente cerca de Joe, se giró y caminó hacia el exterior de la tienda, siguiendo a las amigas. Él cerró los ojos y resopló. Luego se dio la vuelta, intentando parecer lo más natural que pudo, y vio a Lucía envolviendo algo en una bolsita.

—Lucía... —requirió su atención, y ella elevó la mirada en su dirección.

—¿Si? —Terminó de cerrar la bolsita de colores que tenía en las manos y se la guardó en un bolsillo del pantalón. Él adoró la forma en que aquellos pantalones blancos se fijaban a sus caderas.

—Verás... —dio unos pasos para acercarse. Las mesas expositoras quedaron entre los dos—. No he venido aquí por segunda vez solo para darte un par de besos... —aclaró, y la miró con intensidad. Ella esbozó una leve sonrisa y siguió buscando qué hacer entre sus tareas, mostrando así más desinterés del que a Joe le hubiese gustado percibir.

—No hace falta que te expliques —habló mientras ordenaba unos complementos que ya estaban más que ordenados. Joe la observaba con atención—. Lo de darse solo unos besos es cosa de niños, está claro — prosiguió, consiguiendo desconcertar más a Joe. Lucía podía cubrirse de indiferencia siempre que intuía que un tema podía dañarla. Es más, eso, y echar un paso atrás para huir de ciertas situaciones, eran su mecanismo de defensa. Pero aquel chico le gustaba demasiado como para echarse atrás. Lo tomaría, lo devoraría y lo disfrutaría, de la misma forma que seguramente él querría hacerlo con ella; por puro deseo. Nada más. Después no tenía por qué volver a verlo, y tampoco Joe habría de verse en el compromiso de repetir. Con una sola e intensa vez bastaría.

—Quiero mi pulsera —Joe atrapó de nuevo la muñeca de Lucía, evitando que esta siguiera moviendo de un lado a otro, sinsentido, el material que tenía sobre la mesa.

—Vale, además de los besos, has venido aquí a por una pulsera que, por cierto, no es tuya, es mía —aclaró. Él estiró los labios sin llegar a sonreír.

—Punto uno: no he venido a besarte, aunque reconozco que tu boca me ha fascinado. Sabes a... —pensó un segundo, sin encontrar la palabra exacta —, dulce —dijo, e hizo otra pausa. Lucía tragó y suplicó porque Joe no se hubiera percatado de cómo le acababan de afectar sus palabras—. Punto dos: el cliente siempre tiene la razón, así que, por favor, señorita, la pulsera —exigió con la mirada y, levantando la barbilla, señaló la pulsera. Ella no pudo ocultar una pequeña sonrisa—. Y tercero: quiero una cita contigo. A poder ser, hoy —se expresó con una suave autoridad y miró su reloj—. En un cuarto de hora.

—La pulsera no. —Lucía recuperó su muñeca y la envolvió con su otra mano. Luego escondió ambos brazos tras de sí. Él entornó la mirada, simulando una cómica disconformidad—. Lo de la cita lo puedo arreglar. Déjame llamar a África —dijo, y se inclinó ligeramente para sacar su teléfono móvil de un bolso vaquero—. Por cierto, África no es mi amiga, es mi prima — puntualizó, mientras se llevaba el teléfono a la oreja. Joe arqueó las cejas y movió la cabeza denotando un poco de sorpresa. Después, su mirada se quedó parada en la carcasa que dejaba entrever la delgada mano de Lucía. «¿Una carcasa de *Crepúsculo*?», comprobó y sonrió.

África se había sentado a tomar el sol en uno de los bancos de forja que

rodeaban la *Plaza del Duque*, justo en el extremo opuesto de donde estaba su tienda. Se había colocado los auriculares y movía la cabeza levemente al ritmo de la música. Deslizó la mirada por entre los puestos y volvió a fijarse en la gama de bikinis de croché y de colores fluorescentes, que llamaban tanto su atención. Días atrás se había percatado de ellos y pensó que en algún momento se acercaría a verlos y a consultar precios. Pero no solo no había tenido tiempo, sino que, además, en aquel puesto siempre había un señor muy cascarrabias al que se le oía gruñir desde cualquier punto de la plaza, y con el que África sabía que no iba a simpatizar. No obstante, agudizó un poco la vista y se dio cuenta de que alguien la observaba desde allí. Ladeó un poco la cabeza para ver a dicha persona entre los biquinis que colgaban de las perchas, y sus ojos se encontraron directamente con los de un chico muy joven que descendió la mirada en cuanto se dio cuenta de que era correspondido.

A África debió parecerle gracioso aquel tímido gesto, porque espontáneamente sonrió sin dejar de mascar el chicle que llevaba en la boca. Tampoco dejó de mirarlo y, segundos después, el chico hizo el intento de buscarla a través de sus pestañas. Al encontrarse de nuevo con la sonrisa de ella, esa que tanto había disfrutado en silencio días tras día desde la distancia, elevó las comisuras con una tierna cobardía para corresponderla.

Le gustó; a África le gustó mucho aquel lenguaje no verbal que se había producido entre ellos y, sin más, se levantó del banco y echó a caminar hacia allí. Él, que seguía mirándola, sintió una súbita descarga de adrenalina y, por un momento, buscó a su alrededor un lugar donde esconderse. No podía creérselo, por fin iba a tenerla cerca. ¿De verdad iban a hablar? ¿Y qué le diría? ¿Cómo debía comportarse para que ella no se diera cuenta de que...?

Mientras se hacía estas preguntas, el chico alto, de pelo claro y ojos azul cristalino, notó que el corazón le iba tan rápido que apenas podía respirar con normalidad. Sus manos eran presas de un ligero temblor y las juntó instintivamente, como si de ese modo pudiera solventarlo. No lo logró. Pero cuando regresó la vista un par de segundos después hacia la dueña de sus pensamientos, descubrió que esta se había detenido a mitad de camino.

África se despistó un instante mientras hablaba por teléfono con Lucía. No corrieron más de diez segundos cuando volvió a poner sus ojos en el puesto al que se dirigía y su sonrisa se esfumó. El chico tímido había desaparecido.

Jezabel Marí

Capítulo 5

África fue caminando hacia su tienda mientras hablaba por teléfono con Lucía. Una vez allí, le dedicó una sonrisa a su prima, se guardó el móvil en un bolsillo e inspeccionó el lugar, mirando incluso detrás de varios pañuelos que colgaban del pequeño cordel.

—¿Y tu príncipe? ¿No dijiste que seguía aquí? —preguntó extrañada, descolgándose la mochila de los hombros y dejándola encima de un taburete, tras las mesas expositoras.

—No seas fantasiosa, yo ni tengo ni quiero ningún príncipe —contestó Lucía con naturalidad. Metió la cabeza por la correa de su bolso vaquero para colgárselo y, seguidamente, abrió una de las cremalleras de este. Sacó una gominola y se la llevó a la boca.

África desvió su atención de Lucía para sacar de nuevo su teléfono y leer el mensaje que le acababa de llegar. Tecleó un par de palabras y lo volvió a bloquear, dejándolo esta vez sobre una de las mesas.

—¿Llevas condones? —le preguntó a Lucía, reflejando un poco de esa seriedad que, por lo general, solían carecer sus comentarios. Lucía se giró hacia ella y torció los labios.

—Uy, Afri... a estas alturas no voy a consentir que intercambiamos los papeles. Recuerda, aquí la *crazy*... —dijo, y se acercó el dedo índice a la sien, haciéndolo girar tres veces—, eres tú —. África apretó los labios para evitar una sonrisa, pero esta se reflejó en sus ojos.

—Perdona, *primuchy*, pero después del tiempo que hace que no dejas que un *superman* te proporcione un orgasmo, tengo que asegurarme de que a este le ofrecerás el impermeable en su debido momento. NO-SE-TE-OLVIDE —silabeó, agravando la circunspección de su mirada. Lucía la observó por un instante y comprendió que Afri estaba tratando de protegerla una vez más, a pesar de haber sido precisamente ella la que la había animado en muchas ocasiones a que abriera de nuevo la veda con los chicos. Después de haber masticado y haberle sacado por completo el jugo a la gominola que tenía en la boca, la tragó y asintió.

—Si en vez de un impermeable le doy dos... ¿te quedas más tranquila? —preguntó, y seguidamente rió con cierta burla. Se acercó y le estrujó la

mejilla con un beso tan sonoro, que hizo que África encogiera el gesto de su cara y se frotara el oído—. Regresaré para la cena; espérame y no te comas toda la pizza sola —continuó Lucía, retocándose el pelo frente al espejo por última vez antes de marcharse.

—No te preocupes. Envíame un *WhatsApp* un rato antes de volver y, con suerte, la pizza y tú llegaréis a casa a la misma hora. —África se puso de pie y, desde atrás, tomó el pelo de su prima y lo zarandó— ¡Así!, que no falte un toque salvaje —. Sonrió cuando Lucía se dio la vuelta.

—¡Yo me peino y tú me despeinas! ¡GENIAL! —elevó la voz simulando una queja y enarcó una ceja, seguido de una sonrisa.

—Te despeino con estilo, *Lucilú* —añadió y arrugó la nariz, haciendo un gesto gracioso. Lucía la imitó. Después, esta miró su reloj y abrió los ojos con un poco de nerviosismo.

—¡Ostras, me voy! Me dijo que en quince minutos estaría esperándome en la esquina del corte inglés —espetó con ligereza.

—Bah, no está mal que espere un poco —continuó África mientras hacía un gesto despreocupado con la mano.

—¡Ah! —exclamó Lucía, girándose cuando casi ya estaba fuera del puesto y se acercó una vez más a su prima para susurrarle al oído—. Me besó. —África reaccionó con rapidez y la atrapó por una mano antes de que pudiera hacer ademán de retirarse.

—¡Cuéntamelo! —gritó con los ojos muy abiertos.

—¡Voy tarde, Afri! Esta noche te lo cuento todo junto —respondió con prisa, y África la liberó.

—Venga, va. Ten cuidado, ¿eh? ¡Ah, y una cosa más! —alzó la voz para llamar la atención de su prima, que casi había desaparecido. Lucía se inclinó y asomó medio cuerpo entre los pañuelos de la entrada.

—¿Queeeee? —preguntó con desesperación. Si África tenía que darle algún consejo de última hora, no se iría sin escucharla. Así que la miró expectante unos segundos.

África se mordió el labio y revolvió los ojos intentando personificar la lujuria con aquella mueca.

—¡Cómetelo vivo! —sugirió, y, para terminar, simuló un rugido sensual—. *Grrrrr*. —Lucía rió y cabeceó.

—No lo dudes —respondió en voz baja y le dijo adiós con la mano.

África estuvo riéndose sola durante unos segundos y amplificó aquella

sonrisa cuando vio entrar a la pareja que precisamente estaba esperando. Ellos eran quienes, unos minutos antes, le habían enviado un mensaje al teléfono, avisándola de que estaban de camino. Los recibió con la simpatía que la caracterizaba y estos le mostraron un par de fotografías para que ella les hiciera un dibujo a carboncillo.

Lucía, por su parte, cruzó la calle y caminó hacia el lugar donde Joe le dijo que la esperaría. Sabía que llegaba tarde; habían pasado casi cinco minutos de la hora de su cita y, aparentemente, allí no había nadie. O al menos, no un chico que cumpliera con las características físicas de él ¡ni de lejos! Aminoró el paso para hacer tiempo y, sacando el teléfono del bolso, se dispuso a desbloquearlo e ir echándole un vistazo. Revisó su correo y frunció el ceño al encontrar un nuevo mensaje de contacto desconocido. Archeó las cejas y todavía ralentizó más su caminar. Resopló y finalmente tocó sobre la pantalla para abrir el mensaje.

"Necesitas saber qué quiero decirte cada vez que te escribo y por eso estás abriendo este correo. No te lo niegues más a ti misma. Puedo reparar lo ocurrido. Te extraño, Lucía. Te extraño demasiado".

El rugido de una moto que llegaba hasta su lado la sobresaltó. Por un momento no fue consciente ni siquiera de dónde estaba y, mucho menos, del motorista que la miraba ocultando su rostro dentro de un casco. Pero lo peor de todo era que, seguramente, su cara estuviera reflejando el temor que la había invadido en ese instante. ¿Sería él? ¿Sería Mateo? A punto de echar a correr, la mano del motorista se cernió sobre su antebrazo, atrapándola. Lucía tembló y respiró entrecortadamente, para luego reaccionar y sacudir el brazo intentando zafarse.

—¡Lucía! ¡Ey! Soy yo —. Escuchó la insistente voz masculina mientras el motorista se descubría los ojos y la miraba—. Tranquila, soy Joe —continuó diciendo él, con el ceño fruncido y los ojos zafiros estudiándola. A Lucía le costó unos segundos convencerse a sí misma de que el temor que había sentido era producido por el mensaje que acababa de leer, y notó cómo el alivio se deslizaba por su interior cuando, al fin, fue capaz de reconocer a Joe. Respiró profundamente, aunque le hubiera gustado disimularlo, y se obligó a sonreír sin esperanza de conseguirlo.

—Hola... —saludó y se humedeció los labios, como si aquel gesto pudiese ayudarla a pronunciar con más normalidad. Joe seguía mirándola atentamente—. No esperaba verte llegar así y..., me he asustado un poco —añadió, recuperándose poco a poco.

—Ya he visto. Tranquilízate —Joe puso la mano abierta sobre uno de sus hombros y a continuación la dejó caer hacia el brazo a modo de caricia reconfortante—. Toma, ponte esto y sube —dijo, ofreciéndole un casco.

—¿Que me suba? —preguntó, un tanto incrédula, echando un ligero vistazo a la máquina en la que él estaba montado. Aquello era tan imponente, que ni siquiera sabía cómo Joe podía poner los pies en el suelo. Pero claro, él era más imponente aún que aquel lujoso cacharro. Sus piernas fuertes y largas, enfundadas en los pantalones vaqueros, parecían muy cómodas soportando el peso que seguramente debía tener la moto.

—¿Quieres que te ayude? —sugirió Joe sonriendo, y Lucía recordó que aquella pregunta ya se la había hecho la primera vez que lo vio. ¿Acaso creía que era una chica torpe incapaz de hacer las cosas por ella misma, o qué?

—Puedo sola —murmuró y aceptó el casco. Una vez se lo puso, con un ligero movimiento se situó en el sillón de aquella moto—. ¡Listo! Podemos irnos. —A pesar de haberla oído, Joe esperó unos segundos a que ella estuviera bien situada.

—Acércate un poco más y agárrate a mí. —Ladeó la cabeza para que Lucía pudiera escucharle.

—¡Acelera de una vez, no voy a caerme! —gritó ella, eludiendo por completo hacer lo que él le había pedido. Joe cabeceó y sonrió sin ser visto.

«Está bien, Lucía. La inercia y yo haremos las cosas por ti», pensó y endureció la sonrisa con un toque de travesura. Seguidamente apretó el embrague, metió la primera velocidad y aceleró, quizá un poco más rápido de lo que debería. Inició la marcha y a continuación volvió a frenar, consiguiendo lo que quería; el cuerpo de Lucía, de un impulso, se pegó a su espalda. Una vez así, volvió a acelerar y controló la velocidad como el buen motorista que era.

—¡Ya te vale! —espetó ella y le dio una plamadita en el brazo. Luego deslizó sus manos por sus costados y lo abrazó. Joe sonrió con satisfacción y condujo tranquilo por las calles de Sevilla, disfrutando de la cercanía de Lucía.

Detrás de ellos, y sin que ella fuera consciente, los seguía un coche negro con los cristales tintados. Dentro de este, Biscuit, con sus grandes y redondeadas manos asidas al volante, cabeceó observándoles.

En otro punto de la ciudad, en una habitación del hotel *Alfonso XII*, Jael mantenía una conversación telefónica con Dianne Turner.

—Sí, claro, también te echo de menos —dejó salir las palabras sin ningún entusiasmo especial.

—Me haces mucha falta, Jael —murmuró ella, compungida. Jael se presionó el tabique nasal con los dedos y cerró los ojos.

—Lo siento, Dianne. No puedo regresar antes, ya lo sabes —respondió, intentando no sonar grosero.

—¡Jo, lo sé! Pero eso no evita que me esté muriendo por estar contigo —replicó ella un poco agitada.

—Eso te pasa por insistir en mantener una relación con alguien como yo.

—A ver, Jael... ¿qué significa lo que acabas de decir? ¿Acaso ya no te gusta? —inquirió, en pleno inicio de cabreo. Un cabreo que a Jael lo traía sin cuidado. No iba a pelearse con ella para que luego le fuese con el cuento a Marlene Putnam, su madre. A su madre sí que no quería tener que escucharla, pidiéndole que no dejase de lado a la preciosa Dianne.

—¿Cómo no vas a gustarme? ¡Eres preciosa, Dianne! —exageró, sin moverse de la cama en la que estaba tumbado.

—¿De verdad? —volvió al tono meloso que solía usar para atraer a Jael, sin saber que en él no producía el efecto deseado.

Jael se rascó la cabeza y bufó en silencio, preparándose para exagerar un poco más.

—¿Te convencería... saber que la próxima vez que nos veamos voy a comerte de pies a cabeza? —usó un tono sugerente y prometedor, pero torció los labios con desinterés después de hablar. Tras el teléfono pudo captar que la respiración de Dianne acababa de acelerarse.

—Eso no solo me convence, sino que me hará esperarte ansiosa —respondió con ligereza, como si realmente estuviera ansiosa desde que lo había escuchado.

—Dianne, ahora tengo que colgar. Estoy componiendo y necesito tranquilidad absoluta; ya lo sabes —dijo, se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Apartó la cortina y fue deslizándola por cada detalle que veía desde allí.

—Está bien, mi amor. Te dejo trabajar. Pero volveré a llamarte mañana, ¿ok? —aceleró la despedida con la melaza deshaciéndose entre sus palabras. Jael bufó de nuevo, esta vez sin apagar el sonido—. Se te oye cansado, Jael. Me imagino la caña que os están dando con los ensayos... —comentó, y él

revolvió los ojos. Al menos, ella no se había percatado del verdadero sentido de aquel bufido.

—Sí, demasiada. Esta noche me iré pronto a la cama —continuó, apoyando una mano sobre el cristal de la ventana. Una moto que llegaba a las cercanías del hotel llamó su atención y se quedó observando cómo descendieron de ella las dos personas que la montaban. frunció el ceño intuyendo que podría ser Joe. Si era él, venía en compañía femenina. ¿Sería esa la chica de la que le había hablado la noche anterior?

—¿Jael? ¿Sigues ahí?, ¿Jael? —. La voz de Dianne resurgió en la línea telefónica. ¿Aún no le había colgado? A punto estuvo de soltar un nuevo y sonoro resoplido.

—Sigo. Chao, Dianne. Cuídate, ¿ok? —. Caminó hacia el centro de la habitación, deseando bloquear el teléfono sin esperar una nueva respuesta de su... ¡No! No le gustaba recordar que prácticamente estaba comprometido.

—Te quiero —dijo ella—. Y recuerda, espero ansiosa nuestro próximo encuentro —recalcó, y él dejó caer la espalda sobre una de las paredes de la habitación con gesto de cansancio mental.

—No lo olvidaré. ADIÓS —pronunció con firmeza la última palabra y definitivamente colgó la llamada.

No le cabía duda de que Dianne se habría echado sobre su diván favorito con cara de felicidad. Pero él, iba a ponerse a trabajar y, muy probablemente, terminaría componiendo la canción con más insultos de la historia de las canciones con insultos.

«¡NECESITO SALIR, DIVERTIRME, TOMARME UN PAR DE CUBATAS EN UNA DISCOTECA, CONOCER A UNA TÍA QUE ME PONGA MUY PERO QUE MUY BURRO Y LLEVÁRMELA A LA CAMA!».

Sí, todo aquello que gritó Jael con el pensamiento, era justo lo que necesitaba hacer. Y lo haría. Lo haría esa misma noche.

Jezabel Marí

Capítulo 6

Joe lo tenía todo previsto. En la puerta del *Alfonso XII*, sin haberse quitado el casco previamente, tomó a Lucía de la mano y tiró suavemente de ella. No dijo ni una sola palabra hasta que se adentraron al hall, y fue ahí donde se detuvo y se descubrió la cabeza. Pero Lucía, más que mirarlo a él, ahora estaba observándolo todo a su alrededor con la boca entreabierta. Joe la contempló un instante y adoró la forma en que sus labios rosados fueron mordidos como gesto de admiración hacia lo que veía.

—¿Qué pasa? ¿Eres de Sevilla y nunca has estado en este hotel? — preguntó extrañado y volvió a cogerla de la mano—. Ven conmigo.

—En un par de ocasiones, pero entré por la puerta de servicio —aclaró ella, intentando caminar al mismo ritmo que él. Joe miró un segundo hacia atrás para instarla a que completara aquello que acababa de responderle, pero Lucía no lo hizo.

—¡Scott! —Joe elevó un poco la voz para llamar la atención de un señor que accedía al hall a través de unas cristaleras, desde las cuales se podía ver parte de un hermoso patio. No, hermoso no, impresionante.

El tal Scott era un hombre de unos cincuenta años, muy alto, más que Joe. Era delgado, de piel negra y vestía muy arreglado; traje gris claro y camisa color vino. Lo primero que hizo este señor al oír la voz de Joe fue curvar los labios bajo su pequeño bigote, e, inmediatamente después, cuando una bonita chica apareció junto a uno de sus jóvenes estrellas, se preocupó. Deslizó la mirada un segundo hacia las manos de ambos, unidas, y pareció preocuparse más todavía.

Para Lucía fue muy evidente la inquietud que el tal Scott reflejó en sus ojos y, con un leve movimiento que Joe no esperaba, se soltó de su mano. Joe la miró interrogativo y, rápidamente, entendió el por qué de la reacción.

Apretó los labios con una pequeña sonrisa para infundirle confianza y regresó su atención a Dylan Scott; el manager de New Boys in the Street. La banda americana de música pop del momento, de la que Joe Mcilroy formaba parte junto a sus cuatro amigos; Jael y Jonathan Kent, que eran hermanos, Dax Winter y Danny Williams.

Scott puso su gran mano abierta sobre el brazo de Joe y se lo llevó sutilmente a su terreno, apartándolo de Lucía.

«Está claro que, sea quien sea este hombre, no le he causado buena impresión», pensó ella. Y por si todavía no era suficiente la distancia que había marcado el susodicho, inició una conversación con Joe, en inglés.

Lucía echó a caminar hacia la cristalera, no por educación ni para dejarles más espacio, sino para seguir admirando cada detalle de aquel gran hotel, al que solo había ido un par de veces para trabajar como camarera. Atravesó la puerta de cristales y se detuvo ante la belleza de aquel patio. Una hilera de arcos de medio punto rodeaban el lugar. Mesas redondas completamente vestidas con manteles blancos; la vajilla encima y en el centro pequeños jarrones azules con flores. Sillas *Isabelinas* tapizadas de un color rosa palo brillante. Suelo de mármol marfil. Macetas con plantas de un verde intenso situadas estratégicamente... Todo estaba impoluto; hasta el aire que se respiraba parecía ser más limpio que el del resto de la ciudad. O quizá, era la tranquilidad que aquello producía, tan solo con quedarse en silencio y contemplándolo.

Junto a una de las mesas había un matrimonio de origen oriental con tres pequeños. Un par de camareros se encargaban de atenderles de manera afable y rigurosamente protocolaria. Uno de los que, se suponía, serían sus hijos, se bajó de la silla y se puso a jugar cerca de ellos. La madre le llamó la atención con voz suave, y la pequeña, porque era una niña con dos coletas como las que se hacía África, lejos de hacerle caso, corrió hacia Lucía con una sonrisa que cubría por completo sus redondas mejillas. No habló, simplemente estiró un brazo y le ofreció una flor, que seguramente habría sacado del jarrón de la mesa en la que se ubicaba su familia. A Lucía la embargó la ternura y no pudo más que hincarse de rodillas en aquel suelo pulcro y frío, y aceptó la flor con una sonrisa de gratitud.

Joe había observado la escena desde la puerta de cristales cuando salió a buscar a Lucía. La imagen le hizo frenar los pasos y se vio envuelto por una sensación desconocida, muy parecida a la que sentía cuando estaba en casa, y su madre, amorosamente, les servía el desayuno a él y a Kate, su hermana

menor.

—Lucía, ¿vamos? —dijo, con voz comedida, y puso su mano abierta en la espalda de esta, quien aún observaba cómo se alejaba la niña oriental.

—¿Has visto que linda? —se dejó guiar por él y de nuevo se adentraron al hall.

—¿Quién, tú? Muy linda —quiso bromear un poco, aunque lo que estuviera diciendo fuese una gran verdad. Ella cabeceó, mirándolo entre las pestañas.

—¿Adónde vamos? —inquirió, cuando Joe la condujo por un pasillo largo.

—A comer, ¿no tienes hambre? —tras decir esto, entrecruzó los dedos con los de ella y, aquel roce, hizo que Lucía aguantara la respiración unos segundos. ¿Por qué la llevaba de la mano como si fuesen una pareja? No lo eran. No lo serían nunca. Lucía no necesitaba un novio y mucho menos uno que la llevase a comer al hotel *Alfonso XII*. Demasiadas diferencias. Eso lo complicaba todo, y ella ya había tenido demasiadas complicaciones en el último año de su vida.

«¡Un polvo sin más! ¡No hacía falta venir a comer a este lugar tan...! Bueno, al lugar no puedo ponerle ninguna pega, aunque con él aquí me sienta fuera de lugar. ¡Un hotelito más económico hubiera bastado! O su casa, o... el asiento trasero de un coche. ¡Yo no busco un polvo lujoso!», se dijo a sí misma, mientras que Joe siguió tirando de su mano hasta que llegaron a la entrada de un restaurante inmenso. Súper elegante. Bárbaro. Extraordinario

—Buenas tardes. Joe Mcilroy —se identificó y, enseguida, el maître los acompañó a una sala contigua donde comerían ellos solos.

Joe le retiró la silla a Lucía y la invitó a sentarse. Después tomó asiento frente a ella y frunció el ceño, acompañando el gesto con una leve sonrisa, percibiendo en su invitada cierta incomodidad.

—No me has contestado —dijo, y extendió el brazo sobre la mesa para tocar de nuevo los dedos de su mano. Ella descendió la mirada hacia ese lugar y volvió a sentirse extraña por aquella ligera caricia. Pero tal vez el chico americano de ojos zafiro estuviera intentando allanar el terreno para que ella se fuera haciendo a la idea de lo que vendría después. Así que, en ese momento, Lucía tomó la decisión de responder de igual modo a todos los mensajes verbales y no verbales que Joe le hiciera llegar.

—Para... —carraspeó, y él le prestó toda su atención—, para ser

sincera, tengo... mucha... hambre —hizo una pequeña pausa entre las palabras, que salieron de su boca con suavidad, para que él captara la sugerencia. Y lo hizo. Joe apretó los labios y cambió de postura sobre la silla. ¿Tanto le había afectado el mensaje subliminal? Con lo extremadamente guapo que era, seguramente estaría acostumbrado a recibir ofertas sexuales mucho más explícitas que una simple frase dicha con sensualidad.

—Bueno, para eso estamos aquí. Puedes comer todo lo que desees —respondió con naturalidad, desconcertando a Lucía.

—Te deseo a... —Lucía estuvo a punto de lanzarle una directa muy directa, pero la presencia del maître la hizo callar a tiempo. Joe, que sin duda había intuido lo que esta iba a decir, la miró con intensidad mientras les llenaban las copas de vino. ¿Joe había pedido vino? Lucía solo tomaba vino en momentos puntuales y, siempre que lo hacía, terminaba actuando como no lo haría en condiciones normales. Tomaría solo una para acompañar la comida, y nada más.

África estaba recogiendo el puesto. Esa tarde, no solo atendió ella sola a todo el que llegaba, sino que además un cliente le había pedido que le hiciese un tatuaje de henna en el brazo, bastante enrevesado, que le llevó mucho rato terminarlo. Quería irse a casa, darse una ducha, embadurnarse de crema, ponerse el pijama y tumbarse en el sofá con una tarrina de helado de vainilla con caramelo y nueces de Macadamia. Era un plan genial para paliar la intensidad de la jornada de trabajo.

Cuando casi había terminado y cerraba la cremallera de una de las dos grandes mochilas que luego habría de llegar colgadas al hombro hasta el piso donde vivía, sintió la presencia de alguien y se giró por instinto. Nunca había sido una chica asustadiza, ni siquiera de niña, pero la noche prácticamente se le había echado encima y, a esas horas, algún personaje podía sorprenderla no con muy buenas intenciones. Recorrió con los ojos su entorno más cercano y volvió a lo suyo al ver que no había nadie cerca de ella. Solo gente que iba y venía, pero a varios metros de distancia.

Con todo preparado, se inclinó para coger una de las mochilas y gimió levemente al cargársela en el hombro. Situó bien el peso de esta sobre su cuerpo y a continuación agarró la otra que, por suerte, tenía ruedas y podría trasladarla rodando con más facilidad. Comenzó a caminar por la plaza y de nuevo volvió a percibir que la observaban. Sin detenerse, miró a su alrededor y solo encontró a un grupo de chicas que reían y paseaban por la acera.

«Qué sensitiva éstas hoy, África. ¿Qué te pasa?», se dijo. A continuación, se detuvo ante un par de escalones que debía bajar hacia la acera antes de cruzar la calle. Tiró con cuidado de la mochila con ruedas y, una vez la tuvo junto a sus pies, giró el cuerpo para retomar su camino. Y colisionó. Se topó con el cuerpo de un muchacho que llevaba puesta una sudadera ancha de color oscuro y capucha, con la cual cubría su cabeza.

No logró verle la cara, pero sí atisbó una mirada azul muy clara que brillaba desde la oscuridad que le otorgaba el gorro de la sudadera. Instintivamente, él posó sus manos sobre los hombros de África para sujetarla y evitar que se cayera.

—Lo siento —murmuró aquel chico sin descubrirse el rostro, y ella supo que se trataba de un adolescente; por la complexión de su cuerpo, por la juventud y la timidez de su mirada, por su voz... Puede que tuviera su misma edad o incluso algún año menos.

—No pasa na... —contuvo las palabras cuando, sin más, el muchacho se apartó de ella y se marchó como si llevara mucha prisa. África se giró y, de refilón, vio cómo se alejaba.

—Pues olía muy bien —se encogió de hombros mientras volvía a caminar.

Algunas horas después, Joe y Lucía estaban tumbados sobre la cama de una de las habitaciones del hotel *Alfonso XII*. Una, que a Lucía le había parecido exageradamente grande y exageradamente lujosa. Todo lo que rodeaba a Joe parecía excesivo y, sin embargo, había algo que aún podía reconocer a pesar de la botella de vino que se habían terminado encima de aquella cama; él hacía que se sintiera a gusto a su lado. No sabía la hora que era y tampoco se preocupó por mirar el reloj. Rió mientras conversaban en medio de aquella suntuosa intimidad y se fueron conociendo un poquito más.

—Entonces, ¿quienes son esos dos hombres negros que en algún momento he visto contigo? Uno muy alto, y el otro muy alto y muy ancho —describió a la ligera, evidenciando un sinuoso vaivén en el tono de su voz, producido por el efecto del vino. Joe sonrió al oírla y, despegando un poco los ojos del matiz rojo que habían tomado los labios de Lucía, se dejó caer de espaldas en el colchón, con varias almohadas bajo su cabeza.

—El alto es Dylan. Y el alto y ancho es Biscuit —respondió y giró la cabeza para mirarla.

—Ya... —asintió Lucía pensativa—. Pero... ¿qué son? ¿Tus amigos?

¿Familiares?

—¿Les ves algún parecido conmigo? —quiso bromear.

—Sí, estáis igual de morenos —prosiguió ella en tono irónico para seguir la broma. Joe rió con una ligera carcajada.

—Bueno, digamos que son como de mi familia —reflexionó un poco y se le enterneció la mirada. Lucía lo vio de reojo y elevó las comisuras disfrutando de aquel gesto.

—África y yo somos primas y tampoco nos parecemos en nada.

—Claro, pero en vuestro caso las dos sois de piel rosa, al menos —dijo, con su acento americano, y volvió a reír seguidamente.

—¿Rosa?! —Lucía cabeceó, sin poder dejar de observarlo con atención cuando este reía. Él se dio cuenta. Ambos se miraron en silencio por más de cinco segundos consecutivos, y ella, que había sentido cómo se le encendían las mejillas, se movió sobre el colchón, desordenándolo un poco más, para sacarse una gominola del bolsillo y metérsela en la boca. Joe la miró expectante y, al verla masticar, se sonrió.

—Lo de rosa... lo he dicho porque me parecéis muy jóvenes, casi unas babies —se pasó las manos por el pelo, mientras elevaba la mirada hacia ella desde su lado derecho sobre la cama.

—Te estás pasando... —le advirtió ella—. Somos muy maduras, ¿eh? —aclaró—. Bueno, yo más que África. Las hormonas juveniles de mi prima aún están revoltosas —concluyó, y Joe no pudo más que reír, a pesar de que había intentado no hacerlo.

—Habría que veros juntas por ahí. La que liaréis... —murmuró sonriente.

—¡Uf! No lo sabes tú bien. Juntas provocamos un seísmo —comentó, y recordó rápidamente la última juerga que se habían pegado las dos, y lo mucho que se divirtieron con un grupo de chicos guapos, al margen de no haber terminado la noche en el asiento trasero del coche del alguno de ellos. Joe la observó y su ceño se frunció involuntariamente.

—Supongo que el seísmo lo provocáis en los chicos... —dijo, sonando interrogativo sin habérselo propuesto.

—¡Eso forma parte de mi intimidad! Y hemos dicho que no hablamos de intimidades. Por si te interesa... —prosiguió para añadir algo más, pero Joe la interceptó.

—Sí, me interesa —espetó con ligereza y determinación, haciendo que

ella lo mirara extrañada.

—Tengo diecinueve. Así que de "baby"... —dijo, gesticulando las comillas con los dedos —, no tengo nada —concluyó firmemente.

—¿Ah, no? —la miró con intensidad. Lucía, en respuesta, apretó los labios y negó con la cabeza—. Eso tendré que comprobarlo... —añadió él, con más insinuación de la que hubiera querido usar. No necesitaba que aquella noche pasara nada con Lucía. Si ella decidía dormir con él, lo haría, dormiría a su lado, incluso la abrazaría toda la noche. Pero no más. No quería que pensara que la había llevado allí para follársela. Aunque eso... fuera algo que deseara como un loco desde que sus ojos la habían tenido delante.

Lucía, sin embargo, entendió un mensaje subliminal bastante distinto a lo que Joe pensaba, y también bastante directo. ¿Quería comprobar que ella no era una baby? Pues era el momento indicado. Esta vez dejó que el tiempo se deslizara suavemente entre sus miradas. Se humedeció los labios con la lengua, y él intuyó lo que hacía, a pesar de que no dejó de mirarla a los ojos. Pero su corazón empezaba a palpar con fuerza. Bueno, no solo el corazón. De nuevo el pantalón comenzó a tensarse a la altura de su entrepierna. Joe sintió calor cuando ella se apartó el pelo suelto hacia atrás. Sintió tanto fuego dentro de sí, que no fue consciente de que, sofocado, se mordía sus propios labios.

Lucía se inclinó y se subió a horcajadas sobre él.

—Lucía... —Joe murmuró su nombre y se agitó al sentirla sobre su erección..

—Te lo voy a demostrar —susurró ella y, echándose sobre su pecho, comenzó a besarlo.

—¿Demostrar qué? —jadeó Joe, consciente de que su temperatura se disparaba. Su dura erección se agitó contra la entrepierna de Lucía, peleando por atravesar la tela del pantalón.

—Que no soy una niña... Y que te deseo.

Al escucharla, Joe se dejó llevar. Se inclinó hacia arriba y la tomó por la nuca para profundizar aquellos besos, invadiéndola con su lengua. Lucía se estremeció en sus labios.

Jezabel Marí

Capítulo 7

Lucía sentía que ardía con cada mirada, cada beso, cada caricia... En solo segundos se deshicieron de la ropa. Ambos necesitaban sentir el contacto piel con piel, y cuando Joe entró en ella lentamente, el tiempo se detuvo.

Lucía gimió y arqueó su espalda, mientras que Joe lamía su cuello para luego volver a su boca. Sus cuerpos encajaban a la perfección.

Sin dejar de abrazarse y besarse, el dulce vaivén con el que se habían amado durante un tiempo extenso y adictivo, progresivamente fue aumentando de intensidad. Y así, inmersos en un torbellino de pasión, llegaron al clímax. En ese momento, Lucía sintió que el mundo desaparecía o que era ella misma la que explotaba entre sacudidas de placer. Nunca había sentido un orgasmo así. Ni siquiera con Mateo, y mucho menos con algún que otro chico con el que había intentado sacarse a este de la cabeza. Aquella experiencia con Joe había sido completamente distinta, todo había fluido de manera natural, como si hubieran estado juntos desde hacía mucho tiempo, pero sin dejar de tener la emoción y el ímpetu de la primera vez. Joe, que había sentido algo parecido, se dejó caer sobre las mullidas y suaves almohadas de hilo blanco, llevándose consigo a Lucía entre sus fuertes brazos para hacerla descansar sobre sus pectorales.

—Dios nena... ha sido increíble —dijo, seguido de un cálido suspiro. Ella solo sonrió y siguió escuchando cómo su corazón iba recobrando poco a poco el ritmo normal—. ¿Estás bien? —continuó él. Lucía movió débilmente la cabeza en modo afirmativo—. ¿Seguro? Estás muy callada—prosiguió.

—Estoy bien. Es solo que..., me quedaría aquí toda la vida —susurró, casi sin haber pensado lo que iba a decir. Al escucharla, Joe sonrió y la besó en el pelo aspirando su aroma.

—Yo también, amor. Hasta podría decirse que acabo de encontrar mi sitio preferido en el mundo —dijo, y volvió a suspirar, haciendo más fuerte el abrazo con el que la rodeaba.

Al oír aquello, ella reaccionó.

«¿Se puede saber qué has dicho, so loca? No tienes remedio, Lucía. Esto era solo un polvo, y vas tú y... ¿sueñas esto?», se reprendió mentalmente. De inmediato salió de entre sus brazos y se dispuso a vestirse, mientras que Joe la miraba sorprendido.

—¿Pasa algo? ¿He dicho o hecho algo que no debiera? —preguntó incorporándose.

—No, no pasa nada. Es solo que..., se me hace tarde. África me espera

y debo irme —contestó mientras se metía la pequeña camiseta de tirantes por la cabeza.

Al ponerse la prenda y alzar la cabeza, se encontró con el imponente cuerpo desnudo de Joe en pie, delante de ella.

—¿Qué pasa, Lucía? —inquirió él. Ella se obligó a mirar hacia el gran ventanal, desde el que se veía una bonita estampa de la noche sevillana, enmarcada por cortinas color albero. Sabía que si lo miraba a los ojos, ya no saldría de allí.

Joe, con un par de dedos, tomó su barbilla haciendo que se miraran cara a cara y, sin que Lucía lo esperara, la besó.

—No te vayas —pidió sin dejar de besarla—, no puedes irte ahora.

—Pero... —trató de replicar algo, y aquella pequeña palabra fue todo lo que Joe le permitió vocalizar.

África había llegado a casa y, después de tomar una ducha y ponerse ropa cómoda, se acurrucó en un rincón del sofá morado, que abarcaba casi por completo el pequeño salón del piso que compartían su prima y ella. Con un gran vaso de *Coca-Cola* y un paquete de *Doritos*, se dispuso a ver un par de capítulos de *The walking dead*, mientras esperaba a Lucía. Los zombies le daban miedo, pero la trama de aquella serie la tenía totalmente enganchada.

A las 10:45, recibió un *WhatsApp* de Lucía, diciendo que estaba en el hotel *Alfonso XII*.

“Cenita, un buen polvo y para casa. Así que..., cena sin mí. No te comas toda la pizza tú sola, ¡que te conozcooo! Luego te cuento. Recuerda que te quiero”.

Aquella despedida, tan singular de Lucía, hizo sonreír a África.

«Espero que aproveches bien la ocasión, primita. Un par de orgasmos es lo que necesitas para volver a ser tú», pensó y volvió a su serie.

Cuando terminó el cuarto capítulo, miró el móvil para saber la hora y para ver si Lucía le había enviado algún mensaje. Tres y media de la madrugada. Mensajes, cero.

«¡Joder, Lucilú, cómo te estiras! ¡Este va a ser el polvo del siglo, por lo menos!», pensó.

Pero, a medida que el reloj avanzaba, África no pudo evitar preocuparse. Aunque Lucía no fuese una tonta y supiera cuidarse sola perfectamente, no estaba pasando por uno de sus mejores momentos, y, además, no conocía de nada al chico con el que se había marchado.

—¡Mierda, en qué estaríamos pensando! Yo por animarla tanto y ella por hacerme caso —dijo en voz alta—. Voy a darte un voto de confianza, Joe. Un capítulo más y, si no aparece, salgo a buscarla —terminó diciendo, convencida de que, a ese paso, finalmente habría de vestirse e ir a buscar a Lucía. Pondría el hotel *Alfonso XII* patas arriba si hiciera falta.

Volvió a acurrucarse en el sofá y manipuló el mando de la tele para poner el siguiente capítulo. En mitad de este, sin darse cuenta, se quedó frita.

—¡Las ocho de la mañana! ¡JODER! —exclamó África, levantándose sobresaltada del sofá, en el que había dormido las cuatro últimas horas—
¿Lucíaaaa? ¿Luciiii? —probó a llamar a su prima, por si esta hubiera llegado a casa y estuviera acostada en la habitación. Dio varias zancadas hasta allí, y su rostro se descompuso al encontrarla vacía.

«No puede ser. ¿Aún no? ¿Dónde estás metida?». Tras formular mentalmente aquellas preguntas, se desnudó con rapidez.

Revisó el móvil varias veces mientras abría el armario y escogía prendas al azar, pero el panorama era que seguía sin llegarle ni la más mínima pista de Lucía. De hecho, esta no se había conectado desde el último mensaje que le había enviado la noche anterior. Así que, un vaquero azul desgastado, una camiseta básica rosa y a la calle. Si la última información sobre su prima, era que se encontraba en el *Alfonso XII*, iría flechada hacia allí. ¡Debía seguir en el hotel! De lo contrario, montaría en cólera. ¡¿Qué cojones?! ¡La cólera hacía rato que empezaba a burbujear en sus venas!

La luz inundaba la gran habitación en la que Joe y Lucía dormían. La noche anterior, el hecho de haberse comido a besos el uno al otro en la terraza, sin pausas ni para tomar aire, les había nublado tanto el sentido común, que, de vuelta a la cama, ni siquiera se molestaron en correr las cortinas.

Lucía abrió los ojos lentamente al sentir la claridad. Joe, seguía durmiendo plácidamente, mientras la abrazaba pegado a su espalda. Ella se giró despacio y, al quedar cara a cara con él, lo admiró. Mientras le acariciaba el pelo, revuelto en ese momento, contempló su boca cerrada enmarcando con levedad una sonrisa de serenidad.

«Uf, lo que sabe hacer este hombre con esta boca», pensó, sonrió y siguió observándolo.

La barba comenzaba a asomar y le daba un toque más atractivo, si es

que eso podía ser posible. Sus ojos, esos grandes y preciosos ojos que permanecían cerrados, la habían recorrido durante gran parte de la noche, con un azul tan profundo, que Lucía temió poder ahogarse en ellos.

«¿Qué me pasa contigo?», se preguntó a sí misma, y, antes de que su cabeza mandase lo contrario, se acurrucó en su pecho para volver a dormir. Ella también creía haber hallado su sitio favorito en el mundo. Al menos por aquella noche, que aún no terminaba, a pesar de que hubiera amanecido.

Mientras se dirigía hacia el hotel, África iba dándole forma a varias ideas que tenía en mente, para poder entrar en aquel lugar sin problemas. Cuando estaba por llegar a las dependencias del *Alfonso XII*, se decantó por encarnar a una turista, que volvía de una noche de marcha. Su pelo largo y rubio la ayudaría. Así que, sin dejar de caminar hacia la entrada principal, se despeinó y se colocó sus gafas de sol.

—*Good morning* —murmuró a los recepcionistas, manteniendo la cabeza medio gacha, intentando que su voz pareciera lo más ronca posible, para que estos no distinguieran que su acento distaba mucho de parecer americano.

—*Good morning, lady* —. Escuchó aquella respuesta, una vez que casi hubo atravesado el hall.

«Vale ya estás dentro», susurró para sí. «Ahora a ver dónde leches está mi prima».

Buscó con la mirada allí por donde pasaba. Cruzó por dos patios distintos y enormes, llenos de flores y *guiris* que iban de aquí para allá. Pasó de largo el restaurante, que, en ese momento, por la hora que era, se encontraba dispuesto en modo buffet para el desayuno. Pero nada, ni rastro de Lucía.

Sin embargo, cuando se dispuso a adentrarse en uno de los pasillos que la llevarían hacia otro hala distinto, un camarero debidamente uniformado y con el pelo protocolariamente peinado, la interceptó.

—¡Hombre, Africa! —saludó efusivo el chico. Ella, con apenas un ligero sobresalto, pues pensó que alguien iba a pararle los pies y a pedirle alguna acreditación como huésped del hotel, abrió los ojos un poco más de lo normal y los alzó para mirarlo. Y entonces se despejó la incógnita. Era Juan; un moreno alto de ojos grandes y negros, que más de una vez le había tirado los tejos, en alguno de los eventos en que habían coincidido trabajando como

camareros.

—¿Qué tal, Juan? —exclamó África, sin hacer ademán de quitarse las gafas de sol. Para paliar esa pequeña falta de educación, curvó las comisuras insinuando una breve sonrisa.

—¿Cómo tú por aquí, os habéis mudado al hotel, o qué? —. Evidentemente, estaba contento de verla.

—¿Porqué dices eso? —inquirió ella, sin haber terminado de entender la pregunta.

—Ayer tu prima, hoy tú... Nunca os había visto por aquí en plan huésped, ya sabes —explicó.

—¿Has visto a Lucía? —preguntó, dejándose llevar por la impulsividad, y él guardó silencio un segundo, mirándola sorprendido.

—Claro. Ayer la vi aquí muy bien acompañada por... —trató de responder, pero África lo interrumpió.

—Ya. Ya sé con quién estaba. Pero dime, ¿sigue aquí? —insistió con el interrogatorio.

—Pues no sé. Yo solo la vi de paso. ¿Ocurre algo? —inquirió extrañado, ante el interés urgente con el que parecía hablar África.

—¿Cuál es la habitación del chico? —se atrevió a cuestionar ella; directa, como solía ser por naturaleza.

—Puf —resopló él, y se ajustó la pajarita del uniforme—. Sabes que no puedo decirte eso, África. Es confidencial.

—Por favor, Juan. Por *favooooor* —suplicó ella, dibujando un puchero en su rostro, a sabiendas de que el chico no podría decirle que no. Y, efectivamente, ante los dulces ruegos de aquella rubia que tanto le gustaba, Juan sucumbió, y se olvidó del protocolo.

—A esta hora... —murmuró muy bajo, no sin antes haber echado una ojeada a su alrededor—, deben estar desayunando en la sala de estar de la Suite Royal. Tercer piso —concluyó y esperó a recibir, como mínimo, una sonrisa de gratitud por parte de ella. Con eso le bastaría.

—Gracias, gracias, gracias. ¡Te debo una, Juan! —exclamó África sin alborotar demasiado, para no llamar la atención. Luego echó a caminar a paso ligero hacia las escaleras. Ni de *coña* tenía tiempo de esperar el ascensor.

—Buenos días, amor —susurró Joe, mientras besaba dulcemente los

labios de Lucía. Esta, de manera tímida, abrió los ojos y sonrió—. Este es el despertar más bonito que he tenido en mi vida—continuó diciendo él, con voz suave.

—Para mí, el más dulce —contestó ella, casi por inercia—, y mira que de dulces entiendo un rato —añadió en tono gracioso.

—Pero no hay nada más dulce que esta boca —susurró él, mientras pasaba uno de sus dedos por los labios de Lucía. Ella dibujó la media sonrisa que tanto le gustaba y, cuando se inclinó para besarla, esta lo detuvo poniendo una mano en su ejercitado pecho.

—¿Qué hora es? —preguntó, reaccionando de manera repentina. Joe se giró y, alargando un poco el brazo, cogió el *Rolex* que había dejado sobre la mesilla la noche anterior—. Las diez menos veinticinco —respondió tras comprobarlo.

—¿Cómo? ¿Las nueve y media de la mañana? —gritó ella, saltando de la cama — ¡Dios mío! ¿Dónde está mi móvil? —buscó con la mirada—. ¡África debe estar de los nervios! ¡Me mata! ¡Mi prima me mata! —repetía una y otra vez, mientras, descalza y casi desnuda, daba vueltas por la habitación, buscando su bolso.

Joe se acomodó en la cama y la miró divertido.

—¡No me ayudes, ¿eh?! Tú quédate ahí tranquilito —volvió a hablar Lucía, reprendiéndolo con un ligero sarcasmo —¿De qué te ríes? ¿Te parece muy divertido que no encuentre mi bolso, o qué?

—¡No, no es eso!—se defendió él—, solo estoy disfrutando de las vistas —añadió, mientras la miraba de arriba a abajo y se mordía el labio inferior.

Ella se echó una ojeada a sí misma y, solo entonces, se dio cuenta de que solo llevaba unas pequeñas braguitas blancas. Se tapó los ojos con ambas manos, fingiendo timidez, hasta que notó el calor del cuerpo de Joe, que la abrazaba.

—¡Me gustas tanto! —susurró su voz masculina, dejando ir las palabras entre el suave cabello de la chica que lo había hecho gemir de gozo aquella noche. Ella, al sentir su aliento, se estremeció; momento que Joe aprovechó para volver a besarla— *Uumm*, me encanta tu sabor

—¿Ah, sí? —. Lucía no pudo más que sonreír, acompañando a su mini pregunta.

—Sí. Sabes a gominolas —respondió él a la vez que asentía—. Y no

solo tu boca, toda tú eres dulce como una gominola. Doy fe —. Una vez dicho esto, se dispuso a alimentarse de nuevo de aquel sabor, del que imaginaba que no se cansaría nunca.

—Vamos, Joe... No empieces otra vez. Tengo que llamar a mi prima —rogó, de manera poco convincente.

—Está bien, allí está tu bolso —señaló un precioso sofá de colores caoba y beige, que se ubicaba cerca del balcón—. Pero prométeme que no te irás de inmediato —continuó, mientras seguía a Lucía con la mirada, que caminaba directa al susodicho sofá.

—Tengo que hablar con África. Si es que no le ha dado un infarto ya, claro. —Con nerviosismo, sacó el teléfono móvil de su bolso, manipuló las teclas sobre la pantalla para buscar el contacto de África en las últimas llamadas hechas, y luego se lo llevó a la oreja, esperando que su prima descolgara al primer tono de llamada. No fue así.

—Tranquilízate. —Joe se acercó y, observándola, también expectante a la llamada que ella estaba haciendo, acarició su pelo. Lucía, que ya empezaba a desesperarse porque África no aparecía al otro lado del teléfono, lo miró compungiendo el gesto.

—Debe estar muy preocupada, ¿entiendes? —la intranquilidad era cada vez más evidente en su semblante. Él asintió serio—. No, preocupada no es la palabra... Debe estar furiosa ¡y loca por saber de mí! —añadió, y se giró dándole la espalda para repetir la llamada una vez más—. ¡África, coge el puto teléfono! —refunfuñó.

África, por su parte, había caminado deprisa y no tuvo problemas en encontrar la supuesta suite que Juan le había indicado. Ese muchacho era un *solete* y habría de recompensarlo de algún modo. Una copa, un paseo, un helado... Algo le propondría para agradecerle la ayuda. Respiró frente a la robusta puerta de color caoba oscuro, preparándose para lo que estaba a punto de hacer. Pero no, no tomó aire para controlar la furia que fluía por su torrente sanguíneo en ese momento, sino para hacer que esta aumentara y le diera la fuerza suficiente para llamar a golpes.

Miró de reojo a izquierda y a derecha, y...

—Uno, dos, tres... ¡ahora! —contó en silencio y... golpe, golpe, golpe, golpe. Cuatro golpes con toda la energía que pudo concentrar en su brazo. Seguramente después tuviera los nudillos amoratados, pero en ese instante ni

siquiera le dolió. Golpe, golpe, golpe, golpe, otra vez. De aquel modo sería imposible que África se percatara de que su *iPhone* repiqueteaba en uno de los bolsillos de su apretado pantalón—. ¡¿Qué ocurre?! ¡¿Acaso no os enteráis de que están llamando?! *!Abriiiiiid!* —alzó la voz, esta vez sin cerciorarse siquiera de que no hubiera nadie a su alrededor.

Un *guiri* muy estirado, rubio, blanco nuclear y excesivamente delgado, salió de una habitación cercana y la miró enrarecido. Ella le sacó la lengua, y él movió el hocico, cual ratón, para retirarse cabeceando, a paso ligero.

—*Tsss, guiris* que parecen más marcianos que otra cosa —masculló y, al regresar la mirada hacia la puerta y comprobar que nadie tenía la decencia de abrir, se dispuso a golpear de nuevo. Golpe, golpe, golpe...

—Perdona, chica, ¿estás tratando de destrozarte la mano? —. Una voz bastante masculina, que no provenía desde muy lejos, interceptó el siguiente porrazo que África iba a asestarle a la granítica y lujosa madera.

Ella giró la cabeza y, a pesar de la preocupación y el furor que la habían llevado hasta allí, solo por unos segundos, sus pestañas aletearon cual alas de mariposa.

Jezabel Marí

Capítulo 8

—Sigue tu camino. No he venido aquí para hablar con desconocidos —
respondió África espontáneamente, y a continuación apartó la mirada para
concentrarla de nuevo en la madera de la puerta.

Jael, por su parte, retenido por un silencio propio que no comprendió,
torció una ceja y estudió centímetro a centímetro el cuerpo de aquella chica.
No sabía si estaba más buena o era más estúpida, pero los niveles eran altos

en ambos sentidos. De hecho, podía presentir que, si se quedaba observándola de aquel modo mientras ella trataba de ignorarlo, una parte concreta de su cuerpo reaccionaría, endureciéndose.

«Jael, estás muy salido», se dijo a sí mismo y sacudió ligeramente la cabeza. Pero es que..., toparse con una adolescente y que esta no supiera quién era él, no solo despertaba su curiosidad, sino que lo hacía volver a sentir, aunque fuese brevemente, que era el chico desconocido que un día fue. Libre.

Se mojó los labios con la lengua y frunció el ceño cuando la chica guapa y estúpida volvió la cabeza para mirarlo de nuevo. Su mirada desafiante lo hacía querer permanecer allí.

—¿Qué haces ahí parado? ¿Acaso no sabes llegar a tu habitación? Pues no puedo ayudarte, ¿sabes? ¡No trabajo aquí! —exclamó, lo que a Jael le parecieron varios berridos.

—No, claro... —respondió, sarcástico, dando por hecho algo despectivo, que no llegó a decir con palabras. Aquel gesto hizo que la furia de África aumentase unos grados más.

—¡No es un buen momento para que te rías de mí! ¡Podría reaccionar muy mal, te lo advierto! —situó su cuerpo más de frente al de él y lo miró de manera amenazante. Jael hizo lo mismo; se enderezó ante ella, demostrándole que no le tenía ningún temor. ¿Qué temor iba a tenerle? Pequeña, delgada, niña. Aquel cuerpo llamativo guardaba sin duda una rebeldía imponente, pero no era suficiente para poder plantarle cara. A él no.

Por un instante prolongado, esta vez, fue África quien no pudo frenarse a la hora de inspeccionar al detalle el material humano que tenía delante. Aquel americano solo llevaba puesto un pantalón de chándal gris y una pequeña toalla blanca colgada al cuello. Lo demás eran músculos definidos en su justa medida, pectorales donde a cualquiera le gustaría echarse una siesta y unos abdominales marcados que... ¡uf! Esto, cubierto de una fina capa de sudor que, con sus correspondientes brillos, lo remarcaba todo. ¡Claro, era eso! ¡La culpa era del puto sudor que, no es que marcara, sino que exageraba la masculinidad de aquella anatomía! África apretó los labios mientras se obligaba a despegar de allí los ojos para centrarlos solamente de cuello para arriba.

«¡Ay, Dios!», se dijo. «No sé si es peor mirarlo de cuello para abajo, o para arriba. Seguramente sea un gilipollas forrado en billete, pero joder,

joder, joder, con semejante puta belleza masculina». «Atroz».

Era todo lo guapo que podía a llegar a ser un tío. El pelo algo húmedo y despeinado, ojos oscuros y mirada intensa como el aire del desierto, labios ligeramente carnosos y provocadores del pecado..., y con un cuerpo que no quería volver a mirar, pero que estaba esculpido por la mismísima tentación personificada, para hacer perversas a todas las féminas del mundo.

«¡Joder, África, vete a la mierda! ¡Te estás acelerando y no precisamente por el cabreo de no encontrar a Lucía!» «¡¿Lucía?!», meditó unos segundos consigo misma y se sobresaltó al acordarse del verdadero motivo por el que estaba junto a aquella puerta.

Jael, que se había dejado saborear por ella de forma visual, se descubrió disfrutando también de aquel breve momento. Así que, cuando la rubia curvilínea de pelo largo rompió abruptamente el contacto, sintió una ligera e inexplicable decepción.

«¡Ya te vale, Jael! Te has pasado haciendo pesas y te ha afectado al cerebro», se reprendió.

¡Golpe, golpe, golpe, golp...! África había vuelto a lo suyo y, sin importarle que él estuviera ahí, aporreó la madera con más fuerza que antes. Jael resopló y caminó hacia ella para detenerla. Sin reparo alguno, enroscó un brazo alrededor de su cintura, la levantó en el aire y la apartó un par de metros de la puerta. No obstante, al devolverla al suelo, se aseguró de quedar delante suyo, interponiéndose ante cualquier intención descerebrada que pudiese volver a tener.

—Pero ¿qué cojones te pasa a ti? —gritó ella, mirando hacia arriba, ya que Jael le sacaba varios palmos. Él la atravesaba con una severa mirada de desaprobación.

—Deja de gritar de una vez, ¡¿estás loca, o qué?! —elevó la voz.

—¡Loca, tu abuela! ¡Apártate y haz como si nunca me hubieras visto!

—Ni de coña —negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Pero ¿quién te crees tú que eres? ¡No eres nadie para tocarme y ni siquiera tienes derecho a detenerme! —dijo, e hizo ademán de sortearlo para volver a su propósito. Jael se movió y le impidió el paso.

—¿Y quién te crees tú para darle esa paliza a la puerta de mi habitación, eh??

—Esa no puede ser tu habitación —por un momento dudó de que Juan se hubiese equivocado al darle las indicaciones y bajó el tono de voz.

—Sí que lo es. Por lo menos hasta que siga pagándola. ¡Así que no te voy a permitir que sigas armando estruendo aquí! —exclamó con determinación y la observó con el ceño contraído.

África tomó aire profundamente, haciendo que su camiseta rosa se tensara alrededor de sus redondos pechos. Jael se despistó con aquel gesto, dejando escapar sus ojos, solo por un instante, hacia dicho lugar. Desde luego que sí, era soberbia y...estaba para comérsela.

—¡No me mires así, imbécil! —alzó un poco la voz, cruzándose de brazos para apretar y realzar más sus encantos. Jael reaccionó y tragó saliva.

—¡Creída, no estoy mirándote nada! —respondió con desdén.

—¡Gilipollas! —se puso de puntillas para lanzárselo a la cara.

—¡Estúpida! —se inclinó él para aproximarse y demostrarle que su cercanía no le impresionaba.

En un lugar poco alejado de donde ocurría esto, Lucía se enfundaba sus vaqueros con rapidez, se sentó en el suelo para ponerse los zapatos y, sin detenerse ante el espejo para adecentar su pelo, corrió con el bolso al hombro hacia la salida de la habitación en la que aún se encontraba con Joe. Este corrió hacia ella y la tomó por los hombros, frenándola.

—Ey, nena, espera. Yo te llevo... —sugirió con un poco de autoridad.

Lucía respiró hondo y frunció los labios a la vez que negaba con la cabeza.

—No, Joe. No quiero que me lleves. —Su voz era suave, pero lo que él percibía en ella no lo hizo sentir precisamente bien. Lo inquietó.

—Lucía, sé que tienes prisa por ver a tu prima, y llegarás antes si yo te llevo —explicó para tratar de convencerla. Expectante a la reacción de esta, comenzó a abrocharse los botones del pantalón. Ella lo miró a los ojos en silencio—. Espérame, ¿sí? Voy a ponerme la camisa. —Se giró para ir a buscar dicha prenda.

Cuando se dio la vuelta con la blusa medio puesta buscando a Lucía, no la encontró. Ya no estaba ahí. Se había marchado a una velocidad que él no pudo prever, dejando la puerta abierta. Joe sintió cómo un vacío doloroso recorría su pecho, e inconscientemente se llevó la mano a este lugar. Presionó mientras inspiraba profundo y se mordió el labio inferior con fuerza. No, no iba a dejarla marchar sola. Después de lo vivido la noche anterior, tenía que escuchar de su boca que había sentido lo mismo que él. Terminó de ponerse la camisa, se calzó y corrió por el largo pasillo enmoquetado. Pensó que la

encontraría esperando el ascensor, pero se decepcionó al llegar ahí y no ver rastro de ella.

—¡Joder! —gruñó y se dispuso a bajar por las escaleras. En mitad de estas, su teléfono comenzó a sonar dentro de uno de los bolsillos de sus vaqueros negros—. Dime, Jonathan —respondió algo agitado.

—Joe, nos reunimos en la sala de estar dentro de media hora —anunció su compañero.

—Lo siento, yo no puedo. Hacedlo sin mí —dijo con absoluta decisión. Las palabras se entremezclaban con una acalorada respiración.

—Es importante, tienes que estar —apuntó Jonathan, extrañado ante aquella negativa. Joe era riguroso con todo lo que tuviera que ver con el grupo—. A propósito...¿dónde estás?, ¿en el gimnasio?

—No. John, escúchame... Tengo algo que hacer, ¿vale? Sabes que no fallo nunca, pero hoy necesito la mañana libre. Estaré a punto para el ensayo de esta tarde —explicó con ligereza, al tiempo que ponía sus pies en el hall. Miró a su alrededor y chasqueó la lengua al no encontrar lo que buscaba.

—¿Tienes algún problema? ¿Puedo ayudarte? —insistió Jonathan, que empezaba a preocuparse.

—No es necesario. Es algo mío. Ya te contaré... —siguió diciendo, mientras se aproximaba a la puerta principal del hotel.

—De acuerdo. ¡A las seis de la tarde te quiero preparado para darlo todo! Este concierto cierra la gira, recuérdalo.

—Lo sé. No *problem*.

Ni un puto taxi a la salida del hotel. Joe maldijo entre dientes y se metió la mano en el bolsillo instintivamente buscando las llaves de la moto que había comprado el día anterior. No las tenía. Hizo memoria y recordó que, antes de subir a la suite con Lucía, pasaron por la sala de estar para coger unas copas vacías y las había dejado allí.

Joe volvió a entrar al hotel y, con prisa, subió las escaleras y caminó a zancadas por el pasillo en dirección a aquella estancia que compartía con sus amigos. Con suerte, estaría vacía y no le entretendrían con una ronda de preguntas.

—¡Oye, suéltame! ¡Aleja tus repelentes manos de mí! —África gritó y pateó cuando Jael volvió a reducirla en el interior de sus brazos, evitando que volviese a golpear la puerta.

—Estas repelentes manos te van a llevar a un manicomio. ¡Eso harán! —exclamó Jael mientras sacaba la tarjeta de la puerta y la deslizaba por la rendija, haciendo que esta se abriera.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Joe irrumpió aquel entramado momento. Estaba allí, a unos pasos de ellos, observándolos con los ojos muy abiertos.

África dejó de pelear por escaparse de Jael, y este aflojó la sujeción que ejercía sobre ella. Ambos se detuvieron para mirar a Joe.

—¿África? —Joe se acercó un poco más, reconociendo a la prima de Lucía. Luego volvió a estudiar la escena e, interrogativo, miró a su amigo Jael.

—Esto es el colmo. No me digas que conoces a esta loca... —dijo Jael, entre sorprendido y molesto. África aprovechó ese instante para zafarse de sus manos. El olor masculino de aquel chico había mermado sus fuerzas un par de minutos antes.

—¡Claro que me conoce! ¡Y tanto que sí! A propósito, príncipe de *Beckelar*, dime YA dónde tienes a mi prima. ¡Y cuando yo digo ya, es ya! —exclamó con su voz y con su cuerpo amenazadoramente. Joe la observó unos segundos y asintió, comprendiendo la situación; Lucía y África aún no se habían visto ni comunicado.

—¡Dios, qué suplicio! ¡Cállate de una vez! —irrumpió Jael.

—¡Cállate tú, insípido! —contraatacó África.

—¿Insípido yo?! Habrá que ver a lo que sabes tú... —La recorrió con la mirada en dos segundos.

—¡Ay, pobre de ti, que nunca lo sabrás! —dijo, irónica, sacando pecho.

—No, olvídalo. No eres mi tipo —respondió Jael, y le retiró la mirada con indiferencia.

—Jael... —medió Joe, y su amigo alzó la mirada en su dirección para atenderlo—. No pasa nada, yo me ocupo de África.

Tras un instante, Jael frunció el ceño, apretó los labios y asintió.

—Así que África, ¿no? Hasta el nombre lo tienes salvaje. —dijo, mirándola de soslayo. Seguidamente se inclinó para recoger la toalla blanca

que se había caído al suelo con el forcejeo y se la colgó de nuevo al cuello—.
Pues hasta nunca, África —murmuró pasando junto a ella y desapareció en el
interior de la sala de estar.

Jezabel Marí

Capítulo 9

Joe pidió amablemente a África que lo acompañase y, cuando se dirigían hacia la entrada principal del hotel, ella se detuvo en seco, haciendo

que él se girase y la mirase contrariado.

—No voy a poner un pie fuera de este hotel hasta que me digas dónde está. —Lo miró con el ceño levemente contraído y las manos en la cintura.

—A ver, África... Relájate un poco, ¿vale? —Joe le pidió calma. Si a aquella chica, que parecía ser algo revoltosa, le daba por armar algún numerito, Biscuit o alguno de los otros guardaespaldas del grupo no tardarían en aparecer. Por sus características, fácilmente podrían confundirla con una fan en un momento de euforia.

—¡Yo no soy de relajarme mucho, ¿sabes? Pero muchísimo menos cuando hace casi veinticuatro horas que no sé nada de mi prima! —explicó con la adrenalina parpadeando en sus pupilas.

—Lucía ha... —titubeó—, ha pasado la noche conmigo —terminó de decir y la miró a la expectativa. Ella entornó los ojos un instante y después los devolvió a su forma natural para acompañar una nueva exclamación.

—¡Eso ya lo sabía!

—Ah, ok —asintió él.

—¿Y ahora? —África se encogió de hombros y lo miró exigente.

—¿Ahora, qué?

—Uf —resopló denotando impaciencia—. Que dónde-está-ahora —separó y recalcó las palabras.

Joe la observó y enderezó el cuerpo en toda su longitud, haciendo que ella hubiera de mirar más hacia arriba para verlo a los ojos. Justo en ese momento apareció uno de sus compañeros en el hall y, tras contemplar la escena desde la distancia, comenzó a caminar hacia ellos. La mirada de Dax, instintivamente, se deslizó por las curvas que delimitaban las caderas de África. Joe lo avistó cuando ya no pudo pedirle mediante un gesto que no se acercara.

—Oye, África, Lucía ha estado llamándote pero tú no respondías al teléfono...

—¿Que me ha llamado? —inquirió extrañada.

—Sí, varias veces —respondió, mientras ella se sacaba el móvil del bolsillo para revisarlo y comprobar que era cierto. Tenía doce llamadas de Lucía.

—Joder... ¡Esto ha sido por culpa de tu amiguito! —África hizo ademán de salir por la hermosa puerta del hotel, pero Joe se giró a su paso y le habló para frenarla.

—Espera un momento, África...

—¡Ey, Joe! —La voz de Dax sonó a sus espaldas e hizo que se girara. África también vio al recién llegado y, por un instante, quiso creer que lo había visto antes en alguna parte. Pensó brevemente para hacer memoria, pero Joe volvió a dirigirse a ella, interrumpiéndola.

—Espérame un segundo, ¿vale? No te vayas —suplicó con la mirada, y ella asintió casi imperceptiblemente. Le dio la espalda a ambos chicos y manipuló el *iPhone* para llamar a Lucía.

Cuando Joe se acercó a Dax para atenderlo, se percató de que este centraba la suya en el trasero de África. Pasó una mano por delante de sus ojos, que su amigo quiso sortear.

—¡Dax! ¡Ey! —se quejó para hacerlo reaccionar.

—Fiu fiu —silbó, desviando la mirada hacia Joe perezosamente—. Tremenda, ¿eh?

—No es para ti —dijo sin más, y Dax entendió que la chica estaba con él.

—Ey, solo he dicho que está buena —se excusó y levantó las manos en son de paz.

—¡No, no es...! —Joe arrugó el gesto y cabeceó un instante ante la confusión de su amigo—. Tampoco es para mí —aclaró, ignorando realmente por qué estaba vetando a África para Dax. Este elevó una ceja y lo miró con rareza—. Dax, te dejo. Voy a salir.

—¿Cómo? ¿No vienes a la reunión? —preguntó desconcertado.

—No puedo —respondió Joe con determinación—. Necesito hacer algo importante y estaré unas horas fuera del hotel. Pero no os preocupéis, no pienso faltar al ensayo —explicó. Su amigo sopesó por un momento lo que acababa de oír.

—Ok. Si vas a echar un polvo con ese bombón, te entiendo perfectamente —murmuró sin pudor, ladeando la cabeza para echar un nuevo vistazo exhaustivo a África, que hablaba por teléfono y caminaba de un lado a otro.

—Error, Dax. —Lo miró serio—. Nada de eso —cabeceó negativamente.

África se aplacó cuando Lucía, después de que ella la reprendiera, pudo expresarse.

—Me quedé dormida, Afri, joder. A ti también podría haberte pasado.

Perdóname.

—Si no llega a aparecer Joe, que sepas que hubiera puesto una denuncia en la policía.

—Lo veo —dijo Lucía y dejó ir un suspiro, imaginando verdaderamente a África llegando hasta esos extremos. Y no la culpaba. También lo haría ella en su lugar.

—Estoy bien. Bueno, más que bien, ¿me entiendes? —quiso tranquilizarla más, aunque en realidad, tenía un pequeño y doloroso pellizco en la boca del estómago desde que había salido del hotel.

—Sí, ya, te entiendo. ¿Cómo no te voy a entender? —echó la vista atrás y vio la fuerte espalda de Joe, que aún continuaba hablando con el otro chico.

—Vente de una vez a casa y te lo cuento todo —continuó Lucía con premura.

—¿Qué tal se portó? ¿Es más de lo que imagino o menos de lo que parece? —inquirió, arqueando una ceja con gesto travieso. Lucía sonrió al otro lado del teléfono y se dejó caer, tumbándose en el sofá, mientras mascaba un par de gominolas.

—Te lo contaré todo en persona. Así que no tardes.

—¡Pues allá que voy! —exclamó la rubia elevando un poco las comisuras.

Cuando aquella llamada finalizó, África se dio la vuelta y encontró a Joe revisando su propio móvil. Aunque este, rápidamente se dio cuenta de que ella había terminado de usar el suyo y no tardó en acercársele.

—¿Qué tal? ¿Más tranquila? —se interesó.

—Sí —asintió y esbozó una leve sonrisa que a Joe también alivió.

—¿Vas...? —volvió a titubear—, ¿vas a ver ahora a Lucía?

—Sí —afirmó de nuevo.

—¿Te puedo acompañar? —Sonó demasiado autoritario, a pesar de estar preguntando con educación. África calló por varios segundos, estudiando el semblante de este.

—No —respondió en seco. Joe dejó ir un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Oye, África, mira... —Se envalentonó—. Voy a ir al grano, ¿vale? Necesito ver a Lucía. Y además, necesito verla urgentemente —insistió, y la palabra urgente llamó la atención de África. Aunque, lo cierto era que no

estaba dispuesta a transigir.

—Has estado con ella hasta hace un rato..., no exageres.

—No exagero. —Se pasó una mano por el pelo. Realmente estaba ansioso por volver a tener delante a Lucía.

—Sí lo haces, Joe. Has pasado toda la noche con ella. Lo normal es que ahora os deis un margen. —África echó a caminar hacia el exterior del hotel y Joe la siguió. Biscuit, que se bajaba de un coche en ese momento, entornó la mirada desde detrás de sus gafas negras y estudió la escena.

—Voy a ir contigo, África. Por favor, entiéndeme —elevó un poco la voz para que la chica le hiciera caso. Esta se dio la vuelta hacia él y lo miró condescendiente.

—¿Qué quieres que entienda, príncipe de *Beckelar*? —Una sonrisa se reflejó en sus mejillas después de llamarlo de aquel modo.

—¿Príncipe de qué...? —arrugó el gesto extrañado—. Bueno, déjalo, puedes llamarme como quieras, pero a cambio, déjame ir contigo a ver a Lucía. Solo quiero hablar con ella. —La súplica de Joe enterneció el corazón de África, que de por sí ya lo era.

—Me caes bien —sonrió más abiertamente—. Pero no, no me puedes acompañar.

—¡Te lo pido por favor! —rogó, dando un paso al frente.

Biscuit seguía vigilante, a unos metros de distancia.

—¿Tiene Lucía tu número de teléfono? —inquirió.

—No me dio tiempo a dárselo. —Se lamentó de este detalle, ahora que lo había preguntado África.

—Bueno, dámelo a mí si no te importa, y se lo haré llegar. Si le urge verte tanto como te urge a ti verla a ella, te llamará —explicó con simplicidad.

—¿No puedo hacer nada para convencerte de que me dejes ir contigo? —Su tono suplicante siguió enterneciendo a la rubia.

—Nada. Soy una chica dura —respondió, y él respiró profundamente en señal de rendición.

—Te daré mi número de teléfono, pero también me gustaría tener el suyo —puso como condición.

—Te harás con él en el momento en que te llame o te mande algún mensaje —apuntó despreocupada.

—África, necesito una garantía de que podré volver a verla. —Esta vez se expresó con un poco más de desesperación. Ella lo notó y sonrió. Todo parecía indicar que su prima había cautivado por completo al hermoso príncipe de las galletas. El que suplicaba con sus ojos color zafiro.

—Bueno, siempre puedes volver al lugar donde la conociste, ¿no? —lo ayudó con dicha sugerencia.

—No tengo... —murmuró e hizo una pequeña pausa—. No tengo demasiado tiempo. Volveré en unos días a mi país.

Y aquella revelación, verdaderamente, desconcertó e incluso consiguió entristecer un poco a África.

—Vale, Joe. Te aseguro que haré que se comunique contigo —afirmó con veracidad.

—¿Puedo confiar en ti? —la miró con la necesidad de oír algo que lo convenciese.

—No suelo prometer mucho, ¿sabes? Cuando lo hago es porque voy a cumplir sí o sí... —explicó, ante la atenta mirada de Joe. Luego estiró un brazo y le ofreció la mano—. Te prometo que volverás a saber de Lucía. Hoy. —Él miró la mano que ella le ofrecía y asimiló por completo la seguridad con la que hablaba. Estiró su brazo y asintió estrechando la pequeña mano en el interior de la suya.

—Te lo agradezco —esbozó una tenue sonrisa.

Después de haberle dado su número de teléfono móvil, Joe vio cómo África se subió a un taxi para marcharse. Alzó una mano en el aire para despedirse, mientras que ella lo hacía a través del cristal de la ventanilla. Biscuit se situó a su lado cuando el coche se alejaba.

—¿Con cuántas chicas sevillanas piensas desfogarte? —murmuró la pregunta con una leve picardía. Joe lo miró de soslayo.

—¿Qué pregunta es esa, Bisc? —contrajo el ceño con un ligero gesto cómico.

—Necesitarás mucha energía para el concierto de mañana —le recordó.

—¿Y? —Se dio la vuelta y echó a caminar hacia el interior del hotel. El guardaespaldas lo acompañó.

—No te hagas el tonto, Mcilroy. No es de sabios tener exceso de sexo antes del último concierto de la gira.

—Esa regla es para los débiles, Bisc. No para mí. —Sonrió sin mirar a su guardaespaldas, sabiendo que este estaría haciendo exactamente lo mismo

que él. Luego tomó el ascensor y se dirigió a la sala de estar donde sus compañeros debían estar reunidos en ese momento.

Cuando África llegó al piso donde vivía, encontró a Lucía echada sobre el sofá con uno de sus pijamas de verano; pantalón corto plagado de ositos y camiseta de tirantes, blanca y lisa. Junto a ella, en la mesa, un par de bolsas de *Haribo Golosinas*, completamente vacías.

Lucía se incorporó y fue al encuentro de su prima. La estrechó dentro de un efusivo abrazo y, antes de retirarse, le dio un beso apretado en la mejilla.

—Has tardado —dijo, y volvió al sofá para sentarse con los pies juntos y los brazos alrededor de las rodillas. África se dejó caer a su lado y se quitó las zapatillas *Converse*, frotando un pie contra el otro.

—En contra de la lógica, tu Joe me ha retenido —respondió, y a Lucía le dio un vuelco el corazón, también en contra de la lógica—. ¿No vas a decir nada? —preguntó, al comprobar que su prima parecía haberse quedado suspendida en el limbo.

—Un *polvazo*, Afri. Pero vamos, hasta ahí sé que te lo has podido imaginar, ¿o no? —simuló simplicidad y puso poco entusiasmo. África la estudió. Le bastaron solo unos segundos para hacerlo porque la conocía demasiado bien.

—Claro —asintió—, eso me lo esperaba. Pero quiero detalles —subió los pies al sofá y se abrazó las rodillas tal y como Lucía lo había hecho antes. Esta tragó saliva y tuvo que dejar fluir una vez más los recuerdos para contar a África cómo habían sucedido las cosas.

Logró quitarle un poco de importancia a todo lo que había dicho, o al menos eso creyó ella. No obstante, África la había estado escuchando en silencio, la dejó relatar sin interrumpirla, y, cuando esta hubo acabado, el silencio se prolongó un instante más.

—Eso es todo —Lucía se encogió de hombros—. No hay más —añadió con sencillez.

África apretó los labios y asintió. Seguidamente, como sabía que su prima estaba esperando escuchar algo por su parte, carraspeó.

—Sabiendo que te tomaste al menos tres copas de vino, todo cuadra —mencionó un detalle al azar, aunque, en realidad, lo que creía haber percibido en Lucía iba mucho más allá del alcohol. Pero no quería darle más importancia de la que tal vez tuviera. Manipuló su teléfono y, en breve, un

simpático sonido anunció la llegada de un mensaje al móvil de su prima.

—¿Has sido tú? —preguntó Lucía, cogiendo su teléfono de encima de la mesa.

—Yes.

Los ojos de Lucía se detuvieron sobre la información que apareció en pantalla.

—Llámallo —ordenó África, mientras se levantaba del sofá e iba hasta la cocina para llenarse un vaso de zumo de naranja.

—¿Que haga qué? —inquirió Lucía para asegurarse de lo que había oído.

—Me has oído bien, Lucía. Que llames a Joe —repitió con más claridad.

Lucía aguardó unos segundos y luego se revolcó en el sofá emitiendo una carcajada nerviosa. África apareció por el umbral de la puerta de la cocina con el vaso de zumo a medio beber. La observó y torció los labios sonrientes.

—Oye, deja de reírte. Lo digo en serio. Me pareció que a ese chico le había quedado algo importante por decirte. No sé lo que es, pero si tú dices que te escapaste de allí casi sin despedirte, lo entiendo. ¡A lo mejor solo quiere darte las gracias por el polvo, Lucilú! —exclamó, cómica, para terminar.

—No voy a llamarlo. Te lo puedo asegurar —siguió Lucía con contundencia.

—Oye...—Su prima la miró simulando seriedad, aunque no la reflejó en sus ojos—. Aunque sea, un mensajito. Eso se envía en dos segundos.

—¿Tú no le habrás prometido que yo...? —Lucía la miró de soslayo, entornando la mirada. Por la insistencia que África estaba poniendo, intuyó que había hecho tal cosa. Prometer. Y cuando su prima prometía...

—Se puso muy mono y muy tierno pidiendo volver a verte... —Apoyó un hombro en el marco de la puerta y bebió otro trago de zumo para acabarlo por completo.

—No es mono, es guapo —aclaró Lucía, recordándolo, y hubo de frotarse los brazos como si una brisa la hubiera recorrido, cuando en realidad, el simple hecho de pensar en él la hacía erizarse.

—Es guapo a rabiar. Tiene pinta de príncipe, ya te lo he dicho. Como su amiguito. Otro igual. *Buenorro* y guapísimo como un príncipe; este, del

desierto, porque es moreno y tiene una mirada profunda y caliente que te deja sin aliento. También es idiota hasta decir basta. —Se dio la vuelta tras hablar y fue a llevar el vaso al lavavajillas.

—¡Te ha molado! —exclamó Lucía, poniéndose de rodillas sobre el sofá, esperando a que su prima reapareciera en el salón.

—No lo soporto. Te lo digo desde ya —aclaró, con toda la seguridad de la que fue capaz. Lucía volvió a emitir una carcajada. África sabía que aquella risa significaba que no la creía—. Te lo digo en serio. El muy imbécil me frenó cuando entré al hotel a buscarte. Aporreeé una puerta y me dijo que aquella habitación era suya mientras la pagara, ¿no te parece que eso solo lo diría un gilipollas arrogante?

—¿Eso te dijo? —preguntó Lucía abriendo los ojos con interés, pero, sobre todo, imaginando la escena.

—Y no solo eso. Se atrevió a reducirme, ¿sabes? Se valió de sus perfectos musculitos para impedir que pudiera moverme —siguió explicando.

—Qué fuerte, Afri. A mí me da que se aprovechó de la circunstancia para manosearte, ¿eh? —opinó Lucía.

—¡Bah, paso! No me enrollaría con un tío como él ni yendo hasta los ojos de *Puerto de Indias*. —Se sentó en una de las dos únicas sillas que tenían junto a la mesa y apoyó los codos en esta—. Luci...

—¿Qué? —contestó, tumbándose de espaldas a lo largo del sofá.

—Envíale un mensaje a Joe, *please* —perseveró. Lucía se quedó callada, mordiéndose una uña—. *Please, please, please, please...* —repitió África de manera graciosa.

—*Vaaaaale*, ¡calla! Le mandaré un puto mensaje —claudicó.

—Sí, Lucilú, ese muchacho tiene que saber que sigues viva después del cacho de polvo que te ha echado —añadió y, después de que Lucía le lanzara una mirada desafiante, rompió a reír a carcajadas.

Esa misma noche, después de ver juntas la película “*Agua para elefantes*”, África aprovechó que su prima estaba enternecida y emocionada por el papel que desempeñaba *Robert Pattison*, para recordarle que era buen momento para enviar un mensaje de buenas noches a Joe. De lo contrario, pasarían las doce de la noche y su promesa de que Lucía se comunicaría con él ese mismo día, quedaría obsoleta.

La mayor de ambas suspiró y alargó el brazo para buscar el móvil entre los cojines sobre los cuales tenía puesta la cabeza.

Ni siquiera dudó a la hora de escribir.

“*Hola, Joe. Me gustó estar contigo. Espero que con este mensaje des por saldada la promesa que te hizo África. ¡Que te vaya bien!*”

—¡Hecho! —exclamó, bloqueó el móvil y lo soltó sobre la mesa.

—¡*Perfe!* —África se levantó satisfecha—. ¡Me voy a dormir! ¿Te apuntas?

—Voy en...tres, dos, ¡uno! —Se levantó de un salto y siguió a su prima hasta el dormitorio.

En el hotel, los chicos hablaban, varias horas después de haber vuelto del agotador ensayo.

—No sé qué hacer con Dianne. Intento descansar de ella mentalmente y mi madre me la recuerda cada vez que hablamos por teléfono. ¡Dios! —Jael se sentó en el sofá y estiró las piernas sobre la mesita que tenía delante.

Joe miró una vez más el teléfono y se lo volvió a guardar en el bolsillo de la sudadera.

—Tu madre piensa que Dianne es la nuera perfecta, ya lo sabes. La ha elegido para ti —le recordó.

—Mi madre no ha contado con mi opinión. Es más, a veces pienso que no me conoce lo suficiente. Debería saber que no estoy enamorado de mi prima —recalcó lo último. Joe lo observó con cierta preocupación.

—Las madres lo saben todo, hermano. Marlene es consciente de que no quieres a Dianne.

—¿Entonces? ¡No debería alimentar su ilusión hablándole de una posible unión matrimonial entre ella y yo! —espetó.

—Puede que siga teniendo esperanza de que algún día te enamores.

—Eso no pasará, Joe. Nos hemos acostado demasiadas veces como para saber que no voy a sentir más de lo que he sentido hasta ahora. Le tengo cariño, solo eso. Y de ahí no va a pasar —determinó con firmeza.

—Lo sé, Jael.

—¡Es que ya ni siquiera me pone! —exclamó, dejándose llevar por la indignación que sentía. Solo media hora antes, Marlene, su madre, le había recordado que Dianne iba a visitarla todas las tardes, que tomaban el té juntas y que se pasaban las horas hablando de él. “*Dianne te echa mucho de menos*”, era la forma en que siempre acababan sus conversaciones.

—¿Y África? —preguntó súbitamente Joe. Jael lo miró en silencio,

después de haber sentido un pequeño e inexplicable vuelco en el estómago al oír aquel nombre.

-¿Y África, qué? —Su voz se agudizó unos decibelios y su ceño se contrajo levemente. Joe observó curioso aquellos detalles.

—Que si África te pone —inquirió con suavidad y un toque de sugerencia.

Jael no esperaba aquella repentina conversación que lo hizo recordar a la chica rebelde con la que había tenido que lidiar por la mañana. Bueno, en realidad, aquel encuentro fortuito le había pasado varias veces por la cabeza a lo largo del día. ¿Para qué negarlo?

—Sí. Me pone de los nervios. Me saca de quicio —respondió, exagerando demasiado desde el punto de vista de Joe, que sonrió, contemplándolo, después de beber de la copa que sostenía en la mano sobre el reposabrazo del sofá.

—Ya será menos —murmuró, quitándole importancia.

—Menos no. Más, diría yo —aclaró Jael.

—Entonces, ¿no te gusta? —insistió con interés.

—¿A qué viene eso, tío? —Jael lo miró frunciendo el ceño.

—Vale, confirmado —continuó Joe, amplificando la sonrisa.

—No, espera —Jael se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre sus propias rodillas—. ¿Qué coño has confirmado, y por qué?

—Tendrías que haberos visto como yo os vi esta mañana... Tú simulabas que la reducías y ella que se quería zafar de ti. Pero, perdona, erais muy poco creíbles, en serio. Al menos para mí —explicó, ante la atenta mirada de Jael, quien, sin esperárselo, mientras su amigo hablaba de cómo los había encontrado, volvió a sentir que el calor del cuerpo de aquella chica salvaje palpitaba entre sus manos. Le quemaron las yemas de los dedos.

—Te equivocas. Esa amiga tuya, que no sé de qué psiquiátrico se habrá escapado, lo único que despierta en mí es... —se detuvo sin poder terminar la frase. Joe lo observó y emitió una risa sorda—. ¡Ni siquiera me acostaría con ella! —exclamó en un arranque para salir del mutismo tonto en el que se vio sumido.

—Ya, claro... —asintió Joe, riéndose en su cara, incrédulo.

—¿Habláis de la rubia de curvas de infarto que estuvo en el hotel esta mañana? —Dax se adentró a la sala, habiendo logrado escuchar parte de la conversación.

—¿Tú también tuviste la mala suerte de cruzarte con ella? —Jael volvió a dejarse caer sobre el respaldo del sofá.

—Joder, que me venga mucha mala suerte como esa —comentó Dax con burla, mientras se servía una copa. Jael contrajo el ceño, contrariado por aquel comentario. Definitivamente, entre Dianne y la África salvaje, intuía que esa noche le costaría conciliar el sueño.

Joe se levantó mientras sus amigos hablaban y caminó hasta la terraza manipulando su teléfono móvil para leer el mensaje que acababa de llegarle.

“Hola, Joe. Me gustó estar contigo. Espero que con este mensaje des por saldada la promesa que te hizo África. ¡Que te vaya bien!”

Su corazón se fue acelerando a medida que leía y releía aquellas palabras. Había estado esperando noticias de Lucía cada puto minuto de aquella tarde, y ahora que al fin las tenía delante, no podía descifrar lo que estaba sintiendo. Una sensación fría y fina, parecida al dolor, se iba deslizando por su pecho y se anudaba en su garganta. ¿Me gustó estar contigo? ¿Que te vaya bien? ¿Solo iba a decirle aquello? ¿Así, tan fría? ¿Después de lo que había ocurrido entre ellos? ¿Después de habersele entregado como lo había hecho?

Apretó los ojos con fuerza mientras la recordaba desnuda retorciéndose de placer debajo de él. Los besos. Las caricias. Los gemidos. Cómo gritó su nombre cuando la llevó hasta el clímax...

Joe sacudió la cabeza y abrió los ojos para responder a aquel mensaje.

“¿Estás huyendo de mí, Lucía? Ok. Quiero que sepas que no me iré de esta ciudad sin volver a verte, y me encargaré de recordarte cuánto te gustó estar conmigo. Que descanses. Un beso”.

Jezabel Marí

Capítulo 10

Desde la habitación que compartía con su prima, Lucía oyó la conocida risa de bebé que le anunciaba que acababa de llegar un mensaje a su teléfono móvil. Tuvo la tentación de saltar corriendo de la cama, ya que estaba segura en un 99% de que se trataba de Joe, pero se contuvo.

—Mensajito para la nena —canturreó África, acostada en la cama de al lado. Sin embargo, Lucía hizo oídos sordos y ni se movió. Su prima se giró sobre el colchón para mirarla—. No te hagas la tonta, sé que estás despierta.

—No espero mensaje de nadie que me importe, así que ya lo veré mañana —contestó fingiendo desinterés, mientras que también se giraba en la cama para quedar mirando a la pared color mandarina.

—Bueno, ¡si tú lo dices! Pero yo creo que vas a dejar a tu príncipe sin dormir *toooda* la noche —opinó la rubia.

—¡Calla y duerme, lianta! —refunfuñó con un toque cómico.

—¿Lianta *yooo*? —África simuló asombro, incorporándose un poco y poniéndose ambas manos sobre el pecho, en señal de ofensa. Lucía, de espaldas a su prima, sonrió silenciosa y no dijo nada más.

—Hasta mañana, Luci; que sueñes con tu principito —entonó las últimas palabras de forma graciosa.

—Hasta mañana, *Chicho Terremoto* —contestó Lucía reprimiendo la risa.

La noche fue larga, al menos para la mayor de las dos primas, que vio pasar las horas en blanco sin poder conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos se perdía en aquella intensa mirada azul. Sentía de nuevo las grandes manos de Joe recorriendo cada centímetro de su piel y revivía los apasionados besos con los que, la noche anterior, se había vuelto loca. Así que se negó a dormir e hizo una exhaustiva inspección visual a todo el dormitorio. Gracias a que la estancia era grande, podían disponer de dos considerables armarios. De no ser así, les habría resultado imposible acomodar toda la ropa de ambas; como a todas las chicas en general, la moda era algo a lo que prestaban especial atención, siendo el irse de compras uno de sus mayores hobbies. Ropa, zapatos, complementos, maquillaje y perfume... era todo aquello, tan necesario, que solían adquirir, dependiendo de sus posibilidades. Por otro lado, habían acomodado en la habitación dos camas de 105 cm., situadas una a cada lado de un bonito balcón, que cada mañana llenaba de luz la estancia y seguía haciéndolo durante todo el día. Por este, también se hacía presente el poquito aire fresco que corriera en las calurosas noches sevillanas. Pegada a una de las paredes que quedaba libre, una antigua cómoda rescatada de un contenedor, que había vuelto a la vida gracias a las horas de trabajo que la propia Lucía invirtió en restaurarla. Ahora era una pieza exquisita que encajaba a la perfección con la decoración. Ambas chicas habían dado un toque de estilo personal a aquel apartamento, logrando convertirlo en un lugar perfecto para ellas.

África aún dormía plácidamente cuando su prima decidió levantarse. Estaba cansada de dar vueltas y, ¿para qué engañarse?, ansiosa por leer el mensaje del causante de su insomnio.

Se calzó las zapatillas que tenía junto a la cama y caminó deprisa hacia

el salón. Cogió el teléfono que había dejado sobre la mesa intencionadamente la noche anterior y deslizó los dedos sobre la pantalla para desbloquearlo. Cuando leyó, no pudo evitar sonreír a la vez que negaba con la cabeza. Estuvo a punto de seguir el impulso de responder, pero se frenó.

Prefirió tomar una ducha y desayunar, aprovechando ese tiempo para pensar bien lo que iba a escribir y enviar a Joe. Lo que había surgido entre ambos, aunque pintase ser muy bonito, no podía seguir adelante. Lo último que Lucía necesitaba era dejarse llevar por algo así, que, del mismo modo que la hacía sentir tanto, también la hacía temer. Pondría un punto final, sin más.

Mientras tanto, en el hotel, Joe revisaba su teléfono, como no había dejado de hacerlo durante gran parte de la noche. Él tampoco había dormido y, de hecho, a las seis de la mañana, harto de estar en la cama, había decidido salir a correr para aclarar ideas. Había llegado a aturdirlo un poco el no saber con exactitud qué era lo que le estaba pasando con Lucía. En cualquier otra ocasión con una chica, habría disfrutado de las horas de sexo y luego adiós, sin problema. Sin embargo..., algo impedía que fuese de este modo con ella y, por ello, tenía que volver a verla.

—Buenos días, Joe —dijo Jael, entrando en la sala común, después de regresar del gimnasio— ¡Tío!, ¿y esa cara? Parece que no has dormido en toda la noche, aunque no por haber follado como un loco. ¿Qué me he perdido?

—Cosas mías, no te preocupes —contestó Joe, sin dejar de mirar la taza de café que tenía en la mano.

—¡Venga ya! Hace tiempo que tus cosas también son mis cosas, y viceversa —le recordó, tomando asiento frente a él—. Pasamos más tiempo juntos que con nuestras familias, así que creo que me he ganado el título de “hermano” —entrecomilló con sus dedos la última palabra—. Va, suéltalo de una vez —insistió.

Joe lo miró a los ojos durante unos segundos y agachó la mirada cuando empezó a hablar.

—Es...es por Lucía —confesó—. Algo me pasa con ella.

—¿Estás hablando en serio? ¿Estás así por una tía? —preguntó Jael incrédulo.

—Sí, pero realmente no sé lo que me pasa. Desde que... tsk —chasqueó la lengua intentando expresarse—. A ver, no puedo decir que no haya

deseado hacerle el amor desde que la vi, pero no es solo eso, ¿entiendes? — clavó sus ojos en Jael, que lo observaba con atención—. Hay algo más que...

—Para, para, para —lo interrumpió, elevando un poco la mano—. ¿Hacer el amor? Nosotros no hacemos el amor con las chicas con las que nos acostamos. Yo ni siquiera lo hago con Dianne, y se supone que es mi novia. Nosotros follamos, echamos un polvo...

—Lo sé , lo tengo claro —añadió, absolutamente convencido de aquel concepto.

—¿Entonces, cuál es el problema? —inquirió Jael, perdiendo un poco la paciencia ante la inquietud de Joe.

—El problema es este... —contestó tras manipular su teléfono, mostrándole a su amigo el mensaje de Lucía.

Jael entornó los ojos mientras leía, para luego emitir una espontánea carcajada.

—Ya sé lo que te pasa —dijo, entremezclando las palabras con el sonido de su risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Joe pareció un poco molesto por la actitud que había tomado su amigo. Jael, al darse cuenta, cortó la risa en seco con la intención de explicarse.

—A ver, es fácil. Lo que te pasa es que ella ha pasado de ti, y eso es algo a lo que no estás acostumbrado —se incorporó sobre el sofá y elevó una ceja, a la espera de que su amigo aceptase que aquello era justamente lo que le ocurría.

Y lo hizo. Joe meditó durante unos segundos. ¿Tendría razón Jael? ¿Sería eso lo que le pasaba?

Jael, al comprobar la expresión dubitativa en su semblante, se puso en pie y continuó hablando.

—Sea lo que sea, tendrás que pensarlo en otro momento. Hoy es el último concierto de la gira. ¡Siete meses, tío! ¡Y lo vamos a celebrar a lo grande! —Elevó sus largos y musculosos brazos mientras exclamaba de forma efusiva—. Una buena noche de fiesta y verás qué pronto se te pasa lo de la chica esta.

Joe lo escuchó y asintió, aunque no estuviera del todo seguro de obtener dichos resultados de aquella velada de fiesta.

“No me iré de aquí hasta volver a verte”. *“Me encargaré de recordarte cuánto te gustó estar conmigo”*. Esas dos frases rondaron la

cabeza de Lucía mientras se duchaba.

«No le des más vueltas, Lucía. Esto era lo que era, tienes que olvidarte de él ya», se reprendió a sí misma mientras se secaba el pelo con la toalla. Una vez vestida y de vuelta al salón, se encontró con su prima África, aún en pijama, mirando la tele con cara de sueño y sosteniendo una caña rellena de chocolate en la mano.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días, Luci —contestó la rubia, a la vez que le propinaba un crujiente mordisco al pastel.

—¡Qué rico, me muero por algo dulce! —exclamó Lucía y abordó la pequeña cocina en busca de su desayuno—. ¡No te acomodes mucho, Afri, que llegaremos tardísimo a montar el puesto! —prosiguió, elevando un poco la voz para que su prima la escuchara y se espabilara.

—No, hoy no voy *primuchy* —contestó esta, al tiempo que Lucía volvía a aparecer en el salón.

—¿Y eso? —la miró extrañada.

—Nos acaban de llamar de la agencia —bamboleó el *iPhone* en el aire—. Tenemos trabajo para esta noche. Una fiesta privada. Así que mejor me quedo para prepararme bien el examen del lunes.

—Guay. ¿Te han dicho dónde? —se interesó Lucía, después de masticar y tragar un bocado de un donut bombón.

—En “*Essenciass*”, de once a tres de la madrugada. En principio solo cuatro horas, aunque ya sabes...la cosa se puede alargar —explicó África.

—¡Pues, más nos vale! Si se extiende el horario mejor que mejor. Este mes, con los exámenes, hemos tenido poco tiempo para vender, y vamos cortitas —apuntó Lucía, que preparaba la mochila donde llevaba todo lo necesario para montar la tienda—. Bueno, entonces me voy solita. Deséame suerte.

—Oye, oye... —África llamó su atención, echándose sobre el brazo del sofá para poder verla, pues ya casi había salido del piso.

—¡Dime! —Lucía asomó medio cuerpo por la puerta, con los pies puestos en el pasillo.

—¿No me vas a contar que decía el mensaje que llegó anoche?

—Bah, tonterías —respondió Lucía, torciendo los labios con desinterés—. Te cuento por *WhatsApp*, ¿vale?

—¡Pero, *Luciii!* —suplicó, poniéndose de rodillas en el sofá.

—Después, Afri, que no llego. Recuerda que te quiero. —Se despidió a través de una ranura de la puerta, mientras terminaba de cerrarla.

—¡Hasta luego, mala! —África gritó con fuerza para que su prima la escuchase, después se desplomó sobre el sofá y sonrió con un toque travieso. ¿El príncipe de *Beckelar* americano se estaba pillando realmente de su prima?

Mientras caminaba hacia la *Plaza del Duque*, Lucía sacó el móvil de su bolsillo y decidió, al fin, responder al mensaje de Joe. Sintió una ligera punzada de nerviosismo, pero la disipó, disfrazándose de desinteresada absoluta.

“Olvídalo, Joe. No se repetirá. Lo hemos pasado bien juntos, pero nada más. Muchos se llevan una postal como recuerdo de su viaje, y tú... pues te llevas un buen polvo. Sigue tu camino. Cuídate”.

Sobre las tres de la tarde y después de una mañana poco fructífera en cuanto a ventas y mensajes, ya que al parecer Joe había decidido no responderle, Lucía iba de vuelta a casa. Hacía bastante rato ya que perdió la cuenta de las veces que había revisado el teléfono, pero nada. Y tal vez eso fuese lo mejor, a pesar de la extraña contrariedad que la acompañaba por este motivo.

Masticaba una gominola de fresa cuando llegaba al portalón del bloque de pisos donde vivía y, antes de que introdujera la llave en la cerradura, hubo de detenerse, un tanto nerviosa, para rescatar su móvil de uno de los bolsillos de la mochila que llevaba colgada al hombro. Ahora sí, tenía un aviso de mensaje.

No, no era un simple mensaje. Comprobó que se trataba de un correo cuando ya había deslizado el dedo sobre la pantalla, y este se abrió ante sus ojos.

“Tenemos que solucionar esto. Te empeñas en no responderme y sabes, de sobra, que no podrás ser feliz si no es conmigo. Piénsalo y háblame”.

Sus hombros se encogieron y casi llegaron al suelo después de haber leído. Aquello era justo lo que faltaba para que el día terminara de joderse. Agachó la cabeza y aligeró el paso. Necesitaba llegar a casa y hablar con África; ella era la única persona en el mundo que podía animarla.

—¡Chica, por fin llegas! —exclamó la rubia en cuanto escuchó abrirse la puerta. Buscó a su prima con la mirada y su semblante se ofuscó en un nanosegundo—. ¡Uf, vaya cara! ¿Pocas ventas, o qué? —inquirió, intuyendo

que el gesto de Lucía no podía deberse solo a eso.

—¿Ventas?, una mierda. Resulta que esta noche hay un “mega concierto” de fin de gira de no sé quién y está toda Sevilla concentrada en el estadio olímpico —explicó.

—¿De quién es el concierto? —se interesó África.

—No sé, de uno de esos grupos de niños insípidos que le gustan a las adolescentes —respondió con hosquedad.

—Últimamente las *Boy-bands* esas crecen como lechugas y duran lo que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Pues sí. El caso es que he vendido dos putas pulseras y unos pendientes en toda la mañana —se quejó Lucía.

—¿Y? —preguntó la rubia mientras ponía la mesa para el almuerzo.

—¿Y? —repitió Lucía, sabiendo a qué se refería. Su prima la conocía demasiado bien para poder engañarla—. Para colmo he recibido otro mensaje de ya sabes quién... —añadió.

—Mateo —afirmó—. Pero vamos a ver... ¿este tío no se entera?

—Parece que no —cabeceó negativamente—. Y aunque disfraza sus palabras de amabilidad, sé que no son ruegos, son órdenes lo que sigue enviando.

—Pasa de él, Lucía. Ya has hecho lo más difícil —le aconsejó África, sintiendo cómo corría la ira por su torrente sanguíneo, pero tratando de apaciguarla.

—Lo tengo claro, pero es complicado.

—*Bueeeno*, ahora ya tienes con quién consolarte y poder hacer caso omiso a esos putos mensajes del capullo de tu ex. ¿O no? —bromeó—. Tienes a tu Joe.

—No es “mi Joe”, y esa es otra... ¡Este va y me dice que no se va de Sevilla sin volver a verme! ¿Es que no hay tíos normales o qué? —cabeceó enervada.

—¡Qué *cuquiii!* —canturreó África con voz dulce y cara de ternura.

—De *cuqui* nada, más bien moñas. Este piensa que va a tener polvos gratis durante todas las vacaciones, y de eso nada —agitó una mano en el aire con desdén.

África se quedó mirando a su prima, analizando sus ojos, y en ellos descubrió que esta no sentía nada de lo que decía, que Joe realmente le

gustaba y que solo estaba haciéndose la fuerte. Ocultó una sonrisa y secundó a Lucía.

—Es verdad, anda y que le den. ¡Venga, vamos a comer! He preparado una ensalada de pasta, ¡y tiene una pinta!

Las chicas mantuvieron una extensa conversación mientras comían, en la que África evitó temas amorosos. Su prima ya había tenido suficiente “amor” por ese día. Después limpiaron todo y se echaron una siesta. Tenían que recargar las pilas para la noche de trabajo en “*Essenciass*”. Cuando dieron las nueve de la noche, ya estaban más que listas para salir camino a dicho destino.

África se había puesto un vestido extra corto color bugambilla, que dejaba al aire sus hombros y se adaptaba a la perfección a su estilizada silueta. Unos taconazos y su largo cabello suelto daban el toque final a su look. Lucía optó por una minifalda negra, que acompañó de una blusa con algunas transparencias. Esta prenda, con moderno estampado de camuflaje, se anudada justo por encima del ombligo, y era propiedad de su prima. Tacón negro y melena al viento, que le daba un toque más salvaje de lo habitual. Ambas llevaban un maquillaje sutil, ya que para trabajar era lo correcto, y un par de grandes bolsos en los que transportaban unos zapatos cómodos, más indicados para desempeñar la tarea que les esperaba. Tampoco olvidaban todo aquello que sabían que necesitarían durante la noche. En los vestuarios de aquella sala privada se cambiarían para ponerse el uniforme de camarera, como solían hacerlo siempre que acudían a este tipo de eventos. Si con suerte, salían a buena hora para tomar una copa, volverían a arreglarse con la ropa que llevaban puesta.

Con prisa, llegaron a la parada de bus correspondiente y en poco más de un cuarto de hora, un camarero con una sonrisa espléndida, les abrió la puerta de servicio de “*Essenciass*”.

Jezabel Marí

Capítulo 11

Cuando África y Lucía entraron al vestuario, se encontraron con tres chicas que también habían ido a servir en aquella fiesta. Estas ya estaban vestidas con el uniforme de camarera y se retocaban el maquillaje delante del espejo.

—Hola, estos son vuestros uniformes... —señaló con un dedo una chica de baja altura y pelirroja, que, antes de hablar, les había hecho un repaso exhaustivo a las dos.

—Ah, ok, gracias —respondió Lucía, echando un vistazo a las prendas que habían perfectamente colgadas en unas perchas.

África se sentó en un banco de madera y se deshizo de sus tacones de diez centímetros. Se masajeó los pies mientras mascaba chicle y se dio cuenta de que la pelirroja, que también llevaba pecas, no dejaba de observarla. Las otras dos chicas aún estaban muy pendientes de la cantidad de rimel que estaban endosándose a las pestañas.

—¿Tengo monos en la cara?! —preguntó África súbitamente, después de un minuto, a quien la estaba mirando. La pelirroja se sobresaltó y pestañeó con rapidez.

—No —agitó la cabeza negativamente.

Lucía, que había oído a su prima, se giró instintivamente para ver qué pasaba.

—¿Entonces, qué miras? —se encogió de hombros y puso en el suelo el pié que había estado masajeándose.

—¡Afri! —reprendió Lucía, buscando la mirada de su prima.

—Es que se te ven las... —pronunció la chica pelirroja, dejando la frase sin terminar por puro recato. Pero a la vez, había llevado sus ojos hacia la parte superior de las piernas de África. Un pequeño silencio se hizo mientras que todas miraron hacia el mismo lugar, donde un sugerente e inmaculado triángulo blanco relucía entre las piernas de la rubia. Lucía rompió la calma, emitiendo una sonora carcajada.

—¿De verdad me estás mirando las bragas? —África elevó las pestañas para dirigirse a la pelirroja, la cual, ahora lucía el rojo también en todo su rostro, como si hubiera estado expuesta al sol durante un largo día.

—Pues que siga mirando... —añadió Lucía y, desabrochándose el botón trasero de su minifalda, la deslizó por su cuerpo quedándose en ropa interior. África contempló la actuación estelar de su prima y apretó los labios con una sonrisa un tanto malévola.

La pelirroja abrió los ojos con exageración y pegó la espalda a la pared, dando la sensación de que quería esconderse. Eso sí, no pudo evitar disfrutar del espectáculo, que la subió al reino de los cielos, cuando África le siguió el juego a su prima y se puso de pie, encima del banco donde había estado sentada, para empezar a desnudarse. Cuando las dos estuvieron en braguitas, la muchacha pelirroja no aguantó la presión sexual y, antes de ahogarse en sus propias babas, salió a toda mecha de allí.

Las primas se miraron, entre asombradas y divertidas, y rompieron a reír brutalmente. Las otras dos, que habían estado observando la escena, terminaron uniéndose a ellas.

—¿La conocéis? —inquirió Lucía terminado de reír.

—Claro, viene de la misma empresa que nosotras. Además hemos coincidido mucho con ella. Es rara... —comentó una muy delgada y morena de piel. La que estaba a su lado le dio un codazo.

—¿Qué dices?, no es rara, ¡solo es *lesbi* y aún no lo ha reconocido! —añadió sin tono despectivo.

—Claro, eso lo explica todo... —concluyó África volviendo a mirar a su prima, la cual asintió arqueando las cejas.

—Joder, lo siento por ella, la hemos puesto muy caliente... —Lucía, algo jocosa, se lamentó de su propia actitud.

—Nada, en todo caso le habéis regalado un par de minutos gloriosos —rió la chica que llevaba un moño perfecto en lo alto de la cabeza.

—¡Pues que se alivie cuando llegue a casa! —exclamó África mientras se enfundaba el pantalón negro de camarera. Todas rieron.

Lucía intentó abrocharse la camisa y, al llegar a la altura del pecho, comprobó que un par de botones le quedaban muy tirantes. Caminó hacia el espejo para echarse un vistazo.

—¡Joder, se han equivocado de talla! —se quejó, frunciendo un poco el ceño, intentando planchar la tela de la camisa con la palma de su mano para que no quedara muy abierta entre botón y botón.

—Eso es que tienes más tetas —dijo África acercándose, a la vez que metía ambos brazos en una camisa.

—¡Es la 36! ¿Dónde espera Gabriel que me meta esto? —chasqueó la lengua, observando que uno de dichos botones estaba a punto de estallar. África inclinó la cabeza para revisarla.

—Gabriel no hace las cosas sin pensarlas... —comentó la rubia, pensando mal del maître. Gabriel era un hombre de casi treinta años que, dándoselas de amable y servicial, se tomaba la molestia de elegir la talla de los uniformes de las chicas.

—Afri, ese pantalón... —Lucía también ladeó la cabeza mirando hacia abajo para ver el pantalón que llevaba puesto su prima.

—Sí, lo he notado. ¡Me aprieta el mismísimo! —elevó la voz.

—Bueno chicas, miradle el lado bueno... —añadió la que era demasiado delgada y morena de piel.

—¿El lado bueno? —preguntó Lucía—. En cualquier momento me quedo en sujetador en medio de esa fiesta de pijos.

—¿Cuál es el lado bueno de trabajar varias horas con la ropa a punto de hacerse trizas? —África se colocaba la pajarita color berenjena frente al espejo.

—Dicen que la fiesta es para unos tíos que son muy importantes y que están de muerte —respondió, insinuando que tal vez les beneficiaría ir ajustadas.

—¿En *seriooo*? —África exageró interés, girándose hacia las chicas.

—Habrá que verlos... No os fiéis mucho de los comentarios. Igual tenemos que bailar con la bandeja toda la noche en medio de una tribu de vejestorios —opinó Lucía, cepillándose el pelo.

—Efectivamente —afirmó su prima, poniéndose un poco de brillo en los labios—. De hecho, esos son los que más pasta tienen y los que suelen hacer fiestas de este tipo.

—¡Ay, no! —exclamó la que llevaba el moño estirado— ¡Y yo que me estaba haciendo ilusiones de pescar esta noche a un pez gordo, joven y rico! —se lamentó, imaginándose rodeada de hombres de pelo cano, fumando puros y mirándola con lascivia.

En ese instante, varios golpes sobre la puerta las hicieron callar. Seguidamente se giró el pomo de esta y Gabriel apareció tras ella. Su pelo castaño engominado y sus ojos color aguamarina contrastaban a su favor. Era un hombre atractivo, pero poco respetuoso dada las circunstancias. Nunca solía pedir permiso para rebasar la puerta del vestuario cuando se presenciaba para buscar a las empleadas.

—¿Estáis listas? —entornó la mirada y la paseó de chica en chica, estudiándolas ligeramente para comprobar que iban vestidas, peinadas y maquilladas como él quería que fuesen.

—Sí —asintió con timidez la del moño tieso.

África sonrió sin disimular. ¿De verdad aquella camarera se había quedado casi sin habla cuando el maître había aparecido en escena? ¿Pero, no dijo minutos antes muy decidida que quería ligarse a alguno de la fiesta?

«¡Qué cagada y qué poco auténtica!», pensó la rubia y cabeceó burlona mientras seguía masticando y sacando el jugo a su chicle de menta.

—En dos minutos, y cuando digo dos son dos, os quiero en sala —exigió de aquella manera implacable con la que solía manifestarse, aunque luego jamás trascendiese.

—¿No es aún muy temprano? —preguntó Lucía tras mirar la hora en su teléfono móvil. Gabriel desvió la vista hacia ella y respondió sin sonreír.

—Los invitados están llegando y vamos a servirles unas copas. Guarda el teléfono y a la sala —le ordenó mostrando premura. Lucía torció los labios contrariada—. Ah y, por supuesto, recógete ese pelo. No quiero ver a ninguna de vosotras con la melena suelta en ese salón —elevó un dedo en el aire en señal de advertencia y las miró a las cuatro—. Muy bien ese moño, Almudena —añadió, y la chica del moño sonrió de oreja a oreja mientras se llevaba las manos a la cabeza, asegurándose de que aquel montículo estaba bien sujeto—. ¡África, el chicle! —apuntó Gabriel, clavando su mirada en la rubia.

—Es de menta, ¿quieres uno? —se burló y luego mostró una ligera y fresca sonrisa. Lucía la miró de soslayo y controló que sus comisuras no se alzaran.

—Muy graciosa. Te deshaces de él antes de llegar a la cocina —respondió el maître, reajustando su gesto de autoridad. Luego miró su reloj—. Os queda un minuto.

Como se había requerido, los camareros estaban todos reunidos en aquel amplio comedor donde Gabriel solía darles las últimas indicaciones antes de salir a servir en la fiesta. Los dividió en tres grupos de tres, para que se movieran por zonas distintas y, como siempre, les pidió máxima educación, cortesía y prudencia.

—Quiero un trabajo impecable. Que a nadie le falte de nada, y muchos menos a los anfitriones, ¿de acuerdo? —añadió con seriedad.

—Y... —África comenzó una pregunta y los demás la miraron—, entre tantas personas, ¿cómo sabremos quiénes son los anfitriones?

—¿No sabes quienes son? —Su compañero Juan no pudo evitar murmurar. Parecía muy extrañado de que esta no supiera a quienes iba a dar de beber y comer aquella noche. Ella lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—¿Quiénes son? —inquirió Lucía, percatándose de que, a esas alturas, todos los camareros estaban al tanto de aquel dato.

Gabriel se incorporó y, con una mano, sujetó un brazo de Lucía para dirigirse a ella.

—Son cinco hombres bastante conocidos —prosiguió, presionándola ligeramente con sus dedos. Ella miró hacia dicho lugar y él la fue soltando con suavidad. A la vez, desvió la mirada hacia África y los demás empleados—. Pero a los que aún ignoréis para quiénes trabajáis esta noche, os diré que vais a salir de dudas en poco menos de diez minutos. Llegarán algo después que el resto de invitados y los veréis entrar al salón. Por eso os he indicado que debéis esperar todos junto a la puerta principal —explicó y guardó silencio, repasando una a una las cara de los camareros—. ¡¿Está todo claro?! —alzó moderadamente la voz.

Cuando la plantilla atravesaba el pasillo hacia el office de cocina, desde donde debían salir con sus bandejas repletas para servir, Gabriel volvió a levantar la voz un instante, haciendo detenerse a una de ellos.

—¡Lucía! —exclamó con contundencia. Esta se giró, sintiendo un poco de contrariedad.

—Dime —lo atendió. África, que se dio cuenta de aquello, asintió a lo que Juan le decía y ralentizó el paso.

—¿Qué pasa con tu pelo? —señaló el maître con el ceño fruncido.

—Ah, es que... —Lucía se zarandeó la melena instintivamente— !Se me ha pasado! —se excusó de la manera más simple. Gabriel se quedó callado por un momento, observándola, como si se hubiera perdido en un pensamiento. Sin embargo, un segundo después, ella se dio cuenta de que este tenía la mirada fija en aquel botón de su camisa, que amenazaba con salir volando. Pero no se ocultó, al contrario, sacó pecho para ver si con suerte, la camisa terminaba reventando. Y con más suerte todavía, el puto botón podría ir directo a uno de aquellos ojos que se la estaban comiendo.

—¡Ven, Lucía! —África la cogió de una mano y tiró de ella—. Yo tengo gomas del pelo en mi bolso, ¡corre! —exclamó y Lucía se dejó llevar. Ambas echaron una carrera de vuelta al vestuario ante la atenta mirada de Gabriel.

—¡Os quiero ya en el salón! ¡Tenéis diez segundos! —gritó, recuperando su pose de maître dominante.

África y Lucía murmuraron algunos calificativos poco agradables sobre el que aquella noche era su jefe, pero se aligeraron en buscar algo con lo que poder amarrar el pelo de la mayor de ellas en una coleta.

—¡Mierda, no tengo ni una puta pinza! —refunfuñó Lucía, volviendo a rebuscar entre las cosas que llevaba en su bolso.

Por su parte, África había volcado el suyo sobre el banco de madera y revisó con rapidez todo lo que había caído de él. Chasqueó la lengua a modo de queja al comprobar que tampoco veía nada que le sirviera.

—¡El capullo de Gabriel debería dejarte trabajar con la melena suelta! ¡Tampoco es tan grave, y encima estás preciosa! —comentó.

—Ya sabes lo riguroso que es con todo. No me va a dejar salir al salón así —negó con la cabeza mirándose al espejo, para encontrarse con su propio gesto de angustia.

Su prima la observó un instante y luego reaccionó, como si la bombilla de las ideas la hubiera iluminado súbitamente.

—¡Lo tengo! —exclamó y, cogiendo de nuevo el bolso, abrió una cremallera interior de este. Lucía la miró esperanzada. Tal vez se hubiera acordado de que ahí guardaba una de las mil gomas que solían tener en uno de los cajones del tocador de su habitación.

Pero no. Lejos de ser aquello que Lucía estaba imaginando, África puso la mano en alto, de la que colgaba unas medias negras.

—¡No me digas que no es ideal! —sonrió de oreja a oreja mirando a su prima, que también esbozó una amplia sonrisa.

—¡Rápido, rómpela! —dijo con urgencia.

—Sí, ¡ve haciéndote la cola! —la alentó y se dispuso a partir un trozo de la media con los dientes—!Ya está! —Se colocó detrás de su prima y, con destreza, anudó la media alrededor de su pelo— *!Perfe!* *!Venga, vámonos!*

—¡Vamos! —Ambas salieron de la zona de vestuarios mientras que Lucía comprobaba la hora en su reloj—. ¡Buf, Gabriel nos mata!

Desafiaron la extensión del pasillo que las llevaba hasta el Office de cocina, donde se dieron de bruces con Adrián, el gran chef del *Alfonso XII*. Este medía casi dos metros y sus hombros y sus músculos iban muy acorde a su altura. Ambas primas frenaron el paso al encontrarse de frente con su pecho. Él las miró divertido.

—¡Tarde, chicas, muy tarde! —murmuró, pero su ronca voz sonó con demasiado volumen. Eso sí, su sonrisa cómplice, las animó a seguir—
¡Arreando! —Las dos sortearon su cuerpo a la vez, una por la derecha y otra por la izquierda, y él se dio la vuelta para verlas avanzar hacia las puertas abatibles tras las cuales las esperaba el maître con cara de pocos amigos.

—¡Eres el mejor, Adrián! —alzó la voz Lucía y le guiñó un ojo a modo de agradecimiento. Él la correspondió igual.

—¡Guárdame uno de esos dulces escoceses que he visto por ahí, Adri!
¡No se te olvide! —exclamó África y le dedicó una sonrisa graciosa antes de desaparecer tras el vaivén de una de las hojas de la puerta.

Adrián cabeceó y emitió una pequeña risa.

—Más me vale no olvidarlo... —susurró para hablarse a sí mismo.

Cuando Lucía y África traspasaron las puertas adentrándose al salón, este ya estaba lleno de personas. Un grupo de hombres, que debían estar entre los treinta y los cuarenta años, se giraron al notar el movimiento cerca de ellos y las miraron de pies a cabeza con gesto complacido. Sí, como si tuvieran delante algo delicioso. Pero las chicas ignoraron dicha reacción con facilidad, puesto que estaban habituadas a ello. Eran conscientes de que tenían que agrandar a los clientes, pero no ir a recogerle las babas ni darles pie a pensar que estaban ahí para servirles en “todo”. Bebida, comida y poco más.

—Ey, quietas ahí —murmuró Gabriel aproximándose a ellas. Prudentemente se situó entre las dos para hablarles, y ellas se dispusieron a escucharlo con atención—. Como veis, todo ha dado comienzo sin vosotras —arqueó las cejas y las miró de manera simultánea, mostrándoles su enfado.

—Solo un par de minutos —espetó África, más para defenderse que para disculparse.

—Perdona, Gabriel. No volverá a ocurrir —dijo Lucía, porque sabía que pidiendo perdón era la única forma de que el maître se relajara.

Y el semblante de Gabriel, al escucharla, se descongestionó evidentemente.

—A ver, oíd con atención, ¿de acuerdo? —se acercó más a ellas y dejó ir las palabras con voz moderada pero sin aparcarse la autoridad que iba implícita en su manera de trabajar—. Vosotras os ocuparéis del hala central. El centro es el lugar por donde suelen situarse las personas a las que más contentas nos conviene tener, ¿ok? —explicó. Lucía asintió, y África, instintivamente, echó la vista atrás para mirar hacia el lugar que este mencionaba— ¡África!, no he terminado de hablar —gruñó Gabriel, y ella volvió a prestarle toda su atención, no sin antes haber bufado sin que él se diera cuenta. Lucía se aguantó una sonrisa—. Vais a volver a cocina y vais a sacar una bandeja de cócteles cada una. Los anfitriones los han pedido y ya deben de estar preparados para salir.

—Perfecto —añadió Lucía.

—¿Alguna orden más? —irrumpió África con una pincelada sarcástica. Gabriel clavó los ojos en ella, regañándola por su actitud.

—Que cierres el pico y que tengas a los clientes contentos. Ni se te ocurra soltar ninguno de tus brillantes comentarios —la apuntó con un dedo, y ella estuvo a un segundo de responderle. Pero Lucía la tomó por la muñeca y tiró de ella.

—No lo hará, no te preocupes, Gabriel —dijo, antes de alejarse de él, quien a su vez, no pudo evitar fijarse en aquel trasero femenino que tantas ganas tenía de palpar. Cabeceó cuando las dos primas desaparecieron de su vista al entrar a cocina para cumplir con lo que les había ordenado.

«¿Será posible que algún día te pueda catar, Lucía?»

Efectivamente, una buena cantidad de copas con líquidos de diferentes tonalidades, las esperaban. África y Lucía estaban bastante habituadas a

llevar la bandeja bien cargada con agilidad, y no tardaron en hacerse cada una con la suya y volver al salón. Tal y como les había dicho Gabriel, caminaron hacia el centro, moviéndose con soltura entre los invitados, haciéndose visibles para aquellos a los que comenzaron a ofrecerles la bebida.

—Muchas gracias, preciosa —dijo, con un cerrado acento americano, un hombre maduro, rubio y con una perfeccionada barba incipiente, tomando una de las copas de líquido ambarino. Sonrió sugerente y Lucía decidió corresponderlo. Quiso seguir avanzando, pero un perfume masculino llegó a su nariz e hizo que sus pies se ralentizaran. Conocía aquel aroma... De hecho, era muy parecido al que...

El muchacho que estaba junto al hombre que acababa de sonreírle, se giró, bastante interesado en ver lo preciosa que podía llegar a ser la chica a la que este había piropeado. Los ojos zafiros de Joe se encontraron con los de Lucía, y hubo de tragar con fuerza por la sorpresa de tenerla ahí, a un solo paso de él.

—¿Va a tomar un cóctel? —preguntó ella, armándose de valor. También estaba afectada, incluso había llegado a temblar por un instante, pero logró reaccionar con más normalidad de la que hubiera imaginado disponer.

Joe la miró interrogativo. Estaba tratando de entender la situación, y, cuando ella le acercó la bandeja casi al punto de hacerla colisionar con su camisa, se dio cuenta de que Lucía estaba allí como camarera—. Perdona, tengo que seguir, ¿desea una copa? —insistió.

—Claro —respondió él, casi sin voz, verdaderamente impresionado. Cogió una de las copas sin dejar de mirarla, y luego vio cómo esta se retiraba y se alejaba sin más.

—Te ha gustado, ¿eh? —dijo y asintió su padre, después de haber sido testigo de cómo Joe se había quedado mirando a aquella camarera. Él, tomó una buena bocanada de aire por necesidad, y luego un trago. Pero ninguna de las dos cosas lograron tranquilizarlo.

—La conozco —respondió con voz grave. Su padre torció el gesto.

—¿De qué manera?, si se puede saber... —se interesó, entornando la mirada, aunque ya había imaginado la respuesta.

Joe evitó contestar, desviando sus ojos hacia el lugar donde de nuevo tenía a Lucía localizada.

«La casualidad te ha traído a mí, amor», se dijo mentalmente.

Joseph, su padre, no dejó de observarlo, y tampoco pudo evitar aquel ápice de preocupación que lo invadió al hacerlo.

África por su parte, seguía ofreciendo los cócteles que quedaban sobre su bandeja. Sonreía de oreja a oreja a todo aquel que aceptaba tomar una y la miraba complacido. Cuando alguno de aquellos invitados le parecía guapo y con aire interesante, se tomaba la libertad de detenerse unos segundos más a su lado. Cuando no era así, seguía su camino con ligereza.

—¿Desea tomar un cóctel, señor? —le ofreció a un chico que se cruzó con ella. Era moreno y llevaba una brillante melena rizada hasta los hombros que llamó su atención. Él se detuvo, encandilado por la belleza y la amabilidad de ella. Escudriñó su cara con lentitud y, a pesar de sentir ganas de entablar una conversación, entendió que no era el momento.

—¿Cómo te llamas, bonita? —Este hombre era otro de los americanos que abundaban aquella noche en el salón.

—Soy África y, por respeto, no le voy a preguntar su nombre —respondió, juntando los labios al terminar, para mostrar una de esas sonrisas a las que los chicos pocas veces podían resistirse. Él asintió, encantado con su muestra de educación.

—De igual forma, por respeto hacia ti, no voy a pedirte lo que acaba de pasar por mi mente... —continuó con una simpatía y una dosis de seducción que, África no dudó, llevaba consigo de manera natural.

—De acuerdo —añadió ella.

—¿Ves aquel grupo de personas que está situado junto a la ventana? —le indicó, y ella levantó la barbilla para dirigir la mirada hacia dicho lugar.

—Sí —contestó, aunque no pudo alcanzar a ver demasiado bien, pues la altura que se gastaban las personas que iban y venían de un lado para otro, se lo impedía.

—Bien. Ve hacia allí y ofréceles a ellos las dos copas que te quedan en esta bandeja. Les agrada —estiró los labios con otra sonrisa, deleitándose un poco más con los bonitos ojos azules de ella.

—Claro que sí. Eso está hecho —se dispuso a caminar y, antes de un par de pasos, oyó de nuevo la voz del muchacho.

—¡África!

—¿Sí? —se detuvo y dio media vuelta para atenderlo.

—Gracias. Me llamo Mark —sonrió de nuevo y siguió su camino. África hizo lo mismo.

Joe no había dejado de estar pendiente de Lucía. Desde que sabía que estaba bajo el mismo techo que él, una inquietud lo embargaba, y las ganas de hablar con ella y hacerle varias preguntas habían aumentado. Movía una pierna con cierto nerviosismo y la seguía con la mirada de un lado para otro.

—Menuda coincidencia, Joe —comentó su compañero John.

—Sí, esto no puede ser más que una puta señal —murmuró él, apartando sus ojos de ella, solo un par de segundos, para mirar a su amigo.

—Pero estás nervioso. Se te ve a leguas. ¿Tanto te afecta su presencia? —se preocupó el mayor de los NBITS.

—Siento algo fuerte cuando la tengo cerca. No sé a qué se debe, John, pero nunca antes había sido así cuando... —se detuvo antes de terminar la frase. John aguardó un instante, estudiándolo. Luego sonrió.

—Ya, nunca habías sentido eso después de acostarte con una chica —terminó por él. Joe lo miró y acabó asintiendo, reconociendo que se trataba justo de aquello.

—Cuando salió de la habitación me sentí vacío, ¿te lo puedes creer? —Joe miró a John, inquisitivo. Buscando que este pudiera darle algún tipo de explicación.

—No te conviene enamorarte de una chica de esta ciudad, Joe. Nos vamos en dos días —le aconsejó, y Joe aguantó la respiración un momento, para luego dejarla ir en forma de suspiro.

—¿Crees que es eso lo que me pasa? —se quiso asegurar de que aquella percepción de su compañero pudiera estar siendo evidente hasta el punto de convertirse en cierta. John se encogió de hombros con un leve movimiento y miró hacia Lucía, que caminaba cerca de ellos.

—Esa chica tiene atributos suficientes como para atraparte, no solo a ti, sino a cualquier tío. Y a ti... te brillan los ojos de una manera que no había visto antes —concluyó su respuesta. Joe analizó sus palabras.

—Tu hermano piensa que me siento así porque Lucía me está evitando... —mencionó la reflexión que le había hecho Jael anteriormente. Luego cabeceó—. Necesito volver a estar con ella para saber si lo que siento es amor...

—Yo de ti no lo haría, Joe —lo miró con advertencia.

—A ver, John... ¿acaso nunca te has acostado dos veces con la misma chica? —inquirió un poco molesto.

—Dos, tres, cuatro. Las veces que me han apetecido. Pero mi corazón

no estaba en riesgo. El tuyo, en este momento, con esa chica en concreto, sí que lo está —explicó, dejando a Joe pensativo por un largo instante. Fijó la vista en un lugar indeterminado, con la suerte de que Lucía cruzó justo por ahí. Pestañeó frunciendo ligeramente el ceño, como si verla le generara una punzada de dolor. No era así, ella todo lo que le generaba era bueno.

Jezabel Marí

Capítulo 12

África contoneó las caderas en su caminar hacia la ventana donde Mark le había pedido que se dirigiera. No era la zona por donde ella debía estar sirviendo, pero quiso complacer al cliente. Una vez llegó, se percató de que en aquel rincón la luz era mucho más tenue que en el resto del salón. Solo una lámpara de pie, que terminaba en forma de tulipa, ambientaba con su agradable color anaranjado.

Al aproximarse a las personas que dialogaban entre risas, comprobó que habían dos chicos y una chica. El de menor estatura giró la cabeza al notarla llegar, y ella aprovechó para sonreírle y situarse a su lado.

—¿Le apetece tomar un cóctel, caballero? —sugirió con simpatía. El chico se fijó en que sobre la bandeja solo habían dos copas, y se dirigió a la mujer que estaba frente a él.

—Alison, ¿quieres probar uno de estos cócteles?

La chica, de largo pelo cobrizo, interrumpió su conversación con el otro hombre que estaba junto a ella y miró a África. Torció los labios y movió la mano en el aire con desdén.

—No, yo paso —respondió y se dispuso a retomar la charla anterior.

—Están exquisitos y son bastante fuertes. Ideales para comenzar la larga noche que nos espera —insistió el rubio de pelo rizado y de baja estatura.

África cambió de postura y no soltó un bufido de puro milagro.

«Menuda tonta está hecha esta», pensó, y arqueó una ceja denotando aburrimiento.

—Venga, va. Acércame uno, camarera. —La cobriza lanzó una mirada exigente a África, y esta, aguantándose las ganas de callarla con una fresca, al puro estilo andaluz, avanzó unos pasos para aproximarse a ella.

—Si me permite, le sugiero que tome el cóctel de tonalidad verde —comentó la rubia con dudosa amabilidad. Más bien, parecía estar retándola.

—¿Por qué el verde? —inquirió la extranjera entre curiosa y molesta.

—Tiene un toque de menta, lima y Vodka. Es delicioso y también es el

más intenso. Solo para chicas valientes —sonrió al terminar dicha definición.

El chico de pelo rizado emitió una ligera carcajada y, mientras la cobriza meditaba si lo tomaba o no, África se sintió observada desde la oscuridad en la que se sumía la tercera persona que estaba con ellos. Pero no pudo distinguir bien los rasgos de aquel hombre. Solo que era bastante más alto que el rubio, y que la silueta de sus hombros, oculta por una camisa oscura, era perfecta.

—¿Crees que no soy capaz, Richard?! —La voz de la chica irrumpió en el pequeño silencio que se había formado, al margen de la suave música que se oía de fondo.

—¡Adelante! —la alentó el tal Richard, tomando la copa que contenía el cóctel verde, para luego ofrecérsela—. Yo me tomaré la otra —continuó, haciéndose con otro cóctel distinto.

La cobriza tomó su primer trago largo, para hacer constatar que no le faltaba valor. Cuando el líquido pasó por su garganta, inmediatamente su color de piel se fue tornado a púrpura y comenzó a toser. África la observaba con travesura, intentando no explotar con una carcajada. El tal Richard quiso ayudar a su amiga, pero esta lo rechazó, yéndose de allí a toda mecha hacia los aseos. Después, la rubia, con estilo, giró la bandeja vacía sobre sus manos y se dio media vuelta.

—Que sigan disfrutando de la noche —dijo, volviendo a su protocolario tono educado.

—¡Aún no puedes retirarte! —Una voz que no provenía del chico rubio la hizo frenar. Ella se giró y sus párpados superiores se elevaron más de lo normal. Su respiración se entrecortó por un segundo, aunque trató de recomponerse con rapidez.

«No puede ser. No puede ser. No puede ser. No. No. No», se dijo. Al menos, esta vez, sus pestañas no habían aleteado en contra de su voluntad.

—¿Te refieres a mí? —lo tuteó, sin lugar a dudas.

—¿A quién si no? —Jael la miró con un brillo malévolamente en las pupilas—. Richard, ¿puedes ir a ver qué tal está Alison, por favor? —le habló a su amigo, el cual observaba la escena con cierta extrañeza.

—Sí, claro —asintió y se retiró.

Jael no se movió de donde estaba. Desde su posición, se tomó la libertad de repasar a África de arriba a abajo, lentamente. Ella se sintió un tanto nerviosa y movió la bandeja nuevamente entre sus manos.

—Acércate —le ordenó él.

—Tengo que seguir trabajando —respondió con decisión, sin dar ni un solo paso.

—¿Me tienes miedo, África? —preguntó Jael con tono burlón, y ella pudo atisbar la sonrisa de medio lado que apareció en sus labios.

Un calor inexplicable tomó posesión de su estómago y fue desapareciendo a medida que se propagaba hacia la punta de sus dedos. Tuvo que moverlos de nuevo para enfriárselos sobre el aluminio de la bandeja.

—Desgraciadamente, tu y yo, ya hemos estado todo lo cerca que se puede. Y no volverá a repetirse. No es miedo, te lo aseguro —espetó ella con una seguridad aplastante.

Una risa medio silenciosa emanó de Jael. A su vez, no pudo dejar de reconocer interiormente, que aquel uniforme que África llevaba se ajustaba jodidamente bien a sus curvas. ¿Le quedaba un poco pequeño? Se preguntó y, por un momento, volvió a deslizar la mirada por su cuerpo para confirmarlo.

En ese instante, África se sintió desnuda.

—Aún podríamos estar más cerca —dijo él con un poco de chulería, y se pasó la lengua por el labio inferior, haciéndola temblar.

«¿Qué te pasa tonta? ¿Qué coño ha sido ese temblor? ¡¿Acaso tienes frío?!», se regañó mentalmente, obligándose a reaccionar.

—En tus sueños, tal vez —contestó África con sarcasmo. Él rió, maldita y deliciosamente.

—No. Ya te digo yo que no. No me apetece tenerte ni siquiera en mis peores pesadillas —mintió, haciendo acopio de todas sus armas de indiferencia. Por supuesto que le apetecía volver a pegarla a su cuerpo. Todo lo que se pudiera. Tocar de nuevo su piel suave con la yema de los dedos, aunque fuese accidentalmente. Olerla; no se había olvidado de lo especialmente bien que olía. Y notar su calor. ¡Dios!, era muy cálida.

«¿Pero, qué dices, estúpido? ¡JODER! ¿Qué cojones estás pensando?», quiso pegarse un puñetazo mental para hacer desaparecer aquellos pensamientos de su cabeza.

—Mi jefe va a llamarme la atención si sigo aquí parada. Así que me voy —hizo ademán de echar a caminar, y Jael alargó el brazo para agarrarla.

Sentir su mano la hizo estremecer, muy en contra de toda la repugnancia que ella quería interpretar hacia aquel chico idiota y condenadamente sexy. Con esa combinación, ¿cómo iba a sentir asco, odio o

rechazo? !Eso era MUY DIFÍCIL! Por mucho menos, en otra circunstancia, se habría enrollado con él.

—No te muevas de aquí —murmuró él, cerciorándose de que nadie estaba pendiente de ellos.

África elevó los ojos para encontrarse con los suyos. !joder, qué cerquita lo tenía de nuevo! ¡Y qué guapo estaba! Agachó la mirada cuando sus pestañas estuvieron a punto de comenzar a bailarle al aire. Él sonrió ante aquel gesto sin que ella lo viese.

—Será mejor que me sueltes si no quieres que la gente piense lo que no es, y que mi jefe termine sacándome del salón sin pagarme —explicó ella sin volver a mirarlo.

—¿Sabes por qué motivo y para quiénes se está dando esta fiesta? —inquirió Jael, aflojando la fuerza con que la agarraba.

—No, y no me importa —contestó ella, e hizo un rodeo visual para averiguar si Gabriel estaba viéndola desde algún ángulo.

—Hoy trabajas para mí —desveló con suficiencia.

—¿Por qué siempre alardeas de las cosas que tienes? —volvió a enfrentarlo con la mirada y él se quedó serio por un momento. Luego carraspeó y siguió hablando.

—Eres tú quien se atraviesa en mi territorio —levantó las manos, exculpándose.

África bufó al escucharlo y lo miró de soslayo. Sorprendentemente se quedó sin palabras, observando la sonrisa socarrona que lucía en sus labios. Sus perfectos y deseables labios.

Jael se sintió contemplado detenidamente por la chica y decidió dejar que lo siguiera haciendo. ¡Qué diablos!, hervía ante aquellos ojos. Y le gustaba. Le encantaba la sensación. Hacía mucho que no se excitaba a ese nivel, sin necesidad de que sucediese nada más. Solo con que lo mirara. Se humedeció inconscientemente el labio inferior, y África reaccionó, marchándose con rapidez, antes de que él volviese a retenerla. Puede que, tal vez, también, huyendo de la tentación.

Gabriel detuvo a Lucía cuando esta se dirigía hacia el office de cocina para devolver copas vacías y salir con otra tanda de bebidas.

—Lucía..., espera —se acercó a ella y la instó a seguirlo hacia un rincón más apartado del salón, cercano a las puertas abatibles que daban acceso al office.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —preguntó Lucía y permaneció con los labios entreabiertos, por su respiración algo agitada. Gabriel disfrutó de aquella visión.

—Sí, relájate un poco, todo marcha como debe.

—Ah, bien. Estupendo —asintió y un mechón de su pelo se desprendió de la coleta. Cuando instintivamente fue a recogerse, Lucía se dio cuenta de que Joe la observaba desde la distancia. Así que, se detuvo y optó por hacerle caso a esa ligera idea que había brillado en su mente.

—¿Puedes pasarme el pelo detrás de oreja, Gabriel? —preguntó con cierto tono dulce. El maître, sorprendido por aquella sugerencia, sonrió—. Es que tengo las manos un poco mojadas... —añadió para justificarse.

—Claro, por supuesto —dijo él, y, seguidamente, arrastró la yema de sus dedos por la sien de Lucía para guardar aquel travieso y oportuno mechón tras su pequeña oreja. Lo hizo con demasiada suavidad.

Joe tensó el mentón y contrajo el ceño rigurosamente. Su respiración se tornó difícil y su mirada, llameante, atravesó aquel salón como si un dragón hubiera lanzado una bocanada de fuego.

—Nunca te he dicho lo bonita que me pareces, Lucía —comenzó a decir Gabriel con un ligero temblor en la voz. Estaba afectado por aquel contacto al que ella le había dado acceso.

Lucía por el contrario, aún sostenía la mirada a Joe, y podía imaginar cuán cantidad de cabreo estaba corriendo por sus venas. ¡No tenía por qué enfadarse! ¡No eran nada! ¡No habían promesas entre ellos! Con suerte, el hecho de haberla visto en aquella situación con Gabriel, lo hiciera pensar que tenían algo. Tal vez se desencantara y la dejara en paz.

«Pero, madre mía, no se puede ser tan tremendamente guapo. Cada vez que nos miramos siento que me está haciendo el amor. ¡Es insoportable!», exclamó Lucía para sí, y sufrió por reprimirse las ganas de repetir con él.

—Deberías dejar que un día te invitara a cenar... —continuó diciendo Gabriel, sin percatarse de que ella se centraba en otro chico. Precisamente en uno de los anfitriones de aquella fiesta, a quien, en vez de tener contento, lo estaba llevando a los infiernos con su actitud.

—Ya hablaremos de eso, jefe. —Lucía se obligó a reaccionar—. Ahora creo que debo ir a por más copas. Estoy viendo a gente con sed —se dio la vuelta sin esperar a que el maître volviese a abrir la boca.

Avanzada la noche, como un par de horas después, algunos camareros

abandonaron el puesto de trabajo con el permiso de Gabriel. Solo cuatro de ellos permanecieron, entre los que se hallaban África, Lucía, Juan y David. Con sus mejores chicas y sus mejores chicos, se aseguraba que la fiesta prosiguiera de maravilla.

—No puedo creerlo, de verdad. ¿Esta fiesta es para ellos? ¿Quiénes son? —preguntó África, incrédula y contrariada. Lucía cabeceó, tratando de no cruzar la mirada con Joe. A esas horas, algunos invitados se habían marchado y el salón estaba despejado, ofreciéndoles la oportunidad de poder verse con más facilidad.

—No tengo ni la más remota idea de quiénes son, pero tampoco quiero averiguarlo. Necesito que esta puta fiesta termine de una vez para que nos vayamos a casa, Afri —metió un par de botellas de champán en una cubitera, mientras que África descorchaba otra y la volcaba sobre una docena de copas, dispuestas en una bandeja.

—Lo mismo digo —añadió la rubia.

Jael la había ignorado desde que ella se escapó de su él. Lo había visto hablar con unos y con otros, y también con chicas, junto a las cuales se veía especialmente a gusto y sonriente. La tal Alison había resucitado de su cóctel de menta y vodka, y desde entonces parecía no haberse apartado de su lado. Hasta bailaron y se sobaron el uno al otro.

«!Patéticos!», hubo gritado mentalmente África en varias ocasiones, pasando junto a ellos.

Lucía había observado, extrañada e inquieta, cómo Joe y Gabriel charlaban animadamente minutos atrás. Bueno, el único que aparentaba estar animado era el maître, que se desvivía porque los que pagaban aquella gran fiesta quedaran cien por cien satisfechos. Joe, por el contrario, no había desfruncido el ceño desde que lo había visto hablar con ella, tan próximos y cómplices. Lucía solo esperaba que lo que sea que estuvieran hablando no la implicara.

—Chicos, ahora que estáis los cuatro aquí... —comenzó a hablar Gabriel a sus empleados—, os comunico que ya me marchó y lo dejo todo en vuestras manos. Esto está por terminar. Supongo que después de un par de copas más, las personas que quedan se irán retirando. Juan y David, vosotros ocuparos de recoger las copas vacías y las dejáis apiladas en el office. Lucía y África, vosotras atended a los anfitriones y a los pocos invitados que quedan. Que nos les falte nada, ¿ok?

—Uf, menudo marrón —resopló y murmuró África.

—Se irán pronto, África —repuso el maître con seriedad.

—Sí, ya se ve. Beben como cosacos —respondió ella.

—Eso es cierto —añadió Juan, secundando a la rubia—. A alguno de ellos le acercas una cerilla y sale ardiendo como Troya —miró de soslayo a los invitados.

—La chica de pelo cobrizo se ha debido beber diez cócteles de menta y Vodka —comentó Lucía con una sonrisa burlona.

—Parece que le ha cogido el gustillo —siguió África y buscó a Alison con la mirada, para encontrarla casi colgada del cuello de Jael. Su sonrisa se desvaneció al instante.

—Venga, chicos... Todos lo habéis hecho perfecto; no os quejéis a última hora —los animó Gabriel.

Diez minutos después, apenas quedaban siete u ocho personas en el salón. Estas habían tomado asiento en unos sillones, situados en el ala izquierdo de la estancia, donde la luz tenue los hacía sentir más cómodos.

Juan y David se dedicaron a recoger todas las copas vacías. Luego, aprovechando que lo habían hecho con rapidez, decidieron quedarse metidos en el office de cocina para poner en marcha algunas tandas en el lavavajillas, e ir adelantando el trabajo del día siguiente. Las chicas permanecían cerca de los anfitriones de la fiesta, para cualquier cosa que se les antojara pedir.

—Todos han bebido mucho, ¿no te parece, Lucía? —murmuró África, mirando entre sus pestañas, hacia el lugar donde estos se encontraban.

—Desde luego que sí. Deben estar celebrando algo muy importante para explicar este despilfarro —respondió la mayor de las primas—. Quédate un momento sola, Afri, voy a recoger un par de copas vacías que vi antes en los aseos, y de paso echo el vistazo por si a los chicos se les ha pasado mirar por más sitios.

—Vale. Estos tienen todos la copa llena y no creo que pidan más —supuso.

Lucía subió una pequeña escalera de siete peldaños que llevaban a los aseos y giró el pomo para entrar en el de chicas. Era ahí donde creía haber visto dos copas medio vacías, y efectivamente, allí estaban. El filo de estas, marcado por un fuerte carmín rojo. Se acercó a los lavabos y se inclinó para cogerlas. Luego, justo al elevar la mirada hacia el espejo, las copas se deslizaron de sus manos y se estrellaron contra el suelo. Joe estaba ahí, justo

detrás de ella.

Se sobresaltó y se dio la vuelta, quedando su espalda pegada al filo del mármol que rodeaba el lavabo. Tragó con dificultad y lo atravesó con una mirada, más asustada que otra cosa.

—Al fin solos —dijo él con voz suave, aunque su semblante siguiese denotando enfado.

—Tú no deberías estar aquí. Este es el aseo de chicas. —Lucía espetó lo primero que se le vino a la cabeza.

Joe se cruzó de brazos delante de ella, analizándola.

—Eso que acabas de decir es una niñería.

—El hecho de que le hayas dicho a Gabriel que puede retirarse, tampoco tiene mucho sentido —contraatacó Lucía con algo que solo imaginaba, pero de lo cual estaba casi segura. Joe la miró a los ojos directamente durante varios segundos.

—No me apetecía seguir viéndolo, fíjate. Y como resulta que esta fiesta la paga mi bolsillo, me ha dado la gana de mandarlo a casa antes de tiempo. ¿Me entiendes? ¿O prefieres que te lo explique de otro modo, Lucía? —alzó un poco la voz al hacer las dos últimas preguntas. Ella guardó silencio. No esperaba aquella reacción por su parte—. Está bien. Te lo diré de otra manera para que lo captes.... Me ha jodido verlo cerca de ti, ¿vale? Me han comido los... —se detuvo y descendió la mirada al suelo para pensarse mejor lo que iba a decir. Ella quiso salir corriendo de allí, pero sus piernas no le hicieron caso. Después de varios segundos, Joe volvió a mirarla. Se maldijo por estar terriblemente celoso y, sobre todo, por no poder controlar lo que aquella joven chica le hacía sentir. Cada maldito minuto era más fuerte.

—No tienes que decir nada más, he de irme —añadió ella con poca voz. Él negó con la cabeza, aunque parecía estar negando con todo su imponente cuerpo.

—No te vas a ninguna parte. Esta vez no —dio un par de pasos al frente y apoyó las manos sobre la encimera de mármol, una a cada lado del cuerpo de Lucía.

—Déjalo ya, Joe —casi le rogó.

—No puedo —contestó él, a un palmo de su boca, desde donde fijaba la vista en la de ella. Luego, se inclinó y la fue tomando con pequeños roces, haciendo que Lucía cerrara los ojos y separara los labios. Joe aprovechó este momento para besarla profundamente.

En el salón, Dax había pedido a África un whisky con hielo, y cuando esta se lo llevó, entabló una conversación con ella, al margen de lo que hablaba el resto de personas que rodeaban la mesa.

—Ya decía yo que me sonabas de algo —asintió entornando la mirada, y se puso en pie para aproximarse a ella y que pudieran hablar de manera más cercana. África sonrió.

—Sí, te recuerdo. Te vi en el hotel. Eres amigo de Joe, ¿no?

—Así es. —Dax curvó las comisuras, sonriendo mientras la observaba. ¡Cómo le molaba aquella niña!—. Y dime una cosa, ¿de qué os conocéis tú y Joe? ¿Tenéis algo? —se interesó, queriendo averiguar si entre su amigo y ella había algún rollo amoroso-sexual. África arrugó un poco la frente y luego entendió con rapidez.

—¡Ah, no! Para nada. No tengo ningún rollo con Joe, solo nos hemos visto en un par de ocasiones. Me cae bien, no hay más —aclaró, y después emitió una pequeña risa.

—Qué bien —asintió Dax, complacido—. Pero tendrás novio, eso seguro —. Quiso seguir indagando. África volvió a reírse, percatándose de que aquel muchacho, al cual le asomaba un tatuaje, que prometía ser muy sexy, por el cuello del jersey, intentaba ligar con ella. Pero lo hacía tanteando de manera simpática. A pesar de su apariencia de chico malo y de las copas que llevaba encima, estaba teniendo tacto.

—No hay novio, ni lo quiero —atajó la conversación con una respuesta bastante aclaratoria—. Los novios no están de moda. Eso es para las chicas clásicas, y yo no soy una de esas. Me gusta pasarlo bien y disfrutar del momento, sin ataduras.

—PERFECTA. —Dax alucinó con lo que acababa de oír.

—Perdona... —carraspeó Jael, acercándoseles—. Tráeme un whisky doble con hielo —se dirigió a África de manera autoritaria.

—Joder, Jael... Acabas de interrumpir algo importante. MUY importante, ¿sabes? —apuntó a su amigo con el dedo, simulando desafío. Dax estaba evidentemente pasado de copas.

—No estás para ligar, Dax. Mañana no te acordarías de lo que has hecho, y eso hace que no merezca la pena —respondió Jael, sin apenas haberle dirigido la mirada a su compañero de grupo.

—En eso... tienes toda la razón —reconoció Dax. John apareció junto a él y lo rodeó con un brazo por los hombros.

—Vámonos a dormir, camarada —tiró de él para llevárselo, pero este se resistió un poco para girarse y mirar a África.

—África, eres hermosa. Me ha encantado..., me ha encantado verte.

—¡A mí también me ha gustado verte, Dax! —exclamó ella para que él la escuchara, mientras que John terminaba de llevárselo de allí. La sonrisa que dibujó su boca se fue atenuando, cuando se percató de que Jael seguía delante de ella, observándola fijamente.

África rompió el contacto visual y echó a caminar hacia la barra del bar, ubicada en el extremo opuesto a donde estaban, para ponerle la copa al exigente Jael. No había duda de que este iba a aprovechar hasta el último minuto de la noche para incordiarla. ¡¿No había bebido ya suficiente?!

—Lo de que no eres una chica clásica es bastante evidente. —La voz de él se oyó de nuevo, y África se dio la vuelta mientras se hacía con la botella de whisky, para encontrárselo junto a ella. La había seguido. Y ni siquiera se había limitado a quedarse en el exterior del bar.

—¿Cuando Dax ha dicho que soy perfecta no estabas escuchando? —inquirió ella, mirándolo a los ojos un momento, y luego dejó de hacerlo para poner tres cubitos de hielo en el vaso.

Jael observó lo que hacía y sonrió.

—Dax iba muy bebido. No se lo tengas en cuenta —la molestó una vez más.

—Los borrachos dicen la verdad —añadió África y estiró el brazo para poner el vaso de whisky sobre la barra.

—Te falta dejar de ser tan salvaje para empezar a parecer que puedes llegar a ser la chica perfecta —explicó Jael, cogiendo el vaso y tomando un trago. Luego lo dejó de nuevo encima de la barra.

África clavó sus ojos en los de él y se mantuvo en silencio por un largo instante. Jael le aguantó la mirada, sintiéndose fuertemente atraído. Ella debió percibirlo, porque esbozó una sonrisa traviesa y caminó varios pasos hasta situarse bastante cerca. Ambos cuerpos casi se tocaban. El calor de ambos comenzó a fusionarse en el pequeño centímetro que los separaba.

—Estoy muy segura de que a los hombres les gustan las chicas con un toque indómito y salvaje —susurró, y una chispa de picardía destelló en sus pupilas. Jael, visualizándola desde tan cerca, temió ser absorbido por su belleza. No le hubiera importado deshacerse como un iceberg en el calor de aquella insolente boca.

—No es mi caso —dijo, después de tragar con fuerza.

—Mentiroso —murmuró ella, retrocediendo un poco y deshaciéndose de la pajarita que había llevado al cuello por demasiadas horas.

—Creída —prosiguió él con menos voz, observando cómo se desabotonaba los tres primeros botones de la camisa. Eso le hizo sentir un golpe de calor inmediato.

—¿Por qué no me olvidas? —sugirió ella, tirando de la goma que sujetaba su pelo rubio. Este cayó sobre sus hombros de manera desordenada, y Jael contuvo la respiración, invadido por un deseo ferviente de ir a tocarlo.

—¿Estás seduciéndome? —Jael tuvo que esforzándose para que sus cuerdas vocales funcionasen con toda normalidad. África volvió a sonreír, traviesa—. Te advierto que jamás lo conseguirías... —añadió él, aparentando estar muy seguro de lo que decía.

—Puedes estar tranquilo, no me apetece tenerte ni siquiera en mis peores pesadillas —usó la frase que él le había dicho horas antes, quien no pudo evitar recordarlo y sonreír. Por un momento pensó que aquello estaba convirtiéndose en un juego.

—¡Pues no sabes qué alivio, Salvajita! No me pones nada. Absolutamente nada —tomó un largo trago de su vaso de whisky después de hablar, terminándose todo el contenido de este.

Jezabel Marí

Capítulo 13

Joe y Lucía seguían en el aseo de señoras. Él había pasado uno de sus musculosos brazos por la cintura de ella, pegándola a su cuerpo con fuerza. Con la mano que tenía libre la agarraba por detrás de la cabeza para que esta

no escapase de sus labios. Lucía, de manera totalmente involuntaria y apasionada, comenzó a acariciarle el pelo y a devolverle el beso. Vistos de aquel modo, parecían una pareja de enamorados que se reencontraban después de mucho tiempo.

Tras varios minutos de besos y fugaces caricias por encima de la ropa, ambos tuvieron la necesidad de avanzar. Lucía pudo notar la fuerte erección de Joe pegada a su vientre, al tiempo que su propio cuerpo pedía a gritos que la hiciera suya allí mismo. Sin dejar de besarla, Joe la subió a la encimera de mármol, sintiéndose bien recibido entre las definidas piernas de ella.

—Te he echado tanto de menos... —susurró él, sin apenas despegar sus labios de aquella boca que tanto deseaba— ¡*Uumm*, sabes tan bien! —la saboreó—, eres dulce como una gominola —mordió suavemente su labio inferior—. Desde que te probé, no he conseguido dejar de pensar en tu sabor —prosiguió, besándola con más urgencia.

Al oír aquello, Lucía volvió a la realidad, y lo detuvo, poniendo ambas manos sobre la impoluta camisa blanca que cubría su pecho, para tomar distancia.

—Para, para, por favor —pidió con voz firme—. ¿De qué hablas, Joe? —ambos guardaron silencio un instante—. A ver, creo que todo había quedado claro en el mensaje que te envié, ¿no? —Suavemente, lo empujó un poco más para alejarlo de sí— ¿Me dejas bajar de aquí, por favor? —Joe, confuso, se retiró de entre sus piernas. Una vez que Lucía pudo poner los pies en el suelo, buscó su mirada y le dijo algo más—: sé que esto no debería haber pasado, y lo siento. Olvídalo, por favor. Me he dejado llevar —se excusó.

—Pues sigue haciéndolo —la instó Joe, dejando salir las palabras tal y como las sentía—. ¡Déjate llevar, haz lo que te pide el cuerpo y no lo que dice tu cabeza! —añadió y, antes de que ella pudiera responder, cogió su mano y siguió hablando—. Mira Lucía, yo no te estoy prometiendo amor eterno. Ni siquiera una relación seria. Lo único que te pido es que me dejes conocerte y que me conozcas tú a mí —concluyó, haciendo que el silencio fuera más espeso durante los cinco segundos siguientes. Ella retiró su mano cabeceando de manera negativa y descendió la vista al suelo. En ese momento no podía mirarlo a los ojos. Si lo hacía, volvería a perderse en aquel par de zafiros, y accedería a cualquier cosas que le pidiera.

—Lo siento, Joe, pero... —buscó valor dentro de sí misma para

explicarse—, no es esto lo que busco ahora mismo. —Su voz fue casi inaudible y no dejó de mirarse los zapatos.

—¿Que no es lo que buscas? Pues dime, ¿qué es lo que buscas, si se puede saber, Lucía? — elevó el volumen más de lo que hubiera querido. Aquellos altibajos en la actitud de ella no solo lo desconcertaban, sino que también lo alteraban.

—¡No me grites! —reaccionó ella, advirtiéndole con tono severo. Seguidamente se giró hecha una furia para salir del baño. Si algo tenía claro a sus diecinueve años, era que no volvería a cometer los mismos errores del pasado. Tiró del picaporte para abrir la puerta, pero Joe plantó la mano sobre esta y la volvió a cerrar.

—Lo siento, no quería levantar la voz —se disculpó con suavidad, acercándose a su espalda—. No volverá a pasar, te lo prometo —susurró, inclinándose y rozando con sus labios el lóbulo de la oreja de Lucía. Esta, que seguía quieta y con la vista puesta en la puerta, sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo. Cerró los ojos con fuerza. Había escuchado tantas veces lo mismo de boca de su ex, que no pudo reprimir las lagrimas.

Joe tiró de ella lentamente para darle la vuelta entre sus brazos y poder mirarla. Al descubrir sus ojos llorosos, su corazón se paró por un segundo.

—Ey, pero... ¿qué pasa, pequeña? —preguntó, preocupado, sujetando la cara de Lucía entre sus manos.

—No es nada —contestó con un ligero halo de tristeza—. Simplemente, no vuelvas a hacerlo. No vuelvas a gritarme nunca más, por favor —suspiró.

Joe, que pudo percibir el dolor que desprendían esas palabras, la abrazó con fuerza contra su pecho sin saber qué decir. Aquellas lágrimas demostraban que ella arrastraba una historia no muy agradable. Algo que, seguro, tendría mucho que ver con su manera reacia de tratarlo. En ese momento, él descubrió lo que iba buscando. Quería estar con ella y no solo para hacerla suya otra vez, no. Quería protegerla, cuidarla, mimarla... Quería hacerla feliz.

Mientras tanto, en otra zona del “*Essencias*”, junto al bar, África y Jaél seguían con su particular guerra. La rubia no dudó en volver a encararlo, dibujando una sonrisa fingida.

—¿Sabes qué, guapetón? —dio un paso al frente—, que me alegra no gustarte. ¡Total, no te aguanto!... Y tenerte detrás, babeando por mis andares,

sería un auténtico suplicio —espetó mientras pasaba junto a él, camino de la cocina, remarcando el movimiento de su trasero.

—JA. JA. JA —silabeó una risa, irónico, en voz alta—. ¿Babear? Yo no he babeado por nadie en mi vida, rubia insípida —continuó diciendo, sin poder evitar quedarse mirando el culo de África.

Ella se giró un instante y lo pilló embobado en sus redondas nalgas.

—¡Bueno!, dicen que siempre hay una primera vez, ¿no? —se encogió de hombros con ligereza y, riendo, atravesó las puertas abatibles. Jael, rojo de rabia, no dudó en seguirla. Aquello no iba a quedar así. La Salvajita no iba a tener la última palabra.

—¡Oye, tú! ¿Adónde vas? Aún no he terminado contigo, calientapollas —soltó el insulto sin pensar.

África, al escuchar aquello, se volvió hacia él con la boca entreabierta y lo miró demasiado furiosa. Se acercó hasta donde estaba y lo señaló amenazantemente con un dedo.

—Puede que me quede sin trabajo por lo que te voy a decir, pero me da igual. Eres el tío más engreído, estúpido, gilipollas y... y... —en ese momento, mientras África buscaba otro adjetivo adecuado para él, Jael se dejó llevar por un fuerte impulso y, agarrándola por la nuca, se inclinó sobre ella y la besó. Ella manoteó y pataleó tratando de zafarse, por lo que, él, la apoyó contra la pared sin dejar de besarla, apretando sus cuerpos para poder controlar sus movimientos. No obstante, fue solo cuestión de unos segundos que África terminara cediendo. Empezó a corresponder a aquellos besos, con la misma intensidad que Jael se los daba. Este hundió sus largos dedos en la melena rubia y sedosa, y sintió cómo ella clavaba las uñas de ambas manos en su musculosa espalda. Aquel, fue un beso caliente y lleno de pasión.

Había pasado poco más de un minuto cuando se separaron y se miraron fijamente. África sintió algo extraño en su estómago. Algo que no había sentido nunca y que la asustó. A él, el corazón le latía muy deprisa.

—¿Se puede saber que coño haces? —preguntó ella casi sin voz, pero enfadada, rompiendo la magia de aquel silencio.

—¿Que qué hago? Besarte. Es lo único que se me ha ocurrido hacer, ante una agresión inminente —respondió, optando por tomarse a broma el arranque de África.

—¿En serio? ¿Esa es la mejor excusa que se te ocurre? —replicó altanera. Jael aguantó una risa antes de responder.

—¡Es la verdad! Ibas a agredirme, lo he visto en tus ojos de loca — explicó y, sin poder aguantar más, se echó a reír.

—Muy gracioso, sí señor. Pues te lo advierto, ¡no vuelvas a hacerlo! — exclamó—. Ni se te ocurra volver a hacer algo así o te acordarás de mí mientras vivas.

—Ey, ey, ey, que yo lo he comenzado, pero TÚ... —puso énfasis al referirse a ella—, lo has continuado —concluyó, fingiendo un gesto severo.

—¿Pero, qué dices? ¡Estás flipando! —exclamó la rubia, negando con la cabeza.

—Mira, Salvajita..., no voy a seguir discutiendo contigo —siguió él, al tiempo que daba media vuelta para regresar a la sala. Aquella chica, sí, con su toque indómito y salvaje, lo ponía a mil. Y si permanecía a su lado más tiempo, no podría controlar las ganas que tenía de echarle un buen polvo. La mejor opción era marcharse.

—¡Eso, vete, a ver si te pierdo de vista un rato! ¡Porque es que... no te aguanto! —elevó la voz para que él la escuchase.

Una vez estuvo segura de que Jael se había ido, se dejó caer sobre dos cajas de refrescos que había apiladas junto a la puerta, y suspiró.

«¿Qué coño te pasa con este tío, África?», se preguntó, desconcertada. Sin embargo, al recordar lo que había sentido con el roce de su cuerpo y aquel maravilloso beso, no pudo evitar sonreír.

No muy lejos de allí...

—¿Estás mejor? —preguntó Joe.

—Sí, gracias, ya estoy bien —contestó Lucía, aún perdida entre sus brazos. Lo cierto era que se sentía demasiado bien ahí. Justo igual que la noche que pasaron juntos, y no le apetecía nada retirarse. Pero tenía que hacerlo—. Perdón por la escenita —murmuró, saliendo del abrazo y mirándolo a los ojos.

—No tienes que disculparte, en todo caso sería yo el que debería pedir perdón —la corrigió Joe. Su gesto de arrepentimiento la enterneció.

—Ya está olvidado, no te preocupes.

—Lucía, ¿puedo pedirte algo? —dijo él y, sin dejarla contestar, continuó—. ¿Podemos quedar para vernos mañana? —la miró, con el azul de sus ojos colmado de súplica. Ella suspiró, y cuando iba a contestar, Joe la interrumpió—. Solo un café, ¡anda, di que sí! —esperó unos segundos a que Lucía se decidiera.

—¿Y no puede ser mejor un helado? —sonrió levemente.

—¡Por supuesto! —exclamó Joe, aliviado, al ver que la tensión entre ellos se disipaba—. Un helado o lo que quieras —añadió con una sonrisa.

—Bien, pues... Te escribo para quedar, ¿vale? No sé cuándo terminarán de irse los pesados de la fiesta... —bromeó—, así que, mañana concretamos la hora, ¿te parece?

—De los pesados me encargo yo, no te preocupes —respondió él, amplificando su sonrisa—. Tú solo acuérdate de hablarme. Estaré esperando tu mensaje —prosiguió.

—De acuerdo, lo haré —dijo ella lanzándole una mirada complice—. Y ahora... ¿me dejas salir? —lo instó a que se hiciera a un lado.

—Sí, claro. Aunque, creo que antes... deberías echarte un vistazo en el espejo —apuntó Joe aguantándose la risa.

Lucía, extrañada, se acercó de nuevo al lavabo para mirarse. En cuanto vio su reflejo se tapó los ojos con la mano, a la vez que abría la boca asombrada. Su pelo estaba hecho un desastre. Parecía que había salido del centro de un huracán. Soltó lo que quedaba de su coleta y miró a Joe con desaprobación.

—Ya te vale. Me lo podías haber dicho antes, guapo —se quejó, graciosa.

—Te lo he dicho ahora —dijo este riendo, alzando las cejas. Ella volvió a mirarlo simulando no estar de acuerdo con eso—. Bueno yo..., como que voy saliendo, ¿vale? —se acercó a Lucía y, aprovechando que esta tenía las manos ocupadas, le dio un besito fugaz en los labios—. ¡Uumm, dulce como una gominola! —dijo en voz baja, mientras se pasaba la lengua por el labio superior. Luego se marchó.

Cinco minutos después, Lucía se reunía con su prima en la cocina.

—¡Hombreee, dichosos los ojos! —exclamó la rubia, que sacaba unas copas del lavavajillas.

—Uf..., no me digas nada. Mejor ni preguntes —dijo Lucía.

—Ah, ¿que no te diga nada? Vale, lo tendré en cuenta luego —contestó África y siguió con su tarea. Pero aquellas palabras hicieron que su prima la mirara extrañada, para luego preguntar.

—¿Ha pasado algo mientras yo estaba en el baño?

—Pues mira, con todo lo que has tardado, podíamos haber sido invadidos por los marcianos y ni te hubieras enterado, pero... —se hizo la

interesante—, no ha sido eso lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado, Afri? ¡No me asustes, por Dios!

La rubia, esbozando una sonrisa traviesa, tranquilizó a su prima.

—Nada. No ha pasado nada... Bueno, algo sí. Pero nada malo —mostró su blanca y perfecta dentadura, afianzando la sonrisa. Lucía, con la mirada, le exigió que continuara hablando—. Luego te cuento. Si tú me cuentas, claro.

—Venga, vale. Pero ahora vamos a recoger, que la noche ha sido muy larga —propuso la mayor.

—¡Oye, que yo estoy recogiendo! Lo único que queda está en la mesa de los pelmas esos —refunfuñó África—. Por cierto, nos toca cerrar. Los chicos se marcharon hace diez minutos. Pensaban cerrar ellos, pero como tú no *aparecíassss*, les dije que se fueran.

—Vale. De todas maneras no tardaremos mucho. Los que quedaban creo que se disponen a salir ya. —Lucía miró por el ojo de buey de las puertas abatibles. Un par de minutos después, ambas chicas salieron hasta la entrada para despedir a los invitados, cumpliendo el protocolo que había que seguir tras un evento como el que de aquella noche.

—Buenas noches, señores —repitieron a la vez, dirigiéndose a los pocos invitados que quedaban y que salían uno detrás de otros. Justo al final, las chicas vieron cómo Joe y Jael se acercaban juntos a la salida.

—Buenas noches, señores. Espero que todo haya sido de su agrado —dijo Lucía, muy correcta. Joe la miró de manera cómplice, y cuando este iba a contestar...

—No lo dude, señorita. Todo ha sido perfecto —se adelantó a decir Jael, con una sonrisa en los labios—. Por cierto, me llamo Jael... Y tú debes ser Lucía, ¿verdad? —Ella asintió extrañada, y el continuó—: he oído hablar mucho de ti últimamente y, la verdad es que, viéndote... entiendo muchas cosas —concluyó levantando una ceja y dando un codazo en el costado a Joe.

Lucía bajó la mirada para que no notasen su sonrojo, pero Joe intervino al notar su incomodidad.

—¡Venga, Jaél, no seas pesado!

—¡JA!, eso es imposible —soltó África, que había permanecido en silencio hasta el momento. En ese instante, fue Lucía quien dio un ligero codazo a su prima para que callara.

—Déjala, ya sé que tu amiguita tiene incontinencia verbal —dijo Jaél mirando a la rubia fijamente, a la espera de otra de sus contestaciones. Pero,

esta vez, África se guardó lo que pensaba y permaneció callada. Hecho que a él lo decepcionó.

Joe, por su parte, aprovechó su amigo y África parecían lanzarse cuchillos con la mirada, para despedirse de Lucía, que estaba alucinando con el espectáculo.

«¿De qué se conocen estos dos?», se estaba preguntando, cuando Joe se acercó a su oído derecho y le susurró algo.

—Estaré esperando impaciente tu mensaje. No te olvides de mí, Gominola. —tras decirlo, le dio un suave beso en la mejilla.

Aquel apelativo, “Gominola”, la hizo sonreír. Luego asintió para que él supiera que no se olvidaría. ¿Olvidarlo? ¿Cómo?

—¿Nos vamos? —preguntó Joe a Jael, echándole un brazo por los hombros.

—Sí, claro. Aquí ya no hay nada más que hacer —contestó este sin dejar de mirar a África.

Cuando al fin se encaminaron hacia la puerta, a punto de salir a la calle, Jael miró atrás para dirigirse a la menor de las primas.

—¿Sabes qué te salva, rubia? —alzó un poco la voz —, que además de utilizar bien la lengua, hueles de vicio —le guiñó un ojo y salió.

Lucía, que estaba junto a su prima, abrió la boca totalmente asombrada por el comentario y miró a África pidiéndole una explicación. Esta negó con la cabeza con media sonrisa en los labios.

—¡Anda vamos!, ya te cuento en casa.

Jezabel Marí

Capítulo 14

—Así que ya sabes cómo huele tu África salvaje... —comentó Joe mirando a Jael, con un gesto sonriente y expectante. Ambos ya se encontraban en el asiento trasero de un Audi que conducía Biscuit.

—No es mi África —torció las cejas, dirigiéndole una ligera mirada a su amigo.

—Ya... —asintió Joe, incrédulo—. Pero te gustaría que lo fuese —aseveró con bastante seguridad.

—Por un ratito, tal vez —reconoció Jael, simulando poco interés.

Joe, observándolo de soslayo, asintió y volvió a elevar las comisuras.

—Pero la has besado esta noche —añadió.

—Es guapa y está muy buena, ¿para qué engañarnos? —frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo como si quisiera tranquilizar sus pensamientos—. Además, me ha estado desafiando todo el tiempo. Es la insolencia en persona —explicó, mientras que su mejor amigo sacaba sus propias conclusiones.

—Claro, y tuviste que taponarle la boca de alguna manera para no seguir escuchándola —comentó Joe con un toque cómico. Jael lo miró y cabeceó curvando levemente los labios.

—Esa niña rebelde necesita que alguien la doblegue.

—¿Lo vas a hacer tú? —se interesó, adivinando que aquello era precisamente lo que Jael quería hacer. Doblegar a África, y no solo con besos.

—No, para nada —negó, rotundo—. Podría volverme loco en el intento —arqueó ambas cejas un instante y resopló, como si hubiera visualizado alguna escena en concreto.

Joe rió brevemente. Conocía a Jael a la perfección y... Bueno, mejor no hablaría de lo que se estaba viendo venir.

—¿Y tú en qué piensas tanto? —inquirió Jael, observándolo absorto.

—¿Yo? —reaccionó, disolviendo sus pensamientos.

—Estamos tú y yo solos aquí, y Biscuit tiene los auriculares. Sí, tú. Piensas en la tal Lucía, ¿verdad? —ladeó la cabeza y entornó los ojos, esperando una respuesta.

Joe esbozó una sonrisa.

—Me hubiera gustado llevármela conmigo al hotel esta noche —confesó, acordándose por un momento de los besos que se habían dado en aquel cuarto de aseo.

—¿Te ha vuelto a evitar?

—Sí, aunque se resiste y se deja llevar a partes iguales. Es como si luchase consigo misma... —miró a su amigo mientras le explicaba.

—Curioso —asintió Jael, meditando un instante lo que había oído—. Bueno, de cualquier modo, no te comas mucho la cabeza. Pasado mañana volvemos a casa y no la verás más —concluyó, y a Joe se le descompuso el gesto instantáneamente. Jael lo notó y lo observó expectante.

—Tengo algo que sugerirte... —dijo, como si en ese preciso momento hubiera tomado una decisión importante.

—Soy todo oídos —continuó Jael con interés.

—¿Qué te parece si...? —hizo una pausa para escoger las palabras correctas.

—¿Si, qué? —presionó su amigo.

—Si nos quedamos una pequeña temporada —terminó y esperó un tanto ansioso la respuesta de Jael. Este lo miró sorprendido.

—¿Quedarnos aquí? —se quiso asegurar.

—Ajá —asintió Joe y comenzó a sonreír.

—Tío, definitivamente, te estás pillando mucho —ladeó la cabeza,

escudriñándolo con cierta preocupación.

—Quiero seguir conociéndola. Lucía me gusta, me inquieta, me hace desearla como si estuviera enganchado a una maldita droga —bajó un poco el volumen de su voz para que Biscuit tuviera menos posibilidad de escucharlo. Pero Jael comprobó que había pasión en lo que su mejor amigo acaba de decir y, durante un efímero instante, temió sentirse identificado.

«Ni se te ocurra», se advirtió a sí mismo.

—Ay, joder... que esto es más grave de lo que me imaginaba —murmuró Jael con cara de circunstancia—. Te estás... —no fue capaz de acabar la frase. Joe mostró una sonrisa casi imperceptible.

—Tengo que quedarme aquí para confirmarlo —prosiguió—. Y tú, mi mejor amigo, mi hermano menor, mi cómplice en todo, has de quedarte conmigo. ¿Lo harás? —arqueó una ceja esperando la respuesta.

Jael, por unos segundos, se presionó el puente de la nariz con los dedos. Aquello era algo que descuadraba completamente sus planes. Y no es que lo que tuviera que hacer durante el mes y medio siguiente lo tuviese especialmente contento, al contrario. Volver a casa y retomar su supuesto noviazgo con Dianne lo estresaba por adelantado. Pero, ¿y su madre?, ¿cómo se lo tomaría? En sus veintitrés años jamás había hecho algo que la entristeciera. Y mucho menos desde que su padre decidió marcharse para cambiar de familia, de la noche a la mañana, cuatro años atrás.

—Jael, estamos de vacaciones. Hemos trabajado mucho y nos lo merecemos. Un par de semanas como mínimo..., ¿qué me dices, eh? —insistió para terminar de convencerlo. Joe sabía que Jael en el fondo no se moría por regresar a su casa. Éste suspiró y lo miró de reojo.

—Tendrás que secundarme ante mi madre y Dianne si se ponen pesadas... —le advirtió.

Joe levantó una mano en el aire para prometer.

—No dudes que lo haré. Siempre cómplices —estiró el brazo y le ofreció la mano para sellar la hermandad que, en otras ocasiones, ya habían hecho.

Jael no dudó en aceptar y, después de estrechar sus manos, se dieron un ligero abrazo.

—¿Será Lucía la madre de tus futuros hijos? —quiso exagerar el menor de los dos.

—Uf, ¿te imaginas? —cabeceó, sopesando la idea y notando que podía

llegar a acelerarse solo con imaginarlo.

—Si te digo la verdad, no. Soy demasiado joven para imaginar álbumes de fotos familiares con bebés incluidos... —sacudió la cabeza de manera negativa. Joe puso una mano en su hombro y rió.

—Dianne es preciosa, te daría unos niños muy bonitos... —dejó caer, como si hubiera dicho algo sin importancia. Jael elevó los ojos y los clavó, implacables, en los de su amigo.

—Deja la coña —le advirtió, con un ápice de susto en su semblante.

—Tranquilo, ni siquiera pienso que vayas a estar mucho más tiempo con ella... Dianne no es la mujer que te hará feliz. —Joe habló con sinceridad, y su amigo simplemente asintió.

África y Lucía, de camino a casa, devoraron una bandeja de pasteles escoceses que, Adrián, el súper chef del *Alfonso*, les guardó en la cámara frigorífica. Tenían pensado parar en el local de Tony a tomarse tranquilamente un *Puerto de Indias*, pero la fiesta se había alargado más de lo que esperaban, y estaban cansadas y con ganas de una ducha y de tirarse en la cama. Así que, tomaron un taxi y en quince minutos se encontraban abriendo el portalón del bloque de pisos donde vivían.

Una vez en pijama, *Morfeo* se deslizó entre ellas para hacerlas caer en un profundo y reparador sueño. A pesar de ello, ambas, soñolientas, se dijeron algo antes de plegar las pestañas.

—Lucilú...

—¿*Uumm*?

—Hoy me han dado el mejor beso de mi vida.

—¿Jael? —preguntó, dejando salir aquel nombre de sus labios de manera poco comprensible.

Una sonrisa se dibujó en la cara de África, la cual ya tenía los ojos cerrados.

—Él —respondió con un leve suspiro. Luego se hizo un instante de silencio, en el que bien podría intuirse que las chicas se habían rendido, por fin, a la insistencia de *Morfeo*. Pero la rubia volvió a hablar, adormecida—. ¿Te besó el príncipe de *Beckelar*?

—Apasionadamente... —contestó Lucía, dejando los labios entreabiertos tras dicha palabra. Su respiración era acompasada y la expresión de su rostro...pura felicidad.

—Qué locura —la voz de África casi no se oyó.

—Sí, esto es... —sus palabras se perdieron en una pausa—, una bonita locura —consiguió terminar, arrastrando cada sílaba.

Y *Morfeo*, esta vez sí, se las llevó a su paraíso particular.

A la mañana siguiente, las primas estaban frescas como unas lechugas y guapas hasta decir basta. Sus células habían sacado mucho provecho de las siete horas de sueño a las que habían sometido su cuerpo.

Tenían el día libre, por lo que decidieron vestirse y salir a desayunar juntas a la cafetería de *El corte Inglés*. La tarta de chocolate que allí servían era, sin duda, la mejor que habían probado. Además, como ya habían adquirido buena confianza con algunos de los camareros, estos se tomaban la libertad de servirles hermosas porciones.

—¿Anoche me dijiste que ese chico..., Jael, te besó? —inquirió Lucía cuando su memoria empezó a mandarle información confidencial.

África se tragó, casi sin masticar, el pedazo de tarta que tenía en la boca. Le costó, y Lucía arrastró sobre la mesa el vaso de batido de chocolate para acercárselo.

—!Bebe, bruta! —exclamó, y esperó a que su prima respirara con normalidad.

—Sí, ese estúpido me besó obligada —respondió al fin, con cierto desdén.

—¿Qué?! ¿Obligada? —abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Sí. Verás..., la cosa fue que se dio un tira y afloja entre los dos. Yo lo piqué, él hizo igual, y cuando creí que lo había dejado tocado y hundido con una de mis salidas, me siguió y me llamó algo que no me gustó NADA. Así que, ya me conoces, ¡no iba a quedarme callada! Me daba igual que fuera quien había pagado la puta fiesta. Me puse a insultarlo, en plan, todo lo que se me venía a la cabeza. Pero, ¡zas!, no me dejó terminar. Se lanzó hacia mí y me comió la boca. Pero, Lucí, de una manera que no te puedes imaginar, ¿eh? ¡Es un bestia! Parecía un león con el estómago completamente vacío.

—Vamos, que te devoró —resumió Lucía, imaginando lo que África le relataba, como si visualizara la súper escena de un libro romántico.

—Sí, pero no nos soportamos. Se le fue la olla o algo. No lo entiendo —reflexionó a la ligera.

—Ya... —asintió Lucía, observando cómo esta retomaba la tarea con su porción de tarta— ¿Te gustó?

—Besa de lujo el imbécil. La verdad —confesó, simulando tan poco

interés, que hizo reír a su prima.

—A mí me da que os tenéis muchas ganas... —opinó.

—¡Qué va! Olvídalo —negó, tirando de toda su seguridad— ¿Y tú, qué? ¿Se está convirtiendo Joe en tu punto débil? —la miró entre las pestañas con gesto pícaro.

—Me resulta difícil resistirse a él —reconoció, y tomó un sorbo de su batido para despegar la garganta. Como si de repente hubiera notado que se le hacía un nudo justo ahí.

—¿Y por qué ibas a querer resistirte? —se encogió de hombros, observando cómo Lucía masticaba en silencio—. Luci, tener una aventura amorosa con semejante hombre, es lo mejor que te podría pasar. Sinónimo de: ¡Mateo a la mierda de una vez por todas!

—Afri, no. No puedo —repuso, mirando a su prima con severidad. Pero África percibió angustia, y eso la hizo estudiar aquel semblante durante largos segundos—. Él quiere que nos sigamos conociendo, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo, y me parece estupendo —dijo, sin ocultar su gesto alegre.

—¿Dónde le ves lo estupendo? ¡No quiero una relación larga! Ni siquiera de unas semanas. Las historias románticas están completamente nulas para mí. Lo sabes —se alteró.

África se mordió el labio inferior y arqueó una ceja mientras la escuchaba, la contemplaba y sacaba conclusiones.

—Qué fuerte —murmuró.

—¿Qué fuerte, qué? —preguntó Lucía, mirándola con atención.

—Que Joe es el indicado. Pero sin lugar a dudas, además.

—¿El indicado, para qué? —Lucía se inquietó.

—Luci... —se movió encima de la silla para arrastrarla y ponerse más cerca de su prima—. Tú te has enamorado de Joe, y eso lo convierte en el hombre que... —Antes de que África pudiera terminar de hablar, el móvil de Lucía sonó y vibró sobre la mesa.

Las dos chicas llevaron la vista hacia la pantalla iluminada, en la que leyeron: “*Mateo le ha enviado un mensaje*”.

—No lo leas —le aconsejó África, aunque fue casi una orden.

—Parece que nos estaba escuchando, ¿te das cuenta? —dijo Lucía nerviosa. África puso su mano sobre la de ella y la apretó para transmitirle

ánimo.

Lucía tomó aire y no pudo evitar mirar a su alrededor con cierto temor.

—No está. Ese capullo no tiene cojones de venir a buscarte. Se esconde tras sus mensajes.

Lucía volvió a respirar hondo para tranquilizarse.

—Está bien. Voy a hacer algo que te va a gustar... —se recargó de ánimo y valentía y desbloqueó el teléfono. Abrió *WhatsApp* y buscó a Joe.

África, que veía lo que estaba haciendo, esbozó una amplia sonrisa y tocó las palmas silenciosamente.

“Hola, Joe. ¿A qué hora te apetece quedar?”

Ambas primas se miraron y, sonrientes, se dedicaron un simpático y cómplice guiño.

Cuando salían del *El Corte Inglés*, hubieron de detenerse para leer la respuesta que había enviado Joe.

“Tengo una reunión importante con el grupo. Pero dentro de un par de horas puedo ser tuyo por el resto del día. ¿Te parece bien? ¿Quieres ser mía tú también?”.

La sonrisa nerviosa se apoderó de la boca de Lucía. E incluso de sus ojos. África silbó de forma graciosa para darle más importancia al asunto, aunque no la necesitara. Ya era lo suficientemente especial. Ambas rieron y dieron varios saltitos juntas, cuando la menor de ellas convenció a la mayor de enviar el siguiente mensaje. Unas palabras que a Lucía le había costado escribir.

“Lo pensaré. ¿Quieres que nos veamos en algún sitio en particular?”.

Joe, que en ese momento salía del gimnasio, se colgó una toalla al cuello y sonrió leyendo el mensaje.

«Piensa todo lo que quieras, amor. Te comeré a besos de todas formas», pensó, como respuesta para ella. Luego pasó los dedos por las teclas para contestar.

“Dame tu dirección y pasaré a recogerte”.

El hecho de pensar que estaría esperando a que aquel hombre impresionante fuera a recogerla a casa, la llenaba de nervios y de una emoción que no podía ni sabía gestionar.

Y ¿había dicho reunión con el grupo?, se preguntaron las primas poco después de bloquear el móvil. Pero como no tenían ni pajolera idea de lo que

Joe quiso decir con aquello, simplemente desistieron de barajar posibilidades.

Lucía se pasó las siguientes dos horas en braguitas, sentada frente al armario. Este, de puertas correderas, le mostraba la inmensa cantidad de posibilidades de look con los que poder hacer que Joe muriese de ganas de comérsela.

África la ayudó a escoger una falda corta vaquera, la cual conjugaría con una vaporosa blusa blanca, estilo ibicenco, con escote palabra de honor. Una cuñas vaqueras de esparto muy veraniegas, con un tacón considerable, hacían que sus piernas parecieran más largas. Aún así, estaba segura de no alcanzar a Joe más que hasta la altura del hombro. ¡Qué hombre!

A las 14:30 el teléfono volvió a cobrar vida y empezó a bailar por algún lugar de la habitación. ¡¿Pero, dónde diablos había caído?! Lucía, nerviosa, se arrodilló en el suelo para mirar debajo de la cama. África saltó de colchón a colchón rebuscando entre las sábanas, que aún andaban revueltas.

—¡Aquí! —gritó la rubia, bajándose al suelo de un salto y aceptando la llamada para que no se activara el contestador—. ¿Halo? —sonrió traviesa a su prima, que se situó a su lado.

—Hola, ¿Lucía? —la varonil voz de Joe apareció al otro lado de la línea.

—Soy África, hola Joe. Te paso a mi prima.

—Ah, África. Perfecto —sonrió.

Lucía atrapó su teléfono y tuvo que dejar ir un suspiro silencioso antes de hablar. Entre la agitación de buscar el móvil y el nerviosismo que había permanecido en ella desde que supo que saldría con Joe, su respiración no funcionaba con normalidad.

—Hola —lo saludó sin más. Tal vez incluso algo tímida. Él lo captó y curvó los labios con una tierna sonrisa.

—Lucía, no he podido aparcar en tu puerta porque es una calle muy estrecha. Pero estoy esperándote en la plaza que hay a continuación. Esperándote ansioso, he de decir —especificó sin pudor.

El nerviosismo de Lucía se convirtió en un golpe de calor que ascendió por sus piernas, y hubo de moverlas para paliar la sensación.

—Vale. Salgo en un minuto —respondió, con más ligereza de lo que hubiera querido.

—Bien —fue lo único que tuvo tiempo de responder Joe, pues ella colgó inmediatamente.

«Mi pequeña Gominola está nerviosa», dijo mentalmente y volvió a sonreír. «Yo también lo estoy. Hasta que no estés a mi lado, seguiré nervioso».

En el hotel *Alfonso XII*, Jael se hizo varios largos en la piscina climatizada y luego nadó hacia la escalera. Salió y tomó una toalla para secarse. La pasó un poco por sus piernas y terminó frotándose el torso. Luego se secó un poco el pelo con ella y se la colgó sobre los hombros. Sacó su teléfono móvil de una pequeña mochila deportiva y lo manipuló para revisar el correo. Ahí pudo encontrar varias noticias que Scott, su mánager, le había enviado. Algunas hablaban del último concierto que habían dado, cerrando la gira. Había sido increíble. La fama la tenían, pero el éxito seguía creciendo. Era como un coloso imparable al que, a veces, le había tenido miedo. Otra de las noticias eran imágenes filtradas de la fiesta privada en la que habían estado después. ¡¡Papazzis!! Siempre lograban estar en todas partes. Paseó la mirada entre las fotografías que tenía delante y la fijó en una en concreto. Una en la que aparecía él con sus cuatro compañeros, Alison, su estilista, y Mark, el ex top model y dueño en la actualidad de una de las academias de modelos más importantes de Nueva York. En ese instante recordó lo que este le comentó en algún momento de la noche: “¿Ves aquella camarera rubia? ¿No es un bombón? Si tuviera que irme hoy a la cama con alguien,

indudablemente sería con ella”. Rememorando aquello, una de sus manos volvió a cerrarse haciéndose un puño granítico como reacción involuntaria de su cuerpo. Notó cómo una sensación poco agradable se condujo por su interior y, súbitamente, bloqueó el teléfono y echó a caminar alejándose de la piscina.

«¡Hay que joderse! ¿Por qué me altero yo de esta manera?», se preguntó, a medida que avanzaba por el pasillo que lo llevaba hacia su habitación. Una vez allí, se dejó caer en la cama, tapándose los ojos con uno de sus brazos. «No voy a pensar más en ti. No voy a pensar más en ti. No voy a pensar más en ti. Eres una salvaje. Eres una salvaje. Eres...», detuvo sus pensamientos y chasqueó la lengua. «Te engañas, Jael. Estás loco por comértela», apretó los labios después de sincerarse consigo mismo.

El teléfono lo avisó de una llamada y él estiró el brazo sobre la colcha para alcanzarlo. Contestó automáticamente sin mirar la pantalla.

—Jael Kent —se identificó con voz grave.

—¡Hola, mi amor! —exclamó, con un americano cerrado, la inconfundible voz de Dianne.

Jael abrió los ojos y los revolvió contrariado.

—Dianne, ¿cómo estás? —fingió interés. En realidad, no podía sentirse más interesado por ella porque constantemente la tenía encima, vía mensajes, vía llamadas telefónicas.

—¿Tú qué crees, muñeco? —preguntó con tono sugerente y esperó que le respondiera. Jael arrugó el gesto tras oír aquel apodo con el que él no se identificaba. Dianne lo había llamado así incluso antes de que empezaran su relación. Al principio pudo parecerle gracioso, pero en la actualidad, casi le producía náuseas.

—Pues creo que estás bien. ¿No es así? —respondió, al notar que era lo que esperaba.

—Muy bien, pero estaré mucho mejor pasado mañana cuando te tenga en casa conmigo. ¡Ay, Dios! Lo siento por las personas que también quieren verte por aquí, pero no pienso soltarte en un par de días como mínimo — habló con ligereza para fastidio de Jael, que se mordía el labio mientras se preparaba para hacerla bajar de la nube.

—Dianne... —intentó decir algo, pero ella continuó con su retahíla particular.

—En el fondo sé que, aunque no eres de demostrar mucho los

sentimientos, estás ansioso por llegar, abrazarme, besarme... —decía entusiasmada.

—¡Dianne! —elevó la voz y se incorporó sobre la cama.

—Sí, ¿qué ocurre? —se sobresaltó ella.

—Tengo que decirte algo, ¿podrías escucharme? —se expresó con toda la paciencia de la que fue capaz.

—Claro, muñeco. Puedes decirme todo lo que quieras —respondió algo desconectada.

—Está bien, espero que lo entiendas, ¿ok? No voy a volver a casa hasta dentro de un par de semanas más —lo soltó de golpe, claro, conciso, sin titubear. Y se hizo un tenso silencio proveniente del otro lado del teléfono.

—No me gustan las bromas, Jael —murmuró con un tono muy parecido al sollozo.

«Dios, que no llore, que no llore...», rezó mentalmente Jael. Aquella era una táctica femenina, infalible, para que cualquier hombre tuviese que ablandarse y ceder.

—Han surgido varios compromisos importantes en algunos puntos de España. Joe y yo vamos a quedarnos para representar al grupo —explicó con naturalidad.

—Esto no me puede estar parado a mí. ¡¿Por qué, Jael?! —se alteró—. ¿Qué tipo de compromisos son esos que te ocupan catorce largos días más? —quiso saber. Su matiz exigente hizo que él tuviese que tomar aire para no contestarle de mala manera.

—Dianne, no me presiones, ¿vale? No lo veas como catorce largos días, sino como dos cortas semanas. No es tanto, por Dios. Tranquilízate —se puso en pie y caminó descalzo por la habitación.

Después de una charla que, para su gusto, se extendió demasiado, Dianne recobró su tono extra dulce y hasta logró que Jael le hablara con cariño. ¡Él solo quería poner fin a aquella conversación! Le quemaba la oreja y empezaba a dolerle la cabeza. Se despidió con ternura, con tal de soltar el maldito teléfono y perderlo de vista hasta el día siguiente.

“¿No habrá otra chica, verdad, Jael?”, le hubo preguntado ella.

“Solo estás tú, Dianne”, la complació con suavidad, y con un aplomo que ella no fue capaz de detectar.

A la sombra de una hilera de árboles, en un parque aislado de un pueblo sevillano cualquiera, Joe y Lucía charlaban mientras devoraban unas

hamburguesas y unas patatas fritas con queso y bacon, apoyados en el capó del *Audi* rojo en el que él la había recogido.

—Cuéntame algo de ti... —sugirió Joe, después de haber cogido una patata y habérsela llevado a Lucía a la boca. Ella la aceptó y masticó con gesto sonriente mientras él la observaba.

—Me llamo Lucía —se burló, limitándose a darle aquella escasa información.

—Encantado. Tiene usted un nombre muy bonito. ¿Edad? —formuló una pregunta directa.

—Diecinueve —cogió una patata y se la ofreció a Joe. Este se inclinó para atraparla, haciendo rozar sus labios con los dedos de ella. Ambos sonrieron.

—Sabía que eras muy joven, pero pensaba que al menos tendrías veinte.

—Los cumplo en septiembre. ¿Y tú?

—Treinta y uno de diciembre —mojó una patata frita en el queso y, cuando la acercó a la boca de Lucía, en vez de dejar que esta se la comiera, le manchó los labios y terminó comiéndosela él. Ella lo miró sorprendida mientras reía. Luego se inclinó de nuevo, invadiéndola, y sin previo aviso, le lamió los labios hasta dejarlos completamente limpios.

Aquel hecho los calentó a ambos. Joe no pudo apartarse y empezó a dar pequeños besos sobre su boca, esperando a que ella cediera y la abriera para dejarlo entrar.

—¿Cuántos? —preguntó con poca voz, y él abrió los ojos para atenderla, aunque sin alejarse ni un paso.

—¿Cuántos besos? —bromeó—. TODOS. Millones. Cada día. Todas las noches —respondió y la miró con deseo.

Lucía, al sentirlo, al oírlo, no pudo evitar demostrar un gesto tímido. A Joe le encantó, sonrió con ternura y se acercó a darle un pequeño beso suave.

—Veintisiete —murmuró para contestar a la verdadera pregunta que ella le hizo. Aquella era la edad que cumpliría el último día del año.

—Creí que tendrías veinticuatro —siguió diciendo ella, y él mostró asombro.

—¿Crees que soy mayor para ti, entonces? —torció las cejas de forma graciosa.

—No —negó con la cabeza—. De hecho... —quiso añadir algo, pero se frenó. Joe la miró con interés.

—Continúa —la animó, cogiéndola de una mano instintivamente.

—He estado con un hombre once años mayor que yo —confesó. Joe se quedó sin palabras durante un largo instante. Luego se empujó mentalmente a reaccionar.

—¿Quién es? —inquirió sin meditar las palabras que iba a usar. Ella lo miró extrañada.

—Esa pregunta está de más. No lo conoces —se encogió de hombros al razonar. Joe se incomodó.

—Tienes razón. Quería preguntar que si..., que si estuviste mucho tiempo con él —dio un paso atrás para estudiarla mientras se explicara.

—Algún tiempo. Pero no quiero hablar de eso...

—¿Te hizo daño? —volvió a dejarse llevar por el impulso de saber. Ella se sintió mal e, incorporándose, caminó unos pasos hasta la puerta del coche.

—Me gustaría irme a casa —el temor volvió a palpar bajo su piel y necesitó estar cerca de África.

Joe echó a caminar y se subió al *Audi* al mismo tiempo que ella. Una vez arrancó el motor, se giró y la tomó de la barbilla para hacer que lo mirara.

—No te voy a llevar a tu casa, pero quiero que sepas, y que no te quepa duda, que conmigo estás a salvo. —Su voz suave fue música para lo oídos de Lucía. La tranquilizó, aunque no del todo. La huella de Mateo en sus pensamientos, a veces, tardaba en poder disiparse.

—Quiero ver a mi prima —continuó.

Joe comprendió que Lucía necesitaba estar con África y hablar con ella para sentirse bien. Descubrió que la conexión que había entre aquellas dos chicas suponía algo fundamental en sus vidas. También supo que, el hombre once años mayor que ella al que habían hecho mención, por alguna fuerte razón, la había dejado marcada. Y lo maldijo sin ser escuchado.

Cogió una de sus manos y llevándosela a los labios la besó.

—Llama a África. Dile que vamos a pasar a recogerla para que cenemos juntos en el hotel. ¿Te parece bien? —acarició su mejilla con el dorso de la mano.

—Vale —asintió.

Joe condujo de vuelta hacia donde vivían las chicas. Puso algo de música en el coche y, solo para hacer el cambio de marchas, apartó su mano de la rodilla de Lucía. El malestar de ella entró en declive y comenzó a sentirse mucho mejor.

África se subió al coche de Joe. Desde que Lucía le envió el mensaje, solo tuvo tiempo de darse una ligera ducha, colocarse unos vaqueros, un top blanco y una camisa de cuadros. Se dejó secar el pelo a su aire y florecieron algunas ondas naturales en este. La línea negra en los ojos, el toque indispensable de su perfume y nada más.

Lo primero que hizo fue deslizarse hacia delante en el asiento trasero para saludar a su prima y, de paso, echarle un vistazo. Sabía que no era lógico que la hubieran invitado a cenar con ellos en su segunda cita.

—Has leído el puto mensaje, ¿verdad? —soltó la rubia dejándose llevar por la preocupación.

Lucía la miró de reojo reprendiéndola silenciosamente. Pero para Joe, aquel comentario no pasó desapercibido. Sin necesidad de preguntar, acababa de saber algo más. Alguien enviaba mensajes a Lucía. Mensajes que, por el tono que había usado África, no debían llevar buenas intenciones. Tuvo ganas de hacer varias preguntas directas, pero se mordió la lengua y prefirió dejarlo para otro momento.

África entendió la advertencia no verbal que Lucía le había hecho con la mirada, y también se abstuvo de seguir hablando del tema.

Pasaron casi toda la tarde juntos. Joe las llevó a un local cercano al hotel, donde, sorprendentemente, solo vieron a un señor que surgió de la nada para servirlos en todo lo que se les pudiera antojar. Joe lo trató con mucha familiaridad y, en la mayoría de las ocasiones, ambos, se comunicaron en inglés.

África y Lucía pidieron un *Puerto de Indias*, y Joe un cubata de ron. Donovan, que así se llamaba el hombre que los atendía, desapareció para luego regresar con las bebidas y una amplia bandeja repleta de frutos secos variados.

Jugaron interminablemente al billar y se rieron sin parar a pesar de que Joe ganó todas las partidas. Pusieron música, bailaron a tres bandas y comieron fresas con nata que, en cuanto Lucía mencionó que le encantaban, Joe ordenó traerlas. Las agradables y divertidas horas fueron pasando y se les echó la noche encima, cuando el teléfono de él empezó a sonar sobre la mesa.

En la pantalla: Jael.

Joe atendió la llamada y, sin decirle con quienes estaba, lo animó a unirse a él en aquel local.

—Viene Jael —susurró Joe, acercándose desde atrás al oído de Lucía. Ella, que mordía un fresón, se dio la vuelta y lo miró con cierta sorpresa.

—¿Aquí? —preguntó y desvió su vista un segundo hacia su prima, que bailaba subida a la mesa de billar.

Joe sonrió con un ligero halo de travesura en sus pupilas y asintió.

—Faltaba él, ¿no crees? —torció una ceja, atento a la respuesta de ella.

—Eh..., bueno. No sé hasta qué punto sea conveniente —se encogió de hombros y sonrió leve.

—No se detestan tanto realmente —negó un poco con la cabeza mientras que Lucía lo observaba y mordía de nuevo la fresa. Él se sintió irrefrenablemente tentado y, de forma instintiva, se mordió el labio.

—¿Tu crees? —inquirió ella, aunque estaba de acuerdo con él.

—Firmemente —tragó y se inclinó sobre ella. Sus labios se rozaron solo un par de segundos, tras los que Joe abrió los ojos para comprobar que los de ella estaban cerrados. Le gustó verla así—. Despiertas muchas cosas en mí, Lucía, tienes que saberlo —dijo en voz baja. Esta abrió los ojos y, en los de él, encontró promesas que no quiso entender.

Joe tomó de nuevo su boca, ocupándose de hacer que lo dejase explorar dentro de ella. Aquel sabor dulce estaba empezando a ser una necesidad para sus sentidos.

Jael se adentró al local sin llamar. Sabía que no era un lugar abierto al público, y que a la única persona que encontraría allí sería a su amigo. Pero no fue así. Lo primero que vio fue a África tumbada boca abajo encima de la mesa de billar, revisando su teléfono móvil. Un latido se descompensó sin previo aviso en su corazón, y hubo de aminorar el paso ante tal visión.

Lucía y Joe, desde un extremo opuesto de la sala, dejaron de besarse y lo observaron. Luego se miraron y sonrieron comprendiendo la situación.

—África le afecta, eso me ha quedado claro —murmuró Lucía, sin apartar los ojos de Jael. Joe rió brevemente.

—¿Nos vamos? —sugirió.

—¿Irnos, ahora?

Sin responder a su pregunta, la cogió de la mano y en cuestión de pocos

segundos la sacó de allí. Subieron por una escalera y se detuvieron ante un ascensor. Lucía lo miró interrogativa.

—Quiero estar contigo a solas, y a ellos le irá bien un nuevo encuentro —la besó en la frente y luego la miró con una de aquellas sonrisas que aumentaban su belleza—. Además, quiero contarte algo.

África giró la cabeza con naturalidad al notar que alguien se acercaba. Su respiración se entrecortó un instante al encontrarse con la mirada intensa de Jael.

—No puedo creerlo —murmuró ella y, a continuación, bufó.

—Yo tampoco. ¿Qué haces tú aquí? —miró un momento a su alrededor y no vio a nadie más.

—No te importa —respondió, simulando indiferencia.

Jael aprovechó que la rubia le había retirado la mirada, para recorrerla con los ojos. En aquella postura tan despreocupada y a la vez tan sensual, su trasero se convertía en toda una tentación. Era delgada, apretada, con curvas... La condenada estaba acojonantemente sexy, y, lo peor de aquello era que, sin hacer el mínimo esfuerzo, de manera innata, lograba que él la deseara más. Aguantarse las ganas no era su estilo, y dichas ganas ya eran insostenibles.

—Bájate de ahí —le ordenó él.

África lo ignoró con descaro. Buscó en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un *Chupa Chups*. Lo desenvolvió con tranquilidad y se lo metió en la boca.

«¡Lo que me faltaba!», se lamentó él, absorto en los movimientos de aquella boca rosa y carnosa.

—¡Ahora resulta que estás sorda! —exclamó.

—Ahora resulta que te ignoro —respondió y sonrió con sorna.

Jael vio cómo se sacaba despacio el caramelo de la boca, y su entrepierna se resintió cuando volvió a introducirse del mismo modo; cuidadosa y, a la vez, pecaminosamente. ¡¡Joder!! ¡¡Era una jodida Lolita!!

—No estás en el sofá de tu casa. ¡Bájate! —insistió con más brío.

—No lo haré porque tú me lo digas —siguió desafiándolo con insolencia. Debía ser de aquel modo si quería controlar el calor que se concentraba en su vientre cuando lo tenía cerca. ¿Se podía estar más bueno? No.

—Mira que eres idiota, Salvajita. Sabes de sobra que no puedes conmigo. Que si yo quisiera tú ya no estarías acostada a tus anchas en ese maldito billar... —se adivinó cierta amenaza en el tono de su voz.

—Atrévete a tocarme y ya verás lo que pasa...

Jael la atravesó con la mirada y respiró con fuerza.

—Está bien, tú lo has querido. Te dejaré aquí encerrada para que puedas seguir disfrutando toda la noche de la estancia —tras decir esto, se dio media vuelta y echó a caminar hacia la puerta de salida.

África clavó sus ojos en la amplia espalda que se alejaba y, rápidamente, se incorporó. Se sacó el *Chupa Chups* de la boca y gritó.

—¿Qué mierda haces?! ¡Ni se te ocurra!

—¡No oigo nada! ¡Estoy sordo! —Jael alzó la voz y agitó unas llaves en el aire sin mirar atrás.

Las pupilas de África se tiñeron de preocupación y echó a correr detrás de él.

—¡¡Eres un cínico!! ¡¡No puedes hacer eso!! —volvió a gritar mientras intentaba alcanzarlo, quien a su vez esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¡¡Paso de ti!! —canturreó Jael a pocos metros de la puerta.

En dicho momento, sintió un golpe no demasiado fuerte en su espalda. África se había lanzado, había impactado contra él y se había aferrado con piernas y brazos alrededor de su cuerpo.

Jael se tambaleó brevemente pero no trató de deshacerse de ella. Se quedó quieto por un momento, sintiéndola respirar agitadamente pegada a él. Luego buscó la forma de ir deslizándola alrededor de su silueta hasta tenerla cara a cara. La miró a los ojos mientras caminaba dos o tres pasos y la pegó a la pared.

Ambos guardaron silencio. África, con un ligero temblor en las rodillas, tragó y se mordió con fuerza el labio inferior. A continuación, volvió a meterse el redondo caramelo en la boca. Moría porque la besara de nuevo. Sentir aquella devastadora sensación recorriéndola de pies a cabeza, más que nunca, era una urgencia para ella.

Jael apoyó un antebrazo en la pared para inclinarse sobre África. Se acercó peligrosamente a sus labios pero no la besó. Ladeó la cabeza despacio y acercó la nariz a su cuello. La rozó con suavidad mientras inspiraba aquel olor delicioso con el que ya era capaz de identificarla. Hubo de cerrar los ojos con fuerza para contener las ganas de abrir la boca y lamerla, morderla,

devorarla... Pero eso era muy difícil. Solo con oírla respirar ya se excitaba. Se incorporó un poco para volver a mirarla y centró los ojos por enésima vez en sus labios. Se relamió los suyos propios, en el intento de paliar el deseo atroz de besarla, pero no tuvo éxito. Desesperado, la observó lamer aquel *Chupa Chups* un instante más, y unas palabras, algo roncas, se atrevieron a salir de su garganta.

—Tú quieres volverme loco con ese puto caramelo, ¿verdad?

Jezabel Marí

Capítulo 15

No había nada en el mundo que pudiera hacer que Jael retrocediera en aquel momento. África se sacó el caramelo de la boca con una lentitud destructora, y él contrajo el ceño con la mirada puesta en sus labios, sintiéndose arder y perdiendo la capacidad total de contenerse. Descendió hasta su boca y pasó suavemente la lengua por encima de esta, recogiendo la sustancia dulce y ligeramente pegajosa de la golosina. África aguantó la respiración y encogió los dedos de los pies, víctima de una sensación llameante que ondeó en su vientre.

Inoportunamente la puerta se abrió junto a ellos y el enorme cuerpo de Biscuit apareció, deteniéndose al verlos. Los estudió con cierta sorpresa a través de sus pequeños ojos, pero fue cuestión de varios segundos que la expresión de su rostro volviera a la neutralidad.

Jael, que no se había movido más que para girar la cabeza al sentir que alguien llegaba, curvó imperceptiblemente las comisuras como saludo a su guardaespaldas.

—*Hi*, Bisc —lo saludó. Su voz aún era grave. Biscuit solo levantó un

poco la barbilla para responder.

A continuación, Jael miró a África, que permanecía acorralada contra la pared. Le dedicó una seductora sonrisa y le robó el *Chupa Chups*.

—Hasta la próxima, Salvajita —se metió el caramelo en la boca y se separó de ella para luego rodear a Biscuit y salir por la puerta.

«¡Joder!», gruñó mentalmente mientras caminaba. Qué poquito había faltado.

África echó la cabeza hacia atrás sobre la pared y se llevó una mano a la boca del estómago.

«Madre mía», murmuró para sí misma. Empezaban a preocuparle dos cosas, que unidas entre sí, podrían llevarla a un único resultado. Una era que el estúpido sexy que acaba de irse la desarmaba, y la otra, que el mismo estúpido sexy empezaba a caerle bien.

Joe y Lucía entraron a la sala de estar donde solían reunirse los componentes de NBITS, claro que, ya solo quedaban dos de ellos en el hotel, más algún que otro guardaespaldas. Dany, Dax y John habían regresado a Nueva York. Sin embargo, Joe encontró a su padre sentado en uno de los sofás leyendo un periódico. El señor Joseph, al que su hijo era tan sumamente parecido, elevó la mirada hacia ellos y comprobó que estos iban agarrados de la mano. Se puso en pie de inmediato para saludarlos, y fue ahí, cuando creyó haber visto antes a la chica que acompañaba a su hijo.

—Papá... —dijo Joe con una sonrisa, en medio de un gesto expectante. Pero también con una confianza que a Lucía la hizo sentir a gusto.

Joseph los escudriñó con semblante agradable. Era un hombre elegante, muy alto, de pelo castaño claro tirando a cano, y con unos cálidos e impresionantes ojos zafiro. Como los de Joe.

—Hola, hijo —lo saludó, y luego se dirigió a ella—. Señorita... —hizo una leve reverencia.

—Buenas noches, señor —lo miró y curvó los labios mostrando una pequeña sonrisa.

—Se llama Lucía, papá. Es una amiga —la presentó Joe.

—Oh, encantado. Muy bonita —asintió estudiándola.

Joe no parecía incómodo con la situación, todo lo contrario. Su semblante era de lo más tranquilo y satisfecho.

—Gracias. Encantada también.

—Puedes llamarme Joseph, Lucía —añadió con un claro acento americano—. Siendo amiga de mi hijo, no podría ser de otro modo —aclaró, robándole otra sonrisa.

—Como puedes comprobar, pequeña, tengo un padre excelente —comentó Joe con orgullo. A ella le hizo sentir un revoloteo extraño aquel apodo cariñoso con el que la había llamado. “Pequeña”. ¿Se lo había dicho antes? De cualquier forma, le gustó.

Joseph puso una de sus grandes manos sobre el hombro de su hijo.

—A alguien tenías que salir —le recordó, desprendiendo una afabilidad que deslumbró a Lucía.

Joe rió.

—¿Te apuntas a cenar con nosotros?

—Me encantaría, pero ya he cenado —se disculpó con los dos—. Además he de acostarme temprano, mi avión sale mañana a las diez.

—Sí, cierto. Pero aún es temprano, papá. ¿Una copa? —insistió.

—Gracias, pero no —negó un poco con la cabeza—. Me retiro a mi habitación. Mañana desayunamos juntos y nos despedimos...

—Sí. Perfecto —asintió Joe.

Lucía observaba la impecable y extremadamente bonita relación que parecían tener padre e hijo, y, por un momento, se acordó de su familia. Hacía al menos un mes que no los veía.

—Lucía —la nombró de nuevo Joseph y ella salió de sus pensamientos para atenderlo—. Me reitero, un placer conocerte, muchacha. Cuida mucho de él mientras esté por aquí... —se refirió a Joe, el cual amplió su sonrisa por aquel comentario.

Lucía solo asintió, y sonrió con educación y cierto pudor.

Cuando el señor Joseph salió de la sala, Joe miró a Lucía para comprobar que a esta se le hubiera pasado la vergüenza. Pero sus mejillas aún permanecían un tanto encendidas, y a él le resultó graciosa. Dejó ir una breve y bonita risa masculina y le acarició la cara con el dorso de la mano. Dicho roce la encendió más e, inconscientemente, se atrapó el labio inferior con el superior, dejándolo así por varios segundos. Joe fue perdiendo la sonrisa mientras la contemplaba, víctima de un latigazo de deseo.

—Quiero cenarte —habló en voz baja y se acercó a ella. Tomó su cara con ambas manos y posó la frente sobre la suya.

—Joe... —empezó a decir ella para frenarlo.

—Por favor... —arrugó el gesto con una ligera súplica y la hizo callar. Luego se distanció un par de centímetros para mirarla a los ojos—. Lo creas o no, este hombre que está aquí te necesita —bajó a sus labios y los besó con delicadeza. Lucía tembló. Tomó aire y respondió.

—Esta mujer que está aquí ha dejado a su prima sola... —añadió.

Joe estuvo en silencio un instante y movió negativamente la cabeza.

—Está bien acompañada.

—No sé si Jael es buena compañía para ella —admitió. Joe torció el gesto.

—Bueno, aún no te ha dado tiempo a conocerlo, pero es buen tío. Muy buen tío.

—Voy a volver allí, Joe —insistió. Él puso las manos sobre sus hombros, con una fuerza comedida que indicó a Lucía que no la dejaría moverse de su lado.

—Jael es mi mejor amigo. Confío en él más que en cualquier otra persona —hizo una pausa—. Es más, yo mismo no habría salido del local dejándolo a solas con África, de no ser así.

Lucía observó a través de sus pestañas cómo Joe se explicaba. Con suavidad, tranquilo, transmitiéndole una seguridad que relajó todos sus músculos y, al mismo tiempo, provocándole deseo. Mucho. Más.

—Deja que se conozcan —perseveró él con media sonrisa—. Y a mí, dame lo que necesito... —añadió, e hizo una pausa para mirarla con intensidad—. Sé que tú también me necesitas...

Joe se acercó de nuevo y, sin mediar más palabras, comenzó a besarla. Y a pesar de que sus labios la estaban tomando despacio, cada roce fue más urgente. Ambos se llevaron al punto de convertir aquellos besos en un desafío de caricias húmedas y ardientes.

Joe gruñó en mitad de dicho duelo.

—Si no vamos a mi habitación te haré el amor aquí mismo... —la rodeó con ambos brazos y la pegó a él para seguir devorándola.

Lucía no pudo más que dejarse llevar. Joe conseguía debilitarla con aquella manera tan apasionada de atraparla, tocarla, besarla..., llevarla a su terreno.

Sin embargo, una nueva puerta que se abría en el momento menos

idóneo, hizo que ella se detuviera en seco. A Joe por el contrario le dio pereza dejar que se apartara.

Jael se quedó bajo el marco de dicha puerta con la mano puesta en el pomo. Al encontrarlos en aquella situación, su primera intención fue marcharse.

—No me habéis visto, podéis seguir —mostró una leve sonrisa pícaro e hizo ademán de retirarse.

—¡Jael! —exclamó Lucía para evitar que este terminara de irse.

La puerta se abrió de nuevo y Jael, con una ceja levantada, se asomó para atenderla.

—¿Me llamas? —preguntó.

—Sí, ¿puedes venir?

—Sí, pero no soy violinista. Aún no —comentó cómicamente a medida que se acercaba a ellos.

Joe sonrió al oírlo y Lucía casi que también lo hizo.

—¿Y mi prima? —inquirió, y Jael se quedó en stand-by un instante.

—Lo siento, no tengo el gusto de conocer a ninguna prima tuya —respondió convencido.

A Lucía le hizo gracia aquella expresión y, levantando ligeramente las comisuras, dejó ir un pequeño suspiro.

—Oh sí, claro que la conoces —confirmó Joe.

La seguridad con que su amigo habló y el mensaje que le envió solo con los ojos, lo ayudaron a comprender. Por el cambio en el gesto de Jael, Lucía supo que este acababa de descubrir de quién estaban hablando.

—*Mmm...*, ¿tu prima se llama África por casualidad? —Jael ladeó la cabeza y miró a Lucía entornando un poco la mirada.

—Sí, y me consta que acabas de estar con ella —contestó, adquiriendo un semblante más serio.

Jael no esperaba aquella salida, que casi parecía un intento de ataque, y abrió la boca para decir algo, aunque no llegó a hacerlo. Joe lo hizo antes que él.

—Lo que sucede, pequeña, es que mi amigo no sabía que África era tu prima...

—Exacto. Eso es —corroboró Jael y asintió con energía—. Además solo la he visto de pasada. Un par de veces sin importancia.

—Sin importancia, ¿eh? —añadió Lucía con retintín. Jael lo captó.

«¡Eres idiota!», se dijo a sí mismo. «Son primas. Seguro que entre ellas se lo cuentan todo. Esta sabe que besé a la otra», continuó pensando bajo la atenta mirada de Joe y Lucía.

—¿Por qué la has dejado sola? —irrumpió Joe, sorprendiendo a su amigo con semejante pregunta.

—¿WHAT? —arqueó las cejas—. Yo no he dejado sola a nadie. Ya lo estaba cuando llegué —se explicó.

—Voy a ir a buscarla —se dispuso Lucía, pero Joe la cogió a tiempo de la muñeca.

—No, espera un segundo —la detuvo. Luego volvió a dirigirse a su amigo, que se rascó la nuca, algo incómodo—. Jael, ve a por ella.

—¿Cómo? ¿A por quién? —lo miró incrédulo.

—A por África, evidentemente.

—No, ni hablar. Seguro que sabe llegar hasta aquí sola... —replicó, negando con la cabeza.

Joe se quedó mirándolo con desaprobación, y Lucía, inconscientemente, adoptó el mismo semblante. Jael desvió los ojos de uno a otro de manera simultánea. ¿De verdad estaban en aquel plan? Alucinó.

—A ver, una cosa... —se dispuso a explicarles algo—. Esto va por los dos, pero sobre todo por ti, Lucía, porque no me conoces. Soy cantante, paso largas horas componiendo canciones, hago mucho *Bo Staff* para descargar adrenalina e, incluso, en mis escasos ratos libres, soy capaz de cocinar algún plato, pero, JAMÁS, he ejercido de niñera. Ni tengo intención.

—Te aseguro que Afri no necesita a nadie que la cuide... —apuntó Lucía con un leve toque de suficiencia, imaginando que él había exagerado en todo lo que había contado de sí mismo. ¡¿Cantante?! ¡Ja! ¡Habría que escucharlo!

—Yo voy a ser más breve que tú, Jael —irrumpió Joe, justo después de que ella hablara. Su amigo frunció el ceño prestando atención a lo que este fuera a decirle.

—Va, dime —dejó ir el aire de sus pulmones de forma imperceptible. Joe le puso la mano en el hombro.

—A una chica nunca se la deja sola, pero cuando te gusta, mucho menos —arqueó las cejas imaginándose la reacción que iba a recibir como respuesta.

Jael contrajo más el ceño, aguantando el silencio mientras miraba a su mejor amigo. Debía de aceptar que lo que de verdad le hubiera gustado era quedarse a..., simplemente a pasar el rato con aquella rubia rebelde y sensual. La extraña relación que había surgido entre ellos, era atípica y lo divertía. Bueno, además de divertirlo, le producía otras cosas. A punto estaba de responder con algo a Joe, cuando Biscuit volvió a presenciarse ante sus chicos, llamando su atención. Atravesó la puerta y se detuvo a unos metros de distancia.

—La chica rubia se marcha —comunicó.

Lucía chasqueó la lengua, contrariada, y se sacó el móvil de un bolsillo para llamar a su prima. También hizo ademán de caminar, y Joe la detuvo tomando su cintura con ambas manos.

—Joe... —se quejó al sentirse retenida.

—Vamos, voy contigo —repuso él con voz suave.

—¿Afri? —se detuvo a hablar con su prima por teléfono.

—*Lucía, te he enviado un mensaje porque no sabia si con una llamada iba a interrumpir algo importante* —rió un poco después de hablar con ligereza.

—*No he visto el mensaje, pero ¿tú dónde estás?* —sus ojos se movieron con algo de preocupación y se encontraron con los de Joe, que la observaba con interés.

Jael tampoco se había movido del sitio y se acariciaba el mentón. También seguía a Lucía con la mirada.

—*Tranquila, Lucilú, tú sigue disfrutando de tu príncipe, que yo me voy a casa* —exclamó despreocupada.

—*No, espérame, nos vamos juntas.*

—*¡¿Qué?! —reaccionó con espanto—. Ni de coña. Tú te quedas ahí disfrutando de tu hombre súper guapo todo lo que puedas y más* —prosiguió en tono autoritario.

—*Deja de decir tonterías. No te muevas de donde estás que voy para allá. ¿Noche de chicas?*—se aferró con entusiasmo a dicha sugerencia, como si se tratara de un bote salvavidas en medio de un océano.

Joe, al oírla, torció las cejas y cuadró la mandíbula. ¿Qué significaba aquello de “noche de chicas”? ¿Botes de helado y peli en el sofá? ¿Discoteca, música, cubatas y chicos? La última opción le produjo un ligero malestar y tomó aire para intentar intervenir en la charla, pero Jael se acercó y le dio un

toque en el brazo, haciendo que este se girara para atenderlo.

—Iré yo —dijo con seguridad. Joe ladeó la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—Eso me parece lógico —asintió el mayor con aire de satisfacción.

—¿Lógico? —dejó ir una pequeña fracción de risa, mirándolo interrogativo.

—Sí.

—¿Por?

—Vuela, que se te escapa —lo animó.

Jael, que no había perdido detalle de lo que decía Lucía ni siquiera cuando intercambió aquellas palabras con Joe, supo al instante que África aún debía de estar en el local. Si se daba prisa, y la charla de primas se extendía un momento más, en un par de minutos impediría que su Salvajita saliera de allí.

«¿Mi Salvajita?», su labios marcaron una de sus sonrisas habituales, siendo esta vez un tanto menos socarrona que de costumbre. “Mi Salvajita”. Sonaba bien, aunque no fuera real. ¿No era real?

Joe volvió a rodear la cintura de Lucía desde atrás, haciendo que esta dejara de caminar de un lado a otro mientras seguía al teléfono. Hundió la cara en el hueco de su cuello, y ella se encogió al sentir cómo la respiración caliente de aquel imponente hombre se impregnaba en su piel. Joe sonrió y quiso robarle el teléfono y hacerlo desaparecer.

—Venga, quédate en la puerta del local, que ya salgo para allá... —concretaba con África. Joe, sin ser visto, arrugó el gesto contrariado.

En cuanto Lucía tocó la pantalla para colgar, Joe se inclinó un poco y, sin el mínimo esfuerzo, la cargó en sus brazos.

—¡Ay! ¡Joe! —se sobresaltó ella. Joe sonrió ampliamente.

—¿Ay, qué? —preguntó, mientras que ya caminaba hacia la puerta de salida.

—¿Pero, qué haces?! —se sorprendió más cuando Joe salió al pasillo y siguió su camino sin bajarla al suelo.

—Lo que debí hacer hace ya como una hora; llevarte a nuestra habitación —explicó con toda la naturalidad del mundo. Como si llevarla a su habitación fuera algo que hiciera cada noche.

—Tú y yo no tenemos “nuestra habitación” —se quejó con trasfondo

gracioso. Él rió un instante sin detenerse.

—Mi habitación siempre será la tuya —aclaró, y luego fingió dejarla caer para que ella se aferrara más a su cuerpo.

Lucía rodeó su cuello como consecuencia, dándole lo que él quería, y recibiendo su perfume fresco y masculino, que le produjo un cosquilleo en el estómago. Volvió a hablar, y sonó una pizca turbada por el efecto.

—Mi prima me está esperando. Hemos quedado en... —se detuvo por interrupción del poseedor de aquellos impresionantes brazos, los cuales parecían no inmutarse por su peso. ¿Podía ser más fuerte, imponente y guapo?! No.

—África estará bien. Jael ha ido a buscarla —comentó, bastante despreocupado.

—¿Jael otra vez?! —inquirió, simulando alarmarse más de lo real.

—Te dije que era un buen tío. —Joe detuvo sus pasos delante de una puerta—. Mete la mano en el bolsillo de mi camisa —pidió a Lucía, atravesándola con el azul intenso de sus ojos. Ella, casi cayendo en hipnosis, acató la orden.

Sacó una tarjeta blanca de allí y, obediente, se la mostró a Joe. Él elevó las comisuras con suavidad.

—Ahora, métela en la rendija —continuó él con un susurro.

Lucía se quedó mirándolo un momento y Joe supo por qué.

—Eso ha sobado muy...porno —murmuró mientras pasaba dicha tarjeta. Joe rompió a reír, al tiempo que se adentraba a la habitación con su pequeña entre los brazos.

—No, amor. Eso no es porno. Pero si quieres... —se inclinó y la fue soltando sobre la cama—, algún día yo te... —antes de que pudiera acabar lo que se proponía decir, Lucía se apresuró a intervenirlo.

—¡Bla, bla, bla! —casi gritó. Él frenó las palabras de inmediato mientras se enderezaba sobre sus pies.

La observó tumbada en la cama y le dedicó una sonrisa juguetona. Ella lo correspondió.

—No querías decir nada, ¿verdaaad? —siguió Lucía con retintín.

A Joe le pareció graciosa y descolgó el cuello un instante para cabecear a la vez que volvía a reír. Luego se inclinó sobre ella, poniendo las manos abiertas sobre el colchón, una a cada lado de su cabeza.

—Por supuesto que no quiero decir —susurró muy cerca de su boca—, quiero hacer —concluyó, antes de descender para besarla.

Jael salió del hotel con cierta rapidez. Podría haber cogido el ascensor que lo llevaba directamente al local, pero confió mucho más en sus piernas. Tal vez fuese un poco arriesgado, pues no llevaba guardaespaldas con él, pero de aquel modo se ahorraría tiempo. Sentía más prisa de la que podía entender.

Dobló la esquina y vio algunas personas caminando por la acera de enfrente, pero no se preocupó. Una pareja de personas mayores y un grupo de jóvenes, todos chicos, que parecían no pasar de los doce años, no eran precisamente una amenaza para su seguridad. Siguió recto hasta la mitad de aquella calle y giró a la pequeña plaza donde se encontraba la entrada principal del local. El sitio era un pub, dispuesto para que gente conocida y muy adinerada pudiera alquilarlo, obviando la necesidad de salir de copas a lugares públicos con la correspondiente posibilidad de ser molestados.

Cuando se acercaba a la puerta, entornó un poco la mirada al ver que estaba abierta. Ladeó la cabeza y fue entonces cuando vio salir a África. Aquella puerta era de hierro y bastante robusta, con lo cual, para una chica resultaba demasiado pesada. Ella trató de empujarla para cerrarla y gruñó por el esfuerzo. Jael, mientras se aproximaba, la observó y esbozó una sonrisa espontánea.

África sintió unas pisadas tras se sí y se giró súbitamente. Y lo vio. Y ya había perdido la cuenta de las veces que había quedado acorralada entre él y una pared, o una puerta.

—¿Qué haces, Salvajita? —la saludó socarrón.

—Ya me voy —respondió e hizo un mohín al acabar—. Lo digo por si este local lo pagas tú y todo eso —aclaró sarcástica.

Jael, a pocos pasos de ella, siguió observándola y torció sus carnosos labios, asintiendo a lo que había escuchado.

—¿Adónde vas? —inquirió, avanzando un paso sigiloso.

África tragó al ver que casi volvía a tenerlo encima. Y, ¡joder!, deseó ser ella misma quien tuviera el valor, no solo de lanzarse a sus brazos, sino de besarlo como una loca. Era el chico más increíblemente sexy que había visto en sus dieciocho años de vida. Y si encima sonreía de aquella forma en que parecía hacerlo solo para molestarla... ¡moría derretida! ¡Esa era la puta realidad!

«¿Por qué, señor, por qué no me lo crucé en otro jodido momento; uno de esos días de fiesta en que Lucía y yo hemos salido de pesca?», sollozó interiormente. Pero no. Tenía que ser un guiri insípido y odioso que... Bueno, guiri sí, odioso también, pero insípido..., insípido desde luego que no. ¡El sabor de su boca era la octava maravilla del mundo!

—Estás perdiendo tu esencia salvaje. Ya no me respondes como antes.

—Paso de pelear contigo —reaccionó por inercia y lo rodeó para caminar un par de metros hasta un pequeño banco de forja.

Jael se dio la vuelta para verla allí sentada. Era tan apetecible... Deseaba despertar inmerso en el olor de aquel pelo largo, rubio y suave... ¡Mierda, ¿cómo una fierecilla indómita lo hacía pensar aquellas cosas?! Anduvo varios pasos y se agachó justo delante de ella.

África lo miró a través de sus pestañas, y él le dedicó una sonrisa distinta a todas las anteriores, revelando un matiz dulce completamente inédito. Este pareció dudar, pero, finalmente, puso las manos sobre las rodillas de ella. Movié los dedos muy despacio y jugó con ellos entre las brechas de la tela vaquera para rozar su piel desnuda.

¿Qué estaba haciendo? Ninguno de los dos puso fin a aquella profunda mirada. África se sintió arder y percibió cada golpe de cada latido exaltado contra su pecho.

—Eres una criatura terriblemente apetitosa —susurró, y le pareció ser testigo de cómo a la niña rebelde se le encendieron las mejillas. Confirmado. Desmesuradamente apetitosa. Exquisita.

—Tú eres odioso y engreído, pero... —se detuvo. Gritos y risas de personas se oían cerca. Aún así, ellos se mantuvieron al margen de eso.

—Lo sé, Salvajita... soy odioso, engreído, estúpido..., todo eso y más, pero estás que te mueres porque te eche un polvo. —Jael volvió súbitamente con su salida de tono. Su sonrisa recuperó toda la burla implícita y apartó las manos de las piernas de África, como si aquel contacto, de repente, le hubiera quemado.

Ella endureció el gesto y lo miró cabreada.

—¡Vete a la mierda, Jael! —exclamó y se levantó, provocando que él también lo hiciera. Luego echó a caminar con furia y Jael volvió a reír. ¡Había regresado la esencia!

—¡Mi nombre en tus labios me pone bastante! ¡Ven aquí, no puedes irte! —rió y la siguió hasta alcanzarla por una de las muñecas, haciéndola

parar debajo de una farola.

—¿Puedes dejarme en paz, gilipollas?! —gritó. Dos mujeres que pasaban cerca se percataron y los miraron cotillas. Jael se dio cuenta y se giró para darles las espaldas.

—En teoría puedo dejarte en paz, pero no quiero. Eres más divertida cuando sacas a la fierecilla que llevas dentro —volvió a sonreír.

África respiró con fuerza y le lanzó una mirada desafiante.

—Retira lo que has dicho antes —le exigió.

—¿El qué? ¿Lo de que te morías porque te echara un polvo? —preguntó. Ella respondió cruzándose de brazos y frunciendo el ceño—. Oh, no voy a retirarlo porque es verdad. Lo pienso. Pero también he de confesar que a mí no me importaría complacerte en eso... —La naturalidad y la suficiencia de Jael eran pasmódicas.

Las piernas de África temblaron de rabia. Ese imbécil había rebasado límites.

—¿Sabes qué?!

—A ver, ¿qué? —se puso en guardia para ofrecerle toda su atención, aunque parecía seguir igual de divertido.

—Que no quiero volver a verte y... —pensó nerviosa. Jael asintió cómico, pero pronto giró la cabeza al oír que un grupo de gente joven se acercaba.

África sin embargo siguió vociferando.

—Y que ojalá no tuviera que compartir contigo ni la bola del mundo, y que ese maldito polvo se lo echas a... —Un fuerte tirón del brazo la arrastró y la hizo tragarse sus últimas palabras.

—¡¡¿JAEEL?!! —gritó una chica de unos dieciséis años y echó a correr tras él.

—¡¡TIAAAS, ES JAEL DE NBITS!! —sollozó otra, enfervorizada, y siguió a la anterior.

—¡¡AAAAAAHHHH!! —chillaron en masa cinco o seis más.

Todas se lanzaron detrás del que bien podría ser su amor platónico, el cual había intuido a tiempo la situación al verlas aparecer, e instintivamente quiso llevarse a África consigo.

Por un momento temió no alcanzar la puerta del local, que por suerte permanecía abierta, antes de que aquella manada de fans llegara hasta donde

estaba y lo linchara a besos, abrazos y demás muestras incontroladas de cariño.

Se detuvo ante el portalón de hierro y, soltando de la mano a Afri, se colocó como debía para empujar con fuerza y poder terminar de abrirlo rápidamente. Lo logró. Por muy poco, pero lo logró. Puso una mano en la cadera de África y la hizo entrar delante suyo. Luego, a tres segundos de cerrar la puerta, saludó a sus fans.

Atrapó a África, que lo miraba atónita, rodeándola con sus brazos. La adrenalina en aquel momento estaba por las nubes. La empujó contra la puerta y se inclinó sobre su boca. La respiración de ella consistía en nerviosas exhalaciones que emanaban de su pecho con un ligero vaivén, que Jael recibía contra el suyo.

—¿Qué cojones ha pasado ahí fuera? —preguntó impresionada por lo que acaba de ver, y fundida como la mantequilla porque sabía lo que Jael haría a continuación.

—Salvajita, tengo que besarte... —susurró y tomó su boca de manera impulsiva. Con tal exigencia, que hizo que África emitiera un leve gemido.

Fuera, al otro lado de la puerta, aún se oía el alboroto de las eufóricas chicas.

En la cálida y ostentosa suite del *Alfonso*, Joe trataba de moverse con parsimonia dentro de Lucía. La tenía a su merced y quería disfrutarla durante toda la noche. Pero hacía rato que el placer era insostenible. Se habían comido a besos por todas partes, se habían recorrido el uno al otro por completo a base de caricias, sus lenguas habían prendido fuego de cada retazo de piel donde lamieron y, cuando Joe al fin la llenó con su férrea erección, un fuerte placer precipitado amenazó con estallar dentro de ellos. Por ese motivo, él quiso apaciguarse, creyendo que de aquella manera conseguiría alargar las sensaciones y retrasar el clímax. Pero no fue así.

Lucía, con el suave vaivén de sus caderas, lo hizo enloquecer y perder el control.

Joe sintió que el orgasmo lo abordaba sin remedio y le suplicó a ella que se dejara ir con él. La envolvió entre sus brazos y aceleró el ritmo hasta un punto frenético.

—Pequeña, pequeña, me voy a..., no puedo contenerme..., Oh Dios. Déjate ir conmigo, por favor.

Y Lucía obedeció hasta quedar sudorosa, extasiada y exhausta debajo

de aquel cuerpo que no quería volver a evitar.

El amanecer colmó de luz cada rincón de la suite. Joe llevaba rato despierto sobre la cama con cara de felicidad. Recordó que había quedado en desayunar con su padre y debía hacerlo en cuestión de minutos, pero los recuerdos de la noche anterior tenían demasiado ocupada su cabeza. Se había vuelto a excitar dos o tres veces pensando en aquello mientras Lucía se daba una ducha. ¿Y si se metía en esa ducha con ella y le hacía de nuevo el amor bajo el agua? Sonrió por la respuesta directa que le dio su sexo al imaginarlo. Aún así no lo haría. Debía darle una tregua a Lucía.

Se apartó la colcha de encima y se levantó. Se desperezó estirando sus fuertes brazos y luego se dispuso a ponerse un pantalón. Mientras lo hacía, oyó sonar la risa de un bebé. Miró a su alrededor y comprobó que se trataba del teléfono de Lucía. Sonrió porque aquel sonido le resultó tierno y simpático. Cogió una camiseta del armario y, antes de ponérsela, escuchó de nuevo al bebé. Aquella insistencia tal vez podría provenir de África y no quiso dejarlo pasar.

—¡Gominola! —alzó la voz, abriendo la puerta del baño.

Ella no se inmutó, y él se quedó embelesado viéndola cubierta de jabón y entonando el “*Ahora tú*” de *Malú*. Para Lucía, aquella artista siempre tenía la canción adecuada para cada momento de su vida.

Joe sintió un pinchazo en el corazón y se hizo una pregunta.

«¿Estoy enamorado?», un “SÍ” perfecto e indudable apareció en su mente.

Se adentró más y ella pudo verlo en medio del ligero vapor que producía el agua caliente. Él sonrió de oreja a oreja, la rodeó por la cintura sin importarle que lo emparara y la estrechó contra su cuerpo. Le dio un par de besos y la dejó libre.

—Amor, tienes un hijo secreto que me has ocultado y está buscándote en el móvil... —bromeó, refiriéndose al tono del teléfono. Ella rió.

—Ay, debe ser Afri. Míralo, por favor —le pidió con naturalidad.

—Está bien. ¿Quieres que le diga algo en concreto? —se apoyó en el marco de la puerta esperando una respuesta.

—Dile que la llamo en cinco minutos, ¡bueno en diez! —se corrigió a sí misma, y él salió de allí riendo.

Fue directo a la mesilla de noche contraria a la suya y se sentó en el filo

de la cama.

—¡¡¿Me das la contraseña?!! —exclamó alto.

—¡Tres, ocho, cuatro, dos! —gritó Lucía.

—¡Ok! ¡Te tengo pillada, que lo sepas! —dijo, cómico.

El teléfono se desbloqueó y Joe deslizó un dedo por la pantalla para abrir *WhatsApp*. Una vez hecho, sus ojos se congelaron encima de un nombre “Mateo”.

Quizás no debía leer los mensajes pero...

¿Y si lo hacía? No estaba bien, no era su estilo espiar el móvil a nadie, pero algo le decía que aquella era la clave de lo que le sucedía a Lucía.

Tensó el mentón al tomar la decisión y abrió el contacto que tenía dos mensajes sin abrir.

“No sé nada de ti desde hace días. ¿Se puede saber donde coño te escondes?”.

“Lucía, ¿qué estás tratando de hacer conmigo?, ¿ignorararme?, ¿hacer como que me has olvidado? NO PUEDES HACERLO. Yo tampoco. Vuelve a mí o acabarás con mi paciencia. Mateo”.

No pudo evitar la osadía de seguir leyendo e hizo que la pantalla mostrara los mensajes anteriores, sin pararse a pensar. No fue capaz de leer más de tres.

—¡Hijo de perra! —gruñó Joe, mientras que una rabia desconocida para él hasta el momento ardió en sus venas.

Jezabel Marí

Capítulo 16

Tras un beso que los dejó sin respiración, África y Jael se miraron en silencio un largo instante y se sorprendieron al comprobar que, durante ese intervalo de tiempo, ninguno dijo nada para burlarse del otro. En la calle aún se oía ruido de chicas alborotadas, por lo que Jael propuso que se quedaran allí dentro hasta que la marabunta se disipara. África, aceptó. De paso, interrogaría al príncipe del desierto por aquel extraño episodio eufórico que había presenciado minutos antes.

—¿Puedo saber que ha pasado ahí fuera? —preguntó, mientras lo seguía hasta una barra de mármol, tras de la cual se ubicaban un par de estanterías de cristal con algunas botellas.

—Es algo a lo que no termino de acostumbrarme, la verdad —contestó Jael, de espaldas a ella, al tiempo que ojeaba el tipo de bebida que había sobre las estanterías.

—Pero, ¿esto te pasa muy a menudo? —volvió a preguntar la rubia entre extrañada y sorprendida—. ¿Estás en busca y captura, o qué? —su cejas se torcieron ligeramente a la vez que encorvó las comisuras con una leve sonrisa.

Jael la miró con una pizca de incredulidad en la mirada. Era un poco inaudito que alguien de la edad de África no le reconociera...

—No estoy en busca y captura, Salvajita —respondió con un toque de aplomo y una media sonrisa mientras ponía dos copas con hielo sobre la superficie negra de mármol—. Ya sabes, es por NBITS. No siempre es agradable pero es parte del trabajo —añadió.

—¿NBITS? —ella arrugó el gesto parándose a pensar un segundo—. Eso es un grupo de música para adolescentes, ¿no? —comentó con naturalidad, moviendo de izquierda a derecha el taburete giratorio en el que estaba sentada. Jael terminó de servir las copas para ambos y se abstuvo de responder. África, con cierto interés en sus ojos, lo observó y volvió a pronunciarse—. ¿Y qué tienes que ver tú con ellos? ¿Qué eres, su manager? —le puso un toque divertido a la última pregunta.

Jael alzó la mirada para concentrarla en la Salvajita. Su Salvajita.

—Nunca te tomas nada en serio, ¿verdad? —intervino, con una repentina seriedad que a África la hizo quedar callada—. Pues para mí mi trabajo es muy importante, y NBITS es mucho más que grupo para adolescentes —quiso aclarar. La manera tan firme en que lo hizo, consiguió que ella dejara de moverse sobre el taburete.

—Vale, vale. ¡Tranquilo, fiero! No he dicho nada —se disculpó al sentir que lo había ofendido—. Y ahora en serio, ¿a qué te dedicas? Ya me has intrigado —se inclinó para apoyar los codos sobre la barra y prestar atención a lo que él fuera a responder.

Jael la analizó durante unos segundos en el más tentador de los silencios. Por un momento deseó y estuvo a punto de aprovechar su cercanía para darle otro beso, pero se retuvo. Un minuto más saboreando aquella boca y..., a saber lo que podría pasar. Mejor continuaría la conversación.

—No tienes ni idea de quien soy, ¿no es cierto? —entornó la mirada. En cierto modo le fascinaba la idea de que una chica joven como ella no lo mirara con ojos de “¡¡voy a morir de emoción!!”. Al verla negar con la cabeza en respuesta, decidió que no la mantendría por más tiempo en la ignorancia—. Soy uno de los componentes de New Boys In The Street —confesó con voz suave. Luego tomó un largo trago de su cubata.

De forma inminente, África emitió una extensa y sonora carcajada. Descolgó un poco el cuello mientras reía y el pelo rubio cubrió parte de su cara.

—Lo siento, pero no cuela, chaval —rió de nuevo, un poco más mientras se apartaba el pelo hacia atrás.

Jael la contemplaba impasible, aunque interiormente alucinaba con lo que veía. Cuando otra chica se hubiera sacado la camiseta y desabrochado el sujetador para lanzárselo, la señorita Salvajita...NO LE CREÍA.

—Hablo completamente en serio. Es más, no me creo que esta sea la primera noticia que tengas de esto. Deja de actuar, ¿si? —Jael se mostró un poco molesto, aunque realmente no lo estuviera. Seguía siendo un poco de incredulidad. Empujó con los dedos uno de los gin-tonic que había preparado para invitarla a beber de él y continuó hablando—. A estas alturas Joe se lo habrá contado a tu prima y ella a ti, pero te estas haciendo la interesante.

—¡Juro que *nooo!* —habló y gesticuló con exageración y luego volvió a reír—. No sabía nada, de verdad —añadió e, instintivamente, se tapó la boca con la mano para guardarse las ganas de seguir riendo. Él la miraba fijamente—. ¡¡Ostras, mi prima va a flipar!! Prepárate, príncipe de *Bekelar*, que vienen curvas —murmuró sus pensamientos. Al escucharla, Jael no pudo contener la risa.

Después, ambos tomaron una copa más durante las casi dos horas que pasaron charlando. Se hicieron preguntas, bromearon sin sorna y rieron juntos, creándose entre ellos un ambiente de complicidad que los hizo sentir a gusto. Mucho.

Cuando Biscuit se preocupó por saber adónde estaba Jael e interrumpió con una llamada de teléfono, este le pidió que acudiera a la puerta del local con uno de sus coches. El guardaespaldas refunfuñó unas palabras cuando su protegido y la chica rubia se subieron al asiento trasero del *Audi*, advirtiéndole por enésima vez que no debía ausentarse tanto tiempo sin avisar. Condujo en dirección a la calle donde vivía África y se detuvo justo delante del portalón de verjas de hierro. Ella descendió del vehículo, no sin antes haberle regalado una sonrisa dulce y sincera al cantante de NBITS. Y eso pensó él, que aquel bonito gesto de su Salvajita, había sido “un regalo”. Jael y Biscuit, indistintamente, no la perdieron de vista hasta que esta estuvo dentro del edificio.

África, con un increíble bienestar, se dejó caer de espaldas en su cama y, poco después, envió un mensaje a su prima para que supiera que ya estaba en casa y que trataría de dormir.

“Disfruta de tu noche con el Príncipe de Beckelar. Pero mañana no

tardés en venir, Lucilú, ¡que te tengo que poner al día!”

!Menudo notición le iba a zampar! Era tal NOTICIÓN, que el corazón le latía frenético cada vez que pensaba en ello. ¿O tal vez era porque el estúpido sexy...? No dejó que su mente concluyera aquella pregunta, pero su sonrisa se ensanchó pensando en Jael.

Mientras que todo esto había ocurrido durante la noche anterior..., la mañana se tornó algo difícil cuando Lucía salió de su larga y cálida ducha, envuelta en un suave albornoz blanco y frotándose la melena con una toalla para quitar el exceso de humedad. Caminó hacia el coqueto salón buscando a Joe y lo encontró asomado a uno de los balcones que daba al patio interior del hotel.

Este, había salido allí buscando un poco de aire fresco que apaciguara su malhumor, que no era poco.

—Hola, guapo —lo saludó Lucía, acariciando su fuerte espalda. Ella estaba contenta aquella mañana e incluso se había planteado, durante la ducha, dejarse llevar por lo que venía sintiendo y que todo llegara donde tuviera que llegar.

No obstante, cuando Joe se giró, la cara de Lucía cambió instantáneamente. Ella esperaba encontrarse con la irresistible sonrisa a la que él la tenía acostumbrada y con la que la desarmaba por completo, pero no fue así. Joe la contemplaba con una mirada dura y el gesto más serio que le había visto hasta el momento.

—¿Quién es Mateo? —pregunto él de forma directa, haciéndola quedar de piedra—. ¿Quién es y porqué permites que te hable así? —volvió a preguntar, extendiendo el brazo y mostrándole su móvil.

—¿Has espiado mi teléfono? —inquirió Lucía a la defensiva.

—Yo no he espiado nada. Tú me has dado permiso —se excusó Joe, adentrándose de nuevo a la habitación.

—Te di permiso porque pensaba que eran mensajes de África —lo enfrentó, poniéndose tensa.

—Mira, no ha sido mi intención, creo que lo sabes —explicó él, tratando de templarse—. Y ahora, ¿me vas a decir quién es el tal Mateo? ¿Quién es? ¿Es tu ex? —Su tono se volvió exigente.

Lucía descendió la mirada y la clavó en el suelo. Solo con escuchar aquel nombre, ya temblaba.

—Sí, es mi ex —respondió en un susurro casi inaudible. Luego comenzó a caminar en busca de su ropa. Ya se sentía demasiado desprotegida hablando de Mateo, como para tener que hacerlo medio desnuda.

Joe la siguió impaciente por saber y vio cómo ella se vestía lo más rápido que sus manos temblorosas le permitían.

—No vas a decir nada mas, ¿verdad? —inquirió él, intentando no perder las formas. No obtuvo respuesta—. Dime por qué consientes que te hable así... No consigo entender eso. Y te digo algo... —hizo una pequeña pausa para atraer la atención de ella, que se abrochaba el cierre de las cuñas de esparto. Lucía solo elevó la mirada y, entonces, Joe continuó—. No voy a permitir que nadie trate así a mi...

—Chsss... —lo interrumpió—. No te equivoques, Joe. No soy propiedad de nadie, ¿entiendes? —añadió con determinación—. Mira, lo que pasó con mi ex... —le costó pronunciar aquellas palabras—, es algo que me ha dejado marcada de por vida. Me va a costar mucho superar todo eso. Además, él no me lo pone fácil, ya lo has visto —suspiró—. La verdad es que... —volvió a bajar la mirada—, si no llega a ser por mi prima, no sé que habría sido de mí. Ella es la única que sabe todo lo que pasó. Afri recogió mis pedazos y está intentando volver a unirlos —seguía explicando con voz tenue y dolor en la mirada ante un Joe expectante—. Así que, ahora que sabes todo esto, no vuelvas a buscarme. Por favor —terminó y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Pero para que él no la viese llorar, se giró de inmediato y echó a caminar hacia la puerta de salida.

Joe, al que se le habían tensado todos los músculos del cuerpo mientras la escuchaba, no dudó en ir tras ella. La abrazó desde atrás evitando que se marchara.

—No te vayas, por favor —rogó dulcemente—. Siento haber sido tan estúpido. Ahora entiendo muchas cosas. —Sintió cómo, poco a poco, ella se relajaba entre sus brazos y dejaba de temblar—. Ahora comprendo que mi insistencia, más que unirnos, lo que ha hecho es separarnos. Los siento, de verdad —dijo con voz rasgada y hundió su cara en la preciosa melena castaña de Lucía.

—Deja de disculparte, Joe —murmuró ella, dándose la vuelta sin salir de sus brazos para mirarlo a los ojos—. Desde que nos conocemos no has hecho otra cosa más que disculparte.

—Pero es que he sido tan... gilipollas —apretó los labios contrariado—.

A ver, te propongo algo... Vamos a empezar de nuevo, ¿vale? De hecho, si lo prefieres, seamos solo amigos —parecía haber ingeniado dicha propuesta en un par de segundos. Lucía torció el gesto dubitativa—. ¿Qué me dices? —perseveró él y, finalmente, ella asintió sosteniendo una ligera sonrisa—. ¡Bien, pues...! Encantado, señorita, soy Joe Mcilroy —se presentó con un ápice cómico, haciendo un ademán con la cabeza y evitando así dejarla salir de sus brazos.

Lucía no pudo más que observarlo sonriente. La verdad es que, de entre las cosas que despuntaban entre ellos dos, una era que, solo él, podía hacerla pasar del llanto a la risa en unos cuantos segundos.

—Encantada de conocerte, Joe. Yo soy Lucía —respondió, imitando el punto cómico.

—Qué bonito nombre tienes, mujer —asintió, apretando los labios en una sonrisa encantadora.

Y lo cierto era que a Joe le encantaba ver a Lucía así. Dispuesta a jugar, a bromear, a sonreír de aquella forma que la hacía ser más hermosa de lo que ya era. Justo entonces, aquella muchachita aparentaba su verdadera edad. Una joven preciosa, divertida y sin preocupaciones, que amenazaba con enamorarlo incluso con el movimiento de sus largas pestañas.

—Gracias, caballero —inclinó leve la cabeza para hacer una reverencia—. ¿Cuántas veces cree usted que debemos presentarnos a lo largo de nuestra vida? —inquirió de forma graciosa, recordando una situación similar anterior.

—Las que hagan falta —emitió una pequeña risa y deslizó sus manos por los brazos de ella para distanciarse un poco—. Voy a proponerte algo y espero que aceptes.

—A ver..., dime —contestó Lucía poco convencida.

—¿Qué te parecería...ser mi guía turística por un par de semanas? —sugirió con ánimo, como si la idea le entusiasmara.

—¿Un par de semanas? —se mostró pensativa—. Pero..., ¿no te marchabas a tu país en breve? —sus ojos mostraron sorpresa anticipadamente y, por qué no admitirlo, también una ligera emoción, que supo controlar.

—Eso es lo que te iba a decir anoche —expuso Joe—. Jael y yo hemos decidido quedarnos dos semanas más. Así que, quién mejor que una “amiga sevillana”... —puso énfasis en las dos últimas palabras—, para enseñarnos su ciudad.

Lucía fingió pensarse la sugerencia. Levantó una ceja y lo miró

ladeando la cabeza. Aquella pose encantó a Joe. Tanto, que se la hubiera comido entera en ese precioso instante. Pero ya había decidido darle tiempo e ir mucho más despacio. Se contuvo, pues no iba a estropear el plan a la primera de cambio.

—Está bien —aceptó ella—. Y ahora, si no te importa... —añadió, mirándole los brazos, que aún seguían rodeándola—, tengo que irme. Y tú deberías bajar a desayunar con tu adorable padre.

—Vale, te suelto con la condición de que nos veamos esta tarde —impuso—. Sevilla tiene mucho por ver y nuestro tiempo aquí es limitado. Hemos de aprovechar cada minuto —concluyó, sacando una nueva sonrisa a Lucía.

—Háblame luego y quedamos, ¿vale? —sugirió.

—Así me gusta, Gominola —besó su nariz respingona y la dejó libre.

Mientras devoraba un croissant con mermelada de albaricoque, África repasaba mentalmente lo sucedido la noche anterior. Debía de reconocer que, pensando en ello, una sensación desconocida e insistente se conducía por su cuerpo y la convencía de que algo la unía a Jael. Tal vez influyera que aquella había sido la primera vez que ambos conseguían estar juntos sin discutir. ¿Y qué decir de la química? ¡Joder! La química no solo había sido palpable, sino que también se subió al *Audi* cuando la llevaron a casa. Estuvo ahí todo el santo tiempo. Un tiempo que, por cierto, se les había quedado corto. Al menos a ella.

¿Y si recordaba aquel beso en el “*Essencias*”? ¡¡UUFF!! Se le erizaba el pelo de la nuca y eso solo significaba una cosa. Dejó de masticar un momento y suspiró.

«El estúpido sexy te gusta, África. No te lo puedes negar». Mordió de nuevo el croissant y emanó otro suspiro. «Es que el tío está...*uumm*, ¡pa mojar pan!» En ese momento regresó a la noche anterior. A cómo la miraba con aquellos ojos intensos como el aire del desierto. A aquella boca constituida por unos labios carnosos dolorosamente apetecibles y por una dentadura blanca y perfecta. A una sonrisa que... Al pensar en la sonrisa de Jael, instintivamente, ella también sonrió. «¡Joder! Vale, se acabó, África. Te olvidas del *macho-man* o te lo tiras y te quedas tranquila. ¡Pero tonterías las justas!», se reprendió.

El sonido de un manajo de llaves chocando contra la madera de la puerta la hizo reaccionar.

—*Afriiii, Afriiii* —gritó Lucía desde el exterior del piso.

África dio un brinco de la silla y salió corriendo a su encuentro.

—¡*Luciiii*, no te vas a creer lo que tengo que contarte! —dijo la rubia de manera apresurada.

—Tú sí que no vas a creer lo que te voy a enseñar.

Solo diez minutos antes, Lucía había pasado por un pequeño quiosco de camino a casa. Se había detenido allí para comprar una bolsa de sus indispensables chuches y, mientras esperaba a ser atendida, se puso a ojear el estante de prensa. Famoso puro y duro. Justin Bieber. Selena Gómez. Taylor Swift... En la siguiente revista donde sus ojos fueron a parar, encontró una portada que llamó escandalosamente su atención. Una boyband. Cinco chicos sonrientes y demasiado guapos. El titular decía: “NBITS: SU ESPECTACULAR CIERRE DE GIRA EN SEVILLA”.

Lucía no pudo evitar coger la revista entre las manos y fijar su vista en ella. Su ceño se frunció con rigor al corroborar que, lo que creyó una cosa imposible, era evidentemente CIERTO. Eran...ELLOS. Joe y Jael eran dos de los componentes de aquel grupo hiper mega famoso.

«¿Pero, qué coño es esto?», se preguntó mientras que se le secaba la boca y se le encogía el estómago. No dudó en comprar aquella revista. África tenía que verlo con sus propios ojos y quedarse loca, tanto como lo estaba ella en aquel momento. ¡¿FAMOSOS?! ¡¿NBITS?! ¡JODER, JODER, JODER!

África se puso de rodillas en el sofá y Lucía tomó asiento en una silla junto a la mesa.

—¡Yo primero, yo primero! —insistió la rubia.

—*Vaaale*, pero te aviso que con lo mío vas a flipar —advirtió la mayor y rió

—Flipa tú... ¡Jael y Joe son famosos! —exclamó África con los ojos brillantes y cerró el pico esperando la reacción de su prima.

—No me lo puedo creer —dijo Lucía cabeceando entre risas. Su prima, de algún modo, también se había enterado del asunto.

—Que sí, tía, ¡créetelo! Me lo contó anoche Jael. Al principio no le creí, pero luego aluciné. ¿Te das cuenta? ¡Joder! ¡He estado a punto de partirme la cara con un famoso! —gesticuló sonriente y rompió a reír.

—Mira, sigue alucinando con esto. —Tras decir esto, le mostró la revista.

—¡Ostras, y nosotras en la inopia! —exclamó África escudriñando la revista—. Está guapo tu príncipe, ¿*eeeh*? —intensificó su característico toque travieso.

Lucía se dejó caer en el sofá junto a Afri para mirar junto a ella las fotografías interiores.

—No es “MI príncipe”. Y sí, está *muy* guapo. Y “TU amigo Jael”, ¿qué? —inquirió Lucía insinuante.

—¿Mi *amigooo*? —África la miró exagerando asombro.

—Sí, tu *amigooo* —recalcó la mayor—. Te cuenta cosas que Joe a mí no, así que...¡tú dirás! —volvió a insinuar, y África se detuvo a pensar un instante.

—Bueno, mirándolo así... Sí, se podría decir que somos amigos —resolvió de manera divertida.

—Pues mira, ¿sabes qué? —sonrió Lucía—, ¡que me alegro! Porque tengo algo que contarte...

Jezabel Marí

Capítulo 17

—Esto es raro en mí, pero todavía no salgo de mi asombro. Cada vez que lo pienso me vienen unas ganas de reírme a carcajadas que no te puedes imaginar —dijo África chupándose los dedos, después de haberse comido el último bocado de su esponjosa bomba de fresa y chocolate. Sus comisuras habían estado en continuo movimiento sonriente desde que, dos días antes, ella y su prima descubrieran que habían estado relacionándose con los chicos de una *Boy Band* hiper conocida y exitosa.

Lucía dejó su pequeño brik de zumo de naranja sobre una esquina de la mesa donde ordenaba los nuevos complementos para vender. Durante todo el día anterior, había estado elaborando unas pulseras de cuero azul cobalto entrelazado con hilos de acero. ¡Y habían quedado monísimas!

—Lo más fuerte de todo es que se quedan dos semanas más por aquí... —recordó y sintió que volvía a calentársele el estómago instantáneamente. Le

pasaba cada vez que pensaba que tendría cerca a Joe todos aquellos días. ¿De verdad iba a poder adaptarse a esa nueva situación que él había propuesto y que ella había aceptado? ¿No era algo imposible después de lo que ya había ocurrido entre ellos? ¿Y si..., y si se echaba atrás y le decía que no podía ser su guía turística porque tenía mucho que estudiar y trabajar? No, no colaría. Iba a ser fuerte y fomentaría ese acuerdo de: “solo amigos”. Sí, podía hacerlo. Solo era cuestión de acostumbrarse.

—Error, Luci —prosiguió África, sacándola de sus pensamientos—. Lo más fuerte no es que se queden más tiempo en Sevilla, lo más más más fuerte es que te has estado acostado con Joe Mcilroy de NBITS sin saber que era él —sentenció y rompió a reír. Lucía la observó y apretó los labios controlando una sonrisa. Aquello que acababa de decir su prima, sin duda alguna, era lo más increíble.

—No te rías, que a ti debe faltarte poco para caer con Jael Kent... —sugirió, elevando un poco la voz al mencionar al cantante, y vio como a la rubia se le acentuaba ligeramente el color de las mejillas.

—No lo creo —cabeceó de manera negativa.

Lucía alzó la mirada para observar cómo África ordenaba los tubos de óleo dentro de su maletín.

—Te ha comido a besos y tú te lo has comido a él —espetó la mayor.

—Tanto como comernos a besos no ha sido... —quiso corregirla. Lucía esbozó una sonrisa en mitad de un gesto incrédulo. Su prima no era de las que negaban las evidencias.

—¿Sabes que esta tarde nos vamos a la playa? —comentó con naturalidad.

—Eso, tú a la playa y yo pasando más calor que un pollo asado debajo de este toldo. ¡Muy bonito, sí señor! —simuló quejarse.

Lucía rió y chasqueó la lengua.

—Ve al puesto de los bikinis, te regalo uno de esos de colorines que tantas ganas tienes de comprarte —la alentó, inclinándose para alcanzar su bolso y sacar la cartera. África terminó de acomodar sus pinturas y se puso en pie.

—¿Que me compre un bikini? —preguntó extrañada.

—¡Claro! Y a mi me traes otro. Los nuestros están todos guardados arriba del ropero y no vamos a tener tiempo de buscarlos. A las dos y media vienen a recogerlos —habló con ligereza, al tiempo que África fruncía el

ceño de forma involuntaria.

—Me encanta que nos compremos uno de esos bikinis, son la caña, pero la guía turística eres tú, no yo —apuntó—. No pienso ir a la playa con vosotros... —añadió.

—Sí que vienes —asintió con autoridad.

—Lucilú, esta tarde tengo que hacer un tatuaje..., ni de coña voy a perder ese cliente —volvió a negarse.

—Llámallo y cámbiale la cita —resolvió Lucía.

—¡Que no, Luci! —zapateó con un pie en el suelo.

—Viene Jael —dejó caer, como si no hubiera dicho nada importante, y miró a su prima de reojo.

África se quedó en silencio unos segundos y después se encogió de hombros.

—Da igual, sigo sin poder ir —esta vez sonó menos contundente.

—Esto sí que no es digno de ti, África. ¡¿Ahora eres tú la que vas con el freno de mano echado?! —reclamó Lucía llevándose las manos a las caderas.

—Para nada —la rubia alzó la vista—. Es solo que...

Lucía salió de detrás del expositor y se acercó a su prima.

—Mientras tú vas a por ese par de bikinis, yo me ocupo de llamar a Fabián para anular el tatuaje. Y no te preocupes, ese hombre viene tantas veces a que le dibujes el cuerpo, que dudo que le quede alguna zona libre. ¡Sé que nos viene bien el dinero, pero es un pesado! No me extrañaría nada que un día te propusiese que le dibujases por ahí abajo también —exclamó. África se quedó mirándola y estalló con una risa.

—Ni de coña —cabeceó mientras se recuperaba—, ahí que le dibuje su abuela.

—Pues ya está. Hoy nos tomamos la tarde libre, que también nos lo merecemos.

—Eso es verdad —asintió África. Se pasó las manos por el pelo y, en varios segundos, se hizo una coleta alta—. Además, hoy hace un calor insoportable. Buf, es agobiante.

—Toma... —Lucía le tendió un billete de 50€—, vete ya a por esos bikinis.

Lucía se quedó sola en la tienda mientras que África se alejaba

atravesando el centro de la *Plaza del Duque*. Atendió a unas chicas que entraron a comprar algunos complementos y luego tomó el teléfono para llamar a Fabián, el cliente de Afri, posponiendo su tatuaje para la siguiente semana. El hombre no pareció muy conforme, pero ella, amablemente, terminó convenciéndolo. Cuando fue a soltar el teléfono móvil, este vibró y sonó en el interior de su mano. Le echó un vistazo a la pantalla y... MATEO. ¡¿Otra vez?! Abrió el mensaje de manera impulsiva en un arrebato por plantarle cara.

“Yo solo digo que el tiempo se agota y mi paciencia más. Sabes que soy un hombre que no espera demasiado. Contigo estoy manteniendo la calma porque pienso que recapacitarás y vendrás a mí. Eso es lo que quiero. Así que no tardes, si no quieres que lo haga a mi manera”.

Lucía leyó dos veces el mensaje de su ex y su cuerpo se minó de una adrenalina y una rabia que la empujaron a responderle.

“Hace tiempo que recapacité y llegué a una conclusión. No eres sano para mí. Deja de esperarme y olvídame”.

Se mordió el labio inferior después de enviar el mensaje y bloquear el teléfono. Si él volvía a contestar, simplemente lo ignoraría por completo.

«Ya no más, Mateo», pensó y cabeceó con el móvil aún en la mano. Luego dejó ir un profundo suspiro y vio cómo dos figuras masculinas, altas e imponentes, se adentraban al puesto inclinando la cabeza para sortear el toldo, y se situaban ante ella. Elevó la mirada y una sonrisa brotó de sus labios. Eran ellos. Ahora le resultaban inconfundibles a pesar de llevar gorra oscura y gafas de sol. Joe y Jael.

Jael se adelantó y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Hola, Lucía —dijo, e instintivamente hizo un ligero rodeo visual por la tienda—. Así que este es vuestro lugar de trabajo... —murmuró, al tiempo que seguía observándolo todo.

Joe, en cuanto la vio, se percató de que no estaba bien del todo, y la contempló desde la distancia un poco más. Estudiándola. Lucía le devolvió la mirada y ambos se sonrieron como saludo. Joe caminó los pasos que los separaban y, poniéndole una mano en la cadera, se inclinó sobre ella y besó su mejilla bastante cerca de la comisura de su boca. Sí, fue premeditado, pues hubo de contenerse para no ir directo a sus labios. Tenía que hacer las cosas bien si quería que su plan surtiera efecto.

—¿Ganas de playa, Lucía? —preguntó, mientras se alejaba tras su beso

fugaz.

Ella carraspeó un poco antes de responder.

«Ay, ¡qué bien huele, qué bien huele, qué bien huele!>>, gritó para sí misma.

—*Emm...*, ganas es poco. Me muero por meterme en el mar.

Joe sonrió de nuevo, a punto de quedar absorto en los ojos de Lucía. Entonces, se obligó a reaccionar, ensanchando su sonrisa.

—Prepárate, hoy te vas a cansar de agua. Te lo aseguro —la advirtió con un poco de sorna. Ella lo miró sorprendida y volvieron a dedicarse una sonrisa absolutamente cómplice.

—Tío, sé claro... —irrumpió Jael e hizo que Lucía y Joe lo miraran—. Di mejor que tú, personalmente, te vas a ocupar de hartarla de agua. Lucía, te aviso, aquí a mi amigo Joe le gustan bastante los juegos acuáticos —comentó, simulando un tono de advertencia, pero dejando ver en su gesto un ápice cómico.

—No le creas, exagera. Es más, antes de ser cantante fui socorrista en *Crane Beach*... Estás a salvo, Gominola —no pudo evitar soltar el calificativo cariñoso con naturalidad.

Jael dejó ir una risa socarrona y sigilosa mientras asentía.

—Estás muy entrenado porque las chicas se ahogaban premeditadamente para que les hicieras el boca a boca.

—¿Eso es cierto? —preguntó Lucía, sorprendida y molesta a partes iguales.

Jael y Joe se miraron y el primero ensanchó la sonrisa cuando el segundo chasqueó la lengua. Cabeceó por lo bocazas de su mejor amigo, al regresarle su atención a su Gominola.

—Tuve que dejar de trabajar en la playa por ese motivo... —explicó como respuesta.

Jael volvió a reír y Lucía apretó los labios sintiéndose incómoda, molesta y... ¿celosa?

«NO. No estoy celosa. No estoy celosa. No estoy celosa>>, se repitió mentalmente para disimular la sensación.

—¿Y, estás sola aquí, Lucía? —volvió a irrumpir Jael, a la vez que se probaba una pulsera de cuero negra que había llamado su atención.

—Ahora estoy con vosotros dos —contestó ella con un ligero matiz

irónico para devolverle la socarronería.

Joe se percató y sonrió mientras se quitaba la gorra y las gafas de sol.

—Claro, claro.... ¿Y la Salvaj..., y tu prima? —se frenó a tiempo de no decir aquel apodo que, en ningún momento, desde que lo dijo por primera vez, tenía mal significado. En todo caso todo lo contrario.

—Afri ha ido a comprar unos bikinis —lo miró de reojo, viendo que tenía intención de quedarse la pulsera que se había puesto, pues no la había devuelto al expositor.

—¿Allí? —señaló a su izquierda, donde, cruzando la calle, se encontraba *El Corte Inglés*.

—No —movió ella la cabeza negativamente—. Ahí los bikinis no son de nuestro estilo y además son carísimos. Llevaba tiempo antojada de unos que venden en otro puesto de la plaza... —quiso seguir hablando con cierta sorna, aunque bien disimulada para parecer natural.

Jael elevó la mirada de forma instintiva en dirección a ella, y, al verla sonriente, frunció los labios y asintió.

—¿En esta plaza? —preguntó despreocupado.

—Sí, en esta misma —afianzó su sonrisa intuyendo el interés en él.

—Paga esa pulsera, no me seas ladrón —lo reprendió Joe.

Jael metió la mano en un bolsillo de sus vaqueros gastados y sacó un billete de veinte euros. Luego extendió el brazo y se lo ofreció a Lucía. Ella lo aceptó y se agachó para meterlo en la caja donde tenía el dinero. Mientras esta contaba el cambio que debía devolverle, él anduvo unos pasos y chocó su hombro contra el de Joe.

—Yo no robo pulseras, yo robo corazones, camarada —murmuró con suficiencia. Joe mostró su impecable dentadura con una ligera risa y volvió a cabecear.

—Toma el cambio, Jael —dijo Lucía estirando el brazo.

Jael se giró, sin moverse de donde estaba, para atenderla.

—No hace falta. Quédatelo —respondió y curvó las comisuras—. Voy a darme una vuelta por aquí —añadió, haciendo un gesto con la cabeza hacia el exterior del puesto.

Joe le dirigió una mirada con el ceño suavemente fruncido.

—No es necesario. Además nos vamos en nada —miró su reloj.

—No te preocupes. Con esta gorra y estas gafas no van a reconocirme

—dijo despreocupado.

—No te confíes mucho... No tenemos cerca a Bisc ni a ningún otro guardaespaldas —insistió Joe, tratando de hacerlo quedar bajo aquel toldo y cerca suyo.

—A veces te tomas muy a pecho el papel de hermano mayor cuando John no está presente —enarcó las cejas simulando una protesta, pero enseguida mostró sus blancos y alineados dientes con una amplia sonrisa.

Joe puso una mano en su hombro y lo presionó con ella.

—No te equivoques. Si Jonathan Kent estuviera aquí mismo, tú no podrías dar ni tres pasos fuera de su campo de visión.

—No me alejaré y no tardaré. Solo le voy a dar una vuelta a la plaza... —replicó.

Lucía los observaba y aprovechó para acercarse a ambos. Disimuladamente metió el dinero del cambio en un bolsillo del pantalón de Jael. Él trató de moverse para impedirlo, pero ella fue más rápida.

—¡Es tuyo! —exclamó ella, dando un impulsivo paso atrás y levantando los brazos.

Jael cabeceó mostrando disconformidad y terminó de salir del puesto.

África, tan solo diez minutos antes, se había paseado por alrededor de la tienda de los bikinis. Mientras los ojeaba, no pudo evitar ver de reojo al dueño. Este atendía a otra mujer de mediana edad y, más que hablar y tratar con educación a la cliente, lo que hacía era gruñir como un animal. Con uno de los bikinis de croché de colores fluorescentes que a ella le gustaban en la mano, arrugó el gesto reflejando la animadversión que le producía escucharlo. ¡Estaba a punto de intervenir para ponerlo en su lugar!

Cuando la mujer a la que gruñía se marchó, oyó que esta decía: “Gracias don Hologario. La semana que viene me pasaré por aquí”. ¿Qué? ¿Don Hologario? ¡Aquel sujeto repugnante no podía llevar un “don” delante del nombre! ¿Don? ¡En todo caso don Déspota, don Tirano o don Repulsivo!

—¡Ya era hora de que llegases, Gonzalo! —un nuevo gruñido la hizo fruncir más el ceño al tiempo que giraba la cabeza hacia el interior de la tienda—. ¡Trae aquí ese maldito café y atiende a esa niña que está toqueteando los bikinis!

África abrió la boca y estuvo muy a punto de soltar un elegante insulto, más por cómo trataba a los demás, que por cómo se había referido a ella. ¿Toqueteando los bikinis? ¡¡No pensaba dejarse ni un solo puto euro allí!!

Sin embargo, la palabra malsonante se frenó en la punta de su lengua y decidió no traspasar sus labios cuando se encontró con unos ojos azul cristalino que la observaban suplicantes. Dejó salir el aire de sus pulmones al retenerse a sí misma. Aquella mirada limpia y excesivamente tímida del chico que tenía en frente lo había logrado. Templarla en cero coma dos segundos.

Un instante después, miró de un lado a otro y el ogro había desaparecido. Anduvo unos pasos para acercarse a aquel chico, al que compadecía por tener que trabajar bajo semejante yugo, y le pareció ver que este...¿temblaba?

—Lo siento —murmuró y descendió la mirada.

África lo miró conmovida. A parte de la timidez que lo envolvía, él desprendía... ¿dulzura?, ¿ternura? Sus ojos brillaban y parecían estar colmados de... ¿amor? Las ganas de gruñir más fuerte que el tirano que se había marchado acababan de esfumarse por completo.

—No te disculpes —negó con la cabeza.

El chico mostró una sonrisa casi imperceptible y se encogió de hombros.

—Te ha tratado fatal, ¿por qué trabajas para él? —prosiguió ella.

—Es mi padre —respondió el joven bajo un gesto de sumisión. Como si aquel fuera motivo suficiente para estar obligado a quedarse allí, aguantar, callar y obedecer.

—No te pareces a ese hombre en nada, ¿eh? ¡Ni de lejos! —espetó África poniéndose ambas manos en las caderas con un poco de altanería. Él dejó ir una mirada fugaz hacia dicho gesto y un par de segundos después sus ojos sonrieron.

Si antes le parecía adorable, ahora, aquella chica a la que se limitaba a observar desde hacía unos meses, le parecía adorable y graciosa. Lo de preciosa era evidente.

Ella torció las cejas ante el gesto del chico y esbozó una espontánea y amplia sonrisa para corresponderlo.

—Ahora que lo pienso... —entornó un poco la mirada y asintió—, te he visto en ocasiones por aquí. No muchas —hizo una pausa pensativa. Él se limitaba a mirarla y escucharla—. Y además, me choqué contigo hace unos días. Sí... —cayó en la cuenta—. Había anochecido y yo me estaba marchando por aquellos escalones, y tú llevabas una sudadera con capucha... —las últimas palabras las dijo elevando la voz, como si hubiera visualizado

perfectamente clara la escena de la que hablaba—. ¿Eras tú?

—Sí —asintió.

África sonrió de nuevo con amplitud y anduvo unos pasos más hasta llegar a él.

—Pues encantada, me llamo...

—África —terminó él, interrumpiéndola.

Por un momento ella lo miró sorprendida. Sus pestañas estuvieron tentadas a aletear ante la inesperada respuesta y, tal vez, puede que también ante aquellos ojos azules como el cielo y cristalinos como el agua limpia de un manantial.

No solo era muy alto a pesar de la juventud que se intuía en él, también era guapo. Bastante.

—¿Cómo sabes mi nombre? —lo miró interrogativa.

—Me lo dijo Cani —movió la cabeza en dirección al quiosco que había al otro lado de la calle—. No te enfades con ella —pidió con voz suave y volvió a reflejar la sonrisa tenue en la mirada.

—Claro que no me voy a enfadar. Pero podrías habérmelo preguntado a mí. ¡No muerdo! —exclamó, y él asintió. ¿Preguntarle a ella había dicho? Tal vez dentro de dos o tres años habría estado preparado para ello.

—¿Y tú? —inquirió la rubia con más confianza, mientras tomaba un gorro de pescador amarillo chillón y se lo ponía en la cabeza.

—¿Yo? —preguntó él, disfrutando, con un poco de nerviosismo, de la cercanía y la espontaneidad de ella.

—Sí, que cómo te llamas tú —o miró con atención y volvió a dibujar una sonrisa con la que lo dejó absorto unos segundos.

—Gonzalo —tragó con fuerza y se empujó a responder.

—Eres chico de pocas palabras, pero aún así me caes genial —comentó y se giró, dándole la espalda, para echar un vistazo a los pareos que habían colgados en un extremo de la tienda.

Gonzalo volvió a tragar con más fuerza que antes cuando sus ojos se escaparon de control y se deslizaron hasta el perfecto trasero de ella. Le dio calor y se obligó a mirar hacia otro lado. La palabra “perfecto” no alcanzaba a definir aquella parte del cuerpo de África, y el short que llevaba puesto era un puto pecado.

—Gonzalo, tu padre es insoportable pero tiene unas cosas chulísimas

en este puesto —se dio media vuelta para estar de frente a él—. Una cosa no quita la otra, claro.

—Puedes llevarte lo que te guste —dijo, elaborando su frase más larga hasta el momento. Ella estiró el brazo y pellizcó con naturalidad la mejilla de este.

Gonzalo, a pesar de lo breve de aquel roce, supo que no habría nada ese día que enturbiase su felicidad.

—¡Voy a probarme uno de estos! —dijo un gracioso respingo y tomó uno de los bikinis que tanto le gustaban.

Gonzalo la siguió con la mirada y sonrió por el entusiasmo que vio en ella.

—¡Joder, cómo mola! —exclamó—. Este es el probador, ¿verdad? —se acercó hacia un cubículo fabricado de tela.

—Sí, pasa —asintió él con algo más de confianza, pero sin perder el halo tímido que caracterizaba su semblante.

África se ocultó tras aquellas telas rojas, después de haberle ofrecido otra *sonrisilla* simpática.

Gonzalo tomó una bocanada de aire y se pasó ambas manos por el pelo, dejándolas ahí situadas por un instante. Pensó para asimilar que tenía a aquella chica quitándose la ropa a solo dos pasos de él, y resopló.

«Cálmate, cálmate... Se va a dar cuenta», se dijo a así mismo.

África se deshizo ágilmente de la poca ropa que llevaba puesta. Pantalón corto, camiseta básica blanca y *Converse* azules. Se dejó las pequeñas braguitas puestas y colgó el sujetador de la barra que sujetaba la tela del cubículo. Mientras tanto tarareaba una canción, de las veinte que había escuchado en los últimos dos días, de NBITS.

Dos minutos después...

—¡Gonzalo! ¿Puedes ayudarme? —exclamó.

—Sí, un segundo —elevó un poco la voz para responder, al tiempo que observaba que un chico acababa de acercarse a la tienda y ojeaba todo. Era muy alto y llevaba gorra y gafas de sol—. ¿Puedo ayudarle? —se ofreció Gonzalo.

—No, gracias. Solo estoy mirando —respondió el desconocido con amabilidad.

Gonzalo hubo de comprimir su timidez y armarse de valor para hacer lo

que hizo después. Antes, sin moverse del sitio, fijó la mirada en la tela que rodeaba el probador. Sabía que África le había pedido ayuda y debía salir de aquella parálisis y acudir a ella.

Se rascó la nuca y se obligó a poner sus piernas en marcha. Solo eran unos pasos. Se pegó a la tela del cubículo y carraspeó.

—Ya estoy aquí —murmuró, y ella no tardó en apartar la tela tras la que se encontraba.

La rubia apareció en bikini delante de él, y una bola de nerviosismo se condujo por todo su cuerpo. No supo qué hacer ni qué decir en aquel momento, pero sí supo qué pensar.

«Esta es la imagen más gloriosa que has tenido la suerte de ver. Ni se te ocurra siquiera parpadear».

—¡No te quedes ahí parado, Gon! Ven, anda, anúdame esto... —África se dio la vuelta sujetando dos tiras de croché de la parte superior del bikini.

A Gonzalo le costó arrancarle un par de pasos a sus pies para acercarse y hacer lo que ella le pedía. Estiró los brazos un tanto dubitativo, tomó las tiras y empezó a hacer un lazo con ellas. Al acabar soltó un suspiro que África notó sobre sus hombros desnudos.

—Ya está —dijo, cuando aún no había perdido el contacto con la prenda. Sus ojos estaban haciendo un tímido y ligero recorrido por aquellas caderas que tenía a unos centímetros de distancia, y que jamás osaría tocar.

África se dio la vuelta sonriente, poniéndose ambas manos en la cintura.

—Yo creo que es el mío, ¿verdad? —se había estado mirando al estrecho espejo que tuvo delante mientras él le hacía el nudo, y se había convencido de que aquel bikini siempre la estuvo esperando.

—Sin duda —respondió Gonzalo y se forzó a sonreír, aunque el calor que sentía lo estuviera asfixiado. No podía creer que la tuviera, casi desnuda, en el probador de su tienda. A un jodido paso de él.

«Y esta vez no estoy soñando...», añadió para sí.

—Así que aquí estabas... —otra voz masculina irrumpió, y se materializó cuando Jael se acercó al probador y apareció ante ellos.

A África se le aceleró instantáneamente la respiración por la sorpresa. Sus pestañas cobraron vida propia y aletearon durante dos segundos. Pero, consciente de aquellos síntomas, supo controlarse y tranquilizarse a sí misma.

Gonzalo dio un paso atrás y se giró para ver de quién se trataba, aunque

Jael, que ya no llevaba las gafas de sol, solo tuvo ojos para ella. Le echó un vistazo de los pies a la cabeza para quedar fijo en su mirada, que, en aquel momento, también era solo para él. Frunció el ceño, casi involuntariamente, como parte de un gesto de enfado.

—¿Jael? ¿Qué haces aquí? —África seguía bastante sorprendida.

Gonzalo simplemente los observaba extrañado. Aquel entrometido salido de la nada era el mismo que merodeaba por el puesto unos minutos antes.

Jael descendió los ojos otra vez para verla con aquel minúsculo bikini de colores chillones que realzaban sus apetitosas curvas, y su ceño se contrajo más. Miró una milésima al chico joven que lo observaba con expectación y enseguida regresó a África. La rigidez de su mentón casi hizo que le crujieran los dientes.

—La pregunta es... ¿qué haces tú desnuda en mitad de la calle? —la fusiló con la mirada mientras dicha pregunta salía de su boca.

El silencio dominó la situación durante un largo instante. África abrió mucho los ojos tratando de descifrar aquellas palabras y, sobre todo, el gesto furibundo con el que Jael Kent la contemplaba. ¡¡Mierda!! ¡¡Así de enfadado estaba aún más guapo!! ¿Y estaba cabreado de verdad? ¡¿Por?!

«No, no, seguramente será otra coña de las suyas», pensó y empezó a mostrar una sonrisa progresiva para terminar emitiendo una impulsiva carcajada.

—¿Por qué dices eso? —inquirió entre risas, más divertida que desconcertada.

Jael la miró extrañado por la reacción y empezó a darse cuenta de la suya propia. Tal vez había sonado como un...¿novio celoso?

«Jael, rectifica», se exigió a sí mismo, aunque seguía sintiéndose molesto. Más de lo que quisiera. Más de lo que debería. Y todo por haber encontrado a la Salvajita prácticamente desnuda, porque, él no entendía de modas de chicas, pero aquel bikini era pequeño en exceso y feo. Feo no, ¡horrible! Qué estupideces estaba pensando... Sí, el dichoso bikini era tan pequeño que apenas cubría lo necesario de aquel cuerpo de infarto que tenía su Salvajita, pero, para nada era horrible y le quedaba increíblemente bien. La verdad era que estaba preciosa y deseable. Tremenda. Comestible. Bestial. Se pasó una mano por la nuca y se obligó a enfriarse y comportarse con más normalidad.

—Nos están esperando y tú estás aquí perdiendo el tiempo, Salvajita. Si has terminado, vámonos ya. —Su supuesta recobrada educación sonó fingida y algo autoritaria.

—No sabía que nos iríamos a la playa tan pronto —seguía sorprendida.

—Pues ya lo sabes. Venga, va, date prisa, que no tengo mucha paciencia —seguía pareciendo muy exigente, aunque casi volvía a ser el mismo Jael de siempre.

—Está bien, ¡estaré lista en tres segundos! —reaccionó ella y se dispuso a deshacer el nudo de la parte de arriba del bikini con los chicos presentes. ¿Jael no quería rapidez? ¡Pues la tendría!

El cantante contuvo la respiración y casi se mordió la lengua cuando se apresuró a decir algo para frenarla.

—¡Ey! Tranquila, mujer, que nosotros nos salimos antes. Puedo esperar unos segundos más —agarró un hombro a Gonzalo y lo alejó de allí. Antes de hacer correr la tela para cerrar el cubículo, le lanzó una última mirada a África.

A no muchos metros de distancia, Lucía, con la ayuda de Joe, terminaban de recoger la tienda. Lo habían hecho manteniendo un prolongado silencio, interrumpido solo por algunas preguntas que él le hacía para saber cómo y dónde debía guardar las cosas. Dobló el último pañuelo de seda pintado a mano y se acercó a dárselo a ella. Se acercó tal vez demasiado, pues su corpulenta presencia calentó la espalda de Lucía, y la hizo ser más consciente del perfume de este. ¡Maldito perfume masculino! ¡Eso no ayudaba nada! ¡No es que no ayudara, no, es que lo complicaba todo!

Pero Joe percibía lo tensa que se ponía y, después de sonreír sin que lo viera, volvió a distanciarse.

—Lucía, me gustaría hacerte una pregunta... —se cruzó de brazos y esperó a que esta se diera media vuelta para atenderlo.

—Claro, dime —lo miró con toda la naturalidad de la que fue capaz, esbozado una sonrisa que a él lo mató.

Joe le devolvió la sonrisa antes de responder. ¿Lucía sonreía así a posta para ponérselo más difícil, o qué? Porque, ¡joder!, lo conseguía. Lo atraía. Lo provocaba. Lo...enamoraba.

—No quiero ser indiscreto, pero creo que tenemos ya cierta confianza para poder hablar de esto... ¿Esta tienda..., a lo que os dedicáis..., os genera suficientes beneficios? —se hizo un breve silencio en el que él la observó

mientras ella parecía pensar la respuesta. Joe comprendió que la habría pillado de improviso y que tal vez la incomodó. A ver, no lo tomes a mal, ¿vale? Sé que hacéis un trabajo muy bonito las dos. Que esto es lo que os gusta y que pretendéis seguir creciendo... Pero, ¿os da para vivir bien sin que os falte nada? —se interesó con sutilidad.

—Siempre falta alguna cosa —sonrió suavemente Lucía. Él asintió tornándose un poco más serio, esperando a que continuara—. Lo compaginamos con nuestros estudios y no podemos dedicarle todo el tiempo que nos gustaría, pero lo llevamos bien —explicó, y a Joe le resultó muy dulce y muy humilde.

—Ya... —volvió a asentir, mirándola atento—. Otra pregunta..., ¿os priváis de cosas que a toda chica de vuestra edad le gustaría tener? —ahondó un poco más en el tema.

—Claro —afirmó—. Pero pagamos todas nuestras facturas y tenemos lo que necesitamos para seguir estudiando —añadió y se mordió inconscientemente el labio inferior. Él entendió que Lucía quizá estuviese exagerando un poco sus posibilidades económicas.

—¿Haciendo horas nocturnas como camareras? —efectuó la tercera pregunta sin previo aviso.

—¿Cómo?

—Que si para poder pagaros los estudios tenéis que trabajar de noche en eventos como la fiesta que dimos nosotros hace unos días...

—Sí —admitió ella.

Joe asintió mientras, pensativo, la miraba a lo ojos.

—Lucía, dime una cosa, ¿si te ofrecieran un trabajo infinitamente menos sacrificado y cuatro veces mejor pagado, lo aceptarías? —inquirió, dando un paso hacia ella con una decisión abrumadora.

—Puede que sí... —curvó un poco las comisuras insinuando una nueva sonrisa.

Él asintió con la satisfacción precipitada en sus pupilas.

—¿Y si esa oportunidad de trabajo te la ofreciera yo? ¿Qué te parecería?

Jezabel Marí

Capítulo 18

El destino elegido para pasar el día fue *Isla Canela*; una playa no muy lejana de la capital andaluza. Las chicas optaron por ir allí, ya que era un lugar donde solía acudir poco turismo. Dicha playa aún conservaba algunas zonas vírgenes, y aquel fue requisito suficiente para decidir que era el sitio idóneo. Joe y Jael pasarían desapercibidos y no serían molestados por posibles fans.

El buen rollo que había entre los cuatro se hizo más notorio durante el trayecto en coche. Lucía buscó en la radio algo de música en español y, al escuchar los primeros acordes de la nueva canción de *Enrique Iglesias*, miró a su prima de manera cómplice. África, sentada junto a Jael en la parte trasera del amplio *BMW X5*, contestó a esa mirada con una sonrisa pícaro. Al oír el pegadizo estribillo, ambas empezaron a cantar a viva voz, para sorpresa de los chicos.

—“*Si te vas, yo también me voy. Si me das, yo también te doy...mi amor. Bailamos hasta las diez, hasta que duelan los pies. Con él te duele el corazón y conmigo te duelen los pies...*”.

Joe y Jael las miraban embobados. Era muy divertido verlas así. Su alegría era contagiosa; tan contagiosa, que los dos terminaron cantando con ellas. Y así, entre canciones y bromas, se les pasó el tiempo volando.

A los chicos les encantó el sitio. Una preciosa playa de arena dorada con un hermoso mar en calma al fondo. Como las chicas esperaban, se encontraron con pocas personas y situadas de forma dispersa. Aquel lugar era simplemente perfecto.

Mientras Lucía estiraba sobre la arena una toalla que había sacado de su cesta de mimbre, África indicaba a Jael donde clavar la sombrilla. La atracción entre ambos era más que evidente. Cuando estos se miraban bromeaban, e incluso cuando discutían la conexión era brutal. Joe, viendo

que su Gominola estaba atareada, se tomó unos minutos para admirarla. La esperanza de seguir enamorándola, a pesar del plan de comportarse solo como amigos, cada vez se intensificaba más. Estaba seguro de que lo que la chica necesitaba era tiempo y él estaba dispuesto a esperar lo que fuese necesario.

—Más que una toalla, esto es una alfombra —bromeó Joe, al ver la gran tela circular perfectamente extendida.

—¿Te gusta mi toalla? —preguntó Lucía sonriente.

—Me gustas más tú, aunque la toalla tampoco está mal —contestó en tono divertido. Así era como solía piropoarla últimamente, para que no se sintiese incomoda.

Ella sonrió y sacó la lengua, en forma de burla infantil.

—¡¡Qué calor!! Voy a probar el agua, a ver qué tal está —dijo Lucía deshaciéndose del ligero vestido color crema, mostrando el minúsculo y colorido bikini que llevaba debajo. Joe disfrutó al tener aquel bonito cuerpo frente a él, y sintió cómo el suyo reaccionaba, recordando las veces que la había tenido entre sus brazos totalmente desnuda.

—Voy contigo, necesito un baño ya —dijo, sacándose la camiseta por la cabeza e intentando recuperar la calma.

Una vez en la orilla, Lucía se detuvo a esperar que una de las tímidas olas acercase el agua a sus pies.

—¡*Uf*, está un poco fría! —exclamó al notar la frescura en sus dedos.

—¡Qué fría ni qué nada, está buenísima! —dijo Joe, al tiempo que se inclinaba, la cogía en brazos y entraba en el mar.

—¡No, Joe, por favor! —gritó ella— ¡¡Que está helada, por favor, *nooo*!! —repetía mientras pataleaba y se agarraba con fuerza al masculino cuello, refugiándose en él. Joe, que estaba disfrutando del contacto piel con piel, reía mientras seguía avanzando sin intención de hacerle caso. Al llegar a una profundidad en la que el agua le acarició la cintura, se sumergió, llevando a Lucía consigo.

—¿Ves, a que no era para tanto? —preguntó, sin perderla de vista, en cuanto regresaron a la superficie. Lucía inspiró una gran bocanada de aire y lo miró muy seria; actitud que, de inmediato, borró la sonrisa de Joe. ¡Madre mía! Serio, mojado, con sus ojos zafiro iluminados por los rayos del sol... ¡Estaba tremendo!

—La próxima vez que me hagas esto... —masculló de manera

desafiante y, cogiendo impulso, intentó derribarlo. Quiso reunir toda su fuerza y empujar hacia abajo con sus brazos sobre los musculosos hombros de Joe, pero aquella resultó ser una tarea demasiado difícil. Él era demasiado fuerte para ella. Joe no podía hacer otra cosa más que reír viendo la cara de asombro de Lucía, frustrada por no lograr lo que quería.

—Gominola, no lo estás haciendo bien... Se hace así —la tomó suavemente por la cintura, tiró de ella y la sumergió de nuevo.

—¡Eso no vale, no me conformo! —protestó al salir a flote y comenzó a manotear sobre el agua para salpicar la cara de él, quien reía sin parar.

Desde la sombrilla bajo la cual estaban sentados, África y Jael reían viendo a los otros dos jugar en el agua.

—Hacen muy buena pareja —comentó Jael sin apartar la vista del dúo acuático.

—Sí, hacen una pareja de dulce —contestó África, dando un sorbo a su *Coca-cola zero*—. La verdad es que mi prima necesitaba conocer a alguien como Joe... Alguien con quien poder ser ella misma y que le demuestre que el amor es algo bonito —hizo una breve pausa—. No ha tenido mucha suerte en ese aspecto —añadió muy seria, mientras Jael la miraba, atento a cada una de sus palabras.

—Y a ti, ¿cómo te ha tratado el amor? —preguntó, siguiendo un impulso, sorprendiendo a la rubia.

—¿¿Amor?? Yo paso del amor, ¡soy muy joven para eso! —contestó de manera divertida. Él no dijo nada, solo la observó, y ella continuó hablando—. Hombre, entiendo que tú ya tienes una edad y pronto empezarás a interesarte por ese tema... —su tono cómico era evidente. Clavó uno de sus dedos en el esculpido costado de Jael con la intención de provocarle unas cosquillas—. Pero yo tengo aún mucho por vivir —concluyó.

—¿Me estás llamando viejo? —Jael se fingió ofendido, y, al ver cómo ella afirmaba con la cabeza y reía, añadió unas palabras—. Pues este *abuelete*... es capaz de cogerte y darte unos buenos cachetes en ese culito joven que tienes..., por mal educada.

—¿Ah sí? —separó sus mullidos labios, de forma natural, exagerando asombro.

—Por supuesto —respondió, decidido e irrevocable, sin perder detalle de aquella boca que tenía a un metro de distancia.

—Muy bien, abuelito, aunque... ¡primero tendrás que cogermelo! —con

rapidez, tomó un puñado de arena y lo lanzó sobre el bañador de él. Inmediatamente después, al tiempo que este reaccionaba, salió corriendo hacia el agua. Jael esbozó una sonrisa genuina mientras se ponía en pie y se sacudía. Le encantaba la espontaneidad de aquella Salvajita. La vio alejarse hacia el agua y, adquiriendo un gesto pícaro, salió tras ella.

De vuelta a casa, tras un día de playa agotador, las primas decidieron invitar a cenar a los chicos. Aunque, esa noche no sería comida casera, ya que estaban muy cansadas como para ponerse a cocinar. Así que, mientras África y Jael subían al piso para ir poniendo la mesa, Joe y Lucía se quedaron pidiendo comida para llevar en el “*Fogón Puerto Real*”; un bar cercano.

Serranitos de solomillo con patatas fritas y abundante salsa *chipi*, fue el menú de aquella noche.

—¿No querías que fuese tu cicerone? Pues ahora vas a comer algo que no viene en ninguna guía, pero que está... —gesticuló con cara de placer, llevándose los dedos a la boca y subiendo la mirada al cielo— ¡*Uumm, DELICIOSO!* —Joe la observó sin decir nada. De hecho, se había mantenido en silencio durante casi todo el camino de vuelta. Lucía ladeó la cabeza y lo miró interrogativa—. ¿Pasa algo? Estás muy callado...

—No, no pasa nada, es solo que... —hizo una pequeña pausa y se giró para quedar frente a ella, cortándole el paso—. ¿Recuerdas la pregunta que te hice esta mañana? —Lucía sabía perfectamente de lo que hablaba, aunque se hizo un poco la loca.

—No sé de qué me hablas —cabeceó negativamente—. ¿Qué pregunta?

—Te pregunté si estabas dispuesta a cambiar de trabajo... —siguió hablando sin dejar que la chica lo interrumpiese—, y si estabas dispuesta a aceptarlo si fuese yo quién te lo ofreciera.

—Ya lo recuerdo —admitió—. Aunque, como llegaron Áfri y Jael, no pudimos terminar de hablar y, la verdad, no lo tomé muy en serio.

—Hablabas completamente en serio, Lucía. Me gustaría que trabajaras para mí.

—¿Yo? —murmuró, algo dubitativa. Joe asintió—. Y dime, ¿en qué consistiría mi trabajo? Porque guardaespaldas ya tienes... —bromeó.

—Esto es serio, te estoy haciendo una oferta de trabajo formal —aseveró sin un atisbo de sonrisa—. Me gustaría que fueses mi asistente personal —añadió con firmeza.

Lucía se echó a reír, descolocando a Joe, quien no esperaba aquella reacción.

—¿Asistente personal? —preguntó, volviendo a la calma e intentando controlar una sonrisa de felicidad que amenazaba con tatuarse en su cara.

—¿No te gustaría? —inquirió Joe, contrariado, ante el supuesto desinterés con el que ella parecía tomarse su ofrecimiento.

—Pues no sé, la verdad... —contestó Lucía—. ¿Puedo pensarlo con tranquilidad? Supondría un cambio muy grande en mi vida y no creo que sea una decisión para tomar a la ligera —reflexionó. Él la observó con expectación unos segundos, y luego empezó a asentir.

—Claro, tómate tu tiempo. Pero ten en cuenta que me queda poco más de una semana aquí, y tendría que tener una respuesta algunos días antes de marcharme. —Para ponérselo más fácil, Joe añadió—: tendrías que viajar conmigo a New York y, por supuesto, estaría encantado de que tu prima te acompañase.

Lucía parpadeó e insinuó un gesto sonriente.

—No te preocupes, tendrás una respuesta pronto. Lo prometo —dijo, alzando su mano derecha con dos dedos cruzados en señal de compromiso.

Mientras Joe y Lucía llegaban con la cena, África y Jael prepararon la mesa y se sentaron en el sofá a charlar, tomando un par de cervezas bien frías y picoteando unos snacks.

—¡Curioso cuadro! —comentó Jael, refiriéndose al gran mural que cubría casi por completo la única pared libre en el salón.

—¿Te gusta?, lo he hecho yo —dijo África orgullosa.

—¿De verdad? Pues es muy interesante —siguió diciendo sin dejar de admirar la pintura. Esta presentaba un parque de colores tenues, con árboles cubiertos de hojas que parecían estar a punto de ser arrancadas por la fuerza del viento—. Tienes mucho talento, Salvajita.

Afri lo miró de soslayo, apretando los labios en un gesto disconforme.

—Deja de llamarme Salvajita —protestó—. Y gracias por el cumplido.

—No es un cumplido, Salvajita —volvió a decir, poniendo más énfasis en el apodo—. Por lo que veo, no solo besas bien... —Este comentario sorprendió a África; nunca habían hablado de los besos que se habían dado hasta el momento. No obstante, ella no había olvidado ninguno de ellos y, mucho menos, todo lo que la hicieron sentir. Por lo que Jael acababa de decir, se confirmaba que él tampoco.

A continuación solo se dedicaron una sonrisa muda, pero muy cómplice, absteniéndose de hablar más del tema.

La cena transcurrió de manera tranquila y, no demasiado tarde, los chicos se despidieron de las primas, acordando de verse al día siguiente para seguir con la ruta turística.

Al irse a la cama, Lucía le habló a África de la oferta de trabajo que le había propuesto Joe, y esta, sin lugar a dudas, la animó a que aceptase.

—Di que sí, tía. Es una buena oportunidad. Además de no tener que separarte de tu príncipe, ganarás un dinerito que te vendrá de lujo para terminar tus estudios —comentó la menor—. Ya sabes que yo te acompañé al fin del mundo, aunque, claro, tengo que seguir haciendo mis cosas. Ya sabes, no me gustaría ser una carga.

—¿Qué estás diciendo? Tú nunca serás una carga, no seas tonta —replicó Lucía—. Joe sabe que somos un pack. Donde va una va la otra, y él está totalmente conforme. Además... —añadió—, si el sueldo es tan bueno...

—¡No le des más vueltas! ¡Es New York, Luci! Tu ciudad preferida en el mundo. ¡Suelta de una vez el freno de mano, prima! —exclamó la rubia con entusiasmo. Este comentario, tan propio de África, hizo que Lucía rompiera a reír.

—Está bien, aunque lo haré esperar unos días más. No quiero que piense que estamos desesperadas.

—Muy bien. Por cierto..., ¿qué tenemos preparado para mañana?

—Mañana toca Sevilla centro. *Giralda, Catedral, La Seta, Barrio de Santa Cruz...* Ya sabes, un pateo espectacular.

—*Uf*, y que lo digas. Pues venga, vamos a dormir que nos van a hacer falta energías para eso —soltó África, desplomándose sobre la almohada.

—Pues sí. Buenas noches, Salvajita —dijo la mayor, dándose la vuelta en la cama para que su prima no la viera reír.

—¡Y dale, al final se me queda! —se quejó, aunque sonreía. En el fondo le gustaba el apodo—. Buenas noches, Lucilú, sueña con tu príncipe de *Beckelar*.

—Y tú con tu príncipe del desierto —respondió Lucía, emitiendo una risita casi imperceptible. Su comentario hizo que su prima, ya con los ojos cerrados, volviera a sonreír.

Durante los días siguientes, las chicas mostraron los puntos más significativos de Sevilla a Joe y Jael. Siempre, ellos bien ataviados con todo

complemento que pudiera camuflarlos de posibles fans. Poco a poco la relación entre los cuatro se estrechaba. Sobre todo la de Lucía y Joe, ya que la chica cada vez se sentía más a gusto con él. En ocasiones no podía evitar manifestarlo con alguna muestra de cariño, como echar la cabeza sobre su hombro de forma imprevista e inocente, algún beso más cerca de la boca que de la mejilla o un fugaz entrelazado de los dedos de su mano con los de él. Pequeños detalles que no se le escapaban a Joe y que lo hacían vibrar de felicidad.

El viernes habían visitado el parque temático de *Isla Mágica*. El día fue un tanto agotador porque habían subido a todas las atracciones apenas sin detenerse a descansar. Efectivamente, aquellas chicas tenían mucha mecha. De noche, sentados sobre una zona de césped, vieron el espectáculo del lago y los fuegos artificiales con los que se cerraba la jornada. Después, los chicos las acompañaron caminando hasta su piso y ni siquiera entraron.

—Bueno, chicas... —dijo Jael apoyando un brazo sobre la pared— ¿Y mañana, qué planes tenemos?

—¿*Mañanaaaa*?... —respondió África pensativa.

—Mañana no podéis contar con nosotras —irrumpió Lucía, haciendo que Joe la mirase extrañado.

—¿Qué pasa mañana? —no pudo evitar interesarse.

—¡Ah! Tenemos día de *coleguis* —canturreó África—. Se siente, mañana libran vuestras guías... —añadió, encogiéndose de hombros con una sonrisa traviesa.

Jael elevó una ceja disfrutando de aquel gesto. ¡Santo Dios! ¿Podía una niña ser más bonita? Hubo de cabecear mentalmente para templar las ganas de tomarla del mentón y besarla sin permiso. Ya había tenido que hacerlo otras tantas veces y, aunque le era difícil y en alguna ocasión había estado a punto de tomar lo que deseaba, finalmente lograba contenerse. Estaban llevándose bien, no quería estropearlo. Al menos no por el momento; del futuro inminente, o sea, de los días que le quedaban en Sevilla, no podía asegurar nada.

Afri se sintió observada y, cuando sus miradas se encontraron, se dedicaron una de las ya habituales sonrisas mágicas que se daban entre ellos.

—Una vez al mes quedamos con nuestros amigos de toda la vida. Nos conocemos desde que íbamos al colegio, y mañana es el día —explicó Lucía, y todos la atendieron.

—¿Y, pasáis todo el día juntos? —el tono de la pregunta denotó más contrariedad de lo que Jael habría querido.

—Pues sí, *toodo* el día —aclaró inmediatamente la rubia.

—Vale, vale, solo preguntaba —se disculpó él, elevando un poco los brazos y mostrando la palma de sus manos como si estuvieran a punto de llevárselo detenido.

—Tranquilo... —África frunció el ceño, cómica, quitándole importancia.

Joe imitó su gesto, y terminaron sonriéndose los cuatro.

—Bueno, entonces... nos vemos el domingo, ¿no? —murmuró Joe, casi susurró, dirigiéndose exclusivamente a Lucía. Ella, enternecida por la suavidad con que este lo hizo, se mordió el labio inferior y le acarició la cara; roce que él aprovechó para besar la palma de su mano.

—Claro que sí, yo nunca dejo un trabajo a medias... —contestó, seducida, deseando besarlo con todas sus fuerzas—. Ya tendrás ocasión de comprobarlo cuando sea tu asistente.

—¿Sí? —reaccionó él, abriendo los ojos sorprendido.

—Sí, acepto tu oferta —confirmó ella con toda seguridad. Joe, dejándose llevar por un impulso, la tomó por la cintura y la alzó del suelo para dar una vuelta completa con ella entre sus brazos.

Jael emitió una breve risa y cabeceó, percatándose de que a África le brillaban los ojos contemplando la escena. Él tragó con fuerza y volvió a sentir que un extraño revoltijo le invadía el estómago.

—No te arrepentirás, te lo prometo —se oyó decir a Joe.

Jezabel Marí

Capítulo 19

Jael, con un pantalón corto de felpa gris como única prenda sobre su cuerpo, se adentró a la sala de estar. El teléfono móvil empezó a sonar dentro de su bolsillo. Joe, que estaba sentado sobre el filo del sofá con el portátil

delante, levantó la mirada para ver la cara de fastidio de su amigo al comprobar la pantalla. Revolvió los ojos al tiempo que contestaba, y Joe no tuvo que pensar mucho para saber de quién se trataba.

—*Hola, Dianne* —saludó en inglés, consiguiendo un tono medianamente amigable.

—*Los días se me están haciendo eternos sin ti, muñeco...* —murmuró con aplomo—. *Necesito que regreses ya* —añadió.

Jael se llenó de aire el interior de las mejillas denotando agobio y exasperación. Joe le echó una ligera mirada y volvió a lo suyo en el ordenador esbozando una pequeña sonrisa. Realmente para su mejor amigo, aquella relación había perdido el poco sentido que un día tuvo.

—*Una semana más, Dianne, tú puedes* —contestó. Ambos amigos se miraron, y el mayor de ellos hubo de apretar los labios para aguantarse una risa. Jael cabeceó al verlo.

—*No, no puedo. Así que, por favor, ni se te ocurra extender tu estancia en España ni un solo día más* —se mostró autoritaria. Jael se tornó serio, denotando enfado.

—*Joder* —musitó él, a punto de perder la calma.

—*¿Joder?* —Dianne se sorprendió y se molestó por aquella pequeña palabra, o tal vez por cómo la había soltado su novio.

—*Sí, Dianne. Eso es justo lo que he dicho, ¡JODER!* —se dejó llevar y empezó a hablar con libertad—. *Estoy hasta los cojones de tener que escuchar tus tonterías y tus exigencias cada vez que me llamas* —alzó la voz. Joe levantó la cabeza y centró toda su atención en Jael.

—*No merezco que me hables así, ¿te estás escuchando?* —replicó ella, un poco alterada.

—*¿Y yo merezco que intentes tirar de mí como si tuviera una correa al cuello?!* —inquirió, con un cabreo que aumentaba por segundos.

Joe esperó a que este le devolviera la mirada para pedirle calma, pero, como no lo hizo, pues caminaba de un lado a otro endemoniado, puso en pie toda su envergadura y se situó delante suyo cortándole el paso. Jael lo miró con las pupilas dilatadas.

—*Pues, ¿sabes qué?* —continuó Dianne en tono chirriante—. *Más o menos es algo así...* —afirmó.

—*¿Algo así, qué?!* —gritó Jael.

—*Lo de la correa al cuello. En cierto modo la llevas; ¡estás sujeto a un*

compromiso!, ¿lo recuerdas?!

—*Dios, Dios...* —masculló él, a un paso de perder la educación ante ella.

—*!Exacto! ¡Ante Dios, tú y yo de la mano muy pronto! Así que evita hablarme como lo estás haciendo. No quiero discutir contigo.* —Dianne comenzó a querer reparar aquella conversación.

Jael respiró con fuerza, pero no logró enfriarse. Joe puso una mano sobre su hombro y lo presionó varias veces, la otra la agitó levemente en el aire para pedirle calma.

—*Te voy a pedir un favor, Dianne...* —redujo el volumen de su voz, pero no la dureza—. *Por tu bien, o mejor dicho, por el bien de los dos, no vuelvas a llamarme...*

—*¿Cómo? Jael, eso...* —irrumpió tratando de protestar. Él no se lo permitió.

—*Por el bien de los dos, he dicho* —repitió, con un rugido que la hizo callar—. *Estoy agobiado y no es nada aconsejable que hablemos más hasta que regrese a Nueva York* —concluyó.

Joe, que lo observaba atentamente, asintió despacio cuando Jael cruzó la mirada con él.

En medio de la conversación telefónica se instaló un denso silencio.

—*Pero, ¿estás...?* —titubeó ella—, *¿estás agobiado por mí? Si es así..., si he sido muy pesada, perdóname. Por favor, muñeco* —sus palabras, ahora con un matiz suplicante, hicieron que Jael pusiese los ojos en blanco a la vez que tomaba una gran bocanada de aire.

—*Lo dicho, Dianne. No quiero seguir con esta conversación. Ya vale, no hagas más preguntas, y no pidas perdón, no hace falta. Dedícate a ir de compras, sal con tus amigas, diviértete... Ya nos veremos y hablaremos seriamente a mi regreso* —fue claro y severo y, a continuación, quiso poner fin a la llamada.

—*¿Seriamente?* —se oyó un dócil y apagado murmullo, casi ininteligible.

Jael se presionó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos.

—*No más preguntas, Dianne. Cuídate. Adiós.*

Cuando bloqueó la pantalla del *iPhone*, lo lanzó contra el sofá. Joe inclinó la cabeza para escudriñarlo y ver que este se pasaba ambas manos por el pelo y las dejaba un momento sobre las sienes. Suspiró contundentemente

y miró a su amigo Joe.

—Relájate —dijo Joe, tornando lo que había sido un gesto de preocupación en una suave sonrisa.

Jael cabeceó como si este le hubiera pedido un imposible.

—Tío, me tiene hasta los huevos —refunfuñó.

—Te voy a hacer una pregunta directa... —siguió Joe con decisión. Jael puso en él toda su atención—. ¿Tienes claro que tu relación con Dianne no tiene futuro?

Jael no hubo de pensarlo. Una respuesta nítida se iluminó en su cabeza. Sin embargo, la imagen de su madre se atravesó en su pensamiento, y eso lo hizo guardar silencio un instante.

Joe frunció el ceño a la espera de que este hablara.

—Tú mejor que nadie sabes que esa relación no va a ninguna parte —murmuró.

—Quería oírtelo decir con franqueza —asintió Joe—. ¿Vas a terminar con ella cuando volvamos a Nueva York?

—He de hacerlo. No puedo dejar que todo ese tema sinsentido de una boda que no deseo siga tomando forma en su cabeza —explicó y respiró con más calma.

—Te apoyo —Joe dio una ligera palmada en su espalda.

—Lo sé —esbozó una frágil sonrisa que no rebasó sus labios.

—Y por tu madre no te preocupes. Marlene es una mujer inteligente y estoy seguro que, por encima de todo, lo que quiere es la felicidad de su pequeño —añadió y, con sus últimas palabras, zamarreó un poco a su mejor amigo.

—Bueno, mi madre es dura de roer con el tema Dianne. Ya sabes que tiene esos planes pensados desde hace tiempo. Pero tendrá que entenderme. Se lo explicaré con calma...

—Claro, ya verás que irá bien... Necesitas liberarte de ese compromiso —repuso Joe y se dirigió de nuevo al sofá. Se sentó, dejándose caer sobre el respaldar.

—Lo que verdaderamente necesito es echar un polvo. He tenido sexo conmigo mismo demasiadas veces en las dos últimas semanas; esto no es digno de mí... —negó con la cabeza.

Joe rió mientras manipulaba su teléfono, pues acababa de recibir un

mensaje.

—No sé cómo te resistes... —comentó mientras que una simpática imagen se abría ante sus ojos.

—¿Resistirme a qué? —inquirió Jael contrayendo los músculos de su espalda y estirando los brazos un par de veces por encima de su cabeza para destensarse.

—A qué no, a quién... —respondió Joe sin borrar la sonrisa y sin apartar la mirada de la pantalla del móvil.

Jael frunció el ceño y rápidamente entendió a qué, o a quién, se refería su amigo.

—Eso digo yo... —dejó ir un suspiro y asintió, reconociendo, sin llegar a comprenderse a sí mismo, que nunca antes se había resistido tantísimo a una chica. No a una que lo pusiera a mil tan solo con una puta sonrisa. No a una que le calentaba la sangre con una mirada. África. Todas esas sensaciones fuertes solo las había sentido ante ella, ¡y ni siquiera se la había follado! Aquello era extraño. Atípico. Desconcertante... Pero también intenso, y le gustaba, a pesar de que el deseo de tenerla estuviera a punto de explotar como la dinamita dentro de él.

—Mírala, aquí tienes al motivo de tu calentura... —Joe le dio la vuelta a su teléfono a la misma vez que hablaba y ponía una foto a la vista de Jael. Este se acercó y fijó sus ojos en la imagen.

Joe lo observó sonriente.

África había guardado el número de Joe en su agenda y, mientras ella y Lucía se arreglaban para salir, hizo un par de fotos y se las envió. En una solo aparecía su prima, con el pelo recién planchado y con la blusa a medio abrochar. La sonrisa infraganti de Lucía al ver a Afri apuntándola con el teléfono, destrozó por completo el corazón de Joe. Estaba preciosa y él se había quedado loco mirándola. En la otra foto, la que estaba contemplando en esos momentos Jael sin parpadear, aparecían las dos chicas. África seleccionó el temporizador una vez que estuvieron terminadas de arreglar, y ambas, a la ligera y de forma divertida, habían posado ante el intenso flash. La rubia llevaba un mono rojo de pantalón corto, sin mangas y con un escote bastante sugerente. El pelo suelto, ondeado de manera desenfadada, caía sobre sus hombros. La sonrisa fresca y dulce de esta abrió el apetito de Jael. Y la mirada azul y juguetona, lo tentó hasta el punto de considerarse un ser extremadamente peligroso.

—Madre Santa... —murmuró y bufó al tiempo que enderezaba el cuerpo.

Joe emitió una ligera carcajada.

—¿Qué te ocurre, camarada? —Joe elevó la voz, viendo cómo su amigo caminaba hacia la puerta de salida. Aunque podía imaginar fácilmente qué era lo que le pasaba.

Jael se giró antes de marcharse.

—Mi Salvajita acaba de ser culpable de otra de mis crueles erecciones..., voy a darme una ducha urgente —dijo, y Joe rompió a reír de nuevo. Jael también rio—. Ey, por cierto, envíame el contacto a mi teléfono. Le voy a decir algunas cosillas...

—Vale. Hecho —respondió Joe, aún sonriendo con un toque pícaro, deslizándolo sobre la pantalla para hacerle llegar el número de África —. A propósito, ¿qué ha sido eso de “mi Salvajita”? —inquirió, contrayendo el ceño con aire cómico.

—Pues eso, que es mi Salvajita —aclaró y se dio media vuelta para terminar de irse.

—¡Ah, ¿tuya?! —siguió Joe, socarrón. Todo lo que pensaba sobre lo que Jael sentía por África, empezaba a confirmarse. Aunque a él no le hiciera falta que lo convencieran de nada.

—Sí, mía. ¡Cállate de una vez! —respondió cuando ya caminaba hacia su habitación, y cabeceó sonriente sin que su amigo lo viera.

Joe, al quedarse solo, volvió a manipular el teléfono. Su mirada se deslizó por la imagen que le había enviado África, fijándose en el rostro de Lucía. Aquellos ojos lo iban a volver completamente loco. Esbozó una nueva y amplia sonrisa mientras le echaba un último vistazo a ambas primas, que irradiaban belleza y vitalidad en abundancia, y luego se dispuso a escribirles un mensaje.

“Muy guapas. Gracias por las fotos”.

Se lo envió a África, que parecía no estar en línea, y seguidamente abrió la conversación con Lucía.

“Me gustaría que pasado mañana te pusieras así de sexy también para mí”.

Después de enviarlo, Joe pensó que tal vez había sido muy explícito. Pero en seguida disipó aquella idea de su cabeza. Aunque ahora estuvieran actuando como si no mantuvieran más que una bonita amistad, la realidad era

otra. Lo que habían vivido juntos en tan poco tiempo era...demasiado intenso. No solo no podía olvidarse de cómo había sido suya, sino que así la sentía. Su amor.

“Para ti vaqueros, camiseta y zapatillas deportivas”. Lucía quiso hacerlo rabiar con esa respuesta, de eso estaba seguro. Sonrió al leerla y volvió a escribir.

“Deja que te diga que los vaqueros también te sientan escandalosamente bien”. Al tocar en enviar, estiró las piernas sobre la pequeña mesa que tenía delante.

Lucía seguía en línea y esperaba que volviese a contestarle.

“¡Gracias!”, a éste mensaje le añadió una carita sonriente y sonrojada, que hizo que él curvara los labios con ternura.

“No hay de qué. Estás preciosa y me encantaría verte, pero sabré esperar hasta mañana. Pásalo bien”.

¡No! ¡No sabría esperar hasta el día siguiente para volver a verla! De hecho, había pocas posibilidades de que conciliara el sueño esa noche a sabiendas de que su dulce Gominola estaba en algún bar o discoteca de la ciudad, así de sexy, y rodeada sin duda por un tropel de tíos al acecho, ansiosos por hincarle el diente.

Suspiró mientras miraba la pantalla del teléfono a la espera de algún mensaje más. Trataría de no imaginar demasiado para quedarse medianamente tranquilo. ¿Lo conseguiría?

“Joe, te dejo, acaban de venir a buscarnos. ¡Hablamos mañana!”.

Él leyó y se apresuró a escribirle algo.

“Ten cuidado por ahí, Lucía. Por favor”.

Ella, saliendo a la calle a través del portalón y cerrando tras de sí, leyó lo último que Joe le había dicho y su sonrisa se ensanchó.

“Siempre lo tengo. No te preocupes. ¡Besitos!”.

La mirada de Joe se detuvo sobre las últimas palabras de Lucía. Ya no habían en su cara indicios sonrientes.

Eso. Besitos. Comérsela con pequeños e incansables besos durante toda la noche, era lo que él necesitaba. Cuando Lucía estaba cerca suyo, casi que podía fingir bien lo que sentía por ella, pero cuando no la tenía a su lado...el vacío era inmenso.

Saber que iba a llevársela consigo a Nueva York hacía que su

organismo se apaciguase, y que el optimismo, con respecto a la relación que realmente pretendía tener con ella, creciese dentro de sí.

Jael salió de la ducha, se rodeó las caderas con una toalla y agitó las manos sobre su pelo delante del espejo. Al regresar a la habitación, se inclinó sobre la mesilla donde tenía el *iPhone* cargando.

Una sonrisa invadió su boca cuando vio que África había respondido al mensaje de *“Sin lugar a dudas el rojo es tu color, Salvajita”*, que él le había enviado minutos antes.

“¡¡Pero, ¿a ti quién te ha dado mi número de teléfonooo?!! Voy a matar al príncipe de Beckelar”

Ella había fingido escandalizarse. Jael, sonriente, se mordió el labio inferior mientras escribía de nuevo.

“Has vuelto a recordarme tu falta de modales, Salvajita. Te digo que estás preciosa con ese modelito rojo que llevas puesto, y tú te cabreas porque tengo tu número. Muy mal”.

Pulsó enviar y dejó el teléfono encima de la cama para caminar descalzo sobre la moqueta en dirección al armario. De ahí sacó unos bóxer y unos vaqueros azules desgastados, que se enfundó ágilmente. Luego tomó una camisa blanca y, al tiempo que metía los brazos en la prenda, escuchó el aviso de otro mensaje. Dobló las mangas de la camisa a la altura de los antebrazos y se acercó a la cama para recuperar su teléfono, ansioso por saber lo que aquella niña rebelde y bonita tenía que decirle.

“No he recibido ningún mensaje tuyo en el que dijeras que estoy preciosa”.

“¿Ah no? Si digo que el color rojo te sienta bien ¿no te da una pista?”.

“No es lo mismo”.

África respondió escueta, aunque Jael pudo verla nítida en su mente, sonriendo igual que él.

“Deberías saber descifrar mensajes subliminales, Salvajita”.

“¡Y tú deberías hablar más claro!”.

Jael emitió una carcajada.

“No voy a volver a decírtelo”.

“No te he pedido que lo hagas”.

“Salvajita, yo sí sé leer entre líneas. Lo que quieres es que vuelva a decirte que estás... !Bah, ya lo sabes!”.

“¿Estás aburrido o qué? ¡No me enredes!”.

“Eso quisieras tú”.

“¿El qué?”.

“Que yo te enredase, Salvajita”.

“Jajajajajajaj ¡PARA NADA, idiota! Y deja de llamarme con ese apodo que no me define ni un poquito”.

“¿Salvajita?”.

“Ese”.

“Tú me acabas de llamar idiota”.

“Te lo he dicho con cariño”.

“Y yo te lo digo con todo mi amor”.

África lo imaginó riendo con socarronería después de haber escrito aquello, y descubrió que sus propios labios se habían curvado y reflejaban una sonrisa tonta.

“Y temo decirte que el apodo sí te define...”.

Jael había vuelto a escribir al ver que ella tardaba en hacerlo. Afri lo leyó y movió los dedos sobre la pantalla de su teléfono sin llegar a escribir nada. Le habría gustado tener esa conversación en persona y disfrutar una vez más de cómo él solía deslizar la mirada por cada centímetro de su cuerpo. Seguramente Jael ni se lo imaginara, pero cuando eso sucedía, ella sentía como si..., como si la desnudara y acariciara su piel.

A él le extrañó que no le respondiera nada y escribió otro mensaje.

“Pero me gusta. Mucho. Puede que incluso...demasiado”.

El corazón de África se revolucionó, y sus dedos cobraron vida de inmediato.

“Lo de idiota también te define a ti”.

Jael leyó y volvió a sonreír divertido.

“¿Ah, si?”.

“De la cabeza a los pies”.

África respondió y cabeceó. Aquel juego de preguntas la tenía enganchada. Tanto, que no se dio cuenta que el coche de su amiga Natalia, en el cual habían ido hasta la fiesta de Santos, ya se adentraba en el parking.

“¿Y te gusta?”, envió Jael, haciendo que ella se paralizase.

África escribió una tontería sinsentido y borró al instante. Jael dejó el teléfono sobre la cama, pero no despegó la vista de él mientras se terminaba de abrochar los botones de la camisa. Al intuir que a ella le costaba responder, tomó de nuevo el móvil e insistió.

“Dime, ¿te gusta?”. Se mordió el labio inferior, expectante, sin sonrisa, ansioso.

“¿El qué?”, preguntó Afri, extrañada por su propia falta de recursos.

“El idiota con el que estás hablando, Salvajita. ¿Te gusta?”.

Un pequeño golpe de calor recorrió el pecho de África, del mismo modo que una sensación parecida lo abordó a él.

—¡Vamos, Afri! Llevas todo el camino con el puto móvil. ¡Déjalo ya, hemos llegado! —exclamó Sandra, saliendo del coche.

“Te dejo Jael, hemos llegado a la fiesta y por aquí me reclaman”, escribió, al tiempo que descendía del *Seat León* y cerraba la puerta.

Jael se sentó en el borde de la cama frunciendo ligeramente el ceño.

“¿Te reclaman? Pues quien sea, que espere”.

África suspiró a la vez que caminaba junto a su prima y sus amigos; Natalia, Sandra y Carlos. En la fiesta de Santos, que era el primo de Natalia, los esperaba Jorge, el novio de Sandra.

Lucía miró a su prima de reojo, interrogativa.

“África, responde a la pregunta que te he hecho”, la presionó Jael.

¿La había llamado por su nombre? Aquel último mensaje, a África le pareció demasiado serio. Tal vez estaba intuyendo un tono que no era real,

pero, aprovechando que Lucía la tomó de la mano y tiró de ella para evitar que se diera de bruces con un grupo de chicos que ya iban bebidos, bloqueó el teléfono y se lo guardó en un pequeño bolso negro que llevaba colgado al hombro.

La mega fiesta estaba muy ambientada. Como todas las que solía hacer Santos cuando sus padres se iban de viaje. El jardín no tenía nada que envidiarle a las mejores discotecas de verano de la ciudad, pues este disponía hasta de una pista para bailar, ubicada bajo una inmensa carpa rodeada de cortinas transparentes. El salón, por el contrario, iluminado por una tenue luz anaranjada y amenizado con música *Chill Out*, se había dispuesto para poder tomar una copa y charlar más tranquilamente. Pero, de igual modo, cada zona estaba atestada de gente. Las fiestas de Santos cada vez eran más famosas y concurridas.

—¡Vaya, por fin llegáis! —El mismísimo Santos se giró, disculpándose con dos chicas con las que hablaba, y se acercó para abrazar y besar a su prima Natalia. Luego hizo lo mismo con Sandra, Lucía y África. A Carlos le estrechó sonoramente la mano.

—Tío, esto está a reventar de gente. ¡Tienes a toda Sevilla aquí metida o qué! —sonrió Carlos mirando a su alrededor.

Santos emitió una pequeña carcajada.

—Mi primo hace las mejores fiestas privadas. La *people* se da hostias por conseguir una invitación para poder venir —comentó Natalia.

—Cierto, prima —la miró cómplice, asintiendo.

—¿Y qué tal si el anfitrión nos invita a una copa? —irrumpió Lucía, haciendo que Santos la mirara con interés.

—¡Sí, eso, Santos! ¡Tenemos sed! —exclamó África, apoyándose en el hombro de su prima.

Santos le dedicó a esta una amplia sonrisa y asintió al deslizar su mirada por cada una de las chicas.

—A las tías más buenas de Sevilla no puedo tenerlas con sed. Así que venid conmigo a la barra y pedid lo que os apetezca. Y ya lo sabéis ¡BLI! —alzó la voz para decir lo último y se hizo a un lado para que todas pasaran delante de él. Carlos lo miró y cabeceó incrédulo. Lo que más le gustaba a Santos de aquellas fiestas, era ver cómo las chicas guapas iban perdiendo la vergüenza a base de alcohol gratis.

—¿A dicho BLI? —preguntó Lucía acercándose a las demás chicas,

mientras caminaban en dirección a una barra kilométrica que había situada justo en medio del jardín.

—Sí. Barra Libre Ilimitada —aclaró Natalia, alzando la voz para que la escucharan a pesar del volumen de la música.

—Qué primo tan espléndido tienes, hija —comentó África.

—Está podrido en billetes y esta es una de las maneras que tiene de despilfarrar —respondió Natalia, orgullosa.

—Me parece bien —espetó Lucía—. ¡Esta noche tengo mucha mucha sed! —siguió con entusiasmo. África la miró un poco extrañada por aquella desinhibición precipitada. No obstante sonrió divertida, pues sabía que Lucía no era de ponerse ciega tomando alcohol.

Santos las dejó bien servidas de lo que quisieran beber y ordenó a los bármanes que, especialmente ese grupo de chicas, nunca tuviesen las copas vacías. Cualquier cosa que desearan, debían de ofrecérselo sin objeciones. Cuando este se alejaba entre la multitud de invitados, todas observaron su musculosa espalda, marcada por la camiseta blanca de hilo que llevaba puesta. Unos pantalones chinos de color beige se adherían con gracia a su trasero.

—Está buenísimo —comentó Sandra, y todas la miraron.

—¿El ron con naranja que te estás tomando o el primo de *Zumosol*? —inquirió África.

Natalia y Lucía se miraron y rieron.

—Ambos, pero Santos más —puntualizó Sandra sin ápice de pudor.

—Sandra, jorge está en la fiesta, ten cuidado —advirtió Lucía y echó una ligera ojeada a su alrededor.

—Me lo tiraría —añadió, después de beber de su ron con naranja.

África, que también bebía de su *Puerto de Indias*, se rió y casi salpicó un poco a Natalia, situada frente a ella.

—Tú estás de coña, ¿no? —Lucía la miró estupefacta.

Sandra rompió a reír con una estridente carcajada.

—¡Pues claro que estoy de coña! Mi novio está cañón y no me siento tentada a la infidelidad —dijo, mientras su risa se apaciguaba.

—Tu novio está cañón y mi primo Santos está de rechupete, pero tengo entendido que hoy vienen unos amigos suyos que quitan el hipo... —a Natalia le brillaron los ojos.

—Has puesto cara de calentona, Nati —dijo África apuntándola con un dedo. Todas rieron.

—Esta noche no te los llevas tú todos detrás, rubita. ¡Hoy me toca catar algo bueno a mí! —proclamó, poniéndose una mano en la cadera y haciendo un simpático movimiento con el trasero.

—Pero ¿qué dices, Natalia? Tú siempre ligas —replicó Lucía y luego bebió un largo trago de su copa.

—Sí, claro, pero los *buenorros* babean por ti y por tu prima. El resto de gallinas del corral se quedan solo para los medio monos y para los chimpancés. ¡No hay derecho a eso! —zapateó, hincando en el suelo el tacón de diez centímetros.

Todas volvieron a reír.

—¡Exagerada! —exclamó Sandra.

—Pues hoy estás de suerte, Nati. Todos los *buenorros* para ti —irrumpió África.

Natalia la miro un tanto extrañada.

—¿Qué pasa? ¿No queréis catar, o estáis con la regla? —inquirió.

Lucía cabeceó.

—A ver, aquí mi Lucilú tiene ya un príncipe de ensueño. Guapo a rabiar. Y yo... —hizo una pausa, bebió de su copa y movió las pestañas para acabar el comentario —, yo simplemente paso.

Lucía la acribilló con la mirada y África se encogió de hombros sonriente.

—¡Y una mierda tú pasas! A otra con ese cuento, África —exclamó—. Tú no sales una noche que no te comas un buen bombón. Aunque solo sea en plan morreo y tal... Y tú... —se giró hacia Lucía—, ya puedes estar largando todo ese cuento del “príncipe guapo a rabiar”.

—¿Qué? Mi prima está loca, no le hagas caso —trató de evadir el tema y volvió a clavar los ojos en Afri al notar que esta reía.

—Tu prima es una loca muy cuerda, así que ¡zampa! —siguió diciendo Sandra.

Lucía resopló. Uno de los bármanes se acercó a la zona donde estaban y prácticamente las obligó a terminarse lo que quedaba en sus copas para llevárselas y dejarles otras nuevas. Lucía fue a negarse, pero con la exigencia de las chicas, no tuvo tiempo de hacerlo. Además, seguía con sed. Le apetecía

seguir bebiendo. Y se sentía genial.

—A ver, ¿qué queréis saber exactamente? —preguntó, ante las miradas inquisitivas de Natalia y Sandra, y la sonrisa traviesa de África.

—Exactamente lo que nos urge saber es si “el príncipe” es real o ficticio... —explicó Nati con autoridad.

—De ficticio tiene bien poco... —murmuró África.

—Es real —dijo al fin Lucía—. Pero no es un príncipe —aclaró.

—Lo parece —volvió a murmurar su prima.

—¿Ha habido mambo? —preguntó Sandra.

África carraspeó, cómica.

—¡Afri, cállate! —la reprendió Lucía, a sabiendas de que poco podía hacer ya para no tener que contar nada de Joe.

—Vale, me callo —hizo el gesto de echarse la cremallera sobre los labios.

—¿Te lo has tirado, Lucí? ¡Cuénta! —exigió Natalia.

Lucía pudo sobrevolar el tema y tratarlo con prudencia ante sus amigas. No evitó decirles que sí que había llegado lejos con él, pero también logró suavizar las sensaciones que se producían dentro de ella cuando recordaba ciertas cosas, para no exteriorizarlo y que estas lo tradujeran como que estaba...perdidamente enamorada. ¡No era así! ¿O sí? ¡No, no. No era así!

En venganza, Lucía también obligó a África a hablar de Jael. De lo terriblemente sexy que era y, por supuesto, de que este le había comido los morros. África también se sintió acalorada al acordarse de los ávidos labios de Jael sobre los suyos, decidiendo, por ello, ponerse en pie para ir a pedir otra ronda de copas y despejar la mente. Sin embargo, mientras el eficiente barman le servía lo que había pedido, ella desbloqueó su teléfono y volvió a mirar la conversación que tuvo un par de horas antes con Jael.

Sabía que lo había dejado sin respuesta y, como imaginaba, encontró tres mensajes más.

“Responde, Salvajita”.

“No habrás apagado el teléfono, ¿verdad?”.

“¿Sabes que quien calla otorga? ¿Tu silencio significa que sí?”.

“Vale. No insisto más. Yo también voy a salir. Estoy seguro de que por ahí debe haber alguna chica a la que sí le guste este idiota”.

África bloqueó el teléfono llevada por un golpe de enfado repentino.

¿Alguna chica a la que le gustara ese idiota?! ¿Por qué había lanzado esa sugerencia?! Él sabía de sobra que podía tener a TODA LA QUE QUISIERA. Incluso a ella si la hubiera vuelto a besar. Pero no lo había hecho. ¡Y sí, joder, sí! ¡Sí le gustaba ese pedazo de idiota! Aunque no iba a decírselo. ¡Ahora ya no!

Una hora después, las chicas, junto a Carlos, Jorge y Santos, tenían ya una buena dosis de alcohol en el organismo. Definitivamente el ambiente era muy bueno, a pesar de que el lugar se hubiera vaciado un poco. De hecho, era mejor así. Santos les recordó, por su actitud, que era un millonario simpático y un excelente anfitrión que sabía cómo hacer que sus invitados se sintieran como en casa.

—Voy a bailar —dijo Lucía con un tono de voz gracioso y se levantó. Carlos le dio la mano como todo un caballero para ayudarla, y esta le regaló una sonrisa.

África mantenía una condensada charla con Santos y no se percató de que su prima se alejaba en dirección a la carpa habilitada como zona de baile. Natalia y Sandra se habían ido un minutito antes al baño.

Corría una leve brisa veraniega y las cortinas transparentes le rozaron la cara. Ella arrugó el gesto y vio cómo un hombre, de unos treinta años, se acercaba bailado y la cogía de la cintura invitándola a ir con él hacia el centro de la pista. Había poca luz y muchos cuerpos sudorosos con los que se rozó hasta detenerse en un pequeño espacio libre. El hombre que la había arrastrado hasta allí la contempló un momento con atención y se inclinó para susurrarle al oído.

—Eres lo más bonito que he visto hasta ahora en la fiesta —se retiró y asintió para reafirmarse. Ella lo miró seria, pero luego fue curvando los labios para sonreírle. Sus ojos eran azules, los había visto por el reflejo de las luces que se movían entorno a ellos. Y pensó en Joe.

El desconocido, al verla sonreír, puso las manos sobre sus caderas y se acercó peligrosamente.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Lucas —miró sus labios y, sin esperas, se lanzó a besarla.

Cuando a Lucía le llegó aquel aliento caliente y alcoholizado, reaccionó a tiempo de que el beso aterrizara en su mejilla y no en su boca. Respiró nerviosa y dio un paso atrás. Él, desconcertado, torció el gesto y quiso abordarla de nuevo, pero otra chica, alta y robusta, apareció y se abrazó a su

espalda. El hombre intentó deshacerse de aquella sujeción, y Lucía aprovechó para escapar, camuflándose entre la abundancia de personas.

Se detuvo de nuevo fuera de la carpa e inspiró una bocanada de aire. Estaba mareada pero no lo suficiente como para sentirse mal. De hecho, se sentía genial. El ron no le caía tan mal como el vino. Se rio de sí misma cuando caminó unos pasos y se tambaleó sobre el césped húmedo. Cerca se hallaba una bonita fuente que salpicó su cara. Se acercó, tocó el agua y se pasó una mano por el cuello para refrescarse. Volvió a respirar profundamente y los ojos azules de Joe regresaron a su mente. Sonrió. Aquella mirada masculina era tan increíble y le provocaba tantas cosas... ¿Y si lo llamaba? ¿Y si lo invitaba a venir a la fiesta y se tomaban una copa juntos? La noche aún podría ir mejor si él apareciese...

No tardó en desbloquear el teléfono y escribirle un mensaje.

“¿Quieres que nos veamos?”.

Joe tardó varios minutos en enviar una respuesta. Incluso Lucía estuvo a punto de guardar el teléfono, pensando que quizá ya estuviera dormido.

“¿Ahora?”.

“No me digas que te he despertado”.

Lucía se mordió el labio inferior, por la posibilidad de haberlo molestado.

“Estaba con Jael tomando algo y no tenía el teléfono cerca. ¿Te referías a vernos ahora?”.

Joe se acabó la *Coca-Cola* que tenía en la mano y dejó el vaso encima de la barra del local privado donde él y Jael habían ido a jugar unas partidas de billar. Este último hizo su tirada, tomó un trago de su vaso y, con el taco apoyado en el suelo, observó a su amigo con el móvil.

—¿Quién es a estas horas? ¿Pasa algo?

Joe elevó la mirada un momento y negó con la cabeza.

“Si es muy tarde lo dejamos para mañana”. Lucía, aunque se moría de ganas por verlo, seguía creyendo que ponía a Joe en un compromiso.

“Ok, dime dónde estás”. Este mensaje de Joe pareció bastante autoritario, pero pintó una sonrisa brillante en el rostro de ella.

Cuando Joe bloqueó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo, encontró a Jael sirviéndose otra copa.

—Deja eso, nos vamos.

Jael levantó la cabeza y lo miró extrañado.

—¿Adónde?

—Vamos a hacer algo que creo que te va a apetecer bastante... — comentó como respuesta.

Jael torció el gesto y Joe sonrió.

—Antes no quisiste salir y me liaste para que yo tampoco lo hiciera... ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión de repente? —inquirió Jael dándole un trago a su nueva bebida y abandonándola en la barra para seguir a Joe, que ya se dirigía hacia el ascensor que los llevaría directamente al hotel.

—No tenemos seguridad, por eso no quise salir antes...

—¿Acabas de contratar un guardaespaldas, o qué?

—Podría hacerlo, pero no quiero perder más tiempo. Además, espero que no nos haga falta; vamos a una fiesta privada.

—¿Y qué es lo que se supone que hay en esa fiesta y me va a apetecer mucho según tú? —Jael miró de soslayo a Joe, interesado en oír la respuesta.

Joe sonrió súbitamente y carraspeó antes de hablar.

—Tu Salvajita, ¿te parece poco? —arqueó una ceja con gesto cómplice, y Jael, después de unos segundos de parálisis, sonrió del mismo modo.

África al fin encontró a Lucía por alguna parte del jardín. Uno de los bármanes le había dado conversación, y esta se hubo quedado junto a la barra, sentada sobre un taburete, absorta en la manera que tenía aquel chico, excesivamente musculoso, de preparar una serie de cócteles.

—¡Luci! Estaba a punto de buscarte dentro de la piscina. ¿Qué haces aquí sola? —llegó hasta su prima y se subió a otro taburete.

—No estoy sola, Raúl está preparándome un cóctel, ¿quieres uno?

A pesar de arrastrar un poco las palabras, Lucía no parecía estar borracha. Solo un poco contenta. Bueno, un poco más que contenta. Sonreía y le brillaban mucho los ojos. África la observó y no pudo más que alegrarse por ella. Así le gustaba verla. Merecía la pena que de vez en cuando unas cuantas copas sirvieran de ayuda. ¡Eran demasiado jóvenes! ¡Estaban en la edad de permitirse algunos excesos!

—¡Venga, sí! ¿Quien dijo miedo? Me apunto —contestó Afri con energía, e inclinándose un poco sobre la barra para mirar cómo el tal Raúl, ágilmente, terminaba de hacer el cóctel y lo vertía en dos copas.

—Espectacular —murmuró Lucía a medida que la bebida de color rosa

se deslizaba por el cristal.

—Espero que os guste, es una creación mía —comentó el chico con amabilidad. Y además de amable era muy atractivo; de pelo moreno, ojos miel y con el toque final de una barba bien retocada que le hacía lucir un estilo espartano muy varonil.

África se llevó la copa a los labios y él la observó expectante.

—¡Uumm! —emitió al instante, e hizo que Raúl sonriera con satisfacción.

Lucía imitó a su prima con la intención de gratificar todavía más al muchacho, quien desvió sus vivos ojos de una chica a otra, deleitándose de aquella reacción que había provocado en ellas con su cóctel especial.

—Maravilloso —África volvió a beber—. La receta no la das, ¿verdad? —continuó con gesto divertido y él negó suavemente con la cabeza. Tan suavemente que parecía dubitativo.

—Era de suponer —rio Lucía.

—Pues qué pena... —añadió la rubia y pasó el dedo por el filo de la copa para recoger un poco de la sustancia. Luego, de manera inocente, lo saboreó un instante.

—En todo caso... —Raúl hizo una pausa mientras se metía la mano en un bolsillo del pantalón—, os puedo dar mi número de teléfono y también mis redes sociales. Si os apetece en algún momento, para algún tipo de evento que organicéis o simplemente para tener una botella en casa, me ofrezco a desplazarme a donde sea... —arrastró una tarjeta de presentación sobre la barra.

Las dos primas se miraron sorprendidas y sonrientes. ¡Qué barman tan atento!

—¡Por mí perfecto! —exclamó Lucía y le dedicó una sonrisa afirmativa al chico. Él la correspondió.

África cogió la tarjeta y le echó un vistazo.

—Eres la caña, Raúl Cavalcanti. ¿Italiano? —se interesó.

—Mi padre. Yo solo estuve allí hasta los dos años —explicó él y se sonrieron.

—Das el perfil —irrumpió Lucía.

—¿El perfil de...? —inquirió Raúl mirándola con atención.

—De pelis como *Gladiator*, *Hércules*, *Dioses del Olimpo*...

La observación de Lucía hizo que el muchacho se sorprendiera y emitiera una espontánea risa.

—Mi prima tiene razón. Pasarías perfectamente por uno de los tantos hijos de Zeus —siguió diciendo África, provocando que Raúl parara de reír para mirarla fijamente.

África se fue tornando seria y lo escrutó con la mirada.

—¿He dicho algo que te molestase? —preguntó cautelosa.

—Mi padre se llama Zeus —aseveró—. Zeus Cavalcanti.

—Vaya tino has tenido, Afri —rio Lucía.

—Entonces seguro que es un gran padre... Zeus era el rey de los dioses. No puede ser de otra manera... —explicó con naturalidad. La mitología griega le encantaba.

—Lo es —asintió el hijo de Zeus—. ¿Sabéis una cosa? Sois dos primas geniales. Sevillanas, simpáticas, graciosas...

—Guapas... —añadió Lucía.

—Sí, y me vais a permitir que os diga que también estáis muy buenas... —alzó las manos en el aire como gesto de disculpa por su comentario.

Las chicas rieron.

—Te lo permitimos todo si nos pones otro cóctel de estos... —dijo Afri y se terminó de un trago la cantidad que quedaba en la copa.

—Eso está hecho —sonrió Raúl y se dio la vuelta para ir a buscar todo lo que necesitaba para elaborar la especialidad.

Una canción muyailable comenzó a sonar e, instintivamente, Lucía y África comenzaron a moverse sobre el taburete siguiendo el ritmo.

—Pero, ¿qué tenemos por aquí? —sin previo aviso, dos chicos increíblemente guapos, de los que con su sola presencia cortaban la respiración, de los que con su envolvente olor masculino podrían hacer morir de amor a cualquier chica, se acercaron a ellas. Uno de los dos, el de tremendos ojos azules, se inclinó y rodeó a Lucía desde atrás para darle un sugerente beso en la mejilla. El otro, miró tan intensamente a África, que provocó que esta se estremeciera. Joe y Jael no solo habían llegado a la fiesta, sino que entraron al chalet sin problemas y las localizaron con rapidez. El mismísimo Santos, feliz de la vida, los había hecho pasar cuando estos dieron el nombre de las primas.

—¡Hola, ya estás aquí! —Lucía hizo girar el taburete consigo encima y,

aprovechando que tenía a Joe muy cerca, rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella para volver a besarlo en la mejilla.

Él no esperaba aquella reacción, pero en seguida compendió que su Gominola había bebido más de lo habitual. No se opuso a aquella muestra cariñosa. Es más, también necesitaba sentirla así. Apretarla, pegarla a su cuerpo... Disfrutarla.

Jael, después de un minuto en silencio, insinuó una sonrisa a África. Ella le siguió de igual forma.

—Hola —dijo él.

—Hola —murmuró ella, mostrando un toque tierno que por lo general solía esconder.

—El rojo te sienta muy bien —añadió Jael y esbozó una amplia sonrisa.

África también sonrió, consiguiendo que este la observara de esa forma en que parecía querer despojarla de su ropa.

—¿Me das un beso? —preguntó ella súbitamente.

Jael atenuó la sonrisa al notar, de nuevo, aquella sensación revolucionaria invadiendo su estómago; esta vez, más intensa y menos controlable que en otras ocasiones. Tras varios segundos en los que, sin entender, no pudo moverse, se acercó a ella lentamente y la besó justo en la comisura de la boca. Mantuvo sus labios en aquel maravilloso lugar por más tiempo del que un sencillo beso solía durar, y cerró los ojos reconociendo el increíble y delicioso aroma que manaba de ella. Ese olor que mezclaba lo dulce, lo nuevo y lo candente, no solo lo atraía, sino que también lo atrapaba. Cuando estaba tan cerca de su Salvajita como para poder inspirarla de aquella manera, su cuerpo reaccionaba, se tensaba, ardía y lo empujaba a querer cometer todas y cada una de las locuras que pasaban por su mente. Lo más decente que podía desear en esos momentos, era hacerla gemir debajo de él y no detenerse hasta volverla loca. A fin de cuentas, él también estaba a punto de perder la cabeza por desearla tanto.

Abrió los ojos muy despacio y se separó solo unos centímetros. Se miraron y ella se humedeció el labio inferior. Él desvió un instante su mirada a dicho punto y casi sucumbió a las ganas de comérsela bajo sus propias leyes; sin decir ni una palabra y hasta quedar saciado. Ya conocía su sabor, y todo su ser lo vapuleaba exigiéndosela, como si de un adicto se tratara. África era terriblemente deseable, y contenerse estaba suponiendo un sacrificio y un serio problema para su salud física y mental. Su cuerpo se encontraba en un

crítico balance de tiempo, espacio y desesperación, que lo impulsaba a tomar la definitiva decisión de no contenerse más. ¿Que por qué se contenía? ¡No tenía ni idea! Pero había disfrutado y se había encendido tanto solo con mirarla, que, en ocasiones, tenía la sensación de haberle hecho el amor así. Sin tocarla.

«¡Santo padre! ¿Hacerle el amor? ¿De dónde cojones salía aquello?»

—Tú también estás muy guapo—. La voz de Afri lo sacó de su ardiente enajenación. Dio un paso atrás y curvó los labios en respuesta a su comentario.

—Gracias. Esta vez lo has captado. Vas progresando, Salvajita —recuperó un poco de su socarronería.

Afri le sacó la lengua.

Jael se movió un par de pasos y ambos se dieron cuenta de que Joe y Lucía habían desaparecido por arte de magia.

—¡Se han ido, qué capullos! —exclamó África un tanto sorprendida. Definitivamente aquella huída estaba hecha a posta para dejarlos solos.

Jael se encogió de hombros.

—Bueno, es lógico que quieran estar a solas. No te quejes, Salvajita, no te han dejado desamparada —refiriéndose a sí mismo, sonrió con suficiencia.

África, sin duda, estaba absolutamente de acuerdo con él. Desde que Jael había pisado la fiesta, no podía haber hombre que le hiciera sombra. Lo de que a veces se comportara como un idiota le resultaba divertido y hasta un poco morboso. África ya solo quería que fuera así de idiota con ella; ¡qué puta locura! ¿Se estaba convirtiendo en una especie de bicho posesiva?

—África, el cóctel has de bebértelo muy frío —escucharon decir a Raúl, el espartano barman que la miraba con sus grandes manos apoyadas en la barra.

África lo atendió y asintió sonriente, y fue correspondida al instante. Jael los observó y su ceño se frunció de manera natural.

—Es un consejo —añadió el barman—. Y no olvides esto... —continuó, arrastrando nuevamente su tarjeta de presentación hacia ella.

—Por supuesto que no —África la cogió y la sostuvo en la mano—. Gracias, hijo de Zeus —sonrió divertida.

—¿Le pongo algo? —Raúl se dirigió a Jael, que tenía clavados los ojos en él con cara de pocos amigos.

—Me pones un *Bourbon* con hielo —respondió con sequedad y lo siguió con la mirada unos segundos hasta que se dispuso a servirle la copa.

Cuando Jael regresó su atención a África, esta lo observaba entre las pestañas, un poco desconcertada. Él se incomodó al percatarse de que tal vez, sin darse cuenta, se había comportado como un... Sí, otra vez, como un novio posesivo. Le pasó lo mismo el día que la vio probándose un bikini en el puesto de aquel crío, al que se le salían los ojos y estaba a punto de derretirse como un puto flan. ¡Pero, ¿qué narices le pasaba cuando algún sujeto del género masculino se embelesaba con ella?! Que la vieses de esa manera era lo más normal del mundo; ¿acaso no le pasaba a él lo mismo? Claro, aquella era la respuesta. No le hacía ni puta gracia que otros tuvieran esos pensamientos tan desequilibradamente sexuales con su Salvajita. Eso sería como estar compartiéndola. ¡Y qué diablos, no quería compartirla con otro ni siquiera de forma mental!

«Dios mío, qué odisea», se dijo a sí mismo mientras seguía mirándola.

—A veces me gustaría saber qué piensas cuando me miras así... —se atrevió a decir ella.

Jael optó por no responder a eso. Mejor no. Tomó el vaso de whisky que ya tenía sobre la barra y bebió un sorbo.

—No quieras saber eso —dijo, al ver a Afri en actitud de espera.

—¿Tan malo es? —continuó.

—Oh, no. Nada malo —negó, escondiendo una sonrisa.

—¿Entonces? —insistió.

Jael había vuelto a beber y la miró a través del cristal del vaso. Luego lo dejó en la barra y clavó sus ojos en los de ella.

—¿Qué perfume usas? —inquirió, desprendiendo una autoridad natural tan atractiva, que hizo que a África le ardieran las mejillas.

—¿Por? —arqueó una ceja, inquisitiva.

—Porque... Joder, porque hueles que alimentas. Porque tu olor es en gran parte culpable de cómo te miro —explicó, con un punto nervioso que a ella le pareció gracioso. Él inspiró con fuerza y al soltar el aire volvió a mirarla fijamente.

—O sea, que como huelo muy bien, me comes con los ojos... —reflexionó, queriendo matizar la situación, que tomaba un rumbo delicado con toque cómico.

—No, espera... Esto no es nada gracioso. Porque lo peor de todo, o lo

mejor, según como quieras verlo, es que, realmente... no solo te comería con los ojos, sino también con la boca —se atrevió a confesar.

África lo miró quieta y en silencio. Pero Jael no iba a retroceder después de haber soltado aquello.

—Joder, Salvajita... Te comería entera. De pies a cabeza —añadió.

Ella permaneció callada sin quitarle ojo de encima, aunque ocultaba una sonrisa eufórica que quería brotar de sus labios.

—Pero, no me digas que no lo intuías... —continuó Jael—. Todo ese tira y afloja que tuvimos al principio y que a veces reaparece como un juego, no es más que un tonto morbosidad entre tú y yo... —siguió. Estaba liberándose—. Cuanto más... —hizo una leve pausa y chasqueó la lengua—. Cuanto más Salvajita te pones, más me gustas.

África asintió involuntariamente. Él detuvo sus palabras y la observó interrogativo. Quería que dijera lo que estaba pensando.

—Dilo, África —la presionó con suavidad. Dio un par de pasos hacia ella y acogió sus mejillas entre las manos.

África lo miró embelesada y tragó con fuerza.

—Cuanto más idiota te pones, más... —Jael no dejó que esta terminara de hablar. Se inclinó y, estrellando sus labios, comenzó a besarla con un ansia desmedida. Con una fiebre ascendente que ardía en sus venas.

Las caderas de Jael buscaron la manera sutil de hacer que las rodillas de Afri se separasen, y se situó entre ellas. Sintió que aquel espacio estaba hecho para él y, apretando el cuerpo femenino contra el suyo, le mostró cuán terrible era el tamaño del deseo que le provocaba. Su erección creció y se endureció a medida que sus lenguas se acariciaban, intercambiando humedad, calor y sabor.

Jael gruñó, cogiéndola por la nuca, cuando percibió el pequeño indicio de que África iba a distanciarse. Luego compendió que debía dejarla respirar y se obligó a poner un par de centímetros de distancia. La miró con deseo, al tiempo que esta respiraba agitada. Maravillosamente agitada, desde el punto de vista de él.

—Esto es solo una mínima parte de lo que pasa por mi cabeza cuando te miro...

Lucía y Joe se habían sentado en un sofá blanco, situado en un rinconcito bastante acogedor del salón. Poco a poco, en una conversación llena de preguntas, risas y caricias inocentes, se fueron aproximando. Sin que

apenas se diera cuenta, Lucía se encontraba sentada entre las piernas de Joe, con la espalda apoyada en su pecho. A intervalos, él no pudo evitar inclinar la cabeza y buscar su mejilla para besarla. ¿Aquello era en plan amigos? ¿En serio?

—Joe... —murmuró ella, cuando uno de aquellos pequeños y cándidos besos fue a parar a su cuello. La estremeció. La hizo cerrar los ojos y estuvo a punto de gemir.

—¿*Uumm?* —respondió él con un sonido perezoso.

—Esto no es de amigos —apuntó ella con poca voz y volvió a entrecerrar los ojos sintiendo cómo la sensual boca de Joe se abría poco a poco sobre su piel.

—No somos solo amigos, Gominola; somos muy buenos amigos —susurró Joe. También tenía los ojos cerrados, dispuesto a no separarse de ella.

Lucía esbozó la insinuación de una sonrisa y se encogió un poco entre los brazos masculinos que la rodeaban.

—No deberíamos... —añadió sin fuerzas, rezando porque Joe no le hiciera caso.

Él suspiró despacio sin apartarse ni un mísero centímetro. Su cálido aliento se deslizó por el cuello de Lucía hasta colarse en el interior de su camisa en dirección a sus pechos. Aquello fue como una caricia de las tantas que Joe le había hecho cuando estuvieron juntos, desnudos y piel con piel.

—Por favor, no digas nada, Lucía. Solo siente. Necesito esto... —volvió a darle un beso, esta vez en la nuca—. No voy a pasar de aquí si no quieres... —exhaló.

Y Lucía se quedó quieta, sin decir nada, con los ojos cerrados, sintiendo cómo Joe y sus labios la adoraron durante casi diez minutos. No pudo remediar aquel ligero temblor que se apoderaba de sus extremidades. Era una respuesta involuntaria de su cuerpo. Era la excitación de Joe provocando la suya propia. Eran las ganas contenidas de darse la vuelta y sentarse a horcajadas sobre él y suplicarle con besos que la sacara de aquel lugar. Que la llevara de vuelta a su cama. Que la hiciera suya otra vez entre sus sábanas.

—Joe... —se obligó a despertar. Tomó las manos de él sin dejar que este la mantuviese más tiempo cautiva, y puso distancia entre los dos.

Joe le pidió compasión con la mirada. Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No puedo creer que no estuvieras disfrutándolo... —dijo Joe y se

mordió el labio inferior, paliando la sensación de vacío en la que Lucía había dejado su boca al apartarse.

—No puedo negarte eso porque mi cuerpo ha hablado por mí —respondió ella.

—Entonces vuelve aquí, por favor —rogó y se abrió de brazos reclamándola.

Lucía volvió a negar con un suave movimiento.

—Lucía, mira dónde estamos. Aquí no voy a desnudarte... —quiso convencerla y que le tuviera confianza. No pasaría de unos besos, y no se los daría en la boca aunque estuviera muriéndose por hacerlo.

—No vas a desnudarme pero lo vas a desear —replicó ella.

Él guardó silencio un momento, escrutándola.

—Todos estos días atrás lo he deseado y no lo he hecho. Ni siquiera lo he intentado. Me dejaría morir de deseo, pero escúchame, siempre te respetaría... —explicó con sinceridad y dulzura, y en ese momento ella estuvo tentada a complacerlo en todo.

Joe alargó un brazo y le acarició la mejilla.

—Eres muy importante para mí, Lucía —susurró.

—Tú también —murmuró ella y ambos se sonrieron.

Lucía se puso en pie y él la siguió con la mirada.

—No te me escapes —dijo, esta vez, en tono gracioso.

—Regreso enseguida. Voy a pedir algo de beber para los dos.

—Espera, puedo ir yo —irrupió Joe e intentó levantarse.

Lucía puso las manos sobre sus hombros para volverlo a sentar en el sofá. Él la miró disconforme.

—No tardaré ni cinco minutos. Le caigo bien a aquel barman y me atiende muy rápido —presumió.

Joe acentuó su disconformidad frunciendo el ceño hasta unir sus cejas. Lucía lo vio simpático y se alejó riéndose.

Sonaba música tranquila. Para satisfacción de Lucía, era un tema de *Malú* el que ponía la nota romántica en aquel salón. Hablaba de desamor, pero igualmente era una canción maravillosa, que podía erizar la piel hasta al más insensible de los tíos.

Caminó tarareando hacia la barra y, al llegar, se hizo de un hueco, apretándose un poco entre dos cuerpos. Ni siquiera se había fijado hasta que

se rozó con ellos, de que a su izquierda había una chica alta, pelirroja y con curvas, y a su derecha, sin lugar a dudas, un hombre alto y con brazos morenos y musculosos. Contrajo el gesto al percibir un perfume varonil que nubló sus sentidos por unos segundos.

Tanto no había bebido como para marearse de aquella manera. Agitó un poco la cabeza para disipar la sensación y volvió a sentirse genial.

El barman la localizo con ligereza y le guiñó un ojo para hacerle saber que estaría con ella en un momento. Lucía sonrió complacida y exclamó.

—¡Tranquilo, Esteban, puedo esperar!

De repente, el imponente cuerpo masculino que estaba pegado a su costado derecho se movió para girarse hacia ella. La fricción de ambos cuerpos hizo que Lucía también alzara la mirada instintivamente hacia él.

Y lo vio.

Los ojos verdes custodiados por espesas pestañas negras se clavaron en los de ella como dos puñales. El impacto fue brutal y todo sonido quedó mermado a su alrededor. Su piel morena. Su pelo negro de aspecto sedoso y brillante. Sus labios carnosos que infundían peligro. Su altura, implacable. Y claro, su perfume. Ahora entendía que su cuerpo lo había detectado en cuanto estuvo junto a él.

Lucía echó un paso atrás, aunque no por miedo. Tal vez, por desprecio. Sí, debía ser eso. Desprecio. Aunque no podía negar que el impacto de tenerlo delante y haberlo sentido apretado a ella, la aturdió.

—Llegó la hora —dijo él, sin mover ni una pestaña. Ella dio otro paso atrás y entonces sintió cómo una de sus fuertes manos le rodeaba un brazo.

—SUÉLTAME —espetó Lucía sin elevar mucho la voz, pero con ira.

Inmediatamente él la atravesó con una mirada posesiva que la hizo regresar al pasado.

—He dicho que llegó la hora —repitió, en esta ocasión como una orden.

Lucía parpadeó una sola vez y luego dejó sus ojos inmóviles en dirección a los suyos. Respiró con fuerza e hizo acopio de todo su valor para rugirle en la cara. Para defenderse.

—No sé lo que estás tratando de decirme con eso, pero creo haberte dejado claro en un par de ocasiones que no voy a regresar contigo y que quiero que me olvides —dicho esto, trató de darse la vuelta para marcharse, pero fue inútil.

Mateo la tomó por el brazo de nuevo y tiró de ella sin el mínimo gesto de cuidado. De hecho, Lucía contrajo el gesto por el dolor que aquellos dedos le produjeron al clavarse en su piel.

—No me interesan las tonterías que me pusiste en esos mensajes, Lucía. ¡Todo es mentira! Nunca has podido resistirte a mí. Fuiste una niña obediente y tolerante conmigo hasta que creíste ver...

Lucía no pudo soportar que Mateo estuviera recordándole lo sumisa que fue tiempo atrás. Y mucho menos, que tuviera la poca vergüenza de mencionar lo que sí ocurrió, aunque él siguiese defendiendo que los hechos no fueron así.

—¡¡Cállate!! Ni se te ocurra hablar de eso... —se puso de puntillas y se desgañitó para hacerlo callar.

Mateo enmudeció por un instante, desconcertado por aquel ataque de ira con el que Lucía lo abordó. La escrutó con sus enormes ojos verdes encendidos de rabia y deseo, y la tomó con fuerza por la cintura.

—Salgamos de aquí. No te voy a permitir este desplante —gruñó con fuerza y tiró de ella con la fiereza de un huracán. Mateo le sacaba muchos años y siempre había sido un hombre imponente.

La gente a su alrededor se apartaba dejándolos pasar y mirándolos expectantes. Las chicas con susto y los chicos con desaprobación, pero nadie osó a meterse en medio de ellos. Sin embargo, antes de que Mateo alcanzara la puerta de salida al jardín, un torso más ancho que el suyo le cortó el paso. Lucía sollozó al ver de quien se trataba.

Joe estaba ahí, con el gesto contraído y los ojos zafiro irradiando una furia que no había visto nunca en él. Mateo estiró el cuello de un lado a otro y casi se oyó el crujir de su mandíbula.

—Aparta tus manos de ella —exigió Joe en tono amenazante.

Mateo sonrió con sorna y con maldad.

—Apartare tú de mi camino, niño de mierda —gritó con una mirada asesina.

—¡¡SUÉLTALA!! —rugió Joe, pegando su frente a la de Mateo. Este lo empujó con la mano que tenía libre y apenas lo desplazó dos o tres pasos.

Ambos venían a ser de la misma estatura, pero Joe le sacaba ventaja en músculos y en juventud.

La gente se arremolinó alrededor de la escena. Santos apareció y, como dueño de aquella casa, intentó mediar. No le fue posible.

—¡¡Esta mujer es mía y se quiere venir conmigo!! —vociferó Mateo con fuerza.

En ese momento un cuerpo femenino se abrió paso entre los espectadores y se situó delante de este. África lo atravesó con la mirada fría como un iceberg cuando vio y escuchó sollozar a su prima Lucía, medio escondida detrás de él.

—La que faltaba... —la repasó él con la mirada encendida.

—¿Qué mierda haces aquí, capullo? ¡¡Si no sueltas a mi prima te saco los ojos!! —gritó.

—Basta..., basta... —se oía llorar con rabia a Lucía.

Jael, agitado, se situó cerca y esperó a que el tal Mateo se diera por vencido, soltara a Lucía y no hiciera nada que diera lugar a una encarnizada pelea. Pero no fue así.

—África, tú tienes la fortuna de conocerme. Sabes que ni tú ni cincuenta como tú podrían conmigo. Tampoco tus amiguitos, estos que veo tan dispuestos a defenderos... ¡¡Cógelos a ambos de la manita, llévatelos y fóllatelos!!

La voz de Mateo resonó en los oídos de todo aquel que centraba su atención en lo que estaba ocurriendo. A más de uno, escucharlo, le retorció las tripas. Pero lo que vino después fue catastrófico.

África se abalanzó sobre Mateo, pero Jael reaccionó a tiempo de atraparla en el aire. Aún así, esta logró arañarle la cara, muy cerca de uno de sus ojos. Sin embargo, un certero puño de Joe apareció delante de su nariz y lo golpeó tan bestia, que lo dejó tirado en el suelo. Lucía quedó libre al instante y quiso ir a detener a Joe, que, en vez de frenarse, se cernió sobre el cuerpo de Mateo y le asestó golpe tras golpe. Ella se abrazó a la espalda de Joe e intentó tirar de él para alejar sus fuertes brazos del alcance del hombre herido que tenía debajo. Mateo tenía sangre por toda la cara.

Santos se llevó las manos a la cabeza y pidió ayuda a Carlos y a otros dos chicos para parar aquella tragedia. Cogieron a Lucía en volandas y la mantuvieron alejada. Esta, desde donde estaba, rezó para que pudieran reducir a Joe. De lo contrario, cometería un asesinato aquella noche y destrozaría su propia vida. Sintió verdadero terror al imaginarlo.

Entre los tres chicos consiguieron desestabilizar a Joe y arrastrarlo hacia atrás. El cuerpo de Mateo quedó libre y, contra todo pronóstico, se levantó lleno de pura adrenalina y se lanzó sobre Joe.

Lucía gritó y gritó viendo cómo su ex-novio se ensañaba con el chico que... Con el chico que amaba. Sí. El miedo a que Mateo pudiera hacerle mucho daño, e incluso algo peor, la hizo verlo todo claro. Realmente estaba enamorada de él. Su corazón se resquebrajó con cada fuerte latido. Y dolía. Dolía por Joe Mcilroy.

Ella quiso correr y meterse entre aquellos dos cuerpos masculinos que batallaban por su culpa, pero varias chicas la tenían bien sujeta y no pudo más que gritar para suplicar y llorar. Su rostro era un mar de lágrimas. Cerró los ojos con fuerza para no seguir viendo que estaban matándose el uno al otro, y un eterno minuto después, todo pareció recobrar la calma.

Jael estaba allí con el cuerpo de Joe entre sus brazos. Ambos de pie. El torso del último quedaba al descubierto pues tenía la camisa rota y ensangrentada. Su pecho subía y bajaba con agitación, mientras que Jael le hablaba cerca del oído para templarlo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Lucía es mi mujer y siempre lo será! —vociferó Mateo, también retenido por Santos y Jorge.

—Nunca, ¿me oyes? ¡¡Ella nunca volverá contigo!! —replicó Joe furibundo.

Mateo rompió a reír con una carcajada sardónica.

—No sé quién diablos eres tú, pero estás en un gran error —asintió convencido—. Lo que hemos vivido esa chica y yo es insuperable. Cosas que no imaginarías y que solo podría tener conmigo... ¿No es así, Lucía? —se dirigió a ella.

Lucía le lanzó una mirada de odio, que él sostuvo, exigente e implacable.

—Lucía, no. No le hagas caso. ¡No lo mires! —exclamó Joe en tono suplicante.

Ella giró la cabeza y buscó los ojos zafiro de Joe, que la miraban rogándole que corriera hacia él. Gritándole que la necesitaba. Que fuera y lo abrazara. Que solo así derrotaría a Mateo para siempre. Que juntos lo harían.

—Lucía, te quiero... —continuó, con la voz a punto de romperse por la desesperación.

Y estuvo a una milésima de ir y fundirse con él en un abrazo. A Lucía le faltó muy poco para seguir el camino que le indicaba su corazón. Sabía cuánto le quería y él acababa de confesarle lo mismo. Estaban completamente enamorados y ya no había motivo por el cual fingir que solo serían amigos.

Eso nunca lo hubieran podido llevar a cabo. Se deseaban demasiado.

—Ven aquí a mi lado, princesa —ordenó Mateo, esta vez con una suavidad que a ella le provocó náuseas.

Lo miró y él movió la cabeza para convencerla. Aquella mirada asesina ya la conocía de sobra y sabía hasta dónde sería capaz de llegar. Así que Lucía, haciendo añicos el corazón de Joe y el suyo propio, agachó la cabeza y echó a caminar hacia Mateo. Se situó a su lado y este deslizó una mano por el brazo de ella hasta entrecruzar sus dedos. Le dio un beso en la cabeza y tiró suavemente de su mano para llevársela de allí.

Al pasar junto a Joe, a pesar de que Jael lo sujetaba, este tiró de su cuerpo con fuerza hasta interponerse ante Lucía. Ella lo sintió inmediatamente y apretó los ojos con fuerza. Se miraron y él negó con la cabeza.

—Por favor..., no puedes hacer esto. No, Lucía. No nos destroces así...

Lucía vio cómo se cristalizaron los dos océanos azules con los que Joe le rogaba, y se sintió morir.

—Déjame pasar, Joe...

La voz de Lucía, rota pero decidida, destruyó en un millón de pequeños pedacitos cada una de las ilusiones y esperanzas que Joe tenía puestas en un futuro para los dos. No obstante, se apartó despacio y la vio alejarse.

Jezabel Marí

Capítulo 20

Mateo siguió tirando de Lucía hasta su coche. Una vez frente al deportivo negro, ella paró en seco, intentando deshacerse de la mano que este mantenía fuertemente apretada alrededor de su delgado brazo.

—¡Suéltame! —dijo ella con firmeza. No era una petición, era una orden. En ese momento Mateo frunció el ceño, desaprobando su actitud.

—Creo que en este tiempo que has pasado sola se te han olvidado algunas cosas... —espetó él—. Aquí yo ordeno y tú acatas, ¿recuerdas? —

añadió mientras acercaba su mano libre a la mejilla de ella para acariciarla. Lucía volvió la cara para evitar el contacto.

—No, Mateo. Estás muy equivocado —replicó—. Si he venido contigo es solo porque... tú y yo, tenemos una última conversación pendiente.

Él la miró con extrañeza. Algo había cambiado en ella. Algo que no sabía o no quería descifrar, pero que, intuía, iba a descubrir muy pronto.

—Está bien —dijo, liberándola y levantando los brazos—. ¿Quieres hablar? Hablaremos, pero no aquí. ¿Vamos a mi casa? —preguntó, aunque Lucía sabía que realmente no era una pregunta. Aquél no era su estilo—. No creo que la calle sea el sitio indicado para tener esa “importante” conversación. Además, necesito curarme esto —explicó de una forma algo más amigable, señalándose la ceja derecha, que aún sangraba.

Al mirar la herida, Lucía no pudo evitar recordar alguna de las escenas vividas momentos atrás. Se estremeció al acordarse de la situación en la que había dejado a Joe; no solo por los golpes que Mateo le había propinado a traición, sino por su mirada, la cual se había quedado realmente grabada en su corazón y hacía que sintiera un dolor insoportable. El zafiro intenso de sus ojos al interponerse entre Mateo y la salida, mostraron sentimientos inequívocos, mezcla de rabia y celos. Y después, el mismo azul, había pasado a ser glacial y lleno de súplica al verla marchar.

—¿Subes? —sugirió Mateo con aire autoritario, abriendo la puerta del copiloto y sacándola de sus pensamientos. Ella no contestó, simplemente subió al coche de manera mecánica, sintiéndose nuevamente presa dentro del lujoso coche.

Mientras tanto Jael y África, aún en el interior del chalet, habían conseguido tranquilizar un poco a Joe.

—Creo que ya no hacemos nada aquí, mejor nos vamos —dijo Jael, mientras comenzaba a caminar hacia la salida, a sabiendas de que sus acompañantes lo seguirían.

Joe asintió sin levantar la mirada del suelo y comenzó a caminar.

—¿Os importaría llevarme a casa? —preguntó África, sujetando una servilleta contra el pómulo de este, para cortar la hemorragia de un pequeño corte que tenía.

—Claro, no hay problema —respondió Jael—. Esperadme aquí, voy a por el coche—añadió, una vez fuera, alejándose calle abajo.

África y Joe se quedaron esperando en la acera, frente a la casa de

Santos. La rubia lo miró, y una sensación de pena la invadió al verlo cabizbajo. En el poco tiempo que hacía que lo conocía, Joe se había ganado su cariño. Era simpático y tenía buenos sentimientos hacia su prima.

—A ver, ¿me dejas que le eche un ojo a esa herida? —sugirió, rompiendo el silencio. Se acercó y, empujándole el mentón dulcemente con la mano, le giró la cara y lo examinó.

—Aún no creo lo que está pasando —refunfuñó él, llevando la mirada hacia los azules ojos de Afri.

En ese preciso momento, les llamó la atención la escasa velocidad a la que un coche se acercaba, y los dos se giraron instintivamente pensando que era Jael.

El lujoso *Mercedes* que conducía Mateo pasó premeditadamente lento frente a ellos. Este había visto a los chicos salir de la casa justo antes de subir al coche y quería dejar claro quién había sido el vencedor. Lucía era su trofeo y alardeó del triunfo. Por ese mismo motivo llevaba las ventanillas abiertas, ya que los cristales tintados del vehículo habrían evitado que los vieran.

Al percatarse de quién iba en el interior, África apretó con fuerza el brazo de Joe. Temía que se le escapara y se lanzara sobre el vehículo al ver a su prima. Todo volvería a empezar y sería terrible. Sin embargo, Joe se quedó inmóvil, cual estatua de sal.

Lucía dirigió primero los ojos hacia su prima, transmitiéndole sus intenciones. África movió la cabeza leve y afirmativamente como respuesta, siendo esta una comunicación entre ambas casi imperceptible para los demás. Seguidamente miró a Joe y sus pupilas se fundieron por un segundo. Estaba segura de que un solo gesto suyo bastaría para que él corriera hasta el coche y la sacara de allí entre sus brazos. Ese era el sitio donde realmente quería estar. Pero había de evitarlo y retiró la mirada para clavarla en la alfombrilla negra bajo sus pies.

Por su parte, Mateo sonrió con sarcasmo sabiendo que había conseguido lo que pretendía. Aceleró de manera temeraria, derrapando las ruedas y desapareciendo de la vista de África y Joe en cuestión de segundos.

—¿De verdad no quieres venir con nosotros al hotel? —volvió a preguntar Jael desde el asiento del conductor, cuando se dirigían hacia el piso de las chicas.

—No, gracias. Prefiero esperar en casa. Sé que Lucía irá allí a buscarme y no quiero que se encuentre sola cuando eso pase —explicó Afri desde el

amplio asiento trasero, donde iba junto a Joe.

—¿Qué crees que va a pasar ahora, África? —inquirió Joe, sorprendiéndola, ya que había permanecido en silencio durante todo el trayecto—. Quiero decir... —continuó—, ¿crees que todo esto se ha acabado?, ¿se va a quedar con él? —siguió preguntando, con una mezcla de desesperación y tristeza. África buscó la mirada de Jael en el retrovisor y encontró unos ojos también impacientes por su respuesta. Estaba sufriendo por la situación en la que se encontraba su amigo y, aunque ella sabía que la relación entre ambos era muy buena, aquello le demostraba que lo que había entre los dos era algo muy parecido a la conexión que tenían su prima y ella.

—No desesperes, ten paciencia y confía en ella —respondió—. Lucía tiene claro lo que quiere —prosiguió segura.

—¡Pero yo no, yo no sé lo que quiere! —protestó, y se frenó un instante para recobrar la calma, ya que había elevado la voz. Tomó aire y volvió a hablar—. No tengo ni idea de qué es lo que quiere y eso me está matando —concluyó y dirigió su mirada hacia el cristal de la ventanilla, para evitar que Afri viera un par de lágrimas que no había podido retener.

—No sé qué más decirte, Joe... - prosiguió África en tono suave, mientras frotaba la musculosa espalda de él con la mano -. Solo confía en ella y... - hizo una pequeña pausa para deshacer el nudo que tenía en la garganta y que amenazaba con quebrarle la voz -, confía en ti.

Jael, que había sido testigo de la escena sin perder de vista la carretera, se sintió conmovido por la ternura con la que ella trataba a su amigo. Por un momento estuvo tentado a parar el coche, bajar y abrazarla; consciente de que ella era la que peor lo estaba pasando y, aun así, sacaba fuerzas para consolar a Joe. Verdaderamente, no dejaba de sorprenderlo.

Tras aquella corta pero intensa conversación, se volvió a producir el silencio en el interior del *Audi*. Silencio que los acompañó hasta su destino.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale? —dijo Jael, que había acompañado África hasta su portal mientras Joe esperaba en el coche.

—Lo único que necesito es ver aparecer a mi prima —se sinceró ella, tocando el corazón de quien la observaba atentamente—. Gracias de todas maneras —añadió y agachó la cabeza. Él la tomó por la cintura con ambas manos y la acercó a su pecho para envolverla con fuerza entre sus brazos. Afri aceptó el abrazo, buscando la protección que en ese momento le brindaban aquellos firmes pectorales. Estaba intentado ser fuerte pero

realmente tenía miedo. Sabía bien de lo que era capaz Mateo, y ese acto de protección y consuelo por parte de Jael era lo que más necesitaba—. Gracias por estar aquí —susurró.

—Deja de dar las gracias, por favor —contestó él y, al separarse un poco para mirarla a la cara, se sorprendió de unas lágrimas que surcaban aquellas hermosas mejillas. Sin poder contenerse, acarició su labio inferior con el dedo pulgar, se inclinó y la besó.

Por supuesto, África, lo correspondió sin reservas.

Era bien entrada la noche cuando Mateo y Lucía llegaron a casa de este. Ella sintió cómo las piernas le templaban al entrar en el ostentoso piso. Su cuerpo siguió reaccionando conforme caminaba por el hall hasta llegar al enorme salón. Miró a su alrededor; el sitio seguía impresionándola. ¡Todo aquello le traía tantos recuerdos! Avanzó hasta la gran cristalera desde la que se divisaba un bonito perfil de la ciudad completamente iluminada y, entonces, notó unas manos rodeando su cintura desde atrás. Por un segundo creyó que eran las manos de Joe. Cerró sus ojos y estuvo tentada a dejarse llevar, pero el perfume de Mateo la devolvió a la realidad. Abrió los ojos de golpe y sacudió aquel contacto fuera de ella.

—Deja de resistirte, pequeña. Los dos sabemos que este juegucito que te traes no te va a durar mucho —dijo él, mientras ella se retiraba varios metros.

—Ya te he dicho que he venido aquí para hablar —aclaró Lucía. Él la observó desde la distancia y, dibujando una leve sonrisa en sus labios, extendió un brazo para invitarla a tomar asiento en el sofá de piel color pizarra. Ella hizo caso y se sentó; necesitaba tranquilizarse.

—Tú dirás —comenzó Mateo, posicionándose a su lado.

—Pues... —sonó insegura, así que carraspeó para cambiar de tono—. Lo que quería pedirte... No, mejor dicho... —rectificó—, exigirte, es que me dejes en paz, Mateo —esas palabras cambiaron por completo el gesto de él. Sus ojos se oscurecieron y su talante se tornó oscuro. Pero Lucía había cogido carrerilla y no pensaba parar hasta soltarlo todo. Sabía que no iba a tener otra oportunidad para hacerlo y no pensaba desaprovechar aquel ataque suyo de valentía—. Lo nuestro terminó; no hay más. Y no voy a decir que fue bonito mientras duró, porque tú y yo sabemos que nuestra relación no fue un camino de rosas.

—Tampoco fue todo malo —la interrumpió. Lucía lo miró y se dio

cuenta de que hablaba con sinceridad; él realmente creía lo que decía.

—Una relación en la que uno ordena y el otro obedece, no es una relación sana —espetó.

—Lucía, tú eres una niña; yo solo he intentado enseñarte. Si decidía por ti o si determinaba cómo y cuándo tenías que hacer ciertas cosas, era porque tú no estabas preparada para tomar decisiones maduras. ¿Lo entiendes? —concluyó. Esta explicación hizo que Lucía se revolviere en su asiento.

—¿Que si lo entiendo? —preguntó riendo con sarcasmo—. Primero: soy una mujer, no una niña. Segundo: tú no decidías por mí ciertas cosas, tú me decías cómo tenía que vestir, qué tenía que comer, cuándo y con quién salir... —conforme iba enumerando iba levantando más y más la voz—. ¡Incluso me obligaste a dejar mis estudios! —Empezaron a brotar lágrimas de rabia de sus ojos—. ¡Te aprovechaste del amor que te tenía! —le gritó a la cara levantándose del sofá.

—¡Yo no me aproveche de ti! —replicó él, de igual manera, poniéndose en pie—. Tú accedías encantada, te gustaba sentirte protegida por mí.

—¿Protegida? —lo interrumpió—. Mi padre intentaba protegerme cuando me prohibió estar contigo, eso es protección.

—¿Sí? Y dime..., ¿qué hiciste cuando él intentó protegerte? —aquella pregunta hizo que ella rompiera a llorar, al recordar lo sucedido entonces—. ¿Te lo recuerdo? —continuó Mateo—. Pues que te fuiste, Lucía. Te viniste conmigo y dejaste de lado a todos. Al parecer, en ese momento no era el ogro con el que ahora parece compararme, ¿no?

—Mira, Mateo... en realidad me da igual lo que pienses —espetó, masajeándose las sienes, ya que estaba empezando a dolerle bastante la cabeza—. Lo único que quiero es seguir con mi vida.

—Pero yo te quiero y sé que tú a mí también, ¡aunque ahora no quieras admitirlo!

—No, tú no me quieres —aseguró, acercándose a él en señal de valentía, mirándolo fijamente a los ojos—. No se le hace daño a la persona que uno quiere. No se le falta el respeto ni se le miente. Estás muy equivocado, eso no es querer.

—¿Ya estamos? —la frenó—. Te pedí perdón por todo aquello. Cada vez que alguna tontería de esas te molestaba, te pedía perdón. ¿Qué más querías?

—¿Que qué más quería? ¿Que no volviera a pasar, por ejemplo? —

clavó su mirada en él con desesperación—. Pero tú hacías las mismas cosas una y otra vez, sabiendo que yo te las perdonaría. Hasta que se acabó —tomó aire y continuó—. Ahora sé que no es eso lo que quiero, sé que el amor no tiene que doler y que los besos no se mendigan. Desde que no estás, he vuelto a ser yo. Y ¿sabes qué? —se acercó hasta quedar a centímetros de su cara—, que soy feliz, Mateo. Soy mucho más feliz sin ti —en ese momento él le agarró el rostro con ambas manos y la besó. Lucía intentó zafarse de lo que a ella le parecieron garras, pero no pudo hacer nada. Aguantó el beso con sus labios fuertemente apretados y, cuando la liberó, se limpió la boca con el dorso de la mano—. No vuelvas a hacer eso nunca más.

—Lo haré cada vez que me apetezca, ¿entiendes? —respondió desafiante—. Eres mía y te tomaré cada vez que lo desee —aquellas palabras hicieron que le temblaran las piernas. Mateo parecía no entrar en razón y, aunque ella sabía que no iba a ser fácil, tampoco esperaba que reaccionase así después de todas las explicaciones que le estaba dando. Aquello era como hablar con la pared. Así que se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la salida—. ¿Dónde crees que vas? —rugió.

—Me voy —contestó sin mirar atrás—. Esto se ha acabado, Mateo.

—¡Detente! —ordenó, con tanta fuerza, que la palabra retumbó por todo el piso—. No hemos terminado de hablar —impuso mientras se le acercaba. Lucía permanecía junto a la puerta, con la mano en el picaporte. Aquella orden había conseguido dejarla paralizada.

Mientras tanto, en otro rincón de la ciudad, la desesperación de África iba en aumento con el paso de las horas, al igual que le pasaba a Joe. Ambos, cada uno por su parte, habían intentado ponerse en contacto con Lucía, pero el teléfono de esta parecía estar desconectado.

—¿Alguna novedad? —preguntó directamente Joe, en cuanto la rubia descolgó.

—No, nada —respondió ella, que había aceptado veloz aquella llamada, con la esperanza de que fuese él quien le diera noticias de su prima.

—Estará bien, ¿verdad? —el temor se deslizó entre sus palabras.

—Eso espero —dijo Afri tras un pequeño silencio—. No te preocupes, Joe. Mi prima sabe cuidarse bien. Además... —buscó seguridad dentro de sí para continuar—, debe estar al llegar. No le des más vueltas.

—Eso espero yo también —casi susurró—. Llámame en cuanto sepas

algo, por favor.

—No tienes ni que pedirlo. Ahora intenta descansar, ha sido una noche complicada —le aconsejó, como parte de su despedida.

—Gracias por todo, África. No sé qué haría si no estuvieses ahí — terminó diciendo Joe.

—No des las gracias, no hay de qué. En cuanto entre por la puerta te llamo, ¿vale?

—Por favor —fue lo último que escuchó Afri, desde el otro lado de la línea. Se metió el teléfono en la cinturilla del pantalón corto que llevaba puesto y se dirigió a la cocina. Mientras daba un largo trago al vaso de agua que se había servido, miró el reloj en forma de chapa de refresco que colgaba de la pared de la cocina. Las cinco menos cuarto de la madrugada.

«Puf. ¿Dónde coño estás metida Luci?», pensó. Justo en ese instante sonó su móvil. Miró la pantalla, sobresaltada, y suspiró al comprobar que era Jael.

—Buenas noches —lo saludó.

—Hola, preciosa, ¿qué tal vas? —preguntó preocupado. Aún estando en todo momento junto a su amigo, no podía dejar de pensar en ella.

—Estoy... —suspiró—. Bueno, contigo puedo ser sincera; no estoy bien. Me preocupa la situación. Conozco a Mateo, y si mi prima está haciendo lo que creo... —volvió a quedarse callada. Aquello inquietó a Jael.

—África, ¿qué ibas a decir?—inquirió. Pero ella no respondió al instante—. Ey, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí —susurró, intentando ocultar un sollozo.

—Voy a verte —dispuso él de forma decidida—. ¡Sabía que era una mal idea dejarte sola!

—No —lo detuvo—. No vengas, Jael. Joe te necesita. Es él quien no debe quedarse solo. Por mí no te preocupes.

—Eso es imposible. Es más... —hizo una breve pausa—, lo único que hago es pensar en ti. —Aquella espontánea y preciosa declaración puso una sonrisa en la boca de África.

—¿Sabes algo? —dijo, reponiéndose de sus sollozos.

—Dime —Jael la atendió, aún sorprendido por sus propias palabras. Se pasó una mano por el pelo y exhaló sin ser oído.

—Creo que tú y yo tenemos algo pendiente, que deberíamos aclarar en

cuanto todo esto pase —sugirió con voz suave.

Aquello era una manifestación de intenciones en toda regla. Jael creyó saber a qué se estaba refiriendo, y su cuerpo se encendió de manera instantánea.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —curvó las comisuras con una masculina y sutil sonrisa.

—Hasta pronto entonces. —A pesar de todo, pudo notarse un minúsculo tono travieso en su tono.

—Hasta muy pronto, Salvajita —se despidió él.

África, al escuchar aquel apodo que en algún momento había rechazado, pero que ahora adoraba, se echó sobre la encimera de la cocina rogando con más fuerzas para que su prima apareciera.

En el piso de Mateo, Lucía seguía agarrada al picaporte de la puerta de salida, con la misma fuerza que un náufrago se aferraría a una balsa salvavidas.

—No hay nada más que decir —repuso, sin volverse para mirarlo—. Ya me ha quedado claro que, haga lo que haga o diga lo que diga, no vas a entender que esto se ha terminado.

—¿Puedes mirarme? —pidió él—. Me gustaría que dijeras eso mirándome a la cara —aclaró más calmado. Ella suspiró y se giró. Él la observó unos segundos. Su cara mostraba una mezcla de cansancio, desesperación y angustia—. Se te ve cansada, pero aún así eres preciosa —hizo una pausa mientras se le acercaba—. No seas terca y déjame demostrarte que soy lo que quieres.

—No sigas —puso una mano en su pecho para detenerlo—. Como te he dicho antes, no me interesa nada de lo que puedas ofrecerme. Ya sé lo que quiero, y no eres tú —sentenció. La rabia volvió a los ojos verdes de Mateo.

—Estás hablando del niño de la fiesta, ¿verdad? —soltó, con una furia que hizo que ella se estremeciera.

—También te equivocas en eso. Joe es un hombre. Es un hombre maravilloso, que me ha dado en poco tiempo lo que tú no fuiste capaz de darme en años —al decir aquello, recuerdos de sus mejores momentos con Joe vinieron a su mente, y las palabras siguieron brotaron de sus labios—. Me ha respetado, me ha protegido y querido como nadie. Adora mi forma de ser —continuó—. Y al verme insegura, ha compartido conmigo sus defectos, para que los míos me parecieran más pequeños. No teme que abra mis alas y

vuele, porque lo que él quiere es volar a mi lado, no encerrarme en una jaula —miró a su alrededor, haciéndole ver a Mateo lo que aquel sitio había sido para ella—. Joe es el gran amor que siempre he añorado y voy a ser muy feliz junto a él. Así que... olvídate de mí —concluyó y se fue dando un portazo. Luego echó a caminar hacia el ascensor.

—¡No pienses que esto queda aquí! —gritó Mateo desde la entrada del piso. Aquella amenaza la inquietó, pero siguió andando sin mirar atrás—. ¡No vas a ser feliz con ninguna otra persona, Lucía! —exclamó. En ese momento las puertas del ascensor se abrieron y ella se subió con tranquilidad—. ¡Me voy a encargar de eso, aunque sea lo último que haga en esta vida! —prosiguió él, elevando la voz, antes de que las puertas se cerraran. Lucía se sintió completamente liberada.

Al pisar la calle, tomó una gran bocanada del aire fresco de la mañana. A pesar de que las amenazas de Mateo la habían asustado en un principio, la realidad era que en una semana todos estarían volando a New York y ya no tendría que preocuparse más. Esperaba que, después de todo lo ocurrido, los planes con Joe no se hubieran deshecho. Buscó su teléfono en el bolso, lo encendió y llamó a un taxi.

Mientras daba tumbos por la habitación, Joe volvió a encender la pantalla del *iPhone* para comprobar si tenía algún mensaje. Nada.

«Son las siete de la mañana, tío. Deja de pensar que volverá. Con seguridad, se habrán reconciliado y estará dormida entre los brazos de ese hijo de...» se dijo mentalmente. Había perdido toda esperanza de reencontrarse con su amor.

—Joe —lo llamó Jael, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Te importa quedarte solo un rato? Voy a darme una ducha.

Joe lo observó unos segundos. Su mejor amigo tenía cara de estar agotado.

—Claro, tío. Vete y descansa un rato, lo necesitas —contestó. A Jael le pareció verlo más sereno que horas atrás y, después de asentir, se encaminó hacia la puerta de la habitación donde ambos habían pasado la noche.

—Si hay alguna noticia o me necesitas para algo... —dijo con un pie en el pasillo—, estoy ahí al lado.

—No te preocupes, estaré bien —lo tranquilizó Joe—. Creo que yo también tomaré una ducha e intentaré dormir —añadió. A Jael le gustó escuchar aquello. Asintió una vez más y elevó el dedo pulgar en señal de OK.

Una vez estuvo solo, fue al baño y tomó una refrescante ducha. Cada vez que Lucía venía a su cabeza, intentaba deshacerse de ese pensamiento. Ya tenía asumido que todo había terminado entre ellos, así que, cuanto antes empezara a olvidarla mucho mejor. Se puso un cómodo pantalón corto de felpa y se sentó a los pies de la enorme cama con aire pensativo.

«No va a ser fácil olvidarte, Gominola», dijo en voz baja y se dejó caer hacia atrás, tapándose los ojos con ambas manos.

Un ruido de llaves en el pasillo, hizo que África diera un salto del sofá donde había pasado la noche a la espera de noticias.

—Lucía —murmuró, corriendo hacia la puerta, donde se encontró de cara con su querida prima—. ¡Gracias a Dios, por fin apareces! —exclamó mientras la abrazaba con fuerza—. ¡Me has tenido preocupadísima! ¿Cómo estas? ¿Te ha hecho daño ese pedazo de capullo? —preguntó, retirándose un poco para mirarla de arriba a abajo. Al comprobar que venía de una pieza, miró directamente a los ojos a quien aún no había articulado palabra—. Habla, niña, ¿qué ha pasado? —insistió.

—Estoy bien, ¿no me ves? —contestó al fin, con algo de aplomo.

—Sí, la fachada ya la veo, pero... ¡ya sabes a que me refiero! —exclamó mientras tiraba suavemente de ella hacia el salón.

—Pues nada, Afri, que he hecho lo que tenía que hacer. Y la verdad... ahora mismo me siento muy bien —manifestó con una sonrisa en la boca.

—¡Jo, pues si es así...!, doy por buena la noche de angustia que he pasado. Bueno, mejor dicho, que hemos pasado —se corrigió—. Y estoy segura que sabes que lo digo también por Joe; ¡no sabes cómo está ese hombre! E incluso Jael. Ninguno de los tres hemos pegado ojo en toda la noche.

—Siento mucho habértelo hecho pasar mal; ¡no sé qué sería de mí sin ti! —se disculpó Lucía dando un sonoro beso a su prima en la mejilla. Luego se dio la vuelta para dirigirse hacia la salida.

—¿Se puede saber dónde diablos vas ahora? —protestó, de manera simpática y autoritaria, con los brazos en jarra.

—Voy al hotel —contestó decidida—. Tengo que hablar con Joe... —hizo una pequeña pausa—. ¡Me muero por estar con él! —confesó, mostrando una sonrisa de felicidad, que contagió a la menor.

—¿Sí?, pues venga —continuó Afri, empujándola suavemente hacia fuera con ambas manos—. Voy contigo. No vaya a ser que te pierdas por el

camino —bromeó, contenta de ver a su prima con aquella actitud tan resuelta y segura.

Durante el camino hacia el hotel, África le habló a Lucía del estado anímico en el que se encontraba Joe. Con cada palabra, esta aceleraba un poco más el paso, impaciente por llegar y hacer lo que estuviera en su mano para que el sufrimiento que describía Afri desapareciese lo antes posible.

Una vez estuvieron en el gran edificio, ambas se dirigieron directamente a la zona de habitaciones. No tuvieron ningún problema para subir solas, ya que el personal del hotel las conocía de días anteriores.

—¡Uf, estoy súper nerviosa, Afri! —exclamó Lucía en voz baja frente a la puerta.

—¡Déjate de nervios y llama ya, anda! —la animó la rubia.

La mayor dio tres golpecitos en la robusta puerta de roble y suspiró mientras esperaba a que esta se abriera. Casi un minuto después, un Joe completamente abatido apareció ante sus ojos. Al verlo sintió cómo la sangre volvía a recorrer todo su cuerpo, llevando rubor a sus mejillas. La cara de él también cambió al encontrársela delante. A pesar de todo, sus ojos se abrieron como grandes ventanales al mar azul. Los dos se miraron durante unos segundos, en los que tampoco se atrevieron a moverse.

—Hola —se decidió a decir Lucía—. ¿Podemos hablar? —preguntó, insegura, al no haber obtenido respuesta a su saludo. Él seguía mirándola, sin saber claramente si aquello era real o si se había quedado dormido y se trataba de un sueño.

—Ahora no —dijo súbitamente, girándose para romper el contacto visual y empujando la puerta con suavidad para cerrarla. Ella, completamente sorprendida, plantó una mano abierta sobre la madera y entró en la habitación sin pedir permiso. África esperaba fuera, con la espalda pegada a la pared, pasmada por la reacción de Joe. Lo cierto era que estaba muy justificado.

—Entiendo que estés enfadado —dijo, deteniéndose a un metro de donde él estaba—. Pero puedo explicarlo todo. Hablemos unos minutos, luego, si quieres, me voy y no te vuelvo a molestar —propuso. Joe permanecía de espaldas a ella con la mirada clavada en el parqué del dormitorio. Ante su silencio, Lucía siguió hablando—. Sé que lo has pasado mal... —comenzó a decir—, y lo siento, de verdad. Pero tienes que entender que lo hice por tu bien, por el bien de todos —en ese momento él se dio la vuelta, sorprendiéndola.

—No digas que ha sido por mi bien —rebatí irritado—. Lo mejor para mí, para los dos... —puntualizó—, habría sido que vinieras aquí conmigo —volvió a girarse, dándole la espalda de nuevo—. Pero tu elección fue otra; te fuiste con él —su tono de voz se tornó triste al decir aquello, y a ella, al percibirlo, se le hizo un nudo en la garganta.

—No se trataba de elegir con quién quedarme, ¿no lo entiendes? —replicó suavemente y dejó ir un instante de silencio—. Pero si tengo que elegir... ya lo he hecho —aclaró—. Te elijo a ti.

Al escucharla, Joe giró la cabeza y clavó su profunda mirada azul en las pupilas de Lucía. Ella, sin dejar de observarlo, hizo un pequeño ademán con la cabeza reafirmando lo que había dicho, y le dedicó una tímida sonrisa. Aquel gesto desarmó por completo a Joe, que, a duras penas, intentaba mantener las distancias.

—¡No te puedes hacer una idea de cómo lo he pasado esta noche! —protestó.

—Lo imagino —murmuró ella—. Pero todo esto era necesario, Joe. Sabías que entre Mateo y yo había algo pendiente, algo que tenía que solucionar y que, si me dejabas, me gustaría compartir contigo.

Los hombros masculinos comenzaron a relajarse conforme la escuchaba hablar. Caminó hacia el sofá que había junto a uno de los balcones de la habitación. Tomó asiento y, haciendo un gesto con la mano, le pidió a ella que lo acompañase. Lucía, animada por aquella predisposición, se acercó para sentarse y rozó premeditadamente sus piernas con las de él al situarse a su lado.

—Perdón... —interrumpió África asomando la cabeza por la puerta con cierta timidez—. Joe, ¿sabrías decirme donde está Jael?

—Debe estar en el gimnasio —respondió él, dedicándole una media sonrisa—. Prueba allí, y si no lo encuentras, estará en su habitación.

—OK, os dejo entonces —se despidió, enviando fuerza a su prima con la mirada y cerrando la puerta tras de sí.

Al entrar al gimnasio del hotel, África encontró a Jael practicando *Bo Staff*; técnicas en artes marciales extremas. Aprovechó que este no la había visto llegar, para observarlo unos minutos en silencio. Se deleitó viendo cómo se contraía cada músculo de aquel fibroso cuerpo. Se giraba, se agachaba, y daba vueltas imposibles al tiempo que movía con destreza un extenso palo de madera. En una de aquellas vueltas, Jael se dio cuenta de su

presencia y, haciendo gala de un perfecto control, se giró hacia ella apuntándola con el *Bo**, quedando este a pocos milímetros de su pequeña nariz.

**Bo*: Palo o bastón, de madera o aluminio, que se utiliza para la practica de *Bo Staff*.

—¡Oye! —lo reprendió ella, dando un brinco hacia atrás por el susto. Él rió al ver su cara de sorpresa y apartó el *Bo*.

—¿Me estabas espiando? —preguntó divertido.

—No, simplemente no quería molestar —respondió Afri—. Además, me ha parecido impresionante eso que haces con el palito —añadió sonriendo. En ese momento, Jael se acordó de todo lo sucedido durante la noche.

—Por cierto, ¿qué haces aquí?, ¿hay alguna noticia? —inquirió, adoptando una pose seria. Ella asintió.

—Mi prima está en la habitación de Joe —elevó un poco las comisuras—. Creo que tienen mucho de qué hablar, así que...puede que no les veamos durante los próximos dos días —exageró.

Jael se acercó a un banco de abdominales cercano donde había dejado su toalla y, colgándosela al cuello, volvió a mirarla con una media sonrisa que hizo que las pestañas de África se pusieran en movimiento.

—Mejor así, ¿no? —dijo—. Lo digo porque... es lo que necesitan; estar solos y hablar —hizo una breve pausa al tiempo que se acercaba a África, que lo miraba como hipnotizada—. Exactamente lo mismo que nosotros —concluyó, casi con un susurro, al llegar justo donde estaba ella—. *Uumm*, hueles de vicio, Salvajita —inspiró.

Al escucharlo y ver cómo la inspiró de esa forma tan sensual, África notó que se le agitaba la respiración. Lo tenía cerca, muy cerca, semidesnudo y, a pesar de estar gloriosamente sudado, él también olía demasiado bien.

«Contrólate, contrólate», se dijo.

—Deberías... —tragó saliva—, ponerte una camiseta —opinó en voz baja—. Estás sudado y vas a coger frío.

—Tienes razón —contestó él, recuperando una dosis de su habitual socarronería—. ¿Me acompañas a la habitación? Tomo una ducha rápida y bajamos a desayunar; a ver si así consigo de una vez por todas que me digas cuál es ese perfume que me tiene loco.

—No hace falta que me invites a desayunar para saber eso —continuó

ella, comenzando a caminar hasta la salida—. *Gucci* —reveló y salió de la sala.

—*Gucci* —repitió él en voz baja. Un segundo después, sonrió e inició la marcha para alcanzar a su Salvajita.

En la habitación de Joe, la cercanía de estar sentados en un sofá tan pequeño, hizo que Lucía sintiera unas ganas incontrolables de saltar sobre él. Quería acariciarlo. Deseaba besarlo y que la hiciera suya. Pero tomó aire y logró controlarse. Cuando Joe le dirigió su atención, se acomodó en el sitio para quedar frente a él y comenzó a hablar.

—Sé que estarás deseoso de explicaciones, así que puedes preguntar lo que quieras. Prometo contarte todo lo que necesites saber —lo miró con los ojos cargados de sinceridad—. A partir de ahora se acabaron los temas tabú. Se terminaron los secretos; prometido —dijo, levantando la mano derecha de forma solemne, aunque también un poco cómica. Él la observó y no pudo evitar sonreír un poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó directamente.

—Ha pasado lo que tenía que haber pasado hace mucho —contestó, al tiempo que dejaba ir un suspiro—. Hace tiempo que entre Mateo y yo había una conversación pendiente. Pero, la verdad, no había encontrado el valor necesario hasta ahora —hizo una ligera pausa y continuó—. Y ¿sabes qué? —ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo—. Que si he encontrado el valor que necesitaba, ha sido por ti; gracias a ti.

—Yo no he hecho nada, Lucía —murmuró él.

—Sí, sí que has hecho, Joe. Has hecho mucho más de lo que imaginas —un nudo de sentimientos apretó su garganta, haciendo temblar su voz—. Me escuchas con atención cuando hablo, me miras como si no hubiera nadie más en el mundo, has sabido entenderme desde el primer día en que nos conocimos y has respetado mis decisiones, aún sin estar muy de acuerdo con algunas —lágrimas de emoción empezaron a brotar de sus ojos—. Y ¿sabes que has conseguido con todo eso? Has conseguido que vuelva a ser yo y que ya no tenga miedo a nada —tomó aire en un intento de controlar las emociones—. Estoy... completamente enamorada de ti, Joe. Ahora sí lo tengo claro y, si quieres, me gustaría estar contigo para siempre —confesó con la cara empapada. Joe la escuchó atento, pretendiendo mantener el semblante serio. Pero, al oír la última frase, no pudo conservar por más tiempo la pose. No necesitaba escuchar más y, sin que Lucía se lo esperase, la invadió y la

besó. Al principio con urgencia, volcando en aquel beso todo los miedos e inseguridades pasadas durante la noche. Luego, poco a poco, se fue tornando más tierno y ambos hicieron evidente todo el amor que se profesaban. Sus manos se pusieron en movimiento; Joe la tomó por la cintura y la sentó a horcajadas sobre sus piernas. Ella le acarició el pelo.

—Si supieras cómo te quiero, Gominola... —confesó él, casi sin despegarse de aquellos labios que tanto necesitaba. Lucía sonrió contra su boca.

—Yo también te quiero, amor —dijo, y siguió besándolo.

Jezabel Marí

Capítulo 21

En cuestión de pocos minutos, la temperatura se incrementó de manera considerable en el sofá donde se comían a besos. Lucía suspiró cuando los cálidos y desesperados labios masculinos rodaron por su cuello, y Joe entendió que podía tomarse la libertad de eliminar las débiles barreras que lo separaban de su piel. Deslizó las ávidas manos por debajo de su vestido, ascendió con caricias hasta llegar a la pequeña cintura y tiró de la prenda con suavidad para sacársela por la cabeza. Hecho esto, Lucía quedó en ropa interior ante él, quien no se contuvo en observarla un instante con detenimiento. Era tan hermosa que algún día lo haría perder la cabeza. Ella sonrió al percatarse de cómo la examinaba y, dicha sonrisa, provocó que Joe se mordiera los labios evidenciando el comburente deseo que lo incendiaba por dentro.

La deseaba y la amaba a partes iguales. Ahora no tenía la más mínima duda de que la chica que estaba a punto de poseer una vez más, era el amor de su vida. ¿Que no la conocía lo suficiente? Pues ahí estaba lo más interesante..., en poder conocerla cada día, profundamente, a partir de ese momento.

Su camisa tampoco tardó en ser lanzada al suelo por Lucía. Lo de los pantalones fue algo distinto. Estaban tan ansiosos por sentir placer el uno en el otro, que cuando Joe se desabrochó los botones de los vaqueros, ella introdujo la mano en los bóxer para tocar su endurecido sexo. No había tiempo para terminar de desnudarlo. Él cerró los ojos y gruñó por aquellas caricias. Su corazón se agitó al notar cómo Lucía separaba un poco las piernas y lo dirigía a su interior. Para ese entonces, la única que estaba íntegramente desnuda era ella.

—Dios, Lucía... —volvió a gruñir una vez dentro, completo. Aferró las manos a las caderas femeninas y, al tiempo que estas comenzaban a mecerse sobre él, inundándolo de unas sensaciones casi orgásmicas, las deslizó hasta las nalgas y las apretó con fuerza para profundizar cada embestida.

Ella también cerró los ojos cuando Joe la tomó por la nuca y la acercó de nuevo a sus labios. Este deslizó la lengua dentro de su boca, invadiéndola con fuerza. Ahogando sus gemidos.

—Siento...haberte hecho sufrir —susurró Lucía sin dejar de moverse, llevándolo dentro y fuera de sí.

Joe contrajo el rostro por un instante como gesto de dolor, aunque en realidad se trataba del intenso placer recorriendo cada fibra de su cuerpo.

—Olvídate de eso, mi amor —respondió mientras lamía su cuello.

Lucía, impulsivamente, comenzó a moverse más deprisa, arrancándose a sí misma un quejido, por el éxtasis que proclamaba su llegada. Joe la abrazó al escucharla y la apretó contra su pecho.

—Quiero darte mucho placer para borrar ese sufrimiento... —jadeó y no cesó el ritmo casi frenético de sus ondeantes caderas.

Joe echó la cabeza hacia atrás sobre el sofá, destruido y al borde de la locura. Si existía la posibilidad de morir de gusto, entonces tal vez había llegado su fin.

—Lo has logrado... —dijo y gimió.

Lucía se distanció unos centímetros para mirarlo a los ojos. Estos brillaron al unirse con los suyos. Sonrió satisfecha al comprobar la expresión de gozo en Joe, e incrementó un poco más la intensidad de sus vaivenes. Él endureció el mentón y la miró fijamente.

—Vas a conseguir que..., oh, joder, me voy a... —volvió a gruñir y trató de frenarla un poco, clavando los dedos en su cintura.

No lo logró.

Ella no quería que Joe controlase la situación. No esa vez. Quería provocarle el mayor placer que nunca nadie le hubiese hecho sentir. Quería verlo estallar de satisfacción y felicidad.

Y lo hizo. Entrecruzó los dedos con los suyos y le sostuvo las manos con firmeza sobre el respaldo del sofá. Joe se dejó hacer, extasiado por aquella hermosa y sexy imagen de su mujer haciéndole el amor. Eso es..., era su mujer. Así la sentía. Ella se estaba encargando de dejárselo claro.

Notó los tersos y duros pezones frotándose contra sus pectorales al tiempo que lo cabalgaba, y no pudo hacer más que dejarse arrastrar por un orgasmo irremediable, cuando Lucía jadeó su nombre y lo envolvió con su propio éxtasis, fluido y cálido.

—No vas a alejarte más de mí, Lucía... —la abrazó con vehemencia,

aún dentro de ella, agitado—. Nunca más...

Lucía asintió con la cabeza apoyada en uno de sus fuertes hombros. Él repitió el mismo gesto para reafirmarlo y la besó en la frente.

El agua tibia resbalaba por el cuerpo de Jael llevándose consigo la espuma con la que acababa de enjabonarse. Tuvo tiempo, en los diez minutos que se tomó para la ducha, de pensar en Dianne. Si bien era cierto que nunca había sentido por ella más que cariño, ahora, de aquel sentimiento no quedaba nada. No sentía absolutamente nada por su novia. Ni siquiera le apetecía volver a verla. Se pasó las manos por el pelo obligándose a recordar algunos momentos vividos con ella y, aunque había de reconocer que en otro tiempo pasaron buenos ratos, recordarlo no lo reavivaba.

Salió de la ducha y, mientras se envolvía las caderas con una toalla, miró su imagen en el espejo.

A pesar de que nunca se tomó tan en serio aquellos insensatos planes de boda a los que su adorada madre lo había empujado, tampoco antes, como ahora, había tenido tan claro que no la complacería. Nunca, desde que inició la relación con Dianne, había sentido tantas ganas de afrontar la situación para ponerle fin. Es más, la sola idea de contradecir y disgustar a su madre, era algo que siempre lo había debilitado... Pero ahora, incluso eso parecía estar cambiando. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué ya no se sentía igual?

Puede que el hecho de estar en la intimidad de su habitación, donde precisamente no solía meter a sus ligues esporádicos, con una chica a la que aún no se había atrevido a tocar por miedo a desearla más de lo que ya lo hacía, lo llevara a darle esas inquietas vueltas a la cabeza con respecto a Dianne. A esta le había sido infiel diversas veces cuando iba de ciudad en ciudad y jamás tuvo remordimientos de conciencia, y ni mucho menos temor a que lo descubriese. Habían sido pequeños escauceos superficiales sin ningún tipo de transcendencia.

Claro. Podría tratarse de eso. Del respeto que le infundía la transcendencia que pudiera tener el dejarse llevar con África. Suspiró y, cogiendo otra toalla, abrió la puerta del baño y la cruzó hacia la habitación secándose el pelo.

Y la vio.

Sus pasos se detuvieron a escasos metros de la gran cama donde su Salvajita lo esperaba. Estaba tierna y plácidamente dormida. Como una de esas jodidas princesas de los cuentos; dulces, bonitas y angelicales... Debía de

estar muy cansada. Seguro que no habría pegado ojo en toda la noche.

Apoyó una mano en la pared cuando estuvo de pie junto a la cama y se inclinó un poco para observarla. Esta vez no la examinó de pies a cabeza como acostumbraba a hacer siempre que la tenía delante. Se centró en su rostro. En sus largas pestañas descansando sobre las rosadas mejillas. En su bonita y pequeña nariz. En sus labios mullidos ligeramente separados, tan deseables. ¡Joder!, y en su respiración dulce y tranquila. Le gustó tanto escucharla, que, fue al armario, se puso algo ligero de ropa y regresó para echarse con cuidado junto a ella. Se aproximó lo suficiente como para seguir percibiéndola sin despertarla y permaneció así; tentado a tenerla secuestrada en aquella habitación de hotel hasta que se cansase de mirarla. ¿Se cansaría?

«Si tú supieras cuánto me gustas, Salvajita...» pensó, y un suspiro sigiloso se escapó de su boca. «Ni yo mismo lo sé. Pero..., por cómo me late el corazón en este momento, debe ser muchísimo».

Horas después, unas risas salieron del baño de la habitación de Joe. Lucía estaba sentada sobre el mármol del lavabo, y él, situado entre sus piernas, intentaba mordisquearle el cuello, hombros y clavícula. Aquello se convertía en un morboso juego que a ella le producía cosquillas, de las cuales intentaba esconderse.

—¿Tienes complejo de vampiro, o qué? —bromeó, cubriéndose con las manos cuando Joe buscaba el modo de abordarla con sus dientes.

—No lo has entendido, Gominola —respondió sonriente y se la comió con los ojos. Le fascinaba mirarla y que esta se sonrojara.

—¡Deja de morderme!, ¿qué es lo que tengo que entender?, ¿que a cierta hora te crecen los colmillos y que he de buscar un lugar donde esconderme de ti? —rió.

Joe chasqueó la lengua y negó con la cabeza mientras seguía mirándola, ligeramente inclinado hacia ella.

—No estoy saciado de ti. Eso es lo que deberías entender. Y...te aseguro que no habría lugar en el mundo donde pudieras esconderte de mí, muchachita —aclaró con seguridad y le pellizcó la nariz. Esta lo miró con la boca medio abierta en señal de asombro. Joe rió un poco al ver su expresión —. ¿Qué es lo que te asusta tanto? ¿Mis mordiscos? —se acercó y pasó los dientes con delicadeza sobre uno de sus tersos hombros—. Te los doy suavcito..., no duelen —susurró mientras lo hacía.

—Joe, hemos hecho el amor por tercera vez hace diez escasos minutos

—continuó asombrada.

—¿Por eso te has vuelto a poner las braguitas? —la miró a los ojos y seguidamente descendió hasta su boca y le dio un beso breve.

Cuando se retiró y siguió mirándola, ella no pudo ocultar una leve sonrisa.

—¿Qué vas a dejar para el resto de los días? Joe, estamos juntos, vas a tener mucho tiempo para...

—¡Bah! —la interrumpió—. Cada día querré mi ración, pero hoy... Hoy nos merecemos un banquete, ¿no crees? —dijo con dulzura y esbozó una impresionante sonrisa.

La rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho mientras volvía a besarla, esta vez profundamente, buscando con la lengua las caricias de la suya.

—¿Me dejarás dormir un poquito? —preguntó ella entre besos.

—Ajá —respondió Joe para decir que sí. Deslizó su boca húmeda hasta el cuello de ella y metió los pulgares en el elástico de su pequeña ropa interior—. Necesitarás reponer energías; claro que dormirás —continuó, al tiempo que recorría su piel con los labios—. Te voy a hacer el amor, nos daremos un baño mientras nos suben algo de comer y, después de alimentarnos, dormirás entre mis brazos...

Lucía asintió, sumida en el placer que le provocaban sus palabras, mezcladas con unos besos húmedos que la debilitaban. Sin que se hubiera dado cuenta, Joe se había deshecho al fin de sus braguitas y la acercó al filo del lavabo para tener mejor acceso a ella. El extremo palpitante de la rígida erección de Joe rozó su entrada y, mientras volvía a devorarla con un intenso beso, la penetró de una sola embestida.

Ambos gimieron, pero él no se detuvo. Verdaderamente, seguía hambriento de Lucía.

África desplegó poco a poco las pestañas y arrugó el ceño al verlo todo oscuro. Se quedó quieta y pensó durante un instante mientras terminaba de despertarse. Seguía en aquella cama tan bonita y tan cómoda del hotel Alfonso, pero, tenía la ligera sensación de que ya no resultaba tan amplia. La estaba compartiendo con alguien. Y, partiendo de que estaban en la habitación de Jael..., el cuerpo situado demasiado cerca del suyo, que emanaba calor y un olor a jabón masculino, fresco y atrayente, debía ser ÉL.

Vale. Recordaba que Jael se había metido en la ducha y que ella se había sentido muy tentada a ser traviesa, atravesar la puerta del baño, desnudarse y meterse bajo el agua con él. Pero, también recordaba que había desechado rotundamente aquella idea loca de su cabeza. Era cierto que le apetecía ducharse, pero tirarse a Jael le apetecía muchísimo más y, de haberle hecho caso a su “África atrevida”, sin lugar a dudas, en aquel baño habría ocurrido todo lo que hasta ese momento había evitado. ¿Hacerlo con Jael? Eso era sinónimo de perdición. Sinónimo de “puedes enamorarte como una loca de él”; equivalente a “puedes enamorarte como una loca de él y no ser correspondida”. ¡Joder, Jael era cantante! ¡Era Jael Kent; el puto cantante de NBITS con cien millones de chicas muriendo por sus huesos!

«Ni de coña te acuestas con él, África», se exigió a sí misma. «Que sí, que sí; que te gusta más que las bombas de chocolate y fresa, pero no puedes correr el riesgo de pillarte. ¡Ni puedes, ni quieres!», se gritó mentalmente. Luego suspiró. «Bueno, sé honesta, querer sí que quieres correr el riesgo. ¡Inconsciente! ¿Y qué pasaría después de morirte de gusto entre sus brazos? ¡Pues pasaría que querrías más y que haberle tenido dentro de ti no solo te habría subido al reino de los cielos, sino que, seguramente, este hombre impresionante, y sus besos, y sus caricias, y su voz hablándote al oído... TODO ÉL se quedaría gravado en tu piel como un puto tatuaje», se reprendió, y notó que el corazón, sin previo aviso, se le había acelerado. Se movió cuidadosamente y alargó el brazo para coger el *iPhone* de la mesilla, donde lo hubo dejado a saber cuántas horas antes. Encendió la pantalla y lo giró un poco entre sus manos para ver a Jael con la luz que proyectaba.

Y ahí estaba.

Tumbado bocarriba, a su lado. Con la cabeza ligeramente ladeada hacia ella. Con una mano debajo de la almohada y otra... ¿Dónde tenía la otra mano? Se miró a sí misma deslizando la luz del móvil por su cuerpo y... Vale, no eran los botones del pantalón corto que tenía puesto lo que apretaba su tripa, era la inmensa mano de Jael, abierta y aferrada sobre su vientre plano. Y debía hacer mucho rato que estaba allí, porque notaba su calor.

Pero de repente, aquella era una sensación demasiado agradable e íntima. Cerró los ojos y decidió seguir disfrutándolo, ahora de manera consiente. Y dicha sensación no solo crecía, sino que ascendía y se propagaba por su estómago. ¿Se sentirían así esas tontorronas mariposas de las que todo el mundo hablaba?

«No sé si son mariposas o ciempiés, pero ¡ay, madre, qué

cosquillitas!», pensó y sonrió.

Sin haberse dado cuenta, había llevado su propia mano hasta dicho lugar y se encontraba acariciando la de Jael.

—Gucci... —dijo una voz masculina y soñolienta pegada a su cuello.

África quedó paralizada al instante. Él se había despertado, había acercado su cuerpo peligrosamente al de ella y, para colmo de males, o de bienes, le acariciaba la barriguita con su cálida y amplia mano, debajo de la suya.

Directamente, sin que a África le diese tiempo a reaccionar, Jael se movió y se colocó parcialmente encima de ella.

«¡Por favor, por favor! Él y yo. Una cama. Si me besa me pierdo».

—He querido hacerlo todo el tiempo, pero prefería que fueras consciente... —susurró, tan cerca de sus labios, que la caricia de su maravilloso aliento la excitó.

—¿Consciente? —preguntó por inercia. Noqueada.

—Me muero por besarte, Salvajita. Y quiero ser correspondido —dijo y, sin esperas, comenzó a tomar sus labios.

Lo hizo con una lentitud devastadora y, a la vez, con una fuerza implacable.

Aquellos labios deliciosos de África lo tenían completamente enganchado. Aquella boca dulce y fresca, aquella lengua sumisa y a la vez traviesa... cuando lo correspondían, lo hacían sentir el mismísimo cielo dentro de él. Pero, los besos empezaban a prolongarse más que en cualquier ocasión anterior. Ella arrastró los dedos por su pelo, atrayéndolo más a su boca, y él, llevado por un deseo encolerizado, se situó sobre su cuerpo de forma completa. Instintivamente, África separó las piernas y Jael quedó encajado a la perfección entre ellas.

Ya no sentía el cielo dentro de él, ahora era el infierno el que lo poseía. El deseo atroz. Las ganas convertidas en fuego propagándose por su torrente sanguíneo. La necesidad de hacerla suya lo asfixiaba... No podía más.

—Joder, África... —jadeó contra su boca. Desesperado.

—No quieres que esto pase, Jael —respondió, agitada.

—Ya está pasando —volvió a besarla profundamente—. Y no hay nada que desee más...

África abrió los ojos de par en par y sintió cómo Jael le recorría la piel

con su boca en dirección al escote. Luego notó cómo mordió de manera exquisita uno de sus pezones por encima de la camiseta. No pudo aguantarse un gemido. Sintió tantas cosas, solo con lo que había pasado hasta ese momento, que se confirmó lo que temía. Podría enamorarse de él si hacían el amor.

—Por favor, Jael, para... —rogó, con tan pocas fuerzas, que él no lo tomó en serio.

Se deslizó hacia abajo y besó su cintura con labios y lengua. La cubrió de besos hasta el ombligo y continuó lentamente hasta el primer botón de su pequeño pantalón. Ahí se detuvo un segundo y lo desabrochó con una mano.

África arqueó la cintura cuando Jael volvió a poner la boca sobre su vientre erizado, y este aprovechó aquel movimiento para sujetarla con sus grandes manos y atraerla más hacia él. Descendió hasta el filo de las braguitas y jugueteó con la lengua de un extremo a otro.

África gimió de nuevo; tenía el corazón a mil y la respiración caliente y desbocada. Su cuerpo ardía, infinitamente dispuesto a entregarse a aquel hombre que la estaba haciendo sentir que le pertenecía. La besaba y la tocaba de una forma posesiva a la que no podía resistirse.

Jael estaba absolutamente seducido por cada centímetro de aquella piel; por su suavidad, por su olor a flores, fruta y azúcar, del que había sido consciente desde la primera vez que la tuvo cerca. Por fin estaba disfrutándolo como quería.

Volvió a deslizarse como una caricia por encima de África y, estirando el brazo, encendió la tenue luz de la lámpara de la mesilla. Cuando pudieron mirarse a los ojos, él adoró el color casi rojo de los labios de ella. Sin duda, debía habérselos mordido mucho mientras él se la comía a besos. Le dedicó una suave sonrisa y le acarició el pelo.

—Quiero ver cómo arde tu mirada mientras lo hacemos... —dijo en voz baja, pero con una autoridad arrolladora.

África tragó y se mordió el labio con fuerza. Él contempló aquel gesto y la miró con intensidad antes de lanzarse a tomar su boca de nuevo. Gruñó por el contacto con su lengua y contrajo el rostro al impactar sus caderas entre las de ella. La erección que mantenía oculta dentro de sus pantalones deportivos, hercúlea desde que había despertado a su lado, presionó contra su entrepierna húmeda y sensibilizada, haciéndola gemir mientras la devoraba.

De aquel modo, ignoraron unos cautelosos golpes en la puerta. Pero

cuando Jael condujo su mano por el interior de la camiseta de África, de nuevo los golpes se hicieron escuchar. Tres golpes más contundentes en esta ocasión.

—Jael... —ella fue a decir algo, pero él se lo impidió. Capturó sus labios con con más ímpetu.

—No abro esa puerta ni loco... —replicó enardecido. Pero una vez más, los golpes volvieron a insistir, multiplicándose por dos.

África puso las manos en los hombros contraídos de Jael para tratar de detenerlo. Logró separarlo un poco de sus labios y lo miró con desaprobación.

—No —le advirtió él, totalmente negado a parar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Quien sea está insistiendo —dijo Afri en voz baja.

—No estoy en condiciones de abrir... —replicó e intentó seguir besándola.

África pensó que si no volvían a llamar, no osaría más a parar a Jael. Él recorrió su cuello e introdujo los dedos en el borde de sus braguitas. Las fue deslizando muy poco a poco y...

¡¡TOC. TOC. TOC. TOC!! La puerta.

Jael y África se detuvieron al mismo tiempo y él giró la cabeza hacia la puerta. Estaba tan excitado, que podría partirle la cabeza a quienquiera que estuviera llamado, por haber interrumpido.

África acarició sus hombros para relajarlo.

—Ve a ver quien es... —murmuró.

Jael suspiró con fuerza y la miró a los ojos.

—No te muevas de aquí —ordenó. Ella abrió mucho los ojos y él, al ver su asombro, sonrió y le rozó el óvalo de la cara con un dedo mientras se levantaba. ¿Dónde escondería la prueba de su gravísima excitación? El pantalón no lo disimulaba.

De todos modos, abrió la puerta dejando medio cuerpo detrás de esta y entornó los ojos visualizando a su mejor amigo del mundo mundial; Joe. Ese que acababa de interrumpir el polvo más deseado de su puta vida. Ese que ahora lo estaba analizando con cara de perplejidad y, seguramente, imaginándose el despropósito que acababa de cometer.

—Mmm... No estás solo, ¿verdad? —dijo Joe y se rascó la sien,

tratando de ocultar a toda costa una sonrisa. Jael se apoyó con un brazo sobre la puerta y frunció el ceño al tiempo que negaba con la cabeza—. ¡Joder! —maldijo Joe por un momento, llevando la vista hacia el pasillo. Luego, como si una idea maravillosa le hubiera pasado por la cabeza, volvió a mirar a su amigo—. ¿África?

Joe sonreía de oreja a oreja dando por hecho que así sería, aunque esperando la confirmación. Jael aguardó un instante mirándolo serio, y después cabeceó curvando levemente las comisuras.

—¿Quién si no? —susurró simulando estar enfurecido.

Joe abrió la boca con sorpresa. Desde su punto de vista, Jael y África se gustaban hasta el infinito y más allá. Y era así desde el día 1. Desde que fingían que se peleaban.

—¡Pues me voy! Solo venía a buscaros porque Lucía se ha empeñado en que cenáramos los cuatro juntos. Perdóname, no había imaginado que... —arqueó las cejas y volvió a sonreír a la vez que señalaba hacia el interior de la habitación con un dedo.

África, que había oído a los dos amigos hablar, tuvo tiempo de recuperar su pantalón. Se lo puso a la velocidad de la luz y, zapatillas en mano, caminó descalza hasta la salida. Pasó por debajo del brazo de Jael con ligereza, haciendo que este se sorprendiera y contrajese el ceño al verla.

—¡Hola! —se dirigió a Joe, el cual la miró también un tanto sorprendido—. Has dicho que Lucía quería verme, ¿verdad? ¡Voy a buscarla! —exclamó con prisa y correteó descalza por la alfombra de aquel pasillo, alejándose de ellos.

—¡África! —gritó Jael, contrariado— ¡África, vuelve aquí!

Ella no hizo caso, por supuesto. Ni siquiera miró atrás. Su corazón galopaba tanto como sus piernas, y aún la recorrían las fuertes sensaciones que él le había provocado. Puede que estuviera loca por huir así del tío más bueno que había sobre la faz de la tierra... ¡Ni ella misma se entendía! Solo había seguido un impulso de escapar de la situación y, seguramente, después, se lamentaría por ello. No quiso pensarlo más y mandó un *Whatsapp* a Lucía. Esta le respondió que estaba en la sala de estar que compartían los chicos, y no tardó en llegar allí.

—¿Sabes lo que me va a doler reprimir esto? —Jael hizo alusión a su gigantesca excitación.

Joe se compadeció de él y asintió. Todos habían pasado alguna vez por

aquello.

—Date una ducha fría para bajar el calentón y ve a la sala de estar...

—¿Una ducha fría? ¡Ni eso creo que funcione! ¡Dioooo! —suspiró, apoyando la frente en el filo de la puerta.

Joe arqueó las cejas. Lo entendía.

—Venga, ánimo. Sabes que la tienes en el bote —le dijo, para suavizar la situación.

—Ella. Ella es la que me tiene en el bote —confesó.

Joe lo miró sorprendido y fue mostrando una sonrisa.

—No me digas que... O sea, yo sé que África te gusta una barbaridad, pero...

Jael chasqueó la lengua, interrumpiéndolo.

—Me voy al agua. En un rato estoy con vosotros...

—Ok. No te tardes.

Cuando Jael hubo cerrado la puerta, Joe caminó pensativo y sonriente por el pasillo de vuelta a la sala donde había dejado a Lucía.

Las primas estaban sentadas en uno de los sofás, hablando y armando mucho ruido. Joe las escuchó, pero estas bajaron notoriamente el tono al verlo llegar. Él actuó con normalidad. Se acercó adonde estaban y se inclinó sobre Lucía para besarla en la cabeza. A África le dedicó una sonrisa y luego se dirigió hacia un mueble donde tenía su portátil.

—¿Habéis pedido la cena? —preguntó tomando asiento en una silla mientras se encendía el ordenador.

—¿Jael no va a venir? —elevó la voz Lucía. Afri se revolucionó.

—Claro que va a venir. De hecho no tardará nada... —volvió la cabeza para mirarlas—. Pero podéis pedir todo lo que queráis. Debajo de la mesa de cristal hay una carta del restaurante. Echadle un vistazo. A Jael y a mí nos gusta todo lo que hay —las informó.

—Vale —respondió ella y se inclinó para alcanzar la carta mencionada.

Se sentó pegada a África y entre ambas leyeron y decidieron lo que cenarían los cuatro. Aunque la rubia no terminaba de tranquilizarse del todo, y Lucía hubo de hacerle varios mimos para reconfortarla.

Joe había estado a lo suyo, manteniendo una importante conversación con Scott, el mánager del grupo, en referencia a unas entrevistas a las que debían acudir él y Jael al día siguiente. A la vez, se comunicó por chat con su

hermana menor, Kate; a la que echaba tremendamente de menos.

—*Joey, ¿cuándo vienes?* —le preguntó la pequeña de nueve años.

A Joe se le enterneció el gesto.

—*Muy pronto, mi amor* —escribió.

—*Y ¿cuándo es muy pronto? Te extraño.*

—*Yo te extraño más, Kate. En unos días me tendrás en casa* — respondió con los ojos humedecidos.

—*¿Me comprarás el poni que me prometiste? ¡El blanco!*

—*Te compraré lo que quieras* —sonrió de oreja a oreja—. *Además, tengo otra sorpresa para todos* —al escribir esto, miró un momento hacia atrás para ver a Lucía. Ambas primas volvían a reír ruidosamente, y le gustó verlas así.

—*¿Otra sorpresa? ¡¿Qué es?! ¡Dímelo, Joey!*

—*Si te lo digo dejaría de ser una sorpresa, ¿no crees?*

—*Es verdad. Me llama mamá. He de irme a mis clases. Te amo Joey.*

—*Yo te amo más, enana. Cuídate.*

Joe se reclinó sobre el respaldo de la silla con cara de satisfacción. En esos momentos de su vida, creía tenerlo todo. Es más, estaba seguro de ello. Salud, amor, paz, dinero... Se giró con la silla y volvió a mirar a Lucía detenidamente. «Y con el tiempo, iremos añadiendo», dijo para sí.

Cuando llegó Jael, su mirada de desaprobación se cruzó con la de África. Él traía puesto un pantalón vaquero claro y una camiseta negra de tirantes. Estaba guapo del pecado. Tanto, que a África le dieron ganas de huir de nuevo. Además, era evidente que se había dado una ducha porque llevaba el pelo mojado y olía de maravilla. Ella se puso a hojear una revista de las tantas que había apiladas junto al sofá, en las que precisamente aparecían bastantes artículos de NBITS. No resopló de milagro. Aún le costaba creer que su prima y ella estuvieran allí con ellos. Y eso, sin hablar de todo lo que había pasado hasta el momento.

Jael se puso a charlar con Lucía, interesándose por cómo estaba después de lo sucedido la noche anterior. Joe se unió a la reunión y evitó que aquel tema trascendiera. Nada opacaría el estado de felicidad en el que se encontraba. Pero la cena no se hizo esperar y los cuatro se situaron entorno a la mesa de cristal que había junto a los sofás. Ensalada de la huerta; Cremoso de patata ahumada con crujiente de jamón; Magret de pato asado con salsa de cerezas andaluzas... Y de postre, una tarta especial de praliné con helado

cremoso de canela, que los chicos probaron y que las chicas devoraron.

El tiempo transcurrido se hizo muy ameno. África y Jael se deshicieron de la tensión que había entre ellos y hasta se acercaron y conversaron con complicidad.

—Bueno, pues... —empezó a decir Joe insinuando una sonrisa.

Los demás le dirigieron su atención, y él estiró el brazo y tomó la mano de Lucía. Se miraron cómplices, provocando la curiosidad en los otros dos, aunque estos pudieran estar haciéndose una idea de lo que pasaba. Aún así, Jael miró a África unos segundos y ambos se sonrieron.

—¿Lo dices tú? —preguntó Joe a Lucía y entrelazó los dedos con los suyos.

—*Mmm*, no, dilo tú —respondió ella con un brillo especial en los ojos.

—¿Segura?

Lucía se lo pensó un instante ante la expectación de los demás.

—¿Queréis hablar de una vez? —los presionó Jael después de tomar un trago de su copa de vino.

—¡Ánimo, Gominola! —dijo Afri, imitando a Joe.

Todos rieron y Joe decidió tomar la palabra.

—Bien, como sois las dos personas más importantes para nosotros que tenemos cerca en este momento..., y además, testigos directos de lo que hay entre Lucía y yo... Tengo el placer de comunicaros que... —hizo una pausa para dar más emoción—, somos novios.

Aunque lo había intuido, África miró a Lucía con cara de asombro y seguidamente se lanzó encima de ella. La abrazó y le cubrió las mejillas de besos. Jael se inclinó sobre Joe y se dieron un abrazo apretado.

—Tío, me alegro —dijo Jael, y Joe estuvo muy tentado de hacerle un comentario acerca de que ya estaban en igualdad de condiciones. Pero eso implicada a Dianne, así que se mordió la lengua justo a tiempo de no cagarla.

La menor de las primas también se lanzó sobre Joe, aunque con menos efusividad de la que había demostrado a Lucía, y le dijo algo al oigo mientras lo abrazaba.

—Procura que mi prima no suelte ni una lágrima, a menos que sea de felicidad. De lo contrario, atente a mis reacciones —lo último lo dijo con tono cómico, y todos se echaron una risa porque la habían escuchado.

Jael dio dos besos a Lucía y le frotó un poco el pelo.

—Tú tampoco hagas llorar a mi hermano, ¿OK? —quiso seguir en la línea de África.

—¡Venga, sellad vuestro amor con un beso! ¡Como en las pelis de príncipes y princesas *Disney*! —exclamó Afri.

Esta vez Lucía se sentó sobre el regazo de Joe y lo besó apasionadamente. Él rodeó su cintura con los brazos y la estrechó contra sí.

Aquel beso se extendió en el tiempo, por lo que África y Jael se miraron instintivamente. Él arqueó las cejas y curvó las comisuras mostrándose más guapo de lo que ya era. Ella se puso un poco nerviosa y, antes de que él se diera cuenta, giró sobre sus talones y salió a la terraza. Jael aguardó un momento y después la siguió. De cualquier modo, aunque habían estado bastante a gusto durante la cena, tenían que hablar.

Estaba apoyada sobre el barandal y un cosquilleo le recorrió la espina dorsal cuando su cuerpo intuyó al de Jael. Él se situó detrás de ella y también apoyó las manos junto a las suyas, dejándola presa entre sus brazos. Se inclinó para estar a su altura y rozó los labios contra su pelo cuando se acercó a susurrarle.

—¿Vas a decirme por qué? —al tiempo que preguntaba, cerró los ojos e inspiró. Todavía estaba sufriendo los efectos de haberse quedado con las ganas de tomarla.

—Lo siento —murmuró África sin más.

Él contuvo el silencio un instante y luego negó con la cabeza.

—Eso no responde a mi pregunta —añadió un poco molesto. Ella tragó y se abstuvo de responder—. Es que, por más que lo pienso, no llego a comprender que te hayas ido así... —replicó él para continuar.

África se dio la vuelta y lo miró de cara.

—Pues no lo pienses y ya está —resolvió.

Él la observó con el ceño fruncido, el cual se fue suavizando a medida que ella correspondía a esa mirada.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? —inquirió en voz baja y se humedeció los labios al terminar.

Aquel gesto hizo que África notara cómo se le calentaba el vientre de manera inminente. Se removió un poco, aún situada en el hueco en que Jael la mantenía encerrada entre sus brazos. Él percibió esa pequeña agitación.

—Me voy a ir a casa... —volvió a murmurar, intentado parecer tranquila.

Jael no dijo nada, se acercó a su boca y le dio un beso que la noqueó por completo. Cuando se distanció unos centímetros, ambos se miraron con intensidad.

—Te deseo —dijo, con firmeza—. Quédate a dormir conmigo.

—¡Ey, tortolitos! —gritó Lucía desde la sala—. Venid aquí, vamos a brindar.

África aprovechó que su prima los reclamaba para esquivar a Jael. Se libró de uno de sus brazos y escapó de él.

—África... —protestó dándose la vuelta, pero ella ya estaba de nuevo junto a Lucía y Joe. Este último descorchaba una botella de champán.

Jael suspiró con aplomo y se unió a ellos.

Finalmente, después de terminar hasta la última gota de la botella entre conversaciones de cuatro, los chicos acompañaron a las primas hasta la puerta principal del hotel, donde las esperaba un taxi que habían solicitado a recepción.

Joe y Lucía se dieron un breve y último beso, mientras que Jael y África se limitaron a mirarse fijamente.

—No la presiones. Te he dicho que la tienes, caerá por sí sola en algún momento... ¿Acaso no ha estado a punto de hacerlo hoy? —dijo Joe a su amigo, de vuelta en la sala.

Jael se dejó caer sobre el sofá, pensativo. Joe se quitó la camiseta, pues hacía mucho calor aquella noche, cerró la puerta de la terraza y activó el aire acondicionado.

—Venga, vamos a tomarnos una última copa y hacemos *Skype* con tu hermano. Me dijo que quería enviarnos la letra de una canción que ha compuesto... Así te sacas a tu Salvajita de la cabeza y se te pasa de una vez el calentón.

Jael se levantó del sofá y también se quitó la camiseta. Tomó una silla y se sentó junto a Joe frente al ordenador.

—Esta fiebre solo puede curármela ella... —comentó, resignado.

Joe lo miró con asombro mientras enviaba un mensaje a John para que se conectara.

Al día siguiente, las chicas montaron su puesto por última vez en la *Plaza del Duque*. Ambas sentían un ligero sentimiento de tristeza porque le

tenían muchísimo cariño a aquel lugar. Pero habían de tomarse los pocos días que les quedaban antes de volar a New York, para arreglar papeles, ir a despedirse de sus familiares y organizar todo lo necesario. El piso en el que vivían estaba pagado dos meses por adelantado, así que habían decidido dejar sus cosas ahí mientras tanto. Una vez pasara ese tiempo, ya pensarían qué hacer con él. De ese modo no habrían de enfrentar una mudanza a la ligera.

Así que, aprovecharon al máximo ese día y disfrutaron del entorno y las personas que las rodeaban en aquella plaza. Incluso en el desayuno, el cual fue copioso, pues habían hecho una cata de nuevos dulces del quiosco de la Cani. Se despidieron de ella entre risas y prometieron volver expresamente para verla.

Joe y Jael, como portavoces de New Boys In The Street, concedieron una entrevista para los *Cuarenta Principales*, que se realizó en uno de los salones privados del *Alfonso XII*.

La tarde transcurrió rápida, aunque a África le dio tiempo de hacer tres tatuajes, y Lucía vendió más complementos que nunca. No pararon hasta que vieron que la noche se les echaba encima.

—Afri, me voy, que está Joe mal aparcado ahí fuera... —dijo Lucía, y se apresuró a coger su bolso.

—Tranquila, a esta hora no pasa la poli —respondió. Se había puesto un pantalón corto y una camiseta de tirantes.

Lucía se apoyó en el marco de la puerta de la habitación y la observó torciendo un poco las cejas.

—¿Vas a salir a correr?

—Ajá —asintió la rubia mientras se ataba las zapatillas.

—¿Sola?

—No, he quedado con Gonzalo —África se incorporó y se pasó las manos por el pelo para cogerse una coleta alta.

—¿Gonzalo es ese chaval del puesto de los bikinis? —se interesó Lucía.

—Sí, él.

—Bueno, vale. Pero, al menos, devuélvele la llamada a Jael.

—Sí, ya veré luego... —murmuró, simulando desinterés.

Lucía, que ya se había dado la vuelta para marcharse, al oírla volvió la

cabeza y detuvo el paso.

—Parece que ahora la que no suelta el freno de mano eres tú, ¿no? —insinuó.

—*Mmm...*, puede —África cogió las llaves del piso y salió antes que Lucía. La última estiró el brazo y le pegó una buena cachetada en el culo.

—¿No era que tu domador estaba muy bueno?! —exclamó la mayor, caminando a paso ligero tras la pequeña.

—Sigue estando tremendo —contestó sincera.

—¡Pues suelta el freno! ¿Qué problema tienes? —inquirió Lucía cuando ambas llegaban al portalón del edificio.

—El problema que tengo es que he quedado con Gon a las nueve, y ya son las nueve y diez... ¡Me voy pitando! ¡Pásalo bien con tu príncipe!

África echó a correr por la acera en dirección a la *Plaza del Museo*. Lucía la siguió con la mirada mientras caminaba.

—¡Y tú ten cuidado! —le gritó, pero Afri ya no la oyó. Se había puesto los auriculares.

Lucía se subió al *Audi* en el que Joe la esperaba. Este le sonrió y ella se inclinó sobre él para darle un beso en los labios.

—*Uumm*; siempre deliciosa, Gominola —se relamió.

—Tú también —respondió, al tiempo que se acomodaba bien en el sillón.

Joe echó un vistazo a su pequeño vestido blanco, que dejaba muy al descubierto sus bonitas piernas desnudas. Volvió a relamerse ante sus ojos, haciéndola sonreír.

—¡Estás para comerte, *mialma*! —exclamó, intentando vocalizar bien aquella palabra tan sevillana.

Lucía, que no se lo esperaba, rompió a reír de golpe. Joe la contempló satisfecho de haber sido el promotor de su risa y disfrutó de ella hasta que se fue calmando. Puso el coche en marcha y se incorporó a la circulación.

—Ay, amor, qué arte has tenido —dijo, sonriente, acariciándole la nuca.

—No solo pueden tener arte los sevillanos, ¿qué te crees? —se defendió él con un toque cómico que a Lucía le encantó. La miró un momento mientras conducía, y ella le regaló una sonrisa que lo enamoró más de lo que ya estaba—. Increíble —añadió.

—¿Qué es increíble? ¿Mi vestido? —se miró a sí misma.

Joe sonrió mirando a la carretera.

—No, pequeña. Tu sonrisa —aclaró con voz suave.

Lucía volvió a sonreír. A ella le pasaba lo mismo. Se deshacía cuando Joe esbozaba una de sus impresionantes sonrisas. Y cuando la miraba con aquellos ojos azules llenos de promesas. Todo. Todo lo que había en él la seducía y la enamoraba.

—Entonces mi vestido no te gusta... —quiso seguir en plan cómico.

Él se tomó un par de segundos para llevar la vista de nuevo al vestido, y, como consecuencia, a las piernas.

—Ese vestido puede ponerme cardiaco, pero te aseguro que no estará sobre ti dentro de... quince minutos —manifestó con naturalidad.

Lucía abrió la boca con asombro.

—¿¿Cómo?! Pero, ¿qué dices?

Joe fingió lanzarle una mirada con la que reafirmaba lo que acababa de decir, y luego fue él quien espontáneamente rió a carcajadas.

—Tranquila, Caperucita... El lobo feroz te dará tregua —dijo entre risas.

—Oye, pero... ¿¿conoces ese cuento?!

—¿El de Caperucita? ¡Claro! Se lo he contado muchas veces a mi hermana.

Lucía lo imaginó sentado en una cama, leyendo junto a una niña pequeña, y lo adoró. Sus ojos brillaron en mitad de un leve silencio. Él estiró un brazo y le acarició la mejilla.

África y Gonzalo se detuvieron a descansar junto al río. Estaban cerca del *Puente de Triana* y el lugar estaba atestado de gente.

—Me he quedado sin agua —dijo ella dejando a un lado la botella pequeña que se había terminado.

Gonzalo, con parte de su largo flequillo húmedo sobre la frente, la miró y le ofreció la suya.

—Toma.

África la aceptó, le dio un pequeño trago y se la devolvió. Ambos dirigieron su atención un momento hacia el *Bar Capote*. Luces, música, gente arreglada y copas que iban y venían.

—Pensaba invitarte un día de estos a cenar, al cine o a tomar algo..., pero si te vas a Nueva York ya no va a ser posible —dijo con desánimo. África se quedó mirándolo.

—No voy a quedarme allí toda la vida, Gon. Volveré y tendrás que invitarme —le dio un golpecito en el hombro.

Él asintió y esbozó una leve sonrisa.

—Te echaré de menos —se atrevió a decir él, venciendo un poco su timidez. Era en ese momento o nunca. ¿Y si no la volvía a ver?

África volvió a observarlo, esta vez un tanto sorprendida.

—No voy a permitir que me extrañes. Te daré la tabarra por *Facebook*. O peor aún, si me das tu número de teléfono, te molestaré de vez en cuando por *WhatsApp*.

A Gonzalo se le aceleró el corazón. ¿Quería su número? ¿Tendría él el suyo? Eso significaba que no quería perderlo de vista, ¿no?

Ella sacó su *iPhone* y, al desbloquear la pantalla, se percató de que tenía un mensaje de Jael.

“África, coge el teléfono cuando te llamo”. Sintió una punzada de calor en el estómago y lo ignoró. Entró en Contactos y registró el número que le fue diciendo Gonzalo.

Después abrió *WhatsApp* y escribió para él.

“Hola, Gon. Soy Afri. Dame más agua”.

Él lo leyó y esbozó una sonrisa. Le ofreció de nuevo su botella y se tomó la libertad, mientras ella bebía, de mirar aquel cuerpo femenino que en tantas ocasiones había espiado desde la distancia. África era la chica perfecta.

—Oye, al final me acabo tu agua también. Ten —se la devolvió.

—Puedes bebértela toda si quieres —respondió él.

África se enterneció al oírlo. Llevada por dicha ternura, alargó el brazo y le retiró el flequillo de la frente, que casi tapaba sus ojos. Unos ojos azules cristalinos que la observaron tímidos y a la vez llenos de sentimientos.

—¿Volvemos? —propuso ella, sonriente, e hizo ademán de iniciar el camino de vuelta.

—Espera... —dijo Gonzalo, sin saber muy bien cómo había sido capaz.

—¿Quieres descansar un poco más?

Él negó con la cabeza.

—Quiero...pedirte algo —murmuró haciendo un gran esfuerzo.

África sabía que era tímido, pero en esos momentos estaba comprobando hasta qué punto. Gonzalo era como un osito de peluche. Como un oso amoroso.

—¡Claro, lo que quieras! —asintió.

—¿Puedo...darte un abrazo?

Los dos se miraron y África le lanzó una sonrisa. Él estuvo a punto de retractarse y pedirle perdón por el atrevimiento, pero no tuvo que hacerlo; ella se arrojó encima suyo, divertida. Asombrado y medio paralizado, la fue envolviendo cautelosamente con sus brazos. Afri lo estrechó fuerte durante lo que a él le pareció un tiempo glorioso y, antes de separarse del todo, le dio un sencillo beso en la mejilla que no olvidaría jamás.

Un beso de ELLA.

Le habían dado ganas de atravesar sus propias barreras; haberle agarrado la cara con las dos manos para que no se alejara y haberle rozado los labios con los suyos. Pero eso sí que era un imposible para él. Jamás se atrevería. Eso solo estaba en su cabeza.

Lucía estaba sentada en el centro de la cama de Joe, mientras él hablaba por teléfono en la terraza. Acababan de regresar de una cena muy romántica a la luz de las velas, que les habían servido en un lugar privado, al aire libre y con vistas a la catedral.

Cuando Joe terminó la llamada, cerró las puertas de la terraza y empezó a desabrocharse los botones de la camisa. Mientras lo hacía, observó a su amor, absorta en una película y tomando una gominola tras otra, de una bolsa que tenía entre las piernas.

Sonrió al saberla ignorante del deseo con el que la miraba y, una vez que se hubo quitado la camisa, se echó sobre la cama junto a ella.

—Bueno, señorita, su tregua ha tocado fin... —seguidamente tomó la cremallera del vestido blanco que lo había tentado durante toda la santa velada, y comenzó a bajarla.

Lucía escondió una sonrisa mientras paladeaba una *Fresita Silvestre*.

—¿No decías que te apetecía comer gominolas? —inquirió insinuante.

—¿Y, qué crees que estoy a punto de hacer? —Joe le recogió el pelo y la besó en la nuca.

Lucía se erizó de la cabeza a los pies.

—Me da celos pensar que a tus anteriores novias las hayas tratado como a mí... —dijo Lucía, y Joe detuvo sus labios.

—Te entiendo. Yo tengo celos de aquel que ha podido tocarte antes que yo... —respondió, sincero. Ella guardó silencio. El único que la había tocado era Mateo y lo había borrado de su memoria—. Pero no tienes motivos —añadió él—, nunca he tenido una novia.

Lucía se giró y lo miró con sorpresa.

—No te creo.

—A ver... —quiso explicar—. No he estado recluido en un convento de monjes hasta ahora. He tenido ligues. Bastantes para serte sincero. Un hombre tiene necesidades que solo puede cubrir una mujer...

Lucía entornó la mirada en su dirección y apretó los labios denotando no estar feliz con esa información. Joe rió.

—Pero novia formal...ninguna —se acercó y la besó suavemente—. *I want you to be the first and last for me* —. “Quiero que seas la primera y la última para mí”, había dicho en inglés, acariciando con su voz cada palabra.

Lucía lo entendió perfectamente. Se puso de rodillas sobre el colchón, justo delante de él, y terminó de quitarse el vestido. Se mostró con un conjunto de lencería rosa pálido que lo hizo sentir calor y tragar con fuerza.

—¿Podrías hacerme el amor como si fuera mi primera vez?

Joe la miró serio, embargado por el deseo, y asintió.

—Ven aquí.

La colmó de besos tiernos. La desnudó por completo e hizo lo mismo consigo mismo. Amó cada rincón de su cuerpo con la yema de sus dedos, con sus labios, con su lengua y, finalmente, la penetró despacio hasta quedar exhaustos de placer.

Cuando África cruzaba la *Plaza del Museo* en dirección a su casa, el sonido de la puerta de un coche al cerrarse llamó su atención. Eran las doce de la noche y, aunque aún paseaba gente por aquella zona, aligeró el paso para apresurarse a la acera donde se ubicaba el edificio en el que vivía. Sin embargo, intuyó que alguien la seguía y, llevada por su propia naturaleza, se dio media vuelta para comprobarlo.

—¡Dios! ¡Me has asustado! —tomó aire ante aquella atenta mirada. En el fondo sabía que era él. No la había asustado. La había puesto nerviosa.

—No creo que estas sean horas de ir sola por la calle —la miró con el ceño contraído.

Ella exhaló un suspiro.

—Para ti también es peligroso andar como si nada por aquí... No eres un transeúnte cualquiera —protestó y se puso las manos en las caderas.

Jael la estudió con atención. Le había gustado esa forma en que se preocupaba por su seguridad.

—No he salido del coche hasta ahora.

—¡Joder! Viene un grupo de tías. Ven, rápido —lo alentó y caminó el trayecto que le faltaba hasta llegar a su portalón.

Jael la siguió y, mientras ella se ocupaba de abrir la puerta, echó un disimulado vistazo hacia el grupo de personas que se acercaba. Había algún chico, pero en su mayoría eran todas chicas jóvenes.

África tiró de su brazo con fuerza y volvió a cerrar el portalón. El pequeño patio de entrada estaba oscuro y ahí nadie podía verlos.

—Todo esto de las fans es un rollo —dijo ella, algo agitada.

Jael la observó pensativo.

—Eso es lo que no te gusta de mí, ¿verdad?

África guardó silencio y, para eludir la respuesta, echó a caminar.

—Espera a que sea un poco más tarde para salir. Dentro de una hora no habrá casi nadie por la calle...

Jael la siguió con la mirada y esbozó una sonrisa. El que siguiera preocupándose por él lo hacía sentir muy bien, pero, el que lo estuviera invitando a entrar en su casa lo colmó de...¿Satisfacción? ¿Felicidad?

¿Felicidad?

Sacudió la cabeza y echó a caminar detrás de ella.

—Estoy toda sudorosa, voy a darme una ducha —dijo, yéndose hacia la puerta de su habitación. Se detuvo junto a esta y se giró un poco.

—En la nevera hay un poco de todo, sírvete lo que quieras. Y siéntate, enseguida vuelvo.

Jael asintió y apretó los labios para sonreír, pero África ya había desaparecido y no se percató de ello. Miró a su alrededor y detuvo los ojos sobre una pequeña estantería que había a la derecha de la televisión. Vio un simpático collage de fotos de ambas primas. Las observó un instante y, sin darse cuenta, su dedo pulgar se había deslizado sobre una imagen de Afri. En

esta, llevaba un pañuelo lleno de monedas alrededor de la cintura y sostenía un velo rojo en las manos con el que cubría parte de su cara. Sus ojos azules parecían muy maquillados con un color oscuro. Decir que estaba guapa era quedarse infinitamente corto. Dejó el marco del collage en su sitio y se dirigió a la pequeña cocina, en la que casi rozaba el techo con la cabeza.

Cuando África volvió al salón, Jael estaba sentado en el sofá, reclinado sobre el respaldo y mirando atentamente un documental en la tele. En la mesa la esperaba una bandeja redonda llena de sándwiches que parecían recién hechos, un bol con patatas chips y un par de vasos de *Coca-Cola* con hielo.

—He improvisado un poco, espero que no te importe —dijo él, al ver su cara de sorpresa.

Esta tenía puesto un vestido azul de verano muy corto, que se pegaba a sus pechos, seguramente sin sujetador. Jael desestimó inmediatamente el valor de aquellos sándwiches. Quería comérsela a ella. Pero hubo de distraerse, si no quería que el instinto lo hiciera perder la compostura.

—No sabes el hambre que tengo —África se sentó rápidamente en una silla, cogió un sándwich y lo mordió. Masticó y cerró los ojos mientras lo degustaba.

Jael la contempló ensimismado y se sintió satisfecho de aquella expresión.

—*Uumm*, está buenísimo —mordió otro pedazo—. Gracias —masculló con la boca llena.

Él sonrió y estiró el brazo para limpiarle la comisura de los labios con la yema de un dedo. Al notarlo, ella lo miró y vio cómo se introducía el mismo dedo en la boca con naturalidad.

—¿Se te da bien cocinar? —siguió África, para disipar el ligero nerviosismo que le había producido aquel gesto.

—Lo mío es improvisar —respondió—. Improviso alguna cosa con lo que encuentro en la nevera y, por lo general, siempre sale algo bueno.

—Doy fe —añadió ella.

—Y ¿a ti se te da bien bailar la danza árabe? —arqueó una ceja. Tomó uno de los sándwiches y se dispuso a comer.

África se aguantó una risa.

—Supongo que has visto la foto —llevó la vista hacia la estantería.

—Ajá —asintió mientras masticaba.

—Aprendí a bailar por obligación, pero luego resultó que me gustaba. Los que me han visto hacerlo dicen que he nacido para ello —explicó y rió de forma graciosa—. Creo que exageran. Pero es bonito y muy sensual —concluyó.

Él la miró con intensidad.

—¿Por qué por obligación? —se interesó.

—En enero, en cuanto cumplí los dieciocho, acepté trabajar como bailarina en una discoteca. Mi madre se opuso rotundamente, pero, ya sabes, los adolescentes tenemos ese punto rebelde y esa fijación por hacer todo lo que se nos prohíbe... —volvió a reír. Él la observaba con atención—. La discoteca tiene una zona árabe y Omar me preguntó si quería aprender. Me pareció divertido y pagaban bien, así que no tuve que pensarlo demasiado.

Jael dejó el vaso de *Coca-Cola* después de beber y asintió.

—¿Omar? —inquirió.

—El dueño de la discoteca —contestó un poco incómoda. Ya había hablado demasiado de ese tema.

Sin embargo, a Jael le pareció que África quiso limitar mucho su última respuesta. No obstante, se obligó a no hacer más preguntas.

—Me gustaría verte bailar alguna vez...

Ella le sonrió como respuesta y se llevó su *Coca-Cola* a los labios.

Una vez devorado hasta el último migajón de los sándwiches, recogieron la mesa. Jael, en contra de lo que África le dijo, metió las manos en el fregadero y lavó los platos. Ella se encargó de buscar algo dulce para tomar de postre.

Por supuesto, CHOCOLATE.

Metió el bote de *Nutella* en el microondas para que se derritiera. Después, Jael trató de ayudarla cuando esta se achicharró los dedos al llevarlo hacia la mesa. Él se hizo con el bote y también se quemó, aunque lo aguantó entre las manos hasta que pudo soltarlo bruscamente sobre el mantel. África se retorció de la risa visualizando la escena, y lo hizo más, cuando el recipiente se volcó y la crema de chocolate se precipitó hacia fuera como la lava. Cremosa y humeante.

—¡Joder! —maldijo Jael agitando las manos en el aire para paliar la quemazón. Sus mejillas, ligeramente encendidas por la sensación de calor, resultaban simpáticas en su rostro masculino, al tiempo que se soplaba los dedos de forma insistente.

A África le dolían los abdominales de tanto reír. No podía parar. Le había resultado una anécdota demasiado cómica. Aunque, también había de reconocer que al príncipe del desierto le había ocurrido aquello por haberla ayudado a ella. Habría rabiado de dolor si él no le hubiera arrebatado a tiempo el jodido bote de *Nutella*. Así que se sintió responsable de la situación e hizo todo lo posible por apaciguar su risa. De hecho, aún mostraba una sonrisa tenue cuando caminó hasta él y se detuvo a un paso de que sus cuerpos se rozaran. Iba descalza y todavía le pareció más alto de lo que era.

Jael, que seguía maldiciendo algo por lo bajo mientras trataba de aliviarse, dejó de soplar y la miró.

—Lo siento, ha sido culpa mía —murmuró Afri con sinceridad y, elevando un brazo, tomó una de sus manos.

Jael sintió un intenso cosquilleo en el estómago, cuando, sin previo aviso, África se llevó uno de sus dedos a la boca. Lo besó y lamió despacio, e hizo lo mismo con los dedos contiguos. Él no apartó sus ojos de aquella maravillosa imagen y, aunque ella le había retirado la mirada mientras lo hacía, el suave roce de su lengua, los pequeños besos y las cuidadosas caricias de su boca, le agitaron la respiración y lo hicieron estremecer.

El deseo lo empujó y también él tomó una de las manos de África. La deslizó por encima del chocolate que había esparcido en el mantel y luego se la llevó a la boca. La imitó y empezó a lamerla como ella lo estaba haciendo con él, convirtiéndose aquel contacto de ambos en un momento íntimo, sensual y provocador.

El corazón de África se había disparado y, por cómo respiraba Jael, intuía que le había pasado lo mismo.

—¿Mejor? —susurró ella casi sin voz.

Continuaron haciéndolo, pero, desde ese momento, mirándose a los ojos.

—Sigo hirviendo... —respondió en voz baja—. ¿Y tú? —tras preguntar, le arrastró la lengua lentamente por el contorno de la muñeca.

África gimió involuntariamente y tragó con fuerza. Sus pezones llevaban rato endurecidos contra la fina tela del vestido. Su entrepierna húmeda y excesivamente sensible.

—Tengo...calor —dijo y se humedeció los labios, los cuales, manchados de chocolate, se separaron con avidez para dejar salir una agitada exhalación.

Jael suspiró con fuerza sin dejar de mirarla. No podía más. Se estaba consumiendo poco a poco. Cuando ella suspiró del mismo modo, ninguno tuvo dudas; se lanzaron el uno hacia el otro y comenzaron a devorarse como si no existiera un mañana.

Él la rodeó con sus brazos y la levantó del suelo. África envolvió sus caderas masculinas con las piernas y jadeó mientras lo besaba, sintiendo cómo la excitación de Jael, bajo los vaqueros, presionaba implacablemente contra sus braguitas.

—Necesito calmar este deseo, África... —apoyó su frente en la de ella para recuperar el aliento—. Por favor..., deja que te haga el amor —suplicó exaltado.

Lo último que esperaba África era escuchar esas palabras de él. “Echar un polvo” tal vez, pero ¿hacer el amor? ¿Habría sido consciente Jael de que lo había dicho? Le gustó tanto verlo, sentirlo y oírlo así, que se estremeció de pies a cabeza.

—Vamos a mi cama —también ella sonó suplicante. Él sonrió sobre su boca y caminó sin dejar de besarla hasta la habitación.

Se desnudaron con prisa. Después, Jael se encargó de disfrutar cada centímetro de lo que tanto había deseado. Se deslizó sobre ella para besarla y saborearla hasta saciarse y gruñó cuando sintió cómo aquella maravilla de pezones crecía en el interior de su boca.

Al filo del abismo, antes de hacerla suya por completo, se detuvo un instante y acarició su mejilla mientras le hablaba y la miraba con firmeza.

—Ayer te dije que esto estaba pasando... —su respiración era acelerada e hizo una breve pausa en la que vio cómo ella asentía—. Joder, África... Si llegamos hasta el final, no voy a dejar que seas de nadie más.

A pesar de que aquella advertencia la sorprendió, África pensó que tal vez no fuese más que parte del intenso momento. No dijo nada. Le acarició la cara con ambas manos y lo atrajo hasta su boca para volver a besarlo. Jael acarició sus piernas mientras se deslizaba entre ellas y, sin dejar de comer de sus labios, fue penetrándola lentamente.

África gimió cuando lo tuvo completamente en su interior. Él, como si acabara de confirmar algo que hubiera estado imaginando antes, volvió a sus ojos reflejando pasión y determinación en una misma mirada. Salió despacio de ella, casi en su totalidad, y regresó con la misma suavidad para no volver a detenerse.

Y le hizo el amor, sin lugar a dudas. Aquella noche Jael la tomó dos veces, casi de forma consecutiva, con un deseo posesivo que la llevó a recordar sus palabras...

“Si llegamos hasta el final, no voy a dejar que seas de nadie más”.

Acarició el brazo con el que él la rodeaba cuando ya dormía, y se giró un poco para admirarlo. Dormido y saciado era impresionante.

«¡Que tiemblen todos los príncipes de todos los reinos que hay por haber!», pensó. Se le aceleró de nuevo el corazón y volvió a su posición sobre la almohada.

¿Había conseguido Jael que fuera solo para él?

—¡*Nah*, ni de coña! —susurró y sonrió. Luego cerró los ojos en un intento de conciliar el sueño.

Jezabel Marí

Capítulo 22

El despertador fue arrojado al suelo de un golpe casi accidental. África, envuelta entre las sábanas como un rollito de primavera, quiso hacerlo callar y seguir durmiendo. Diez segundos después, con la mente un poco más

lúcida, recordó que había quedado con Lucía para desayunar y dejar solucionado un par de temas de papeleo, antes de viajar a Nueva York. Giró sobre el colchón, hizo a un lado la sábana y se quedó sentada un instante mientras se desperezaba. Instintivamente ralentizó sus movimientos al percibir cierto perfume. Sus sentidos se pusieron en consonancia cuando reconoció el exquisito y masculino olor de Jael sobre sí misma. Cerró los ojos e inspiró en uno de sus hombros. Seguidamente hizo lo mismo con un mechón de su cabello, el cual parecía estar algo más salvaje que cualquier otra mañana. Imágenes de lo que había ocurrido en esa cama la noche anterior consiguieron que se estremeciera. Jael cubriendo su cuerpo de besos; acariciándola de manera casi estratégica para darle placer; susurrándole palabras que no habría imaginado oír de él y... *uuufff*. Tuvo que detener sus pensamientos cuando recordó, con exhaustiva claridad, cómo se deslizaba impetuoso en su interior, proclamando su fuerte deseo por ella mientras le hacía el amor. Se erizó de la cabeza a los pies y se mordió el labio inferior, consciente de lo que aquel chico le provocaba.

Suspiró y se quedó sumergida un minuto más en sus pensamientos.

«Ya no estás aquí, pero sigo sintiéndote. Y de qué manera...», dijo para sí. Acto seguido se obligó a reaccionar e, inclinándose, estiró el brazo para rescatar el reloj que seguía tirado en el suelo. Al colocarlo de vuelta en su lugar sobre la mesilla, sus ojos se detuvieron en una hojilla de papel, escrita a bolígrafo con letra rápida pero bonita.

“Me he ido de tu lado en contra de mi voluntad, que conste. Pero llevar tu olor conmigo es una auténtica pasada. Huelo a ti, Gucci, ¿se puede ser más afortunado?”

Espero volver a verte a lo largo del día.

Un beso”.

Una sonrisa floreció en los labios de África, aún sin apartar los ojos de aquellas palabras. ¿También él la había percibido a ella en su piel? ¿Se habría erizado pensando en lo que había pasado hacía tan solo unas horas? ¿Se le habría acelerado el corazón?

«*Nah*, los chicos no sienten así. Se ponen mimosos hasta que desahogan el calentón y ya», reflexionó con ligereza.

Seguidamente tomó su teléfono móvil y se dispuso a escribir algo.

“Lo de anoche fue increíble. Yo también huelo a usted, señor Kent. Lo de volver a vernos hoy..., no sé. No estoy segura. ¡Besitos!”.

La sonrisa se tornó traviesa en su rostro. Era más que probable que viera a Jael a lo largo del día; moría por estar con él de nuevo. Lo del mensaje no era más que juego. Tiró el móvil encima de la cama antes de que le llegara alguna respuesta y se puso en pié. Tan solo con sus pequeñas braguitas puestas, se fue correteando en dirección al baño.

Lucía y Joe se despedían en el hall del hotel. Aún era temprano, con lo cual, por aquella zona, solo habían algunos americanos de edad avanzada, preparados para salir a hacer turismo por la ciudad.

Joe rodeó a Lucía con ambos brazos y la pegó a su cuerpo.

—No te vayas, Gominola... —se inclinó para unir sus labios a los de ella sin dejarla responder. Tras un breve beso, se separó un poco y esbozó una tenue sonrisa, que hizo que a Lucía le temblasen las rodillas —. Vuelve a mi habitación, no he desayunado. —Su mirada azul suplicante, unida a aquella insinuante proposición, casi logra su objetivo.

Lucía no pudo más que curvar las comisuras para sonreír enamorada ante la belleza arrebatadora de su chico. Se puso de puntillas para poder alcanzar su boca carnosa y volvió a besarlo, esta vez con más intensidad de la que habían puesto en su anterior beso. Joe ajustó sus dedos a la cintura de ella mientras correspondía, en proceso de excitación, a la dulce invasión. De hecho, dio por sentado que la había convencido para que lo acompañase de nuevo a la suite. Iba a poder desayunar el manjar que deseaba.

—Vamos... —dijo en voz baja y la cogió de la mano, invitándola a caminar.

Pero Lucía se resistió; a duras penas, eso sí. Tiró un poco del brazo e hizo que él la mirara interrogativo. Ella negó con la cabeza levemente como respuesta, y Joe dejó ir un suspiro de derrota.

—Sabes que no puedo quedarme, amor —murmuró, elevando un brazo para pasarle los dedos por el pelo. A Joe le gustó la caricia, pero, mucho más, el apelativo que hubo usado para referirse a él. Amor. Definitivamente, cada vez que lo llamase de aquella forma, lo persuadiría de todo lo que ella quisiera. TODO.

—Ok, lo sé. Pero creo firmemente en que has sido muy osada al salir de la cama dejándome en ayunas —la regañó, aunque estuviera lejos de parecerlo, por la suavidad con que lo hizo.

—Bueno, también es un poco culpa tuya, ¿eh? Podrías haberme despertado una hora antes...

—Imposible —abrió los ojos con un poco de exageración mostrándose cómico—. Estabas hablando en sueños y no quería perder detalle... —prosiguió, fingiendo naturalidad.

—¿Qué? —rio ella—. Yo no hablo en sueños —replicó con seguridad.

—Oh, claro que sí —la rebatió con el ceño fruncido, prosiguiendo con su actitud divertida.

—Vale, y... ¿qué se supone que decía, que era tan interesante para ti? —entornó la mirada en dirección a la suya.

—*Mmm...* —simuló hacer memoria.

—No sería muy importante cuando no te acuerdas... —murmuró Lucía, despreocupada, tratando de esconder una sonrisa y haciendo ademán de marcharse.

Joe alcanzó de nuevo su cintura con ambas manos en un rápido movimiento e impidió que esta diera más de dos pasos.

—Decías: Papá, te presento a Joe Mcilroy, mi novio —dejó escapar las palabras, como si estas hubieran echado a correr.

Lucía lo miró con sorpresa. De entre todas las cosas que hubiera podido imaginar que inventaría para seguir con la broma, aquella era la más impensable. Separó los labios para responderle, pero volvió a cerrarlos sin decir nada. Él, después de analizar su reacción por un largo instante, empezó a mostrar una sonrisa que desembocó en una simpática carcajada.

Lucía se tomó aquello como el final de su improvisado juego y le dio un ligero golpe en el pecho. Joe, no solo no se inmutó, sino que la abrazó con fuerza contra sí, al tiempo que seguía riendo, invadiendo el delicado hueco de su cuello.

—¡Ni loca, ¿me oyes?! —dijo al fin, desahogando la impresión que le había causado imaginar la presentación que él había mencionado.

—Pero, vamos a ver, Gominola... Ese hombre es mi sue... —antes de que terminara de hablar, ella se puso de puntillas de nuevo y le tapó la boca con una mano. Joe se quedó quieto, pero, evidentemente, estaba sonriendo. Hizo bailar sus cejas arriba y abajo un par de veces de forma graciosa, y Lucía no tuvo otra opción que acabar sonriendo. Apartó la mano de la cara de su chico y, sacándose el móvil del bolsillo, le echó un vistazo.

—Uf, tardísimo —murmuró.

—Apenas son las ocho y media, pequeña. Te va a dar tiempo de todo...

—No es eso. He quedado con mi prima para desayunar y me resulta muy extraño que no esté petándome *WhatsApp* todavía...

—Estará dormida —sugirió, quitando importancia.

Lucía dudó un poco.

—Si te preocupa, llámala. Pero seguro que han debido pegársele las sábanas... —insistió Joe, viendo cómo su chica manipulaba el teléfono y se lo llevaba a la oreja.

—No contesta —torció los labios tras escuchar que saltaba el buzón de voz. Joe la observó expectante—. *Afri, voy para casa. ¿Te fuiste anoche de juerga y te has recogido por la mañana, o qué? Si estás dormida y te despiertas antes de que yo llegue, date patadas en el culo para estar lista; quiero desayunar y coger el bus de las nueve y media.*

Mientras colgaba la llamada y se guardaba el teléfono, de manera instintiva, dio unos pasos hacia la puerta de salida. Joe se acercó a ella desde atrás y rodeó sus hombros con ambos brazos. Apoyó la barbilla en su cabeza y caminó con ella hasta donde comenzaba la hilera de escalones, una vez fuera del hall del hotel.

—Envíame un mensaje cuando estés con tu prima. ¿Ok? —le acarició el pelo y se situó delante suyo.

—Ok —asintió.

—Ven aquí, te acompaño al taxi —la tomó de una mano y tiró suavemente de ella. Bajaron los escalones y caminaron atravesando el jardín hasta la zona donde aguardaban los taxis.

Ambos se detuvieron y se pusieron uno frente al otro. Él acunó sus mejillas y se acercó a dejarle un breve beso en los labios.

—Te espero aquí —dijo él en voz baja. Lucía asintió—. Y no olvides enviarme el mensaje para saber que la pequeña África está bien —añadió.

—Sí, hecho. Te lo envío en cuanto la vea —sonrió con levedad.

Joe pellizcó cariñosamente una de sus mejillas y le abrió la puerta trasera del taxi que tenían al lado. Luego se inclinó sobre la ventanilla del conductor y le habló al señor con bigote que ponía el coche en marcha.

—Llévela donde le indique y conduzca con cuidado —dijo, con amabilidad, al tiempo que le ofrecía un billete considerable.

El taxista fue a lanzarle una mirada ofendida por la advertencia de que tuviese cuidado, pero en cuanto olió el generoso billete ante los ojos, su expresión se tornó exageradamente benévola.

—Por supuesto, caballero, no se preocupe —respondió con palabras ligeras y demasiado afables. Joe simplemente asintió tras escucharle, manteniéndole la mirada unos segundos. Luego se distanció del vehículo para observar cómo se marchaban.

Lucía, que había bajado el cristal de la ventanilla, le dijo adiós con la mano. Joe hizo lo mismo, sonriente.

—Dile a mi señor suegro que cuidaré de ti en New York, que esté tranquilo —elevó un poco la voz y, ante el gesto de ella, rió divertido.

África desbloqueó la pantalla de su *iPhone* con una mano, mientras que con la otra sostenía el secador en marcha hacia su pelo. Comprobó que tenía bastantes mensajes de *WhatsApp*. Su madre le había escrito para saber a qué hora llegaría al pueblo; Lucía le había mandado seis o siete mensajes que básicamente decían: “*contestaaaa*” y “*espabilaaaa*”. Y también Jael le había escrito un par, seguramente en respuesta al que ella le había enviado antes de meterse en la ducha: “*Oh, sí, claro que sí nos veremos hoy. Eso es un hecho, señorita*”. “*¿Acaso crees que tuve suficiente anoche?*”.

Mariposas imprevistas agitaron sus alas sobrevolando su estómago. Se llevó una mano a dicha zona de manera instintiva, y frotó, buscando paliar la sensación. Sus dedos se colaron por debajo de la minúscula camiseta, y las yemas contra su piel contribuyeron a que el cosquilleo aumentase. ¿Más mariposillas? ¡Ni hablar! Tiró de la tela en una reacción espontánea, como si así fuera a poder cubrirse el ombligo; cosa que no pasó. Se miró una vez más en el espejo, dio media vuelta para echarse un vistazo por detrás y sonrió satisfecha. No era la minifalda más mini que tenía, pero siempre le había quedado estupenda. De vuelo, rosa pálido, una cuarta por encima de la rodilla y súper cómoda.

Tan solo un cuarto de hora más tarde se encontró con su prima en el centro comercial *Plaza de Armas*. Lucía ya la esperaba sentada junto a una mesa en la cafetería que solían frecuentar, y se había anticipado a pedir el desayuno. Por supuesto, también hubo enviado un mensaje a Joe, informándolo de que Afri la había llamado y que estaba bien.

—No hay Napolitanas, te he pedido una Berlina —dijo la mayor, cortando su pastel con cuchillo y tenedor.

—*Perfe* —respondió África, e inclinándose, le dio un beso en el pelo a Lucía. A continuación se dejó caer en la silla junto a ella y directamente se lanzó a por aquella berlina rellena de chocolate.

—¿Por qué te has levantado tan tarde? O saliste anoche, o te has zampado tú sola una maratón de *Crónicas Vampíricas* hasta las cinco de la mañana. ¡Si has hecho lo último, te mato! Quedamos en que íbamos juntas a las citas con *Damon Salvatore* —entornó la mirada un poco cómica y la apuntó con los dientes del tenedor.

África rió con los labios manchados de crema de chocolate y azúcar glas.

—No osaría a hacer tal cosa, lo sabes —tragó y se empinó el vaso de batido.

—Entonces, saliste de *pachangueo* —dio por hecho Lucía.

La rubia negó con la cabeza. Quería contarle absolutamente todo a su prima. Quería darle la súper noticia de que, tal y como ella lo predijo, había caído redondita con Jael; concretamente debajo de él. Pero nada..., o la Berlina se le había atascado alrededor de las cuerdas bucales, o algo que se escapaba de su entendimiento le impedía saber cómo empezar a decirlo. ¡Qué leches le pasaba! Tal vez, lo único que sucedía era que estaba intentado deshacerse del enjambre de insectos voladores que revoloteaban en su tripa cada vez que recordaba. Si ahora hablaba de su noche con Jael, definitivamente esas palomitas blancas no dejarían de mover sus alas y hacerle cosquillas.

—¡Ey! —dijo Lucía, después de haberla observado un instante.

—No salí. O bueno, ya sabes, salí a correr un poco con Gonzalo... —se encogió de hombros.

—¿Te has liado con ese chico? —inquirió, ya que notaba algo extraño en su prima.

—¿*What?* ¡No! —torció el gesto, un tanto sorprendida por aquella pregunta—. Gon es lindo, pero solo me despierta ternura —rió cabeceando—. Se te va la pinza, Luci.

—Estás... —hizo una pausa y ladeó la cabeza.

—Estoy bien —África mantuvo la sonrisa, aunque, una vez más, se sorprendía de todo lo que Lucía podía llegar a conocerla.

—¡Estás rara! —elevó la voz.

—¡Que no! Son cosas tuyas, estoy como siempre —se tomó de golpe lo que quedaba de su batido y se relamió el labio superior con naturalidad—. Déjalo ya. Mejor cuéntame qué tal con tu príncipe...

Lucía dejó el dinero de la cuenta sobre un platillo y se puso en pie.

—Te lo cuento en el camino, que perdemos el bus de las diez menos cuarto —se colgó el bolso y tiró de la mano de Afri.

Apenas faltaban cinco minutos para que llegasen al pueblo. El chófer del autobús había activado el aire acondicionado a todo pulmón y aquel habitáculo medio vacío parecía más un congelador que un transporte de pasajeros.

—¡Joder, qué potencia frigorífica tiene este puto bus! —se quejó

África—. Entonces, ¿solo una maleta cada una? —preguntó con un poco de desconcierto.

—Joe dice que no necesitamos más que lo básico. Lo más personal. Y que, una vez en Nueva York, nos iremos de tiendas para que llenemos el armario —explicó y esbozó una sonrisa de satisfacción externa.

África dejó la boca abierta durante varios segundos, procesando la información.

—¿En serio?

Lucía se echó una ligera carcajada.

—Yo aluciné igual que tú cuando me lo dijo esta mañana.

Además, estaba húmedo y olía de maravilla porque acababa de salir de la ducha. Solo tenía el pantalón vaquero puesto, nada más. En esa situación no pude hacer otra cosa que mirarlo, escucharlo y decir que sí a todo —explicó y se mordió el labio inferior con ganas. Recordar a Joe de aquella guisa podría paliar la sensación de frío que se extendía por el interior del bus.

—*Fiú fiuuuu* —silbó la rubia. A su vez, no pudo evitar que la imagen de Jael desnudo la invadiera. El contraste de calor y frío iba a conseguir enfermarlas a las dos.

—Vale, pero mis vaqueros viajan conmigo a las Américas... —advirtió.

—Claro, llévate dos o tres. Los mejores que tengas.

—Puf —resopló—. Complicado, no puedo elegir. Todos me encantan

Lucía sabía que su prima le saldría con algo así. Se guardó una risa y se puso en pie, pues ya llegaban a la parada donde tenían que bajarse.

—Hay algunos que tienes que jubilar ya, Afri. Están tan gastados que no sé cómo no se han disuelto en la lavadora —dijo, bajando los escalones del bus seguida por África.

—¡Esos no me abandonarán nunca; son los que mejor me quedan! —protestó la rubia.

Lucía rió mientras cabeceaba y caminaba a paso ligero en dirección al prado; allí donde estaba la casa de la abuela María. La abuela de ambas, que también las estaría esperando con ansias de verlas aparecer por la puerta, y donde se habría reunido, como de costumbre, parte de la familia, para pasar tiempo juntos y examinar a las niñas. En realidad ellas sabían que durante al menos un par de horas, habrían de superar algo así como un tercer

grado, para que sus padres le dieran el visto bueno a la idea espontánea y precipitada de un viaje a las Américas.

—Píllate los que quieras y súmale dos o tres camisetas y unas cuantas bragas y sujetadores. Bueno y, si acaso, una chaqueta. ¡Punto! En Nueva York nos vamos de *shopping* —guiñó un ojo a su prima, y esta, que había girado la cabeza al oírla, mirándola de soslayo, la correspondió de igual forma.

¿Tenían ganas de llevar a cabo ese planazo? ¡MUCHAAAAS!
¡MUCHÍSIMAS! ¡MÁS AÚN!

Sus familiares las colmaron de besos, abrazos apretados y... preguntas. Aunque por lo general los iban informando mediante sus comunicaciones telefónicas, el hecho de tenerlas delante les daba la oportunidad de profundizar y hacer una indagación más exhaustiva sobre todo lo que les interesaba. Pero, tanto Lucía como África, sabían de qué manera adornar sus respuestas para que ellos quedaran conformes. ¡Al fin y al cabo, tampoco tenían mucho que ocultar! Eran chicas responsables, estudiosas, trabajadoras... Solo se habían valido de algunas mentirijillas sin importancia, como que viajaban solas a Nueva York, que lo hacían para reforzar su nivel de inglés, que el vuelo se lo habían pagado con los ahorros conseguidos haciendo horas nocturnas como camareras en eventos, y que la estancia, en un principio, de un mes de duración, les sería gratuita, porque “unas amigas”, “imaginarias”, “Jaqueline y Jane”, hubieron insistido en ofrecerles alojamiento. Lo dicho, ¡no tenían mucho que ocultar! ¡Solo a dos chicos guapísimos, sexys, ricos y famosos, a los que conocían desde hacía...*uuff*, una eternidad, y por los que sentían...*uuff*, casi nada! Por no decir que estaban alucinadas, ilusionadas y ENAMORADAS. No, definitivamente, era más conveniente obviarles los últimos datos; si es que querían tener vía libre y sin contratiempos para cruzar el charco.

Sus padres insistieron en darles algo de dinero, y, por más que ellas intentaron negarse a aceptarlo, al final tuvieron que ceder y darles el gusto. La despedida, algo más de dos horas después, fue un poco difícil. Lagrimillas de la abuela, miradas dubitativas del padre de Lucía y cierto temor por parte de la madre de África. El resto de la familia allí presente, rió cuando las chicas trataron de disipar aquel ambiente, diciendo cosas graciosas y amenazando cómicamente con no volver a España. ¡¿Por qué los padres se ponían tan tontos ante unas simples vacaciones?!

“Algún día, cuando seáis madres, lo entenderéis todo”, había

dicho la abuela María.

“*Pero ese día, que tarde en llegar, ¿eh? No hay prisa ninguna*”, añadió el padre de Lucía, con semblante serio y con su habitual tono autoritario.

“*¡Uy! Por ese lado podéis estar muy tranquilos, ¿eh? Los pezqueñines me gustan, pero los partos me aterran. Prefiero seguir siendo la prima, la tita, o la tata...*”, exclamó África espontáneamente, y todos rieron.

“*Más os vale cerrar las piernas a tiempo, niñas; que parir duele mucho*”, advirtió una vecina cotorra que había entrado a la casa para olisquear, hacía ya un buen rato. La cual, por cierto, tenía doce hijos. Desde luego, hablaba la voz de la experiencia.

Con aquel consejo malsonante se puso fin a las palabras. Lucía miró mal a doña Dolores, y esta, inmediatamente, se dio cuenta de que sobraba. Salió por la puerta, alegando que el panadero la estaba llamado a voces. ¿Sería alguno de sus doce vástagos, hijo del señor panadero? ¡A saber! Desde luego, la mujer no había cerrado mucho las piernas para evitar los bombos. Así que, su advertencia estaba de más.

De vuelta en la ciudad, y habiendo hecho como última diligencia una visita al banco para dejar pagado el próximo mes del alquiler de la casa, cruzaron la amplia calle de *La Campana* y se dieron de bruces con la puerta de *Burger King*.

—¿Hambre? —vocalizó Lucía, sintiendo que sus jugos gástricos rugían enardecidos por desintegrar un menú *Whopper*.

—Atroz —respondió África, sufriendo una necesidad idéntica.

Por suerte, la cola para pedir la comida no era demasiado extensa, y en menos de un cuarto de hora se encontraban en la planta superior del establecimiento, sentadas en una mesa junto al ventanal, devorando sus hamburguesas.

—¡Mierda, me quedé sin batería! —refunfuñó Lucía—. Déjame tu teléfono, voy a enviarle un mensaje a Joe —dijo, estirando el brazo sobre la mesa para alcanzar el *iPhone* de su prima.

África masticó con parsimonia el bocado de *Whopper* que tenía en la boca y observó con detenimiento cómo Lucía manipulaba su móvil. Parecía vislumbrar que, en breve, esta le haría un comentario acerca de los mensajes no leídos que tenía acumulados en *WhatsApp*. Al menos debían de ser diez, o quince, no lo sabía exactamente. Todos de Jael.

Lucía frunció ligeramente el ceño sin decir nada mientras tecleaba para Joe.

—*Amor, ya hemos solucionado todo. Estamos listas para ir con vosotros a NY. Luego nos vemos. Beso. Beso. Beso.* —Después de escribir, aguardó un instante y ¡ahí estaba! Joe en línea en menos de diez segundos. Eso le produjo una sonrisa de felicidad.

—*Hola, pequeña. Eso suena muy bien. Más que bien, Perfecto. También yo acabo de terminar una reunión virtual con Jael, Scott y los demás chicos. Ahora vamos a comer algo en el restaurante del hotel, ¿os apuntáis? Podemos esperaros.*

—*Tarde. Ya hemos comido. Gracias de todos modos.*

—*¿Un helado, tal vez?* —insistió él, haciendo una sugerencia que raramente podría fallar con ella.

—*Esa es una buena opción* —respondió Lucía, y añadió un emoticono guiñando el ojo.

Joe sonrió, confirmando lo que ya sabía. Lucía y dulce eran sinónimos.

—*Podría darte más opciones, pero prefiero hacerlo en persona. No tardes, amor.*

Tras leer, los labios de Lucía se curvaron con una pizca de picardía. Como respuesta, solo envió cinco besos y bloqueó la pantalla. Puso el teléfono de nuevo sobre la mesa y lo empujó con los dedos hasta situarlo cerca de África.

—*¿Te pasa algo con Jael?* —preguntó directamente.

África cabeceó para responder, mientras se pasaba las manos por el pelo, recogiendo una coleta.

—*Vuestro juego ficticio de que uno no traga al otro y viceversa ya quedó atrás. ¿Por qué hay mil mensajes tuyos que tú no has querido leer?* —la regañó con la mirada.

—*Emm...* —titubeó—, porque no hemos parado hasta ahora, ¡jolin! ¡No he podido! —exclamó para terminar.

—*Ya...* —asintió Lucía, analizándola.

—*Venga, Luci, sé que quieres decirme algo más. Suéltalo...* —siguió África, dejándose caer sobre el respaldar del sillón rojo en el que estaba sentada.

—Lo que quiero decir no es nada que tú no sepas...

—Dilo —insistió la menor de ambas.

Lucía se incorporó un poco, apoyando los codos en la mesa.

—Jael Kent se muere por tus huesos —vocalizó, con una lentitud, que perturbó la dudosa tranquilidad de su prima. Esta puso en marcha los músculos de su cara en el intento de sonreír despreocupada.

—Quiere sexo español, que no es lo mismo —logró decir, quitándole importancia a la grandiosidad de lo que acababa de decir Lucía.

—Puede que empezase siendo eso lo que quisiera, vale. Pero, a día de hoy, a falta de que él mismo me lo confirme, sé que está enamorado de ti —la seguridad de dichas palabras puso a temblar las rodillas de África. Tragó saliva y hasta sintió un poco de calor en las orejas. Su prima no era una persona que hablara sin fundamento.

—¿Tú..., tú crees que está...? —titubeó y dejó la pregunta sin acabar.

Lucía sonrió viendo a su prima más muerta de miedo que nunca en la vida. ¡Quién lo iba a decir! ¡África no se asustaba de nada! Bueno sí, de los zombies, pero en ese momento no había ninguno a la vista.

—Sí, Gucci, lo creo. Y tú también lo estás de él...

Lucía había leído aquel apodo en un mensaje de Jael dirigiéndose a Afri y le pareció sencillamente precioso. ¿Que si estaba colado por ella? ¡Hasta el tuétano y más allá!

Una camarera descorchó la botella del mejor vino tinto español que disponía el hotel, el cual había pedido Jael, y del que ambos amigos se habían hecho completamente fans. Solían pedirlo más que a menudo, muy al margen de su elevado precio. El grosor de sus cuentas bancarias les eximía de preocuparse por detalles como aquellos.

—Las chicas estarán aquí en un rato —comentó Joe.

Jael levantó la mirada de la carta del restaurante y las comisuras de su boca se torcieron de forma agradable. Seguidamente cogió su copa, ya servida de vino, y estiró el brazo hacia el centro de la mesa proponiendo un brindis. Joe lo observó por pocos segundos y tomó su copa para complacerlo. Arqueó una ceja después de que ambos bebieran, interesándose por aquella actitud.

—Cualquiera diría que te agrada lo que te he dicho... —insinuó

Joe con media sonrisa.

Lo cierto era que llevaba notando algo diferente en él durante toda la mañana. Había estado distraído con su teléfono móvil mientras llevaban acabo la conexión con el manager del grupo; comportamiento que él jamás tendría. Jael siempre resultaba extremo con la responsabilidad para todo lo que concernía a su trabajo.

—Me agrada —confirmó—. Bastante.

Joe apretó los labios en un nuevo gesto sonriente.

—¿Me he perdido algo? —entornó los ojos, analizando la expresión de su amigo, que había vuelto a tomar un trago de su copa.

—Los caballeros no hablamos de ciertas cosas —susurró Jael, sabiendo que con aquel comentario, Joe lo entendería a la perfección.

Efectivamente, el mayor lo observó un largo instante y después fue mostrando su blanca dentadura en una sonrisa de sorpresa y regocijo.

—¡Qué cabrón! Ahora lo entiendo todo —Joe cogió su copa y la elevó en el aire—. Verdaderamente, esto se merece otro brindis.

Jael llevó su copa lo suficientemente cerca de la de Joe para que estas se rozaran sin necesidad de que el cristal sonase. Luego bebieron un largo trago, y en seguida acudió la camarera, muy eficiente, para volver a servirles.

—Bueno, ya obtuviste lo que querías —dijo Joe, mientras Jael le prestaba atención—. Y no quiero detalles, pero me gustaría saber si ya te has quedado a gusto. Es decir..., ¿tú libido se ha relajado un poco hasta nuevo aviso?

Jael rió brevemente y agachó la mirada mientras lo hacía. Cuando la alzó, de vuelta hacia su mejor amigo, estaba decidido a hablarle de algo que, aunque ya intuía, confirmó la noche anterior.

—Estoy enamorado —dijo, con una seguridad imperturbable. No obstante, no pudo controlar, ni quiso hacerlo, aquel cosquilleo tan habitual que se concentraba en la boca de su estómago. Sabía lo que significaba.

Joe se quedó instantáneamente sin palabras. El tenedor que sostenía hizo ruido al topar con el plato cuando se desprendió de su mano. Se preocupó por lo que acababa de escuchar, a pesar de que en ocasiones se le había pasado por la cabeza que aquello podía suceder. Pero, entonces...Jael estaba en un grave problema.

—Desde el principio sé que estás enamorado de la belleza física de

esa chica... —quiso ponerlo a prueba.

Jael permaneció serio un momento. ¿Joe no le creía?

—¿De verdad piensas que solo me interesa sexualmente? —lo miró incrédulo.

—¿No es así? —preguntó, más por inercia que por duda.

—La quiero —continuó, conciso y firme, con los ojos inmóviles en los de Joe. Este último reaccionó un instante después, apoyando los codos en la mesa y mirándolo con mesura. Estaba obligado a ponerle el punto de cordura a los sentimientos que su mejor amigo, casi hermano, estaba manifestando sentir.

—Entonces, quizás, no deberías habértela llevado a la cama... Al menos, no aún —lo reprendió.

Jael tensó la mandíbula, haciendo que los músculos de esta se movieran.

—¡No aguantaba más! —replicó—. ¡Joder, soy humano!

—¡Y estás comprometido! —protestó Joe, cerrando un puño instintivamente. África ya no era una chica sin importancia para él. Era la prima de su novia. La apreciaba bastante. El hecho de que ella y Jael tuvieran una noche satisfactoria para los dos, no le parecía nada del otro mundo, pero, el que se hubieran acostado habiendo amor entre ellos, hacía saltar todas las alarmas. Se alegraba de que su amigo se enamorase, cómo no, pero, debía haber solucionado su situación con Dianne, antes de ir tan lejos con África.

—En cuanto llegue a New York hablaré con Dianne. Lo tengo controlado —sonó decidido y seguro, aunque se sintió mal, admitiendo interiormente que Joe tenía razón. ¿Debía ser sincero con Afri? ¿Lo entendería si le dijese que en esos momentos estaba comprometido con otra, pero que a quien quería era a ella?

—Mantén la picha guardada en los pantalones hasta que arregles ese tema. De lo contrario, no te auguro buen progreso con África —le ofreció el mejor de los consejos. Jael lo sabía.

—Tú sabes lo difícil que es eso, ¿no? —frunció el ceño. Pero estaba casi convencido de que contenerse era lo justo.

—Quieres tener a África para ti, ¿verdad? —inquirió Joe, arqueando las cejas.

—Más que nada —respondió, contundente.

—Pues controla tus calentones —lo apuntó con un dedo—. Será

cuestión de unos días.

Jael se quedó pensativo unos segundos; luego dejó ir un suspiro.

—Si muero en el intento, pesará sobre tu conciencia.. —sonrió.

—Cállate, no exageres. ¡Prácticamente acabas de saborearla! —exclamó Joe, comedido, con un semblante más relajado.

—Cállate tú, si lo recuerdo no podré resistirme —dijo, y se mordió el labio inferior mostrando hambre. Un hambre y un amor que lo iban a consumir. De eso estaba seguro.

Más de dos horas habían pasado cuando las primas llegaron al hotel. Subieron al ascensor y tocaron la puerta de la sala de estar donde los chicos debían estar esperándolas.

Joe abrió, las miró a ambas, y las invitó a entrar haciendo un movimiento con la mano. Al cerrar la puerta, apoyó la espalda en ella y fue invadido por su Gominola. Esta le echó los brazos al cuello y él la tomó con firmeza por la cintura mientras recibía su ansioso beso. Aquel ímpetu lo hizo sonreír, al tiempo que la correspondía.

—Uy, creí que querías un helado... —susurró él, insinuante.

—Y a ti —dijo ella, atrapando su labio inferior con los dientes. Joe siseó al sentir un ligero dolor.

—Si lo prefieres, dejamos el helado para después... —sugirió y, cuando ladeó la cabeza buscando besarla de nuevo, Lucía se desprendió de sus brazos.

—¡De eso nada! —exclamó mientras se alejaba. Joe la observó, aún pegado a la puerta, y sonrió cautivado.

Jael estaba tumbado a lo largo en uno de los sofás. No tenía la camiseta puesta y el pantalón vaquero se había desplazado hacia abajo lo suficiente como para dejar al descubierto aquellos músculos ilíacos en forma de V cincelada. Era impresionante. A pesar de estar plácidamente dormido, cada delimitación de su bronceado y perfecto torso parecía en tensión. Cada línea se veía maravillosamente marcada. ¡Benditas onzas de chocolate que tenía por abdominales, y que hacían babear a todo el puto género femenino! África contuvo el aliento, contemplándolo desde su posición en el suelo. Esta había tomado asiento sobre el parqué, junto a la mesa que separaba un sillón de otro. Y no podía dejar de mirarlo, embelesada, ansiosa, aturdida, excitada y... ¿perdidamente enamorada?

«Madre mía, más sexy y revienta. ¡Este hombre está más bueno

por día!», exclamó con el pensamiento. No apartó sus ojos de él y se mordió el labio con fuerza. «Necesito catar todo eso otra vez».

Joe y Lucía, apartados, reían después de que él terminase de hablar por teléfono. Acababa de pedir que subiesen a la habitación dos copas cargadas de helado, sirope y *topping* de algún tipo de galletas. Lucía lo había querido volver loco decidiendo los sabores, y, a su vez, él había vuelto loco al camarero que lo atendía.

Joe robó varios besos a su dulce Gominola, que ella simuló no querer darle, pero a los que terminó rindiéndose. ¡Joe besaba tan increíblemente bien, que la hacía olvidar que debía parar a respirar! Luego la dejó escapar de sus brazos, y esta corrió a sentarse en el sillón vacío, donde África apoyaba la espalda. Lucía observó un instante a Jael, aún dormido, y comprendió la enajenación mental en la que parecía estar sumergida su prima. Su teoría cobraba sentido minuto a minuto; esos dos estaban muertos de amor el uno por el otro. ¡No había ni pizca de duda! ¡Qué bonito! ¡Dos primas para dos mejores amigos! ¿Quién les hubiera dicho que algo así podría sucederles, el día que tomaron la no fácil decisión de dejar el nido e independizarse? No quería pensar en lo rápido que estaba ocurriendo todo porque podía darle un poco de miedo, mejor se centraría en los sentimientos, que eran verdaderos, y en el inminente viaje que tenían planeado, el cual prometía SER MARAVILLOSO.

Jael movió los labios dejando la boca un poco entreabierta, y a África se le escapó una exhalación. Lucía se dio cuenta de que Joe también había sido testigo de la reacción, pero no terminó de entender el ligero aire de preocupación que presentaba su semblante. Lo miró interrogativa, y él negó con la cabeza para tranquilizarla.

Los helados, un tanto gigantescos, tardaron poco en llegar. Una joven camarera, algo nerviosa y sonriendo de oreja a oreja, entró a la sala con el permiso de Joe. Al dejar una bandeja plateada con el pedido sobre la mesa junto a la que estaban sentadas las primas, no pudo evitar lanzar una sigilosa mirada a Jael; el dios durmiente. África torció las cejas con cabreo, y Lucía carraspeó antes de que esta le soltara un piropo malsonante a la empleada mirona.

Joe le dio las gracias a la chica junto a la puerta de salida. Ella aprovechó para sacarse del bolsillo del delantal una hoja de papel y pedirle un autógrafo.

“Claro, cómo no”, le hubo respondido él con simpatía. Luego le dio un par de besos en las mejillas y la despidió con una sonrisa.

Al regresar, Lucía lo esperaba con el interior de la boca cargado de helado y los labios más apretados de lo normal. Además, el ceño rigurosamente fruncido y los ojos entornados. Joe comprendió al instante a qué se debía aquel semblante que le pareció tan gracioso. Se sentó detrás de ella en el sofá, dejándola entre sus piernas, y la rodeó con sus fuertes brazos antes de que le diera tiempo a pestañear.

—No tienes nada que temer —susurró, al tiempo que le besaba el cuello.

África los miró y sonrió mientras se metía en la boca una nueva cucharada de helado. El sabor del sirope de arce y las nueces, deshaciéndose en su paladar, la hicieron emitir un suave gemido de placer.

Jael comenzó a despertarse y contrajo el ceño al abrir los ojos. Su corazón sufrió una sacudida ante lo primero que vio. Rubia, ojos grandes de un azul intenso y largas pestañas, nariz pequeña y algo respingona, labios esponjosos, sensuales y...completamente manchados de helado. ¡Para comérsela! Ambos se miraron durante al menos un minuto seguido. Sin decir nada, pero con los ojos cargados de emoción, deseo, amor, promesas... Estaban volviéndose a ver, por primera vez, después de pasar la noche juntos.

África mostró una suave sonrisa, que, desde el punto de vista de Jael, la hizo ser aún más deliciosa. En ese momento comprendió que iba a tener que ser más fuerte de lo que había sido nunca, para no levantarse, comérsela a besos y arrastrarla hasta su habitación. Su gesto se tornó impasible y cerró los ojos mientras se frotaba la cara.

«Venga, Jael, tú puedes», se dijo. Resopló e intentó templarse. Sin embargo, África no supo cómo interpretar aquella reacción por su parte. ¿No era que tenía tantas ganas de volver a verla?

—¡¿Pero, tú has visto lo que has hecho?! ¡Mi *camisetaaaa!* — exclamó Lucía, simulando gruñir a un Joe que parecía divertirse, dándole de comer el helado como a una niña pequeña.

El frío chocolate se había desprendido de la cuchara, excesivamente cargada, y había aterrizado en la camiseta blanca que ella llevaba puesta. Encima de que era blanca, también era una de sus preferidas. ¡ARG! Cuando Lucía volvió a rugir, más cómica que cabreada, Joe rió a carcajadas y se levantó llevándosela cosido para ponerla en pie.

—¡Qué desastre! —protestó, con menos intensidad.

—Esto no es nada, Gominola —arrastró un dedo por encima de la sustanciosa mancha en cuestión y, retirando el exceso de helado, ya derretido, se lo llevó a la boca. Lo saboreó, sonriendo con una travesura masculina demasiado irresistible, que hizo que Lucía soltase un suspiro de rendición. Él se percató de ello y amplificó su sonrisa.

—Anda, ven conmigo, pequeña, te voy a prestar una camiseta y mandamos la tuya a la lavandería... —la cogió de la mano y tiró de ella.

—Esto pienso cobrártelo muy caro... —refunfuñó ella, guardándose una risa maliciosa y guiñándole un ojo a su prima, que cabeceaba disfrutando de la escena.

—Tienes vía libre para cobrármelo como quieras —siguió diciendo Joe, insinuante. Al pasar junto a su amigo Jael, le rozó el pelo. Cuando este le miró, aprovechó para hacerle una señal de advertencia con el dedo índice, lo cual había significado algo así como: “mantén la picha dentro de los pantalones”. Jael lo entendió sin asomo de duda y le lanzó una mirada fulminante. “¡¡NO PROMETO NADA!!”, le habría encantado gritar.

Una vez solos, Jael se incorporó quedando sentado en la parte del sofá más alejada de donde seguía situada la causa de su mayor debilidad. Pero ahora esta se había puesto de rodillas y saboreaba cada jodida cucharadita de helado hasta dejarla reluciente.

«Si supieras cuánto me torturas y las cosas que están pasando por mi cabeza...», gruñó mentalmente, dolorido. Pero el dolor era algo físico, y hubo de retirar la mirada de ella si no quería que su situación se agravase. Se pasó las manos por el pelo, desordenándolo más de lo que estaba, y seguidamente se puso en pie, tratando de ignorar a África.

Ella lo siguió con la mirada y dejó caer la cuchara dentro de la copa de cristal. ¿Qué le pasaba a ese idiota? ¡Ni siquiera la había saludado! ¿A qué venía esa actitud de desinterés? Lo vio de pie, apoyado sobre la mesa donde había un ordenador, manipulando su teléfono móvil.

Crispado, Jael leía varios mensajes que debían haberle llegado mientras dormía. Para colmo de males, eran de Dianne.

“Muñeco, buenos días. No, mejor te digo buenas tardes. No me acostumbro a imaginar que cuando yo me levanto de la cama, tú debes estar a punto de meterte en ella”.

“A propósito de cama; hay una duda que ronda mi cabeza y que si

me la callo no seré capaz de hacer mi vida con normalidad. He pensado mucho si planteártela o no, pero Calli, mi mejor amiga, ya la conoces, me ha animado a que lo hable contigo. Las parejas hablan de todo y siempre se puede llegar a un entendimiento".

"Bueno, ahí voy. La cuestión es que pienso que... Jo, que conste que esto me cuesta, ¿ok? Estoy barajando la idea de que, tal vez, y solo tal vez, tú, mi amado novio, mi prometido, puedas estar teniendo un escarceo sexual con alguna mujer española".

"Ay, ya lo dije, buf, qué impresión. Me ha dolido decirlo, en serio, mucho. Pero, ¿sabes qué, muñequito?, que mi amiga Calli también me ha ayudado a entender que los hombres no podéis estar tanto tiempo sin tener relaciones".

"Ok, lo he entendido. Y si, por casualidad, tú, estás tirándote a alguna niñata insignificante, o incluso a alguna prostituta de lujo, pues estoy preparada mentalmente para aceptarlo".

"Estoy casi segura de que lo haces, al igual que tus cuatro compañeros del grupo. Pero espero que en tu caso no se trate más que de eyaculaciones esporádicas y sin la menor importancia".

"Dicho esto, ya no te molesto más. No quiero imaginar el motivo por el que no me estás respondiendo a los mensajes. Porque, efectivamente, puede tratarse de lo que acabo de exponer. Prefiero pensar que estás en una de tus sesiones de Bo Staff".

"Un beso. Cuídate. Nos vemos muy pronto".

Jael tenía los dientes apretados y la mandíbula tensa. Se llenó el pecho de aire y deseó estrellar el teléfono contra el suelo. Elevó la mirada hacia donde estaba África y dejó sus ojos puestos en ella hasta templarse.

¡Dios!. ¿De verdad Dianne era capaz de llegar hasta ese punto con tal de mantenerlo atado? ¡Era horrible sentirse tan atosigado! Pero era realmente asqueroso que una mujer se rebajase de aquella manera para asegurarse un marido. Hacía mucho que tenía claro que no la amaba ni la amaría nunca, pero, por primera vez desde que estaba con Dianne, sintió repugnancia por ella. Echó a caminar de vuelta al sofá y se sentó de nuevo, esa vez un poco más cerca del lugar que ocupaba su Salvajita en el suelo. Aprovechó que ojeaba su teléfono distraída, para contemplarla abiertamente.

Tenía las piernas flexionadas con las rodillas casi pegadas al pecho, y, por fortuna o por desgracia, aquella falda que llevaba puesta se

había deslizado hacia arriba, dejando muy poca carne a la imaginación. Si ladeaba la cabeza un poco, tal vez pudiera ver el filo de su ropa interior. Era sexy sin hacer el mínimo esfuerzo. Quizá ella no imaginaba cuánto. Adoraba cómo su cabello largo y suave caía algunas veces sobre su cara cuando estaba de perfil, así como la estaba viendo en ese momento. Su devastadora feminidad, su carácter, su belleza, su actitud retadora en ocasiones, su sonrisa tierna y también la pícara, sus besos, sus caricias, su manera de entregarse a él... Había conocido a miles de chicas, pero, TODO aquello junto, solo lo había encontrado en ELLA.

Si darse apenas cuenta, una erección se había formado dentro de su pantalón mientras la miraba y se recordaba a sí mismo perdido entre sus piernas. El aire acondicionado estaba activado, no llevaba camiseta puesta, y, sin embargo, tenía calor y una fina capa de sudor brillaba en su piel. Tomó una bocanada de aire por pura necesidad y la soltó mientras se presionaba el tabique nasal con los ojos cerrados. Al abrirlos, tras unos segundos, África lo observaba con atención.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella, con voz dulce, rompiendo el extenso silencio en el que habían estado sumergidos todo el tiempo.

Jael la miró un instante y curvó las comisuras con demasiada brevedad, en el intento de mostrarse natural y tranquilo.

—No —respondió, sin más, y dejó caer la cabeza sobre el respaldar del sofá, retirándole una vez más la mirada.

África torció los labios sin entender nada. O sí, estaba ante un idiota que, después de haberle echado un par de polvos, pasaba absolutamente de ella. ¡Joder! Acababa de leer los doce mensajes no leídos que él le había enviado durante la mañana, y nada tenían que ver con la actitud que estaba teniendo en ese momento.

“Gucci, no dejo de pensar en ti”.

“El corazón me late deprisa”.

“Aún huelo a ti y tu sabor permanece en mi boca”.

“Maldita reunión, se me está haciendo eterna”.

“Necesito verte ya”.

“También necesito besarte”.

“Y tocarte”.

“Desnudarte”.

“¿Qué me está pasando, Salvajita?”

“En realidad da igual, estoy dispuesto a que me pase TODO con usted, señorita”.

“Recuérdalo: no voy a dejar que seas de nadie más”.

“No tardes, Gucci”.

Había leído y releído aquello mientras él parecía muy concentrado en su propio teléfono. Y si se levantó raro de ese sofá, había vuelto más raro todavía.

ESTÚPIDO. La estaba ignorando. Lo mejor era irse, si no quería gritarle cuatro cosas y liarla parda.

Se puso en pie con carácter y hubo de inclinarse un poco hacia donde él estaba para coger su pequeña mochila. Pero antes de que pudiera siquiera dar un paso más, los brazos musculosos de Jael rodearon sus caderas. Aún sentado en el sofá, abrazó sus piernas con fuerza y la pegó a su pecho.

—No te vayas, por favor —susurró con agitación.

África se estremeció al sentirlo de aquella manera. Soltó la mochila en el suelo y se giró para estar de frente a él.

—Te he preguntado si te pasaba algo y...

Jael no la dejó terminar, la arrastró hasta sentarla a horcajadas sobre su regazo, la agarró con una mano por la nuca y la estrelló contra su boca.

—Esto es lo que me pasa... —gruñó—. Que te necesito —continuó diciendo mientras la besaba con fuerza—. Que no puedo contenerme...

África no quiso entender por qué se expresaba de aquel modo, ni por qué habría de contenerse. Enredó los dedos en su pelo y lo correspondió con la misma intensidad. Sus lenguas se buscaron con un deseo ardiente e implacable, mientras que las manos grandes, masculinas y atrevidas, atravesaron la frontera de su falda, surcando con avidez unas piernas tersas, en medio de las cuales quería pasar el resto de su vida.

—Todo es verdad —jadeó él, al tiempo que devoraba su cuello.

—¿Qué es verdad? —preguntó ella, excitada.

—Que no dejo de pensar en ti..., que el corazón me late deprisa —hizo una pausa para respirar—. Que huelo a ti y que tu sabor permanece en mi boca. Que necesito...verte, tocarte y desnudarte —exhaló las últimas palabras y volvió a introducir la lengua en su boca.

África, agitada, lo abrazó.

—Hazme el amor —le suplicó.

Él se detuvo un instante al escucharla. La miró con intensidad a los ojos y asintió.

—Sí.

Jezabel Marí

Capítulo 23

Joe miró hacia su derecha y su gesto se enterneció. Lucía estaba allí, con él, durmiendo una vez más en su cama. Y, realmente, debía de estar muy cansada, pues se hubo rendido al sueño pocos minutos después de que la hiciera suya. Sonrió al recordar cuánto se había divertido con ella un rato antes, tratando de convencerla de que recuperaría su camiseta, aquella que él

le había manchado de helado, en el caso de que en la tintorería no la dejaran perfecta. ¡Rastrearía el mundo para conseguir otra igual si fuera necesario! Pero Lucía, replicona y muy graciosa, había seguido reprendiéndolo, hasta que él comenzó a robarle una serie de besos para callarla. De eso habían pasado ya más de un par de horas. Se levantó de la cama cuidadosamente y caminó desnudo hacia el baño, dispuesto a darse una ducha. Tras diez minutos gloriosos, volvió a la habitación y se enfundó unos bóxer blancos de *Kalvin Klein*, un pantalón azul de deporte y una camiseta de tirantes del mismo color. No pensaba salir del hotel, así que se puso ropa cómoda. A continuación, su teléfono empezó a sonar encima de la mesilla de noche, y voló hasta allí para cogerlo y evitar que aquel sonido despertara a su chica. Lo silenció al tiempo que comprobaba la pantalla y, tras dirigir una última mirada a Lucía, la cual seguía durmiendo imperturbablemente, abrió la puerta y se marchó.

En un inglés agradable, habló con la persona que lo había llamado, mientras caminaba por el extenso pasillo.

—Sí, papá, todo está bien. ¿Y vosotros, qué tal?

—Tu madre está deseando verte, pero, la que más ganas tiene de que vuelvas...

—Kate... —lo interrumpió, sosteniendo una sonrisa.

—¡Mira como tú lo sabes...! —exclamó Joseph, también sonriente.

—Estoy loco por verla —añadió Joe, dejando fluir la avidez y la emoción entre las palabras.

—Lo sé. Sé muy bien cuánto se adoran mis hijos... —respondió, un padre orgulloso.

—Tres días, papá. En solo tres días estaremos todos juntos de nuevo...

—Sí, Joe. Y precisamente, de eso quería hablarte.

—Claro, dime —puso más atención.

—He hecho una reserva en el restaurante del tío Bryan. Quiero que cenemos en familia —hablaba de su propio hermano, el cual era dueño de un restaurante no muy lujoso, pero sí acogedor y exitoso, donde, desde hacía años, les gustaba reunirse.

—Me parece una idea genial. Pero, papá, he de pedirte un favor...

—¿De qué se trata? —se interesó Joseph, frunciendo levemente el ceño.

—Añade a la reserva un par de comensales más —Joe se detuvo y

apoyó la espalda en la pared.

—*Joe, quiero que sea solo en familia... Podemos comer con quien quieras cualquier otro día.*

—*No voy a romper el protocolo de “solo familia”* —insistió Joe, creando expectación en su padre.

—*¿Cómo? ¿A quién traerás? No tengo más hijos, y, que yo sepa, a ti no te ha dado tiempo de hacerme abuelo durante tu estancia en España* —bromeó.

Joe emitió una simpática risa ante aquel comentario de su padre. Ese hombre ansiaba ser abuelo, no le cabía duda.

—*No preguntes. Solo amplía la reserva para dos personas más, por favor.*

—*Pues de acuerdo, hijo. Así lo haré* —respondió, haciendo alarde de la afabilidad que siempre lo había caracterizado.

Cuando se despidieron y cortaron la llamada, Joe se quedó pensativo, con una expresión de felicidad reflejada en su cara. Deseaba volver a casa con todas sus fuerzas, ver a sus padres y a su preciosa hermana, y, al fin, poder presentarles a la mujer con la que pretendía pasar el resto de su vida. Tan solo un par de minutos después, atravesó la puerta de la sala de estar. Caminó de forma despreocupada, pero sus pasos no tardaron en tornarse lentos a medida que se hizo consciente de lo que sus ojos veían.

Jael estaba bocabajo sobre uno de los sofás, en bóxer, y, sobre él, también bocabajo, África dormía profundamente. Esta tampoco andaba muy vestida, aunque, gracias a Dios, al menos llevaba puesta una camiseta amplia, que parecía ser la de Jael.

Joe miró a su amigo con desaprobación, contrayendo el ceño, aunque, cierto era que no se sorprendía de descubrir lo que seguramente habría pasado allí. Tenía confianza en que Jael hubiese sabido abstenerse, pero, según el panorama, había vuelto a sucumbir a la primera de cambio. ¡Esa irresponsabilidad le iba a pasar factura!

Jael se llevó un dedo a los labios, sigilosamente, para pedir silencio a Joe. Este asintió sin que el gesto recriminatorio abandonara sus ojos y, a continuación, hizo un leve movimiento con la cabeza en dirección a la puerta de salida, invitándolo a que lo acompañase.

Jael lo entendió y torció las cejas en desacuerdo. Estaba saciado y cómodo con su pequeña debilidad, también saciada y cómoda, descansando

sobre su espalda. ¡Que lo matasen si quería moverse de allí! Pero a Joe, aquel estado de nirvana en el que estaba su mejor amigo, le importaba poco. Volvió a mover la cabeza para insistir en que lo acompañase, y, finalmente, Jael parecía ceder. Fue deslizándose para salir de debajo de África, tan despacio y cuidadoso, que ella casi ni se inmutó. Solo un leve y dulce suspiro atravesó sus labios, momento en que él se inclinó y los selló con los suyos. ¡Aquella boca terminaría esclavizándolo y haciendo de él lo que deseara! Recogió sus vaqueros del suelo y se incorporó para enfundarse en ellos. Joe, con las manos en las caderas y las cejas algo crispadas, contemplaba la escena.

La habitación de Jael estaba cerca, con lo cual se adentraron en esta en poco más de un minuto.

—¿Eres consciente de que te estás metiendo en un lío? —lo reprendió Joe, caminando tras él y deteniéndose cuando este se dio la vuelta para mirarlo.

—Es superior a mí —respondió Jael con calma, aunque también con gesto serio, tratando de justificarse.

—Jael, tío, ¡¿desde cuándo tienes tan poca voluntad, joder?! Si quieres a esa chica, lo que estás haciendo no está bien... —le recriminó con más firmeza.

Jael apretó los labios y observó a su amigo con preocupación y severidad. Ambos se miraron por un largo instante sin decir nada, mientras que Joe negaba con la cabeza para reforzar sus amonestaciones.

—Uno: hacerle caso a mi voluntad es exactamente lo que he hecho —respondió Jael con solidez—. Dos: sí, la quiero, y ¡joder!, lo corroboro cada vez que la miro. Y tres: confío en que esto va a salir bien, a pesar de que no esté haciendo las cosas como debiera. —Se mordió el labio inferior con fuerza después de hablar, reflejando un incipiente gesto de rabia hacia sí mismo. ¡Claro que sabía que estaba siendo egoísta y poco sincero! Pero, ¿qué podía hacer? Se había enamorado, y el deseo que sentía por África era fuerte y caliente como un tornado de fuego.

—¿Por qué no le dices la verdad? —siguió Joe, abriendo los brazos y dejándolos caer con aplomo sobre sus costados.

—¿A cuál de las dos?

—Hombre, lo ideal sería que te sinceraras de una vez por todas con ambas, pero, podrías empezar por la que tienes más cerca en este momento —exclamó, autoritario.

—¿África? No, no lo entendería, Joe. Es muy joven e impulsiva. Se lo tomaría mal y...

—¿Y no querría volver a saber nada de ti? —lo interrumpió, arqueando las cejas con atención.

Jael dejó fluir el silencio entre los dos mientras se pasaba la mano por la nuca, pensativo.

—Ni puedo, ni quiero prescindir de ella. Lo de que Afri no quiera estar conmigo no es una opción. Así que, tú, mi mejor amigo, vas a entender que no le cuente nada hasta que termine con Dianne —lo señaló con advertencia.

Joe lo estudió, disconforme.

Horas más tarde, Jael hacía *Bo Staff* intensamente en el gimnasio del hotel. Dos mujeres, de unos cuarenta y cinco años, disfrutaban de las vistas mientras ejercitaban sus piernas en unas estáticas. Él, completamente concentrado, ni siquiera las había visto llegar. Su mente giraba a toda velocidad, intentado convencerse una y otra vez de que todo iría bien. Dianne, la no boda, su madre y, por supuesto, África. Detuvo sus movimientos y tomó una bocanada de aire. Su camiseta negra de tirantes estaba empapada y del pelo le llovían gotas de sudor, que terminaban deslizándose por su contraído rostro. Pero había logrado liberar una buena cantidad de adrenalina. Si a eso le sumaba una ducha, lograría su propósito de relajar los músculos y tranquilizar sus pensamientos. Cuando se giró para encaminarse hacia la salida, se encontró con la imagen de dos señoras maduras, de cuerpos atléticos, que lo observaban con insistencia. O, para ser más exactos, se lo comían con los ojos. Una de ellas le lanzó lo que podría interpretarse como una invitación indecente. Le sonrió coqueta y le guiñó un ojo. Jael sonrió por pura cortesía y giró sobre sus talones para marcharse. Una vez metido en el ascensor, apoyó la espalda sobre una de las paredes y cabeceó. Era sorprendente, pero solo había una chica en el mundo a la que estrujaría entre sus brazos aquella noche hasta que amaneciera... En las consecuencias no quería volver a pensar. No existían.

—¿Dónde está Jael? ¿No va a cenar con nosotros? —preguntó Lucía, mirando la hora en su teléfono móvil.

—Supongo que sí —respondió Joe, despreocupado, mientras leía un artículo sobre el grupo en una revista. Solo llevaban un mes de vacaciones y ya habían rumores de separación. ¡Increíble y grotesco!

Lucía desvió la vista hacia el balcón, donde su prima África parecía pensativa y al margen de ellos.

—Llevo todo el día viéndola rara —murmuró, con un ligero tono de preocupación, e hizo que Joe levantara la vista de las hojas de la revista.

—¿Rara? —se interesó.

—Sí —asintió Lucía—. Bastante.

—¿No habéis hablado? ¿No le has preguntado si le pasa algo?

—Claro, pero dice que son cosas más... —. Torció los labios.

—Entonces no te preocupes... —prosiguió Joe, levantándose y dejando la revista a un lado, para ir a sentarse junto a su chica. ¿Sería posible que África no le hubiese contado nada de...?

Lucía se inclinó un poco y hurgó en la pequeña profundidad del bolsillo de su pantalón. Sacó una bolsa transparente, y de ella, uno de los seis o siete corazoncitos azucarados que contenía. Se lo llevó a la boca ante la atenta mirada de su novio, a quien, a su vez, le dieron ganas de lamer aquellos ínfimos pero tentadores granitos dulces que quedaron esparcidos por sus labios. Ella se dio cuenta de lo que ansiaba el espectador, y sonrió.

—Por casualidad... ¿me estás tentando? —preguntó él, insinuante.

Lucía sonrió más, mientras masticaba y negaba con la cabeza. Sacó otro corazoncito y, estirando el brazo, se lo ofreció. Joe no solo se negó a comerlo, sino que robó la bolsa de manera imprevista.

—¡Eyyyy! —protestó ella. Se puso de rodillas sobre el sofá e intentó recuperar sus gominolas.

Joe levantó el brazo con la bolsa en la mano y se lo impidió. No obstante, Lucía quiso seguir jugando y trepó el bíceps masculino, sin éxito alguno. Él abrazó la cintura de ella con el brazo que le quedaba libre y, poniendo apenas fuerza, la hizo sentar en su regazo.

—¡Devuélvemela! —exclamó, envuelta no solo por el robusto brazo de su chico, sino también por el perfume varonil que emanaba de este.

—Lucía Blázquez, siento decirte que he tomado la firme decisión de rebajar tu ingesta de azúcares diarios... —sentenció Joe, con un leve tono simpático. Ella, al oír tal cosa, explotó en una sonora carcajada.

—¡Misión imposible! —gritó entre risas. Joe sonrió, al tiempo que arqueaba las caderas con ella encima, para guardarse la bolsa de gominolas en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Con que misión imposible, ¿eh? Pues por lo pronto se terminaron los corazoncitos azucarados por hoy...

—¡Nadie me ha prohibido nunca eso! —refunfuñó Lucía.

—¡Nadie nunca te ha cuidado como yo, entonces! —rebatió Joe, conteniendo un nuevo ataque de su novia por recuperar lo que era suyo.

Una tercera mano femenina apareció en escena, desde un punto invisible para él, a sus espaldas, que se introdujo estratégicamente entre su cuerpo y el sofá, logrando localizar la bolsita y tirar de ella hasta sacarla del bolsillo.

África se distanció de Joe lo suficiente como para que este no la alcanzara. Lucía cantó victoria y rió con aire travieso y triunfante.

—¡Pero, ¿qué es esto?! ¡¿Actuáis en complot, o qué?! —Se puso de pie y rodeó con destreza el sofá de tres plazas para ir a atrapar a África. Esta corrió ágil y logró ganar unos metros de distancia, aunque no por mucho tiempo. Cuando casi se vio arrinconada por la imponente envergadura de Joe, lanzó la bolsa por los aires, haciéndola caer donde quería; en las manos de su prima.

Sin embargo, ninguna estuvo a salvo; Joe se agachó un poco hasta coger a África por detrás de las rodillas, y, levantándola, se la echó al hombro. Luego, para terminar de hacer alarde de sus fornidos músculos, continuó del mismo modo con Lucía, la cual estaba detrás de él. Con ambas, cada una colgando en un hombro, caminó de vuelta al sofá y las depositó allí.

—¡¿WHAT?! ¡Te falta ser verde para ser el gemelo de Hulk! —exclamó África entre risas.

—He recuperado mi tesoro... —canturreó Lucía, balanceando la bolsa de gominolas, después de haber sacado un corazón rosa y habérselo metido en la boca.

Joe las miró y cabeceó, tratando de ocultar una sonrisa.

—No me desafíes, Gominola... —le advirtió, torciendo una ceja y señalándola amenazadoramente con el dedo índice.

—Bueno, ¡yo me voy a casa!, ya es hora... —comentó África, levantándose del sofá.

Joe y Lucía la miraron sorprendidos.

—¿Qué dices? Vamos a bajar a cenar pizza... —protestó Lucía, incorporándose para quedar sentada al estilo indio sobre los lujosos cojines del sillón.

—Quédate, Afri. Las pizzas que nos pone el chef del hotel están exquisitas —insistió Joe.

En ese momento, alguien cruzaba la puerta de la sala, previamente entreabierta, y, con paso enérgico, se acercó a ellos.

Joe se dio la vuelta al percibirlo, pero las chicas no fueron conscientes.

—¿He oído que alguien quiere marcharse? —inquirió Jael, al tiempo que acercaba su cuerpo al de África, desde atrás, y se inclinaba para besar su cuello. Ella se estremeció al sentirle y se erizó por completo.

Joe miró a Lucía y la encontró contemplando la escena con atención.

Jael no esperó ninguna respuesta por parte de su chica; a la que ya consideraba como tal. La hizo girar entre sus brazos, la elevó sosteniéndola por debajo del trasero, y la besó. Estaba recién duchado, con el pelo húmedo, y desprendía un olor a gel y a perfume masculino que la debilitó en segundos. Su boca mentolada y fresca, perseveró con avidez sobre la de ella, hasta que fue correspondido.

África, de forma instintiva, enroscó los brazos al cuello de este y las piernas a sus caderas, quedando perfectamente encajada en él, una vez más.

—No vas a irte a ningún sitio —dijo en voz baja, a dos centímetros de su boca, y le dio otro pequeño beso—. Tu lugar está conmigo... —añadió, haciéndola sonreír—. Justo donde estás ahora... —siguió, sugerente pero firme, refiriéndose sin duda a que en sus brazos eran el espacio donde ella debía estar. ¿Parecía un poco posesivo? ¡Qué más daba! ¡Aquello era lo que sentía!

Joe pasó la mano por debajo de la mandíbula de Lucía para alzársela y cerrarle la boca. Estaba atónita. Gratamente atónita. Lo que acababa de ver confirmaba lo que ya sabía. Aquello no era solo sexo español, aunque seguro que de eso no faltaba. Allí, delante de sus ojos, había amor. Miró a Joe, y él arqueó las cejas y sonrió, lejos de la preocupación que le generaba la cara oculta de las circunstancias. ¿Su amigo quería arriesgarse de aquella manera? ¡No estaba de acuerdo, pero tampoco podía apuntarle con una pistola para impedirselo! No obstante, carraspeó para ponerles un alto...

—¿Podemos ir a comer? —preguntó, con un toque divertido en los ojos.

Jael abandonó los labios de África, despacio, observándolos con deseo un segundo más.

—Yo ya lo hago —respondió a su amigo.

Joe puso los ojos en blanco, al tiempo que mostraba una ligera sonrisa torcida.

—¡Mira adónde os ha conducido tanta peleita y tanto cuento! — exclamó Lucía, entusiasmada.

África, que ya se había desprendido de los brazos de Jael, se dio la vuelta para mirar cómplice a su prima, pero él volvió a rodearla por la cintura.

—Todo eso ha sido necesario, Lucía —repuso Jael—. La ventaja es que, ahora, tenemos muchas reconciliaciones pendientes... —dijo, observando como Lucía cabeceaba con lo que acababa de escuchar, mientras volvía a buscar el hueco del cuello de Afri. Lo besó e inspiró sobre él—. ¿Tienes hambre, Gucci?

—¡Y tanto que tiene hambre! —replicó la mayor de las primas—. ¡El sexo español para después! —manifestó con naturalidad y tiró de la mano de África, robándosela a Jael y haciéndola caminar a su lado, hacia la salida—. Qué calladito te lo tenías, Gucci. ¡Desembucha! —susurró exigente y con aire divertido, mientras se alejaban de los chicos. África, con las mejillas aún ardiendo en color por las muestras de cariño de Jael, sonrió, se mordió el labio y empezó a contar.

Los chicos observaron cómo ellas salían de la sala, pero aguardaron un momento más, antes de seguirlas.

—¿Has oído eso que ha dicho tu chica del sexo español? —Jael miró a Joe, divertido. Este asintió.

—Muy bueno, por cierto —respondió y esbozó una sonrisa.

—¿Bueno? No, exquisito. O “de lujo”, como dicen aquí en Sevilla —aquello que dijo provocó una risa espontánea en Joe, y terminaron riendo juntos.

—Entiendo que estés haciéndote adicto a ella, me pasa lo mismo con Lucía. Pero, por favor, hermano..., procura que la situación no se te vaya de las manos. No le partas el corazón; está enamorada de ti —le puso la mano en el hombro, y, aunque habían estado riendo, sus últimas palabras las dijo muy en serio.

—¿Lo has notado? —siguió Jael.

—¿El qué?

—¡Qué va a ser! Que ella me quiere...

—No, espera, yo no he dicho que te quiera...

—Deja la coña.

—Un enamoramiento fugaz, tal vez —torció los labios con desinterés e, indudablemente, con un punto cómico que hizo que Jael lo desafiase con los ojos entornados. Joe emitió una suave y breve carcajada, y presionó con sus dedos el bíceps de su amigo, para que echara a caminar junto a él—. Vale, bromas a parte; creo que sí, que se ha enamorado de ti y que te quiere. Hace dos minutos le brillaban los ojos y le ardían las mejillas cuando te la has comido a besos... ¿Acaso no eres consciente de esos detalles? —esbozó una amplia sonrisa, al tiempo que lo miraba de soslayo, ambos andando hacia el ascensor. De las chicas no había ni rastro por aquel pasillo y alrededores.

—Soy consciente... —asintió, con una curiosa expresión entre chico malo y bobalicón—. Y no sabes cuánto me ponen esos síntomas tan evidentes en ella... Uf —se mordió el labio.

—No salgo de mi asombro...

—¿Por?

—Porque te alarmaste mucho al principio cuando me viste tan pillado por Lucía, y mírate ahora...

—Sabes que no pretendía enamorarme...

Haciendo entrada en el restaurante, donde visualizaron a las chicas desde la distancia, sonriendo mientras conversaban con el maître, Joe suspiró con rendición.

—Ay, señor. ¿Qué tendrán las españolas, qué tendrán? —murmuró, casi llegando adonde estaban ellas.

—¿Te lo digo, o te lo cuento? —respondió Jael en voz baja, un segundo antes de plantar una de sus grandes manos en la cintura de África. Después, ambos amigos saludaron educadamente al señor maître.

Comieron pizza hasta hartarse. El jefe de cocina les ofreció un trato singular y sublime, horneándoles dos especialidades nuevas a base de carne marinada, una mezcla de diferentes quesos y una salsa cuyos ingredientes quedaron en secreto del chef. Por supuesto, acabaron hasta la última gota de dos botellas de vino, y las chicas, poco acostumbradas a este, abandonaron el restaurante entre risas graciosas e incontenibles.

Por el pasillo, Joe rodeó con un brazo los hombros de Lucía, para asegurarse de su estabilidad. Ella se aferró a la cintura de este y se acurrucó bajo la protección de sus enormes músculos. Él sonrió al percibir que su chica, verdaderamente, necesitaba una pequeña ayuda para seguir caminando

sin marearse. Sonrió, le dio un beso en la coronilla y la estrechó más contra sí. Con un toque de vino, también le resultaba adorable. No obstante, Lucía seguía riéndose al ver cómo su prima había proclamado que no estaba ni una pizca borracha y que podía caminar como la mejor *top model* que hubiera atravesado la pasarela de la *Milán Fashion Week*. Jael cabeceó y no la perdió de vista cuando esta se desprendió de la mano que le tenía asida a la cintura y comenzó a caminar, cuál modelo, poniendo un pie delante de otro, adoptando una expresión facial serena y dudosamente concentrada, e intentado parecer que llevaba el ritmo y la seguridad necesaria para evitar lo que sucedió pocos segundos después. Trastabilló y se pegó de pleno contra un impecable uniforme de camarero. Pantalón negro bien planchado, camisa blanca almidonada, pajarita color burdeos y...la sorprendida cara de Juan. ¡Uuff, menos mal que era Juan! ¡Y menos mal que la bandeja que sostenía en las manos no llevaba nada encima!

—¡Uy, Juan! Casi la lío. Perdóname, ¿vale? —masculló África para disculparse, aunque, al mismo tiempo, su semblante reflejaba una sonrisa incontrolable.

Pero Juan ya la conocía. Había coincidido mucho con ella y con Lucía sirviendo en eventos en aquel mismo hotel e incluso fuera de él. No le sorprendió que África estuviera, como bien acababa de decir ella, liando alguna de las suyas. Cuando se precipitó encima suyo, la sujetó instintivamente por los hombros, dejando que la bandeja vacía cayera en picada sobre el suelo.

—¿Ya estás con una de tus locuras, *loquita*? —la miró un instante a los ojos, aprovechando que la tenía bastante cerca, e intentó mostrar un gesto circunspecto.

África se apartó de él y estiró los brazos para ponerle derecha la pajarita. Jael llegó y se situó junto a ellos, expectante a la escena. Detrás suyo, Joe y Lucía.

—¿Te vas a molestar? Acabo de pedirte perdón. ¡No seas tonto, ha sido sin querer!

Juan sabía que habían más personas a su alrededor, pero prefirió no averiguar quiénes eran. No levantó la vista, centrándose solo en África. Asintió a lo que esta le dijo y seguidamente dejó que una sonrisa abordara su cara.

—Tú sabes que yo nunca me molestaría contigo...

—Ah, bueno. Gracias —respondió Afri, y le propinó un consistente golpe en el hombro al camarero. Él emitió una pequeña risa.

—Claro que..., te recuerdo que me debes algo —se agachó para recoger la bandeja mientras lo decía.

—¿Yo? —se señaló a sí misma.

—Sí, tú. Haz memoria, ¿vale? Y cuando te acuerdes, me llamas —concluyó. Luego, recuperando la expresión y el tono protocolarios, desvió la mirada hacia el resto de los presentes, que permanecían atentos a ellos dos, se despidió y se retiró—. Disculpen, buenas noches.

—La *Milán Fashion Week* te ha venido un poco grande, Guccilú —dijo Lucía, para zanjar el pequeño e incómodo silencio que parecía haberse notado una vez que Juan se había ido.

—La culpa ha sido de Juan..., ¿a quién se le ocurre atravesar la pasarela en ese momento? ¡En mi momento! —exclamó, con el dramatismo y el punto cómico que le otorgaba el efecto del vino.

—Solo a él, claro está —respondió Lucía, y ambas rompieron a reír como si hubieran estado aguantando la risa.

Joe y Jael las observaban, y mientras que el primero mostró la blancura de sus dientes en una sonrisa que acompañaba a las chicas, el segundo cabeceó de nuevo y mantuvo un gesto menos chistoso. Algo de lo que había visto allí, no le resultaba nada gracioso.

Joe y Lucía, una vez en su habitación, directamente se metieron bajo la ducha. Él creyó que aquel era el modo más agradable de hacer que se disipara la pequeña cogorza que llevaba su novia. A ella le apeteció la idea y no tardó en estar desnuda. Joe se ocupó de ello con todo gusto. También se encargó de enjabonarla, frotando toda su piel con la palma de sus manos, y aquello, lejos de lo que realmente tenía pensado hacer Joe de una simple ducha, se convirtió en algo más profundo.

—Estás demasiado hermosa con esas mejillas sonrosadas por el vino, amor... —susurró después de haber alargado un beso, bastante más de lo que pretendía—. Lo siento... —se disculpó y cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó Lucía, sin entender.

—Porque no soy capaz de salir de esta ducha sin haberte tomado antes... —respondió y volvió a besarla, al tiempo que se encajaba entre sus resbaladizos muslos. Ambos gimieron cuando se adentró en ella.

Jael cerró la puerta de su habitación tras de sí. Sin duda, lo acompañaba un estado de ánimo algo contrariado. Desde hacía unos minutos, su ceño presentaba un aspecto contraído, y, cuando se sacó la camiseta, África comprobó que sus bellos músculos estaban en consonancia con este. No obstante, aquella aparente rigidez, al margen de suscitar cierta preocupación en ella, a él le sentaba de maravilla. Estaba tan atractivo y su cuerpo era tan perfecto, que sentía ganas de saltar sobre él y devorarlo.

«¡No es un hombre, es El Hombre! !Uufff!», dijo y suspiró mentalmente, mientras lo disfrutaba con la mirada, sin perder detalle.

—¿Qué es lo que le debes? —la voz de Jael, con un tono contundente, la bajó de su gloriosa nube de pensamientos.

—*Mmm...* —se quedó mirándolo un momento, al tiempo que intentaba entender su pregunta—. ¿Te estás refiriendo a Juan? —se quiso asegurar.

Jael guardó silencio sin apartar la mirada de ella. Tenía la necesidad de estudiarla, a pesar de saber que la sonrisa escondida que se reflejaba en su cara, fuera más producto del efecto del vino que de otra cosa. Asintió un par de veces sin desfruncir las cejas. África dejó caer el peso de su cuerpo sobre los brazos, los cuales había apoyado en la cama, inclinándose hacia atrás al sentarse en esta.

—¿Es amigo tuyo? —siguió él, dejando al descubierto que la tontería que había ocurrido con el camarero le había molestado.

«¿En serio estaba de morros Jael por ese choque torpe y cómico con Juan?», se cuestionó Afri. Se negaba a creerlo, pero, efectivamente, eso era lo que le sucedía. Le dieron ganas de reír y hubo de disimularlo. ¡Increíble! Ni siquiera eran pareja... ¡Aquel pedazo de príncipe del desierto no era nada suyo, por mucho que ella deseara que lo fuera! Solo se...enrollaban.

—Sí, algo así... —contestó a su pregunta.

—Define “algo así” —añadió al instante, con un ligero tono exigente que la sorprendió.

—A veces trabajamos juntos, y, cuando lo hacemos, nos llevamos bien... —explicó. En aquel momento, era ella quien comenzaba a examinar el semblante intranquilo y crispado de Jael.

—Y, ¿qué se supone que le debes? —insistió, acentuando más su atención en ella, si es que eso era posible. África, por su parte, se quedó callada. Estaba impresionada con aquel interés extremo que Jael demostraba, no solo por medio de sus palabras, sino también por la tensión que mostraban

aquellas sublimes delimitaciones por las que estaba constituido su magnífico torso, sus hombros voluminosos, sus brazos y sus manos grandes y fuertes, su cuello y su mandíbula... Y sus ojos oscuros, atrayentes, intensos e inflexibles, que esperaban una respuesta.

—No tiene importancia —articuló en voz baja, pero con firmeza. Jael se puso las manos en las caderas, adoptando una postura de impaciencia.

—África, respóndeme. Porque él parece muy interesado en que saldes tu deuda...

—Me ayudó en un momento en que yo necesitaba saber algo y le dije que saldría con él — aclaró, por fin, muy al margen de querer contarle que la ayudó a averiguar dónde quedaba la habitación en la que se hospedaba Joe, de la cual aporreó la puerta buscando a su prima. Sí, justo el día en que ellos, Jael y ella, se habían visto por primera vez.

—¿Salir con él? ¿En calidad de qué? —continuó con suspicacia. África lo observó un instante sin decir nada y terminó por no poder ocultar una risa, que atravesó sus labios de manera espontánea, desconcertándolo a él.

—¡No traspasaría con Juan la frontera de una *Coca-Cola*, o, a lo sumo, la de un tinto de verano! —dijo con naturalidad, entre risas.

Jael desinfló sus pulmones, como si hubiera estado conteniendo el aire ahí dentro por un largo espacio de tiempo. África lo contempló y, esa vez, sin sonreír, aunque con gesto agradable, volvió a hablar.

—Dime que no te has puesto celoso... —su voz era serena, aunque el corazón, sin previo aviso, se había puesto a latir con fuerza contra su pecho. Jael era hermoso en todas sus facetas..., incluso con aquel aire de desconfianza.

—Si te digo que no me he puesto celoso, ¿me creerás? —inquirió, después de pasarse una mano por el pelo y haber emanado un nuevo suspiro.

África negó con la cabeza y estiró un brazo, invitándolo a ir hasta ella.

—Ven, creo que necesitas relajarte un poco...

A él le brillaron los ojos y aceptó la sugerencia de manera inmediata. Alcanzó la mano de ella con la suya y caminó hasta inclinarse y besarla. El primer beso fue lento y suave, aunque duradero. La tomó con ambas manos por el cuello mientras poseía su boca, y apretó los ojos con fuerza, notando cómo su propio cuerpo empezaba a encenderse. La humedad, el sonido de aquel beso necesitado en el silencio de la habitación y las caricias de aquella lengua sumisa, le estaban calentando la sangre. Su pulso estaba muy lejos de

relajarse. Eso vendría después.

—No sé qué es lo que me haces, pero no te quiero cerca de otros hombres... —masculló, excitado, con su boca unida a la de ella—. No así... De esta manera solo has de ser para mí... —Seguidamente apoyó una rodilla en el colchón, la rodeó por la cintura y la elevó un poco para arrastrarla consigo hasta el centro de la cama.

—Jael... —jadeó África, al sentir que aumentaba la fuerza con la que la devoraba. ¿Estar con otro hombre de aquella forma? Él hacía que esa posibilidad dejara de ser posibilidad.

La desnudó con destreza e hizo igual consigo mismo. Hacerla suya de nuevo era algo vital. Besó y lamió cada ángulo de su cuerpo, y, en ocasiones, permitió que ella lo imitara. Cuando eso sucedía, esta lo llevaba al borde de la locura. En esos momentos en que se dejaba hacer, sentía tanto, que había de abrazarla para detenerla y tomar él el control de la situación. Aquella boca iba a matarlo, ya lo había reconocido alguna vez. Aprovechando que la tenía encima y la rodeaba con sus brazos, giró para situarla de nuevo de espaldas sobre el colchón. Se hizo de su lugar entre sus ardientes muslos y tomó su boca con deleite, volviendo a desgastar sus labios con un beso extenso, parsimonioso y profundo. En mitad de este, empujó las caderas y se introdujo entero en ella con una embestida, implacable pero cuidada.

—Joder... —gruñó, al sentirse rigurosamente absorbido. Cuando hubo entrado y salido varias veces de ella, se mordió el labio al tiempo que gemía —. Voy a morir de placer dentro de ti... —masculló de manera casi ininteligible.

Pero África lo entendió y esbozó una sonrisa que se mezcló con su expresión de gozo. Ella sentía lo mismo que él. Con la misma fuerza. ¿Lo sabría Jael? Y, ¿se habría dado cuenta también de que lo amaba?

En alguna hora de aquella madrugada se desveló y volvió a tomarla...

Por la mañana, apenas cuando el sol traspasaba los agujeritos de las persianas, Lucía despertaba a besos a un Joe que se resistía a salir de la cama.

—Amor, abre para mí esos ojos preciosos que tienes... —dijo con ternura, y acarició su pelo despeinado y sexy. Joe curvó las comisuras de su boca en respuesta, pero no abrió los ojos.

Lucía también sonrió. ¿Podía haber algo más bonito que su chico por la mañana temprano? No. Nunca en la vida. Tenía la sábana por las caderas y

estaba bocabajo. Aquella inmensa espalda culminaba en una estrecha cintura, esculpidas ambas por los ángeles del cielo.

—Tengo hambre... —murmuró ella, a modo de súplica, como si se tratara de una niña pequeña.

Entonces Joe abrió un ojo y estiró el brazo para rodearla por las caderas y acercarla a él.

—¿De qué tipo es ese hambre? —inquirió con tono sugerente. Era evidente que estaba juguetón.

Lucía chasqueó la lengua y cabeceó.

—Hambre de un desayuno mediterráneo donde abunden los dulces, a ser posible —explicó.

En esta ocasión, Joe abrió los dos ojos por completo y la miró directamente.

—Negativo —concluyó.

—¿Por?! —Lucía abrió la boca, sorprendida.

—Si quieres desayuno mediterráneo, deberá ser a base de zumo natural de naranjas, tostadas con aceite y jamón... O, si lo prefieres, puedo pedir que te preparen una bandeja de fruta variada, pelada y troceada...

—Y... ¿si no quiero nada de eso? —lo desafió ella, guardándose una sonrisa. ¡Qué pesado se estaba poniendo con el tema de “no dulces”!

—Entonces, pediremos un desayuno americano..., es bastante más equilibrado que el mediterráneo, sobre todo en cuanto a proteínas... —apostilló.

—¿Ni una pieza de bollería?! —simuló escandalizarse.

Joe la atrapó debajo de su cuerpo y le propinó un suave bocado en el óvalo de la cara.

—Ni una de esas, Gominola. Para dulce, ya te tenemos a ti... —respondió y volvió a morderla.

—Amor, y ¿por qué no desayunamos los cuatro en la sala? —sugirió.

Joe levantó la cabeza para mirarla.

—Jael suele levantarse temprano para hacer deporte, pero no sé si tu prima estará despierta...

—Pues vale, llama a Jael y salimos de dudas...

—A sus órdenes, mi capitana... —Joe se levantó y tomó su teléfono móvil de la mesilla. Llamó a su amigo y se sentó en la cama mientras

esperaba que este le respondiera—. También existe la posibilidad de que hayan tenido sobredosis de sexo español y necesiten dormir hasta el medio día... —insinuó.

Lucía se quedó mirándolo. Aunque le había hecho gracia que su chico mencionara lo del sexo español, sopesó la idea. Desde luego, no descartaba aquella posibilidad. Los había visto tan pillados al uno del otro, que no era de extrañar que se hubieran machacado sexualmente durante gran parte de la noche. Joe y ella eran el vivo ejemplo de aquella teoría.

—¡Buenos días, camarada! —saludó Joe a su amigo.

—Buenos días, Mcilroy...

—¿Estáis disponibles?

—¿Qué me vas a proponer a estas horas de la mañana, tío?

—Joder, desayunar juntos con las niñas, ¿qué te voy a proponer?

Jael rió por el tono simpático en que Joe le había respondido.

—Venga, venid a la sala. Nosotros llevamos unos minutos aquí y ya hemos pedido que nos suban el desayuno, pero los vuelvo a llamar para que los traigan dobles.

—Perfecto, hermano, ahora nos vemos ahí...

Jael metió la mano por debajo de la camiseta que llevaba puesta África. Aquella camiseta era de él. Una que precisamente le encantaba y que llevaba en su poder desde que cumplió los dieciocho. Su camiseta de los *New York Knicks*. Y, definitivamente, le gustaba más verla en África que en sí mismo. Además, ella ya se la había agenciado, diciendo que no se la devolvería nunca.

Encargó el desayuno para Joe y Lucía, y, cuando cortó la llamada, lanzó el teléfono al sofá de enfrente y atrapó a África de las caderas. Tiró de ella y la sentó a horcajadas encima suyo. Sostuvo una mano en cada muslo femenino, y la miró con intensidad.

—Antes de que mi amigo Joe nos interrumpiera, te estaba diciendo que tú y yo tenemos que hablar... —impuso. Ella lo observó, intentando controlar el ligero temblor de su piernas. Esperaba que el calor de sus mejillas no se convirtiera en rubor.

—¿Vas a poder hacerlo en esta postura? —África los señaló a ambos.

—Lo intentaré —sonrió él.

—Bueno, está bien —asintió ella y se movió para acomodarse mejor entorno a las fuertes piernas.

Jael soportó la fricción, aunque resopló y torció las cejas.

—Espera, Gucci... No vuelvas a moverte así porque entonces sí que no podremos llevar a cabo la conversación...

África rió traviesa y se acercó a darle un ligero beso en los labios. Jael la correspondió e impidió que esta se apartase de su boca cuando hizo el intento. Deslizó la lengua para acariciar la de ella unos segundos, con tanta maestría, que la hizo gemir. Luego se separó y la miró fijamente a los ojos.

—Te quiero —aquellas dos palabras emergieron de él, claras y seguras.

África se quedó sin habla. El silencio que reinó fue tal, que casi pudo percibirse el latido desorbitado de su corazón. También Jael se había acelerado a la espera de cualquiera que fuese su reacción. Tras más de un minuto, en el que ella fue incapaz de articular palabra, él llevó una mano a su cabello y pasó una de las rubias hebras por detrás de su pequeña oreja. La contemplo sin rastro de sonrisa, pero con los ojos llenos de sinceridad.

—¿Necesitas que te lo repita?

África contenía la respiración. La noche con Jael había sido ardiente y preciosa, pero, ni en sueños, hubiera imaginado que le dijese aquella frase tan corta y tan importante.

—Verás... —cogió las manos de ella entre las suyas y empezó hablar de nuevo, como si fuera a darle una explicación—. Me da la sensación de que eres lo más bonito que me ha pasado en los veintitrés años que tengo... Y me da la sensación de que voy a necesitarte por el resto de mi vida... —notó que Afri temblaba y besó suavemente el interior de sus muñecas—. Te quiero, Gucci. Estoy completamente... —antes de que le diese tiempo a terminar, la puerta de la sala se abrió abruptamente y fue atravesada por alguien que hizo que a Jael le cambiase la cara. Este apretó los dientes y, tomando a África por la cintura, se la quitó de encima con agilidad, haciéndola a un lado en el sofá. Se puso en pie, sorprendido y un tanto nervioso, y centró toda su atención en la persona que se acercaba a ellos.

—¡John, ¿qué haces tú aquí?!

La presencia de su hermano mayor allí sin previo aviso, lo puso en alerta. Aquello no era para nada normal. John ladeó la cabeza para ver a África sentada en el sofá, inmóvil y desconectada.

—Jael, sácala de aquí. ¡Ya! —susurró para ser discreto ante la chica.

También, por la manera apresurada en que lo hacía, parecía querer evitar que otras personas que estuviesen cerca pudieran escucharlo.

—Pero ¿por qué?, ¿qué está pasando? —inquirió Jael, sin entender.

—Joder, Jael... —protestó John y esquivó el cuerpo de su hermano para dirigirse directamente a África—. Hola, chica. Lo siento mucho, pero tienes que irte... —intentó no ser muy desagradable.

África se levantó del sofá. Estaba atónita. Asustada. Confundida. No entendía nada de lo que estaba pasando allí. Miró a Jael buscando algún gesto por su parte que la tranquilizara. Ambos se observaron un instante a los ojos, y, cuando este levantó una mano con la supuesta intención de acariciarle la mejilla, ella caminó hacia él para abrazarle y aferrarse a su pecho. Eso era lo que necesitaba. Sentir que seguía pensando lo mismo que minutos antes le había confesado. Que la quería.

—¡¡Good morning, Babe!! —una voz fina y casi estridente resonó en toda la sala, seguida del ansioso repiqueteo de unos zapatos de tacón.

África, a punto de rozar el torso desnudo de Jael, lo único que llegó a encontrar fue su ausencia. Una inminente y lacerante ausencia. Jael no estaba. Se había retirado al mismo tiempo que la voz de aquella señorita americana hubo irrumpido.

Un olor a perfume de invierno inundó la estancia, cuando una mujer joven, alta, bien vestida y maquillada se abalanzó a los brazos de él. De Jael Kent. Y lo estaba estrujando de una manera muy poco educada. Lo apretaba contra ella como si..., como si se conocieran desde hacía mucho, o como si los uniera una estrecha relación. Jael instintivamente apoyó las manos sobre la cintura de aquella mujer y..., lejos de quitársela de encima, permitió que esta lo besara. Sí, en la boca. La boca que minutos antes la había estado besando a ella. La boca por la cual había salido una clara promesa de amor. El corazón de África se resquebrajó, y sus ojos, los cuales se le habían llenando de lágrimas sin que se diera cuenta, no pudieron moverse de la escena que se desarrollaba a su lado.

Una señora algo mayor, que llegaría en algún momento en que África no fue consciente, carraspeó con cierta rudeza y pronunció un nombre femenino.

—Dianne..., no seas ansiosa. Te quedan muchos años de tenerle como marido... —sonrió de oreja a oreja cuando logró el propósito deseado.

La tal Dianne se hizo a un lado, aunque no se alejó mucho de Jael. De

hecho, no perdió el contacto con él, pues lo sostuvo de una mano. Justo en ese instante, fue cuando sus ojos se volvieron a encontrar. Jael y África se miraron. Decepción. Súplica. Temor. Tristeza. Dolor... Todo esto, en milésimas de segundo, fluyó en una comunicación no verbal, pero que fácilmente podría haberse entendido por todos los presentes.

—Hijo, ¿no le das un beso a tu madre? —exclamó la señora, con la clara intención de interrumpir aquella mirada entre su hijo menor y la chica desconocida, que, por cierto, portaba muy poca ropa.

Jael, a duras penas, se movió y fue a besar la mejilla de su querida madre. Esta lo abrazó con delicadeza y le pellizcó la mandíbula. Él parecía estar fuera del mundo. No articuló palabra alguna.

John echó un vistazo a África y su mirada se tornó compasiva sin saber por qué.

—¿Quién es esta chica, muñeco? —preguntó la tal Dianne, esforzándose en pronunciar la lengua española. Tal vez, para que la joven desconocida la entendiera.

Jael tragó saliva y miró a África. Ella encontró en sus ojos a un hombre pidiendo perdón. Aunque, al instante, lo que sintió fue un frío que le caló los huesos.

—Ella es..., una fan del grupo.

Jezabel Marí

Capítulo 24

El coraje y la rabia se personificaron en África. ¿De verdad estaba viviendo aquello? Luchó por contener un grito, pero, en el intento, le temblaron hasta las pestañas. ¿Jael acababa de decir que ella era simple y llanamente una fan del grupo, de entre las tantas miles que iban tras ellos? Sí, lo había dicho. Con la voz un tanto arrugada, pero lo suficientemente claro como para que todos los presentes se enterasen. No obstante, con un semblante entre malhumorado y suplicante, no apartó sus intensos ojos de ella, y, seguramente, de esto también se percataron los demás. Jael Kent debía estar percibiendo la furia que se cocía dentro de aquel cuerpo femenino que, varias veces, durante la noche anterior, había hecho suyo con todas las fuerzas de su ser. Pero lo peor, lo más grave, era que le había hablado de amor. Le había dicho que la quería y que la necesitaría por el resto de su vida, a sabiendas de que otra mujer esperaba por él; su novia y supuesta prometida ¡HORRIBLE! ¡UN CUENTO DE HADAS VERSIÓN ABOMINABLE! Aguantó unas lágrimas que pugnaban por traicionarla y, girando sobre sus talones, echó a caminar hacia la salida.

—¡África! —un matiz desesperado se adivinó en aquel grito, después del cual hizo ademán de ir tras ella.

—Será mejor que te quedes aquí con tu familia —lo frenó su madre, poniéndole una mano abierta en el centro del pecho desnudo. Jael hubo de controlar su ímpetu y, apretando los dientes, emanó un inevitable suspiro. No es más que una fan sin importancia, cariño. Y sin embargo, aquí tienes a las dos mujeres que más te quieren del mundo. A las que, por cierto, no ves desde hace meses... —recitó con los ojos llenos de una dulzura empalagosa, recorriendo el rostro de su hijo menor. Como madre, por supuesto que sabía que Jael se habría estado desfogando sexualmente con la chica que acababa de irse, y esperaba no tener que preocuparse por ello.

—¡Cierto! Esta vez, la espera se me ha hecho eterna. ¡Iba a morir si pasaba sin verte un solo día más! —exclamó Dianne, y volvió a colgarse del rígido cuello de su novio. Él cerró los ojos con agotamiento, soportando aquella indeseada cercanía. ¡En ese momento solo quería correr a buscar a África, abrazarla y pedirle perdón! Al abrir los ojos de nuevo, se encontró de frente con la mirada preocupada e inquisitiva de su hermano John. Él era el más coherente de la familia, aunque no sabía muy bien a favor de quién iba a jugar esta vez su coherencia, cuando le contara que en Sevilla se había enamorado de verdad y que sus planes eran otros muy distintos a los que su madre esperaba de él.

África corría por uno de los pasillos del hotel. Descalza, con la camiseta de Jael, la cual solo le cubría hasta medio muslo, y con la cara empapada en lágrimas. Una vez había estado fuera de la vista de todos los que estaban en aquella habitación, no hubo podido retenerlas, y, con ellas fluyendo sin parar de sus ojos, apenas veía por dónde iba o hacia dónde se dirigía.

—¡Afriiii! —elevó la voz Lucía, la cual había reconocido a su prima en cuanto dobló una de las esquinas de la inmensa planta.

África no se detuvo. Lucía echó a correr tras ella, y Joe, que había ido a su lado hasta ese momento, la observó distanciarse sin que le hubiera dado tiempo a decir nada. Se preocupó sobremanera al intuir que algo podía haber sucedido entre Afri y Jael, y aligeró el paso hacia donde se había marchado Lucía.

—¡Ey, África! ¡Para el carro, joder! —Lucía alcanzó por fin a su prima y la tomó fuerte de un brazo, haciéndola frenar. Afri permaneció de espaldas a ella, pero con un sollozo contenido, activó todas sus alarmas. Lucía sintió

una punzada de miedo en el estómago y, con sigilo, anduvo unos pasos alrededor de ella, otorgándole toda su atención. Le apartó un mechón de cabello de los ojos y puso un dedo bajo su barbilla para alzarle la cara. La rubia la miró, con un puchero como expresión.

—Es..., es un mentiroso. Es un mentiroso, Lucía —masculló, sollozando, una vez que ambas se hubieron mirado a los ojos. Lucía no quiso hacer preguntas en ese momento y, acogiéndola entre sus brazos, la estrechó contra sí.

Joe llegó a ellas en ese instante y se encontró con dicha imagen. Tragó saliva con fuerza y las observó, hasta que Lucía le dirigió una mirada cargada de disgusto e inquietud. Tras varios segundos, él vocalizó el nombre de Jael sin hablar, de forma interrogativa, y en respuesta, ella arqueó una ceja evidenciando un sí. Se acercó un poco y levantó una mano con la intención de acariciar el pelo a África, de espaldas a él, pero desistió antes de llegar a hacerlo. Miró a su novia denotando preocupación, temor y un poco de enfado hacia lo que su amigo podría haber dicho o hecho. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la tarjeta que abría la puerta de su habitación.

—Toma, id allí. Yo tengo algo que hacer... —le rozó con cariño una mejilla mientras ella asentía—. Si necesitáis cualquier cosa, llámame —concluyó y, dando media vuelta, a paso firme y ligero, recorrió el largo pasillo con un único destino determinado.

Una vez en la suite en la que se hospedaba Joe, Lucía hubo ido con su prima al baño para refrescarle la cara. Peinó su cabello y, con suavidad, le recogió una coleta. Después abrió el minibar y sacó de ahí un par de zumos fríos. Se dirigió al sillón que había debajo de la ventana, en el que ya estaba sentada África sumida en el silencio, y se situó junto a ella. La miró y le ofreció la pequeña botella de zumo, acompañada de una tierna sonrisa. La menor de ambas, a duras penas, intentó corresponderla.

—¿Más tranquila? —preguntó Lucía en tono sereno.

Un suspiro profundo y muy triste atravesó los labios de África. Se mordió el labio inferior y se reprendió mentalmente para no volver a llorar. ¡No quería estar tan destrozada! ¡El idiota mentiroso no merecía sus lágrimas! Asintió para responder a su prima, al tiempo que habría el tapón del bote de cristal y se lo llevaba a la boca con necesidad. Lucía no dejó de estudiarla. Ya no lloraba, aunque seguía bastante nerviosa. A ella jamás se le pasaría por alto nada que tuviese que ver con Afri, del mismo modo que era

en viceversa. Se conocían a la perfección. Entendían el más mínimo gesto la una de la otra, y si estos eran de dolor, los sufrían ambas. Siempre había sido así.

Lucía también suspiró mientras se mantuvo un instante en silencio, pero luego, con decisión, se dispuso a hablar.

—¿Qué te ha hecho Jael para que estés así y para que digas que es un mentiroso, Afri? —bebió un ligero trago de su bote de zumo y esperó, expectante e impaciente, a que África le contase. Esta apretó los labios y se presionó las sienes—. ¿Quieres un ibuprofeno? —siguió diciendo Lucía, a lo que Afri negó con la cabeza.

—Tiene novia —murmuró, y aunque sus ojos permanecieron abiertos, se vieron completamente apagados. Los de Lucía, por el contrario, se abrieron con exageración y mostraron un brillo gélido, que habría hecho escarcha del mismísimo sol.

—¡Maldito mentiroso! ¿Cómo que tiene novia? ¡Qué bien callado se lo tenía! —exclamó, con el cabreo subiendo de nivel dentro de sí. África asintió y se pasó el dorso del dedo índice por debajo del párpado, para recoger la prueba inevitable de un nuevo sollozo.

—No llores, no... —se apuró a decir Lucía, cogiéndole una mano. La apretó con la suya, compadeciéndose de ella—. ¿Te lo ha confesado él?

África volvió a mover la cabeza de forma negativa un momento antes de responder.

—Primero me dijo que teníamos que hablar... Nos sentamos en el sofá y..., bueno, empezamos a besarnos. Me dijo... —se humedeció los labios y contrajo el gesto al recordar—, me dijo que me quería, y también dijo otras cosas románticas que no quiero recordar porque ahora son ridículas... Después llegó alguien, un hermano suyo. Estaba nervioso y quería que me fuera...

—¿Jael quería que te fueras? —interrumpió Lucía.

—No, John. Sabes quién es. También es del grupo... —explicó.

—Y ¿por qué narices quería John que te fueras?

—Porque ella estaba a punto de entrar a la habitación... —contestó, y la rabia volvió a reflejarse en sus pupilas.

—La supuesta novia —siguió Lucía, y apretó los labios con coraje.

—No, Luci. Supuesta no. Su novia. Su futura mujer —aclaró, implacable—. ¡Joder, están prometidos! —exclamó, casi gritó—. No sé... —se

le quebró la voz —, no imagino cuánto tiempo llevarán juntos, pero parece que no es poco... —rompió a llorar sin remedio —. He sido un puto pasatiempo para él, Lucía —masculló entre sonoros sollozos.

A Lucía se le rompió el alma al ver a su prima así, al mismo tiempo que la furia contenida hervía en su estómago por dos motivos. Uno: Jael había sido muy cabrón con África, al ocultarle que tenía una relación seria con otra mujer. ¡Maldito mierda! ¡Tanta gilipollez de Gucci por aquí, Salvajita por allá! ¿No pensó que ella podría ilusionarse? Y dos: Joe había encubierto muy bien a su amigo. ¿Acaso no tenían confianza para que se lo hubiera mencionado? Joe era una buena persona y le había demostrado que apreciaba a Afri. ¡Debió prevenirla!

La cosa no iba a quedarse así. Los dos iban a tener que responderle a algunas preguntas.

—Sé que te duele, Afri. Pero, mira, esto tiene una parte buena. Lo has descubierto pronto. Quiero decir..., sé que ya ha pasado de todo entre ustedes, pero imagínate que nos vamos a Nueva York, y tú, en la ignorancia, hubieses seguido con él... Te habrías ilusionado mucho más y después el palo habría sido terrible... —explicó con vehemencia.

África sorbió por la nariz y se pasó el dorso de las manos por las mejillas enrojecidas, para hacer desaparecer el rastro de las últimas lágrimas que se hubieron deslizado por ellas.

—No voy a ir —murmuró, con voz apagada.

—¿Que no vas a ir, dónde? —los ojos de Lucía se movieron desconcertados por el rostro de su prima.

—A Nueva York. No voy a ir a Nueva York contigo, Lucía —respondió con seguridad.

—¡Claro que vendrás! ¡Afri, no debes cambiar nuestros planes por él! —exclamó, se puso en pie y casi zapateó en el suelo.

—Sí debo. Lo último que me apetece es tenerlo cerca... —respondió mientras se levantaba del sillón. Lucía percibió aquella determinación y prefirió no insistir en el tema, aunque eso sería solo por el momento.

—¿Te sientes algo mejor? ¿Quieres que llame para que nos traigan algo

de comer? — sugirió. Sabía que todo era demasiado reciente para que los signos de la tristeza desaparecieran de los ojos de su prima, pero, tal vez, unos dulces de chocolate del chef del hotel podrían ayudar un poco.

—Si como ahora, te aseguro que vomito... Mejor me voy a casa. Quiero darme una ducha de dos horas y dormir por tiempo indefinido —suspiró y volvió a pasarse las manos por la cara para despejarse.

—Vale, me voy contigo —Lucía hizo ademán de ir a por su bolso para que se marcharan juntas, pero África la detuvo.

—Lucía, quédate. Joe querrá encontrarte aquí cuando vuelva.

—No quiero que estés sola —repuso la mayor.

—Voy a estar bien, no te preocupes —la tranquilizó Afri.

—¡Que no, que no! Ni loca voy a dejarte... —trató de replicar.

—Ey, mírame —pidió la rubia. Lucía se calló y lo hizo—. No voy a llorar más de lo que he llorado aquí. Y cuando me despierte de ese sueño reparador que necesito, voy a estar divina de la muerte, o casi —guiñó un ojo para terminar de convencer a su prima. Lucía la miró desconfiada, aunque lo que hubo escuchado le agradase. Afri era una tía muy fuerte; su parte tierna jamás podría con su parte dura.

—Vale, pero ni se te ocurra permanecer en las tinieblas tanto tiempo. Quiero saber de ti cada ciertas horas... —apuntó con aire ligeramente autoritario.

—Te enviaré un mensaje si me desvelo...

Lucía se abrió de brazos, demandando la cercanía de su prima. Cuando esta fue a ella y pudo rodearla, la estrechó con fuerza varias veces, frotó su espalda y le dio un beso en un lado de la cabeza. Luego se separaron y le echó un vistazo de arriba a abajo.

—Te voy a prestar algo de ropa de la que tengo aquí, así no puedes andar por la calle aunque estemos en pleno verano. Te violarían fijo —quiso bromear, y logró que las comisuras de los labios de África se movieran levemente hacia arriba.

Joe permanecía con la espalda pegada a la pared y los brazos cruzados, a que, tanto Dianne como la mismísima Marlene, madre de sus compañeros John y Jael, le comiesen el cerebro a este último. En cuanto hubo entrado en la estancia, encontrándolas allí, había comprendido lo sucedido. Y respetaba enormemente a la señora Marlene, sin duda, pero ahora que la tenía delante y

veía la presión que ejercía sobre su amigo, le daban ganas de tomar parte en el asunto y ponerla un poco en su lugar. A él le habían inculcado desde niño una educación impecable, que afortunadamente llevaba consigo, y que, en un futuro transmitiría a sus hijos, pero lo que ocurría delante de sus narices en ese momento, era suficiente motivo como para adquirir una tachadura en su currículum de buena conducta. En el sofá de tres plazas, ambas mujeres, tenían prácticamente acorralado a Jael. Él en medio, y ellas, una a cada lado suyo, avasallando su espacio personal. No paraban de cotorrear sobre cosas triviales que parecía entusiasmarlas mucho, pero, siempre, cada comentario, acababa teniendo que ver con la dichosa futura boda.

«¡Dios bendito!», rugió Joe mentalmente.

John se acercó a él en ese momento y se situó a su lado. Joe no apartó sus ojos de la escena que se daba en frente de ellos, hasta que eeste le habló.

—¿Quién es la chica con la que estaba aquí mi hermano? —inquirió con voz moderada, para que no le escucharan su madre y su cuñada.

—John, creo que es Jael quien debería responder a esa pregunta —dijo, y luego giró la cabeza para mirarlo. John se desconcertó.

—Vale. Confirmado —añadió, con una breve sonrisa irónica.

—No creo haberte confirmado nada —negó Joe, frunciendo el ceño.

—Venga, Joe... Somos amigos. Compartimos periodos largos de convivencia, gracias a los cuales nos conocemos muy bien. No hace falta que me ocultes que la chica rubia que he encontrado aquí es un ligue sexual de mi promiscuo hermano menor... No es nada nuevo, ni para ti ni para mí, que Jael no se marcha de una ciudad sin probar su ámbito culinario...

—Bueno, entonces no hace falta que me preguntes —continuó Joe, sin que pareciera estar haciendo un desplante.

—John dejó pasar el silencio, con las voces de su madre y su cuñada como banda sonora de fondo. Ambos volvieron a contemplar un instante el panorama.

—Creo que mi hermano va a echar a correr de aquí de un momento a otro... —murmuró sus pensamientos.

Esta vez Joe curvó las comisuras en consonancia con lo que su compañero acababa de decir.

—No le doy más de dos minutos... —opinó.

Entonces John Kent se giró para poner toda su atención en Joe, y reclamó la suya con una nueva pregunta.

—¿Cuánto de importante es esa chica para él, Joe? Sé que esta vez es distinta a todas las demás...

Joe lo miró a los ojos por varios segundos, tal vez, decidiendo si responder o no. Si lo hacía, desde luego, iba a ser sincero. Y con pocas, pero inmensas palabras, lo fue.

—Bastante más de lo que puedas imaginar —sentenció, irradiando una certeza de la que John no dudó. Al fin y al cabo, era lo que había intuido él mismo en cuanto los vio juntos. La manera en que se habían mirado delante suyo, no podía ser algo insignificante ni superficial.

Jael se levantó del sofá con el ceño fruncido. Después de aguantar casi veinte minutos en medio de aquellas dos cotorras acaparadoras, optó por ponerles freno, pues, de lo contrario, correría el riesgo de explosionar y cortarlas de una forma bastante más grosera. Aunque llevase tiempo sin ver a su madre, en esa circunstancia, no podía decir que se alegrara de tenerla allí. Y a Dianne nunca debió pasársele por la cabeza el hecho de ir a buscarlo. Sabía que aquella repentina visita había sido idea suya.

—Ok. *Stop* —dijo con firmeza, controlando las ganas de elevar la voz. Caminó, distanciándose unos metros, mientras que ellas lo seguían con la mirada. Marlene impasible, y Dianne con la boca entreabierta, totalmente desconcertada por la reacción de su novio.

—Es de muy mala educación dejar a las personas con la palabra en la boca, pequeño —dijo la madre, reprochándolo en tono suave. Dianne asintió satisfecha por lo que su suegra acababa de decir. Joe y Jonh solo observaban, aunque el primero había emitido un bufido silencioso al escucharla.

—Lo de pequeño sobra, mamá. Hace mucho que pasé el metro ochenta y cinco de altura, haz memoria... —replicó Jael, de espaldas a todos los demás, dirigiéndose al minibar. Tomó una botella pequeña de agua y se la bebió de un trago. Varias gotas se desprendieron de sus labios y chocaron contra el torso desnudo, para deslizarse sinuosas y fundirse con su piel donde acababan los esculpidos abdominales. Dianne, en consecuencia, sintió un inminente calor entre las piernas y se mordió el labio inferior, loca por sentir aquel cuerpo encima del suyo.

—Serás el pequeño de la casa hasta que tú y tu hermano me la llenéis de nietos... —arqueó las cejas y miró de soslayo a su futura nuera. Esta reaccionó de su lasciva ensoñación y sonrió con picardía.

—Será pronto, querida suegra... Sabes que uno de mis mayores

anhelos es formar una gran familia, y eso incluye tener varios niños. Cuatro, como mínimo —aclaró para terminar, mientras que Jael se carcomía por dentro. ¿Hijos con Dianne? ¡Qué equivocada estaba! Quizás otro hombre pudiese ayudarla con ese anhelo, porque, lo que era él, definitivamente no plantaría ninguna semillita en ella. Tenía clarísimo que no volvería a meterse entre sus piernas nunca más.

—Muy divertida la charla. Voy a sentir mucho perderme la continuación, pero me

marcho —pasó de nuevo un instante por delante de ellos, encaminándose hacia la salida sin intención de mirar atrás.

—Pero, ¿adónde vas?! —Dianne se puso de pie al ver que este se marchaba.

—¡No es asunto tuyo, Dianne! —subió la voz para asegurarse de que lo escuchara.

—¡Espera, llévame contigo! —replicó, con la frente arrugada por la angustia.

—¡Por supuesto que no! —respondió Jael, cerrando la puerta con ímpetu tras de sí.

Una vez fuera, respiró hondo, cerró los ojos con fuerza y emanó un suspiro de desahogo. Cansancio mental; esa era la definición.

No pasaron ni dos minutos desde que entrara en su habitación y sintiera un vacío gélido en el pecho al no encontrar allí a África. Por muy mínima que fuera, había guardado la esperanza de que ella quisiera hablar con él, hacerle preguntas, gritarle o pegarle un puñetazo. ¡Él habría soportado todo eso y más, con tal de poder explicarle! Pero no, no estaba, y la habitación le pareció un lugar insignificante sin su presencia.

Sin embargo, visualizó algo sobre la cama, entremezclado con las sábanas, y se inclinó para cogerlo. Deslizó la pequeña camiseta femenina entre sus manos y, acercándosela a la nariz, apretó los ojos con fuerza mientras la inspiraba.

—África..., África..., no me abandones... —rugió una súplica con gesto de dolor.

La puerta de la habitación, que había quedado ligeramente abierta, fue atravesada por un Joe algo agitado. Este se había buscado una excusa para huir también de la compañía de Marlene y Dianne y echó a correr en busca de su amigo. Jael se giró al oírle llegar y ambos se miraron con inquietud.

—No me digas eso de: “te lo advertí”, por favor. Ya estoy lo suficiente cabreado conmigo mismo —respiró hondo de nuevo—. ¿Dónde está? —Si Lucía no estaba con Joe, era prácticamente seguro que este sabía algo de África. Él también respiró profundo antes de responder.

—No creo que verla ahora sea lo más apropiado, Jael —negó con la cabeza y lo observó con preocupación. Jamás, en los años que hacía que se conocían, lo había visto así de ansioso y atormentado por una mujer.

—¿Cómo dices eso, tío? ¡Joder! Sé que he metido la pata hasta el fondo, ¿vale? Necesito hablar con ella... Tengo que... —titubeó, nervioso—. ¡Mierda! No quiero perderla —exclamó.

—Lo sé..., lo sé —se acercó y le apretó el hombro con una mano—. Pero deja pasar el día de hoy, al menos. Está todo muy en caliente, acaba de ocurrir, tu madre y Dianne están cerca y pendientes de todo. Y África... —cuando la mencionó a ella, Jael agudizó su atención en él—. Afri está muy dolida.

Jael pensó durante un momento, por lo que Joe creyó que, con suerte, este se aplacaría y le haría caso. Sin embargo...

—¿Está en el hotel? Está con Lucía, ¿verdad? —inquirió. Y claro, si Afri estaba con Lucía, probablemente estarían en la suite de Joe. Era matemático.

—Es con ella con quien quiere y con quién debe estar ahora, tío. Entiéndelo..., lloraba a mares —insistió, e interpuso el cuerpo delante del suyo, como parte de su manera de disuadirlo para que no cometiera la locura de salir a buscarla. Si Marlene o Dianne los descubrían de nuevo juntos, se iba a liar la de Dios. Y la que más iba a sufrir iba a ser África, que era la que menos culpa tenía de aquel embrollo.

—¿Has dicho que lloraba?—Jael murmuró la pregunta, como si de repente sus cuerdas vocales se hubieran llenado de nudos y apenas pudiera hablar. Por un instante, Joe se arrepintió de haber mencionado ese detalle.

—Claro que lloraba, ¿acaso no lo hizo delante tuya? —era algo que había dado por obvio.

—No —negó, con los ojos ardiendo en angustia, tristeza y culpa. Joe percibió todo aquello y se conmovió.

—Joder, tío... ¡aún no sé exactamente cómo han ocurrido las cosas! —exclamó, levantando un poco los brazos y dejándolos caer con aplomo—. ¡Yo solo la vi llorando entre los brazos de Lucía!

Jael caminó varios pasos de un lado a otro, al tiempo que se pasaba las manos por el pelo e intentaba decidir qué hacer o cómo hacer las cosas con Afri a continuación. Ninguno de sus pensamientos lograba templarlo para poder ser más racional. ¡Quería verla! ¡Quería abrazarla durante horas sin que ninguno dijese una puta palabra! ¡Quería besarla y hacerle el amor en silencio, para pedirle perdón y expresarle con su cuerpo que solo quería estar con ella! ¡Solo con ella!

—No puedo esperar —masculló con los dientes apretados, y, esquivando a Joe, salió corriendo de la suite en dirección a la de su compañero.

—¡JAEL! —gritó Joe, ya solo en la habitación. Luego sopesó aquella reacción de su mejor amigo, y no pudo más que entenderlo. Sonrió, a pesar de todo, y echó a caminar tras él.

Lucía se sacó los auriculares de las orejas, al percibir que unos golpes se entremezclaban con la música que estaba escuchando. Dio varias zancadas y, al abrir, se encontró con un Jael que apoyaba un brazo en el marco superior de la puerta, algo desaliñado y con una mirada que no supo muy bien cómo leer. Sus pupilas ardían en una mezcla de pasión y abatimiento a partes iguales.

—¿Puedo pasar? —se humedeció los labios, que su respiración agitada se había encargado de resecar.

Lucía lo atravesó con fijeza. Clavó sus ojos crispados en él y empujó la puerta sin cerrarla del todo, manifestándole su negativa a dejarlo entrar.

—Lucía, tengo que hablar con ella. Por favor, deja que entre... — insistió, con un ligero tono de súplica, pero sin perder el aire imperioso que lo caracterizaba.

—¡No! —respondió ella, contundente.

Jael tomó aire y agachó la cabeza con agotamiento, aún apoyado sobre el brazo que tenía en el marco.

—¿Qué diablos estás pensando de mí? —volvió a mirarla a los ojos.

—Lo peor, ¿qué más puedo pensar? —Lucía subió el volumen de su voz, evidenciando su descomunal enfado.

—Quiero a África con cada puto centímetro de mi cuerpo —aclaró Jael, sin andarse por las ramas. Y aquellas palabras iban cargadas de tanta veracidad, que hicieron enmudecer a Lucía durante el instante en que se le erizaban los brazos.

Joe llegó hasta ellos y se situó junto a su amigo, percatándose, a su vez, de la presencia del riguroso silencio que se había creado en el ambiente. Frunció el ceño y los observó. No obstante, Lucía reaccionó y carraspeó, dispuesta a contraatacar.

—¿A tu novia americana también la quieres de esa manera? ¿Tienes tanto amor para las dos? —cuestionó con brusquedad.

Joe abrió los ojos con un poco de exageración al oírla hablar así. Contaba con que estuviera enfadada, pero también con que quisiera escuchar a Jael. Al menos él, estaba dispuesto a mediar para ayudarlos a solucionar el problema. Atacar no era una opción.

—Lucía, podría explicártelo todo y seguramente me entenderías, pero, de verdad, estoy pasándolo mal, lo que necesito ahora, y lo necesito desesperadamente, es ver a tu prima... —volvió a utilizar la súplica imperiosa. Esa con la que podría persuadir a cualquiera. A cualquiera menos a ella. ¡No! ¡Jael Kent no vería a África! ¡No, si dependía de ella!

—No va a poder ser... —usó un tono irónico, que a Joe volvió a parecerle inapropiado. Jael descolgó el cuello de nuevo, agachando la cabeza, y su amigo, tras observarlo, tomó cartas en el asunto.

—Lucía, no es justo que le impidas el paso de esa manera... —fue firme en su comentario, aunque también todo lo educado que se podía ser.

—¡Anda, mira! —sonrió ella, con la misma ironía de antes, o más—. Tú, cómo no, tenías que defender al señorito Kent. ¡Claro! ¡Se me olvidaba! También debe haber un abogado para los culpables.

Joe la reprendió con la mirada, sin entender exactamente por qué se comportaba así, incluso con él. Sí, lo que había ocurrido entre Jael y su prima no era ninguna tontería. Por supuesto que debía afectarle el dolor de África, a él también le afectaba, pero lo indicado en estos casos, a sabiendas de que las dos personas implicadas lo estaban pasando mal, era comprenderlos y ayudarlos en la medida de lo posible. Si eso significaba dejar que hablasen en privado al menos una vez, no entendía por qué su chica se negaba en banda. ¿Acaso no se había dado cuenta de que los dos se querían realmente? ¡Eso prevalecía ante todo lo demás!

—Vamos, amor, ven conmigo a tomar algo al restaurante... —la invadió con su cuerpo, dulcificando el gesto para calmar las tensiones, y la cogió de las manos con la intención de tirar de ella—. Entiende, ellos necesitan hablar de cosas importantes... Vamos a darles espacio —susurró, en

tono meloso.

—No, Joe. Basta —se desprendió de sus manos y abrió la puerta completa, mostrando así gran parte de la suite. Jael, instintivamente, hizo una búsqueda rápida con sus ojos hacia el interior.

—No busques, no vas a encontrarla—añadió ella, al tiempo que se daba media vuelta y se alejaba de los chicos. Tomó asiento en el sillón junto a la ventana, y los vio adentrarse a la suite.

—¿Se ha ido a casa? —quiso saber Jael, aunque con pocas esperanzas de que Lucía le respondiera con la verdad.

—Donde esté, no te importa. La has engañado, tío. No esperes que ella quiera volver a verte y, por supuesto, no esperes que yo te diga dónde está—espetó con genio.

Jael endureció el semblante. Sus cejas se unieron y el músculo de su mandíbula se movió con ira bajo su piel. Joe se tapó la cara con las manos un instante y luego las deslizó hacia su pelo. Hacía poco más de una hora estaban haciendo planes maravillosos para desayunar los cuatro juntos... ¿Qué cojones...? Habría de tener una conservación seria con su novia. De esa no la libraba nadie.

—Con tu apoyo o sin él, voy a ver a África hoy. Gracias —sentenció Jael, y se marchó.

Joe contempló a Lucía durante un momento, en el que ella, aún con el sarcasmo y el enfado reflejados en su expresión, lo correspondió absolutamente.

—¿Y África? —inquirió, rompiendo el silencio.

—¿Qué, con ella?

—Que cómo está, y dónde —aclaró él, reprendiéndola de nuevo con la mirada, aunque, en aquel momento concreto, a Lucía parecía darle igual.

—Está recuperándose de la putada que le ha hecho tu amigo.

—Estás siendo muy ácida, ¿no te parece? —Joe se cruzó de brazos delante de ella, con el ceño contraído.

—No lo suficiente —respondió, con una dosis de soberbia que él no quiso tolerar.

—Ya, Lucía. Para. Estás tomándote esto muy a la tremenda. No me gusta que me hables así... —impuso.

Entonces Lucía se levantó impulsivamente del sillón y, poniéndose las

manos en la cintura, se acercó unos pasos a Joe para encararlo. Sí, también se estaba dejando llevar por el cabreo con él, ¡pero sus razones tenía!

—Y a mí no me gusta que me ocultes cosas importantes —espetó de manera implacable. Joe la entendió al instante.

—No podía hablarte de Dianne...

—¡Ah, se llama Dianne! —exclamó Lucía, interrumpiéndolo.

—Sí, así se llama —asintió, empezando a enfadarse por la actitud mordaz con la que seguía comportándose—. Hace tiempo que Jael dejó de quererla y... —intentó explicar, pero ella, con otro comentario espontáneo, volvió a hacerlo callar.

—¡Vaya por Dios! ¿Dejó de quererla? ¿Cuándo? ¿Hace tres días?—se cruzó de brazos delante de él. Joe la contempló en silencio, claramente molesto.

—A ver, Lucía, el daño ya está hecho. Pero quiero que te quede muy claro que no es precisamente lo que Jael hubiera querido.

—¡Sexo! ¡Eso es lo que quería, y nada más!

—África también, supongo... —añadió él.

—¡Pero ella no le está poniendo los cuernos a nadie! —replicó— ¡Está enamorada, joder!

—Ahí está la clave —sentenció Joe, logrando que su chica se callase y le prestase toda su atención—. Lucía, los dos están enamorados. Esta situación ha sido fortuita, pero, a pesar de todo, se quieren, lo van a solucionar y van a estar juntos...

—Yo no lo veo tan claro... —Lucía no había podido evitar quedarse boba con las últimas palabras de su novio. Y con el movimiento de aquellos labios carnosos que hacía mucho que no saboreaba. Dos horas. Eso era mucho tiempo. Joe se dio cuenta de cómo el coloso cabreo de su chica caía en picado, y del deseo que brillaba en sus ojos mientras lo miraba. Estiró el brazo y, cogiéndola de la cintura, tiró y la atrajo hacia él. Acarició una de sus mejillas y la miró con amor—. Tú tenías que haberme contado que había una mujer en la vida de Jael... —presionó varias veces con un dedo sobre sus duros pectorales. Joe capturó aquella mano y se la llevó a los labios. Besó sus nudillos con lentitud y después la miró para responderle.

—Jael ha estado con muchas mujeres, pero jamás lo vi tan pillado de ninguna. Ni siquiera de Dianne. Lo que le ha pasado con tu prima es diferente a todo lo anterior, y verdadero —habló en voz baja, y, de nuevo, sus palabras

sirvieron de bálsamo para el enfado de Lucía. Poco a poco fue apagándose la ira que refulgía en sus pupilas y la expresión de su cara se serenó, para satisfacción de Joe.

—Pues con África lo va a tener muy difícil... —le advirtió ella, aunque con un tono infinitamente más condescendiente.

—Bueno... —Joe frunció los labios y encogió un poco los hombros—, yo no he dicho en ningún momento que mi amigo no la haya cagado. Lo ha hecho. Monstruosamente. Así que merece que Afri lo haga sufrir un poco.

—¡Un poco mucho! —especificó Lucía con ligereza.

—Jo, ¡tampoco merece la horca! —exclamó sin elevar la voz, e irguiendo las comisuras de forma simpática.

—No sería mala idea esa, ¿eh? —comentó ella, esta vez con un toque cómico que a Joe le agradó. Sabía que casi estaba transigiendo con el tema. Por nada en el mundo quería que su novia detestase a su mejor amigo, compañero del grupo, hermano.

—Estoy seguro de que África lo perdonará tarde o temprano, pero estaría bien que empezaras haciéndolo tú —sugirió y la apretó contra sí, ajustando el brazo con el que rodeaba su cintura. Miró sus labios mientras ella parecía meditar y deseó comérselos. En consecuencia, de forma instintiva, se mordió los suyos propios.

—Según como se porte de aquí en adelante. Ya veremos... Y ahora, señor Mcilroy, si a usted no le importa, lléveme a comer algo, porque aún no he desayunado... —hizo ademán de querer despegarse de él, pero le fue imposible. Joe usó un poquito más de fuerza para retenerla, y ella simuló un suspiro de contrariedad, mientras que, inevitablemente, se perdía en el mar azul de los ojos que la miraban.

—Si eres buena, dejaré que incluso comas la tarta especial de chocolate del chef... —sugirió, y aquella dulce definición: “tarta especial de chocolate”, despertó el voraz lado goloso de Lucía.

—¿Qué tarta es esa que yo no he probado antes? —torció una ceja. Joe sonrió.

—Si te digo que el chef la ha hecho solo para ti porque yo se lo he pedido...¿me dejarías hacer lo que llevo rato deseando? —entornó la mirada, esperando una respuesta, y Lucía lo vio tan extremadamente guapo, que se le aceleraron los latidos. Se puso de puntillas, se colgó de su cuello y lo besó. Él

abrió sus grandes manos sobre la estrecha cintura de ella y, en breves segundos, dominó la situación, poseyendo su boca con vehemencia.

África no había llegado a su casa en taxi. Optó por tomar un bus y luego caminar. En el trayecto, su mente hubo estado tan ocupada pensando en todo lo que le había dado tiempo a vivir con Jael, que no contempló nada de lo que se movía a su alrededor, y ni siquiera recordaba haberse cruzado con otros seres humanos. Un lejano murmullo de conversaciones diferentes mezcladas en el bus, pero nada más. Rodeó la *Plaza del Duque* y se encaminó a paso ligero hacia la extensa calle *Alfonso XII*, donde se ubicaba el piso en el que vivía. Su mente flotaba. Toda ella lo hacía, pero no precisamente de felicidad. De hecho, hacía mucho tiempo que no se sentía tan triste. Tenía un nudo en la garganta que cada vez le apretaba más. Apenas podía tragar y sabía que la única manera de deshacerse de él era llorando. Pero se negaba a hacerlo. Prefería aguantar aquella sensación, antes de derramar una lágrima más por él. Y no es que Jael hubiera sido su novio, tal vez por ese lado ella no tuviera por qué sentirse traicionada... Sin embargo, lo que habían vivido juntos... Lo que se hubieron demostrado tan solo con la mirada cuando aún no se habían tocado... Lo que sintieron con aquel primer beso que él le robó con tontas excusas... El cómo ocultaban cuánto se gustaban con estúpidas discusiones inventadas... Y, por supuesto, lo que sintieron al entregarse. Desde ese momento, el cual estaba bastante reciente, cada sensación, deseo y sentimiento, se había magnificado. Ella no solo había deseado estar con él, también lo había necesitado. Y ese verbo, “necesitar”, en dichos aspectos, podía llegar a ser tan bonito como cruel. Exactamente así era Jael. Muy bonito, y muy cruel. ¡¿Una jodida fan del grupo?! ¡¡Tenía que haberle gritado a su novia y a su querida mamá, que sí, que era una fanática del grupo, y en especial de Jael Kent, al que se había follado una y otra vez durante dos días consecutivos!! Pero es que...ni eso se merecía.

—Bueno, ya, ya, África... —dijo, y se presionó las sienes, una vez en la intimidad de su casa—. Se acabó —respiró hondo y empezó a desnudarse—. Ha sido solo sexo. No lo necesito. No lo quiero. Se acabó.

Dejó la ropa que se había quitado en el suelo y se metió en la bañera. Abrió el grifo del agua caliente y la reguló con la fría. Pronto, el cuarto de baño se sumió en una espesa niebla húmeda y caliente, al tiempo que el nivel del agua subía y cubría su cuerpo. Apoyó la espalda y dejó descansar la cabeza en el borde. Cerró los ojos y...

El teléfono sonaba, sonaba y sonaba sin cesar sobre el mueble del lavabo. Se callaba por un instante y luego volvía a sonar de forma reiterada. En una de esas, África contrajo el gesto y empezó a ser consciente, aún sin abrir los ojos, de que estaba inundada hasta el cuello. Desplegó las pestañas de golpe y se asustó al ver que, no solo ella, sino que todo a su alrededor en aquel baño, estaba anegado. ¡Joder, y estaba helada como el agua del Océano Ártico! ¡Seguro que se había terminado la bombona!

—Ay, mi madre..., la que he liado —cerró los gritos y se salió con cuidado de la bañera—. ¡¿Desde cuándo cojones te quedas tú dormida en el agua?! —dijo, para reprenderse a sí misma.

Caminó despacio para no resbalarse y tomó una toalla rosa que había colgada en una percha de pared. Era pequeñita, pero, aún así, se envolvió con ella. A continuación se agachó junto a un mueble y sacó de él varias toallas más. Las esparció por el suelo para que fueran empapando el agua y se apoyó un momento en la pared de azulejos. Inspiró y se puso la mano en pecho para tranquilizarse. Desde su posición, se vio reflejada en el espejo. A pesar de que tenía los labios ligeramente morados por haber estado sumergida tiempo en el agua fría, su aspecto no presentaba signos de abatimiento. Es más, estaba guapa. Se obligó a curvar las comisuras, ofreciéndose a sí misma una sonrisa.

—Así te quiero ver, Gucci —las palabras escaparon solas de su boca, y se sorprendió de no sentirse mal por usar aquel apodo. ¡Era chulo, para qué mentir! Y, ciertamente, la identificaba.

El teléfono móvil volvió a sonar y ella se sobresaltó. Se quedó mirando la pantalla y recordó que ese sonido había estado taladrando su subconsciente. Quizás por eso se había negado a despertar, ignorando las que sin duda serían llamadas no deseadas, y dando lugar a aquella riada. Pero, un momento..., quien llamaba no era el estúpido, arrogante, engreído y mentiroso.... Cogió el teléfono y respondió con rapidez.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo.

Lo que se escuchó a continuación, desde el otro lado de la línea, fue un suspiro comedido pero extenso.

—Gracias a Dios. Al fin... —esa voz masculina, a pesar de denotar mucha preocupación, era dulce, tierna, casi aterciopelada y joven.

—Tú me has estado llamando antes... —dijo ella, con una pequeña sonrisa.

—Sí. Te he estado llamando sin parar durante la última hora —emitió

otro suspiro, este más breve—. Perdóname.

—Uno: no tengo nada que perdonarte. Dos: ¿por qué me llamabas tan seguido? ¿Te pasa algo? —se interesó, echando a caminar hacia la habitación.

—Te vi pasar antes por la plaza y me pareció que..., que no estabas bien —explicó, con el bonito toque de timidez que tanto lo caracterizaba. Afri lo percibió y volvió a mostrar una ligera sonrisa.

—¿Dónde estás?

—Cerca de tu casa. Había..., bueno, no sé si te apetecería que nos viésemos. Tengo algo para ti —logró sugerir. El hecho de haber estado loco de preocupación por ella, sorprendentemente le había hecho comportarse con bastante más seguridad que de costumbre. Afri lo notó.

—En este momento no puedo salir a la calle, pero sí puedo invitarte a una *Coca-cola* aquí en mi casa, si quieres... —sugirió, dirigiéndose directamente a la puerta de entrada, que quedaba en un pequeño descansillo, junto al salón y la cocina.

Un breve silencio precedió a las palabras que Gonzalo se obligó a responder.

—Si me abres el portalón, en diez segundos estoy contigo... —tragó saliva y cerró los ojos, como si acabara de superar un reto. Y sí, eso era exactamente lo que había hecho.

—Entra. Primero C —dijo África, un segundo antes de pulsar el botón para que Gonzalo pudiese abrir el portalón del edificio.

Muy poco tiempo después, el chico estaba ante la puerta del pequeño piso. Esta estaba entreabierta, seguramente para que él no tuviese que llamar, pero, aún así, lo hizo. Dio dos toques con los nudillos en la madera, y ella apareció ante sus ojos.

—¿Nueve segundos? —preguntó, sorprendida. Lo había comprobado y, ese hecho, sacó una sonrisa espontánea a Gonzalo.

—Tu piso está muy cerca de la entrada del edificio... —murmuró. A continuación, sin saber cómo no pudo retenerse, deslizó sus ojos por el cuerpo de ella. Entonces, sopesó seriamente si darse media vuelta, o incluso marcharse.

—Pasa... —sugirió Afri.

—Espera... —dijo él, sin dar ni un solo paso—. Creo que te he pillado en mal momento. Estás... Si quieres puedo irme y volver en unos minutos... —la timidez volvía a él, irremediabilmente.

África se echó un vistazo a sí misma y comprendió la actitud de Gózaló. Aún estaba solo con aquella pequeña toalla rosa que no cubría más allá del término de su trastero, y que, cerrada a la altura de sus pechos, los apretaba y hacía que se vieran de un modo sexy y voluminoso.

Desde el punto de vista de él, su piel bronceada parecía de una suavidad deliciosa y digna de ser acariciada; cosa que no se atrevería jamás a hacer, por mucho que soñara con ello. Bueno, en sueños..., en sueños ya habían ocurrido algunas cosas, en las que no quería pensar en ese momento, por el riesgo que conllevaba. Excitarse delante de África era lo último que quería.

—Anda, pasa —lo cogió de una mano y tiró de él —Estoy cómoda así. Tú puedes imaginar que es un vestido... Los tengo tan cortos como esta toalla.

Cuando llegaron al salón, Gonzalo puso una bolsa encima de la mesa. Estaba algo cortado, pero intentó disimularlo. Quería estar ahí con ella. Además, si pronto iba a dejar de verla por tiempo indefinido, ya que esta se iba a Nueva York, aprovecharía al máximo cada minuto que estuviera a su lado. ¡Bueno, con mirarla y escucharla hablar, ya tenía suficiente!

—¿Qué es? —inquirió Afri, sentándose en la mesa junto a la misteriosa bolsa de papel.

—Míralo —sugirió él, de pie, a un metro de ella.

África mostró una sonrisa, que Gonzalo identificó distinta a las que tantas veces había visto en su rostro desde la distancia. La había observado día tras día sin que se diera cuenta, desde que ella y su prima llegaron a trabajar por primera vez a la plaza. Siempre irradiaba buen humor, simpatía, entusiasmo por lo que hacía, y también carácter. Un carácter que definía su personalidad arrolladora. Sin embargo, en aquel momento..., había algo en ella que seguía llamando su atención de manera preocupante.

—Uf, ¿de verdad? —exclamó Afri, sosteniendo en sus manos una bandeja de cartón con dos bombas de chocolate y fresa—. Gonzalo, ¿cómo se te ha ocurrido? —otra vez estaba sorprendida.

—No es gran cosa... —se metió las manos en los bolsillos y observó cómo ella daba un mordisco a uno de los dulces.

—*Uumm* —gimió suavemente con placer. Gonzalo se quedó serio y sintió que le ardía la cara—. Gon, este es mi pastel favorito... —dejó la bola en la bandeja sobre la mesa y siguió masticando el pedazo que tenía en la

boca.

—Ya lo sé —murmuró él, atento al movimiento de sus labios. Ella se dio cuenta, y se desconcertó.

—¡Dios! Tengo los pies helados... —irrumpió con una exclamación que no venía al caso, para cambiar el registro que estaba tomando la situación—. Voy a por una toalla y... —hizo ademán de bajarse de la mesa.

—No, espera —la detuvo Gonzalo—. Estás descalza y tienes los pies húmedos, dime dónde puedo encontrar esa toalla...

—Sí—asintió ella, asimilando el hecho de que Gonzalo la mirara de aquel modo. ¡*Nah!* Debían ser imaginaciones suyas. ¡El episodio de esa mañana la había dejado mal de la azotea!—. Entra en mi habitación. Abre la segunda puerta del armario y mira hacia arriba, ahí las verás...—explicó.

Gonzalo volvió pronto con una toalla en sus manos, y cuando Afri extendió el brazo para que se la diera, este se hincó de rodillas y levantó la mirada hacia ella.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó, a golpe de valentía. Tenía que ser así, si quería disfrutar de esos momentos tan únicos como escasos, en que podía tenerla cerca.

—Vale —respondió Afri, con una leve sonrisa.

Gonzalo abrió la toalla y envolvió con ella uno de los pies de África, apoyándolo sobre su rodilla. Empezó a frotarlo, con tanta delicadeza, que los roces podían confundirse con caricias. Pasó despacio la tela entre sus pequeños dedos y luego hizo lo mismo con el otro pie. Sin prisa.

África cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones. Se relajó tanto, que sin previo aviso, Jael se coló en sus pensamientos. La besaba. Ambos tenían las manos manchadas de chocolate... La besaba con una voracidad que debilitaba sus articulaciones. Sus rodillas temblaban. La besaba, y cada roce maestro de su lengua dentro de su boca, hacía que se estremeciera y que lo deseara con desesperación. Su corazón latía deprisa. Tenía calor... Jael la cogió en brazos y la dejó caer consigo encima sobre la cama. «Te quiero», le oyó susurrar cerca de su cuello.

África estaba respirando con agitación. Una fina capa de sudor brillaba en su frente, y empezó a abrir los ojos cuando estos ya estaban cargados de lágrimas.

—África, ¿quieres contarme lo que te pasa? —sugirió Gonzalo, con el rostro ligeramente desencajado.

—Bésame —dijo ella, como única respuesta, pero con una ansiedad, que Gonzalo quiso hacer desaparecer. La contempló un instante y asintió, obligándose a ser todo aquello que ella necesitara en ese momento. Dejó caer la toalla al suelo y se le acercó. Afri lo miró con una vehemencia que él no quiso explicarse, pero que lo abrasó por dentro. Ella puso una mano en su nuca y lo atrajo hasta su boca con necesidad. Comenzó a besarlo, y, al tiempo que desahogaba su ira en aquellos labios que la veneraban, Gonzalo se fundía en un mar de sensaciones imposibles de explicar, que lo arrastraba más y más hacia ella. Aquella lengua sensual y femenina entró en su boca virgen, y fue el detonante para que él perdiera la timidez que siempre había dominado su cuerpo. Deslizó ambas manos por la espalda de Afri y la pegó contra su pecho como si quisiera hacerla parte de sí mismo. La presión de sus caderas fue logrando que ella separara las rodillas, y, poco a poco, él encontró su lugar entre estas. No hacía falta confirmarlo de aquella manera, pero, sin duda, ahora tenía más claro que nunca que estaba profundamente enamorado. Pasase lo que pasase después de lo que estaba ocurriendo, África era, y siempre sería, la chica de sus sueños.

El mensaje número veinticinco llegó al *iPhone* que descansaba en la mesa junto al trasero de África.

“Estoy en tu puerta, África. Sé que estás ahí. Te he escuchado hablar con alguien. Por favor, ábreme. No me iré de aquí sin verte. Voy a volverme loco si no dejas que te explique las cosas”.

Jezabel Marí

Capítulo 25

Jael se quitó la gorra y las gafas de sol que llevaba puestas para ocultarse, apoyó la espalda en la pared junto a la puerta y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos mientras dejaba salir de sí un suspiro contenido. Le dolían los pensamientos de tantas veces como había imaginado lo mal que debía estar pasándolo África por su culpa. ¡Joder! ¡Maldita sea! ¿Por qué

había tenido que ocurrir aquello? Estaban siendo felices. Incluso le había confesado lo que sentía. Si ella lo escuchara y, a pesar de cómo se habían dado las cosas, valorase las últimas palabras que le dijo cuando aún estaban solos, no sería difícil que pudiera creer en él.

Un sonido en su teléfono le avisó de la llegada de un mensaje, y se apresuró a leerlo, creyendo que Afri le había respondido.

—*Jael, ¡¡¿dónde estás?!!* —Por supuesto, para su decepción, era Dianne. Él, directamente, pasó de responder. No obstante, volvió a escribir un mensaje para África.

¡Era a ella a quien necesitaba ver, aunque fuese para que esta lo insultase!

—*Por favor, África...* — Se le humedecieron los ojos y solo envió una súplica de tres palabras.

Al otro lado de la pared, África plantó una mano en el pecho a Gonzalo y, aunque este puso una leve resistencia para no despegarse de sus labios, logró interponer algo de distancia entre ellos. La agitación de aquel chico tan joven, con los ojos de un azul cristalino fulgurante y una boca entreabierta y levemente inflamada a causa de los besos, por un momento, fue algo a lo que estuvo a punto de aferrarse de nuevo. La había besado como si llevase una vida entera deseando hacerlo. Sorprendida, tragó saliva y lo contempló un instante.

—No sé qué decir... —susurró ella, sin hallar las palabras adecuadas para justificar aquel arrebato. ¡Había actuado llevada por un impulso rabioso! Sí, huyendo del fuego que la hacía sentir el recuerdo de Jael. Un recuerdo que, más que nunca, la abrasaba por dentro. Era una dosis de furia mezclada con amor, con decepción e ilusiones rotas.

—No hace falta que digas nada —contestó Gonzalo en voz baja, recuperando lentamente la normalidad.

—No debí pedirte que me besaras... —siguió África, en el intento de disculparse de algo que, sabía, sin lugar a dudas, que él había disfrutado.

—No —la interrumpió—. No te arrepientas de nuestro primer beso —dijo, y África no supo si aquello había sido una orden, hecha de la forma más sutil, o un ruego en modo imperativo. Prefirió no averiguarlo. Asintió, y vio cómo Gonzalo terminaba de tranquilizarse. La contempló con tanta ternura, que consiguió provocarle una pequeña sonrisa. ¡Él se dio por satisfecho! Con aquel bonito gesto, después de un ardiente primer beso, podía sentirse dueño

de la felicidad absoluta. Si tras aquello no volvía a suceder nada similar con ella, aunque él lo deseara con todo su ser, la conservaría como amiga y, en silencio, siempre podría disfrutar del recuerdo del sabor de sus labios.

—Creo que tu teléfono ha sonado varias veces mientras nos besábamos... —sonrió Gonzalo y se agachó a recoger la toalla que antes había dejado caer al suelo.

—Da igual —respondió Afri, optando por ignorar que su *iPhone* aguardaba por ella sobre la mesa en la que permanecía sentada. ¡No quería tener teléfono! ¡Estaba segura de saber quién le enviaba mensajes a mansalva! ¡Ni los iba a leer, ni los iba a responder!

—Y ¿si es importante? —preguntó él al incorporarse. Definitivamente, estaba confirmando que a la chica de sus sueños le había pasado algo ese día.

—No lo es —dijo con rapidez y despreocupación. Gonzalo sólo volvió a sonreír y asintió. Sabía leerla.

Unos golpes en la puerta hicieron que ambos se quedasen en silencio. África sintió un repentino calor en el estómago. Era él. No podía ser otra persona. Nadie, que no fuera Lucía, llegaba hasta su puerta sin haber tocado antes el timbre del portero. ¿De verdad Jael había tenido el descaro de ir a buscarla?

—Puedo abrir yo, mientras te vistes... —sugirió Gonzalo, dando por hecho que África no se mostraría ante cualquiera cubriendo su cuerpo solo con una toalla.

Ella cogió la bola de chocolate y fresa que había mordido antes y se la llevó a la boca. Masticó un nuevo bocado y, sin haber tragado aún, le dio otro más. Quería disimular su inminente nerviosismo. Él se cruzó de brazos, mirándola, y emitió una breve carcajada. Sería capaz de mirarla durante horas, y no necesitaría nada, más que un poco de aire para respirar.

—No abras. No es nadie —masculló, masticando, fingiendo desinterés. Gonzalo volvió a reír, al tiempo que se daba media vuelta, encaminándose hacia la cocina.

—Voy a traerte algo para que te limpies las manos —murmuró.

África volvió a dejar sobre la bandeja lo que quedaba de pastel en su mano. En realidad no tenía ganas de comer nada. Quería haberse desprendido ya de la sensación dolorosa que la invadía, pero ni siquiera aquellas bolas que tanto le gustaban podían ayudarla. Y lo que más daño le hacía, era alterarse ante la cercanía de Jael. Él seguía tras la puerta, de eso estaba segura.

«¡Vete, vete, vete!», rogó mentalmente, gesticulando un puchero que nadie vio.

Pero a continuación de sus pensamientos, fue el timbre el que sonó con insistencia. A Gonzalo lo pilló pasando junto a la entrada y decidió abrir. Fuera quien fuere, haría que se marchase. A África parecía no apetecerle ver a nadie.

Jael casi había perdido la esperanza de que aquella puerta se abriera. Aún así, estaba dispuesto a pasar la noche sentado en el suelo junto a esta, pues, en algún momento, Afri saldría de la casa. O también Lucía podría llegar y, si con suerte estaba de mejores humos, intentaría convencerla para que lo dejase entrar. Las posibilidades eran pocas y no jugaban a su favor, pero era lo único a lo que podía aspirar, al menos por el momento.

Sin embargo la cerradura crujió y su corazón se aceleró, al tiempo que se giraba para, por fin, mirar de frente a su chica. Sí, su chica. Lo era y lo sería siempre, al margen de las circunstancias en las que se encontrasen.

No era ella. Quien abrió la jodida puerta lo hizo poner los ojos en blanco. ¿Aquel no era el vendedor de la tienda de bikinis? ¿Qué cojones hacía ahí?

—Tú dirás... —dijo Gonzalo, después de un instante de silencio. También él lo había reconocido a la primera. Ese tío era el famoso cantante del grupo *New boys in the street*, y le hubo quedado claro que este quería tener algo con África, el día que se la llevó del probador de su tienda.

—África —manifestó Jael, y no tuvo que decir nada más. Su tono imperioso y su mirada firme fueron suficientes.

—Vas a tener que verla otro día. No está disponible —respondió Gonzalo con naturalidad, apoyando un brazo en el filo de la puerta.

Segundos después de haber escuchado aquel comentario, Jael reaccionó emitiendo una sonrisa irónica. Realmente hubo aguantado las ganas de soltar una palabra malsonante.

—Ya, claro... —dijo, y adquirió un gesto serio. Apoyó la palma de la mano en la puerta y apenas tuvo que empujarla para abrirse paso por delante de Gonzalo. Un crío insignificante no iba a prohibirle la entrada, y mucho menos ver a su chica.

—¡Ey, no puedes pasar! —exclamó este, pero sus palabras solo consiguieron que Jael hiciese un movimiento de desdén con la mano, mientras caminaba directo hacia el salón. Gonzalo chasqueó la lengua

contrariado, cerró la puerta y lo siguió.

África estaba descalza sobre el suelo, esperando verlo llegar. Por lo que había oído desde el salón, la puerta se había cerrado y eso solo podía significar que Jael estaba dentro de su casa. Cuando este apareció y la vio, se detuvo a unos metros de distancia e, instintivamente, la recorrió con los ojos de pies a cabeza. Su ceño se contrajo al instante, mostrando a un hombre molesto, además de desesperado. ¡Aquella jodida toalla era diminuta! ¿Qué estaba haciendo prácticamente desnuda con un tío en casa? Una idea horrorosa cruzó su mente. Tan horrorosa, que le retorció el estómago.

—Vete de aquí —murmuró África, controlándose para no gritar, saltarle encima y sacarlo ella misma de su vista.

Durante unos segundos más, continuó observándola crispado. A pesar de ser el culpable absoluto de lo que había ocurrido entre ellos y de querer tenerla cerca para explicarle y solucionarlo, le costó dominar el inminente cabreo que le supuso encontrarla casi desnuda, en compañía masculina.

—¡¡Que te vayas!! —gritó ella, al tiempo que quiso ajustar la toalla a su curvilíneo cuerpo, como respuesta soberbia a la ojeada que le estaba echando Jael, claramente disconforme con el escaso atuendo.

Él apretó la mandíbula y sacudió ligeramente la cabeza para deshacerse de los pensamientos que en ese momento lo habían perturbado. El propósito no era ponerse celoso. O, por lo menos, no exteriorizándolo. Si lo que quería era que lo escuchase y que lo perdonase, debía templarse.

—No voy a irme —impuso, intentando hacer acopio de una serenidad que hacía horas que había perdido. La impaciencia por acercarse y estrecharla entre sus brazos hervía dentro de él.

—¡No quiero verte! —África recalcó cada palabra. La furia encendió sus pupilas y puso a temblar sus pestañas.

—África, las cosas no van a quedarse así. Me iré cuando hayamos hablado —sentenció, dando un paso hacia ella.

—¡Quieto ahí! —gritó, estirando un brazo y apuntándolo con un dedo. Él se paró en seco y la miró con intensidad. Con aquella fuerza contra la que África solía debilitarse. ¡Mierda! ¡Seguía viéndolo guapo y devastador, a pesar de odiarlo con todo su ser! ¡Merecía ese odio! ¡Merecía que lo viese horrible, feo, abominable! Pero la realidad era la que era. El tío que tenía delante, a unos pasos de llegar a ella, era imponente.

«¡Aaarrggg!», rugió una reprimenda para sí misma, haciendo que él la

viese aún más cabreada; cabreada y sexy como ella sola. Habían pasado horas nada más desde que la hubo tenido deshecha de placer debajo suyo, y la deseaba de nuevo con una fuerza que daba miedo. La vio ajustarse otra vez la toalla a los pechos y pensó que, seguramente, el ansia que le tenía debía estar siendo evidente. A consecuencia de ello, Afri quería aprovechar cada centímetro de aquella insuficiente tela para taparse. ¡Tonta! ¡No estaba ocultando nada que él no conociera ya! Había conquistado con sus labios cada centímetro de aquel bello cuerpo, ¡era suya, completa!

—¿Hablamos, por favor? —se obligó a sugerir, con un tono suave y persuasor. Una arruga maravillosa y viril se hizo en su frente cuando arqueó las cejas.

—¡¿Es que no me has entendido?! ¡No quiero verte! —repitió con energía.

—Pues date la vuelta si no quieres mirarme a la cara mientras te hablo, ¡pero al menos escúchame! —sugirió, elevando un poco el tono de voz, pareciendo así más autoritario de lo que hubiese querido. África, ni corta ni perezosa, se giró altanera y quedó dándole la espalda.

—Que sea rápido —exigió.

Jael la observó un instante. La situación era bastante más complicada de lo que había imaginado. Por supuesto que esperaba encontrarla decepcionada, pero aquella actitud... Y ¡no, ni hablar! ¡No iba a alejarse de ella, ni loco! Se puso las manos en las caderas y exhaló un suspiro antes de comenzar a hablar, aunque, de soslayo, pudo ver que alguien se movía cerca suyo y recordó que no estaban solos.

—Me gustaría estar a solas con mi chica... —impuso, y miró a Gonzalo invitándolo a marcharse.

—¡¿Qué?! ¡No soy tu chica, ni tu nada! —replicó África, con tal ímpetu, que la toalla se desprendió y resbaló con ligereza por su cuerpo. Los dos chicos la miraron instintivamente, quedando sin aliento cuando la prenda se detuvo allí donde terminaba su espalda.

Sin pensarlo, rápido y decidido, Jael se acercó, agarró la toalla y la devolvió a su lugar. África, testaruda, se revolvió para deshacerse del roce de sus manos.

—¡Gonzalo, no tienes por qué irte! —dijo, sin mirar atrás. Seguía firme en su posición, de espaldas a ellos.

Jael cabeceó al escucharla y volvió a mirar a Gonzalo, esa vez,

tomándose más tiempo para volver a sugerirle sin palabras que saliera de la casa.

—No te conozco de nada y Afri no quiere quedarse sola contigo... —murmuró el joven, tras haber sido testigo de lo que pasaba allí. Jael volvió a poner los ojos en blanco.

—Oye, mira, yo tampoco te conozco y no sabes cuánto me jode haberte encontrado aquí, con mi chica semidesnuda —espetó, y África volvió a gruñir alguna cosa, aunque él no se detuvo a escucharla—. Me he mordido la lengua y he sido prudente, así que, por favor, sal y déjanos a solas —se obligó a mantener la prudencia que había mencionado. ¡Y era cierto! ¡Había reprimido las ganas de ser menos educado al verlo allí metido con Afri tan fresquita!

—África... —el chico pasó de responderle al cantante famoso celoso, y se dirigió directamente a la persona que le importaba.

—No voy a hablar de nuestra intimidad delante suyo —irrumpió Jael con determinación, antes de que lo hiciera ella.

África suspiró denotando desesperación e incluso agotamiento, aunque él lo interpretó como que empezaba a claudicar ante su perseverancia. Esta se dio la vuelta y caminó hasta Gonzalo, pasando por delante de Jael, quien echó un paso atrás para dejarla pasar y la siguió con la mirada. Su ceño se contrajo en cuanto la vio ponerse de puntillas junto al crío de la tienda de bikinis. Gracias a Dios, para su alivio, solo se produjo entre ellos un par de besos en las mejillas. Eso sí, el tal Gonzalo se sonrojó como una niña y sonrió como un bobo. ¡Pobre de él! ¡No la cataría jamás!

—Luego te mando un *WhatsApp* —murmuró Afri.

—¿Puedo irme tranquilo? —preguntó el chico, mirándola con ternura.

—Sí, estaré bien —asintió ella, esbozando media sonrisa.

Jael les dio la espalda un momento. No quería seguir dándose cuenta de que en aquella amistad, también había cierta complicidad. Intentó ignorarlos, y cuando la puerta de salida se cerró, se dio media vuelta para encontrarse a una África cruzada de brazos, en actitud de espera. Sus delineadas cejas casi se unían por la crispación. Pero... seguía estando perfecta para él. Apoyó el trasero y las manos en la mesa y la miró con los ojos rebosantes de amor y súplicas.

—¿Dónde te has dejado a tu prometida? Debe estar loca porque le des todo el amor que no has podido darle en tus meses de ausencia —lo trató con

sarcasmo y con una copiosa dosis de soberbia.

—Has formulado mal la pregunta, pequeña. En realidad, lo tú quieres saber es por qué estoy aquí contigo y no con ella.

África guardó un instante de silencio sin proponérselo. Él le había hablado con una calma deliciosa y embaucadora. ¡Quería derretirla, pero eso estaba muy lejos de suceder! No obstante, persistía mirándola, esperando con la misma calma a que reaccionara.

—¡Me da igual cualquier cosa que vayas a responder a eso! —elevó la voz.

—Ya, pero... resulta que, aún así, yo quiero responder. Y, que lo haga, es muy conveniente para los dos —siguió él, e hizo ademán de cogerla de una mano. Solo se produjo un pequeño roce, pues ella se apartó al notarlo. Jael estudió su semblante durante unos segundos, queriendo reprenderla por no dejar que la tocara. ¡Aquella actitud no le valdría de nada si él se lo propusiera! Pero la respetaría. ¿No tocar? De acuerdo, por el momento.

—A quien amo...es a ti —casi susurró la confesión. Aunque, lo hizo con tanta intensidad en la mirada, que África pudo sentir cómo sus rodillas estuvieron a punto de traicionarla.

—¡Pero qué poco hombre eres! ¿Cómo puedes venir aquí a decirme eso, cuando hace unas horas me considerabas una insignificante fan de tu grupo? —gritó con genio. Él cabeceó, absolutamente en desacuerdo con lo que había escuchado. Se estaba ganando la medalla de oro con su temple. Inaudito.

—Primero que nada, ninguna de mis fans son insignificantes. Desde la primera hasta la última, son importantes para mí y para el resto del grupo... —aclaró, sereno y con seriedad.

—¡Ah, vaya, entonces no me dejaste en tan mal lugar! —lo interrumpió con ironía.

—Segundo... —continuó él con su respuesta—: espero que lo de “poco hombre” lo

hayas dicho sin pensar, del mismo modo que yo dije sin pensar que eras una fan —concluyó y se quedó mirándola a la expectativa.

—Jael, no intentes arreglarlo ahora... —negó y entornó los ojos.

—Claro que sí. Quiero arreglarlo y vamos a arreglarlo.

—¡No! —exclamó.

—Joder... —tomó aire mirando al techo, aplacando su exasperación

interior. Seguidamente volvió a centrarse en ella—. Perdóname. Debí contarte que...

—¡Pero no lo hiciste! —gritó.

—Iba a terminar con Dianne cuando llegásemos a New York —no quiso alzar la voz, pero se defendió con energía.

—No tienes por qué hacerlo —murmuró África, y un halo de tristeza incontenible se reflejó en su rostro.

—No la quiero —aclaró, contundente.

—Se ve que estáis hechos el uno para el otro —se valió de una mentira para endurecer los síntomas de debilidad que estaban atentando contra su entereza. Él la observó en silencio, percatándose de ello. Estiró un brazo y rozó su mejilla con la yema de uno de sus dedos. Sabía que Afri estaba muy celosa, y que tenía sus motivos. Debía comprenderla y dejar que se enfriase, pero, a su vez, tenía la certeza de que si ella lo dejara acercarse y abrazarla, si lo dejase envolverla con su cuerpo y acariciarla con sus labios...sobrarían las palabras y todo entre ellos volvería a su ser.

—No siento absolutamente nada por Dianne —reiteró, con voz tenue. Su dedo se posó entonces sobre el hombro desnudo de Afri, y, cautelosamente, fue bajando por el brazo. Ella parecía tolerar aquella caricia —. Ni la quiero, ni la deseo. Solo es una relación impuesta por una circunstancia concreta y por mi madre, a la cual estoy dispuesto a desafiar — continuó sincerándose, con todo el valor y la fuerza que le otorgaban sus sentimientos.

—Haz lo que quieras con tu vida. No me interesa —quiso sonar convincente. Dichas palabras hicieron más daño a Jael de lo que ella podía imaginar. Este, mientras la contemplaba, apretó los dientes y el músculo de su mandíbula se contrajo varias veces.

—No quieres entenderme, ¿verdad? —endureció un poco el tono.

—Después de lo que he visto hoy, ¿debería entenderte? —preguntó dolida.

—Acabo de decirte que te amo —recordó con severidad. Ella se mordió el interior de una mejilla, intentando demostrar que lo que había oído no le afectaba. La respiración de Jael empezaba a agitarse.

—No voy a creerme esa estupidez —hizo ademán de darse la vuelta para alejarse, pero él se lo impidió. Decidido, la sostuvo por los brazos con sus grandes manos y, de un solo tirón, la pegó a su cuerpo. A ella no le dio

tiempo siquiera a imponer resistencia, cuando se encontró a tan solo unos centímetros de aquel hermoso y crispado rostro masculino.

—¿Crees que le he declarado mi amor a todas las que han pasado por mi cama?! ¿Es eso lo que imagina tu insolente cabecita?! —la sujetó con fuerza y la atravesó con la mirada.

—Me estás haciendo daño —le advirtió, refiriéndose a los dedos que este clavaba en su piel desnuda. Rápidamente, él aflojó la firmeza de sus manos, pero no la soltó.

—Contéstame, África... —exigió, volviendo a dejarse llevar por la desesperación. ¿Por qué mierdas no le creía?! ¿Acaso no lo estaba viendo sufrir?

—Yo solo sé que quiero alejarme de ti —al decirlo, reflejó una entereza que solo podía ser exterior. Carecía de ella. Se mostró imperturbable aunque estaba a punto de deshacerse entre las manos del hombre al que quería. Él expresó dolor y abatimiento. Aún así, se negó a dejar de tocarla. Deslizó las manos lentamente hasta sus hombros y movió los pulgares acariciándole el cuello. África creyó imaginar lo que vio a continuación. Los ojos del príncipe del desierto brillaron por la humedad de unas incipientes... ¿lágrimas?

—Gucci, no vuelvas... —tragó saliva—, por favor, no vuelvas a decir algo así —susurró—. Sé que estás muy enfadada, y me lo merezco. Cabréate todo lo que quieras, pégame un guantazo si necesitas hacerlo, no me hables hasta que lo creas conveniente, pero, no te alejes... Te lo pido por favor —terminó de hablar con una exhalación tembloroso, que hizo que África volviese a sentir que le fallaban las fuerzas. ¿Qué haría cualquier chica normal y enamorada en su lugar? Seguramente fundirse como la mantequilla y caer rendidita a los pies de aquel chico increíblemente guapo, increíblemente alto y bien formado, y, en ese momento, increíblemente tierno y conmovedor. ¡Pero ella no era cualquier chica normal del montón!, y mucho menos una de las tantísimas fanáticas que darían un brazo solo por recibir una mirada, una caricia o un beso del famoso y deseado Jael Kent. Aquella situación se había dado por algo, y era el momento perfecto para mantenerse firme ante él y terminar de escapar de lo que sea que hubiera estado empezando entre ellos.

—África... —le oyó hablar de nuevo, después de que se hubiera alargado un instante de silencio—. Perdóname, ¿sí? Sé que no hace

demasiado tiempo que nos conocemos, pero no podemos negar que todo lo que los ha pasado ha sido intenso...

—Lo intenso es breve —murmuró Afri manteniéndose sería, aunque aparentemente más tranquila.

—No creo en las frases hechas —negó una vez con la cabeza mientras se miraban a los ojos. De hecho, no me hace falta más tiempo contigo para saberlo... —dejó la frase en el aire, y ella, de manera instintiva, lo miró interrogativa. Jael curvó las comisuras insinuando una sonrisa que, aunque no llegó a producirse, acentuó aquel gesto tierno con el que la estaba torturando. Estoy convencido de que tú y yo tenemos un futuro juntos —declaró, sin un síntoma de duda. Fue inclinándose sobre África, al tiempo que ponía una mano bajo su espalda para pegarla a él. La otra la deslizó por la suave piel de su cuello mientras la traspasaba con una mirada que a ella le nubló la posibilidad de razonamiento. Se detuvo a tan escasos centímetros de sus labios, que, cada uno, pudo sentir el calor de la respiración del otro—. Gucci, mía. Eres mía para siempre... —aquella última afirmación de Jael sonó serena pero implacable. Tanto que, cuando África salió del ensimismamiento, se encontraba correspondiendo al beso más acaparador y profundo que se habían dado hasta el momento. Él la besaba con ansia y con fuerza. Movía sus labios siguiendo el instinto de atrapar los de ella, y deslizaba la lengua dentro de su boca, llevado por el hambre desesperada de saborearla, de debilitarla para que se dejase llevar y, sobre todo, para sentirse correspondido y perdonado. Su cuerpo no tardó en reaccionar y endurecerse al notarla entregada, y, con habilidad, la sentó sobre la mesa y se metió entre sus muslos. La agarró por la melena, aún húmeda, y tiró de esta para hacer que echase atrás la cabeza y tener pleno acceso a su cuello. Se inclinó y estrelló su ávida boca en él, para venerarlo con besos y lamidas. Para poseerlo. Para poseer cada poro de aquella piel que lo volvía loco. África dejó salir una exhalación; estaba luchando contra sí misma. No debía permitir que sucediese, pero necesitaba reunir toda su fuerza mental para negarse a algo que realmente deseaba.

—Voy a asegurarme de que te queda claro que debemos seguir juntos... —susurró agitado, besando una zona muy sensible cerca de su oreja, a la vez que se desabrochaba el cinturón.

—No... —murmuró Afri, casi sin voz, empezando a recuperar la capacidad para moverse. O, al menos, buscando un último intento con el que poder frenarse y frenarlo. Pero Jael no le hizo caso. Tomó su boca de nuevo

con la intención de callarla y la apretó contra él, rodeando su fina cintura con uno de los brazos.

África percibió la energía y sintió la firmeza con que Jael la retenía. Era un huracán capaz de hacer de ella lo que quisiera. Si no hacía nada más por poner fin a aquella situación, definitivamente acabaría entregándose a su voluntad, cayendo una vez más en el grave error de estar con un hombre comprometido. El mismo que la había usado y engañado como a una gilipollas. Entonces, sintiendo aquel fuego que compartían con los besos, quemándose por el deseo que emanaba del cuerpo masculino que más había adorado, cerró los ojos con fuerza y lo mordió. Apretó los dientes con el labio de Jael entre ellos, y, al instante, un ligero sabor a sangre alcanzó su paladar. Jael se retiró impulsivamente con una de las manos sobre la boca.

—¡Joder! —gruñó, al notar que sangraba bastante— ¿Por qué has...? — chasqueó la lengua volviendo a contraer el rostro con dolor.

África lo miró con toda la frialdad de la que fue capaz, aunque el corazón le doliese mucho más de lo que aquella herida podía estar doliéndole a él. Jael la contempló con temor a lo que pudiera estar pasando por su cabeza. ¡Que dijera todo lo que quisiera, pero nada que tuviera que ver con que se alejaran el uno del otro! Le daba absolutamente igual lo fiera que fuese, ya se encargaría él de amansarla. ¿Que por qué insistía en estar cerca de ella, cuando casi toda mujer viviente estaría dispuesta para él con un simple chasquido de dedos? Porque, por primera vez, estaba jodida y extratósfericamente loco por una chica. Lo vivido con ella, poco y a la vez mucho, y lo que sentía tanto teniéndola pegada a él como fuera de su vista, era demasiado fuerte como para dejarlo pasar. Además, no iba a engañarse a sí mismo, supo que aquella Salvajita iba a ser suya desde que, alrededor de un mes atrás, le robó el primer beso.

—Lo que ha pasado encima de esta mesa no ha sido nada especial — comenzó a decir ella. Él la escuchó con el ceño fruncido. La sangre, ya más o menos controlada, había manchado su camiseta. Vale, ahora le tocaba escuchar cosas que no iban a gustarle. Pero lo aguantaría; todo era producto de su resistente enfado—. ¿Y sabes por qué no ha sido especial? Porque justo antes de que llegases, estaba haciendo lo mismo con otro. Que, por cierto, besa mil veces mejor que tú.

Recapitulando. Jael pensaba escuchar y soportar cualquier cosa que África le dijese en aquel momento. Él le había hecho daño, y ella estaba en su derecho de hacérselo pasar mal antes de perdonarlo. Duraría una semana,

dos, un mes... No estaba seguro, pero aún así lo aguantaría. Viajarían a New York, como tenían previsto, solucionarían su situación con Dianne, hablaría seriamente con su madre, y se emplearía a fondo para hacer que Afri se rindiera a lo que ambos sentían. No obstante..., no contaba con que ella fuese capaz de...

«¡Me cago en la puta!», maldijo para sí y la atravesó con la mirada encolerizada. Seguidamente respiró con dificultad, cuál bestia a punto de embestir contra lo primero que se le pusiese por delante. «No. Contrólate. Contrólate. Respira», se autoimpuso.

—Retíralo —masculló entre dientes, sin apartar los ojos de ella. África negó con la cabeza—. Retira eso que has dicho, África. Si lo que quieres es hacerme daño, dime que me odias y que no quieres verme, o vuelve a morderme veinte veces más, pero no inventes que te estabas comiendo a besos con otro porque... —se detuvo y, cerrando los ojos, inspiró y exhaló con brusquedad una bocanada de aire.

—No he inventado nada. ¿Acaso cuando has entrado no has imaginado lo que podía estar pasando entre Gonzalo y yo? —su tono irónico y su semblante repentinamente impasible, unidos a las palabras que salían de su boca, le estaban arañando el pecho. El color rojo de ira desapareció del rostro de Jael, para dar paso a la palidez de la decepción. Usó el bajo de su camiseta para volver a recoger gotas de sangre que habían salido de la herida. Luego volvió a ponerse la gorra con un pausado movimiento.

—Tú ganas. Enhorabuena, y adiós —giró sobre sus talones y caminó hacia la salida sin detener el paso y sin mirar atrás.

Tras un contundente portazo, África buscó refugio en el sofá, sobre el que se echó y se hizo un ovillo. Lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, y de su corazón.

Después de tomar una ligera cena que el chef del hotel les había preparado, Joe y Lucía salieron del restaurante y caminaron en silencio hacia el ascensor. Él se rascó la sien y arqueó las cejas mirándola una vez más para estudiar su semblante. La vio pulsar el botón de la tercera planta y cruzarse de brazos mientras emitía un suspiro.

—Veintitrés —dijo, situado a un lado. Ella giró la cabeza y levantó un poco la barbilla para mirarlo. Cuando iba con zapatos planos, estar junto a Joe la hacía sentirse bastante bajita.

—¿Veintitrés? —torció las cejas, interrogativa.

—Suspiros —Respondió, y Lucía necesitó un par de segundos para caer en la cuenta de a qué se refería.

—Ah... —quiso sonreír, pero solo consiguió confirmar más a su novio lo preocupada que estaba.

La puerta del ascensor se abrió y, al tiempo que salían y comenzaban a atravesar el pasillo hacia la sala de estar, Joe pasó un brazo por los hombros de ella y la estrechó suavemente contra su costado.

—El sándwich austriaco estaba exquisito, ¿no crees? —comentó él, aparentemente de forma despreocupada, pero muy pendiente de lo que fuera a responder su chica.

—Sí, muy bueno —dijo Lucía, casi por inercia. Joe curvó ligeramente las comisuras en una sonrisa fugaz.

—Ajá —asintió situándose frente a ella, ante la puerta de la sala, moviendo la tarjeta para abrir entre los dedos de ambas manos, pero sin intención de pasarla por la ranura. Ella, aunque tenía la mente en otra parte, se percató de su actitud y elevó los ojos para observarlo. Él le sostuvo la mirada un instante y volvió a reflejar un suave gesto sonriente—. Así que el *Bosna* estaba muy bueno, ¿eh?

—¿Quién? —preguntó Lucía sin entender, provocando que Joe emitiera una pequeña risa. Este metió la mano en el hueco del cuello de ella y la deslizó hasta su nuca. Se inclinó y le besó la frente, igual que lo hubiera hecho con su hermana menor.

—El sándwich austriaco se llama *Bosna*. Y sí, estaba muy bueno, pero apenas has probado bocado de él, mi amor —le acunó la cara entre las manos y, esta vez, le besó la punta de la nariz. Luego se apartó unos centímetros y la contempló, acariciando ambos óvalos de su rostro con los pulgares.

—No tenía hambre—musitó ella en voz baja.

—No hace falta que lo jures. Y no te he llamado la atención porque al menos te has bebido el zumo multifrutas —añadió con un ligero tono de advertencia.

—Ese estaba rico —opinó, entrecerrando los ojos por las caricias que él seguía haciéndole en la cara con la yema de los dedos. Joe disfrutó de aquella reacción.

—Sé que estás preocupada por África... —murmuró. Lucía abrió los ojos y apretó los labios. Se movió despacio y se deshizo del contacto con él.

—Bastante, la verdad —aclaró y se pasó una hebra del cabello tras la oreja. Joe la tomó de la mano mientras pasaba la tarjeta por la ranura de la puerta.

Una vez dentro de la sala, él la abordó desde atrás. Le rodeó la cintura con sus fornidos brazos y se inclinó para apoyar la barbilla en el hombro de esta. Ella se dejó hacer. Sí, estaba muy preocupada por su prima, porque sabía a ciencia cierta que Jael había ido a buscarla. Eso no podía más que empeorar las cosas y, dijese lo que le dijese, África no iba a ceder. No lo iba a perdonar. No a la primera de cambio. O tal vez puede que nunca. Lo que a Lucía más le preocupaba era el hecho de estar convencida de que su prima sufría especialmente esta vez, porque estaba enamorada.

—Joe, me voy a ir a casa. Quiero estar con ella —se dio la vuelta entre sus brazos para verlo de cara.

—Jael no está aquí. Supongo que estará... —intentó explicar él, pero Lucía lo interrumpió.

—Claro. Ese es el problema... —asintió, y arqueó una ceja mostrando un poco de contrariedad.

—No va a hacerle daño, Lucía —replicó suavemente, aunque sorprendido.

—¿Ah, no? —reaccionó ella, molesta, pues seguía viendo que este volvía a defender a su amigo.

—Claro que no. Jael se ha equivocado, pero no es un mal tío. Además, nunca hago esto, pero en este caso pondría la mano en el fuego por ese amor que dice tenerle a África —alegó, poniéndole un poco más de energía a su forma de hablar. Lucía se cruzó de brazos con la intención de abrir distancia entre sus cuerpos. Joe se percató y, contrariado, dio un paso atrás para darle espacio.

—¿Cómo puedes decir que no le va a hacer daño, cuando ya se lo ha hecho, y de una forma bastante cruel? —cuestionó, entrando en fase de cantero, otra vez. Joe se puso serio y la observó con desaprobación.

—Un error, Lucía. Ha tenido un error como lo puede tener cualquier ser humano. Es más, lo ha cometido precisamente por no querer hacerle daño a ninguna de las dos. A Dianne porque llevan años de relación y a Afri porque está enamorado hasta los huesos de ella —explicó, sin alzar la voz, pero un tanto acelerado.

Ella se mordía el interior de la mejilla con insistencia mientras movía

continuamente una de sus piernas en señal de nerviosismo.

—¡No sé hasta dónde querría llegar con mi prima, la verdad, pero sea como sea, les estaba poniendo los cuernos a las dos! —casi gritó. Joe se irguió, haciéndose aún más alto, y la reprendió con la mirada.

—En todo caso, le estaba siendo infiel solo a Dianne —alegó tras unos segundos.

—¡A las dos! —volvió a exclamar, alzando un dedo en el aire en dirección a su novio. Este miró dicho dedo y luego fijó sus ojos en los de ella con intensidad. Lucía se guardó el índice en el puño, bien apretado.

—Con la única que se estaba acostando de las dos era con África... —explicó él, con menos volumen para infundirle calma a su chica.

—¡Da igual! ¡Está comprometido con otra! ¡Se debe a otra mujer! ¡Con mi prima solo ha follado! —gritó la última exclamación poniéndose roja de coraje.

—¿ESO ES LO QUE CREES? —preguntó Jael con voz bastante alta desde la puerta, la cual cerró y se dirigió hacia ellos.

Joe se dio la vuelta para ver cómo se acercaba su amigo e, inmediatamente, detectó que este no estaba bien. Lucía enderezó la espalda cuando lo tuvo delante, a la espera y a la defensiva de lo que podría decirle. También ella se dio cuenta de que llegaba agitado.

—Pues, ¿sabes, Lucía? Me importa una mierda lo que tú pienses, imagines o inventes. ¡No estás dentro de mi cabeza! —Jael mantuvo el tono alto y, a pesar de que se defendió con brío, sonó dolido e incluso desgarrado. Sonó a verdad, y, por un momento, Lucía y Joe permanecieron en riguroso silencio, observándole. Jael se quitó con rabia las gafas de sol que aún llevaba puestas, y sus nudillos dañados y ensangrentados no pasaron desapercibidos para ella, que había podido seguir con los ojos el movimiento de su mano. Rápidamente se tensó.

—¡Si has vuelto a hacerle algún daño a África... Si ha vuelto a llorar por ti, te juro que...! —no había podido evitar que aquellas palabras salieran atropelladamente de su boca. Pero fueron un tanto mágicas, pues Jael distendió cada síntoma de ira de su rostro. La nuez se deslizó con cierta brusquedad por su cuello cuando tragó saliva, y respiró de tal modo, que pareció expender de sus pulmones una gran cantidad de aire comprimido. Las lágrimas que África hubiera derramado por su culpa, lo herían infinitamente más que cualquier ristra de insultos que Lucía tuviese para decirle.

—Yo..., jamás le... —intentó hablar, pero su voz se agrietó antes de que pudiera terminar. Agachó la cabeza y cerró el puño para mirarse los nudillos, los cuales había estampado contra la pared de granito del edificio donde vivían las chicas. ¿Habría pensado Lucía que él sería capaz de agredir de algún modo a su prima? Apretó los dientes pensando en esa posibilidad. ¡JAMÁS! Se cortaría las manos a sí mismo antes de pensar si quiera en algo así.

Joe puso la mano abierta en uno de sus hombros y lo zamarreó cariñosamente con el fin de reconfortarlo. Él sí le conocía bien. Él sí era consciente de que también estaba herido. Joe era la única persona en el mundo que confiaba en sus sentimientos. Sabía que nunca antes se habría comportado de aquella manera, en el caso de no querer de verdad a alguien. De otro modo, simplemente hubiera pasado y se habría olvidado del asunto en un minuto. ¡Joder! Y eso es justo lo que se iba a imponer. ¡Olvidar, no pensar, no sentir, no...! Incluso ese intento de defensa para su propio bien, lo rasgó por dentro. Olvidar lo vivido con África, no pensar en ella, era del todo imposible. Sus latidos tiritaron al exhalar una bocanada de aire, pero levantó la mirada hacia Joe con decisión. Su mirada era glacial, pero sus pupilas imploraban ayuda a su amigo.

—Ey, tranquilízate, hermano —murmuró Joe.

Lucía asintió enfada tras contemplarlos. ¡No era de Jael de quien se tenían que comparecer! Sí, parecía muy desvalido, pero no lo estaba cuando se tiró a Afri, seguramente múltiple veces, guardándose el secretito de que estaba comprometido con otra! ¡Canalla, aprovechado!

—Por tu culpa todos nuestros planes se van a la mierda, ¿sabes? —dijo con voz moderada, aunque la dureza de sus palabras hizo que ambos chicos centrasen su atención en ella. Joe torció el gesto de forma interrogativa, pero Lucía solo lo miró por unos segundos. Dirigió y fijó sus ojos en Jael, quien esperaba expectante a que continuase hablando—. Es bastante probable que hayas conseguido que África no viaje a New York... Y si eso es así, yo tampoco lo haré —sentenció. Miró a Joe fugazmente y echó a caminar hacia la puerta. Sus pasos eran rápidos y sus caderas se movieron enérgicas para salir cuanto antes de allí. Necesitaba ver a su prima y saber que estaba tranquila.

—¡Lucía! —Joe la detuvo junto a la puerta, agarrándola por un brazo. Ella se giró y lo miró contrariada y enfadada—. Lucía, las dos vais a venir conmigo a New York. ¡Por Dios, no lo llevéis al extremo!—aunque exclamó

una súplica, no sonó como tal. Joe también estaba molesto con la posibilidad que acababa de barajar su chica con respecto a los maravillosos planes que tenían juntos. ¡Cómo podía pensar si quiera en no viajar con él! No pudo evitar sentirse ofendido y decepcionado con su actitud.

—¿Al extremo, Joe? —preguntó, sorprendida y disconforme con lo que su novio había dicho—. Estás siendo poco comprensivo, ¿no crees?

Joe suspiró denotando un poco de exasperación.

—No puedes no viajar conmigo... —sonó implacable, a pesar de haberse expresado con suavidad. Sus grandes ojos azules atravesaron los de Lucía, y a esta se le aceleró el corazón. Tuvo ganas de lanzarse a sus brazos y sentirse envuelta por la fuerza de estos.

Jael, que había permanecido de espaldas a ellos, apoyado con la palma de sus manos en el respaldo de uno de los sofás, se dio la vuelta y elevó la voz para que Lucía lo escuchase bien.

—No voy a molestarla —espetó, contundente. Joe se giró, dejando libre el campo de visión a Lucía. Los dos lo atendieron, y Jael continuó—. Se acabó. Voy a seguir con mi vida y no voy a acercarme a ella —aunque su boca hablaba, sus ojos manifestaban algo muy distinto; tristeza. Respiró, como si con ello pudiera autoconvencerse de lo que estaba diciendo, y prosiguió—. No interrumpas tu felicidad, Lucía. Viaja con Joe, los dos lo deseáis. Y..., dile a África que no tendrá que verme si no quiere —agachó la cabeza y, pasando junto a ellos, se marchó.

Joe volvió a exhalar con abatimiento. Miró a Lucía y cabeceó apenado por la situación, encontrando en ella un halo de lo mismo.

—Vamos, te llevo a tu casa —puso una mano bajo su espalda y la empujó suavemente para hacerla caminar.

En el pasillo, la cogió de la mano, aunque no hablaron nada más. Lucía se bajó de la moto en la puerta de su edificio y, una vez se hubo quitado el casco, se lo entregó a Joe.

—Te llamo mañana —dijo sin más e hizo ademán de retirarse.

—Espera... —la detuvo tomándola con habilidad de una muñeca—. Ven aquí... —puso una mano en la parte posterior de su cabeza y la atrajo hasta sus labios. Le dio un beso intenso al que Lucía respondió con cierta reticencia—. Te quiero —susurró Joe, haciendo que se erizara. Luego le regaló una pequeña sonrisa y la dejó ir—. Ve con Afri. Envíame luego un mensaje al menos, para saber qué tal está.

Lucía asintió de forma casi imperceptible. Giró sobre sus talones y no tardó en perderse en el interior del edificio. Joe suspiró, se colocó el casco, arrancó la moto y atravesó la calle *Alfonso XII* con velocidad.

¿Jael? Él estaba batiéndose a duelo en una lucha encarnizada contra el saco de boxeo del gimnasio del hotel. Sudando la impotencia y el dolor, y reteniendo las ganas de volver a verla. Dianne lo observaba embelesada y soñando despierta con que su hombre utilizase los músculos y sudase de la misma forma aquella noche, pero sobre ella.

Jezabel Marí

Capítulo 26

Lucía dobló el Jersey y lo metió a presión dentro de la maleta. Luego la cerró y, dando un pequeño brinco, se sentó sobre ella. Observó un momento a África sin que esta pareciese percatarse de ello y suspiró cansadamente al comprobar que su prima, no solo llevaba la friolera de casi dos horas escribiendo en el móvil, sino que el halo triste con el que la encontró la noche anterior había mutado a un gesto de despreocupación absoluta fuera de lo normal. ¡Ni tanto ni tan calvo! Si de repente quería ponerse aquel disfraz de que estaba estupenda, de acuerdo, pero a ella no iba a engañarla. No podría, ni aunque hiciese un máster en interpretación.

—Afri.. —murmuró para llamar su atención.

—¿*Umm*? —respondió la pequeña con un leve sonido.

—Se nos está haciendo... —. Antes de que acabara la frase, su propio teléfono rió como un bebé en señal de mensaje.

Era Joe hablándole por WhatsApp. Desbloqueó la pantalla con los dedos de la mano en la que sostenía el móvil y con la otra se hizo a un lado la melena suelta.

—¿*Cómo van tus dotes de persuasión, Gominola? ¿Has conseguido*

que Afri haga ya la maleta?

Lucía puso los ojos en blanco e insinuó una sonrisa mientras tocaba las teclas para responder.

—*No ha guardado ni una sola prenda. Joe, la cosa está negra...* —. Añadió un emoticono al que le caía una gota de sudor.

—*¿Qué quieres decir exactamente con que la cosa está negra?* —. Joe frunció un poco el ceño, esperando una respuesta.

—*Quiero decir que como esta cabezota no cambie de opinión, no subiré a ese avión contigo* —. El ceño de Joe se contrajo más en cuanto leyó a Lucía.

—*Lucía, vas a subirme a ese avión. No acepto otra opción. Viajaréis las dos conmigo, así que...* —hizo una pausa—, *tienes lo que queda de día para convencerla. Si se resiste, puedo ir yo mismo a hablar con ella.*

—*Amor, si no logro convencerla yo, ¿crees que te hará caso a ti?* —comentó, sin atisbo de duda de que África no se dejaría convencer por él.

—*Lo intendaría, ¡quién sabe!* —exclamó Joe.

—*Mira, Joe, en el peor de los casos, puedes viajar tú primero y, en cuanto consiga persuadirla, tomaremos el primer vuelo disponible.*

Joe tardó unos segundos en responder a lo que su chica le había sugerido. Lucía, por su parte, en ese corto espacio de tiempo, pudo imaginarlo pensativo y exhalando un suspiro de desesperación.

—*Sigue intentándolo, amor. Empléate a fondo* —. Sus palabras denotaron una súplica. Ella curvó sus labios en una mini sonrisa.

—*Deséame suerte* —añadió.

—*No la necesitas. Tú la conoces mejor que nadie, sabrás como hacerlo.*

Al último mensaje de Joe, Lucía envió un emoticono lanzando un beso y escribió un «hasta luego». Había vuelto a sentir una sensación de cosquilleo en el estómago cuando este había terminado la conversación con un «te amo». Ella también lo amaba. A veces prefería no pensar cuánto. «Demasiado en un tiempo récord».

Dianne sonreía ampliamente, como si le hubiesen dado un gran motivo para hacerlo. Estaba sentada en el restaurante del hotel, vestida con un vestido azul claro y con las piernas cruzadas. Cómoda, frente a su suegra, y

muy próxima a la silla donde se sentaría Jael. Marlene la observó en silencio unos instantes. Luego tomó su refresco de manzana sin gas, bebió un pequeño sorbo de él y lo devolvió a su posición sobre el posavasos. Le gustaba saber que Dianne no había perdido los papeles al encontrar a su hijo Jael con una chica joven y bonita en la habitación. Tal vez, ni siquiera había desconfiado de él. Y si eso era así, mejor que mejor.

—Dianne...

—¿Si? —respondió al segundo, saliendo de cualquiera que fuese aquel pensamiento que la tenía tan contenta.

—¿Bien anoche con Jael? ¿A eso se debe tu sonrisa?

Dianne masticó una aceituna del platillo que había en el centro de la mesa. Degustó el hueso y se lo sacó de la boca con la punta del índice y el pulgar, para envolverlo minuciosamente en una servilleta de papel. Luego elevó la mirada hacia Marlene y torció un poco los labios.

—Estuvo algo esquivo... —. Levantó los hombros casi imperceptiblemente.

—¿Esquivo? —Nuera y suegra se miraron a los ojos—. Es decir... — continuó—, no quiero saber si intimasteis, pero sí, al menos, si se mostró cariñoso contigo.

Dianne volvió a encogerse ligeramente de hombros, y luego negó con la cabeza.

—No intimamos, no se mostró cariñoso y casi no me dirigió la palabra —aclaró—. Pero se dio una ducha y aceptó que le ofreciera una pastilla para dormir. Cayó rendido en cuanto estuvo dentro de la cama, y, claro... yo lo acompañé —. Hizo una breve pausa—. Comprendo que puede estar enfadado porque no le hemos avisado de que veníamos a España... Ya le conoces, suegra, él no quiere acercamientos cuando está enfadado por algo. Aunque, por supuesto, no iba a dejarle solo. Me quedé en su cama y lo he abrazado toda la noche; por eso mi sonrisa.

—Ahí se acerca... —murmuró Marlene, desviando la vista hacia la entrada del restaurante.

Dianne giró la cabeza y se quedó mirando a su novio hasta que este hubo llegado a ellas.

—Hola —dijo Jael, tomando asiento junto a Dianne. Su aspecto era impecable. Estaba guapo, a pesar del mal humor que aún habitaba en él.

—Buenos días, muñeco —canturreó Dianne, risueña, analizando su semblante. Jael le dirigió una mirada de medio segundo, solo por educación, mientras que un camarero ya estaba junto a él, sirviéndole una taza de café.

—¿Dormiste bien, hijo? —siguió Marlene, muy atenta a la imagen que tenía delante.

—Bien —asintió él, con brevedad, mientras ponía azúcar en su taza.

—Dianne y yo hemos pensado en quedarnos unos días en Sevilla... — añadió la madre, provocando que Dianne la mirase abriendo los ojos

desorbitadamente. Jael optó por no mirarlas a ninguna de las dos. Alcanzó un periódico que había sobre la mesa y simuló que le interesaba lo que veía en él. Estaba demasiado preocupado como para leer las noticias en ese momento.

—Genial —murmuró finalmente.

—Pero... —Dianne intentó replicar, después de haberse mordido la lengua.

—En una semana estaremos de vuelta en Nueva York. Solo queremos pasear un poco por esta ciudad, de la que muchos hablan maravillas, e irnos de compras por las mejores tiendas —insistió Marlene, para evitar que su futura nuera pudiese terminar su réplica.

Jael desayunó menos de lo habitual y, despidiéndose casi sin palabras, se retiró del restaurante. África no salía de su cabeza. No podía dejar de pensar en ella ni un instante, a pesar de que estaba tratando de hacerlo. Le dolía. África le dolía, más de lo que nadie lo había hecho jamás.

—Me parece muy mala idea esa de quedarnos en Sevilla... No lo haré, tía Marlene. ¡Quiero volver a New York con Jael! —exclamó Dianne, evidenciando su total desacuerdo con lo que su tía había decidido por ella.

—¿Quieres casarte con mi hijo? —preguntó, en respuesta, con suma tranquilidad.

Después de unos segundos de silencio y un suspiro conformista, Dianne volvió a mirar a Marlene, la que, a su vez, entendió que su sobrina cedería. Marlene sonrió levemente y arqueó una ceja en un gesto de satisfacción.

—Jael necesita saber que no vas a atosigarlo por el resto de su vida... Dejarlo libre unos días más será muy propicio para vuestra relación—explicó—. Además, tú y yo haremos ruta de tiendas —continuó con sugerencia—. Ya me han informado de que aquí podemos ver unos trajes de novia preciosos... —Al terminar, guiñó un ojo y amplió su gesto sonriente, provocando que Dianne también lo hiciera.

Joe, ligeramente sudoroso, dejó en el suelo la pesa con la que había estado haciendo bíceps y caminó hacia el saco de boxeo, contra el cual, su mejor amigo, estaba descargando todos sus demonios. Jael ni siquiera dejó de golpear con fuerza cuando este lo sostuvo para frenarlo.

Tras unos segundos, ambos se miraron a los ojos. Los de Joe contenían preocupación y preguntas. Jael aún respiraba agitado cuando comenzó a

hablar.

—¡Si esa niña se cree que voy a llorar por ella, las lleva claras! —gritó, y luego dejó ir un pequeño instante de silencio, en el que se secó el sudor de la frente con uno de sus antebrazos. Joe no dijo nada, solo lo observó, serio y con atención —. Estoy seguro que piensa que iré otra vez corriendo a suplicarle que me perdone, a decirle que vuelva conmigo porque si no voy a volverme loco de tanto echarla de menos... ¡Pensaré eso, como todas las tías! ¡Son malas y venenosas! ¡Todas! ¡No se salva ni una! —gritó un poco más fuerte y se detuvo a respirar. Su amigo arqueó una ceja y trató de ocultar un tenue gesto sonriente, antes de hacerle una pregunta obvia.

—Y..., ¿no es exactamente, todo eso que has dicho, lo que estás deseando hacer?

Jael miró a su amigo, mostrando desconcierto por lo que acababa de oír. Tal vez, para ser franco con Joe y consigo mismo, debía responder sinceramente a aquello... Pero no, no iba a reconocer, bajo ningún concepto, que la impotencia de querer y no poder buscar de nuevo a África, era lo que acababa de estampar a golpes contra aquel saco de boxeo. Sí, definitivamente, ir tras ella e intentar recuperarla era lo que más necesitaba, y lo que más deseaba. Claro que... no haría tal cosa. NO.

Joe volvió a levantar una ceja, a la espera de una respuesta. No era muy habitual que Jael Kent se quedase sin palabras. Aunque, también era verdad que el gesto de su cara estaba hablando por sí solo.

—¿Y bien? —insistió Joe, esta vez, dejando entre ver más claramente su sonrisa.

—Ni de broma —terminó diciendo Jael, alto y claro. Luego echó a caminar hacia la salida.

—Sabes que no te creo, ¿verdad? —Joe alzó la voz, siguiéndolo con la mirada.

—¡No quiero más África ni en el café de por las mañanas! —proclamó, sin dejar de caminar y sin mirar atrás —. ¡FINISH! —gritó una última vez, queriendo dejar muy patente lo que decía. Joe cabeceó y rió de forma casi silenciosa, observando cómo este se marchaba.

—Sí, sí, claro... Finish... —murmuró incrédulo.

Habían pasado horas y el reloj marcaba la media noche, cuando Lucía y África terminaban de comerse una fuente de fresas con sirope de chocolate.

Lucía dejó el bol encima de la mesa y se echó hacia atrás sobre el sofá. Se tocó la tripa y suspiró, mientras que África aún deslizaba el dedo dentro del cacharro de cristal, recogiendo los restos del postre.

—Buf, estoy llenísima —exclamó la mayor.

Afri se sacó el dedo de la boca después de saborearlo y miró a su prima. Seguidamente, se dejó caer junto a ella.

—Tú nunca te hartas, ¿no? —preguntó Lucía, viendo cómo la pequeña de ambas parecía haberse quedado con ganas de más.

—¿De fresas con chocolate? No —respondió e, instintivamente, también se frotó la tripa con una mano.

—Lo sé... ¿Por qué te crees que esta tarde me quité el pijama, dentro del cual estaba muy a gustito, y me vestí para ir a buscar los dichosos fresones? ¡Carísimos, por cierto! —dijo, poniéndole un punto irónico a sus palabras, aunque con más ternura que otra cosa. Afri sonrió.

—Gracias por el detalle —. La rubia se inclinó y depositó un beso rápido en la mejilla de Lucía. Esta la siguió con la mirada cuando volvía a dejarse caer en el sofá.

—Seguro que imaginas que hay una intención detrás de esto... —añadió la mayor entornando los ojos.

—¡Uy... no se me habría ocurrido! ¡Qué mala! —respondió África, simulando sorprenderse, graciosa y sarcástica. ¡Por supuesto que lo sabía!

—Espero que haya funcionado... —Lucía quiso mostrar un gesto de seguridad absoluta y no parpadeó hasta que su prima le respondió.

—¿A qué hora hay que estar en el aeropuerto mañana?

Lucía esbozó una sonrisa progresiva, que fue correspondida por un gesto simpático de África. ¡Nueva York!

Biscuit se situó justo detrás de Joe cuando este sonrió ampliamente y caminó varios pasos hasta llegar a su chica.

—Bisc, coge la maleta de Lucía —dijo, al tiempo que acunaba la cara de esta, y sonrió mirándola a los ojos—. Hola, preciosa... —susurró.

—Hola—respondió ella con una dulzura que lo encandiló. Este no se retuvo, conservó la sonrisa y se inclinó sobre aquellos labios que le urgía besar.

Fue un beso jugoso pero sencillo, a pesar de que le hubiese gustado

alargarlo todo lo posible. Pero no era el lugar más idóneo, y, en ese momento, tampoco tenían todo el tiempo del mundo para entretenerse. Además, algo a las espaldas de Lucía, llamó la atención de Joe. Incluyó un poco la cabeza hacia un lado y su sonrisa se amplificó al instante. Rubia, con el pelo perfectamente ondeado, camiseta de manga corta negra y pantalón de camuflaje..., ahí estaba, África.

—¡Hombre, Afri! ¡Pero si estás aquí! —exclamó él, mostrando alegría y un toque de satisfacción. Que esa chica estuviese ahí, tenía mucho que ver con que él pudiese llevar a su novia consigo a Nueva York.

Lucía se dio la vuelta para mirar a su prima, dejándole a su chico más visibilidad sobre esta. África hizo un breve saludo militar y esbozó media sonrisa, apenas perceptible. Pero su gesto era agradable. Para nada transmitía el vaivén de nervios que bailaba en su estómago, por el simple hecho de saber que viajaría bastantes horas en el mismo avión que Jael. En el jet privado del NKOTS.

—Ese no es un saludo digno; ¡dame dos besos como se suele hacer en tu país! —elevó la voz Joe, acercándose sin más a recoger lo que reclamaba. África no se opuso—. Me gusta que estés aquí —siguió diciendo él al retirarse. Después miró de un lado a otro a las dos primas, situándose de manera natural junto a su chica, pasándole el brazo alrededor de los hombros—. Chicas, estoy feliz, me llevo lo mejor de Sevilla conmigo... —añadió, y dio un beso en la cabeza a Lucía. Ella le dirigió una mirada de admiración y luego desvió los ojos hacia su prima. Ambas se sonrieron, complacidas por el comentario que acababan de oír. A Joe le gustó aquel gesto y continuó hablando—. Este viaje os hará vivir grandes experiencias. Estoy seguro —afirmó con rotundidad.

—No lo dudo, amor. Tu lugar de residencia es mi ciudad favorita, ya lo sabes —dijo Lucía. Él apretó su brazo alrededor de ella y asintió complacido.

—Pues qué suerte que he tenido entonces de vivir donde vivo —contestó, pellizcándole un poco la nariz a su novia.

—Joe... —irrumpió en inglés, la voz grave de Biscuit—, es hora de irse.

Una vez en el interior del jet, las chicas se quedaron sin respiración al ver tanto lujo y comodidad juntos en un mismo habitáculo. El espacio parecía ser más amplio que el de cualquier otro avión. Los colores crema y chocolate predominaban en paredes, suelo y objetos decorativos, como podían ser las

mesas, las cortinas, y unos sillones de distintos modelos y tamaños, que invitaban a tomar asiento y a viajar por tiempo indefinido; esta vez iban a ser solo unas siete horas, pero ¡siete horas maravillosas! Hasta había una pantalla de televisión en una de las paredes, de unas cuarenta y dos pulgadas; con suerte, incluso podrían tragarse algún que otro capítulo de Crónicas Vampíricas. Volar con Stefan y Damon Salvatore a bordo sonaba muy bien... ¡Nah! Joe y Jael tampoco tenían nada que envidiarle a ese par de vampiros.

—Madre mía... —murmuró Lucía, observando cada detalle. África no dijo nada, pero recorría todo con la mirada igual que su prima.

Joe comprendió aquella reacción de las chicas, pues no era la primera vez que alguien reaccionaba así al entrar en el jet. Definitivamente era un lugar donde no importaban las largas horas que pudiera durar un viaje. Sonrió suavemente y posó una de sus grandes manos en la parte baja de la espalda de su novia para invitarla a seguir caminando.

—Chicas, estáis en vuestra casa. Poneos cómodas, porque el capitán nos avisará en breve de que vamos a despegar.

Sin salir del asombro, las primas tomaron asiento, mientras que Joe se tomó un momento para servir unos refrescos fríos para ellas. También puso una pequeña bandeja de madera con cuatro compartimientos, llena de frutos secos variados y... gominolas. ¡Toda una gozada! A Lucía se le fueron los ojos tras unas fresas de azúcar que no había visto en su vida, pero que tenían una pinta deliciosa. Joe, que se sentó a su lado, fue consciente de ello y alargó un brazo para alcanzar una de aquellas gominolas. Primero tuvo la intención de dársela directamente a su chica, pero en el último segundo se arrepintió y la alejó de su boca. Ella torció las cejas mostrando disconformidad, al tiempo que veía cómo su amor colocaba la fresa entre sus propios labios. Luego se dio cuenta de que él esperaba que se decidiera a ir a robársela. Rió brevemente y lo hizo. Se inclinó, abordando buena parte de su cuerpo masculino y, a diferencia de lo que este esperaba, Lucía, a cámara lenta, atrapó la gominola evitando el roce de sus bocas. Tras eso, se distanció de él con frescura y masticó hasta sacar todo el dulce jugo a la chuchería. Joe la miró abriendo los ojos con exageración, mostrando sorpresa y desacuerdo por aquel comportamiento, pero a la vez sonreía. ¡Qué guapo estaba con aquella blanca sonrisa de labios carnosos! ¡Ni siquiera la fresa que acababa de tragarse podía superar el sabor natural de los besos que recibía de aquella boca!

—Aprovéchate ahora, porque no siempre vas a tener la suerte de que te

ofrezca esas cosas... —dijo Joe con advertencia.

—Espero que sí, porque, Dios, están.... deliciosas — cabeceó, saboreando aún el gusto ácido y dulce persistía en su paladar.

—Olvídalo —Joe movió la cabeza negativamente con mucha seguridad, aunque aún reflejaba una ligera sonrisa.

—Bueno, ¡no problem!, seguro que tu hermanita Kate me ayudará a conseguirlas cuando mi cuerpo lo necesite... —se encogió de hombros de manera natural tras aquel comentario.

África los escuchaba desde el sillón que estaba justo a la derecha, aunque llevaba unos minutos manipulando su teléfono móvil, manteniéndose un poco al margen.

Joe se incorporó hacia el filo del asiento y reposó los codos sobre sus propias rodillas, dándole, así, un poco la espalda a su chica. De repente parecía estar incómodo con aquella conversación sin importancia. Lucía se dio cuenta e hizo lo mismo que él, incorporarse en el sillón para ponerse a su altura.

—¿Amor, qué pasa?, ¿algo de lo que he dicho...? —dejó la pregunta en el aire.

Joe frunció los labios un momento. No había podido evitar ponerse serio.

—Kate es diabética —respondió con poca voz.

El semblante de Lucía también cambió instantáneamente. Sabía que había niños que padecían esa enfermedad, tal vez era más común de lo que parecía, pero... ¿en serio? ¿Kate, la hermanita pequeña de Joe, padecía de eso?

—Entiendo... —dijo en voz baja. Joe asintió al escucharla—. Siento el comentario —añadió.

Él se volvió un poco hacia ella y, poniéndole una mano en la rodilla, dejó ir una ligera bocanada de aire. Luego negó ligeramente con la cabeza.

—Tú no sabías nada..., no tienes por qué disculparte, amor.

—Ahora entiendo tu fijación por quitarme las... —apenas se atrevió a terminar la frase, señaló con una mano el centro de la mesa donde estaban las fresas azucaradas. Joe asintió.

—Las gominolas, sí —confirmó él.

—No las mencionaré en su presencia, lo prometo —siguió Lucía,

levantando una mano en el aire, en señal de juramento.

—Tranquila, Kate lo lleva bien. Le encanta la gelatina de fresa edulcorada —sonrió al recordar a su preciosa hermana manchándose los labios de gelatina roja, para simular que tenía los labios pintados. También era así, muy coqueta, y le gustaba que su hermano mayor le recordase lo bonita que era.

—Comeré gelatina de fresa edulcorada con Kate. Si ella quiere, claro —dijo Lucía y esbozó una sonrisa, en respuesta a la que mostró Joe al escucharla.

—Sí que querrá. Todos los días no se tiene la suerte de encontrar a una hermana mayor tan buena y tan bonita como tú —añadió Joe, pellizcándole la mejilla con suavidad. Lucía arrugó la nariz mientras sonreía, en un gesto de cariño por aquel comentario de su chico. A él le gustó —. Le vas a caer muy bien y te va a querer mucho; estoy seguro.

Lucía se pegó a él e, inclinando la cabeza, la dejó descansar en uno de sus hombros. ¡Qué comfortable eran aquellos brazos sobre los que tantas veces se había dormido ya! Su lugar favorito para una siesta.

Jezabel Marí

Capítulo 27

Pasaron horas de viaje hasta que un Jael completamente impasible se paseó por delante de Joe y las chicas. Por supuesto, no saludó a nadie. Tomó una botella de agua fría de una nevera y volvió a desfilar hacia la estancia de la que había salido. No obstante, el ambiente se tensó, a pesar de que su presencia fue breve y de que no hubieron palabras. Muchas veces, un silencio podía llegar a ser muy significativo e incómodo. En este caso estaba claro, ni Jael quería ver a África, ni ella lo quería ver a él. Esta tampoco había levantado la cabeza de la pantalla de su teléfono cuando supo que lo tenía cerca. Lucía se limitó a mirar al susodicho de reojo, con cara de pocos amigos. Joe observó y se incomodó por la situación.

—¡Nueva York! ¡Oh sí! ¡Sí sí sí! —gritó Lucía, tumbándose en la cama de una inmensa habitación. Y no, aquella no era precisamente la habitación donde ella dormiría con Joe. La de su chico era todavía más grande.

África sonrió mirando a su prima, comprobando lo feliz que era bajo el cielo de aquella ciudad, y bajo el techo de aquella casa. Definitivamente, el príncipe de Beckelar había llegado a su vida para arreglar los desperfectos y para hacerla sonreír. Pensando en eso, la rubia sintió un poco de tristeza; ¿habría llegado a ser así también con Jael si las cosas no se hubieran torcido? No, claro que no. Jael tenía otros planes. Una novia de años, futura esposa, y puede que hasta hijos. La tristeza volvió a tornarse en rabia y prefirió deshacerse de aquellos pensamientos. ¡A la mierda! ¡Ahora disfrutaría mucho más de su estancia en Nueva York!

—¡Ey! ¡Guccilú! ¿No me oyes? —La voz de Lucía la hizo reaccionar. Miró a su prima, que aún seguía tumbada en la amplia cama, y esta le hizo una señal con la mano para que se uniera a ella.

África dejó en una silla la mochila que llevaba sobre los hombros y se sentó con aplomo sobre el colchón. Su prima tiró de ella hasta que consiguió que se tumbara a su lado.

—Luci...

—Dime.

—No quiero que me llames más así.

Lucía frunció el ceño mientras pensaba unos segundos.

—¿Guccilú? —preguntó.

África solo asintió en respuesta, y su prima entendió; lo de “Gucci” había sonado bonito y dulce hasta que el promotor de dicho apodo hizo que dejase de ser así.

—¿Te sigue doliendo? —siguió Lucía con otra pregunta, en tono de preocupación. África negó con la cabeza, aunque no logró convencerla del significado de aquel gesto. ¡Maldito mentiroso! Aunque Joe lo quisiera mucho y tratase de defenderlo, el hecho estaba ahí, y de eso no lo librara nadie —. Bueno, venga, va... Vamos a darnos un paseo por la casa. Es tan grande que nos tomará un buen rato —siguió diciendo, con el propósito de animar a Afri; era obvio que aún le dolía, aunque esta no hubiera respondido a la pregunta. Se levantó y tiró de uno de sus brazos hasta ponerla en pie.

Sí, la casa de Joe, o mejor dicho, la gran casa donde vivía Joe Mcilroy, tenía todo lo que cualquier persona podría necesitar y desear. Este había

contado a Lucía que él mismo se había encargado de la decoración, y que, dicho trabajo, al margen de haberle gustado, no le había resultado sencillo, pues carecía de tiempo para ello. Lógicamente, los componentes de uno de los grupos de música más exitosos del momento, casi siempre estaban de gira por el mundo o reclusos por muchas horas en un estudio de grabación. No obstante, este había conseguido acondicionar su casa con todo lo más bonito que había encontrado en las tiendas. Y Lucía, por su parte, caminaba de un lado a otro, fascinada con lo que veía. La cocina, amplia, preciosa y bien equipada, era una auténtica pasada donde ella ya se había imaginado preparando platos especiales para su amor. Los cuartos de baño, que eran cuatro exactamente, se veían tan de diseño, estaban tan impecables, tan silenciosos y olían tan bien, que abrían el apetito de pillar un libro e ir allí a leer durante horas; ¡dos de ellos tenían jacuzzi! ¡casi ná! Luego estaban las siete habitaciones, a cual más chula. Un gimnasio bien ataviado, por supuesto. Tres salas de estar, todas cómodas y bonitas. Un salón que parecía estar diseñado para el tipo de fiestas a las que acude mucha gente. Dos terrazas donde se podrían hacer carreras de caballos. Una bodega a donde ir a buscar un buen vino en cualquier momento. Y un jardín kilométrico con árboles inmensos, bancos de forja, y un armonioso estanque lleno de bellos nenúfares. Realmente, Lucía había imaginado a Joe en una casa grande, pero tal vez más sencilla; era un chico joven y soltero. Así que... además de fascinada, estaba sorprendida. ¿Podría hacerse a la idea de vivir allí en un futuro no muy lejano? Mmm... sí. Sin lugar a dudas. De hecho, incluso podría hacer el intento de no regresar a España.

Después de los tres primeros días en Nueva York, Joe tuvo que ausentarse para asistir a una reunión con el resto del grupo y el productor de este.

El teléfono de Lucía sonó cuando esta y su prima se habían montado en el coche que había pasado por casa a recogerlas. Ella sostenía la nota de papel que Joe le había dejado pegada a la nevera, asegurándose de que las chicas la vieran antes de abrirla para buscar el desayuno.

—*Supongo que a estas horas ya estáis en el coche, camino a...* —dijo él, tras echar un ojo a su reloj.

—*Camino a... no sabemos dónde* —terminó Lucía, un tanto cómica, haciendo que Joe se callase. Este rió en consecuencia.

—*Vale, tranquila. Os llevan a desayunar* —informó.

—Ah, ¡menos mal! ¿A dónde? —continuó ella con ligereza. Joe volvió a sonreír.

—A un lugar fantástico, donde ponen unos desayunos fantásticos. Cállate, Gominola, déjame hablar —ordenó, también con toque cómico, aunque en realidad solo tenía unos minutos para hacer aquella llamada.

—¡Joe, podríamos haber desayunado en casa! —exclamó Lucía.

—Amor..., shhh, calla un momento, que no tengo mucho tiempo para hablar... me están esperando en la reunión —la hizo callar de manera benévola y seductora. Joe seducía aunque hablase de anatomía patológica.

—Vale, va... dime.

—Desayunad las dos tranquilamente. Tomároslo con calma y disfrutad del lugar, porque os va a gustar. El chófer os estará esperando en la puerta y luego os llevará a una boutique.

—¿A una boutique? —se sorprendió.

África se recogía una coleta alta y también frunció las cejas al escucharla. Ambas primas se miraron y Lucía activó el manos libres.

—Sí. Quiero que os compréis un vestido precioso cada una, unos zapatos, y bueno..., todo lo que necesitéis para poner os muy guapas. No escatiméis, ¿vale? Esta noche nos vamos de cena.

—Eso suena bien —dijo África y esbozó una sonrisa interesante mientras asentía. Joe la escuchó y rió brevemente.

—Amor, pero ¿cómo vamos a...? —Lucía quiso preguntar algo, pero su novio no la dejó acabar.

—No te preocupes por el modo de pago, mi amor. Eso lo controlo yo. Vosotras dedicaos a coger lo que os guste, sin más.

—Ese plan mola —siguió diciendo África para que Joe la escuchase.

—¿A que sí, Afri? —preguntó él y seguidamente emitió una ligera carcajada.

—Que no te quepa duda —respondió ella.

—Estoy seguro de que vais a disfrutar el día de lo lindo — continuó Joe.

—Te pagaremos todo en un futuro no muy lejano; que lo sepas —quiso aclarar Lucía.

—¡Nah! No tenéis ninguna deuda conmigo, amor. Deja de decir tonterías. Tomároslo como un regalo mío de bienvenida.

—*Te lo pagaremos* —insistió ella, no conforme.

—*Oye, Luci, no seas más pesada. Es un regalazo de parte del príncipe de Beckelar; no podemos hacerle el feo de rechazarlo. ¡Se va a ofender!* — habló Afri, un tanto acelerada y elevando la voz para que se notase que estaba exagerando.

Lucía se quedó mirando a su prima, primero en plan regañina, luego, al oír la risa de Joe al otro lado del teléfono, no pudo esconder la suya propia.

Efectivamente, después de un desayuno fantástico, tal y como había dicho Joe que sería, el chófer condujo unos quince minutos y las llevó hasta la puerta de una boutique llamada Ceremony. Allí las recibió una mujer rubia, muy guapa, de unos cuarenta y pocos años, que desde que las vio entrar, parecía haber sabido de quienes se trataban. Se presentó como Betsy, con una sonrisa de oreja a oreja, y también dijo estar esperándolas. Vale, Joe había concertado una cita con ella para que las atendiese personalmente. No solo eso fue agradable, sino también el hecho de descubrir que la mujer hablaba perfectamente el español; aunque las chicas se defendían bien con el inglés, la comunicación, así, resultó ser bastante más fluida.

Betsy no bajó la guardia hasta que Lucía y África decidieron el vestido que se llevarían. Si bien toda prenda que cada una se probó parecía estar diseñada para su cuerpo, el precio que estas marcaban las bajaba de golpe de la nube. No obstante, Betsy, con aquella sonrisa encantadora tatuada a su cara, les pedía calma y les recordaba que el señor Mcilroy había recalcado que no se hablase de números, que aquello era un tema que solo le concernía a él. Añadieron complementos y salieron de la tienda tras haber tomado una copa de champán. ¡Qué categoría! Aquel par de horas habían sido un placer y tuvieron que prometer que volverían pronto, aunque solo fuese para saludar a Betsy. Habían de tener un sueldo muy jugoso para poder imaginarse comprando cualquier otra cosa en aquella boutique.

—¡Menudo tipazo, para haber tenido tres embarazos, y tan seguidos! —exclamó Lucía, refiriéndose a la mujer de la tienda. Esta decía tener tres hijos varones, que solo se llevaban un año de diferencia entre ellos.

África torció los labios. Esta seguía a su prima, que se adentraba en la sala principal de la casa de Joe. Ambas llevaban las manos ocupadas con las bolsas de Ceremony.

—Genética —respondió.

—O mucha dieta y mucho gimnasio también —añadió la mayor — ¡Hola! ¡Amor, ¿estás en casa?! —elevó la voz seguidamente. Tras esto, se oyó una pequeña risa de Afri.

—Uys —dijo y volvió a reír.

—¿Uys, qué? —se giró Lucía para mirar a Afri, soltando las bolsas encima de uno de los sofás.

—Que ya pareces una mujer casada llamando al marido al llegar a casa —respondió la rubia y luego volvió a reír al ver la reacción en la cara de su prima. Lucía se puso las manos en la cintura y entrecerró los ojos, en contra de lo que había escuchado. Quiso regañar a Afri con la mirada, pero no dejó de reconocer que tenía razón. Alargó el brazo para darle un coscorrón, pero la menor supo esquivarlo a tiempo.

—No te enfades, Lucilú. ¡Te ves muy bien como ama de casa! ¡Solo te faltan los tres niños, como la Betsy! —exclamó para agrandar la broma.

—¡¿Qué?! —gritó Lucía, más exagerada.

—¡Lo que has oído! —continuó Afri, soltando también sus bolsas y tratando de mantenerse a una distancia prudencial de su prima, para evitar posibles represalias. Aprovechó que tenía su teléfono móvil en la mano y se lo llevó a la oreja —. ¿Hello? ¿Príncipe de Beckelar? ¿Hablo con la fábrica de bebés, por favor? —preguntó y gesticuló con sus cejas entre risas, sin quitarle ojo a Lucía, que cabeceaba negativamente mientras la miraba, sin poder esconder una incipiente risa. Las dos rieron cuando esta se acercó a ella y le arrebató el iPhone de la mano.

—Estás hecha polvo, mi querida prima. Voy a tener que llevarte al psiquiatra.

África rió más fuerte al escucharla.

—Mi locura no la cura nadie, Luci. Ya lo sabes —añadió y se dejó caer en el sofá—. Uf, esa copa de champán no me ha sentado regular —resopló y se tocó las sienes unos segundos.

—¿En serio? Estaba buenísimo —se extrañó la mayor y torció las cejas mientras la observaba.

—Sí, frío y con muchas burbujitas doradas, pero me ha provocado dolor de cabeza. Hacía mil que no me dolía la cabeza, ¡jo! —se quejó.

Lucía dejó ir un suspiro, despreocupándose de aquella pequeña queja de Afri. Un dolorcillo pasajero sin más. Un analgésico y adiós. Sacó un Paracetamol de su bolso y se lo acercó junto con la botella de agua que había

traído todo el camino de vuelta a casa. África terminó lo que quedaba de ella para tragarse la pastilla.

—En diez o quince minutos estarás nueva —dijo Lucía mientras se descalzaba. Luego tomó asiento junto a su prima y ambas dejaron que se oyera el silencio de la casa.

—Pues aquí no hay nadie —murmuró Afri.

—Sí, y se me está ocurriendo una idea buenísima —respondió Lucía mientras asentía.

África giró la cabeza sobre el respaldar del sofá y torció las cejas, esperando saber en qué consistía aquella idea. Lucía sonrió y volvió a ponerse de pie. Abrió las bolsas de Ceremony y sacó los vestidos que se habían comprado.

—¿Nos los ponemos otra vez? —preguntó, al tiempo que ya empezaba a desvestirse. En ese momento la que cabeceó de forma negativa fue Afri, pero sosteniendo una sonrisa cómplice a su prima —. ¿Va? —insistió Lucía, ya en ropa interior.

—Venga, va —asintió África y se estiró sobre el sofá para desabrocharse el botón de los vaqueros.

Lucía no tardó en enfundarse aquel vestido color marfil que se ajustaba a sus caderas como un guante. Pequeñas piedrecitas negras bordeaban su escote y le daban un toque moderno al corte clásico de este. Se atizó el pelo enérgicamente un par de veces y se subió a los tacones negros de diez centímetros que también se había comprando. África parecía haberse olvidado instantáneamente de su dolor de cabeza e hizo más de lo mismo. Se calzó los zapatos de tacón, en este caso blancos, pero iguales de altos que los de su prima, y pasó varias veces las manos por su figura para alisar un poco la tela del vestido en el que acababa de meterse. Este era negro, a excepción de dos líneas blancas que rodeaban el contorno de la cintura y remarcaban las curvas de su cuerpo.

Lucía caminó un par de metros y se dio la vuelta con los brazos en jarra. Se había puesto alguna que otras veces vestidos bonitos, pero no como aquel, y mucho menos tan caros. África la observó y emitió una leve carcajada por lo simpático de aquella situación. Su prima tenía estilo para desfilarse sobre una pasarela, incluso con aquellos andamios; era así como llamaban al taconazo de diez centímetros en adelante.

—Ven aquí que te abroche eso —dijo Lucía, al ver que Afri trataba de

subirse la cremallera del vestido, que quedaba en la espalda.

Afri caminó hacia ella, aún con las manos detrás.

—Podríamos trabajar construyendo edificios con estos tacones, ¿eh? — exclamó la rubia llegando a Lucía. Esta rió de golpe y se dispuso a subir la cremallera.

—¡Mira que eres exagerada! —respondió entre risas, al tiempo que África se inclinaba de manera flexible para alcanzar su teléfono, que estaba en el sofá —. ¿Qué haces? ¡¿Quieres estarte quieta?! ¡Así cómo pretendes que te cierre el vestido! —. Dio dos pasos al frente para seguirla.

Alguien tosió en mitad de aquel jaleo haciendo que ambas primas se sobresaltasen un poco y guardasen silencio. Giraron la cabeza hacia donde provenía el sonido y pudieron ver cómo Joe descendía por las escaleras desde la segunda planta. Cuando él tosido para llamar la atención de estas, lo había hecho largos segundos después de haberlas estado observando. La sonrisa de Lucía se amplificó, mientras que la de África se borró al ver que Jael bajaba detrás de su amigo.

—¿Así de bien acompañado voy a ir esta noche a la fiesta? —preguntó Joe al acercarse a Lucía con una sonrisa inmensa. Le puso la mano en la parte posterior de la cabeza y la aproximó a sus labios para besarla. A ella le brillaron los ojos.

—¿Te gusta? —susurró esta al apartarse, y se balanceó ligeramente mientras su chico le echaba otro vistazo de arriba a abajo.

—Siempre, Gominola. Me gustas siempre —respondió, al tiempo que asentía. ¿Cómo no iba a gustarle? Estaba tremenda.

No obstante, tanto Joe como Lucía se percataron de que, al margen de ellos, en aquella sala se había extendido un silencio casi sepulcral. Jael se había quedado a varios metros de distancia y se había limitado a lanzar una mirada intensa a África. Una mirada a la que no pudo poner fin, a pesar de haberlo intentado. Pero su rostro estaba rígido, sus facciones endurecidas y sus ojos... fríos. Aquellos ojos arrojaban puñales, que África, del mismo modo, devolvió con los suyos. El dato era que, al menos, en aquel momento, no estaban siendo indiferentes el uno para el otro. ¿Se querían matar en semejante guerra visual? ¿Se querían comer a besos? Tal vez ambas opciones fueran correctas.

La atmósfera se tornó toda tensa, pues, aunque Joe y Lucía los observaban, no consiguieron que Jael ni África despegaran sus ojos el uno del

otro. Ella apretó los labios, aguantándose las ganas de gritar algo poco agradable, y él, intuyéndolo, frunció el ceño con rigor y respiró profundo. También tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse llevar por los impulsos. Llegados a ese punto, Joe carraspeó de nuevo y alargó el brazo para poner la mano en el hombro de su mejor amigo.

—Jael... —murmuró.

—Sí, me marcho —respondió Jael, aún con la mirada clavada en ella. Luego, sin más, giró la cabeza y miró a Joe.

—Siento no poder decirte que te quedas a comer... —se disculpó Joe, y supo que Jael comprendió por qué lo decía. Si se quedaba un poco más de tiempo allí, la casa ardería del mismo modo que antaño ardió Troya. Los dos lo sabían, o los cuatro.

—Nada, tranquilo. He quedado con Dianne —aclaró Jael, que, a pesar de querer parecer natural, seguía con cada músculo de su cuerpo en tensión.

—Te llamo luego, camarada —siguió Joe y le sonrió levemente, intentando transmitirle calma.

Jael asintió y echó a caminar hacia la salida.

Los hombros de África se relajaron al tiempo que de su boca emanaba un suspiro muy perceptible. Cuando su teléfono emitió el sonido de la llegada de un mensaje de WhatsApp, esta aprovechó para retirarse sin decir nada.

A diferencia de la casa de Joe, la de su señor padre era menos grande y menos ostentosa, aunque eso no evitaba que esta siguiera siendo bonita. Era el típico hogar familiar, acogedor, con las paredes llenas de imágenes entrañables que atrapaban la atención de cualquiera que las mirase. Era de esas casas en las que el olor a buenas vivencias te invitaba a querer volver. Eso sí, tenía un precioso hall de entrada bastante amplio, rodeado de ventanas de madera pintadas de blanco, donde los recibió una señora alta y esbelta a la que le brillaban los ojos de felicidad. Su nombre, Katherine Mcilroy; la madre de Joe. Este, que estaba situado en medio de Lucía y África desde que habían entrado por la puerta, se quedó mirándola un instante mientras dibujaba una tierna sonrisa. A los pocos segundos, sus pies cobraron vida y caminó hacia ella, dejando a las chicas unos metros atrás. Las primas no perdieron detalle del abrazo que se produjo entre madre e hijo y de cómo la señora Mcilroy sollozaba unas palabras de alegría. Luego, desde detrás de la mujer, sigilosamente, comenzó a asomarse una pequeña carita. Kate era alta

para su corta edad, como su madre, como su padre y, por supuesto, como su hermano Joe. Rubia, muy delgadita, con el pelo liso a media espalda y unos ojos azules inmensos. A Kate también le brillaron los ojos cuando su hermano mayor se agachó ante ella para atraparla con sus brazos y alzarla entre ellos. De la boca de Lucía brotó una incontenible sonrisa, al percibir el amor que ambos se tenían. Por un pequeño espacio de tiempo, imaginó a su chico tratando de aquella manera a sus propios hijos, a los que ella le diera. No obstante, dicha visión salió disparada de su mente en cuanto fue consciente de lo que pensaba.

—Estás más bonita que nunca, mi amor. ¡Cómo te ha crecido el pelo! Dios, qué ganas tenía de verte —decía Joe, al tiempo que acariciaba las hebras rubias de Kate. Esta sonreía enseñando su pequeña dentadura y, con las manos sobre los fornidos hombros de su hermano, mientras este la sostenía, se lanzó de nuevo a abrazarle. Lo apretó con toda la fuerza de la que fue capaz, y él cerró los ojos correspondiéndola.

Cuando la señora Katherine hizo amago de ir a saludar a las chicas, Joe reaccionó para detenerla. Puso fin al abrazo con su hermana sin dejar de sostenerla y se giró para dirigirse a su madre.

—Mamá, espera...

Katherine se detuvo y lo miró algo sorprendida.

—Mamá, quiero ser yo quien te las presente. Ven Lucía, mi amor... — continuó diciendo, al tiempo que soltaba a la pequeña Kate en el suelo y estiraba un brazo para que su chica acudiera a él. Esta lo hizo con cierto reparo, pues aquella situación le daba un poco de vergüenza. Seguro que tenía las mejillas rojas.

Katherine los miró con atención y reparó en cómo su hijo entrecruzaba los dedos de la mano con los de aquella bonita chica de rasgos españoles. ¿La había llamado “mi amor”? Sí, tal vez había estado en lo cierto desde hacía un par de semanas; una madre pocas veces podía equivocarse con la intuición. Su bonito retoño, ya hombre, se había enamorado en España. Con la imagen que tenía delante, estaba confirmando sus sospechas. ¡Y qué hermosa era Lucía! Por supuesto que le había robado el corazón a su hijo.

—Lucía, estas dos mujeres que ves aquí, Kate madre y Kate hija, hasta que tú has llegado a mi vida, han sido las dos únicas mujeres que he amado. Ahora sois tres... —habló Joe con voz aterciopelada. Lucía tuvo que tragar para continuar escuchándole sin que se le cayese una lágrima espontánea. A

Katherine por su parte le dio un vuelco el corazón. Nunca había oído semejante promesa de boca de su hijo—. Mamá, hermanita... —continuó mirando a ambas—, ella es Lucía, mi novia; la mujer que pretendo amar por el resto de mis días.

Jezabel Marí

Capítulo 28

La señora Katherine, a pesar de estar manteniendo una conversación con África, no perdió detalle de cómo su pequeña Kate comenzaba a entablar una posible buena amistad con Lucía. La madre de Joe hacía preguntas a África sobre ella y su prima, y sobre Sevilla, pero al mismo tiempo observaba cómo su hija se había acercado a Lucía cuando esta le sonrió. Kate no era una niña de carácter fácil. Tenía pocas amigas en el colegio y solía retraerse con las personas a las que no conocía de mucho. Así que, de aquel modo, Katherine tuvo mejor impresión aún de Lucía de la que ya había tenido cuando su hijo se la presentó. Si además de que Joe la amaba y la quería para él por el resto de su vida, también Kate la acogía de la manera en que lo estaba haciendo, Lucía, sin duda alguna, iba a ser parte de la familia desde aquella misma noche. Sonrió complacida después de darle un sorbo a su copa de vino blanco español y dirigió toda su atención hacia África para formular una nueva pregunta. La prima de Lucía también le resultaba una chica bella y encantadora, incluso con aquel pequeño toque rebelde que reflejaban sus ojos.

A Joe también le complació sobremanera ver a su hermana y a su novia juntas cuando se adentró a la sala, después de haber atendido una llamada de teléfono fuera de allí. Tomó asiento al lado de Lucía y, sin el menor esfuerzo, sentó a Kate sobre sus piernas. Esta lo miró y no tardó en alzar una mano para tocarle la mejilla.

—Ahora no pinchas —murmuró, e hizo reír a Joe.

Lucía los observó sonriente.

—Claro que no, enana. ¿No es así como te gusta? —respondió él.

Kate apretó los labios en una sonrisa y asintió feliz. Lucía la contempló y habría jurado que las mejillas de la pequeña se colorearon de carmesí.

—Te explico, mi amor... —siguió diciendo Joe, dirigiéndose a Lucía, la cual los miraba en silencio, sosteniendo una suave sonrisa. Ella lo atendió —. Aquí la señorita Mcilroy dice muy a menudo aquello de: Joey, tu cara es más bonita cuando no tiene pelos que pinchan —dijo, intentando imitar un poco la voz de su hermana menor. Luego volvió a repetir todo en inglés para que Kate lo entendiese bien.

Los tres rieron en consecuencia y Joe aprovechó para rodear a su chica con el brazo que le quedaba libre, pues con el otro envolvía la diminuta cintura de Kate. La pegó a

ambas a su cuerpo y le dio un beso en la frente a cada una de ellas.

—Lucía, ¿tú también piensas como yo? —preguntó Kate espontáneamente a su nueva cuñada, elevando su dulce voz.

Lucía entendió el inglés sin problemas y comenzó a asentir de manera inmediata para demostrarle que en ese aspecto estaba de su parte.

—Por supuesto que sí. De hecho, si tiene pelos que pinchan, ¡yo ni me le acerco! —respondió, poniendo a prueba su vocabulario americano, rezando porque la nena la entendiera. El acento andaluz no se escondía fácilmente y este hacía que sonara un pelín raro.

—Eyyy —dijo Joe, mirándola con los ojos bastante abiertos —. No sabía que tu inglés fuera tan bueno...

—¡No te burles de mí! —exclamó, de nuevo en inglés.

—¡Lo digo en serio, amor; no me burlo! —rebatió él, al tiempo que alargaba el brazo y le metía un mechón de pelo tras la oreja.

¡Aquel era uno de los gestos inesperados con los que, de manera sencilla, la ponía a temblar!

¡Pero seguro que él no lo percibía! ¡Y mejor que no! ¡De lo contrario, lo haría todo el rato y... ella no sabía si eso podría ser soportable! ¡Derretida todo el día! ¡Qué vergüenza!

—¿Verdad que Lucía habla bien el inglés, mi amor? —Esta vez se dirigió a su hermana.

Kate miró a su cuñada con una sonrisa algo tímida y tardó en responder.

—¿Ves, Joe? ¡Kate ni siquiera me ha entendido! ¡He de haberlo hecho fatal! —exclamó Lucía y, llevándose una mano a la frente, movió la cabeza negativamente.

Entonces Kate la observó y rompió a reír. Su risa llenó la sala y todos los presentes la miraron solo a ella. Aquella risa parecía haber sido el bello canto de un pájaro, tanto para la señora Katherine como para Joe Mcilroy. También Lucía y África esbozaron una sonrisa mientras la oían y la miraban. Cuando dicha risa cesó progresivamente, Kate se pronunció.

—Sí te entendí, Luci. Solo sonó un poco gracioso. Eres... muy graciosa —. Sus pequeños y relucientes dientecitos asomaban brevemente entre sus labios, arqueados por una sonrisa.

—Así que soy graciosa, ¿eh? —Lucía achicó los ojos, volviendo a actuar de forma simpática.

Joe se limitó a observarla y... simplemente... la adoró. Sí, era graciosa. Y perfecta.

Jael cerró con fuerza la puerta de su BMW deportivo y, a largas y firmes zancadas, se dirigió hacia el interior de su casa. Una vez en el salón, se detuvo en mitad de este y dejó su mirada perdida en la nada. No había parado de pensar en ella desde que salió de casa de Joe, y, lo peor de todo, es que tampoco había querido hacerlo. Qué bonita estaba con aquel vestido ceñido a su cuerpo, y qué jodidamente bonita estaba tras aquella mirada llena de resentimiento... Por supuesto, no había pasado desapercibido para él, que la mirada de Afri

no solo reflejaba enfado. Estaba deshaciéndose por dentro, Jael lo sabía muy bien. Él mismo, al tiempo que ardía mientras la observaba, también había ido desarticulándose lentamente.

Se pasó las manos por el pelo y suspiró dejando salir todo el aire de sus pulmones. Apretó los labios durante un instante y luego negó con la cabeza.

—No, Jael —dijo para sí—, no te enamores más de lo que ya estás. No sientas más. No la mires. No la desees.

No sabía cuándo podría deshacerse de todo lo que sentía por África, pero, hasta que eso pasase, que esperaba que sí, pondría todo de su parte para controlarlo. Para controlarse.

Su teléfono sonó justo en ese instante y leyó el mensaje que acababa de llegarle.

—*Va, perfecto, nos vemos esta noche en Downtown. Once y media.*

Con impasibilidad, volvió a guardarse el iPhone en el bolsillo, poniendo sus ojos de nuevo en la nada por unos instantes. Poco a poco, una botella de ron fue volviéndose nítida ante él. Una copa no le iría nada mal en aquel momento, pensó.

En casa de los Mcilroy, ya ante la presencia del padre de familia, el señor Joseph, y después de una exquisita y agradable cena, degustaban encantados el puding de naranja, nueces y canela, que la propia Katherine se había encargado de cocinar.

—Esto es una maravilla —masculló África con la boca llena. El inglés imperfecto y el puding invadiendo su paladar, le impidieron hablar de manera inteligible.

Joe la miró y sonrió mientras terminaba con el último pedazo que quedaba en su plato.

—Pues no has hecho más que empezar a conocer lo que es capaz de crear mi madre en su cocina...

—¡Ah, pero... ¿lo has hecho tú, Katherine?! —preguntó Lucía sorprendida. Hubiera dado por hecho que toda la cena estaba comprada a uno de los mejores restaurantes de Nueva York. ¿Había mencionado ya que era su ciudad favorita y todo lo que había dentro de ella le parecía fascinante?

—Por supuesto —asintió la suegra con gesto sonriente.

—Mi mujer heredó un recetario de la que fue su tatarabuela; una señora que cocinó casi toda su vida para una familia de veintitrés hijos —continuó diciendo Joseph. Lucía y África lo miraron con interés y una pequeña dosis de espanto.

—¿Has dicho veintitrés o he entendido mal? —inquirió Afri espontáneamente.

Joseph asintió como único gesto en respuesta. Su semblante había sido un tanto circunspecto desde que hizo acto de presencia. Solo cuando su hijo Joe le había presentado formalmente a Lucía como su novia, intentó mostrarse complacido por un espacio de pocos minutos. Aunque la muchacha le gustaba, le caía bien y percibía de ella que podía ser una buena mujer para su hijo, lo que lo hacía estar preocupado tenía mucho que ver con ella.

—Has oído bien, África. Cada pareja de mi familia, siempre se ha caracterizado por tener más de cinco hijos. El caso de mi tatarabuela fue un poco de terror —dijo Katherine, completando la información y terminando con una pequeña risa por sus últimas palabras.

—Ay, Dios... —murmuró la menor de las primas, compadeciéndose por aquellas mujeres que tuvieron que pasar tantas veces por los supuestos dolores de un parto. ¡Que el Todopoderoso la librara de vivir esa experiencia durante muchos años!

—Haced memoria, por favor... Las muchachas de aquellos tiempos no tenían la tecnología tan simpática que tenéis vosotras hoy; en algo tenían que entretenerse, ¿no? —comentó Joe con un punto cómico del que todos fueron conscientes.

Las mujeres que habían entorno a la mesa, incluida la pequeña Kate, aunque no hubiese entendido lo que quiso decir su hermano, rieron en consecuencia, mientras que Joseph no gesticuló de ningún modo. Joe volvió a percatarse de aquella actitud inusual en su padre y se preocupó. Dejó de sonreír cuando sus miradas se encontraron.

—Si con ello no estoy siendo demasiado osada, me encantaría venir un día a cocinar algo contigo, Katherine —sugirió Lucía en cuanto dejó limpio su platillo de postre. Se habría relamido los labios, pero no lo hizo por educación.

—¿Osada? A mí también me va a encantar. Así que, cuando quieras, solo tienes que venir aquí y nos pondremos manos a la obra con algo delicioso —respondió Katherine. La idea de tener a Lucía en su cocina y poder conocerla más, la complacía tanto que hubiera cerrado dicha cita en ese instante.

—Esa es una gran idea... —murmuró Joe, al tiempo que asentía y apretaba suavemente la mano de su novia —. Supongo que tú te apuntas a la fiesta, ¿no Afri? —siguió, para asegurarse de que esta también participaría. Prefería que ambas primas permaneciesen juntas la mayor parte del tiempo. Sabía que África, como Jael, no estaba en su mejor momento.

—Cuando volvamos a España habremos perdido la línea..., sin duda —comentó la rubia como respuesta.

—No tiene por qué —irrumpió Katherine —; mi tatarabuela cocinaba muy sano. Podemos preparar algo sin azúcar y sin demasiada grasa —sugirió, arqueando sus finas cejas.

—Mamá, no hagas caso a África, se pasa el día comiendo carbohidratos en toneladas —añadió Joe en tono burlón, pero muy seguro de lo que decía. Lucía y África no solían tener freno con los dulces. ¿Perder la línea? ¡Hace mucho que deberían haberla perdido!

—¡Si Kate se apunta a cocinar con nosotras, la receta sana no parecerá tan aburrida! —exclamó Lucía espontáneamente. Su inglés había sonado muy claro y, con aquella sugerencia, sorprendió a Kate, quien esbozó una amplia sonrisa como respuesta —. ¿Qué dices, princesa? ¿Te apuntas? —insistió con dulzura.

Joe, encandilado, las observaba a ambas. Pero no solo él, pues Katherine también las miró con ternura, y Joseph, a pesar de seguir serio, las contempló con atención. Sus dos hijos eran su mayor tesoro, pero Kate... A Kate la cuidaba y la mimaba de una forma muy especial.

—¡Me apunto! —terminó diciendo la pequeña, alzando su dedo índice al aire. Lucía tocó las palmas como gesto de alegría, sin hacer sonido alguno.

—¡Estupendo!

Mcilroy padre se inclinó levemente hacia su lado derecho, donde estaba sentado Joe.

—Hijo, acompáñame a mi despacho —dijo en voz baja, para que nadie más le escuchase.

Joe lo miró extrañado pero prudente.

—¿Pasa algo, papá?

—Tenemos que hablar de un asunto importante —respondió y, sin más esperas, retiró la silla y se puso en pie. Joe, un tanto preocupado, hizo lo mismo. Se disculparon con las mujeres y se ausentaron de la sala.

Una vez en el despacho, Joseph tomó asiento en su sillón ante la mesa y, automáticamente, mientras que su hijo se sentaba frente a él, abrió una carpeta de piel marrón y sacó una revista. Joe esperaba con intranquilidad a que su padre hablara.

—Antes que nada... —comenzó a decir Joseph, esta vez, con un ligero aire más benevolente —, he de darte mi sincera enhorabuena por tu noviazgo con Lucía —continuó con voz calmada—. A simple vista se ve que es una mujer de buenos sentimientos, y eso es lo más importante de todo. Además, no hace falta ser muy listo para adivinar que te quiere —trató de dibujar una leve sonrisa, aunque fue poco perceptible—. Así que, solo por ese hecho, es bienvenida a esta familia. Y si tú la amas por encima de todo, como yo amo a tu madre, la consideraré como una hija más —concluyó y guardó silencio con el ceño ligeramente fruncido, mientras ponía toda su atención en su hijo.

Joe, que había escuchado sin pestañear, no pudo evitar que un suspiro se escapase de entre sus labios.

—Muchas gracias, papá. Sabía de ante mano que esta relación sería de tu agrado. Lucía es así, tal cual la ves, sencilla y adorable. Además de ser hermosa, tiene valores como persona que me han enamorado absolutamente —habló con suavidad, pero sacando a relucir el amor que sentía por ella.

—No lo dudo —respondió su padre, muy atento a lo que él decía.

—¿Has visto cómo trata a Kate, y como mi hermana responde a ella? —preguntó con entusiasmo.

—Sí —asintió Joseph —, ese detalle jamás habría pasado desapercibido para mí, Joe; lo sabes.

—Claro que lo sé —continuó Joe —, para mí tampoco. De hecho, he disimulado ahí fuera lo pletórico que me he sentido al comprobarlo.

En esta ocasión, el señor Mcilroy permitió que sus comisuras se curvasen en un gesto sonriente. Realmente le gustaba mucho ver a su hijo tan feliz. Ese era el objetivo de su vida, ver feliz a su familia. Sería capaz de hacer lo que fuese por conseguirlo. Como por ejemplo, no juzgar la incipiente relación amorosa que Joe tenía con Lucía, a pesar de que esta lo había metido de pleno en una situación problemática.

Sí, aquello era lo que lo había hecho estar serio durante toda la velada.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó Joe, seguro de que su padre no le había llevado hasta su despacho solo para decirle que aceptaba su noviazgo con Lucía.

Joseph rompió su silencio momentáneo con un ligero carraspeo.

—Pues sí, hijo. Hay algo más... —confirmó—. Al oírle, Joe tragó saliva y asintió levemente, dando a entender a su padre que seguía escuchándole y que podía seguir hablando él.

Joseph cogió de nuevo entre sus manos la revista que había sobre la mesa, delante suyo. La miró un instante y luego la giró para mostrar a su hijo lo que aparecía en plena portada. Los ojos de Joe se detuvieron ante una imagen que lo hizo ponerse tenso de la cabeza a los pies. ¿De verdad un puto paparazzi se había hecho eco de aquello? ¡¡Menuda panda de cabrones!! No habían tardado más que unos días en publicarlo.

Resopló con fuerza y llevó su vista al suelo, intentando controlar la ira que se conducía por sus venas. Su padre se percató de la reacción y trató de suavizarse a sí mismo, para poder aplacar a su hijo.

—Joe, eres un personaje público. Todo lo que acontece en tu vida es noticia para ellos y les reporta millones de dólares. Entiendo tu reacción, pero te pido que no te ofusques más de lo normal... —habló con calma, aunque sin dejar de transmitir preocupación.

—Papá, escúchame... Lo que más me duele de todo esto es que vosotros, mi familia, tengáis que ver según que imágenes. Puedo explicarte al detalle qué pasó y por qué —habló con ligereza por la alteración que tenía y que no conseguía disimular.

—Hijo... —trató de interrumpirlo para tranquilizarlo.

—¡Maldita sea! ¡Era una fiesta privada! ¡No se esperaba mi presencia ni la de Jael en aquel lugar! ¡¿Qué cojones pintaba allí un puto paparazzi?! —elevó la voz. Sus ojos azul cristalino estaban encendidos por la rabia.

—Para, Joe... Empieza por explicarme qué pasó. ¿Cómo se inició la pelea? ¿Hiciste daño a alguien o te lo hicieron a ti? —Joseph formuló con una pequeña dosis de exigencia las preguntas que más le interesaban. Joe guardó silencio ante él y respiró varias veces, en el intento de calmarse.

—Tal y como pone en el titular de la noticia... el tío con el que me pegaba es el ex-novio de Lucía —comenzó diciendo, no arrepentido por lo sucedido entonces, pero sí con un toque de pesadumbre. Sabía que su padre desaprobaba aquel tipo de comportamientos en él. Comportamiento que había dejado muy atrás, cuando cursaba bachillerato.

Joseph le escuchaba con atención. A veces había recordado los episodios vividos tiempo atrás con su hijo, cuando era protagonista de enfrentamientos con otros chicos en su época de instituto. Incluso llegó a ser expulsado por unos meses por haberse encarado con uno de los profesores. Por supuesto, nada quedaba de aquel chico rebelde que un día fue. O al menos, eso esperaba él. Era de vital importancia conocer todos los detalles de la pelea en la que se había visto involucrado en España.

—Continúa... —. Con interés, y sin mover ni una pestaña, lo invitó a seguir.

—Papá, antes que nada, quiero que sepas que yo no inicié la pelea. Me habría gustado no llegar a aquel extremo, pero ese tío quería llevarse a Lucía a la fuerza. No podía permitirlo —. La respiración agitada que emanaba con sus palabras, delataba lo alterado

que seguía estando. Por nada en el mundo quería que su padre pensara que había agredido a alguien sin motivo suficiente.

Joseph asintió mientras le escuchaba y le miraba con una ligera severidad, que no pasaba desapercibida para su hijo.

—¿Lucía tiene saldada por completo esa relación anterior? —preguntó, frunciendo un poco el ceño.

—Sí, por supuesto. Hace tiempo que eso se acabó, no lo dudes. De no ser así, sabes que yo no estaría con ella. Ni siquiera habiéndome enamorado tanto como lo he hecho —aclaró con firmeza.

El padre guardó silencio de nuevo, observando a Joe, meditando sobre lo que había oído y sobre la sincera expresión que este transmitía en todo momento. A pesar de lo severo que había sido antaño con él, en el presente no dudaría ni por un instante de lo que este le contara. Antes estaba su hijo y luego el resto del mundo.

—¿A qué término llegó la pelea? ¿Os hicisteis daño? —continuó.

—Nos peleamos fuerte, no te lo voy a negar. Pero Jael estaba allí y había más gente que se metió en medio para separarnos; no tuvo que intervenir ningún médico, tranquilo —respondió, menguando el volumen de su voz.

Joseph imaginó la situación y, para evitar seguir haciéndolo, carraspeó antes de hablar.

—Bueno, estoy seguro de que tuvieron que sujetarte para que no te lo cargases... —comentó, aludiendo alguna que otra vez en la que él mismo hubo de retener a su hijo. Ya desde la adolescencia, Joe fue un chico que poseía bastante fuerza física.

Joe, de inmediato, supo por qué su padre le había dicho aquello, y volvió a sentir un poco de vergüenza por su comportamiento pasado. Sobre todo, por los malos ratos que le había hecho pasar a él y a su madre.

—Lo siento, de verdad. Lo habría evitado, pero se trataba de Lucía... —añadió, negando brevemente con la cabeza.

—De no ser porque te veo ilusionado y enamorado de verdad, te exigiría que dejases a esa chica cuanto antes—siguió Joseph con seguridad.

A Joe no le sorprendió aquella afirmación, pues conocía la manera de actuar de su padre. La felicidad y el equilibrio de su familia estaba por encima de cualquier cosa.

—Lo sé —dijo, manteniéndole la mirada firmemente—. Y agradezco tu consideración —continuó, frunciendo el ceño.

Joseph volvió a guardar la revista en la carpeta y, cerrando esta, la metió en un cajón que había junto a su rodilla izquierda.

—Moveré mis hilos para que la noticia no siga rodando. Despreocúpate de eso. Y... —siguió, mientras se ponía en pie y daba unos pasos hacia su hijo. Joe se levantó junto a él —, me alegro de verte tan enamorado. Le deseo prosperidad a tu relación con Lucía. Aquí estoy para lo que necesitéis, ya lo sabes. —Con sus últimas palabras, lo rodeó por un hombro y lo atrajo hacia sí. Ambos se estrecharon en un abrazo.

—Gracias, padre. Gracias —susurró Joe, un tanto emocionado.

Jezabel Marí

Capítulo 29

Durante la semana siguiente, las primas se dedicaron a hacer turismo, tanto solas como con Joe, disfrutando cada minuto de la inmensa y preciosa ciudad de Nueva York. Cuando Joe no podía acompañarlas, insistía en que un chofer las llevase a donde quisieran, e incluso sugería que uno de sus guardaespaldas las seguiría de cerca para que no corriesen ni el más mínimo riesgo de peligro; que fueran bien protegidas cuando salían solas de casa lo mantenía tranquilo. Las chicas reían cuando el Príncipe de Beckelar se ponía con esas, pero, al final, no pudieron hacerle cambiar de opinión con respecto

a lo último. Se moverían en bus o en taxi, como cualquier persona normal, pero Larry, uno de sus súper guardaespaldas, iría tras sus pasos.

La semana fue tan fructífera, que pudieron ver de cerca, por fin, gran parte de la lista de lugares que Lucía tenía hecha desde que cumplió los quince años. *Central Park, Estatua de la Libertad, Empire State, Rockefeller Center, Times Square...* Y aún estaban ansiosas por ver más, mucho más. *El Puente de Brooklyn, High Line, Bryant Park, el Zoológico de Bronx* y, ¡faltaría más!, alzarían su cabeza para admirar el enorme *One World Trade Center*. Aún les quedaba un largo etcétera que sus pies pisarían y que prometía resultar tan maravilloso como todo lo que habían pisado ya. A Joe no le sobraba el tiempo, pero buscó momentos para sacarlas a cenar a restaurantes que ellas jamás olvidarían, no solo porque fuesen ostentosos y bonitos, sino por los manjares de “perder la cabeza” que les habían hecho comer allí.

Lucía no podía estar más feliz de la vida, y a Joe le encantaba proporcionarle los motivos para que eso sucediese. Aquella sonrisa que iluminaba la cara de su chica cuando se iban a la cama cada noche y le contaba con lujo de detalles todo lo que había visto y todo lo que había sentido, no hacía más que dejarlo bobo de amor. Escuchaba con detenimiento cada palabra y se perdía en cada nuevo gesto de entusiasmo y felicidad. ¿Enamorado? No, ese no era el término... ¡¡ENAMORADÍSIMO!! Estaba loco por ella. Eso era irrevocable.

África y Jael, por el contrario, no habían vuelto a verse el pelo. A ella, ese hecho la había ayudado bastante a sobrellevar según qué sentimientos, que, sin que fueran deseados, seguían nadando a sus anchas por su torrente sanguíneo. A veces se sorprendía a sí misma recordando momentos vividos con él, pero los espantaba de su cabeza de inmediato. En los ratos en los que no estaba con Lucía pateando Nueva York, optaba por escuchar música y pegarse un bailecito árabe en su habitación, abría *Kindle* y seguía alguna lectura, se maquillaba, se desmaquillaba, dormía una siesta o... comía. Sí, comía como una loba feroz y hambrienta. Su apetito estaba disparatado desde que vivía bajo el cielo de aquella ciudad. A veces, incluso se había levantado de madrugada a robar algo de la nevera, pues el hambre le impedía conciliar el sueño. ¡Definitivamente su cuerpo iba a plantarle guerra, alcanzando cifras kilométricas de michelines a su alrededor! ¡Podía imaginarlo!

—¡Que no, Afri, joder, que tienes la misma talla! —exclamó Lucía, al tiempo que observaba cómo su prima se abrochaba y desabrochaba el botón de los vaqueros.

—Este botón va a salir volando de un momento a otro..., ya verás — dijo la rubia, sintiéndose embutida en lo que, tan solo días atrás, fue uno de sus pantalones vaqueros favoritos.

—Estás buenísima, mírate. Tus curvas no han variado ni un milímetro. Además, ese vaquero siempre te ha quedado muy justo —dijo, arreándole una buena palmada en el culo.

—Sí, menudo tambor —se giró para verse el trasero en el espejo.

—Los hay por ahí que suspiran por ese tambor, que te lo digo yo... — continuó Lucía, sin haber pensado demasiado en la posible reacción de su prima ante aquel comentario.

África miró el reflejo de Lucía en el espejo y luego, medio seria, se giró para mirarla directamente a la cara.

—Si estás diciéndolo por él, ahórrate más comentarios como ese — dijo, mientras la apuntaba con el dedo índice.

Lucía ni siquiera se incomodó.

—Que él suspire por tu culo no quiere decir que se lo merezca — añadió para aclarar.

—¡Da igual! Nunca se lo mereció y jamás debió tenerlo. Pero el simple hecho de que se le mencione en mi presencia, desestabiliza mi feliz vida. ¡Lo detesto! —exclamó, con un exagerado gesto de repugnancia.

Lucía la observó un momento sin decir nada. Analizó aquel gesto y arqueó las cejas mientras dejaba ir un suspiro antes de hablar.

—Bueno, me parece bien que lo detestes y todo lo que tú quieras, pero esta tarde te comportas —. Su comentario, un tanto autoritario, hizo que África volviera a dirigirle toda su atención. Frunció el ceño antes de preguntar, intentando comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Qué pasa esta tarde? —se encogió de hombros.

Lucía volvió a suspirar con ligereza, segura de que le costaría bastante convencer a su prima de lo que tendría que hacer en cuestión de unas horas.

—Ven, siéntate —dijo, y tiró de una de las manos de Afri hasta que ambas estuvieron sentadas en el suelo, a los pies de la cama.

—Esto no me huele bien... —murmuró África, expectante a lo que Lucía fuera a decir a continuación.

La mayor de las dos sonrió levemente, en busca de un gesto que suavizara aquella expresión de alerta que mostraba Afri.

—El padre de Joe ha organizado una barbacoa en la terraza del restaurante de su hermano —comenzó a decir.

África asintió después de haber guardado un instante de silencio.

—Ajá..., bien. Muy interesante. Supongo que lo hace porque pospuso aquella cena que tenían prevista en el mismo lugar. Pero... hay algo que no entiendo; ¿por qué se supone que debería comportarme mal en una barbacoa que organiza tu suegro? Que recuerde, hace tiempo que sé poner en práctica la buena educación, Lucinda —dijo, con cierto sarcasmo, aunque sabía que aún estaba por escuchar la segunda parte de la historia.

—Jael estará allí —añadió Lucía con decisión, aunque, en ese momento, ella había pasado a ser la expectante.

—¡Genial! ¡Qué alegría! —exclamó África, absolutamente irónica—. No voy —hizo el intento de levantarse del suelo, pero Lucía la agarró por una de las muñecas, haciéndola permanecer donde estaba.

—Ey, Ey... para el carro. —La mayor se puso un poco seria. La menor arqueó las cejas al dirigirse a ella.

—Por más que intentes convencerme, no iré. No iré y punto. No quiero tenerle cerca. No quiero verle. ¿Crees que disfrutaría de la barbacoa estando ese patán ahí? —se expresó con ligereza, poniéndole coraje a lo que decía.

Lucía apretó los labios después emanar un pequeño suspiro.

—No le des el gusto de pensar que lo evitas porque aún sientes por él —siguió, con un nuevo comentario que podría retar a África. Además, en cierto modo era cierto, ¿por qué habría de privarse su prima de disfrutar de un gran día, solo porque Jael había sido invitado? Con ignorarlo tenía bastante.

—NO —volvió a decir Afri.

—¿Y si...? —Lucía comenzó una pregunta y se detuvo al instante. No estaba segura si sería bueno mencionar que...

—¿Y si, qué? —África frunció el ceño sin apartar sus ojos su prima.

—Nada..., déjalo —respondió, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, ahora lo sueltas —exigió Afri, con autoridad.

—A ver... —Lucía se mordió un poco el labio inferior, aún insegura de decir aquello, pero enseguida continuó hablando—. Joe me contó ayer que...

—¡Que qué! —exclamó África, empezando a intrigarse.

—Que la novia de Jael regresó de España, que siguen juntos, y que parecen estar más enamorados que nunca —soltó con rapidez, como si las

palabras hubieran salido despavoridas de su boca. África permaneció callada un momento. A pesar de que su rostro no mostraba dolor, no pudo evitar llevar la vista al suelo. Lucía la observó y decidió decir algo más—. Ella también estará en la barbacoa... Y por eso quiero que aparezcas allí, fresca como una lechuga y más guapa que ninguna. Contenta y sin que se note que un día te hizo daño. Le va a joder, Afri. Quiero que le joda.

África meditó, aún sin elevar la mirada. Luego alzó la cabeza y asintió.

—¿De verdad que estos vaqueros me hacen un buen culo? —preguntó, como si ese dato fuera indispensable para poder armarse de valor.

Lucía emitió una ligera risa.

—Ese vaquero te queda de muerte, pero eres tú quien tiene el culazo —aclaró la mayor, sin dejar de sonreír. Las comisuras de África se levantaron y asintió con decisión—. ¿Vas a venir? —quiso asegurarse.

—Habrá que hacer que alguno se ahogue entre suspiros, ¿no?

Lucía rió de nuevo, esta vez con una carcajada.

—¡Sin duda! Morirá por falta de aire —contestó, y ambas rieron.

Aunque África, por su parte, notó como se le quedaba cogido un pellizco en la boca del estómago.

Una hora más tarde, en la habitación de Joe...

Lucía terminaba de maquillarse los ojos ante el espejo del cuarto de baño. Joe se puso un jersey azul marino que se amoldaba a sus hombros y bíceps a las mil maravillas. Era alto, fuerte, guapo, y el color azul hacía que su masculinidad resaltase. Con cualquier tono estaba para comérselo, pero el azul, sin duda, lo volvía irresistible. Este vio salir a su chica del baño y se quedó quieto mirándola. Observó cómo caminaba con soltura sobre aquellos altos tacones, y luego descendió lentamente con su mirada por toda la longitud de sus piernas, enfundadas en el pantalón negro y ajustado. Tras eso, silbó, haciendo que ella girase la cabeza para mirarlo. Joe movió la cabeza a un lado mientras volvía a recorrerla con los ojos. Lucía lo entendió y le dedicó una sonrisa.

—Tú también estás guapísimo. Demasiado. Las chicas que hayan en la barbacoa no van a probar bocado, solo estarán pendientes de ti —explicó con ligereza y naturalidad, convencida de lo que decía.

Joe no pudo evitar sonreír de oreja a oreja. Aquel había sido un comentario gracioso. Le gustaba que Lucía se mostrase celosa de una forma

tan calmada. Solo esperaba que siguiera siendo así cuando acudiera con él y viviera de cerca lo que sucedía en un concierto del grupo.

—Aún es temprano, ¿verdad? —comentó, con un ligero tono insinuante, al tiempo que echaba un vistazo a la hora.

Lucía se giró de nuevo mientras se decidía por qué bolso llevarse a la fiesta.

—No pienso llegar tarde —dijo, intransigente. Sabía lo que Joe tenía en la cabeza en ese momento. ¡Ni hablar!, por muy apetecible que fuese la idea. ¿Ese hombre no se cansaba nunca? Bueno, ella tampoco se cansaba de amarlo a cualquier hora y en cualquier sitio, pero no pensaba ser la última que llegase a la cita con Joseph, Katherine, Kate... y todo el elenco de invitados que hubiera sido convocado por su suegro.

Joe cabeceó mientras caminaba hacia ella y la rodeó por la cintura desde atrás. Inclino la cabeza y besó un de los lados de su cuello. Le dio un beso sutil, pequeño, pero muy insinuante. Luego pasó la punta de la nariz por el mismo lugar que había besado.

—*Uumm*, quiero comerte, Gominola —susurró muy bajito, haciendo que a Lucía se le erizase la piel en un segundo. Esta se giró y ambos se miraron a los ojos. Joe sonrió con suavidad, encontrando en ellos el mismo deseo que había dentro de sí mismo.

Lucía se puso de puntillas y se acercó despacio hasta aquella boca que la tentaba. Joe aguardó un instante, conteniendo las ganas de ser quien tomara las riendas del incipiente beso que estaban a punto de darse, pero de repente...

—Tengo los labios pintados... —susurró ella.

Joe instintivamente fijó su mirada en el color rojo cremoso que Lucía llevaba en sus labios. Luego volvió a sus ojos.

—Muy apetitosos, ¿me dejas probar? —preguntó en voz baja, muy sugerente.

—¿Sabes qué pasa?, que si me besas, el pintalabios se esparcirá y me dejará la cara manchada toda la tarde... —Al tiempo de decir aquello, Lucía se alejó de Joe sin que él pudiera haberlo previsto.

Joe la miró desconcertado.

—Vuelve aquí, Lucía —dijo, queriendo parecer lo suficientemente autoritario como para que ella le hiciera caso.

—¡No me gustaría parecer la payasita de la fiesta, solo porque tú quieras darme unos cuantos besos ahora! ¡Me los puedes dar por la noche! —

exclamó, a unos metros de distancia de él. Tenía toda la intención de dirigirse a la puerta de salida y Joe se dio cuenta de ello.

—¡He dicho que vuelvas aquí, Gominola! ¡Ya deberías saber que no me gusta repetir las cosas! ¡Vuelve, aquí, ahora! —Las tres últimas palabras las pronunció con firmeza y utilizando su dedo índice para señalar el suelo de delante de sus pies.

Lucía guardó silencio ante aquella muestra de autoridad. Le gustaba, ¡cómo no! Le gustaba tanto verlo exigir según qué cosas, que incluso podía notar que un considerable calorcito le subía desde los pies y ascendía hacia su lugar secreto. Y sí, quería volver allí, justo a donde él le estaba indicando. Pero, si volvía, iba a comérselo a besos de tal forma, que, definitivamente, llegarían bastante tarde a la barbacoa. Ya no por el pintalabios, que era una excusa tonta, sino por lo que podría dar de sí entre ellos la siguiente media hora...

La terraza exterior donde se daría la reunión que Joseph había organizado con la ayuda de su hermano y los empleados del restaurante, ya estaba bastante concurrida. Era una terraza muy amplia y se había decorado con una mesa larga central, la cual habían cubierto con un mantel color vainilla. Por suerte, aquel día los acompañaba un sol espléndido, y Joseph pidió a un par de camareros que abriesen varios parasoles para que las personas pudieran buscar la sombra bajo estos, si les apetecía. También habían habilitado una barra de bar, para que, libremente, cada quien, pudiera servirse la bebida que quisiera. El olor a carne cocinándose daba la bienvenida e invitaba a probar de todo aquello que humeaba en las bandejas que se iban poniendo sobre la gran mesa; carré, entrecot, costillas, patatas y una buena selección de verduras..., todo hecho lentamente encima de una parrilla.

Joseph y Katherine habían querido que los compañeros de Joe también estuvieran presentes, más algunos que otros familiares cercanos. Todos se saludaron unos a otros a medida que llegaban y compartían charla, risas y brindis.

—Joseph, estoy sorprendido... no sabía que Joe tuviera novia — comentó Bryan, su hermano menor y dueño de aquel bonito restaurante.

Joseph, que sostenía pegada a su costado a su pequeña Kate, acariciándole el óvalo de la cara instintivamente, miró a su hermano y asintió

con buen gesto.

—Pues deja que te diga que esa chica, Lucía, es la novia oficial de tu sobrino —respondió con satisfacción.

—Lo he imaginado, hermano. De no ser así, esa chica no estaría en esta reunión familiar —continuó Bryan, mientras servía dos cervezas bien frías de una jarra de cristal. Volvió a esbozar una amplia sonrisa cuando le ofreció una a su hermano Joseph—. Y es muy bonita, todo hay que decirlo. Una preciosidad de mujer.

—Eso es evidente —añadió Joseph y, seguidamente, tomó un buen trago de cerveza—. ¿Acaso dudas del buen gusto de un Mcilroy? —volvió a dirigirse a Bryan, que estaba de espaldas, sacando de la parrilla unos trozos de carne asada. Este se giró con un plato individual en la mano y miró a Joseph.

—No, hermano, un macho Mcilroy sabe elegir a su hembra —dijo, y rió brevemente. Luego se agachó junto a su sobrina Kate—. Este pedazo de carne lo ha hecho el tío Bryan especialmente para ti. ¡A comer, campeona!

Kate sonrió y no tardó en agarrar bien fuerte con ambas manos el plato que su tío le había ofrecido. Su padre la vio retirar una silla junto a la mesa y ponerse manos a la obra con el pedazo de carne.

—¡Mástícalo bien antes de tragar, Kate! —elevó la voz para que su hija lo escuchara. Ella le hizo una pequeña burla cariñosa con la lengua y él cabeceó mientras la veía masticar.

—Ha vuelto a crecer. Va a ser tan alta como mamá —comentó Bryan, que también la observaba, refiriéndose a la madre de ambos. Joseph volvió a beber de su cerveza.

—Sí, eso parece... —contestó, sin apartar la vista de su hija. Él controlaba la terraza en general, pero sin dejar de estar pendiente de su pequeña por más de un minuto. Era así, a menos que esta estuviera con su madre o su hermano. Sabía que la sobreprotegía, pero eso era algo que no trataría de corregirse a sí mismo.

—Supongo que no ha vuelto a... —Bryan intentó decir algo, pero su hermano lo interrumpió.

—No. No ha vuelto a pasar. Y no volverá a pasar. —Fue tan firme, que Bryan no osó a tocar más el tema. La diabetes de Kate se había convertido en un tema tabú para Joseph.

Jonh y Dax hablaban junto a la barra del bar mientras se servían unas cervezas bien frías.

—¿Por qué se han suspendido los pases vip? —preguntó Dax, manteniendo el hilo de la conversación que estaban teniendo sobre el concierto que tenían previsto dar en dos semanas en Atlantic City.

Jonh se encogió ligeramente de hombros.

—Realmente no lo sé. Dick solo me dijo que se devolverá el dinero a todas aquellas personas que lo hubieran comprado hasta ahora.

—No estoy de acuerdo con romper las ilusiones de todas esas chicas que esperan el momento de poder acercarse un poco más a nosotros. No es justo —refunfuñó Dax.

Jonh lo miró un instante. Luego bebió de su cerveza sin haber dicho nada.

—Si de mí depende, estaré encantado de recibirlas. No tengo problema. Es lo menos que podemos y debemos hacer en agradecimiento al cariño que nos tienen —siguió diciendo Dax con las cejas muy fruncidas.

—Dax, no te preocupes tanto. Intercambiaste besos y abrazos en todos los conciertos de la gira. No sé lo que habrá pasado para que esta vez lo hayan suspendido, pero tampoco estamos hablando de una catástrofe. Las chicas lo entenderán —comentó John.

Y desde ese momento, John no volvió a oír a su compañero Dax durante un largo instante. Este parecía haberse quedado pensativo. Al margen. En otro mundo.

—¿Dax? —La voz de John estaba muy lejos de ser oída—. Ey... Dax... —volvió a intentarlo, sin obtener resultado.

Entonces Jonh Kent llevó los ojos allí a donde Dax los tenía puestos. Frunció el ceño visualizando la imagen de una chica rubia que le resultaba demasiado familiar. Rubia, de curvas bien marcadas, guapa, con cara de niña rebelde... ¿No era la chica que...? Sí, sí era ella. Y no sabía por qué estaba en aquella reunión Mcilroy, pero, definitivamente, ese hecho no era nada conveniente.

—¿Qué estás mirando, Dax? —murmuró la pregunta, mientras seguía observándola. Estaba con Joe y su novia, riendo con toda la naturalidad del mundo. Como si tuvieran una relación estrecha y familiar. Sabía que Joe la conocía, pero le descuadraba verla allí con él. ¿Acaso Joe no sabía que su hermano Jael iría a la reunión con Dianne? ¿Seguiría Jael liado con aquella

chica? ¿Por eso estaba ella en Nueva York?

—Acabo de alucinar, tío. Ni en mis mejores sueños podría habérmela encontrado de nuevo —respondió Dax, saliendo de su enajenación.

—¿De qué la conoces? —preguntó John, espontáneamente, desconcertando un poco a Dax.

—De Sevilla —dijo, con naturalidad—. Estuvo en el hotel algunas veces con su prima, la chica de Joe ¿No la recuerdas? También era una de las camareras de la fiesta de fin de gira. Haz memoria. Yo iba bastante pasado de copas, pero nunca me olvidaría de un bombón como ese —sonrió y volvió a admirarla desde la distancia.

John solo se limitó a escucharlo. Efectivamente, la recordaba. Tanto vestida de camarera, como vestida únicamente con la camiseta de su hermano Jael. Se puso nervioso al pensar en la posibilidad de que siguiesen manteniendo una relación, aunque lo que más le preocupaba era que Jael tuviese intención de dejar a Dianne por ella.

—No sabía que eran primas—murmuró, con el ceño aún algo fruncido.

—Pues lo son. Y ¿sabes qué? De repente me han entrado unas ganas insostenibles de ir a saludarlas... —añadió, después de haberse terminado su cerveza y dejar el vaso sobre la barra del bar—. ¿Te apuntas? —le sugirió antes de marcharse.

John estuvo a punto de acompañarlo, pero la presencia de Jael, haciendo entrada en la terraza, le paró los pies.

—No, han llegado mi hermano y Dianne, voy con ellos.

Jezabel Marí

Capítulo 30

—De verdad, sigo sorprendido de verte aquí —dijo Dax a África, al regresar del bar con dos vasos en las manos. Uno se lo ofreció a ella y se sentó a su lado.

—Pues llevamos como tres horas hablando sin parar —comentó África y sonrió después de tomar un buen trago de su *Coca-Cola* con hielo.

—¿En serio? ¿Tres horas? —bromeó Dax, mirándola con el ceño fruncido y un gesto gracioso.

Dax era un buen tío. Era simpático, dicharachero, atento... y, a pesar de ese toque rebelde que reflejaban sus achinados ojos verdes, era bastante mono. Además, lo del toque rebelde era algo que tenía en común con África, así que conectaban a las mil maravillas. Por eso, desde que él se había acercado a saludarlas a ella y a su prima, no había vuelto a alejarse, más que para ir a por algo de comer o de beber. ¡Y con el apetito voraz que Afri tenía últimamente... le había ido de perlas que Dax no hiciera más que ofrecerle cosas ricas de las bandejas de carne recién hecha! Este le había contado que tenía veinticuatro años, que era el segundo de cuatro hermanos varones, que siempre echó de menos tener una hermana a la que mimar y proteger, que le gustaba la comida india, que lo suyo era cantar Rap aunque se atrevía también con baladas románticas, y que estaba enamorado de su *Harley Davidson*, la cual le esperaba en la puerta del restaurante. Le contó todo eso, y un sin fin de cosas más, entre risas y momentos de pura complicidad. Resultaba muy fácil estar a su lado y sentirse a gusto.

Así que, el tiempo pasaba sin que ninguno fuera consciente de ello. A veces se añadía gente a la charla; Lucía, que iba y venía de un lado para otro con la pequeña Kate. Dany, otro de los componentes del grupo, el cual era más reservado y casi todo el rato se limitaba a escuchar, asentir y sonreír. Y por supuesto Joe, quien ya debía haber perdido la cuenta de las cervezas que había ingerido; no estaba borracho, pero sí muy contento, con las mejillas un poco más encendidas que de costumbre y los ojos zafiros llenos de brillos como diamantes. No obstante, este último no perdió nunca de vista a su mejor amigo Jael, pues, sabía que, a pesar de aparentar normalidad todo el tiempo, estaría recomiendo por dentro. Podía detectar la tensión en su mirada. Y era absolutamente lógico, ya que, al margen de lo que había pasado en España, al margen de haber llegado a aquella reunión de la mano de su novia Dianne, tenía a África a escasos metros de distancia. Y, sin asomo de duda, Joe sabía que Jael seguía queriéndola.

—¿Cómo lo llevas? —murmuró Joe, posicionándose junto a Jael,

aprovechando un espacio de tiempo en que Dianne estaba de charla con otras personas.

Jael miró a su amigo y no tuvo que responder con palabras. Por un instante, pudo reflejar parte de la tensión que estaba conteniendo dentro de sí. Joe frunció un poco el ceño en respuesta y asintió. Lo entendía, aunque no estaba para nada de acuerdo con que este hubiera seguido su relación con Dianne.

—Sigo pensando que estás volviendo a equivocarte —siguió hablando Joe con voz comedida, controlando que Dianne no estuviera de regreso. Jael solo le escuchaba y trataba de templarse. No iría, claro que no iría nunca más a intentar un acercamiento con África, eso lo tenía claro, pero ¡qué cojones!, no podía evitar buscarla con la mirada, aunque fuese de manera furtiva. Y ¡joder!, tampoco podía eliminar de sí el dolor que seguía sintiendo. ¿Que qué había descubierto enamorándose por primera de alguien?, que el amor verdadero dolía demasiado.

—Estoy deseando que esto se me pase —respondió entre dientes, como si en realidad hubiera querido rugir aquellas palabras.

Joe lo observó y volvió a asentir.

—Ya..., pero en el fondo sabes que no se te va a pasar —siguió en voz baja.

Jael miró serio a su amigo.

—Ese comentario no me ayuda mucho.

—Ese comentario es tu realidad, por cruda que ahora te parezca —replicó Joe con tranquilidad.—Y si te quedas al lado de Dianne todavía será peor. No entiendo por qué no has terminado ya esa relación. Te creía mucho más fuerte, tío.

Jael volvió a mirar a su amigo un instante. Luego descendió la mirada hacia la punta de sus propios zapatos.

—Voy a intentarlo —murmuró como respuesta.

—¿Terminar con ella? —quiso asegurarse Joe, poniéndole atención.

Jael alzó de nuevo sus ojos hacia los de su amigo y cabeceó de forma negativa.

—Seguir con Dianne. Hacer una vida con ella. No sé... ceder a esa boda que...

—¿Estás loco, o qué? —lo interrumpió Joe, desconcertado—. ¿Quieres reventarte la vida? ¡Vas a ser un infeliz! —espetó, manteniendo la voz baja

—. De verdad, no puedo creer lo que estás diciendo. ¿Tú? ¿Mi mejor amigo Jael? ¿Te rindes así? No te reconozco —dijo y cabeceó.

A Jael le hirieron aquellas palabras. No porque le pareciera que su amigo estaba teniendo poco tacto con él, sino porque jamás le habían reprochado tanta verdad a la cara. Y no, no era un cobarde por rendirse así. Aunque aquella actitud suya no era digna de la persona fuerte y desafiante que siempre había sido, tenía que admitir que no sabía cómo actuar ante lo que sentía por África, y el hecho de haberla perdido.

—Es lo más fácil, Joe —respondió con decisión, tirando de una impasibilidad que Joe no se creyó.

—Ah, ok. Arréglalo... —dijo con ironía. Realmente Joe empezaba a cabrearse con lo que estaba escuchando—. ¿No era que tenías muy claro que no querías a Dianne, y que ni siquiera la deseabas como mujer? Dime, ¿no era así? —alzó un poco la voz sin darse cuenta. Jael miró de un lado a otro instintivamente y sus ojos se detuvieron un momento en África. Solo fueron dos o tres segundos. Joe se percató de ello—. Mírate —dijo, observándolo atento. Jael correspondió a la mirada de su amigo y dejó salir un suspiro que desinfló su pecho—. ¿Por qué no luchas un poco? Haz las cosas bien. Deja a Dianne y ve a por África antes de que se te haga tarde —lo retó, poniéndole brío al tono en el que hablaba.

Jael sintió fuego dentro de sí. Sin pensarlo demasiado volvió a llevar la vista hacia donde estaba África sentada junto a Dax, pero no la encontró allí. Frunció el ceño e hizo un ligero y disimulado rodeo por toda la terraza. Para su sorpresa, y saliendo de la nada, la vio pasar por delante suyo. Sus miradas colisionaron un instante, y pudo notar cómo el corazón se alzaba hasta su garganta. No evitó seguirla con los ojos cuando ella pasó de largo, aparentando indiferencia y moviendo las caderas con descaro. La siguió hasta que esta desapareció por unas escaleras que llevaban a los aseos. Joe, por su parte, no había perdido detalle de la escena.

—Repito: mírate. Te ha faltado muy poco para ir tras ella.

Jael suspiró de nuevo, en un intento fallido de enfriarse. Tragó saliva y apretó los labios mientras observaba a Joe.

—Hazlo —lo alentó Joe—. Síguela. Habla con ella. O no hables, no hace falta. Cuéntale cuánto la amas con un puto beso. Estoy seguro que África y toda esa insolencia y rebeldía suya, acabarán fundidas para ti. Por la otra no te preocupes, yo me ocupo.

Jael respiró algo agitado, al tiempo que parecía estar decidiendo si seguir la sugerencia de su amigo. Volvió a mirar hacia aquella escalera por donde África había descendido y luego cabeceó de manera negativa.

—No, Joe. No puedo. No quiero. Se acabó. —Fue claro. Fue conciso. Incluso sonó irrevocable. Sin embargo..., solo él supo, que aquellas palabras habían llorado al atravesar sus garganta.

Joe le puso una mano en el hombro para reconfortarlo. No quiso insistirle más.

África se enjuagó las manos en uno de los lavabos y se las puso alrededor del cuello. Cerró los ojos y respiró despacio al sentir la humedad de estas sobras su piel. Con Dax se había evadido un poco de la realidad, se había reído e incluso podría asegurar que desde ese día contaba con un buen amigo más, pero también había sido víctima de un continuo nerviosismo desde que Jael hubo llegado de la mano de su novia. Trató de mostrarse indiferente. Trató todo el tiempo de no mirar hacia donde estaban ellos. Trató de entretenerse y disfrutar de la compañía de otras personas. Trató, trató y trató... Sin embargo, su corazón iba por libre y dictaba algo muy diferente de lo que pasaba por su cabeza. De nuevo, la mente y el corazón no eran capaces de ir en consonancia. Y ella, como humana que era, necesitó tomarse un respiro a solas.

«África, deberías tranquilizarte. Ya... Para. Deja de sentir. ¿Acaso no ves que él ha seguido su vida sin mirar atrás? ¿No ves que no le ha costado nada olvidarse de ti?», se dijo a sí misma.

Suspiró y abrió los ojos para ver su propio reflejo en el espejo que tenía delante. Por dentro estaba un poquito destruída, pero..., lo que también era cierto, es que conservaba intacta la fachada. Se giró. Se dio una vueltecita. Echó un ligero vistazo a sus bonitas curvas, remarcadas por el vaquero ajustado y el corpiño negro, pequeño y sensual..., y sonrió. «Estás cañón, rubia», pensó. Se atizó un poco el pelo, que llevaba suelto y ondeado con desenfado. Se pasó el brillo de labios violeta, y, como toque final, se puso un par de gotitas de *Gucci* detrás de las orejas y en cada muñeca. Al tiempo que guardaba el pequeño pulverizador de perfume en el bolsillo de su pantalón, se dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Justo cuando atravesaba la puerta, tuvo la buenísima suerte de ver cómo la tal Dianne se ponía de puntillas y besaba en los labios a Jael.

No pudo evitar frenar sus pasos en seco, ni tampoco sacar a la salvaje que llevaba dentro para lanzarles una mirada de animadversión. Fue un acto casi reflejo, involuntario e impulsivo. Por unos segundos, fue dominada por su parte más irreflexiva. No pensó. Reaccionó y punto. ¡Y sí, debería haber actuado con naturalidad, ignorando lo que se había encontrado delante de sus narices! Pero tampoco se arrepentía de ello. Nunca, jamás, se había avergonzado de su lado rebelde. Formaba parte de ella en gran medida, ¿y qué?

El beso que Dianne le dio a Jael no duró lo suficiente como para que África se marchara sin ser vista. Por el contrario, ambos se giraron y se percataron de su presencia. Dianne torció las cejas, pensativa, y la miró de pies a cabeza. Jael se incomodó por la situación, aunque, irremediablemente no pudo apartar sus ojos de los de aquella salvajita. Quedó atrapado por su mirada y sintió, de nuevo, cómo se disparaba el ritmo natural de sus latidos.

—Muñeco, voy a entrar al aseo. Espérame aquí, no tardaré nada — murmuró Dianne y se retiró, mirando a África por la espalda, una vez que la hubo pasado de largo.

Jael se quedó ahí. Quieto como una estatua. Ni siquiera había oído lo que Dianne dijo al marcharse. África seguía mirándolo y él no podía despegar su atención de ella. Estaba tan bonita, que corría el riesgo de perder la cabeza en ese mismo instante. Su boca mullida brillaba con un suave color violeta que lo hizo recordar su sabor, y notó que el deseo se aceleraba dentro de sí.

Estaba cerca de él. Tal vez demasiado.

«Jael...» «Jael, contrólate. No puedes. No debes», le habló su mente para hacerlo reaccionar.

Un segundo después, África echó a caminar con soberbia y pasó a un centímetro de él. Jael, en ese mínimo instante, había querido rodearla con sus brazos. Había querido tocar su pelo. Beberse la insolencia con la que lo había estado mirando. Sacarla de aquel lugar y desaparecer juntos. Había... deseado mil cosas, que no volverían a pasar entre ellos. No obstante, cerró los ojos y percibió aquel aroma tan característico de ella. Una suave sonrisa se dibujó en su boca y luego pronunció en voz baja: «Mi Gucci...»

—¿Hablas solo? —preguntó Dianne llegando a su lado. Seguidamente rio y se enganchó a su hombro.

—El tiempo —respondió Jael alzando la cabeza y mirando al cielo—, se está estropeando el día, ¿no te parece? —continuó, y arrugó el ceño

observando un par de nubes grises que empezaban a ocultar el sol.

Dianne elevó la mirada y luego se encogió de hombros. A ella el tiempo le importaba poco, como si quería llover borregas. Sin embargo, tenía una pregunta en el tintero para su novio.

—Oye, muñeco, esa chica que estaba aquí antes... ¿no es aquella fan tuya de España?

Jael se puso serio de inmediato. No esperaba que Dianne se acordase tan perfectamente de África. Se hizo el pensativo ante la atenta mirada de su novia.

—Sí... —torció los labios mientras asentía—, es ella. Lo es. —Negarlo hubiera sido una reverenda tontería.

Dianne también asintió analizando a Jael.

—¿Y qué hace aquí? —se interesó.

Por un momento, Jael tuvo que pensar rápidamente qué responder. Alzó una ceja y apretó los labios, al tiempo que miraba a Dianne y percibía su desconfianza.

—Es... prima de Lucía; la novia de Joe, ya sabes. —Intentó parecer natural y despreocupado.

Dianne siguió mirándolo a los ojos con especial atención y, de nuevo, asintió.

—La pregunta era: ¿y qué hace aquí? ¿No es una reunión familiar?

—Bueno..., no sé, Dianne —dijo, encogiéndose otra vez de hombros—. Supongo que Joseph la ha invitado porque es prima de la novia de su hijo. Además, ella también vive en la casa de Joe. Es bastante lógico que haya venido —explicó, empezando a cansarse de las preguntas de Dianne. Ella se dio cuenta, y, aunque le dio qué pensar, prefirió evadir el tema en ese momento. Eso sí, no se iba a olvidar de aquella chica, ni de cómo los había mirado unos minutos antes cuando se besaban. ¿Una fan? No tenía pinta de eso.

—Está bien, está bien. Volvamos a la terraza, tengo mucha sed —dijo, y se inclinó un poco para besar la mejilla de su chico. Él siguió con gesto de circunstancia, por mucho que hubiera querido disimularlo ante ella. Dianne lo sabía. Lo conocía.

Lucía y Joe se besaron por petición de la mayoría de las personas que los rodeaban. Aquel noviazgo era algo que todos tomaron de buen grado,

pues Joe jamás había presentado a ninguna chica como novia formal. Como máximo, había invitado a alguna amiga a la casa Mcilroy, pero sin intenciones más allá de pasar un buen rato; comida, charla, música, película... Y como en aquel preciso momento Joe iba contento por los trepecientos vasos de cerveza fría que se había tomado, accedió sin reparo a coger a Lucía por la cintura, levantarla del suelo y besarla para el deleite de los presentes. Su madre aplaudió como cualquier espectadora, y Joseph, apoyado con los codos en la barra del bar, a unos metros de distancia de ellos, no pudo más que sonreír al ver la escena. La pequeña Kate estaba junto a él, mirando con timidez, por primera vez, cómo su hermano mayor besaba a una chica, igual que había visto cómo lo hacían las parejas en algunas películas. Se sonrojó y escondió parte de su cara tras el mostrador del bar. Su padre se dio cuenta de la reacción y le acarició la cabeza cariñosamente.

—Te gusta Lucía, ¿verdad, corazón? —preguntó, aún con gesto sonriente. Las acentuadas arrugas de expresión que asomaban alrededor de sus ojos eran adorables.

Kate alzó la mirada hacia su padre y asintió sonriendo.

—A tu hermano también le gusta. Y como ves, mucho —siguió diciendo y, a continuación, emitió una ligera risa.

Cuando Joseph devolvió su atención a los novios, la pequeña se tornó seria. Su hermano ya no le decía tantas cosas bonitas como antes. Ese día, apenas había pasado rato con ella. Solo sonreía con Lucía. ¿Lucía le parecía más linda que ella? ¿La querría más?

Joe soltó a Lucía para poder brindar con sus compañeros de grupo, los cuales estaban demandándolo, aunque estuviesen rodeados por todos los familiares Mcilroy. Jonathan miró atrás y pidió a Jael que se acercara, pues era el único que faltaba para hacer aquel brindis. Fue la excusa perfecta para que este pudiera deshacerse de las manos de Dianne, que prácticamente lo tenían retenido.

—Por vosotros, chicos —dijo Joe, alzando su vaso.

—¡Porque este día se repita pronto! —exclamó Dax con una sonrisa.

—Porque sigamos unidos toda la vida —añadió Jonh mirándolos uno a uno.

—Por ti, Joe. Porque seas muy feliz junto a Lucía. —Jael elevó su vaso y no dudó en mirar a la mismísima Lucía, quien, a su vez, lo miró a él un tanto sorprendida por lo que acababa de escuchar. En cierto modo logró

conmoverla y recordó lo que siempre le había dicho Joe: *“Jael es muy buen tío”*.

—Os quiero, tíos. Tened salud —terminó diciendo Dany.

Todos bebieron de un trago lo que contenían sus vasos.

El teléfono móvil de Lucía vibró dentro del bolsillo de su pantalón. Instintivamente lo sacó de ahí y revisó la pantalla. Un correo. Un contacto desconocido. Su corazón se saltó un latido, pero no se achicó a la hora de abrir el mensaje.

“Disfruta mientras puedas de tu estancia en Nueva York. Yo sigo aquí, esperando el momento oportuno de volver a encontrarme contigo. No te pierdo la pista. Te adoro, ¿lo recuerdas? Eres mía”.

Sorprendentemente su cuerpo no tembló al leer dichas palabras, como tal vez lo hubiera hecho en el pasado. Lucía ahora era más fuerte y no iba a permitir que Mateo siguiera condicionando su vida. Optó por no responder y volvió a guardarse el teléfono.

Para el asombro de todos, un trueno estalló sobre sus cabezas de forma repentina. El murmullo de la gente por el susto se convirtió en risas cuando, de forma inmediata, el cielo comenzó a lanzarles hermosos goterones de agua. Las personas, como solía pasar en este tipo de situaciones, se revolucionaron y buscaron cobijarse bajo el primer techo que tuvieran cerca. Los parasoles que se habían colocado para dar sombra dejaron de ser útiles y cada cual, con la urgencia, se dispuso para un lado distinto. Joe cogió a Lucía de la mano y, entre risas, tiró de ella para sacarla de allí. Kate se cruzó en el camino de ambos haciendo que se detuvieran y alzó los brazos hacia su hermano para que este la cargara y la llevara con él. Sin duda, consiguió lo que quería. Joseph observó la escena y se despreocupó, optando por echar el brazo sobre los hombros de su mujer y caminar con ella hacia el interior del restaurante. La lluvia no solo no cesó, sino que aumentó la fuerza y la densidad con la que caía. África sonrió e inclinó la cabeza hacia atrás para dejar que el agua empapara su cara. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior, pues la sensación no podía gustarle más. Una mano grande rodeó su muñeca y esta se sobresaltó. Abrió los ojos creyendo encontrar ahí a Jael, pero fue a Dax a quien vio, contemplándola maravillado. El corazón de África se apaciguó, pues por un instante se había acelerado. Esbozó una sonrisa con la que mostró su blanca dentadura y Dax la correspondió con una simpática carcajada. A ninguno le importaba que su ropa, para ese entonces,

estuviese completamente mojada.

—¿Te llevo a algún lado? —sugirió él.

—¿En tu moto? —preguntó África sin dejar de sonreír.

—Si prefieres caminar bajo la lluvia, yo encantado. Pero mi moto es muy cómoda... y deberías probarlo —respondió Dax.

Aquello había sonado a invitación, y África se animó a aceptarla. Era un plan divertido, y eso era lo que ella necesitaba. Evadirse. Desinhibirse. Disfrutar.

Asintió como respuesta, y él, simplemente, tiró de su mano con ligereza para que ambos se echaran una pequeña carrera hacia la salida del restaurante. A la puerta de este, el cielo se había encapotado tanto que parecía haber anochecido. África se aferró a la espalda de Dax una vez sentados en el sillón de la preciosa *Harley*, y Dax no tardó en ponerla en marcha. No obstante, un coche negro los deslumbró con sus faros y hubo de aminorar la velocidad, antes de cruzar la calle.

—¡Ey, *cuidadooo!* —gritó África sin temor alguno.

—Conmigo estás a salvo, *little princes*. Tú solo no me sueltes —exclamó Dax. A continuación, reanudó la marcha y cruzó la calle con decisión. La rueda trasera de la moto hizo que el agua que pisaba saliera disparada.

En el interior del Audi negro que hubo de pararse para cederles el paso, alguien apretó las manos con fuerza sobre el volante y no apartó sus ojos de la *Harley* mientras esta se alejaba.

—Parece que Dax se va hoy a la cama con vuestra fan española —comentó Dianne con tanto sarcasmo, que hizo que Jael apartara su atención de la carretera para mirarla con indignación.

—¿Qué coño dices, Dianne? —protestó, llevado por un impulso.

Dianne observó aquella reacción, percatándose de que había afectado a su novio con el comentario. Se preocupó. Pero no tardó en encogerse de hombros y mostrar indiferencia.

—Es lo más seguro. Las fans buscan eso; atrapar a su ídolo. Y son capaces de todo para conseguirlo. Ella es como todas... no ha dudado en subirse a esa moto, ¿te das cuenta?

Lejos de tranquilizarse y poder comportarse con naturalidad, Jael no pudo controlar el aumento de su enfado. Frunció las cejas con rigor y pisó el

acelerador para abordar la encharcada calle. Se mantuvo serio y en silencio, con los ojos clavados en el asfalto. Dianne lo controló de soslayo sin perder detalle. Definitivamente, aquella fan y su novio habían tenido algo que ver. Ya casi que no le quedaban dudas de eso.

—Bueno, pero ¿qué mas da? Dax está soltero, no le debe respeto a nadie... ¡que se tire a quien quiera, ¿verdad?! —exclamó, haciendo que la respiración de Jael se tornara difícil y condujese a más velocidad de la permitida—. ¡Que se hagan pareja, si quieren! ¡A nosotros qué nos importa! —añadió con frescura, alzando la voz.

—¡¿Quieres callarte de una puta vez?! —gritó furibundo, habiendo llegado al límite de su paciencia. Explotó. ¿África y Dax? No, eso sí que no.

Dianne se quedó de piedra, mirando a su novio con los ojos muy abiertos, bajo el más absoluto mutismo.

«¿Su futuro marido... estaba...ena...enamorado de esa chica española?», se preguntó mentalmente aterrada.

Jezabel Marí

Capítulo 31

Una semana más...

Había vuelto a transcurrir otra semana, en la que las chicas pudieron seguir disfrutando de la ciudad de Nueva York. Aquel día se habían levantado temprano, habían salido a correr, y de vuelta a casa de Joe, decidieron que no se aguantaban por más tiempo las ganas de tomar uno de los mejores cappuccinos del mundo mundial. Cruzaron *Prince Street* y se adentraron en *La Colombe*; una famosa cafetería de Manhattan, que Joe les había recomendado.

Se sentaron en una mesa cerca de la ventana y fueron atendidas por una chica joven, que más tarde les llevó un par de capuccinos bien calientes y unos croissants de almendra que tenían una pinta deliciosa.

—Qué cerdas, sin ducharnos ni nada... —comentó África, pasándose las manos por el pelo para hacerse una coleta.

Lucía rio mientras removía su café.

—Merece la pena, mira la pinta de ese croissant —inclinó la barbilla en dirección al dulce que tenía África delante suyo.

La rubia cogió tenedor y cuchillo, y, cortando un pedazo, se lo llevó a la boca. Masticó con ligereza y asintió.

—Sí, definitivamente merece la pena —confirmó.

—Dios mío, Joe no había exagerado, estos croissants son una puta maravilla —gimió Lucía sin dejar de masticar, frunciendo el ceño por el placer.

África rio y abordó su capuccino. Tomó un sorbo y, al devolverlo al platillo, contrajo el gesto. Lucía dejó de comer para observarla.

—¿Qué pasa? ¿Te has quemado? —preguntó con despreocupación.

Su prima no respondió al instante. Paladeó el sabor del café en su boca y volvió a contraer el gesto. Lucía, que había tomado otro pedazo de croissant, se lo tragó y la observó con más interés.

—Di algo, Afri... ¿te has quemado?, ¿está frío?, ¿le falta azúcar?

—No —murmuró—. No sé, me sabe raro.

Lucía la miró extrañada.

—¿Raro? A ver, trae... —cogió la taza de África y se la llevó a los labios. Paladeó y volvió a tomar otro sorbo para cerciorarse—. Está buenísimo, Afri. Exactamente igual que el mío.

África resopló y se pasó la mano por la frente. Lucía la vio hacerlo y la analizó.

—¿Te encuentras bien?

—No sé... Rara... —respondió, sin saber muy bien qué estaba sintiendo.

—¿Rara? —Lucía rio ligeramente—. ¿Pero el raro no era el capuccino? —bromeó.

África se rio por lo que había dicho su prima e intentó hacer caso omiso del pequeño malestar.

Al regresar a casa de Joe, escucharon ruidos que provenían de la cocina.

—¿¿Hay alguien aquí?! —alzó la voz Lucía, imaginado que Joe había regresado pronto del ensayo que tenía con el grupo, o simplemente porque

este se hubiera suspendido. Ni siquiera habían pasado tres horas desde que se hubieron despedido junto a la puerta principal de la casa.

Un pequeño y nervioso zapateo hizo que ambas primas se mirasen, para luego ver llegar ante ellas a la preciosa Kate.

—¡Hola, princesita! —exclamó Lucía, cuando la niña se lanzó a abrazar su cintura. Se inclinó y besó su pelo mientras ella la estrechaba.

África las observó y luego vio cómo la pequeña se dirigía hacia ella para hacer lo mismo.

—Pero qué bonita sorpresa, por Dios —dijo Afri y se agachó delante de Kate para besarla en las mejillas. La niña la abrazó.

—Mamá y yo estamos cocinando un pastel de zanahoria —las informó con entusiasmo. A Kate le encantaba aquel pastel naranja que su madre hacía expresamente para ella. Era edulcorado y llevaba un pequeño toque de miel, moderado, que su doctor le había permitido tomar.

Así que cuando mamá Macilroy hacía dicho dulce, Kate directamente se ponía de muy buen humor.

—Oye, ese vestido es ideal, ¿eh? —comentó Lucía, mientras las tres caminaban hacia la cocina para encontrarse con Katherine.

—Me lo regaló mi hermano —respondió Kate con satisfacción.

—Claro, no podía ser de otra manera, ¡tu hermano tiene un gusto exquisito! —exclamó África—. Y si no, mira la novia que se ha buscado. La más bonita —siguió diciendo. Kate giró la cabeza para mirar a Lucía, como si estuviera comprobando lo que África acababa de decir.

—Yo también soy bonita, ¿a que sí, Lucía? —dijo Kate, cuando las tres se adentraban a la cocina.

—Por supuesto, princesa. Tú eres más bonita. Mucho más —. La respuesta de Lucía hizo que la ligera inquietud de Kate se disipase.

Katherine no estaba sola. Para el desconcierto de ambas primas, había otra mujer en aquella cocina. Dianne.

—Hay que joderse —murmuró África por inercia.

Lucía tampoco pudo evitar que el gesto de su cara se tornase serio por un momento, aunque trató de suavizarlo para que la madre de Joe no se incomodase.

—¡Hola, niñas, qué bien que ya estéis aquí! —exclamó la madre de Joe y se acercó a ellas para saludarlas con unos besos.

Dianne las miró a ambas de pies a cabeza sin que Katherine se percatase de ello. Pero sobre todo, se centró en aquella rubia, por la que precisamente había acudido a la dichosa cita de repostería casera. Katherine era una mujer que siempre le había caído bien, pero no le tenía el suficiente cariño como para mancharse las manos de huevos, azúcar y miel con ella. Su único objetivo era la tal África.

Lucía sí que captó de inmediato la manera en que esta repasaba a su prima. Estaba dispuesta a hacerle un desplante delante de Katherine si la situación lo requiriese. Pero de momento se controlaría, aunque sin bajar la guardia.

—Lucía, África, ella es Dianne Turner... Es la prometida de Jael y se ha apuntado a hacer pasteles con nosotras —explicó Katherine con amabilidad.

—Ajá —África volvió a murmurar con desgana. Katherine la miró algo extrañada, pero Lucía habló para interrumpir cualquier tipo de pensamiento.

—¡De acuerdo! Pues manos a la obra, estoy deseando aprenderme la receta del pastel preferido de mi princesita —exclamó, haciendo sonreír a Kate y a su madre.

Dianne sin embargo no apartó su mirada fija de los ojos de África.

Harina, huevos, azúcar, aceite, nueces, canela... El ambiente se tornó dulce por sus sabores y por su aroma. Mientras que el bizcocho se horneaba, todas se sentaron alrededor de la mesa. Dianne optó por situarse al lado de África.

Lucía y Katherine hojeaban con interés el viejo y valioso recetario de la tatarabuela de esta. Sus hojas estaban amarillentas y, a pesar de que la letra con la que estaba escrito era cuidada y elegante, por los años, apenas podía entenderse bien. Sin embargo, Katherine era capaz de recitar todo casi sin mirar. Tenía las recetas grabadas en su cabeza de tantas veces como las había cocinado.

—Esas pechugas rellenas de almendras y parmesano tengo que probarlas —apuntó Lucía.

Katherine rio suavemente y asintió.

—Te las haré para cenar el próximo día que vengáis a casa —respondió.

África volvió a sentir un pequeño revoltijo desagradable en el estómago. Este subió hacia arriba y ella se puso la mano en la tripa, como si así pudiera frenarlo.

—Me gustaría hacerte una pregunta directa de mujer a mujer — murmuró Dianne, solo para que Afri la escuchara. Esta giró la cabeza y la miró con cierto desagrado.

«¿Me estás hablando a mí, pija tonta? ¿Acaso tengo cara de querer conocerte?», pensó responderle.

—Pues tú dirás —contestó, levantando un poquito la barbilla.

Dianne tuvo tiempo entonces de verla más de cerca. La insolencia se le adivinaba por encima del pelo. Sus ojos eran pura rebeldía, pero su azul era intenso y no cabía duda que Jael hubo de haberse sentido atraído por ellos. Era más bonita de lo que le pareció al verla por primera vez en España, e incluso cuando se la encontró en la reunión familiar de los Mcilroy, una semana atrás. No sabía la edad que podría tener, pero, como mucho, imaginaba que veintiuno. Una niña, a pesar de aquellas curvas de su cuerpo que la hacían parecer mujer. La odió por tener atributos más que de sobra para que su novio se hubiera fijado en ella. Para que hubiera querido besarla. Para que hubiera querido tenerla en su cama. Para que se hubiera...

«Dianne, no lo des por hecho. Esta niña estúpida no está a tu nivel. No confirmes todavía que Jael está enamorado de ella. No, no, no. Jael ha tenido muchos romances, se habrá tirado a muchas, pero siempre ha regresado a ti. En este caso también lo ha hecho. Despeja esa idea de tu cabeza», habló consigo misma al tiempo que observaba a la rubia española.

—¿Vas a decir algo o te vas a quedar a vivir en la inopia? —inquirió África de mala gana. Aquella americana cursi repasaba su cara de manera exhaustiva. ¿Estaba intentando encontrarle algún defecto?

«Pues jódete, tonta. Defectos cero. Producto español y andaluz», pensó con un ligero toque cómico, a pesar de que seguía teniendo un pequeño malestar en la boca del estómago. El capuccino raro tenía la culpa.

—¿Has estado con mi novio? —Al fin, Dianne dejó salir aquella pregunta que tantas vueltas había dado en su cabeza desde hacía una semana. Para ser franca, aquello era lo único en lo que había pensado. Y no le carcomía la idea de que Jael se la hubiera tirado, no, eso podría llegar a tolerarlo. Lo que la inquietaba, era la posibilidad de que su futuro marido tuviera sentimientos por ella.

África se mordió la lengua un instante y tuvo ganas de ser completamente sincera. Ella no era de evadirse de las situaciones.

—¿Con Jael? Sí, he estado en varias ocasiones con él —respondió con

naturalidad.

Dianne la escuchó y asintió sin dejar de analizarla.

—Supongo que sabes a qué me refiero —bajó más la voz para asegurarse de que Katherine no la oyera. Aquella era una mesa grande y, afortunadamente, no estaban demasiado cerca. Además, la pequeña Kate mantenía entretenidas a su madre y su cuñada.

—Uy..., no deberías dudar así del hombre con el que vas a casarte —comentó África con ironía.

—Responde de una vez —insistió Dianne de forma autoritaria, empezando a indignarse por aquel comportamiento de la española.

«Está claro, se han acostado. Esta niñata se ha tirado a mi novio. ¡Guarra!».

—¿Le has preguntado a él? —África la miró con atención, aunque intuía que Dianne era lo suficientemente cobarde como para no hacer tal cosa.

—Por supuesto que no —respondió seria y apretó los labios.

Entonces África retiró la silla en la que estaba sentada, haciendo ruido para que todas se dieran cuenta de que iba a levantarse.

—Hazlo —le sugirió con brío para que se sintiera retada. Luego se giró para hablarle a las demás—. Luci, Katherine... yo me voy a la ducha. Lo necesito.

—Ah, de acuerdo, preciosa. Si tienes ganas de volver, aquí te esperamos —respondió la madre de Joe, mirándola con ternura.

—Claro, no me perdería ese pastel por nada del mundo. Kate, no te lo comas todo, me dejas un poquito, ¿vale? —le habló a la pequeña. Esta asintió sonriente.

Cuando África se alejaba hacia la salida de la cocina, Lucía se levantó y dio varias zancadas hasta alcanzarla.

—¡Afri! —se apoyó en el quicio de la puerta. Su prima, ya en el pasillo, se dio la vuelta.

—¿Qué pasa, Luci?

—Sé que te pasa algo, ¿qué es?, ¿acaso esa tía te ha molestado?

—Bueno, me ha hecho una pregunta atrevida, luego te cuento.

Lucía frunció el ceño y pensó un instante.

—¿Qué coño te ha preguntado?

—Por algún motivo debe estar intuyendo que su novio y yo hemos tenido algo —respondió con poca voz.

—No me extraña, ¿sabes? En la barbacoa Jael no te quitó ojo.

—A eso súmale que la primera vez que me vio en el *Alfonso*, estaba con él y llevaba puesta su camiseta. Solo su camiseta, ya me entiendes —explicó, y Lucía supo de qué hablaba.

—¡Tú no le pusiste los cuernos a nadie, se los puso su novio!

—Paso de los dos —siguió África, haciendo un gesto de desdén.

—Bueno, ve a darte esa ducha. La carrera de hoy no te ha sentado muy bien. Estás un poco pálida —comentó Lucía, escudriñando el semblante de su prima.

—Sí, voy a ello. Pero, oye, dejadme un pedacito de pastel. Lo digo en serio —la apuntó con un dedo y sonrió abiertamente.

Lucía fue a ella y la besó fuerte en una mejilla.

Cuando Joe volvió del ensayo, habían pasado más de seis horas. El grupo se hubo tomado un pequeño descanso para comer y luego habían continuado. Llegó a su casa y soltó las llaves donde siempre solía hacerlo; en una estantería de madera que había junto a la entrada. Caminó hacia el salón y solo encontró silencio. Por lo que Lucía le había dicho en unos mensajes de *WhatsApp*, su madre y su hermana habían pasado la mañana allí elaborando pasteles con ella. Pero lo que a Joe le había sorprendido y preocupado al mismo tiempo, era que también Dianne se había unido a la fiesta. No había evitado preguntarle a Jael por si estaba al tanto de aquello, y este directamente se cabreó. A Dianne no le gustaba cocinar nada. Ni siquiera había hecho el intento. Tampoco había mostrado nunca interés en visitar por su propia cuenta a la madre de Joe. ¡¿Qué cojones pretendía?! Joe hizo varios comentarios para quitarle importancia al asunto, y que su amigo pudiera seguir trabajando con normalidad. No lo consiguió, aunque Jael se esforzó en centrarse.

Lucía estaba tumbada en la cama con un simple pantalón corto y una camiseta ancha de manga larga. Estaba descalza, semi bocabajo, y dormía plácidamente. Joe cerró la puerta de la habitación tras de sí, intentando no hacer ruido. Caminó despacio y se detuvo a los pies de la cama, observándola. Inclino la cabeza para verla mejor y sonrió suavemente. Seguro que se había cansado de esperarlo; el ensayo se había alargado más de

lo normal. Se sacó la camiseta y se desabrochó el botón de los vaqueros. Luego se subió a la cama con cuidado y pegó su cuerpo al de Lucía. Ella apenas se movió. Continuó en su sueño profundo cuando Joe, despacio, le apartó el pelo para acercar los labios a su cuello.

—Eres mi vida, ¿lo sabías? —susurró. Pero no obtuvo respuesta.

La besó varias veces y, al ver que esta ni se inmutaba, echó la cabeza sobre la almohada y se relajó.

Jael, por su parte, recibió aquella noche la visita de Dianne, quien se había molestado en comprar comida china para ambos. La hizo pasar a su casa y juntos prepararon la mesa para cenar. Ella no paró de parlotear trivialidades, mientras que Jael hubo estado sumido en sus pensamientos, bajo un semblante ligeramente serio. En mitad de la cena, no pudo contener una pregunta.

—¿No tienes nada especial que contarme, Dianne?

—¿Especial? —se hizo la ignorante. Jael solo asintió, esperando que esta desembuchara—. Pues no. Hoy no he hecho nada especial, ni me ha ocurrido nada fuera de lo común, y mucho menos he visto a alguien que merezca la pena ser mencionado. Todo bien, muñeco —concluyó.

Jael se quedó mirándola con austeridad. El sarcasmo había sido el ingrediente principal de aquella respuesta. La sinceridad parecía brillar por su ausencia, y con ella, se esfumaba la confianza que él pudiera tenerle. No. Definitivamente no solo no la amaba, sino que el supuesto intento de ver una posible chispa entre ellos, quedaba rescindido. Como bien había dicho su amigo Joe días atrás, estaba cometiendo otra equivocación. Una muy grande. Debía plantearse de nuevo qué hacer con su vida. Tal vez estar un tiempo solo fuera la mejor opción.

El fin de semana siguiente, NBITS, alrededor de las ocho de la tarde y de manera triunfal, hacía acto de presencia en el escenario, frente a una multitud enfebrecida que clamaba por ellos. Atlantic City vibraba por verlos aparecer y morir de emoción escuchándoles cantar en vivo y directo.

Los primeros acordes, que hicieron gritar más a los fans, fueron los de “*Your love is my reason*”; una balada profunda que expresaba lo que podría sentir cualquier persona en su fase de enamoramiento más intenso. Aunque la cantaban los cinco chicos, Joe tenía más protagonismo en gran parte de la

canción, y no dudó en dirigirse a Lucía la mayoría del tiempo. La buscó con la mirada y sufrió al verla allí, donde ella había querido estar junto a su prima, siendo parte de la abundancia de público. Por más que él había insistido para convencerlas de que detrás del escenario estarían mejor, las chicas no desistieron de su genial idea. Querían vivir su primer concierto de NBITS como era debido. Gritando y llorando de emoción si hacía falta. Sumándose al calor que la gente desprendía, el cual fue convirtiéndose en puro sudor en cuestión de pocos minutos.

*Nunca creí que existiría alguien como tú...
No sabía que se podía amar tanto...
Y tú sin saber que mi corazón te esperaba...
No te alejes nunca... Tu amor es mi razón...*

Joe lanzó un beso al público en general cuando la canción había finalizado, y, seguidamente, lanzó otro en dirección a Lucía. Solo para ella. Esta tenía los ojos llenos de lágrimas. Se mordió los labios para aguantar un sollozo y se besó la mano para corresponder a su chico. ¡Si aquella inconmensurable cantidad de chicas enfervorizadas hubieran sabido de quien se trataba ella, tal vez, y solo tal vez, habría escapado de allí un poco perjudicada! Por ese motivo, ambas primas se comportaron como todas las demás.

“*Dance to my heartbeat*” fue el segundo tema que interpretaron. Las primas lo conocían, pero no se habían parado a buscar el videoclip en internet, por lo que no supieron hasta ese preciso momento, lo bien que se movían los chicos. ¡Menuda coreografía! Lucía y África se miraron con sorpresa y rieron por la impresión.

—¡Ahora entiendo que tengan a las chicas completamente desquiciadas! —exclamó África, recordando el episodio “fans locas” que vivió junto a Jael en Sevilla. Irremediablemente también recordó que tras aquella repentina experiencia, la besó. Llevó su vista al escenario, a tiempo de ver cómo este se abría la mientras bailaba.

«¿*What?!*», frenó su mirada en seco en aquel torso cincelado, y sus labios se separaron instintivamente. Lucía le cerró la boca al darse cuenta.

—La baba —la regañó en tono cómico.

África chasqueó la lengua contrariada.

—¡Que tenga buena anatomía no lo exime de ser un capullo! —gritó. Unas fans adolescentes que estaban junto a ellas se quedaron mirándolas con mala cara.

—¡Sí, tu ex novio Isidoro se lo tiene demasiado creído. Pero olvídate de él y céntrate en lo que tienes delante, joder! —vociferó Lucía para despistar a aquellas chicas. África cabeceó y explotó en un carcajada.

—¡Te adoro, Gominola! —dijo, y la abrazó entre risas.

—Y yo a ti Gu... —A Lucía le faltó muy poco para llamarla por el apodo amoroso que Jael le había puesto: Gucci. Aunque calló a tiempo tapándose la boca con una mano.

África achicó los ojos y la miró de soslayo, sabiendo lo que había estado a punto de hacer.

—Es que ese apodo es chulísimo, Afri. Y, joder, hay que reconocer que te sienta bien. Hueles a Gucci, eres Gucci. ¡Te identifica, independientemente de quien se lo haya inventado! —explicó, refiriéndose a Jael.

África empezó a esbozar una sonrisa, que a Lucía descolocó. Pensaba que iba a pedirle que no volviese a llamarla de aquel modo.

—Tienes razón. A mí también me gusta —reconoció.

—Lo sé —asintió Lucía.

—¿Sabes? —añadió la rubia.

—Dime —la atendió su prima.

—A partir de ahora puedes llamarme así cuando quieras. Joe también, si le apetece. ¡Creo que va a ser divertido! —exclamó. Lucía sonrió, aunque no entendió del todo que vinculase el apodo con la diversión. Le preguntaría por ello más tranquilamente al salir de allí.

“The broken silence” “At the sun party” “In your look”. Tema tras tema, los chicos fueron haciendo que aquellas tres horas se convirtieran en una noche mágica. Sus voces. La sorprendente manera que tenían de disfrutar en el escenario. El cariño que rendían a sus seguidoras. La emoción que desprendían ellos al percibir tanto amor. El cómo vivían cada canción. Lo increíblemente guapos que estaban...exaltados y sudorosos.

La penúltima canción, titulada *“It’s always gonna be you”* fue interpretada exclusivamente por Jael, quien, por alguna razón, había previsto cantarla en español. Su título: *“Siempre serás tú”*.

Las luces se apagaron de repente y en la gran pantalla que había tras él,

se encendió una imagen llena de farolillos tailandeses que volaban y brillaban en la oscuridad. Jael caminó despacio hasta el centro del escenario cuando sonaron los primeros acordes. Un solo foco lo alumbró, haciéndolo visible ante la inmensa marea de fervientes fans. No obstante, él no vio a nadie. Cerró los ojos, sacó de su corazón la letra de aquella canción, y sintió.

Estudiaré la manera de hacerte volver aquí...

Viviré esperando ese momento...

No he dejado de recordar el olor de tu piel...

Siempre vivirás en mí...

Siempre serás tú... Siempre serás tú...

Con sus últimas palabras y antes de que cualquier luz volviese a esfumarse, Jael abrió los ojos y, sin reparo alguno, como si no hubiese nadie más en aquel lugar, miró directamente hacia donde sabía que estaba África. Encontró los de ella llenos de lágrimas y todo su cuerpo vibró. Perderse unos segundos en aquella mirada azul, rebelde, triste y emocionada, fue su verdadera recompensa.

—Sí, siempre serás tú... —susurró. Y aunque todo el mundo creyese que aquellas cuatro palabras formaban parte de la canción, no fue así.

Las fans gritaron y el escenario se apagó de nuevo.

Tras dos minutos en silencio, los chicos volvieron a aparecer. Estos se habían cambiado de ropa y ahora todos vestían de blanco. Todos menos Jael, quien se había quedado en el camerino. Por supuesto, tendría que haber regresado con sus compañeros para finalizar juntos el concierto, pero no lo hizo. Así que, Joe, Dax, Dany y Jonathan pusieron el grandioso e inolvidable punto final, haciendo que temblase un poquito más el suelo de Atlantic City. Lanzaron innumerables besos al aire, dieron las gracias y se despidieron prometiendo volver.

Jezabel Marí

Capítulo 32

Hora y media después del concierto, los chicos llegaron al restaurante donde tenían una reserva para cenar. Dicho lugar había cerrado sus puertas al público por aquella noche, siendo esta una petición del manager del grupo, quien se encontraba sentado a la mesa junto con los demás. Dos de los guardaespaldas también fueron invitados. Y por supuesto, Lucía y África.

Lucía quiso sentarse junto a su prima, ambas hacia un extremo, y dejar espacio a Joe para que estuviese con sus amigos. Joe, al verla tomar asiento cuatro o cinco sillas alejadas de él, torció el gesto de forma interrogativa. Ella sonrió graciosa y le hizo una señal de despreocupación con la mano para que este se quedara conforme. Pero nada más lejos de la realidad, Joe se levantó, dejando con la palabra en la boca a su compañero Jonathan y caminó hasta ella. Se inclinó y le habló al oído.

—Usted, Gominola, se ha equivocado de sitio —habló en voz baja. Su cálido aliento, con un ligero toque al vino semidulce que se había tomado junto a la barra del bar al llegar, hizo que se encogiese por la sensación y que su piel se erizara. ¡Siempre provocador!

—Aquí estoy bien, amor. No te preocupes —respondió Lucía.

Joe le retiró el pelo del cuello y volvió a inclinarse cerca de su oreja.

—Tu lugar es a mi lado —insistió y besó su mejilla.

Lucía volvió a estremecerse ligeramente. Giró la cabeza y le sonrió.

—Para el postre me cambio de silla, ¿te parece? —propuso.

Joe simuló pensar unos segundos.

—¿Dónde te sentarás? —se interesó. Dependía mucho de la respuesta, el que volviese a su sitio sin ella.

Entonces la que simuló pensar fue Lucía. Luego le hizo un gesto con el dedo para que volviese a inclinarse sobre ella. Él sonrió y accedió.

—El postre me lo comeré sentada sobre tus piernas —susurró.

A Joe le subieron unos grados la temperatura solo con imaginarlo.

Lucía arqueó una ceja de manera interrogativa y él asintió con rotundidad.

—Y usted, señorita... —señaló a África, llamando la atención de esta.

—¡Gucci, ven aquí, siéntate a mi lado! ¡Estás muy lejos! —irrumpió la voz de Dax, desconcertando por completo a Joe, que se giró al instante para mirarlo. ¿La había llamado Gucci? Luego, instintivamente, desvió sus ojos hacia Jael para ver si este se había percatado. Jael, que hablaba con Scott, en ese momento volvió la cabeza y miró a Dax con el ceño rigurosamente fruncido. ¿La había llamado Gucci? ¿Qué cojones...?

—¡Déjalas ahí que quieren hablar de sus cosas! ¡No molestes, Dax, te lo recomiendo! —exclamó Joe de forma cómica, pasando junto a su amigo. Tomó asiento al lado de Jael y dejó ir un suspiro despreocupado. Cogió por su cuenta una botella de vino que había dentro de una cubitera y no esperó a que el camarero le sirviese, él mismo lo hizo, en su copa y en la de su mejor amigo—. Bebe, camarada. Por ti y por mí —terminó diciendo a modo de brindis. Jael no tardó en hacerlo. Lo necesitaba.

Lucía, bastante sorprendida, miró a su prima.

—Golpe bajo —opinó, un tanto seria. África no se tomó a mal aquel comentario.

—Yo le di permiso de llamarme así. A Dax le ha parecido simpático —explicó la rubia.

Lucía la miró unos segundos y negó con la cabeza.

—Jael sufre lo suficiente viéndote cerca y sin poder tenerte. Con ignorarlo ya le estás haciendo la puñeta, Afri —añadió.

África frunció un poco el ceño intentando analizar el comentario de su prima. ¿Estaba pidiéndole que no le hiciera más daño de la cuenta a Jael? ¿En serio?

—Hace días que estás muy light con el tema Jael, ¿no? ¿Ya no te acuerdas de lo que me hizo, o qué? —preguntó, un tanto molesta.

Lucía suspiró y dejó caer los hombros.

—Mira, he visto detalles en él y también por cosas que me cuenta Joe, que me hacen pensar que verdaderamente lo está pasando mal. Se castigó a sí mismo equivocándose contigo. Pero... —hizo una ligera pausa para pensar cómo iba a decir lo siguiente—, creo que sigue...

—¡Nada! —la interrumpió África haciéndola callar—. No quiero escuchar ninguna opinión buena sobre él. No lo merece. Punto. Cada cual con su vida. Sin más —se expresó de manera insolente.

Lucía tamborileó con la yema de los dedos sobre la mesa mientras regañaba a su prima con la mirada. La rubia torció los labios.

—No eres tan insensible, ni tan cruel. Estabas llorando cuando él cantó “*It’s always gonna be you*” —murmuró la mayor.

—¿Dejamos el tema, Lucía? —propuso, en riesgo de desesperarse.

—Ok —Lucía apretó los labios. Sí, dejaría el tema, pero solo por el momento. No estaba dispuesta a permitir que su prima estuviese siempre pendiente de joder a Jael. Eso no era más que una clara señal de que seguía importándole. Y si le importaba, ¿por qué hacerle daño? África podía ser una chica rebelde, sí, pero su rebeldía nunca había tenido maldad. ¡Y si de ella dependía, tampoco la tendría ahora!

Todos dieron buena cuenta del menú que les sirvieron, a base de mariscos y pescados cocinados de una manera innovadora y exquisita. Luego, la mayoría de ellos se levantaron para ir a pedir una copa a la barra del bar.

Dax se acercó a África y le tocó el pelo de forma cariñosa. Ella le pasó el dedo por la incipiente barba y sonrió con simpatía. Dax le devolvió la sonrisa mostrando su dentadura y, cogiéndole ambas mejillas con las manos, se inclinó a besarle una de ellas.

—Me debes un tatuaje —le recordó él.

—Tú me debes otro —respondió ella.

—Día y hora. El lugar mi casa —impuso Dax.

África pensó unos segundos.

—¿Mañana estás ocupado? —preguntó.

—No, pero si lo estuviera me desocuparía —contestó y le guiñó un ojo.

—¡Perfecto pues! La hora me da igual... tú decides —dijo África encogiéndose de hombros.

—Te mando un *WhatsApp* y paso a recogerte con la moto —concluyó.

—Guay —asintió ella.

—Guay —Dax le ofreció su mano para sellar el acuerdo. África la tomó y ambos rieron.

Joe, después de haber estado observando a Dax y Afri, apretó las manos entorno a la pequeña cintura de Lucía, a la cual tenía sobre sus rodillas comiéndose un trozo de tarta de chocolate.

—África no pensará tener nada con Dax, ¿no? —murmuró, dejando entrever una pequeña duda.

—No que yo sepa —respondió Lucía con la boca llena.

—Están teniendo mucha confianza —continuó Joe, viendo cómo

seguían conversando.

—Bueno..., Afri se lleva bien con casi todo el mundo. No es raro.

—¿Qué hay de lo que te dije? ¿Le dijiste que Jael la sigue queriendo?

—No quiere hablar de ello, te lo aseguro.

—Jael no se acerca a ella porque piensa que lo odia. Él se hace el impasible, pero como podrás comprobar, está que se muere por dentro.

—Me ha quedado claro con esa canción que ha cantado en el concierto...

—Estaba dirigiéndose a ella todo el tiempo, lo sabes, ¿no? —Joe buscó la mirada de su chica.

—¿Cómo no voy a saberlo? La ha cantado en español, en Atlantic City. Y al terminar la miró de una forma... —abrió los ojos con un poco de exageración mientras movía la cabeza de un lado a otro. Ella también se había emocionado mucho viendo a Jael cantar de aquel modo.

—¿Sabes que es un tema inédito? Nunca antes la había cantado —confesó Joe.

Lucía se sorprendió mucho, una vez más, y giró la cabeza mientras tragaba otro pedacito de tarta. Joe pasó su dedo por el labio inferior de ella para recoger un poco de chocolate y luego lo saboreó.

—¿La ha compuesto él? —se interesó.

—Sí —asintió Joe.

—Uf, pues es preciosa —opinó con sinceridad.

—Y es para tu prima.

Lucía miró a Jael desde la distancia. Este tomaba una copa con su hermano y con Scott. Parecía calmado, aunque más serio que de costumbre. Poco se podía ver en él del chico malote y socarrón que podía llegar a ser.

—¿Cómo le va con su novia? —preguntó ella.

Joe se encogió de hombros con desdén.

—No va, simplemente. Eso no puede funcionar, no la ama, nunca lo ha hecho. Está con ella por estar, y por tener contenta a la madre.

—Y también para olvidar a Afri —añadió Lucía.

—Él sabe que eso no le va a dar resultado.

Jael y Jonathan se quedaron solos después de que Scott se despidiera de ellos y se marchara. El mayor miró a su hermano, quien bebía un trago de su nueva copa.

—Ey, que sea la última.

Jael desvió sus ojos hacia él, aunque su gesto seguía sin mostrar ningún sentimiento.

—¿En serio, John? Te recuerdo que tengo veintitrés...

—Oh, qué mayor —bromeó. Aún así, Jael no mostró ningún atisbo de sonrisa, solo cabeceó—. Jael... —siguió Jonathan, después de haberlo observado un instante—, con esa chica..., África, tuviste más que un par de polvos, ¿verdad?

En ese momento Jael sí que reflejó un gesto de incomodidad. No esperaba la pregunta, pero sería sincero. Tomó otro trago y dejó el vaso vacío sobre el mostrador mientras dirigía la mirada hacia su hermano.

—Me enamoré de ella —confesó sin que le temblara ni una pestaña y dejó la mirada fija ante la de John. Este guardó silencio y frunció el ceño ante tal confesión.

—¿Eso es cierto o es que has bebido demasiado? —se quiso asegurar.

—Tú preguntas, yo respondo —dijo, sin más.

John dejó ir el aire de sus pulmones y bebió de su vaso de ron.

—¿Y sigues...? —no fue capaz de terminar la frase. Pero Jael lo entendió perfectamente.

—Hasta los huesos —respondió con firmeza.

Aquella respuesta impactó a su hermano, quien no dudó en llevar la vista hacia aquella chica rubia de ojos azules que parecía feliz hablando con Dax.

—Y me está matando poco a poco el no poder estar con ella —admitió. Definitivamente aquella noche no iba a negar nada. Ya había sido bastante explícito encima del escenario, ¿qué perdía siéndolo un poco más?

—¿Y qué piensas hacer? Estás en un problema, Jael.

En ese momento, fue Jael quien llevó su vista hacia donde estaba Afri. La miró durante unos segundos sin decir nada. Aún seguía con Dax. Parecían muy entretenidos y con muchas cosas de qué hablar. Parecían conectar a las mil maravillas y sintió unos celos irremediables. Antes de retirarles su atención, no pudo evitar fijar su mirada sobre los labios de ella...

—Si te digo lo que acaba de pasar por mi mente me llevarías directamente a la cárcel... —dijo en voz baja.

—Pues detén tus pensamientos. Eres un hombre comprometido. Si

mamá supiera... —intentó comentar con preocupación.

—Me da igual —lo interrumpió, dejando salir las palabras con tintes de rendición.

John lo miró sorprendido.

—Creo que lo mejor sería que la tal África volviese a España y no la vieras más —opinó, tras comprobar que su hermano menor estaba anteponiendo lo que sentía a todo lo demás. Incluso a la madre de ambos, a quien siempre había respetado y complacido.

—Sí, posiblemente, pero ahora está aquí —se inclinó un poco hacia la barra del bar para requerir al barman—. ¿Me pones otra copa, por favor?

—Estás bebiendo demasiado. —John le dio un toque de atención, a pesar de saber que Jael no lo tendría en cuenta. Aquella noche menos que nunca.

—Lo necesito, ¿no te das cuenta? —respondió Jael, convencido de que unas copas podrían ayudarle a evadirse de sus sentimientos.

La noche fue transcurriendo y a las cuatro de la madrugada todavía quedaba gente en el restaurante. Joe, Lucía, África, Dax, Dany y Harry, uno de los guardaespaldas, conversaban sentados en una zona de sofás. Una pequeña lámpara que colgaba del techo les alumbraba tenuemente y sonaba una música muy suave de la que apenas eran conscientes. Jael, por su parte, no había dejado de hablar con el barman que se había quedado tras la barra para servirles hasta que se marcharan. Lucía se levantó para ir al baño y aprovechó para acercarse a él. Jael, al verla delante suyo, se sorprendió, a pesar de estar ligeramente afectado por el alcohol.

—¿Estás bien? —se interesó ella.

Jael la miró con extrañeza y curvó un poco las comisuras.

—Hola, Lucía —la saludó.

Lucía llevó la vista un momento hacia el lugar donde había dejado a todos los demás, luego volvió a mirarlo a él.

—Dime, ¿estás bien o no? —insistió en saber.

Jael simuló pensar durante unos segundos y torció los labios.

—Me voy a casar con una mujer a la que no amo. Mi madre prácticamente me ha obligado a ello desde que cumplí los veinte. He hecho un daño terrible a la persona de la que estoy enamorado. Ella pasa de mí y no va a perdonarme en la vida. Y por si no fuera suficiente, está a un paso de liarse con uno de mis mejores amigos. Sí, Lucía, estoy feliz. No, feliz no,

estoy pletórico —respondió con una triste ironía.

Aquel toque triste no pasó desapercibido para Lucía, que al principio apretó los labios y lo miró con disconformidad, pero que no tardó en compadecerse de él.

—No se va a liar con Dax. Se han hecho amigos, nada más —explicó con calma.

Jael la miró en silencio y dejó ir un suspiro.

—Si se lía con él me pego un tiro —murmuró. Lucía sonrió un poco.

—No van a liarse.

—¿Quieres una copa? —sugirió.

Lucía pareció pensárselo.

—Va..., ron con limón —aceptó.

Jael pidió al barman lo que ella quiso tomar y también algo para él.

—¿Y ella cómo está? ¿Está todo lo bien que parece? —se sinceró.

—Está bien. Dejémoslo ahí —evitó entrar en detalles. No creía conveniente contarle lo que verdaderamente pensaba.

—En serio, Lucía, yo no quiero molestarla. Te prometí que no lo haría, ¿recuerdas?

—Sí, sí, lo recuerdo —asintió ella, acordándose del momento en que lo hizo.

—Pero... Joder, la he echado de menos cada maldito día. Te lo juro —confesó, dejando entrever parte de la desesperación que sentía dentro de sí.

Lucía se quedó mirándolo. Sus sospechas y todo lo que Joe le contaba sobre él era completamente cierto. No había tenido que esforzarse nada para comprobar que era un buen tío, a simple vista se intuía que sufría por la situación con su madre, y, de lo que sentía por África, ya no tenía duda alguna. Jael solo se había equivocado, como podía equivocarse cualquier otra persona a lo largo de su vida. ¿Sacrificarlo por eso? Ella no lo veía justo. ¡Ni que hubiera matado a alguien!

—África es un poquito dura, seguro que ya lo sabes... —murmuró Lucía.

—Sí, lo sé —asintió.

—Pero también sabes que toda fruta que está dura luego madura y se pone tierna, ¿no?

Jael alzó la mirada hacia ella y curvó las comisuras al escuchar aquella metáfora.

—¿Estás queriendo decir que me perdonará? Me conformaría con eso.
—Sus ojos se tiñeron de interés. Lucía era la persona más cercana a Afri. Estaría dispuesto a creerse cualquier cosa que esta le dijese.

Después de unos segundos, Lucía optó por asentir, mostrando una sonrisa muy esperanzadora para él.

Desde la distancia, África los vio brindar y beberse aquella copa juntos. ¡¿*What?*!

A la salida del restaurante, alrededor de las cinco de la mañana, un par de guardaespaldas se responsabilizaron de hacer llegar a los chicos a su domicilio. Dany y Dax se fueron en un *Audi* con Anthony, mientras que Joe y las chicas se subieron a otro coche con Harry. Jael tuvo la intención de pedir un taxi, pero Joe se empeñó en que fuera con ellos. Lucía, precavida, fue todo el viaje sentada entre Jael y África. Joe no hizo más que observar la situación desde el asiento del copiloto, y en más de una ocasión esbozó una sonrisa. Aquella situación tenía los días contados. Estaba seguro de ello.

Jael, por su parte, desde su posición, pegado a una de las puertas y con la mirada perdida a través del cristal, no dejó de percibir aquel perfume a Gucci que lo hizo recordar.

«Si llegamos hasta el final no voy a dejar que seas de nadie más», repitió para sí, después de haber recordado aquella frase que le dijo antes de hacerla suya por primera vez. Seguidamente le vinieron a la mente algunas imágenes en las que había la había visto con Dax. Volvió a ponerse celoso. Mucho. Jamás se había sentido así.

Giró la cabeza y, sin disimulo, puso sus ojos en ella. Lucía, al darse cuenta, al estar en medio de ambos, pegó la espalda al sillón para facilitarle la visión. África no se percató de nada, o, al menos, no dio señales de ello, pues siguió concentrada en sus pensamientos, con la mirada puesta en lo que veía tras la ventanilla del coche.

Lucía lo miró y él le dirigió su atención. Ella torció los labios para infundirle un poco de despreocupación. Él dejó ir un suspiro silencioso y devolvió sus ojos al cristal.

«Si tienes que ser de otro, que yo no lo vea».

Jezabel Marí

Capítulo 33

El sol se colaba por cada ventana de la casa. Ya debían ser casi las tres del medio día cuando Lucía abrió los ojos. Se llevó las manos a la cabeza y presionó sus sienes con los dedos. ¡Menuda jaqueca! Definitivamente el ron no era lo suyo... ¡Y mira que estaba rico! Pues nada, no podía abusar de él. A partir de la tercera copa, ya suponía un peligro para su bienestar. ¡Resacón del quince!

Miró hacia el lado de la cama donde dormía Joe y este ya no estaba allí. En su lugar, una rosa y una nota de papel.

“Estás preciosa esta mañana, mi amor. Gracias por la pasión con la que te has entregado esta vez. Puro fuego. Me tienes completamente enganchado a ti. Ahora voy a ir a ver a mi padre, que me ha llamado bien

temprano. Comemos juntos después. Te amo”.

Una sonrisa se había dibujado en la boca de Lucía sin que ella se diera cuenta. No obstante, tras leer el mensaje, levantó un poquito la sabana con la que se cubría y vio su cuerpo absolutamente desnudo. Hizo memoria y torció las cejas. ¡Que Dios la perdonara pero no se acordaba de la pasión que Joe había mencionado! Emitió una pequeña carcajada y se despezó. Luego se puso en pie, fue hasta el vestidor de su chico y, sin mirar, cogió la primera camiseta que tuvo al alcance de su mano. Se la puso y salió descalza de la habitación. De puntillas, corrió hacia la escalera y bajó rápidamente para dirigirse a la cocina. Empujó las puertas abatibles y se detuvo en seco al encontrar allí a su prima.

África estaba sentada en un taburete y parte de su cuerpo descansaba sobre la mesa. Los labios carnosos, algo entreabiertos, asomaban a través de algunas hebras de su pelo, que cubrían su rostro.

Lucía caminó varios pasos más hacia ella e inclinó la cabeza para verla mejor. ¡Estaba en ropa interior! Unas braguitas azules súper *minis* y el sujetador a juego. ¿Tanto había bebido la noche anterior para levantarse así de exhibicionista? ¡Tenía aspecto de no poder con su alma!

—Afri... —susurró Lucía con tacto—. Ey..., Gucci... —insistió, esta vez apartándole una de las hebras de la cara.

—*Mmm* —África emitió un suave sonido casi inaudible.

—Oye, *primuchy*, ¿estás bien?

—*Mmm* —La rubia parecía no tener fuerza para articular palabra. ¡Ni siquiera despegaba las pestañas!

Lucía dio un pequeño brinco y se sentó en la mesa, justo al lado de la cabeza de su prima. Acarició el perfil de la cara de esta mientras le recogía el pelo tras la oreja y frunció las cejas al ver una mancha en la comisura de su boca. Estiró el brazo para coger una servilleta de papel del centro de la mesa y se la pasó por los labios. ¿Se habría levantado a comer y se habría quedado dormida sin haber tragado el último bocado de lo que quiera que fuera aquella pasta amarillenta que tenía en la boca?

—África... despierta. Ey... Ey... —le pellizcó repetidamente la pequeña y respingona nariz. Pero lo hizo con suavidad; su prima no tenía pinta de querer ser molestada.

—Ya no más... Ya no más... Por favor, no... —balbuceó Afri de una forma poco comprensible.

Lucía torció el gesto.

—Oye, Afri, despierta, empiezas a preocuparme... —se expresó con más seriedad e insistencia.

África luchó por levantar los párpados.

—Joder, estoy reventada —dijo, esta vez con algo más de claridad.

—¿Y por qué no te has quedado en la cama? ¿Tanta hambre tenías como para interrumpir tu descanso y bajar a zampar? —la regañó Lucía, aunque sin alzar la voz.

África volvió a esforzarse y, apoyando el brazo en la mesa, dejó descansar la cabeza sobre una mano para poder mirar a su prima. Todavía era incapaz de abrir bien los ojos. Lucía la observó con atención.

—¿Comer? No me hables de comer, te lo pido por favor. Buf.

—No te tangles. Tenías comida seca en la comisura de la boca... Por cierto, ¿qué coño has comido? Eso parecía papilla para bebés. —Lucía insinuó una sonrisa.

—Vómito —añadió la menor, poniendo cara de asco.

—¿Qué? ¡¿Has vomitado?! —preguntó un tanto alarmada.

—No he parado de hacerlo desde las ocho de la mañana. ¡Dios, qué asco! Me vuelven las arcadas solo con recordarlo.

Lucía la observó un instante mientras se mordía el labio con inquietud.

—¡El marisco de anoche! —exclamó—. Tiene que ser eso.

—Buf, no sé, no sé, pero no lo menciones porque poto otra vez. ¡Calla, calla! —África volvió a esconder la cabeza entre sus brazos, extendidos sobre la mesa.

—Ya..., tranquila. No es nada grave. Una simple indigestión que tu prima va a hacer desaparecer con una buena manzanilla.

Lucía se bajó al suelo y se dispuso a buscar en uno de los cajones. En aquel cajón habían infusiones de todo tipo, y rápidamente encontró la que buscaba.

Joe estaba en el despacho de su padre, donde también había encontrado a Scott, su manager. Este, con la barbilla apoyada en la mano, apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, Joe..., no lo entiendo. Tú eres el más responsable del grupo. De Jael, de Dax, e incluso de Dany, podía habérmelo esperado. Pero de ti, jamás.

Tú y Jonathan sois los que siempre habéis dado ejemplo a los demás. ¿Cómo se te pasó por la cabeza?

Joe se removi6 en su asiento. Junt6 ambas manos y se las llev6 a la cara para resoplar sobre ellas. Cerr6 los ojos y los abri6 de inmediato para escuchar a Joseph, su padre.

—Indudablemente fue una irresponsabilidad. Pero Scott, no olvidemos que son j6venes. Cuando uno est6 en la veintena no siempre es consciente de los riesgos que se corren.

Scott asinti6 con cara de circunstancia.

—Hasta ah6 estamos de acuerdo, pero eso no le va a salvar de tener que pagar. Y la cifra es alta —a6adi6.

—La pagar6 —dijo Joe poni6ndose de pie.

Scott y su padre alzaron la vista para mirarlo.

—La cifra es lo de menos, hijo. Olv6date de eso. Lo importante es conseguir que no se publique ni un art6culo m6s de aquel violento altercado. Eso ser6a lo que m6s perjudicar6a a tu imagen. Si la prensa empieza a tirar de ese hilo, terminar6an sacando la parte de tu pasado que no queremos que se sepa. —Joseph habl6 con calma, aunque el gesto de su cara dejaba entrever su preocupaci6n.

—Exacto. No podemos permitirlo. Esa informaci6n podr6a da6ar seriamente la imagen de NBITS en general —sigui6 diciendo Scott. Sus ojos grises estaban cargados de cordura y gravedad. Quer6a al grupo y defender6a a sus chicos ante cualquier eventualidad, hasta su 6ltimo aliento.

Joe se puso las manos en las caderas y apret6 los labios con fuerza mientras meditaba sobre lo que acababa de o6r de parte de aquellos dos hombres tan importantes en su vida.

—¡Mi pasado podr6a ser el pasado de cualquier chico! Joder, era un adolescente —se defendi6, aunque recordar aquella 6poca no le hac6a sentir nada bueno.

—La adolescencia no te justifica, hijo. Y s6, seguramente muchos chicos hayan molido a golpes a otros a esa edad. Pero ellos no son Joe Mcilroy.

—Efectivamente —asinti6 Scott—, ese es el gran problema. Tus admiradoras van a seguir a tu lado, pero, a parte de ellas, hay otras hurracas ah6 fuera esperando encontrar el m6s m6nimo detalle para ponerte al filo del abismo. Ganan millones de d6lares dedic6ndose a ello.

—¡Joder! ¡Malditos cabrones! —gruñó Joe alterado—. Estaba demasiado ciego de ira para darme cuenta de que habían paparazzis en la fiesta —reconoció. Chasqueó la lengua y cabeceó.

Joseph y Scott se miraron entre ellos. El primero dejó ir un suspiro.

—Tiene que ser cierto lo que dice tu padre de que tienes instinto asesino, casi te lo cargas. Hay una foto bastante sangrienta de tu contrincante.

—Scott, ya. Lo último que necesito es que me des detalles. Sé muy bien lo que ocurrió allí y cómo le dejé la cara al hijo de puta ese. ¡Lo haría de nuevo si fuese necesario! —gritó con fuerza.

—No, Joe... Tranquilízate —Joseph se puso en pie, mirando a su hijo con atención.

—Las mujeres desatan las peores catástrofes climatológicas... —murmuró Scott de manera metafórica, a sabiendas del motivo que desencadenó la pelea entre Joe y Mateo, el ex de Lucía.

Joe tensó el mentón y lo miró con indignación.

—A mi mujer ni la toca ni la ofende nadie. ¡Nadie! ¡Por Lucía soy capaz de...!

—¡Joe! —gritó su padre con contundencia para hacerle callar.

Joe alzó la voz lo suficiente como para que su madre, que estaba junto a la puerta del despacho, pudiera oírle. Los ojos de esta se llenaron de lágrimas, no porque su hijo se hubiera molido a golpes con otro hombre por defender a Lucía, sino porque todo aquello que acababa de escuchar la transportó al pasado. Un pasado en el que creyó perder a su hijo. Un pasado en el que estuvo a punto de tener que ir a visitarlo durante años a un correccional. Un pasado en el que Joe casi mató a un profesor del instituto. La pequeña Kate, escondida en una esquina del pasillo, también escuchó lo sucedido. No comprendió muy bien por qué su hermano estaba en un grave problema, pero oírle gritar y ver a su madre llorar, hicieron que el corazón le latiese a gran velocidad y que le costase respirar.

«Es ella. Lucía... Lucía tiene la culpa», pensó, y salió corriendo hacia su habitación.

Jael se había dado una ducha después de haber hecho deporte y se encontraba sentado en un sillón de jardín, en la terraza de su casa. Estaba solo. Sobre la mesa, un zumo de naranjas al que aún no le había hecho mucho caso. Llevaba un buen rato con sus ojos puestos en la pantalla del *iPhone*,

donde había abierto y cerrado una y otra vez la lista de contactos.

Antes de que tomase la decisión que se disputaba en su mente, recibió un mensaje de Marlene, su señora madre.

“Cariño, te espero en casa para merendar. Recoge a Dianne y la traes contigo, tengo que hablar algunas cosas con ella”.

Inmediatamente Jael se agobió. Era casi seguro que lo que su madre quería hablar con Dianne, tuviera que ver con.. la boda. Pensar en aquello le generaba estrés. Y joder, Dios sabía que él había puesto de su parte para seguir con la pantomima que prometía ser su vida. Con el plan que habían diseñado para él. Con el que le habían impuesto sin preguntar. Ya se había planteado muchas veces aquella pregunta, pero seguía sin encontrarle una respuesta decente; ¿por qué a su madre le importaba tan poco que no estuviese enamorado de Dianne? Debía hablar con ella cuanto antes.

“Si no te importa iré solo, mamá. Necesito hablar contigo de algo importante”, escribió y envió con decisión.

“Hijo, ¿ha pasado algo?, ¿tengo que preocuparme?”. Marlene, que regaba las plantas del gran ventanal de su cocina, frunció el ceño y esperó a que Jael le respondiera.

Sin embargo, él ya había bloqueado el teléfono y se había puesto en pie.

Marlene esperó un poco más y su gesto se tornó preocupado, por lo que decidió llamar y hablar directamente con su hijo. Tampoco tuvo éxito.

Jael, lejos de querer dar un adelanto a su madre del tema que quería tratar con ella, obvió la llamada mientras se ponía una cazadora. Guardó el teléfono en el bolsillo interior de esta y salió por la puerta.

Solo veinte minutos después, atravesaba el jardín de la casa de Marlene. Ella se acercó a la entrada para recibirle, pues tenía un palpito de que aquella no sería una conversación agradable. Verificó esto al verlo llegar. No obstante, como siempre, levantó los brazos para cogerle las mejillas cuando este se inclinó a darle un beso en la frente. Fue un gesto breve y menos cariñoso de lo que solía ser en otras ocasiones. Eso sí, desde que Jael había regresado de España, había notado ciertos cambios en su actitud. Menos bromista. Menos cercano. Menos hablador... Marlene, como madre, tenía una ligera idea de lo que podía tenerle así.

—Hijo, te he estado llamando, ¿por qué no has cogido el teléfono? — cuestionó, observando cómo él se quitaba las gafas de sol y la cazadora, al

tiempo que caminaba hacia el interior de la casa. Ella lo siguió.

Cuando llegaron al amplio y diáfano salón, Jael se giró y, entonces sí, la miró directamente a los ojos. Intentó no aparentar toda la contrariedad que sentía, pero su ceño se frunció por cuenta propia.

—¿Por qué no has descolgado el teléfono? —volvió a preguntar Marlene.

Después de unos segundos, Jael tomó aire y le respondió.

—Porque lo que me trae aquí es lo suficientemente serio como para no querer decírtelo por teléfono. —Su seriedad la inquietó más.

La mente de Marlene giró a mil revoluciones por segundo. ¿Cómo afrontar el tema? No sabía la fuerza que podía tener aquello de lo que estaban a punto de hablar, pero ella haría cualquier cosa para exterminarlo, como si de un virus se tratase. Nada iba a estropear el futuro de su hijo. Había puesto muchas ilusiones y mucho amor en sus planes. Aún así, no pudo evitar mostrarse un tanto nerviosa.

—Ven, siéntate, hijo... —lo cogió de una mano y tiró de él para llevarlo hacia el sofá.

Pero Jael no necesitaba estar sentado. Se resistió y, suavemente, se deshizo del agarre de su madre. No quería sentirse manipulado en lo más mínimo.

Marlene se giró y lo miró desconcertada.

—Mamá... —empezó a hablar.

—Te exijo que automáticamente dejes de ver a esa chica —irrumpió con mesura y firmeza.

Jael, que no esperaba aquella salida, se tomó un instante para analizar el semblante de su madre y asimilar lo que esta acababa de decirle. Así que lo sabía...

—No estoy viendo a nadie —respondió con dureza.

Marlene caminó unos pasos hasta una mesa cercana y, queriendo aparentar tranquilidad, tomó una jarra de cristal y llenó un par de vasos de agua. Uno de ellos se lo ofreció a su hijo, quien directamente ignoró el gesto. Ella se inclinó para dejar el vaso en la mesa pero luego bebió del suyo de forma parsimoniosa.

—La viste en la reunión familiar de los Mcilroy. Supongo que también en el concierto de Atlantic City... —comentó, segura de lo que decía.

—Esos han sido encuentros casuales —aclaró. No cabía duda de que su madre estaba bastante bien informada.

—Jael, casual o no, mientras tengas a esa española cerca de ti no vas a poder continuar con tu vida tal y como lo tenemos previsto. Está claro que te gusta más de lo que yo imaginaba.

Jael se alteró por la frialdad con la que Marlene estaba expresándose. Se trataba del futuro y la vida de su hijo. ¿Cómo podía ser así de insensible? Su madre para él siempre había sido sagrada, pero debía reconocer que estaba sorprendiéndolo negativamente.

Tomó aire y se dispuso a hablar, reteniendo las ganas de alzar la voz.

—Punto uno: yo no he previsto mi vida como tú la ves en tu cabeza, mamá. Eso lo habéis hecho tú y Dianne a vuestro antojo.

—¡No es...! —Marlene trató de interrumpirlo, pero Jael no se lo permitió. Alzó un dedo y ella volvió al silencio, mirándolo atentamente.

—Punto dos: esa chica me gusta tanto o más de lo que imaginas, sí —asintió contundentemente—, pero ¿sabes que es lo peor de todo?, que estoy irremediabilmente enamorado.

La ausencia total de sonido se hizo entorno a ellos. Ambos se mantuvieron la mirada, en busca de cualquiera que fuese la siguiente reacción. Marlene sintió pavor. Él, liberación.

—¿Irremediabilmente? —preguntó ella, con la esperanza de haber escuchado mal.

Jael asintió despacio.

—Sí, mamá... —sin haberlo intuido y sin poder frenarlo, sus ojos se tornaron vidriosos—. Mamá, por primera vez estoy enamorado. Lo que siento es lo más fuerte que he sentido nunca por nadie. Sé que tú puedes entenderme... —Sus últimas palabras sonaron a súplica.

Marlene, durante un largo instante, no movió ni un solo músculo de su cara.

—¿Qué hay con Dianne? —inquirió, reflejando un pánico en sus pupilas que Jael no pudo entender.

Él negó con la cabeza en respuesta.

—Tengo que ser sincero contigo, con ella y conmigo mismo. No la quiero. Lo he intentado, pero no puedo sentir nada —confesó.

En ese momento, al oírle, Marlene sacó parte de la rabia que se había

estado cerniendo en su interior. Volvió a la jarra de agua para beber otro vaso de una forma casi compulsiva. Al devolverlo a la mesa, lo estampó contra la madera y este terminó cayendo al suelo y rompiéndose. Jael observó la escena y la decepción se personalizó en su semblante.

—¡No vas a dejarla! —gritó.

Jael frunció el ceño. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Después de saber que no sentía nada por Dianne y que estaba enamorado de otra chica, insistía en que mantuviera aquella relación? ¿A dónde quería ir a parar?

No obstante, intentó templarse en la medida de lo posible. Lo último que querría sería faltar el respeto a su madre.

—He dicho que lo he intentado...

—¡Por supuesto que no lo has intentado! ¡No lo suficiente! ¡Pon de tu parte! ¿Cuánto hace que no tenéis relaciones sexuales? ¡No puedes desatender así a una mujer tan hermosa como ella!

Jael negó con la cabeza, asombrado por lo que su madre era capaz de cuestionar.

—No voy a hablar contigo de ese tema —respondió.

—Mira..., ¿tú quieres seguir acostándote con otras chicas? ¡Hazlo! ¡Todos los hombres picotean de otros platos a pesar de tener el mejor manjar encima de su mesa! Es más, ¿quieres seguir disfrutando de la tal África? ¡Hazlo! ¡Ve a verla de vez en cuando! Pero... Jael, te exijo que no deshagas tus planes con Dianne. ¡Eso tiene que seguir adelante!

Tras escuchar semejante barbaridad, Jael llegó a su límite. La rabia burbujeó en sus venas y no pudo contenerla.

—¡Pero ¿tú te estás escuchando?! —respiró con fuerza— ¿Qué tipo de locura es esta, joder? No solo no paras de exigir, sino que además me obligas a estar con alguien que no quiero, y me das el beneplácito para que le sea infiel toda la vida... ¡Por Dios, mamá! ¡Espero que no estés siendo totalmente consciente de lo que dices!

—¡No vengas a espantarte ahora, tú siempre has sido infiel! ¿Acaso vas a negarlo? —alzó la voz, tanto, que las venas se marcaron en su cuello.

Jael se llevó una mano en la cabeza mientras la movía de forma negativa.

—La diferencia está en que ahora solo deseo a una mujer. ¡Solo a una! ¿Lo entiendes, mamá? Estoy seguro de que sí —se respondió a sí mismo.

—Ajá —asintió ella, soberbia—. ¿Sabes? Me pica la curiosidad de saber por qué has dicho que lo peor de todo es que estás irremediabilmente enamorado. ¿Lo peor? ¿Podrías explicarte? —siguió de manera exigente.

—Pues sí, mamá, puedo explicarme. Igual así tus ilusiones crecen un poco más —se abrió de brazos y los dejó caer con aplomo junto a sus propios costados.

Marlene achicó los ojos, a la espera de lo que este fuera a decirle.

—Adelante...

Jael tomó una bocanada de aire y se presionó el tabique de la nariz. Luego miró a su madre con todo el cansancio y el desánimo que le provocaba recordar su verdadera realidad con respecto a África.

—La amo, pero no puedo estar con ella —dijo, y sonó tan triste, que Marlene sintió un ligero estremecimiento. Parpadeó y carraspeó para disipar la sensación.

—La olvidarás dentro de poco —añadió, aparentando impasibilidad.

Jael siguió sintiéndose mal por la frialdad y la apatía de su madre. No obstante, quiso aclararle algo más.

—Quiero que sepas que si no estoy con ella no es precisamente por mí...

Marlene mostró un gesto irónico de sorpresa.

—¿Encima se da el lujo de rechazarte?

—Tiene sus motivos —murmuró.

—Me traen sin cuidado sus motivos. Escúchame bien, Jael. Ni se te ocurra dejar a Dianne ahora.

—Mamá, no puedo... —trató de expresarse.

—¡Por el momento! —lo interrumpió. Jael calló y la miró con intransigencia—. Me gustaría que te tomases un tiempo para pensarlo bien —sugirió con mejor tono.

—No necesito pensarlo más —prosiguió él con seguridad.

—Hazlo por mí. Siempre has seguido mis consejos. No me defraudes ahora.

Jael se llenó el pecho de aire. No respondió. Cogió su cazadora y simplemente se marchó. Necesitaba estar solo.

Una vez había conducido varios kilómetros al volante de su *Audi*, se detuvo en un camino de tierra junto a la carretera. Meditó un momento con la

mirada puesta en el asfalto y, llevado por un impulso, cogió el teléfono. No tardó en abrir *WhatsApp* y, aunque no estaba en línea, escribió un mensaje para ella.

—*Hola, África. Sé que lo último que quieres es saber de mí, pero yo necesito hablar contigo. ¿Me harías el favor de escucharme?*

Dejó su mirada puesta en la pantalla, a la espera de poder ver que África se conectaba. Tardó un poco, pero finalmente lo hizo y su corazón se aceleró al comprobar que le estaba escribiendo.

—*¿Me harías el favor de olvidarme?*

Jael casi pudo sentir que le crujía el pecho. Aquella respuesta había dolido. África se escondía tras su actitud rebelde e irracional, pero eso no iba a detenerle.

—*Podríamos comportarnos como las personas adultas que somos, ¿no? No estoy pidiendo nada del otro mundo, solo hablar* —envió.

África, que permanecía tumbada bocabajo en la cama, volvió a sacar el teléfono de debajo de la almohada y leyó. Se mordió el labio mientras pensaba qué podía responder a aquello.

—*No* —dijo sin más.

Jael inclinó la cabeza hacia atrás sobre el sillón del coche y cerró los ojos mientras suspiraba.

Jezabel Marí

Capítulo 34

Cuando Joe llegó a casa encontró a Lucía sola en la cocina. Un olor muy rico lo hizo esbozar una sonrisa. Su día había sido intenso, por lo que necesitaba refugiarse en el calor de su hogar y entre los brazos de Lucía, que al fin y al cabo, ambas cosas eran lo mismo.

Ella se dio media vuelta para verlo acercarse. Había estado preocupada por el tiempo que hacía que no la llamaba ni le mandaba un mensaje, aunque pensó que era un hombre chico bastante ocupado y que habría de acostumbrarse a ello.

No obstante, al mirarlo, notó algo extraño en su semblante.

—Amor, ¿qué te pasa? —fue a él y se puso de puntillas para besar sus labios.

Joe la tomó por la cintura mientras la besaba y dejó que esta se alejara en cuanto quiso hacerlo. Algo poco habitual en él. Por lo general, Joe siempre la retenía un poquito en contra de su voluntad.

—Estoy cansado —respondió con poca voz mientras se dejaba caer en uno de los taburetes.

Lucía lo siguió con la mirada, aunque no se apartó de la vitrocerámica.

—¿Cómo te ha ido con tu padre? —se interesó, porque intuía que Joe traía algo consigo que no se había llevado de casa. No estaba bien, a parte del cansancio que había mencionado.

Él pensó unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Algunas cosas no van bien —confesó.

Lucía se alertó al instante. Frunció el ceño y lo miró con atención mientras dejaba sobre la encimera la cuchara de madera que sostenía en su mano.

—¿Tiene que ver con el grupo? —inquirió, al ser lo primero que se le pasó por la mente.

—Bueno, en cierto modo... aunque lo peor no es eso. —Joe llevó sus ojos a los de ella, lamentándose por tener que contarle aquello. Algo que no debería haber ocurrido. Algo de lo que se sentía culpable.

Lucía se preocupó más y, acercándose a él, puso las manos sobre sus hombros. Sin saber de qué se trataba, tenía la necesidad de confortarlo.

—¿Tus padres están bien?

Joe respiró profundo antes de responder.

—Mis padres sí. Es Kate... —Su voz se arrugó al pronunciar el nombre de su hermana.

Lucía abrió los ojos con sobresalto y se llevó una mano al pecho instintivamente.

—¿Kate?! ¡¿Qué le ha pasado?!

Joe la rodeó por la cintura con los brazos y la acercó un poco más a él.

—Hemos estado hasta hace una hora en el hospital con ella —comentó con aparente tranquilidad, pero con el sufrimiento reflejándose en sus ojos. El color zafiro de estos estaba más apagado que nunca.

—Joder, Joe, pero... dime, ¿qué tiene? —Evidentemente, Lucía se desesperó ante tal noticia.

—Ey..., ven aquí... —dijo con voz suave y la pegó a su cuerpo para tranquilizarla—. Ha sido por la diabetes, pero ahora está controlada. Hemos permanecido con ella en el hospital hasta que su médico ha considerado que estaba fuera de peligro. Relájate porque lo último que necesito es que tú también te pongas nerviosa, ¿vale?

Lucía inspiró varias veces hasta que logró aplacarse un poco.

—¿Por qué le ha pasado eso? ¿No lo lleva bien con su tratamiento? —preguntó con más calma, pues necesitaba saber. Realmente había cogido mucho cariño a Kate. La quería,

Joe se tomó un instante para meditar cómo contaría aquello a su chica, aunque sabía que de una forma u otra, el contenido seguiría siendo el mismo. Hubiera evitado a toda costa que se enterase, pero reconocía que tenía derecho a saberlo. Con ella nunca iba a ser injusto. Se pasó la lengua por los labios de forma instintiva mientras le recogía una hebra castaña del pelo para llevársela tras la oreja. Fue tierno, a pesar de lo mal que se sentía.

—Mi padre me llamó esta mañana porque hay una noticia muy fea en manos de la prensa —comenzó a decir.

Lucía asintió, observándole muy atenta.

—¿Una noticia muy fea sobre ti? —inquirió extrañada.

—Sí. La pelea con tu ex —dijo mientras asentía.

—¿Qué?! ¿Cómo que la pelea?! ¿Joe, pero...! —volvió a alterarse. Joe la presionó con sus manos para infundirle calma.

—Lucía... tranquila. Esto es más sencillo de lo que parece. En aquella fiesta habían uno o dos paparazzis y no perdieron tiempo de hacer fotos de lo que pasó. Debieron saber que Jael y yo éramos conocidos y ahora quieren sacar tajada de eso. No hay más —explicó.

Lucía lo miró seria y bufó.

—Ahora que lo dices, Santos tiene varios amigos paparazzis..., no me extraña que estuvieran allí como invitados. Vaya mierda... Lo siento, Joe. Debí ser más lista y no llamarte para que fueras. Podríamos habernos visto en cualquier otro lugar. En el hotel, por ejemplo. No sé... —volvió a bufar y negó con la cabeza después de disculparse.

Joe curvó las comisuras de manera muy suave.

—Ya, no te preocupes por eso. Voy a pagarle a la prensa una buena cantidad de dinero para que la noticia no llegue a manos de nadie más.

Lucía asintió contrariada. Luego volvió a mirar a su chico a los ojos.

—Joe, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que le ha pasado a Kate? Acabo de perderme.

—Bueno... A ver... Parece ser que Kate estaba cerca del despacho de mi padre y escuchó cómo discutíamos y demás detalles. Ya sabes, es una niña y se quedó con aquello de que su hermano estaba metido en un grave problema. Se hizo una película de terror en la cabeza y... se refugió en su cuarto para llorar. Se metió dentro del vestidor y se comió una bolsa entera de gominolas.

Lucía se tapó la boca con una mano al escuchar lo ocurrido. Negó con la cabeza y tuvo ganas de llorar. Joe la abrazó con fuerza y ella lo correspondió.

Varios días después...

Los chicos salían del estudio de grabación y se detuvieron a tomar una lata de *Coca-Cola* antes de marcharse a casa. Biscuit se tomó la suya en dos tragos y dijo a los chicos que los estaría esperando en el parking.

—¿Tu hermana está mejor, Joe? —preguntó Jonathan, tomando asiento junto a su compañero.

—Sí, tío. Ya está bien. Un poco caprichosa, pero de lo suyo va

perfecta.

—Bueno, me alegro. Eso de caprichosa creo que lo traen de serie a todas las chicas —respondió y esbozó una sonrisa.

Joe rió con él, dándole la razón.

Jael se terminó su lata y la tiró en una papelera, justo cuando Dax hacía lo mismo. El último se giró y sonrió a su amigo, dispuesto a pasar de largo.

—Espera, Dax...

Dax se detuvo y dejó caer la espalda sobre una pared.

—Dime, hermano... —lo atendió.

—¿Y ese tatuaje de la muñeca? No te lo había visto antes —mostró interés.

Dax llevaba una camiseta de manga corta y solo tuvo que girar la mano para que Jael pudiese contemplar aquella obra de arte en todo su esplendor.

—¿No es una pasada? —sonrió satisfecho.

Jael apretó los labios y desvió sus ojos a los de su compañero. Dax encontró una extraña seriedad en él.

—Un ojo con una “G” como pupila... —describió lo que había visto.

—Exacto —Dax arqueó una ceja de manera interrogativa.

—¿Y qué significado tiene? —Estaba casi seguro de saber que aquella G era la inicial de Gucci. ¿Se lo había tatuado por ella? ¿Por qué? ¿Acaso ya se habían liado? ¡Dicha posibilidad hacía que le hirviera la sangre!

Dax se hizo el interesante. Sonrió con cierta socarronería y terminó negando con la cabeza.

—Secreto de sumario —alzó la voz y, dando por zanjada la conversación, echó a caminar.

Jael se recomió por dentro y lo siguió con la mirada.

—¿Quién te ha tatuado? Está genial, tío —irrumpió Dany al ver pasar a Dax por su lado.

—Mi chica. África —respondió con toda la naturalidad del mundo.

—¿Cómo que tu chica?! Ven aquí, cuéntame eso... —Dany fue detrás de Dax y ambos salieron de la sala riéndose.

Joe y Jonathan habían escuchado y miraron a Jael con cara de circunstancia.

—¿Alguno de ustedes dos sabe algo de eso? —preguntó enfadado, con el ceño rigurosamente fruncido.

—No tengo ni idea —John se encogió de hombros y torció los labios.

—¿No conoces a Dax? Todas sus amigas son “sus chicas”. Deja de preocuparte —respondió Jael con la intención de tranquilizar a su mejor amigo.

—Además, a ti no debería importarte —opinó Jonathan con simpleza.

—Para decir estupideces, mejor cállate —espetó Jael.

Su hermano mayor cabeceó mientras lo observaba.

—Deberías hacer el intento de pasar página, de lo contrario nunca vas a estar preparado para verla con otro tío —añadió.

Joe giró la cabeza para reprender a John con la mirada. Aquel comentario podía ser muy sincero, pero también frío y cruel. Como hermano, Jonathan debería haber pensado un poco en cómo hacía sentir a Jael.

—No quieras verme en esa situación —continuó Jael mirando fijamente a John.

Joe se puso en pie para cortar el mal rollo.

—Bueno, vámonos ya, Biscuit puede desesperarse, ya le conocéis... —Puso una mano abierta en el hombro de Jael y se lo llevó consigo hacia la salida.

—¿Está en tu casa? —La pregunta de Jael hizo que Joe le mirase interrogativo.

—¿Afri?

—¿Quién si no?

—Sí, supongo. ¿Por qué?

—Quiero hablar con ella.

Joe se sorprendió ante aquella decisión de su amigo.

—Bueno, te entiendo... Y ya sabes que me parece bien. Pero ve consciente de que corres el riesgo de ser rechazado.

Jael esbozó una sonrisa irónica y cabeceó con ligereza.

—¿Y qué más da, Joe? No tengo nada que perder.

Joe pensó un instante y luego volvió a hablar.

—Esta tarde voy a salir con Lucía. África se quedará sola en casa por varias horas... Si quieres, ese es un buen momento —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo. De ahí sacó un llavero, del cual disgregó una de las llaves y se la ofreció a Jael. Este levantó la cabeza y sonrió a su amigo.

—Sí. Gracias —Dio una pequeña palmada en el hombro de Joe. Ambos

sonrieron brevemente.

Una hora más tarde, Joe caminaba por uno de los pasillos de su casa cuando se detuvo al escuchar unos ruidos. No dio un paso más e intentó agudizar el oído. Su gesto se contrajo mientras conseguía escuchar lo que Lucía y África hablaban al otro lado de la pared. ¡Que lo llamasen curioso, o cotilla, daba igual! Pero, por alguna extraña razón, se sintió muy tentado por saber.

—Que no, Afri. ¡Que una indigestión no dura tantos días, joder!

—¡Cállate, no hace falta que levantes tanto la voz, ¿eh?!

—¿Cuántas veces has ido hoy a potar?

—¡Ninguna! ¡Cero! —alzó la voz, indignada por la extrema preocupación que mostraba Lucía.

—¡Mentira!

—¡Bueno, pues nada, no me creas!

—Claro que no te creo, te he escuchado.

—¿Qué has escuchado? ¡Exagerada!

—Tus arcadas, ¡¿te parece poco?!

—Ya se me pasarán, ¡déjame tranquila, jo!

—¡Sí, que te crees tú eso! Has pasado de tragar como una lima sorda a comer poco y potar mucho. ¿Te parece muy saludable? ¡Di!

África resopló con desesperación.

—Lucía, ya. Prometo alimentarme mejor. Pero déjame de historias.

De repente, unos golpes en la puerta de la habitación hicieron que las chicas se callasen.

—Chicas, soy Joe, ¿puedo pasar?

—¡Sí! —respondió Lucía

—¡No! —dijo Afri a la vez de su prima.

Joe esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Sí o no, en qué quedamos? —volvió a preguntar.

Lucía no pudo evitar sonreír enamorada e ir a abrir ella misma.

Joe apareció bajo el umbral de la puerta con un pantalón vaquero que se ajustaba a sus piernas como un guante, una camiseta blanca que se ceñía a sus perfectos bíceps y unos curiosos ojos azules con los que las miró a ambas consecutivamente.

—Hola, amor —murmuró Lucía sonriente.

—Hola, princesa —respondió él, pero siguió mirándolas a la una y a la otra.

África solo levantó un poco la barbilla como saludo. Sin más.

—Hola, Afri. ¿Estás... bien? —se atrevió a preguntar.

Lucía arqueó una ceja. Sabía que Joe habría escuchado algo al pasar por aquel pasillo. Por suerte, no le importaba demasiado que así fuese. La indigestión de África empezaba a levantar sus sospechas.

—Sí. Estoy perfecta —respondió la rubia con ligereza.

Joe la observó en silencio, luego se rascó la sien.

—¿Segura? —insistió.

—Ajá —África asintió con naturalidad.

Entonces Joe giró la cabeza para mirar de manera interrogativa a su chica.

—¿Tienes que contarme algo, Gominola?

Lucía tardó en decidirse, pero finalmente optó por lo más adecuado.

—Mi prima está chungu —confesó.

Joe torció las cejas. No había entendido aquella expresión.

—¿Cómo chungu? ¿Qué es eso? —inquirió.

—¡Eso es que estoy para comerme! ¡Que no te preocupes, príncipe de *Beckelar*! ¡Todo OK! —se dispuso a coger una de las mochilas donde guardaba las pinturas con las que dibujaba los pañuelos de seda. Esa tarde, a sabiendas de que se quedaría sola unas horas, quería dedicarse a hacer algunos diseños.

—No le hagas caso, amor. Que está chungu es que está mala, lleva días con una indigestión —explicó Lucía a su chico, quien asintió y llevó su vista de nuevo hacia la rubia.

—¿Cuántos días llevas así, Afri?

—No sé, no los he contado —respondió con despreocupación y se encogió de hombros.

—¿Cuántos? —insistió Joe, mirando a Lucía.

—Demasiados.

—¿Más de una semana? —siguió prestando interés. Lucía asintió en respuesta.

África los miró de reojo mientras hablaban y cabeceó contrariada. ¡A

ver para qué su prima tenía que contar nada! ¡En un par de días estaría nueva!

—África, la persona que se ocupa de mi salud es un médico excelente que te espera mañana en su consulta. Esta noche te confirmaré la hora, ¿de acuerdo? —Joe habló con un toque autoritario que hizo bufar a la menor de las primas.

—Gracias, pero no es necesario —dijo y lo miró de frente.

—No es una opción, señorita —negó con la cabeza y, cuando la vio rendirse ante su imposición, esbozó una sonrisa.

Lucía se alegró de la intrusión de su novio. Ahora su prima sí se pondría bien. ¡Un médico sabría cómo hacer desaparecer la jodida indigestión o lo que quiera que fuese!

Aquella tarde, Joe llevó a Lucía a casa de sus padres. Desde que Kate había estado en el hospital, ella no había dejado de insistir en ir a visitarla. En varias ocasiones hubo intentado hablarle por teléfono, pero la niña siempre andaba ocupada en algo y no le había sido posible.

Katherine los recibió con un abrazo y un beso, como siempre, aunque Lucía captó un halo de preocupación en su semblante que en aquel momento no entendió. Pensó que aún no habría recuperado la tranquilidad a cerca de la salud de su hija.

—Mamá, ¿y Kate?, ¿dónde está? Lucía está loca por verla —La voz de Joe hizo que su madre se girara cuando los tres habían llegado al comedor.

—Ha salido con tu padre.

—¿Cómo que han salido? ¿No sabían que veníamos?

—Sí, solo han ido al restaurante del tío Bryan a comprar la cena.

Acaban de irse, así que tardarán un rato —respondió, cruzada de brazos, ante la mirada de su hijo y su nuera.

—Ah, está bien. La comida de donde el tío Bryan es toda una delicia, así que perfecto —añadió Joe, echando el brazo por los hombros de su madre. La estrechó y besó su cabeza.

En ese momento, Lucía observaba la escena enternecida, y pudo percibir de nuevo algo extraño en Katherine. La inquietó un poco, pero volvió a pensar en que seguiría triste por lo ocurrido días atrás. Por ello, se abstendría de preguntar. Era obvio, y tocar el tema estaba de más.

—Si no os importa, yo voy a ir a darme una ducha. Hijo, ve a la cocina con Lucía y sírvele un zumo de granadina. Lo he hecho hace un par de horas,

así que debe estar bien frío y listo para tomar.

—¿Granadina? —preguntó Lucía adquiriendo un gesto ansioso. Katherine asintió con una suave sonrisa—. *Mmm*, eso no me lo pierdo.

Joe la observó y esbozó una amplia sonrisa. Sus dientes blancos y perfectos, al descubierto, hicieron que sus labios parecieran más comestibles de lo que ya eran.

—Vale, vamos pues... —la cogió de una mano y tiró de ella.

Katherine vio cómo se alejaban mientras que sus ojos volvían a teñirse de preocupación.

—¡¿Por qué me has traído aquí?! —exclamó Lucía, atravesando la puerta de una habitación.

Joe, que prácticamente la había arrastrado hasta allí de la mano, le quitó el vaso de zumo de granadina y lo puso encima de una cajonera de madera, oscura y alta, que había junto a la puerta.

—¿No tienes curiosidad de conocer la habitación donde tu futuro marido ha dormido desde que era un niño?

Cuando le escuchó, Lucía ya estaba dando un rodeo con su mirada por cada rincón de aquel lugar. Sí, era la habitación de un adolescente, eso estaba claro. No era demasiado grande y en ella predominaba el color azul. Era sencilla y, a pesar de no estar desordenada, saltaba a la vista la aglomeración de cosas que solía utilizar un chico de aquella edad. Una cama mediana, un par de tablas de surf en la cabecera de esta, estanterías llenas de música y algunos libros, una guitarra, la imagen en 3D de un superhéroe, un ordenador portátil, lapicero lleno de bolígrafos y, entre otras cosas, algo que llamó la atención de Lucía: una pizarra de corcho llena de fotografías.

Se acercó instintivamente y agudizó la vista sobre las imágenes. Joe aparecía en la mayoría de ellas, pero en ninguna estaba solo. Al parecer siempre había llevado el pelo algo más largo y ella sonrió al comprobar que tenía tendencia a que se le rizara. Había muchos chicos con él entre aquellos recuerdos, pero también algunas chicas. Rubias, todas rubias.

Lucía se tomó su tiempo para contemplar cada detalle de las fotos y Joe se cruzó de brazos y la observó a ella. Cada uno de sus gestos le resultaba interesante.

—Siempre has sido guapo —murmuró, viéndolo en una imagen sin camiseta, en la playa, con el torso manchado de arena.

—Eso dice mi madre —añadió él, provocando que ella ampliara su sonrisa.

—Ya desde muy joven se te veía fuerte —prosiguió Lucía, pasando la yema del dedo por encima de aquella misma foto, en la que los bíceps de Joe eran considerablemente grandes para la edad que tendría.

Él dejó ir una pequeña risa. Aquello era algo que también solían decirle desde que apenas cumplía los quince. Pero no su madre precisamente, más bien las chicas. A todas les gustaba acercarse para tocarle los brazos. Mejor se callaría ese dato. No era necesario.

—Y... ¿esa chica? —preguntó Lucía con interés, fijando sus ojos en una fotografía en la que solo aparecía Joe, riendo de oreja a oreja, rodeando a una chica por los hombros. Ella iba vestida de animadora.

Joe miró la foto y luego a Lucía. Ella giró la cabeza y también lo miró a él esperando su respuesta.

—Animadora del equipo de futbol en el que jugaba..., y amiga. Una buena amiga —explicó.

—¿Solo amiga? Seguro que no —Lucía le retiró la mirada, segura de que aquella chica, que era bastante bonita, había sido también su novia, o algo parecido.

Joe volvió a dejar ir una risa antes de responder.

—Estuvimos liados. Una semana —aclaró.

Lucía asintió y guardó silencio. Joe fue hasta ella y la rodeó por la cintura. Llevó los labios hasta su oreja y susurró.

—Pero es imposible que te pongas celosa de una pequeñísima parte de mi pasado. —Al terminar de hablar le dio un beso en el cuello.

Lucía se erizó, aunque no hizo ningún gesto. Aún observaba las fotografías.

—Hay recuerdos que pueden ser pequeñísimos y a la vez importantísimos —añadió ella.

—Ajá —asintió—. Sí, pero no es el caso —volvió a aclarar—. Ven aquí... —tiró de su cuerpo hasta tumbarla en la cama con él, sin que Lucía hubiera tenido opción de evitarlo. Sí, Joe seguía siendo fuerte. Mucho.

—¿Y la quisiste?

—Como amiga.

Un pequeño silencio se hizo entre ellos, mientras que se colocaban de

lado, mirándose de frente. Joe aprovechó para acariciarle suavemente la nariz con la suya. Ambos sonrieron por aquel gesto.

—Pero recuérdalo siempre... Para mí, ningún recuerdo, ni pequeño ni grande, es más importante que tú.

Tras aquella bonita aclaración, el silencio volvió a hacerse presente. Cualquier atisbo de sonrisa se esfumó y, sin que fueran demasiado conscientes, se acercaron y empezaron a besarse.

Joe metió la mano poco a poco bajo la camiseta de Lucía y le acarició el abdomen mientras pegaba su cuerpo al de ella. Lucía sintió calor y no dejó de corresponder a aquellos labios que se volvían urgentes sobre los suyos.

—Dios, esta minifalda es... peligrosa —susurró Joe, acariciándole las piernas. No llevaba medias y aquella piel de seda desató su deseo.

Lucía trató de detener la mano que ascendía entre sus muslos desnudos, pero él no se lo permitió. Abrió la boca y la besó más profundamente cuando tocó su ropa interior con los dedos.

—Joe, estamos en... —trató de decir algo para frenarlo, aunque ni siquiera ella podía frenarse a sí misma.

—Chss... estamos en mi habitación. —La hizo callar, excitado, al tiempo que se deshacía de sus braguitas.

Se posicionó entre sus piernas y la miró a los ojos antes de seguir besándola. Los dos se sonrieron, seguramente al comprobar lo caliente que se habían puesto en un minuto, y no tardaron en volver a unir sus labios. Joe se desabrochó el pantalón, sacó su miembro y, sin más preámbulos, la penetró. Además de que no tenían todo el tiempo del mundo para hacer el amor en aquel lugar, tampoco podía esperar. Lucía gimió al recibirle, grande y vigoroso, y no dejó de hacerlo, de forma comedida, durante los quince minutos que duró el asalto. Tal vez fue fugaz, pero intenso hasta decir basta.

Diez minutos después, ya tranquilos y con la ropa bien puesta, conversaban tumbados sobre la cama. Lucía descansaba sobre el fornido brazo de su chico y él jugaba con un mechón de su largo cabello.

—Si no estuvieras tan buena, no pasarían estas cosas... —dijo Joe en respuesta a una queja de Lucía, por haberla inducido a desmadrarse en la casa de sus suegros. ¡Muy mal!

Los dos reían haciendo bastante ruido cuando la puerta de la habitación se abrió de manera repentina. Tras ella apareció Kate, quien se quedó mirándoles a través de sus pestañas, con el ceño muy fruncido.

Joe se levantó de la cama al comprobar que su hermana estaba evidentemente enfadada por algo. Lucía se quedó sentada en el filo del colchón, mirando a la niña con ternura, a pesar de aquel terrible semblante.

—Mi amor, ¿y esa carita? ¡Ven aquí con tu hermano! —exclamó Joe e hizo ademán de ir hacia ella.

No obstante, se detuvo en seco ante la reacción de Kate. Esta estiró un brazo para señalar a Lucía con el dedo índice, y gritó.

—¡Que se vaya! ¡Quiero que se vaya! ¡Lucía no es buena!

Jezabel Marí

Capítulo 35

Después de darse una ducha, África se había secado el pelo con el secador y se había puesto directamente el pijama; uno de pantalón rosa lleno de ositos y jersey fino de color negro. Uno de sus hombros, como solía pasarle con muchos de sus jerséis, quedaba al descubierto.

Se había sentado sobre la alfombra del salón y había extendido un pañuelo blanco en el que hacía dibujos abstractos en tonos oscuros. Al finalizarlo, se puso de pie y miró el resultado completo desde arriba. Estaba realmente bonito. Cuando regresasen a Sevilla, aquellos iban a venderse como churros. Se llevó un mechón del pelo tras la oreja y sonrió satisfecha.

El sonido de una puerta cerrándose hizo que alzara la cabeza y llevase la vista hacia la pared de cristales que conducía hasta la entrada. Aún no había nadie allí, pero pudo escuchar unos pasos cada vez más cerca. El estómago le dio un fuerte vuelco al ver aparecer a... Jael. Inmediatamente se tornó seria y lo siguió con la mirada hasta ver cómo se situaba frente a ella. A unos pocos metros.

Su presencia la jodía, eso estaba claro. Pero ¿cómo no iba a hacerlo?,

¡madre santa!, ¡que la mataran si no era el hombre más guapo que había visto en su vida! ¡Eso lo complicaba todo! Un pantalón vaquero claro abrazaba sus caderas y lo acompañaba con un sencillo chaleco negro de cuello redondo. Sus ojos oscuros estaban llenos de palabras, y sus labios, aquellos que hacía mil que no besaba, eran el pecado hecho carne. Su mentón masculino con una barba incipiente parecía estar en tensión. Su cuello, esbelto, marcado y fuerte, hizo que ella desviara sus ojos a dicho lugar por un segundo para admirarlo. No esperaba la visita. No quería que él estuviera allí. Pero había conseguido dejarla quieta y sin palabras. Tal vez incluso estuviera temiendo ablandarse ante cualquier cosa que le dijera.

Tampoco iba a cuestionarse si entre él y Joe sería normal eso de tener una llave de la casa del otro. ¡Ellos allá!

—No está Joe, puedes marcharte —logró decir, simulando más fastidio del que le había dado tiempo a sentir.

—No he venido a verle a él —respondió, observando cómo esta se había dispuesto a cerrar los botes de pintura para guardarlos en la mochila.

—Entonces no entiendo qué haces aquí —añadió, sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo.

Jael optó por agacharse y se atrevió a tomarla por las manos para detenerla. Dicho contacto provocó que África se quedara quieta mirando aquellas manos alrededor de sus muñecas. Un cosquilleo galopó por todo su cuerpo, haciendo que la respiración se le descontrolase. Aunque, por todos los medios, trató de que esos síntomas no fueran evidentes.

—Suéltame, ¿quieres? —Su voz la traicionó sonando afectada.

Jael, también afectado, fue soltándola despacio. Lo de tocarla no había sido más que un impulso. Pero cómo lo deseaba... Tenía la sensación de que había pasado un siglo desde que la tocó por última vez. Volvió a ponerse de pie y la vio continuar con su tarea.

—Me gustaría que te relajases y hablásemos, ¿serás capaz?

A África le latía deprisa el corazón. ¡¿Por qué?! Así no iba a poder plantarle cara como debía. De hecho, el que estuviesen a solas la ponía más nerviosa.

—Creo haberte dicho en otra ocasión que no iba a hablar contigo. Eres tú quien no es capaz de entenderlo —habló con ligereza mientras echaba la cremallera de la mochila.

Jael sintió decepción una vez más. Jamás en la vida le había dolido el

rechazo de una chica. ¿Por qué había tenido que enamorarse? ¿Acaso había pedido él que le ocurriera tal cosa?

—No vuelvas a caer en la mala educación y tenme un poco de respeto como persona, porque yo te estoy tratando bien —expresó con firmeza.

África interpretó aquello como una advertencia, y se alteró. Se incorporó y levantó la barbilla para mirarle con desafío. Ella estaba descalza y él era muy alto.

—¿Sabes qué? No tengo obligación alguna de escucharte, así que adiós. —Se giró soberbia y echó a caminar dejando allí todo lo que había utilizado para hacer su trabajo.

Jael chasqueó la lengua y volvió a dejarse guiar por su carácter impulsivo.

—¡No sé de qué me sorprendo! —gritó, siguiéndola— ¡No tienes educación ni la tendrás nunca! —continuó—. ¡Eres una troglodita bruta y salvaje!

África escuchó todo lo que este decía y, sin poder evitarlo, unas lágrimas escaparon de sus ojos y corrieron por sus mejillas. Pasó el dorso de la mano por su cara y las retiró cuanto antes de allí. En mitad de la escalera, Jael la agarró por un hombro y la hizo girar con fuerza, provocando que ella perdiera un poco el equilibrio y cayese contra su pecho.

Jael la sostuvo por un momento, en el que Afri no se movió. Se quedó pegada a él, aguantándose las ganas de romper a llorar. ¿Por qué estaba tan sensible?!

«No, no, no. Respira, respira. No se te ocurra llorar. Ahora no, ahora no», se impuso mentalmente, apretando los ojos.

Pero todo esfuerzo fue en vano. El nudo que tenía en la garganta le apretaba demasiado, su corazón tiritaba por cuenta propia, y sus ojos... ya estaban de nuevo completamente inundados. Eso sí, aguantaría como una campeona para que ningún sollozo la delatase, aunque para ello tuviese que quedarse ahí, como estaba, al refugio de aquel pecho y aquellas manos hasta que lograra controlar la situación. Unos segundos más y se recompondría.

Jael, sin embargo, la notó temblar. Respiró para tranquilizarse con gesto de desconcierto y se dejó invadir por el olor de aquel pelo rubio que tenía bajo la barbilla. La sintió más frágil que nunca e inmediatamente se culpabilizó por ello. Se había pasado con todo lo que le había dicho. ¿Por qué cojones no se había marchado sin más y la había dejado tranquila? ¡Eso era lo

que ella quería, muy en contra de lo que él pudiera desear!

—África... —dijo, en voz baja—. No pienso nada de lo que he dicho. Perdóname. —Hizo una pausa y chasqueó la lengua—. Aquí el único troglodita y bestia soy yo —concluyó.

¿Y para qué tuvo que decir todo aquello? ¿Para qué tenía que disculparse de esa manera tan... bonita y sincera? África perdió el poco control que le quedaba y rompió a llorar. Jael, impresionado, abrió los ojos y pasó sus grandes manos por la cabeza de esta para apartarla un poco y poder mirarla. Emocionado por lo que veía, tragó saliva y pegó su frente a la de ella.

—Por Dios, no llores... —susurró con los ojos cerrados—. Con esto me haces más daño que con cualquier otra cosa. No llores... —al hablar, fue acariciándole la mejilla con la suya, hasta el punto de sentir que solo unos pocos milímetros separaban sus bocas.

Jael contrajo el gesto en el intento de contenerse mientras se respiraban el uno al otro, cálida y agitadamente. No obstante, volvió a escuchar cómo África sollozaba entre sus manos y su cuerpo se aceleró más de lo que ya estaba. De inmediato, tomó aquellos labios con todo el deseo que ardía en él.

África sintió que flotaba y, entre lágrimas, lo correspondió. Después de todo el tiempo que hacía que no lo besaba, volvió a corroborar que no había nada en el mundo, absolutamente nada, que le supiera más dulce. Él la rodeó por la cintura con un solo brazo y la apretó contra su cuerpo, como si, de aquel modo, pudiera lograr que no volviese a alejarse.

Joe suspiró y tocó la mejilla de Kate con la yema del dedo. Estaba agachado frente a ella, junto a la cama rosa de su habitación. Parecía estar calmada después de que hubieran pasado más de una hora conversando dentro de aquellas cuatro paredes. A Lucía, mientras tanto, la habían tranquilizado Katherine y Joseph; el rechazo de la pequeña le había afectado sobremanera.

—Está bien, Kate, prométeme que no vas a volver a pensar esas cosas —dijo Joe con voz suave, aunque manteniendo un gesto de mesura.

Kate no quería responder y solo asintió, torciendo un poco los labios. Él curvó las comisuras y, levantándose, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—¿Me quieres? —preguntó ella estirando los brazos y enrollándolos en

el cuello de su hermano para que este no se distanciara.

—¿Cómo que si te quiero, mi amor? ¿Qué pregunta es esa?

La niña se quedó callada ante la reacción de Joe.

—¿Me quieres más que a ella? —murmuró.

Joe tomó aire e intentó no ponerse demasiado serio tras oír aquella pregunta. Pero era real, ya se había dado cuenta a lo largo de la conversación, su hermana estaba celosa de Lucía, y no sabía hasta qué punto ese hecho podría perjudicarla. Era algo complicado, y en su caso tal vez más.

—Te adoro, pequeña. ¿Acaso no lo he hecho siempre? —respondió con voz suave y pellizcó su nariz. La miró a los ojos, aquellos que eran iguales a los suyos, para analizar al detalle cualquier expresión. Ella asintió y él volvió a sonreír—. Y mira, ahora tienes algo importante en común con Lucía, las dos sois mis personas favoritas del mundo —puso énfasis y alegría en lo que estaba diciendo, para transmitírselo así a Kate y que esta lo tomara de la mejor forma posible.

Ella lo observó un instante y, seguidamente, volvió a rodearle el cuello con los brazos. Joe aprovechó para ponerse en pie, cargándola entre los suyos. Una sonrisa espontánea abordó la cara de la niña.

—Ey, pesas menos que el año pasado, ¿eh? —bromeó él, y Kate rompió a reír—. Creo que deberíamos bajar a comernos todas esas cosas ricas que os ha dado el tío Bryan, ¿qué te parece?

—Joey...

—¿Si?

—¿Entonces Lucía no te ha metido en un grave problema?

Joe negó con la cabeza.

—Nunca.

Cuando ambos hermanos se reunieron con el resto de la familia en el salón, Joseph miró a su hijo buscando respuestas. Este asintió con buen gesto para que su padre supiera que todo estaba bien. Katherine, que se encontraba sentada junto a Lucía, se abrió de brazos para recibir a Kate, quien corrió hacia ella para abrazarla. Mientras lo hacía, miró a la novia de su hermano entre las pestañas.

—¿Estás bien, princesa? —preguntó la madre.

—Joey dice que tengo que comer porque peso muy poco —dijo, tras asentir.

Katherine alzó las cejas con sorpresa después de escucharla.

—¡Ah, pues en eso sí que tiene razón! ¿Te apetecen unas tortillas de jamón? —sugirió, a sabiendas de que era uno de sus platos preferidos.

—Sí, el tío Bryan nos ha dado una bandeja entera —añadió la niña. Luego miró a Lucía, quien observaba la escena, aún afligida por lo sucedido.

—Lucía... ¿tú también quieres tortillas de jamón? —preguntó Kate, sorprendiéndola.

Lucía tragó saliva, aliviada, y se obligó a sonreír.

—Me encantaría probarlas, pero solo si te sientas a mi lado —respondió.

Aquello desconcertó a la pequeña y enterneció a quienes las estaban mirando. Joe se mordió el labio inferior mientras sonría enamorado. Joseph miró a su hijo y asintió, y Katherine sonrió y alargó el brazo para tocar la cara de su nuera.

—Kate, ve a abrazar a tu cuñada, corre —alentó a su hija.

Kate dudó un segundo, pero solo por vergüenza. Luego fue a Lucía y se echó sobre sus brazos.

Joe miró a sus padres y dejó ir un suspiro.

Aquella noche, sobre las doce y media, África recibió un mensaje de *WhatsApp*.

“¿Estás?”.

Ella dejó la mirada fija en la pantalla, pero no respondió. Ya era suficiente con no poder quitarse aquel beso de la cabeza. Gracias a Dios, en aquel gran momento, hubo encontrado la fuerza para poder apartarse y salir disparada hacia su habitación.

“África, responde”.

“No seas así”.

“¿No crees que nos merecemos hablar después de lo que ha pasado hoy?”.

Jael insistió, pero siguió sin obtener respuesta. Se dejó caer hacia atrás en el sillón y se tapó la cara con las manos. Dianne se sentó a su lado después de verlo soltar el móvil de mala gana.

—¿Te apetece hacer amor? —sugirió, melosa, pasando una mano por el torso desnudo de su prometido. Jael la miró de soslayo, casi sin abrir los ojos

y sin entusiasmo alguno por lo que acababa de oír—. No me mires así, te noto tenso. Lo más indicado es hacer algo que te relaje —prosiguió ella sin abandonar el tono insinuante.

Él solo negó con la cabeza con gesto de inapetencia.

—Va, muñeco, yo puedo hacerlo todo. Tú no tendrás que esforzarte esta vez. ¿Qué te parece? ¿No es una buena oferta? —insistió.

Jael dejó que sus comisuras se elevaran. Después de mucho tiempo, le dedicaba una pequeña sonrisa a... su novia.

—Te agradezco el gesto, Dianne. Pero no. No estoy para eso.

Dianne correspondió a aquella sonrisa y optó por entenderlo. Tal vez ese fuera el camino; dejarle su espacio. Si estaba enamorado de otra mujer, con atosigarlo solo conseguiría alejarlo más. Por otra parte no entendía a la española, cualquier chica se dejaría querer por Jael... Debía de estar loca, sin duda. Pero a esas alturas de las circunstancias, de haber algo firme entre ellos dos, él habría puesto fin a su compromiso. Dianne se mantendría alerta, sin bajar la guardia, pero tranquila y a su lado. Si en algún momento caía, tendría a su novia, a la de siempre, para brindarle todo su apoyo. Al fin y al cabo lo quería, eso no era ningún invento.

Finalmente, las chicas tardaron un par de días en ir a visitar la consulta del doctor Jacob Turner. Joe hubo querido que fuese antes, pero Jacob se encontraba en una convención y no regresaría hasta entonces. África, aprovechando la compostura, intentó librarse alegando que ya estaba bien, que no había vuelto a tener dolor de tripa y que no había potado ni una vez más. No lo logró. De hecho, Joe propuso que Jacob practicara unos análisis a ambas primas. Así, por puro capricho. Lucía no se opuso. Hacía menos de un año que se los había hecho en Sevilla, y todo estaba perfecto.

Una enfermera muy joven y muy guapa las hizo pasar a la consulta. Jacob, al verlas entrar, se puso de pie para saludarlas.

—Buenos días, chicas. Soy el doctor Turner —extendió el brazo y ambas primas le estrecharon la mano—. Bien, sentaos, por favor —sugirió con amabilidad y, cuando ellas se sentaron, lo hizo él.

Sin saber por qué, África sintió un poco de nerviosismo. ¡Eso no era nada digno de ella! ¡Qué tonta estaba últimamente! Lucía pensó que aquel hombre, que apenas llegaría a los cuarenta, le recordaba a alguien. El pelo entre castaño y rojizo, los ojos claros, boca grande y labios finos... En ese momento no supo con quién lo asemejaba, y simplemente se olvidó del tema.

—¿Quién de vosotras es África?

La susodicha carraspeó, mientras que Lucía se adelantó a señalarla.

—Ella.

África miró de soslayo a su prima.

Jacob esbozó una sonrisa y escribió algo en el teclado de su portátil.

—No estés nerviosa, señorita. En esta consulta no nos comemos a nadie —comentó el doctor, ante la evidencia de que la chica rubia estaba un poco inquieta. No le hacía falta ser catedrático para detectar aquella simpleza.

—No si... estoy bien —respondió Afri con poca voz.

—Estupendo entonces... A ver, cuéntame, ¿qué síntomas has tenido?

Jacob desvió la mirada de la pantalla del ordenador hacia su nueva paciente. África se encogió un poco de hombros antes de responder.

—Bueno, pues... en realidad ahora no tengo síntomas. Hace un par de días que me siento bastante bien.

—Ajá, continúa... —frunció el ceño mientras la escuchaba con atención.

Afri asintió y luego suspiró mientras recordaba todo aquello por lo que había acudido a la cita médica.

—Hace como dos semanas entramos en una cafetería y el café que pedí me supo a cualquier cosa menos a café...

—Ah, curioso... —sonrió Jacob.

Lucía no pudo evitar reír ligeramente.

—Es cierto —insistió África—, me supo rarísimo e inmediatamente creo que me cayó mal.

—¿Se te revolvió el estómago? —preguntó el doctor Turner.

—Sí, exacto. Me dolió un poco la tripa y tuve ganas de vomitar durante toda la mañana, aunque no llegué a hacerlo. Pero desde entonces, aunque de forma intermitente, me ha venido pasando lo mismo con otros alimentos. O simplemente con algunos olores —explicó.

Jacob Turner asintió con aire pensativo.

—¿Has llegado a vomitar o solo han sido náuseas? —se interesó.

—He vomitado algunas veces.

—Bastante —añadió Lucía.

—¿Qué más? Cuéntame —insistió el doctor.

—Dolor de cabeza, aunque leve. Algún malestar sin llegar a ser

insoponible. No sé, doctor, yo diría que se trataba de una indigestión que como vino se fue —dijo su propio juicio.

Jacob asintió y sin decir nada escribió en el ordenador. Tardó alrededor de dos minutos en volver a dirigirse a las dos.

—Voy a proceder a practicaros a ambas unos análisis y así verificamos que todo está en regla, ¿de acuerdo? —diciendo esto, y después de haber visto que las chicas asentían, se levantó para pedir a su enfermera que les extrajese una muestra de sangre a cada una.

Les haría un estudio completo y en un espacio breve de tiempo sabrían cómo andaban las cosas dentro de aquellos dos jóvenes y bonitos cuerpos. Aunque, por supuesto, Jacob Turner casi que podía intuir que sus pacientes estaban sanas.

Un rato después, el doctor se despedía de ellas en la puerta de la consulta. Cuando las chicas, encantadas con el trato que habían recibido por su parte, le dieron las gracias, echaron a caminar hacia las escaleras para ir a la planta baja. En la entrada, al atravesar la puerta rotativa de cristales, Lucía dio pequeño codazo a África y esta alzó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó, al no encontrar nada raro que llamase su atención.

—Gírate —dijo Lucía con ligereza.

África volvió la cabeza para mirar hacia el interior del edificio que acababan de abandonar y fijó sus ojos en la silueta de una mujer alta que se alejaba a paso ligero.

—¿Es ella? ¿En serio? —. La había visto solo de espaldas, pero eso fue suficiente para reconocerla.

—La mismísima —asintió Lucía.

—¡Hasta en la sopa, colega! —refunfuñó la rubia—. ¿Nos ha visto?

—Hombre claro, se nos ha quedado mirando. Lo que pasa que tú ibas distraída y no te has percatado.

—Eso que me he ahorrado. Me parece una cursi de campeonato. No la aguanto —dijo con desdén.

Lucía la miró de soslayo.

—No la aguantas no por cursi, sino porque es quien es...

—Eso me da igual —aclaró con rapidez.

—Sí, claro. Ahora me cuentas otra de indios. ¡Déjate de historias!

Además, Afri, que te entiendo. No es plato de buen gusto cruzarte cada dos por tres con la novia del chico que amas.

África se paró en seco en mitad de la calle y Lucía tuvo que tirar de su brazo para evitar que una moto se la llevara por delante.

—¡Joder, niña, que me vas a matar de un susto! ¿No has visto la puta moto? —exclamó la mayor con los ojos desencajados.

—¡No lo amo! —gritó África al llegar al otro lado de la calle, donde quedaba la entrada de un parque.

—Vale, África, engáñate todo lo que quieras. Ahora vamos a tomarnos un helado sentaditas en este parque hasta que se me pase el sofocón. ¡Ven, sígueme!

Lucía tiró de la mano de África hacia el interior de aquel parque verde y lleno de personas.

Jezabel Marí

Capítulo 36

Las primas estaban sentadas en el suelo, al estilo indio, y picoteaban de un recipiente de palomitas recién hechas que les había conseguido Biscuit. Las instalaciones de aquel estudio eran impresionantes. El espacio era muy amplio y de techos altos, lleno de focos, sombrillas y trípodes. El decorado estaba tan conseguido que hacía que pudieran sentirse en un lugar abandonado, rodeados de vegetación y restos derribados de antiguas casas. ¡Una pasada!

También había personal que se movía de un lado a otro, ocupándose de que aquella sesión de fotos diera el mejor de los resultados. Los componentes de NBITS iban a ser fotografiados para la publicidad de su próximo disco “*It’s always gonna be you*”.

—En realidad no entiendo qué pintamos nosotras aquí... —comentó África lanzando una palomita al aire para cazarla con la boca.

Lucía cabeceó mirándola mientras masticaba.

—A veces dices cosas tan incoherentes...

—No veo la incoherencia por ningún lado, *sorry*. Podría haberme quedado en casa haciendo algo más productivo.

—¡Pero si te lo estás pasando de escándalo! —replicó Lucía—.

Palomitas, refrescos, *chuchelandia*... —añadió, cogiendo un par de gominolas de un plato—, Biscuit se ha desvivido por que nos demos nuestro propio festín.

—Es un tío genial, se le coge cariño —admitió la rubia. Y era cierto, aquel hombre de dura apariencia tenía un corazón de oro. Con ellas era un santo, a pesar de que estas habían puesto a prueba su paciencia en alguna ocasión. Su instinto protector ya no solo cubría la seguridad de los cinco chicos, sino también la de Lucía y África. Para él, a aquellas alturas de la película, formaban parte de su responsabilidad.

—Además, vamos a disfrutar del plato fuerte de la jornada... —prosiguió Lucía con cierta insinuación. Una sonrisa ladeada se dibujó en su boca.

África la observó de soslayo.

—El plato fuerte... —repitió la frase de su prima.

—Claro, ser testigos de esta sesión de fotos, ¿te parece poco? Son NBITS, ¿acaso ya no te impresiona? A mí siguen poniéndoseme los pelos de punta, ¿eh? —habló con ligereza y con un ligero toque cómico.

África rompió a reír sin remedio. Lucía tenía mucho arte. Y razón, también tenía razón. Pensar en todo lo que les había pasado desde que conocieron a los chicos aún seguía impresionando. Puede que nunca dejara de hacerlo.

—Bah, yo ya estoy acostumbrada... —simuló una indiferencia que hizo que Lucía riera a carcajadas.

—Ya, claro... Estás muy acostumbrada, sí, pero el principal motivo por el que no quisieras estar aquí es él —soltó lo que pensaba.

África la miró, esta vez un poquito seria.

—¿Ya estamos? —levantó una ceja.

—Le quieres, África. Deja ya de hacerte la dura. Incluso os besasteis el

otro día... —añadió, haciendo que Afri la mirase sorprendida y un poco avergonzada.

—¿Quién te ha...? —fue a hacer una pregunta pero Lucía la interrumpió.

—¿Que quién me lo ha contado? Jael. Aunque, podrías haberlo hecho tú, eso también te lo digo —respondió con naturalidad y simpleza, y se comió otra gominola.

África se quedó en shock por unos segundos.

—¿Desde cuándo sois colegas? —preguntó desconcertada.

—Hombre, tanto como colegas no..., pero hemos coincidido en alguna ocasión cuando he acompañado a Joe a alguna parte.. Sinceramente, me he dado la oportunidad de conocerle más —explicó con valentía, a sabiendas de que era más que probable que a África le molestase aquel hecho.

—Ajá... —asintió la menor sin salir de su asombro—. Oye, pues que te aproveche, ¿eh? —Estaba evidentemente dolida.

Lucía chasqueó la lengua después de observarla. Jamás antepondría Jael a su prima, pero de algún modo tenía que abrirle los ojos. En dichas conversaciones con él, aunque habían sido solo dos o tres, Jael se había ganado a pulso su confianza. No era un buen tío, era un gran tío. Tanto como lo era Joe.

—Afri..., deja la soberbia, de verdad. Si no le quieres tener como pareja, estupendo, me parece bien. Pero, al menos, compórtate como la chica adorable que eres. No pierdes nada. Sé tú misma y serás más feliz. —La voz suave de Lucía aplacó el pequeño golpe de indignación que había sufrido su prima. El ceño de esta, que se había fruncido de forma natural, se alisó al escucharla. Luego suspiró.

Por un espacio de tiempo, ninguna osó a decir nada más. Se limitaron a contemplar y admirar a los chicos bajo flashes, fogonazos y luces que inundaron aquel estudio. Estaban tan guapos que quitaban el hipo. No, no lo estaban, lo eran.

Antes de que los fotógrafos se retiraran, Joe pidió a Lucía que se acercara. Ella se levantó del suelo y fue hasta él con un poco de vergüenza, pues estaba rodeado de muchas personas.

Joe se sentó sobre un bidón con aspecto oxidado y estiró el brazo para invitarla a acercarse más. Una vez la tuvo sobre sus rodillas, hizo una señal con la cabeza al fotógrafo y este se dispuso a perpetuar aquella imagen con su

cámara.

Joe miró a Lucía y sonrió ante su evidente cara de vergüenza. Sus mejillas se habían encendido de una manera preciosa y él sonrió encantado.

—Ven aquí, dame un beso... —murmuró y esperó a que ella le hiciera caso.

—Joe..., ¿qué estamos haciendo? —preguntó con aire tímido. La sonrisa de Joe se amplificó en consecuencia.

—Quiero que la prensa publique cosas bonitas de mi vida. Es hora de que la gente sepa quien eres... —susurró cerca de su oído; momento que aprovechó el fotógrafo para tirar varias instantáneas más.

A Lucía le brillaron los ojos.

—¿Sabes que te quiero? —dijo y sonrió, aún muy tímida. Joe la observó maravillado y le recogió el pelo tras la oreja para que la cámara pudiera capturar su bello perfil.

—¿Tanto como para casarte conmigo? —continuó, dejándola absolutamente impactada. La emoción corrió por su cuerpo como una corriente eléctrica y apenas pudo respirar por un instante.

Joe, simplemente, la observó y esperó su respuesta. Había pensado muchas veces en cómo hacer aquella proposición, y al final se había dado así, de una manera espontánea. El hecho de haber llevado el anillo encima desde que lo compró, le había dado la oportunidad de improvisar en ese momento. Y sin duda fue el momento perfecto. Quería que la expresión de su futura mujer quedase inmortalizada para siempre en aquellas fotos. Se las enseñaría a sus hijos en un futuro.

Metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y, ofreciéndole aquel precioso anillo de diamantes, volvió a susurrar.

—Contéstame, por favor...

Lucía siguió un poco más en silencio, conteniendo las ganas de echarse a llorar. Joe, por su parte, cerró los ojos y apoyó la frente sobre el pecho de ella.

—Dime que sí, dime que sí, por favor... —imploró casi para sí mismo.

Pero Lucía le había escuchado perfectamente y una sonrisa nerviosa brotó de su boca. Abrazó a su futuro marido y acercó los labios a su oído.

—Pocas cosas he deseado más... —Su voz dulce paralizó a Joe, que poco a poco fue alzando la mirada hacia ella. Cuando sus ojos se encontraron... Lucía asintió—. Sí, te quiero tanto como para casarme contigo;

en esta vida, y en las que esté por venir.

Joe suspiró y cabeceó emocionado. Luego tomó a Lucía de la parte posterior de la cabeza y la acercó a su boca para fundirse con ella en un beso. A pesar de que estaban rodeados de espectadores, se besaron como si estuvieran completamente solos. El fotógrafo se aprovechó e hizo uno de los mejores trabajos de su carrera. Los chicos, junto con Scott, los guardaespaldas y el personal que trabajaba en aquel estudio, aplaudieron y silbaron hasta hacer reaccionar a la pareja. África se limpió una lágrima que amenazaba con rodar por su mejilla y, aunque se sintió contemplada en todo momento por la persona que tenía a unos pocos pasos de distancia, no desvió la mirada hacia él. Jael tuvo ganas de ir a abrazarla, de cerrar los ojos y apretarla contra sí, de olerla, de sentirla temblar entre sus brazos como lo hizo días atrás... Deseó todo eso y más, mucho más. Pero se contuvo.

Dianne, desde la entrada, medio oculta detrás de unas cortinas de terciopelo oscuro, los observaba a ambos y se hizo consciente de todo. Hasta del deseo de Jael. Sin poder soportar aquella clara y dolorosa realidad, se dio la vuelta y se marchó de allí.

—¡Primicia, chicos! ¡Me caso! ¡Aquí mi futura mujer! ¡¿No es lo más bonito que habéis visto nunca?! —Joe se puso en pie cargando a Lucía en sus brazos y exclamó todo aquello.

Los aplausos volvieron a resonar y, entre vítores de “vivan los novios”, se acercaron a ellos para felicitarles. ¡Y eso que todavía no se habían casado!

África y Lucía se abrazaron durante un minuto y casi lloraron juntas.

Poco más tarde, un restaurante italiano les hizo llegar varias pizzas tamaño gigante a casa de Joe. Los cinco chicos y las primas se habían reunido allí para comer juntos y, de paso, celebrar el compromiso. Unos estaban sentados en el sofá y otros en el suelo, rodeados de cajas de cartón y latas de *Coca-Cola*.

Dax había estado todo el rato sentado junto a África. Le había tocado el pelo y había bromeado con ella en varias ocasiones. Percibiendo que estaba un poco menos animada que de costumbre, y sin imaginar el motivo, quiso hacerla reír. Jael había tenido que ser testigo de todo aquello y aparentar que no le afectaba. Pero eso era pura fachada, por dentro se lo llevaban los demonios.

—¡Oye, Joe, yo me pido ser el padrino de vuestro primer retoño! —

exclamó Dax—. Supongo que tú serás la madrina, ¿no, Gucci? —añadió, echándole el brazo por los hombros a África.

Jael se quedó mirando aquella imagen con cara de pocos amigos. Dax nunca había sido un tío vergonzoso, más bien lo todo lo contrario, pero con Afri se tomaba ciertas libertades que lo hacían sospechar de sus intenciones.

—¿Por qué no dejas de llamarla así, joder?! —espetó sin poder evitar que el impulso sacase las palabras de su garganta. Su tolerancia había rozado el límite.

Dax, sin entender, miró a su compañero y torció las cejas.

—¿Me lo estás diciendo a mí? —preguntó para asegurarse, pues no le cuadraba en absoluto aquella salida.

África se incomodó e incluso se sintió nerviosa. Todos se callaron y observaron la escena expectantes. Entonces Jael se percató de su pérdida de control y fue consciente de lo que podría pasar si seguía con aquella conversación. Sin decir nada, se dio media vuelta y desapareció en dirección a la sala donde Joe solía tener las bebidas. Necesitaba tomar algo fuerte para aplacarse.

Se puso un whisky doble con hielo y no tardó ni tres segundos en depositarlo íntegro en su garganta. Soltó el vaso de cristal sobre la mesa donde se había estado sirviendo y dejó la vista fija en un punto indefinido. Cuando volcó la botella de nuevo para ponerse otra copa, alguien se situó a su lado.

—Tomaré lo mismo que tú —dijo Dax.

Jael lo miró serio y se giró para coger otro vaso. Puso hielo dentro de este y, con agilidad, llenó los dos hasta la mitad.

Dax tomó el suyo y bebió un trago. A través del vidrio, vio cómo Jael también lo hacía. Su amigo no estaba bien.

—Me gustaría saber qué ha pasado ahí fuera —dijo, con calma.

Jael apoyó la palma de las manos en la mesa y dejó la mirada de nuevo perdida en la nada.

—Olvídalo —respondió en buen tono, aunque Dax no se conformó.

—No he visto nada que me haga pensar que sí, pero he de preguntártelo... ¿Tienes algo con África?

Jael volvió a beber lo que quedaba en su vaso y lo soltó en la mesa con gesto de contrariedad.

—Depende de lo que respondas, entenderé o no lo que me has dicho en el salón —insistió Dax, bastante atento a cualquier expresión de su amigo. Empezaba a confirmar la respuesta sin necesidad de que Jael le contestara.

—Está bien... —empezó a decir Jael—, te voy a sacar de la duda para que no te hagas tus propias películas. Pero, ante todo, discúlpame por el tono en el que te he hablado antes.

—Disculpado —asintió.

Jael lo miró directamente a los ojos con semblante serio.

—África y yo tuvimos algo en Sevilla.

Ambos callaron un instante.

—¿En serio? —A pesar de contar con esa posibilidad, Dax no logró evitar el desconcierto.

Jael no se sorprendió ante la reacción de su amigo.

—Sí.

—Sigues pillado, por lo que intuyo —añadió, seguro de lo que decía.

Jael no respondió. Llenó otra vez su vaso y bebió de él.

—¿Y tú, qué quieres con ella? —preguntó, tras haber saboreado la intensidad del whisky en su boca.

—Te están comiendo los celos... —murmuró Dax, al tiempo que asentía.

—Responde —exigió.

—Ay, hermano... —suspiró y cabeceó—. La verdad es que no puedo culparte por haberle puesto los cuernos a Dianne... África puede ser el sueño de cualquier tío —lo justificó. Jael lo miró con atención—. Tiene un carácter perfecto, entre salvaje y dulce. Es fuerte y decidida. Es divertida e inteligente. Y encima..., para rematar, es hermosa hasta decir basta.

Jael apretó los labios y asintió. La había descrito bien. Pero esa percepción tan exacta que Dax tenía de África, le hizo comprender que no solo él se había pillado de ella. Si en algún momento hubo pensado que no se podía estar más jodido, se equivocó. Ahora lo estaba. ¿Uno de sus mejores amigos enamorado de la misma chica que él? ¿Podía haber una putada más gorda?

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó sin ocultar la ofuscación de su semblante.

Dax lo miró de frente y curvó los labios para sonreír sutilmente.

—¿Que si me gusta? Mucho. Es más, me encanta —respondió con firmeza y sin censura. Jael apretó el mentón mientras volcaba de nuevo la botella sobre su vaso, aunque en realidad se había sentido muy tentado a lanzarla por los aires y estrellarla contra la pared.

—¿La quieres? —masculló.

Dax se abstuvo de responder. Se limitó a observar a su amigo y sintió alivio de no tener que disputarse el amor de África con él. Aquello habría terminado siendo una catástrofe nuclear.

—¡Joder, Dax, responde de una puta vez! —exclamó, cabreado con el mundo entero.

—Sí que la quiero, sí. Y supongo que voy a quererla más en el futuro..., pero como a una hermana. Quiero que África sea la hermana que nunca tuve y que siempre deseé tener.

A Jael se le habían cristalizado los ojos por la tensión contenida. Pero aquellas lágrimas nunca llegaron a materializarse. Dejó salir todo el aire de sus pulmones y aflojó la fuerza con la que aguantaba el vaso en su mano. Tragó saliva e inspiró varias veces para tranquilizarse.

—Supongo que eso no me convierte en un rival para ti, ¿no? —siguió Dax con cierto tono cómico. Aquel que lo caracterizaba desde siempre.

Jael tardó en hacerlo pero acabó negando con la cabeza.

—Dios —resopló—. Se me había pasado de todo por la cabeza.

Dax lo miró sorprendido.

—Espero que no hayas pensado quitarme del medio. NBITS no puede prescindir de mí —bromeó.

Jael logró insinuar un gesto sonriente.

Cuando Dax salió de aquella sala, habían pasado horas sin que apenas se hubieran dado cuenta. Ambos hubieron bebido como cosacos y hubieron charlado de todo; desde anécdotas y buenos recuerdos con el grupo, hasta problemas familiares, como los que tenía Jael con Marlene, su madre. Dax, desde su aturdido sentido, le aconsejó pasar de toda la gente y luchar por lo que quería. Y Jael se quedó con aquel pensamiento bien grabado en su mente.

«Voy a pasar de todos. Voy a luchar por lo que quiero. Y lo que quiero eres tú. Eres tú, Salvajita. Siempre serás tú». Tras decirse esto a sí mismo en soledad, tarareó en voz baja la canción que había compuesto para ella.

—*Encontraré la manera de hacerte volver aquí... Viviré esperando ese momento... No he dejado de recordar el olor de tu piel... Siempre vivirás en*

mí... Siempre serás tú... Siempre serás tú.

Se puso en pie con algo de dificultad y tropezó con la mesa en el intento de caminar hacia la salida. Las botellas vacías rodaron y se cayeron al suelo. Todo estaba oscuro y le costó encontrar el pomo de la puerta. La luz tenue que se colaba por la ventana iluminaba débilmente el pasillo por el que caminó hacia el salón. Una vez allí, comprobó que estaba vacío y en silencio. Pequeños pilotos en cada escalón de la escalera llamaron su atención. Se pasó las manos por el pelo y fue ligeramente consciente de lo borracho que estaba.

—Buf —bufó, cerrando los ojos y sacudiendo un poco la cabeza, como si de aquel modo pudiera volver a estar sobrio.

De nuevo, llevó la vista hacia el único punto de luz; la escalera. Se sacó el móvil del bolsillo e intentó buscar a África en *WhatsApp*. Contrajo el gesto por la intensa luz de la pantalla y la vio en línea.

—*Salvajita* —logró escribir.

—*Te*—añadió y envió sin haber completado lo que quería decir.

—*Te echo de*—siguió intentándolo sin terminar con éxito.

—*Menos*—envió lo último de aquel puzzle de palabras.

Luego esperó. Ella estaba en línea. Ya le habría leído. No debería tardar en responder. Daba igual lo que pusiera. Aunque fuese un insulto. Quería recibir algún mensaje por su parte.

—No me ignores, África, no me ignores... —balbuceó.

Pero eso fue exactamente lo que África hizo. No responder. Claro que había leído y entendido aquel “Te echo de menos”. Y sí, se había puesto nerviosa y había sentido que le ardían las mejillas, pero el siguiente mensaje de Gonzalo, con el que hablaba desde hacía más de media hora, la ayudó a dejar a Jael en un segundo plano.

—*Tengo algo importante que decirte, Afri* —escribió Gonzalo. Al enviarlo, aún cuando ella no le había contestado, esbozó una amplia sonrisa.

—*Uy, qué serio te has puesto* —respondió.

Gonzalo se rio y se dispuso a escribir otra vez. Estaba deseando decírselo.

—*No, no estoy serio. Más bien todo lo contrario.*

A su último mensaje le añadió una carita sonriente.

—*Ah, vale. Pues si es algo bueno, cuéntamelo ya* —insistió ella.

Mientras Gonzalo escribía, África abrió de nuevo la conversación de

Jael para leer lo que le había llegado de este.

—*Si no respondes* —así comenzaba aquel nuevo mensaje.

—*Voy a buscarte a tu* —así continuaba.

—*Habitación* —y así terminaba.

África se alarmó al leer aquello. Se levantó de la cama y corrió descalza hasta la puerta del cuarto. Pegó la oreja a esta para ver si escuchaba algún ruido allí fuera, y se tranquilizó un poco al no percibir nada. No obstante, se sentó en el suelo con la espalda contra la madera. ¿Sería posible que Jael no se hubiera ido aún para su casa? ¿Y por qué escribía así, de manera entrecortada? Era raro.

—*Voy a ir a verte* —decía el siguiente mensaje de Gonzalo. África abrió mucho los ojos y se dispuso a contestar.

—*¡¿Qué?! ¡Pero ¿qué locura es esa?!*

—*¿No quieres que vaya?*

—*No... Bueno, sí. Pero, a ver, Gon, eso es... El viaje te va a costar caro.*

—*Tengo ahorros.*

—*Pues no te los gastes. Seguro que hay algo que quieras tener desde hace tiempo. Úsalo para eso.*

Gonzalo hubiera respondido a aquello de manera muy sincera, diciéndole que sí, que había algo que deseaba tener desde hacía tiempo, y que ese algo era ella. Pero, por supuesto, se lo reservó.

—*¡Oye, no me digas en qué debo gastarme mi dinero!* —bromeó, poniendo unos *emoticonos* de risa.

África hubiera querido sonreír, pero sus labios no se lo permitieron. Jael había optado por no enviar más mensajes y llamarla directamente. En la pantalla de su *iPhone* aparecía una imagen de este, que ella había adjudicado a su contacto. Afri se mordió el labio y se abrazó las rodillas. Un cosquilleo nervioso daba vueltas en su estómago.

—*No se me ocurriría hacer tal cosa jajaja* —respondió a Gonzalo con ligereza—. *Por cierto, ¿te importa que sigamos hablando mañana? Estoy que me caigo de sueño. Ya sabes, aquí son más de las doce de la noche.*

—*Claro. Mañana hablamos, no hay problema. Que descanses* —contestó él.

Dudó si enviar o no un beso, pero finalmente se abstuvo de hacerlo.

—*¡Un beso, guapo!* —África sí que lo hizo. Escribió aquello y además envió el emoticono del besito, haciendo que Gonzalo volviese a sonreír y no bloquease la pantalla de su teléfono por un buen rato.

Jael logró subir con éxito la totalidad de aquella larga escalera de parqué. Desechó la opción de volver a escribir un mensaje a África y le hizo una llamada. Evidentemente, el móvil de ella no estaba silenciado, y el sonido le dio la pista de la ubicación del cuarto. Una vez delante de la puerta, dio dos toques sobre esta.

En ese momento, de manera inmediata, Afri denegó la llamada. Jael chasqueó la lengua y volvió a llamar.

—Gucci... —dijo en voz baja.

África se llevó la mano a la tripa instintivamente. El cosquilleo que había sentido ahí dentro unos minutos antes, se había vuelto completamente loco. ¡Estaba muy nerviosa!

«¿Qué está haciendo?!», se gritó la pregunta mentalmente.

—Sé que estás ahí. Ábreme —siguió diciendo él. Apoyó un brazo sobre la puerta y la frente sobre este, en el intento de mantener la estabilidad.

Ella se tapó la boca con una mano para evitar que Jael pudiera escuchar su agitada respiración. ¿Cuánto había bebido? ¡Parecía estar muy borracho!

—Solo... solo será un momento; no seas cruel —continuó.

Pero un denso silencio fue lo único que recibió como respuesta. Un silencio frío que le encogió el corazón.

—África, por favor... —sollozó, sin remedio. Luego fue deslizándose hasta quedar de rodillas en el suelo. Sollozó de nuevo y manipuló su teléfono para volver a llamarla.

Un tono. Dos. Tres. Cuatro.

Un tono. Dos. Tres. Cuatro.

Un tono. Dos...

Finalmente, África descolgó.

Jael pudo percibir la respiración de esta y una sensación de calor le subió hasta la garganta. Se sentó con la espalda contra la madera de la puerta e inclinó la cabeza hacia atrás.

Ambos se escucharon respirar por unos segundos.

—*Estás ahí, ¿verdad?* —comenzó Jael—. *No puedo más, mi amor* —susurró, roto, e hizo una pausa para volver a oírla respirar. Con eso se

conformaría—. *No puedo seguir así, ¿sabes? Estoy... muriéndome por dentro* —volvió a sollozar. Sus palabras eran tristeza, eran dolor, eran rabia y eran amor. Estas, hicieron que a ella le temblase el corazón—. *Tu rechazo me mata, me mata...*

África se tapó los ojos con una de sus manos mientras mantenía el teléfono en la otra. No tenía intención de contestar, pero tampoco podía colgar aquella llamada.

—*África... he intentado ignorar lo que siento... pero no puedo. Me dueles... demasiado* —dijo con rabia mientras lloraba. Se tomó un momento hasta poder hablar de nuevo y continuó de una manera más suave—. *Tal vez no te merezca, pero... necesito que me perdones. Que me mires y me sonrías. Que te burles de mí. Que me llames estúpido. Necesito no ser indiferente para ti. Por favor... entiéndeme.*

Con aquella última súplica, África se giró hacia la puerta, como si de aquel modo tuviera la posibilidad de verlo. Su cara también estaba llena de lágrimas, aunque se hubiese tragado el llanto para que no la escuchara.

«Si tú supieras que también me dueles...» le respondió con el pensamiento. Luego suspiró. Tenía ganas de abrir aquella maldita puerta y abrazarlo como si el mundo fuese a estallar en unos segundos.

—Ey, ¿qué haces aquí, camarada? —La voz de Joe la sacó de sus pensamientos.

Jael alzó la mirada para ver a su amigo agachado delante de él.

Joe le observó y se percató del estado en el que se encontraba. No recordaba haberlo visto así antes. Muy borracho sí. Destrozado por amor, jamás.

—Quiero verla, Joe —rogó con la voz resquebrajada.

Joe lo miró conmovido; su amigo estaba borracho y abatido.

—Lo sé —asintió.

—La amo —siguió Jael, a punto de romper de nuevo a llorar.

A Joe se le humedecieron los ojos.

—Eso también lo sé, Jael. Pero no puedes estar así. Vamos, dame la mano... —le ofreció la suya para que este se levantara. Jael la aceptó y se puso en pie.

—¿Crees que ella me ama? —preguntó mientras que Joe le echaba un brazo por los hombros para hacerlo caminar. En respuesta a su pregunta, lo miró en silencio y asintió con total seguridad.

África, por su parte, les oyó alejarse por el pasillo. El sonido de una puerta cerrándose le dio la pista de que Joe había llevado a Jael a una habitación de invitados. Cerró los ojos y dejó salir todo el aire de sus pulmones.

«Tengo que ponerle fin a esto de una vez. Yo tampoco puedo seguir así» pensó.

Jezabel Marí

Capítulo 37

Cuando las chicas se levantaron a la mañana siguiente, Joe las esperaba tomándose un café y leyendo el periódico, sentado en un taburete junto a la mesa de la cocina. Alzó la vista para verlas aparecer, aún con sus pijamas puestos.

Lucía sonrió abiertamente y se apresuró a abrazarlo por la espalda. Lo apretó fuerte con los brazos, pero Joe no emitió queja alguna. Este hizo medio giro con el taburete y, atrapándola, la encarceló entre sus fornidas piernas.

Lucía rió hasta que él puso su boca encima de la de ella.

—Buenos días, preciosa —la saludó en voz baja tras haberle dado un par de pequeños besos románticos.

—Buenos días, mi amor —respondió con dulzura y se dio la vuelta en la fortaleza de aquellas piernas masculinas, para quedar con la espalda pegada a su pecho. Él apoyó la barbilla en uno de sus hombros. Sus brazos la rodeaban con suavidad por la cintura.

—Buenos días, Afri —dijo Joe, mientras que la rubia volvía de la nevera con un bote de zumo en la mano.

—Hola —respondió sin más, al tiempo que volcaba el bote sobre un

par de vasos. Luego arrastró uno de ellos sobre la mesa para acercárselo a su prima.

Lucía la miró extrañada, otra vez. Desde que, minutos antes, había ido a despertarla a su habitación, la estaba viendo bastante rara. Seria, pensativa, cabizbaja...

Joe también lo captó, pero este tenía una ligera idea de cuál podría ser el motivo.

—Chicas..., el doctor Turner me ha llamado esta mañana bien temprano —anunció. Ambas primas le miraron instintivamente—. El hombre dice que te ha llamado varias veces, pero que le saltaba el buzón de voz —continuó, dirigiéndose a África.

—Lo apagué anoche cuando me fui a dormir —respondió y bebió de su vaso de zumo, sin apartar sus ojos de los de Joe.

—¿Pasa algo, Joe? —se adelantó a preguntar Lucía. Su ceño se había fruncido con preocupación, haciendo que Afri reaccionase antes de que Joe tuviera tiempo de contestar.

—Nada, qué va a pasar. Habrá llamado para decirnos que todo está bien, ¿no es así, Joe? —quiso dar por hecho.

Joe se tomó el último sorbo de café y volvió a mirar a África con atención.

—Sí, todo está bien. Pero ha insistido en que acudáis esta tarde a su consulta. Yo mismo os llevaré —determinó. Su tono fue natural y agradable, pero también firme e intransigente.

Lucía lo miró y asintió completamente conforme, mientras que África se mantuvo en silencio. ¿Por qué el doctor Turner la hubo llamado a ella y no a Lucía? ¿Por qué debían de ir otra vez a la consulta? ¿Acaso había encontrado algo anormal en sus análisis y quería comunicárselo en persona? No lo mostró, pero sintió un ligero nerviosismo.

Jael llegó a casa de su madre y, en la entrada, sus pies se detuvieron junto a Niky. La pequeña Chihuahua lo reconoció perfectamente a pesar de que este llevaba gafas de sol y se mostró contenta de volver a verlo. Jael se agachó y la tomó entre sus manos para acariciarla.

—Hola, Niky, preciosa... —susurró, mientras que ella daba pequeños saltitos, con la intención de que la cogiera en brazos. Ladró un par de veces y lo hizo sonreír.

—¡Cariño! —exclamó Dianne, cuando sus tacones comenzaron a

cruzar el hall hacia la puerta de entrada.

Jael la escuchó, aunque le dedicó unos segundos más a Niky antes de alzar la vista hacia su novia. Luego se puso en pie y recibió un beso espontáneo de esta sobre sus labios. Fue fugaz, pero suficiente para que Dianne se percatase del ligero olor a alcohol que aún persistía en él. Al separarse, arrugó un poco el gesto y lo observó interrogativa. Jael intuyó lo que vendría a continuación.

—Hola, Dianne —la saludó. Su voz, para más inri, estaba un tanto ronca.

—¿Has desayunado café irlandés o qué? —preguntó, mencionando este tipo de café, por su contenido en whisky.

—No —respondió él, al tiempo que echaba a caminar hacia el interior de la casa. Ella se dio la vuelta y suspiró antes de seguirlo.

—Entonces... ¿saliste anoche? —insistió en saber.

Jael puso los ojos en blanco mientras seguía caminando con Dianne a sus espaldas.

—¿Te fuiste con el grupo de fiesta después de la sesión de fotos? —volvió a preguntar, aunque sin ejercer demasiada presión. A él, de todos modos, le resultó pesada—. ¿No vas a responderme nada? ¿Qué te pasa? —elevó la voz al final.

Jael, que había abierto uno de los cajones del mueble principal del salón y manipulaba unos papeles sin haberse tomado la molestia de atender a su prometida, se dio la vuelta y la miró.

—¿Y qué más da, Dianne? Si salí o no de fiesta, o si me he tomado un whisky doble esta mañana, es cosa mía —volvió a girarse para seguir en lo que estaba.

Dianne guardó silencio un momento. Su barbilla tembló de rabia, pero se contuvo. La pena era mayor que cualquier otro sentimiento que se produjera en ella. Lo estaba perdiendo y no encontraba la forma de poder frenarlo. ¡Ya ni siquiera podía ganárselo en la cama! ¡No le hacía el amor! ¿Cómo se suponía que una pareja podía contraer matrimonio cuando la relación ya no funcionaba?

—¿Te das cuenta de cómo me estás hablando? ¡No me lo merezco! ¡Esa niñata española te ha absorbido el seso! —exclamó, cabreada. Su voz tembló al terminar de hablar y se llevó una mano a la frente cuando sus ojos se llenaron de lágrimas.

Jael detuvo sus manos llenas de papeles y cerró los ojos al tiempo que tomaba una bocanada de aire. Luego se giró para encontrarse con una Dianne que cabeceaba y trataba de aguantar el llanto. Él suavizó un poco su gesto y la miró compadeciéndose de ella.

—Perdóname, no debería haberte hablado así —se disculpó en voz baja—. Anda, ven aquí... —añadió y se acercó a ella para rodearla con los brazos—. No he pasado una buena noche y me duele un poco la cabeza. Perdóname, ¿sí? —la besó en la sien.

Dianne se apartó un poco de él y lo miró a los ojos.

—Sí, te perdono —asintió y vio cómo su novio se esforzaba en insinuar una sonrisa—. Bésame... —susurró, tentada por sus labios, y se acercó para besarla ella misma.

En un principio Jael intentó consentir aquel gesto. Trató de olvidarse de todo y empezó a corresponderla. Dianne se emocionó cuando sintió aquella lengua entrar en contacto con la suya y gimió por la necesidad de avanzar. Llevó una de las manos a su entrepierna y lo acarició por encima de los pantalones.

—Espera, Dianne... —dijo él, rompiendo el contacto de la manera más sutil que pudo.

—Hazme el amor. Yo te ayudaré a olvidarla —rogó Dianne.

Jael pensó por un instante en lo que acababa de pasar. También en lo que pasó la noche anterior en casa de Joe. A pesar del estado lamentable de embriaguez que llevaba, podía acordarse de lo que hizo. Pensó también en el buen consejo que su amigo Dax le había dado. En todo lo que Joe le había dicho sobre echar a perder su vida si no hacía las cosas bien. Pensó, pensó y terminó negando con la cabeza ante la atenta mirada de la que aún era su novia.

—No puedo, Dianne. Si me acuesto contigo ahora te estaría engañando a ti y me estaría engañando a mí mismo... —explicó con suavidad, pero con la mirada firme.

Dianne asintió después de unos segundos y, dándose media vuelta, fue a coger su bolso y se marchó de la casa. Jael se sentó en el sofá y, echando la cabeza hacia atrás, inspiró profundamente. Su vida era un caos. Debía tomar nuevas decisiones. Tal vez debía irse de viaje, tomarse un año sabático, desaparecer... Su implicación con el grupo era máxima, pero, a ese paso, terminaría no pudiendo dar de sí ni el cincuenta por ciento. No iba a llegar a

ese punto.

Dianne frenó en seco su coche frente aquella casa a la que hacía tiempo que no iba. Caminó deprisa y tocó el timbre insistentemente. Nadie le abrió y volvió a llamar transcurridos diez segundos.

—Abre la maldita puerta, abre la maldita puerta... Jason, por favor —susurró con desesperación, más para ella misma que para que la escuchase alguien.

Sin embargo, la puerta se abrió. Jason estaba ahí. Sin camisa. Con el pantalón desabrochado. Con el bóxer negro delimitando una zona peligrosa. Este apoyó un brazo en el filo de la puerta, haciendo con el bíceps desnudo se contrajera de una forma demasiado provocadora. Sonrió con seducción y torció el gesto interrogativo.

—¿Hablabas sola?

Dianne lo observó, lo admiró y se mordió el labio inferior, sacando a relucir sus deseos. Jason la entendió al instante y se retiró un poco para invitarla a pasar. La vio caminar despacio por delante suyo y no tardó en cerrar la puerta.

—¿Esto es cierto o estoy soñando? —preguntó él, insinuante. Se acercó a ella por detrás y le acarició una hebra del pelo.

Dianne sintió que se erizaba entera. Había pensado muchas veces en volver a verle, pero siempre encontró la fuerza y el motivo para no sucumbir. Ahora ya no había marcha atrás. Lo necesitaba. Jason era el único que podía calmarla. Se dio la vuelta para mirarlo a los ojos y lo encontró ahí, muy cerca, casi rozando su cuerpo, a la expectativa de lo que ella quisiera decirle.

—Yo... —comenzó, aunque las palabras se le atrancaron en la garganta.

Jason se cruzó de brazos y ladeó la cabeza esperando a que continuara.

—¿Quieres que te ayude a pedir lo que deseas? —preguntó él para facilitarle las cosas.

Dianne negó con la cabeza.

—Solo dime si tú deseas lo mismo...

Jason aguardó un instante observándola con fijeza.

—Desnúdate —exigió como respuesta.

Joe decidió salir a una terraza del edificio mientras que las chicas

estaban dentro de la consulta del doctor Turner. Habían llegado antes de la hora acordada, pero, aún así, la misma enfermera de la vez anterior las hizo pasar.

Jacob las saludó con una amplia sonrisa y las invitó a tomar asiento. Su ordenador estaba apagado, con lo cual, ellas pensaron que lo que este tuviera que decirles no sería nada alarmante. Aún así, las chicas se sentían un poco inquietas. Sobre todo Lucía.

—Estáis perfectamente bien de salud, chicas —confirmó Jacob, haciendo que las primas sonriesen.

—Uf, por un momento había pensado que me habría salido colesterol de tanto dulce que como —comentó Lucía espontáneamente.

Jacob emitió una ligera risa y negó con la cabeza.

—Nada de eso. Aunque te recomiendo que no abuses de los alimentos procesados; bollería industrial, comidas preparadas, chocolates... —aconsejó adquiriendo un gesto más serio.

—Vaya, lo que más nos gusta —irrumpió África.

Jacob asintió mientras arqueaba las cejas.

—Una vez por semana, aunque lo ideal es ninguna —determinó.

—¿Debe ser así a pesar de que estemos perfectas de salud? —preguntó Lucía.

—Si queréis seguir siendo personas sanas... sí.

—Bueno, habrá que hacer el esfuerzo —prosiguió África encogiéndose ligeramente de hombros.

Jacob aprovechó para dirigir su mirada hacia la menor de ambas y se frotó las manos con lentitud, preparándose para decir algo.

—Tú, África, a partir de ahora, deberás cuidar tus hábitos diarios de una manera especial...

Ante tal recomendación, África se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Ya estoy bien, doctor. No me ha dolido el estómago ni he vuelto a vomitar —aclaró, extrañada por lo que el médico le había dicho.

Jacob apretó los labios.

—Estás embarazada —reveló conciso.

—¡¿Qué?! —Lucía se tapó la boca por la impresión.

África se quedó sin palabras. Una punzada había atravesado su

estómago y había taponado su garganta. Estaba en shock.

Jacob miró a cada una de las chicas observando sus reacciones y frunció el ceño con desconcierto.

—¿No es esta una buena noticia para ti, África?

Ella tardó en responder, pero, cuando lo hizo, solo negó con la cabeza, sin salir del estado en el que la había sumido el impacto. Jamás en su vida había estado tan asustada. El miedo corría veloz por sus arterias y hacía que el corazón le latiese desbocado.

Lucía se arrodilló en el suelo ante su prima y le cogió ambas mejillas entre sus manos.

—Afri, tranquila... Tranquila, ¿vale? No pasa nada, no pasa nada —dijo nerviosa. Mil cosas habían pasado por su cabeza en cuestión de segundos. También estaba muerta de miedo, pero, como solía ocurrirle siempre, ante una situación difícil para alguien a quien quería, se armaba de valentía. Se hacía fuerte para sostener a la otra persona.

Jacob se levantó de su sillón y caminó hasta una habitación contigua para pedirle a la enfermera que trajese un vaso de agua. Luego, con ligereza, regresó y se ocupó de África. Puso una mano bajo su barbilla y la hizo mirarle.

—Escúchame, África... No te he dicho que tengas una enfermedad —habló con suavidad para calmarla—. Vas a tener un hijo... pero solo si tú quieres. En esta clínica estamos para ayudarte ante cualquier decisión que tomes.

Lucía tragó saliva y asintió a lo que el doctor decía.

—¿Por qué me ha pasado esto a mí? —murmuró la pregunta casi sin voz. Lucía sufrió por ella y le apretó una mano con la suya.

—Bueno, ocurre más de lo que imaginas, muchacha. Pero en esto no hay misterio alguno; todas las chicas de tu edad e incluso menores, sabéis cómo evitarlo. Lo curioso es que termináis olvidando lo que hay que hacer y en cuestión de semanas os llega la sorpresa. —Lo que bien podía parecer una reprimenda del doctor, no se percibió como tal. Fue lógico pero muy amable con su comentario. Su voz y su semblante transmitían calma.

Pero en aquel momento no había nada en el mundo que consiguiese que África enfocara su problema de un modo menos trágico. Sí, porque eso es lo que aquel embarazo era para ella, una tragedia.

Minutos después, Joe vio cómo se abría la puerta de la consulta. Estaba

un poco preocupado por el tiempo que había pasado desde que las chicas habían entrado, y las miró con atención cuando las vio salir junto con Jacob. Lucía lo miró un instante y lo que esta le transmitió no le gustó en absoluto. Caminó unos pasos para acercarse a ellos, observándolos con atención. Algo no iba bien y necesitaba saberlo cuanto antes.

—¡Hombre, Joe, buenas tardes! —exclamó Jacob al verle ahí, y le ofreció su mano.

—¿Qué tal, Jacob? Buenas tardes. Estaba aquí esperando a las chicas —respondió Joe mientras estrechaban las manos. Luego volvió a echar una ligera mirada a las primas y regresó a los ojos del doctor buscando respuestas —¿Está todo bien con mis chicas?

—Eh... bueno. Está todo bien, aunque con un ligero matiz —asintió Jacob después de hablar, dejando ir sus ojos hacia África. Joe siguió la misma dirección y frunció el ceño al encontrar a la menor de las primas blanca como la nácar.

—¿Puedo saber qué tipo de matiz es ese? ¿Acaso aquella indigestión persiste y se trata de algo preocupante? —dedujo como primera opción. No podía imaginar otra cosa.

Jacob negó con la cabeza, aunque evitó responder con palabras. No le pertenecía a él despejar la duda de Joe. Debían ser las chicas. Concretamente debía ser la misma África quien decidiera contarle, o no.

Pero nadie dijo nada en los siguientes segundos, y Joe se preocupó más.

—Id a casa y habladlo con calma —dijo el médico, al tiempo que ponía una mano en el hombro de Joe—. Y recuerda, África... me tienes aquí para cualquier cosa que necesites. Espero saber de ti en breve, sea cual sea tu decisión.

Ante las palabras de Turner, Joe tuvo ganas de volver a preguntar con más exigencia. No obstante, al sentir que Lucía le cogía de la mano, optó por contenerse.

—Gracias por todo, doctor Turner —habló Lucía con suavidad, aunque por dentro su cuerpo fuera un ir y venir de sentimientos encontrados. Sí, sentimientos encontrados, porque, a pesar de lo heavy que era lo que le estaba pasando a su prima, tampoco dejaba de ser algo... precioso e increíble.

Durante el trayecto en coche, Joe respetó el silencio y decidió no indagar. Miró varias veces a Lucía, la cual estaba sentada en el asiento del

copiloto y esta solo le mostró un gesto ligeramente afligido. África, por su parte, no despegó la mirada del cristal de la ventanilla, el cual llevaba un poco bajado para que el aire frío le diera en la cara.

«Esto no debería haberme pasado... No a mí. No ahora. No con... Jael», pensó, aunque en realidad hubiese querido gritarlo.

Una vez en casa, esta se excusó ante Lucía y Joe, y se fue a su habitación. Necesitaba estar sola... aunque la verdad, en ese momento, por más que quisiera, no lo estaría. Alguien, por poco que pudiera medir, estaba con ella.

Lucía, ya con el pijama puesto, se metió en la cama. Aquella noche tampoco cenaría. Era imposible tener hambre con todo lo que daba vueltas por su cabeza y con la emoción recorriendo su cuerpo. Joe, sin embargo, se había hecho un sandwich ligero y se lo tomaba en la habitación. Mientras lo hacía, se descalzó, y no dejó de mirar a su chica, esperando a que esta desembuchara.

—Venga, va... ¿qué le pasa a Afri? Suéltalo de una vez porque me estoy poniendo nervioso —exigió con naturalidad.

Lucía alzó la mirada y negó con la cabeza.

—No sé si debo...

Joe torció una ceja ante aquella respuesta.

—Sí, debes. Tu prima vive bajo mi techo y estoy en el derecho de velar por su salud, tanto como por la tuya —prosiguió con tono autoritario. No quería que se le diesen más vueltas al tema. ¡Era hora de ir al grano!

—Está bien de salud, por eso no te preocupes... —respondió Lucía con calma.

Joe masticó el último pedazo de sandwich de atún mientras analizaba el semblante de su novia.

—Entonces... ¿por qué tanto misterio? ¿Y por qué Jacob quiere verla en breve?

—Joe, déjalo... Si África quiere, mañana te lo dirá. O pasado, o el otro... o tal vez se lo calle y no lo cuente nunca a nadie. Es una decisión suya. Solo suya. —Lucía trató de concluir con aquella explicación.

No obstante, Joe, inconforme, siguió con el interrogatorio después de desabrocharse la camisa.

—¿Es importante?

—Sí, mucho. ¡Y ya! ¡No voy a decirte más nada! —exclamó.
Joe chasqueó la lengua contrariado.

—¡Cuánto secretismo! Venga, Gominola... ¿qué puede pasar si me lo cuentas? En todo caso, la ayudaría hasta la saciedad. Lo sabes.

Lucía miró a su chico... o más bien lo admiró. Y no solo por aquel cuerpo semidesnudo, tremendo y perfecto que exhibía sin piedad frente a ella, sino por la preocupación y el interés que mostraba acerca de cualquier cosa que tuviera que ver con alguna de las dos. Le encantaba la manera firme e insistente que tenía de implicarse con todo. Sin atisbo de duda, sería el mejor marido del mundo. Su felicidad absoluta. Él. Siempre él.

Y desde luego, aunque había tratado de callar, no podía dejar de reconocer que estaba loca por decirle lo que ocurría. Si seguía insistiendo... lograría su objetivo.

—¿Por qué ha dicho Turner eso de “espero saber de ti en breve, sea cual sea tu decisión”? —volvió a preguntar, tumbándose en la cama y apoyando la barbilla en el vientre plano de su chica.

Ella chasqueó la lengua y curvó un poco las comisuras.

—Eres muy curioso...

—Va... dime.

Lucía suspiró y miró a Joe, con una seriedad de la que él se contagió.

—El doctor ha dicho eso porque mi prima... —comenzó y se detuvo.

—Continúa —La voz de él denotó que se había vuelto a preocupar sobremanera.

Lucía inspiró una gran bocanada de aire y luego la dejó salir en forma de resoplido. No había vuelta atrás. Iba a contárselo a Joe y esperaba que África no se enfadara demasiado con ella.

—Porque mi prima tiene que decidir si tener o no el hijo que lleva en su vientre —se mordió el labio inferior justo después de decir aquello.

Joe, simplemente, enmudeció. De todo lo que podría haber pasado por su cabeza desde que habían salido de la clínica, un embarazo era lo menos probable. Su boca entreabierta no emitió sonido alguno durante un largo instante. Sus ojos zafiro, impresionados, fijos en los de Lucía, no parpadearon hasta que ella volvió a hablar.

—Sabía que esa sería tu reacción. Yo aún no me lo creo, y eso que está confirmado clínicamente.

—Embarazada... —murmuró Joe, impactado.

—Sí, esa era su indigestión, fíjate... Un embarazo que empezaba a decir “aquí estoy yo”.

Joe se incorporó en la cama, pensativo. Su mente giró a mil

revoluciones.

—Dios, Jael... Jael va a ser padre.

Lucía se aceleró en cuanto escuchó a su chico y también se incorporó de forma precipitada.

—Joe, júrame que no vas a decirle nada. —Su exigencia hizo que él girase la cabeza y la mirase desconcertado.

—¿Cómo me pides eso, Lucía?

—¡Ni siquiera sé si África va a querer seguir adelante! No puedes decir nada, ¡júramelo! —exclamó con brío.

—¿Y no crees tú que la decisión de seguir adelante es de los dos? De hecho... —se giró para mirar de frente a su novia, con media sonrisa en la boca—, ese embarazo los podría volver a unir. Todo pasa por algo, Lucía... Ellos se aman, tú lo sabes igual que yo, ¿no es así?

—Sí, por supuesto que lo sé... —respondió con poca voz, sorprendida por cómo Joe estaba enfocando la situación.

—Mi amor, ese embarazo lo cambia todo. Aunque te suene extraño, ese bebé le va a arreglar la vida a Jael.

Lucía se abrazó las rodillas y se meció un poco mientras meditaba lo que acababa de oír. Los pensamientos de Joe no estaban alejados de la realidad, por descabellados que pudieran parecer. Lo difícil tenía nombre propio... África; ¿cuál sería su decisión?

Jezabel Marí

Capítulo 38

África se despezó sobre la cama. Estaba tapada hasta el cuello con la sábana y aún tenía los ojos cerrados. Sus labios reflejaban una suave sonrisa. Se sentía bien. Sin embargo, un minuto después, su mente le recordó el problema en el que estaba metida. Abrió los ojos de golpe y volvió a sentir el miedo latiendo dentro de ella.

Se destapó y se puso en pie rápidamente. Caminó directa hasta el baño y se inclinó para coger un taburete. Se subió en él y se miró casi de cuerpo entero en el espejo. Giró hacia un lado y hacia el otro, analizando su anatomía, y, por supuesto, no encontró ningún cambio. Metió una de las manos bajo la camiseta que llevaba puesta y, temblorosa, plantó la palma sobre su vientre.

«¿De verdad tengo un bebé aquí dentro?», se preguntó, pues seguía sin poder creerlo.

«Bueno, un bebé no. Aún no. En todo caso... una almendrita», siguió diciéndose a sí misma. Un halo de ternura se hizo patente en su semblante, aunque ella no fue consciente de ello.

Se puso de perfil y se levantó la camiseta para verse bien el abdomen. Seguía plano. Lo tocó con cierto reparo y su piel se erizó súbitamente. Jamás había sentido tantas sensaciones juntas, y a la vez indescriptibles. Un nudo amenazó con apretar su garganta, pero ella tragó para disiparlo. No quería volver a llorar; ya lo había hecho bastante la noche anterior.

—¿Qué vas a hacer con tu vida, África? —murmuró pensativa y dejó ir un suspiro. Luego inclinó la cabeza y se miró la tripa una vez más—. Hola, mi pequeña tragedia, me temo que aún no es el momento de que vengas al mundo. Lo siento. —Sus palabras, aunque coherentes, sonaron muy tristes.

Dos días después...

Dianne, en la consulta del doctor Turner, sentada frente al ordenador, después de haber leído y releído lo que decía el resultado de aquellos análisis, se tapó la cara con ambas manos y se echó a llorar. Lloró desconsolada durante un par de minutos y se dejó caer desplomada sobre el respaldo del sillón. Desde su posición, volvió a mirar la pantalla, donde las letras se habían convertido en un borrón sin sentido. No podía volver a leer y confirmar lo que tanto daño acababa de hacerle, pero solo con pensarlo el

dolor en el pecho y las ganas de tirarse por una ventana volvían a ella.

Entonces, alguien entró y cerró la puerta tras de sí. Al tiempo que se acercaba al centro de la estancia, su semblante se tornó preocupado.

—¿Qué te pasa, Dianne? ¿Por qué estás llorando así? —Jacob se situó a su lado y la observó. Luego, siguió la dirección de su mirada hacia la pantalla del ordenador.

—Le va a dar un hijo... —afirmó la americana con voz rota.

Jacob no entendió nada. Se agachó junto a ella y, agarrándole la cara, la hizo mirarle.

—Realmente no sé por qué cojones estás mirando el historial de mis pacientes, ¡sabes que es confidencial! —exclamó enfadado.

—Le va a dar un hijo... —repitió, incorporándose y elevando el tono con un pequeño lamento.

Jacob frunció el ceño y la miró interrogativo.

—¿Y qué te importa a ti que esa chica le vaya a dar un hijo a alguien? ¿Me lo puedes explicar?

—Jacob... —tragó saliva y sorbió por la nariz—, mi relación con Jael acaba de terminar en este instante. Se acabó para siempre —sollozó, aunque trató de reprimirse para seguir hablando—. Se acabaron mis planes, mi boda, mi vida, mis futuros hijos... ¡Todo se ha ido a la mierda por ese resultado! —levantó la voz y señaló con un dedo la pantalla del ordenador.

Jacob se incorporó y anduvo un par de pasos mientras asimilaba lo que había oído. Juntó ambas manos y se las llevó a los labios cuando volvió a observar a Dianne. La había visto llorar muchas veces porque siempre fue muy caprichosa, desde niña, pero, en este caso, parecía ser que no se trataba de algo banal; estaba derrumbándose ante sus ojos. Y tampoco era muy difícil imaginar que Jael fuera el supuesto responsable del embarazo de África. Todo enlazaba: Joe y Jael eran mejores amigos y pasaban largas temporadas de gira. Lucía y África eran españolas, justo del lugar donde NBITS había concluido su último tour. Lucía novia de Joe... ¿Por qué motivo Jael no iba a mantener relaciones con la otra chica?, ¿por serle fiel a Dianne?, ¿había sido fiel alguna vez en su vida? No era un secreto que Jael iba de flor en flor siempre que podía. Y si todavía no fuera suficiente, por ser quien era, tenía las mujeres en abundancia... La consternación de África cuando supo de su embarazo también cuadraba.

—Dianne, ¿estás segura de que es así? ¿Jael es...? —le preguntó con

cautela.

Dianne asintió, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Bueno, mira... —continuó Jacob—, me consta que esa chica no está segura de seguir con el embarazo. De hecho, entró en shock cuando le di el resultado de los análisis. Si decide abortar, tal vez puedas salvar tu relación con Jael. Estáis comprometidos.

Dianne escuchó pacientemente a Jacob, pero, antes de que este hubiera terminado de hablar, comenzó a negar con la cabeza. Aunque ya no lloraba. De repente, parecía haberse controlado y empezaba a mostrarse ligeramente impasible, e incluso fría.

—No, Jacob. Me rindo.

—¿Por qué? Espera un poco, a veces en las relaciones se presentan baches muy difíciles de sortear, pero se acaban superando. Y... para ser sinceros, puede que tú muchas veces lo hayas agobiado en según qué situaciones... pero también has llevado bien su ritmo de vida, de ir de aquí para allá todo el tiempo. Lo has esperado en su ausencia y le has guardado fidelidad a sabiendas de que él no te correspondía en eso.

—No, eso no es del todo verdad... —lo interrumpió. Él la miró desconcertado.

—Sí, Dianne, te he visto ser pesada muchas veces y eso termina agobiando.

—Le he sido infiel en muchas ocasiones... —confesó y alzó la mirada, pues no se sentía avergonzada por ello. Jason había cubierto sus carencias sexuales, igual que otras muchas chicas desconocidas habían cubierto las de Jael.

Jacob la miró pensativo, aunque llegó rápidamente a una conclusión.

—Entonces..., deja que te diga que vuestra relación ya estaba condenada al fracaso desde hace mucho. Esa chica, África, no ha roto vuestro compromiso.

Dianne tomó aire después de haber oído lo que Jacob, con mucha razón, acababa de decir. Se puso en pie y asintió mientras se recomponía la camisa y se colgaba el bolso en el hombro.

—Sí, así es. He de admitirlo —dijo, con firmeza.

Jacob le aguantó la mirada y, en cierto modo, sintió un gran alivio. En ese momento vio en su hermana menor a una mujer fuerte y decidida, capaz de afrontar las consecuencias de aquel giro tan brusco que estaba dando su

vida.

—Haces bien —estrió el brazo y le tocó la mejilla con cariño—.
¿Quieres que te lleve a casa?

—Necesito un café.

—Vamos, te invito.

Jacob tomó a Dianne de la mano y salieron juntos de la consulta. Por el pasillo, le echó un brazo por los hombros y la estrechó para reconfortarla.

Dos días después...

Sábado.

NBITS firmaban autógrafos en una sala vip después de dar un impresionante concierto. Alrededor de cincuenta personas habían podido adquirir aquellos pases especiales y ahora podían ver más de cerca a los cantantes.

Caras de emoción, nervios, risas, besos, abrazos, fotos... Lucía y África eran testigos de todo esto y también de cómo los guardaespaldas y agentes de seguridad trataban de hacer su trabajo, para evitar que la situación se descontrolase.

“¡Ha sido increíble! ¡Sois increíbles!”

“¿Para cuándo el videoclip de *It's always gonna be you*?”

“¿Volveréis pronto a dar un concierto aquí?”

“¿Es verdad que NBITS va a grabar una película?”

“¿Qué hay de los rumores de que el grupo se separa? ¡Si es cierto, morimos!”

“¡Te quiero, Dax! ¡Me he tatuado tu nombre!”

“Joe, ¿de verdad vas a casarte?”

Se oyeron cientos de preguntas y muy pocas respuestas, puesto que, Biscuit, personalmente, se encargó de que cada minuto glorioso que tuvieron las chicas junto a sus amores platónicos, no excediese y se utilizase para lo que generalmente se hacía; saludo, firma y foto. Pero los cinco chicos solían brindar algunas palabras para que ellas se fueran contentas.

Lucía sonrió cuando una de las fans, llorando, se abrazó a Joe. Él la correspondió brevemente y le ofreció una sonrisa. Como novia, estaba aprendiendo a sobrellevar todo aquel despliegue de locura que levantaba su futuro marido, junto con sus compañeros. Luego fue consciente de que la

misma chica se abalanzaba sobre Jael, quien trató de recibirla sin perder el equilibrio. Biscuit hizo acto de presencia y metió una mano entre ambos para que la chica entendiese que había que guardar la compostura, a pesar de la emoción que pudiera sentir.

“¡Jael, estoy enamoradísima de ti! ¡Lo estaré toda la vida!”

Lucía no pudo aguantar una pequeña risa e, instintivamente, giró la cabeza para mirar a su prima. Esta apretó los labios y alzó las cejas ante la espontánea confesión de aquella fan. Entendió a la chica y, a pesar de no demostrarlo, se sintió identificada con ella. ¿Quién no iba a enamorarse de semejante hombre?

“¡Quiero un hijo tuyo!”

La fan se resistió un poco a que el guardaespaldas la apartara de Jael y, antes de que se la llevaran demasiado lejos, gritó su deseo. Un hijo de él.

—Qué ironía, ¿no? —comentó Lucía con voz moderada, tras haberla escuchado—. Esa chica desea algo que nunca tendrá... y tú...

—Lucía... —África la regañó con la mirada, pero a ella le dio igual.

—Espero que en algún momento podamos volver a hablar de esa decisión que has tomado, Afri. Solo te digo eso —continuó la mayor, esta vez algo más seria. Aunque de nuevo había llevado la vista hacia los chicos, que seguían interactuando con sus seguidoras.

—Tú lo has dicho, Luci... es una decisión. Mi decisión. Nadie puede intervenir en eso.

Lucía volvió la cabeza rápidamente hacia ella.

—No es así. Hay otra persona que tiene mucho que ver en lo que te está pasando. Deberías contar con él.

África suspiró tras escuchar a su prima. En el fondo sabía que tenía razón.

—No voy a tener este hijo, Lucía. Me sobran los motivos para no hacerlo. Así que, ¿para qué quieres que le diga nada a Jael?, ¿para que todo se líe más?

Lucía chasqueó las lengua y negó con la cabeza mientras, de nuevo, miraba hacia el bullicio de fans agolpadas, esperando el momento de poder llegar a sus cantantes favoritos.

—Estoy segura de que querría mucho a su hijo y de que haría todo por él... —afirmó, con una seguridad que hizo que África la mirase alzando una ceja.

—¿Ah, sí?, ¿por qué estás tan segura de eso?

—Fácil... Porque es un buen chico y porque está loco por ti. —En cuanto hubo dado su respuesta, Lucía se bajó del taburete y se marchó hacia el interior del recinto, dejando allí sola a su prima.

África, apretó los labios con gesto serio, y no pudo evitar que aquello que le había dicho Lucía quedara dando vueltas en su cabeza.

Horas más tarde...

Los cinco chicos habían ido a tomar algo juntos a la casa de Dany. Lucía y África habían sido invitadas, pero estas se excusaron diciendo que estaban cansadas. Biscuit las hubo acercado a casa de Joe y, después de cenar algo ligero, sin mediar palabra alguna sobre el tema del embarazo, se fueron a dormir.

Dax y Jonathan reían viendo en un iPad la grabación de una parte del concierto de aquella misma noche. Justo cuando el primero de ellos se habían dejado caer un cubo de agua encima al término de una canción. Sus improvisaciones, un tanto descabelladas, hacían gritar más y más a las fans. Luego, empapado, volvió a cantar el estribillo, que consistía en un rap, e invitó al público a que lo siguieran. Al verlos reír, Dany, Joe y Jael se fueron a cercando al sofá donde estos estaban y los rodearon para poder verlo también.

—Tío, estás como una cabra... —dijo Dany mientras reía.

—Sí, pero no cambies. —añadió Joe, al tiempo que le quitaba la gorra a Dax y se la ponía él.

Jael simplemente insinuó una pequeña sonrisa y cabeceó. Luego se incorporó y se alejó en silencio hacia una gran terraza que había a un extremo de aquel salón. Los cristales estaban cerrados, pero se quedó ante ellos mirando hacia el exterior.

Joe lo siguió con la mirada. Dany le comentó algo a lo que le prestó poca atención, asintió y en cuanto pudo también se despegó del resto de los chicos. Cogió dos latas de *Coca-Cola* del minibar y caminó hasta su mejor amigo.

—Tú necesitas hablar, ¿verdad? —dijo, ofreciéndole una de las latas.

Jael lo miró un instante y aceptó la bebida.

—¿*Coca-Cola*?

—Sí, *Coca-Cola*; últimamente has bebido mucho de otras cosas. Y si de

mí de pende, no vas a convertirte en un alcohólico.

Jael abrió la lata sin objetar nada y le dio un trago. Joe lo hizo también. Luego, ambos guardaron un poco de silencio mientras miraban hacia el exterior a través de los cristales.

—Joe...

—Dime

—Estoy pensando en dejar el grupo —confesó Jael con aparente impasibilidad.

A Joe no se le cayó la lata de la mano solo por suerte. El impacto de lo que acababa de oír lo hizo palidecer. Frunció rigurosamente el ceño y giró la cabeza para mirar a su amigo.

—Esa es una coña muy fea —respondió con decepción.

Jael no apartó sus ojos del cristal y volvió a contener las palabras por un momento. Luego suspiró de forma imperceptible y habló de nuevo.

—No estoy bien y no quiero perjudicaros.

Joe empezó a enfadarse y su semblante fue prueba evidente de ello. Sus ojos zafiros, crispados, se clavaron en el perfil de su mejor amigo. Quería que este también le diese la cara.

—Lo harás; nos perjudicarás si te marchas. Así que déjate de estupideces, Jael. Tus fans quieren verte en el escenario, quieren seguir escuchándote cantar. Podría pedirte que no me defraudes a mí, pero, ante todo, te pediré que no las defraudes a ellas. —habló con dureza.

Entonces, Jael, lentamente, volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Joe.

—Tengo que alejarme de ella, ¿me entiendes? —dijo, buscando comprensión en él.

—No —respondió Joe, rotundo.

Jael sintió desconcierto.

—Es incapaz de perdonarme. No me habla. Me evita siempre que puede. Y tal vez te parezca exagerado, lo sé, porque yo nunca he sido así, pero no puedo soportarlo. ¡Apenas me mira! Todo eso me hace pensar que aquí el único que está enamorado soy yo. Voy a irme por un tiempo, Joe. — Después de desahogarse, contrariado, dolido y con un evidente halo triste en su cara, volvió a dirigir su mirada hacia las luces de la ciudad detrás del cristal.

A Joe le rondó una sola cosa por la cabeza y estuvo a punto de dejarse llevar y ser sincero con su amigo. Había un motivo de peso por el que este no debía alejarse, y no se trataba precisamente del grupo.

—Tú no eres de salir huyendo de nadie... —prosiguió Joe, incómodo por no poder hablar claro.

—Solo hasta que ella vuelva a España —murmuró.

De nuevo, Joe pensó en qué decir para que Jael cambiase de opinión, sin revelarle la información que prácticamente estaba obligado a callar.

—Este no es... el momento de que desaparezcas. —Las palabras atravesaron sus labios con dificultad, cosa que llamó la atención de Jael, que lo miró extrañado. Lo analizó por unos segundos, y Joe rezó porque se diese cuenta de que detrás de su gesto y su último comentario se escondía algo importante—. No lo es, Jael. No te puedes ir ahora.

Jael frunció el ceño; su mejor amigo parecía estar advirtiéndole de algo. Pero claro, Joe diría lo que fuese con tal de evitar que él dejara el grupo. Lo sabía. Estrió un brazo y puso la mano en uno de sus hombros.

—Voy a pensarlo mejor en los próximos días, pero no te prometo nada.

En ese momento, Joe se dio por satisfecho con aquella respuesta. Al fin y al cabo ganaba tiempo para concienciar a Lucía de que sería sincero de una vez con su amigo. Le dolía tener que estar ocultándole algo tan relevante para él. Y, si hacía falta, aunque aún no había tocado el tema con África, le daría un plazo corto para que ella misma hablase con Jael; tenía la obligación moral de hacerlo.

El domingo amaneció lluvioso; hacía días que el otoño había llegado y estaba haciéndose notar. Aquella mañana era fría y las chicas habían decidido preparar un chocolate caliente para desayunar. Se sentaron en la alfombra del salón y conversaron sobre los mensajes que habían estado recibiendo de sus familiares. Estos querían volver a verlas pronto, como era lógico, e insistían en preguntar cuándo iban a regresar a Sevilla. Después de unas ligeras risas, se pasaron al tema de los estudios y de aquel proyecto que tenían en común; seguir haciendo aquello que les encantaba, avanzar, y, por qué no apuntar alto, ser empresarias y tener su propia marca y su propia tienda bien montada.

—¡De sueños se vive, no?! —exclamó África.

Lucía asintió sonriente y sin poder hablar, pues tenía la boca llena del sorbo de chocolate que acababa de tomarse.

—Sueños más inalcanzables se consiguen... —añadió en cuanto le fue posible.

África entendió aquel comentario y, alzando una ceja, también asintió.

—Sí, mírate, vas a casarte con un auténtico príncipe —comentó, y, aunque estaba muy feliz por su prima, no pudo evitar aquel halo triste que apagó la luz de su rostro.

Lucía, por supuesto, se percató de ello. Lo percibía siempre que ocurría, y últimamente se daba muy a menudo. En silencio, estiró el brazo para acercar la mano a la tripa de Afri.

—¿Puedo? —Ante semejante ademán, África la miró sorprendida y dubitativa—. Solo será un momento —insistió la mayor.

África apoyó la palma de las manos en la alfombra e inclinó el cuerpo un poco hacia atrás. De este modo le dio acceso a Lucía para que pudiese hacer lo que quería. El jersey de su pijama no era demasiado largo y, al hacer aquel movimiento, se deslizó y mostró su pequeño ombligo.

Lucía sintió emoción al plantar la mano encima del abdomen de su prima. Era plano, terso y cálido. Guardó silencio absoluto y se centró en las sensaciones. África la observó un tanto conmovida.

—No notas nada, ¿verdad? —dijo la rubia en voz baja.

Lucía tardó unos segundos en responder, pero, al hacerlo, una bonita sonrisa asomó en su boca.

—Te equivocas, claro que noto. Tienes la tripa súper calentita y... —hizo una pausa para seguir sintiendo.

—¿Y? —preguntó África con cara de sorpresa.

—Afri, hay una vida dentro de ti; es imposible no sentirla. Mira tu piel cómo se eriza... —La dulzura con la que Lucía habló, hizo que su prima empezase a emocionarse—. ¿Te has parado a pensar en lo bonito que es lo que te está pasando? —preguntó con la misma suavidad y ternura, pero sin levantar la vista del abdomen que aún tocaba.

África no supo qué decir. No quería recordarle a Lucía lo que había decidido hacer en cuanto a su embarazo. Se sentía mal al hablar de ello.

—Supongo —murmuró casi sin voz.

—¿Supones? —Esta vez, Lucía sí levantó la mirada hacia Afri.

—Soy muy joven... —añadió, seria, y negó con la cabeza. Podía ser muy hermoso, pero también un problema.

—Eres una mujer —afirmó la mayor.

—Si aparezco con un bombo en Sevilla, nuestra familia... —trató de decir algo, pero Lucía no la dejó acabar.

—Todas las mujeres de nuestra familia han sido madres jóvenes; no pueden juzgarte.

África no pudo alegar nada ante aquella verdad. Sí, era así. Empezando por la abuela de ambas, que a sus diecinueve primaveras tuvo su primera hija.

—¿Por qué no...? —Lucía empezó una pregunta y se detuvo en mitad de esta. Cuando vio que África la miraba a la expectativa, decidió seguir—. ¿Por qué no te lo piensas mejor? —. La rubia guardó silencio—. Venga, Gucci, tú eres una tía valiente. Y además me tienes a mí. Podemos quedarnos aquí hasta que des a luz —la alentó. El tono de su voz iba cargándose de energía y positivismo a medida que continuaba hablando.

—A mí también me tendrás —irrumpió una voz masculina de forma repentina.

Joe las había estado observando durante un par de minutos y no pudo contenerse al escuchar lo que su novia sugería. Las chicas, un tanto sorprendidas, inclinaron la cabeza para verle llegar hasta ellas. Acababa de bajar del ático de la casa, donde estaba ubicado el gimnasio, después de haber hecho una hora de ejercicios. Aún sudoroso, con el pelo húmedo y una toalla al cuello, se inclinó sobre Lucía y la besó en la frente. Luego tomó asiento junto a las dos en la alfombra. Sus grandes ojos azules fueron a los de África. No pospondría más la conversación que tenían pendiente.

—Seré directo, África... —habló con suavidad pero también con mucha firmeza—. Creo que has tomado la decisión muy a la ligera —continuó con calma, aunque con un semblante serio que hizo que las primas le mirasen con atención. África ya había imaginado que su embarazo no era un secreto para él, pero, aún así, se sintió un poco incómoda. Era el mejor amigo de Jael, lo que dijera iba a ser siempre en defensa suya—. Puedo comprender tus miedos, pero no el que hayas excluido a Jael de esto.

—Él no tiene por qué saberlo —espetó con rapidez.

—Sabes que se muere por ti. ¿Acaso no te quedó claro el otro día cuando lo tuviste deshecho en la puerta de tu habitación? —elevó ligeramente el tono. Lucía agachó la cabeza porque Joe le había contado de aquello.

África se inclinó hacia delante y descendió la mirada, triste, al tiempo que apoyaba la cara entre sus manos. Le ardían las mejillas.

—Como bien dice tu prima, deberías pensarlo mejor, pero, ante todo, deberías hablar con él. Si a pesar de ello no quieres seguir adelante, de acuerdo, es tu cuerpo, es tu vida, pero te pido por favor que tengas en consideración a Jael. No lo hagas a un lado en algo tan importante. Deja que lo sepa y deja que de una opinión. Solo eso. Es lo justo, Afri.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Lucía, estirando el brazo y cogiendo la mano de su chico. Joe le sonrió. Luego, ambos miraron a África esperando alguna reacción por su parte.

—Si... si se lo dijese... —comenzó a decir en voz baja—, destruiría su relación con Dianne.

Joe no pudo evitar sonreír con ironía.

—Seguramente sí, destruirías su relación... pero le arreglarías la vida —aclaró, seguro de lo que decía.

Lucía asintió. Era una pesadilla que Jael aún siguiera enganchado a una persona por la cual no sentía absolutamente nada. Era de terror que estuviese comprometido solo por complacer a una madre caprichosa. Ese chico necesitaba un cambio.

Joe, con la mano que le quedaba libre, sorprendiendo a África, tomó una de las suyas y la apretó transmitiéndole fuerza y apoyo.

—Prométeme que se lo vas decir —hizo una pausa sin apartar sus ojos de ella—. Por favor.

África no pudo más que rendirse y asentir.

—Lo haré.

Jezabel Marí

Capítulo 39

Llovía de nuevo. La semana había pasado fugazmente y el viernes Lucía regresaba de la casa de sus suegros, donde hubo estado horas cocinando y comiendo pastel de zanahoria con la pequeña Kate. La relación entre ambas prosperaba, aunque la niña, en ocasiones, hacía comentarios que evidenciaban su problema con los celos. Su hermano era una figura esencial en su vida y le costaba compartirlo con los demás; en especial con Lucía. Pero esta sabía cómo metérsela en el bolsillo. Kate caía rendida ante la forma graciosa en la que su cuñada se comportaba cuando estaban las dos solas. Katherine y Joseph, también se habían enamorado de ella. No imaginaban

tener otra nuera y, en ocasiones, habían advertido a Joe para que la cuidase mucho.

África, por su parte, a pesar de la tormenta que arreciaba Manhattan, había salido en busca de una tienda donde poder comprar las pinturas plateadas que le hacían falta. No obstante, al terminar sus compras y salir afuera, el diluvio era tan violento que le dificultó la visión para cruzar la calle. Un taxi, a una velocidad algo excedida, le golpeó la pierna y la arrojó al suelo. El taxista frenó y rápidamente bajó del coche para socorrerla.

Por suerte, África entendió bien su americano cerrado.

—¿Puedes ponerte en pie? ¿Cómo te sientes, chica? Voy a llamar a una ambulancia —estaba muy nervioso y su teléfono móvil también terminó en el asfalto.

—No es... necesario —se esforzó en decir, aunque sentía un intenso dolor en la rodilla.

Un chico que había sido testigo de la escena desde el ventanal de una cafetería, se acercó a ellos para prestar ayuda. Lo primero que hizo fue agacharse junto a África y verificar cómo estaba. Al ver que ella trataba de incorporarse, puso una mano abierta detrás de su espalda.

—Hola, me llamo Raúl. Estudio medicina... ¿cómo te sientes? —dijo, mientras que, con la mano libre, le tomó el pulso.

Su inglés estaba bien hablado, pero su acento lo delató. No era de allí.

—Me duele la pierna. Solo eso —respondió África sin quejarse demasiado.

—Vale, tranquila, de esta no te mueres —siguió diciendo aquel chico amable y desconocido.

Cuando ambos se miraron, él sonrió y ella abrió mucho los ojos. Le conocía.

—Eres... —pensó—, el hijo de Zeus. El chico de los cócteles. —Su cara estaba empapada de agua por la intensa lluvia y la de él también, pero lo reconoció de inmediato.

Raúl frunció el ceño y la miró a los ojos un instante. La recordó.

—Hostia, no puede ser. Este mundo es muy pequeño. Eres...

—África —añadió para refrescarle la memoria.

—Joder, sí. Estabas en la fiesta de Santos. Tú y tu prima, os recuerdo perfectamente. Vamos..., te ayudo —continuó y, metiendo un brazo bajo sus

piernas, la levantó en peso para llevarla a cubierto. La lluvia no cesaba.

—¡Vengan al taxi, puedo llevarlos a alguna clínica! —exclamó el taxista.

África dio al conductor la tarjeta de la clínica Turner, y este no tardó en dirigirse hacia allí.

Una hora más tarde, Lucía hablaba por teléfono desde la habitación donde habían ubicado a su prima, la cual llevaba rato desesperada por irse a casa.

—*Tiene la rodilla vendada, pero ella está como si nada. Tranquilo, amor.*

—*Por lo demás... ¿todo bien?* —Joe preguntó con indirecta. Lucía lo entendió.

—*Sí, perfecto. Joder, pero qué susto.* —suspiró; aún le quedaba algo de opresión en el pecho por el susto que se había llevado al saber lo ocurrido.

—Pero, ¿por qué ha salido a la calle si estaba lloviendo tanto? —alzó la voz. Sus compañeros, los cuatro, se habían acercado a él para prestar atención.

—Porque a esta no hay quien la pare, ¿no la conoces ya? —exclamó, enfadada.

—Venga, amor, no te cabrees. Después de todo no le ha pasado nada grave —suavizó el tono para tranquilizar a su chica.

—¡Dale mimos de mi parte hasta que llegue! —gritó Dax.

Jael lo miró, aunque los comentarios de este ya no le molestaban como podrían haberlo hecho antes. Ahora sabía que Dax la miraba de una manera fraternal. Sin embargo, una punzada lo había atravesado cuando Lucía había hecho aquella llamada y escuchó decir a Joe algo de un accidente. Y seguía tenso a pesar de que su amigo le había transmitido calma con la mirada.

—¿Qué le ha pasado? —fue el primero en preguntar, algo alterado, en cuanto Joe dejó el teléfono.

—Nada grave. Tiene un vendaje en la rodilla, debe ser poca cosa. Tranquilo, ¿vale?

—¿De qué tipo de accidente estamos hablando? —insistió en saber.

—Iba a cruzar una calle y un taxi, que al parecer iba algo rápido, le ha dado un golpe en la pierna —explicó con calma.

—Buah... —murmuró Dany.

—¡Joder, puto taxista! —exclamó Dax y cabeceó.

Jael se tragó un impropio y caminó nervioso de un lado a otro.

—¿De verdad que ella está bien? —preguntó de nuevo, evidenciando la impotencia de no poder salir corriendo hacia la clínica. Estaban a poco menos de una hora de Manhattan.

—He podido oírla decir que quería irse a casa cuando hablaba con Lucía. Está bien, Jael. De hecho, si quieres, ven conmigo a la clínica, voy a ir a recogerlas.

Jael solo asintió a lo que Joe le había sugerido y trató de relajarse.

Jonathan, que había permanecido callado todo el tiempo, observó a Jael y no pudo más que convencerse de sus sentimientos. Su hermano quería de verdad a aquella chica.

En la consulta del doctor Turner...

—¿El embarazo ha sufrido algún daño? —preguntó Dianne, sentada frente a Jacob, al otro lado de la mesa.

—No. Todo está perfecto —respondió mientras movía sus dedos ligeros sobre el teclado—. Y Dianne, tal vez no deberías estar aquí. Si os veis, ambas vais a sentir os muy incómodas. Ella por estar embarazada de tu prometido y tú por saberlo. Vete a casa y evítalo.

Dianne, seria, asintió. Su hermano tenía razón.

—Sí, bueno... no he podido evitar venir aquí contigo en cuanto te ha llamado por teléfono la tal Lucía. Curiosidad, ya sabes. Pero sí, ya me voy.

—Es lo mejor —añadió Jacob con sus ojos puestos en la pantalla del ordenador, sin dejar de escribir.

Poco más tarde, Joe, Jael y Dax llegaron a la clínica. Jacob se cruzó con ellos antes de que estos se dirigieran a la habitación donde estaban las primas y se detuvo a comentarles sobre la situación. Por su puesto, se sintió bastante incómodo con su cuñado frente a él, escuchando muy atento lo que este decía sobre el estado en el que se encontraba África.

—Es algo leve para lo que realmente podría haberle pasado. Así que no os preocupéis. Descanso y otras indicaciones que ya le he dado a ella, y en poco tiempo podrá hacer vida normal —concluyó.

—Gracias por haber venido a atenderla tú personalmente, Jacob —dijo Joe y le estrechó la mano.

—Nada, es mi trabajo —sonrió el doctor. Luego, no pudo evitar dirigir una mirada de resentimiento hacia Jael, antes de que este se alejara con los demás. Pero Jael ni siquiera se percató de ello; lo único que le interesaba en aquel momento era ver a África.

Y África estaba sola, sentada en una silla de ruedas, cuando los tres entraron a la habitación. Lucía había bajado a la cafetería a por algún pastelito para ambas, ya que, entre tanto trajín, la hora de la comida se les había pasado de largo.

—¡Hombre, mi Gucci! ¡Estás viva! —exclamó Dax, que fue el primero que llegó a ella. Inclino la mitad del cuerpo hacia atrás para echarle un buen vistazo y, ante la espontánea sonrisa de Afri, rio y se acercó a besar su frente.

—Pero si sigues entera..., yo creí que te faltaría una pierna, un brazo, un ojo... —bromeó Joe frotando la mano sobre el pelo rubio de la chica.

—Muy gracioso, principito. ¡Llévame a casa, por *favooooor!* —suplicó su última frase.

Joe se inclinó y, riéndose, besó una de sus mejillas. Estas estaban coloradas y calientes. La calefacción en aquel lugar estaba pasada de rosca. Pero, el mayor golpe de calor, llegó al cuerpo de África cuando vio a Jael cruzado de brazos delante de ella. Su corazón se disparó y miles de mariposas sobrevolaron su estómago.

—Dax, ven conmigo a buscar a Lucía. No me hace gracia que ande por ahí sola... —dijo Joe e hizo un movimiento con la cabeza hacia la puerta. Hacía días que Afri le había dado su palabra de hablar con Jael sobre su embarazo, y por motivos de trabajo del grupo no se había dado el encuentro entre ambos. Tal vez sucediera el milagro si los dejaban solos...

—Va, vamos —Dax lo entendió perfectamente.

La habitación se sumió en un ligero silencio cuando los dos chicos salieron. África, nerviosa, se miró las manos y jugó con sus dedos. Jael la observó y apreció un cambio en su actitud. No obstante, tampoco quiso creérselo demasiado.

Pero la vio tan bonita como siempre, e incluso un poco tímida. Le gustó. Aunque, bueno, gustarle... le gustaba siempre. Más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Qué tal esa rodilla? —preguntó él con suavidad.

África levantó la mirada y se la sostuvo solo por el tiempo preciso de responderle.

—Ya no me duele —soltó las palabras con ligereza y llevó la vista hacia la ventana. El cielo seguía gris, aunque la lluvia, por fin, había decidido calmarse un poco.

—Me alegro —sonrió sin que ella lo viese—. Porque, de lo contrario, podría matar al taxista que te ha hecho esto —aseguró.

África no apartó los ojos del cristal de la ventana, pero tampoco pudo reprimirse una sonrisa al escucharlo. ¿Cuándo iban a dejarla tranquila las jodidas mariposas? ¡Ni siquiera lo estaba mirando! ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Jael inclinó la cabeza para apreciar mejor aquella sonrisa, y la suya propia volvió a surgir. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan contento como en ese instante. ¿Por fin iba a perdonarle? ¿De verdad África iba a dejar de rechazarlo? No quería hacerse una ilusión errónea, pero ser el responsable de que sonriera lo llenó de esperanza.

«Tú quédate callada todo el tiempo que quieras, que yo me quedo la vida entera mirándote», susurraron sus pensamientos.

Inesperadamente, en medio de aquel bonito silencio, ella se armó de valor y desvió su atención hacia él. Si tenía que contarle lo de su pequeña tragedia, lo haría ya, ¿para qué esperar más? Aún así, las palabras se negaron a materializarse en su boca. Y, ante aquella mirada azul, inocente e insegura, Jael tampoco necesitó que le hablase.

Con duda, caminó unos pasos hacia ella y se agachó para estar a su altura. Tomó una de sus manos, y África ni pudo ni quiso evitarlo. Sus dedos se entrelazaron y se acariciaron entre ellos como si lo hicieran por voluntad propia. Cada uno fue capaz de percibir que la respiración del otro se iba agitando poco a poco con aquel contacto. La temperatura de la habitación ascendía veloz, maravillosa e insoportablemente.

Jael tragó saliva tratando de controlar su deseo, pero este se disparó cuando África volvió a separar sus labios para respirar.

—He... sentido mucha envidia cuando Dax y Joe te han besado —confesó con poca voz. Ella siguió en silencio, embebida por aquella cara, aquellos ojos y aquella boca, irresistibles, que volvía a tener tan cerca—. ¿Puedo hacerlo yo?

En vista de que África era incapaz de responder. Jael se inclinó y fue acercándose de una forma muy peligrosa; silencioso, lento y con los ojos de un depredador, puestos en su boca. Ella cerró los suyos dispuesta a sentirle; dispuesta a olvidarse de todo y a dejarse llevar. El beso, sin embargo, aterrizó en la mejilla.

Y no es que Jael no hubiera deseado besarla en los labios. Sí, desde luego que sí. Su mente podía rebosar pensamientos que iban mucho más allá del hecho de saborearla durante un minuto. Pero precisamente por eso, por el lugar en el que estaban y por la situación convaleciente de Afri, optó por contenerse. A esas alturas ya estaba bastante entrenado en la materia de quedarse con las ganas.

África, sin embargo, sintió un vacío que se hizo más grande cuando Jael volvió a tomar distancia. Habría jurado que iba a besarla. Y qué *sensiblon* que estaba, lo había deseado con todas sus fuerzas. Debía ser por el atontamiento de los analgésicos que el doctor le había inyectado. O tal vez..., tal vez su almendrita tuviera algo que ver.

—¿Quieres que te lleve yo a casa? —la sorprendió Jael con esta pregunta.

«Pues... sí, ahora que lo dices, sí. Hoy me iría contigo adonde tú quisieras llevarme», respondió mentalmente.

—Quiero... decirte una cosa. —Por fin se dejó escuchar. Su voz era suave y sus palabras ligeramente inseguras. Al menos, así se lo pareció a él, que la miró con atención e incluso se puso algo nervioso; ¿iba a pedirle que firmaran la paz?

«Dios, sí; dime que vas a perdonarme de una vez. Dime que quieres que seamos amigos, ¡aunque sea eso!», habló su cabeza.

—Dime —la miró a los ojos con atención.

África titubeó un poco y respiró hondo, preparándose para lo que iba a soltarle. ¿Cómo reaccionaría? Jael era también muy joven. Y aunque la quisiera tanto como todos decían... no implicaba que el hecho de haber participado en la creación de aquel embarazo iba a parecerle maravilloso. ¡Apostaría a que estaba a punto de llevarse el susto de su vida!

—Venga, va... —volvió a cogerla de la mano y la animó a seguir hablando. Ahora estaba prácticamente seguro de que iba a decirle que ahí terminaban los malos rollos entre los dos.

África deslizó la mirada hacia las manos de ambos, de nuevo con sus

dedos entrelazados. Solo con aquello la hacía sentir demasiadas cosas. Tragó saliva y regresó a los ojos oscuros e intensos del papá de su almendrita.

«África, no me seas cobarde. Suéltalo de una vez. Esta es una tragedia compartida. Lucía y Joe tienen toda la razón. No sufras sola, porque esto no lo has hecho sola. El dueño del espermatozoide es él. ¡Díselo ya!», se exigió a sí misma mientras que Jael continuaba mirándola a la expectativa.

Él decidió ofrecerle una sonrisa al tiempo que apretó su mano.

—Tic tac tic tac... —susurró, poniéndole un punto simpático al momento.

Sin embargo, Afri solo pudo ponerse más seria. Los nervios no la dejaron hacer otra cosa.

—Jael... estoy em...

—¡Bueno, bueno, bueno! ¿Cómo sigue la paciente más guapa y valiente que han visto mis ojos? —La voz del doctor Turner irrumpió inoportunamente y, por qué no decirlo, a propósito. ¿No era una falta de respeto demasiado grande hacia él que su cuñado estuviese en aquella actitud tan cariñosa con la chica en su propia clínica? ¿Era el prometido de su hermana! ¿No contaba con que podía verles?

Jael se incorporó de inmediato al ver entrar a Jacob. África, por su parte, sintió frustración al no haber podido terminar de hablar.

—Hola, cuñado... por lo que veo conoces bien a África —comentó Jacob con ironía.

Jael captó el tono, pero aún así, respondió con educación.

—Claro que sí, la conozco desde hace meses.

—Ajá —asintió el doctor, lanzándole una mirada que Jael no terminó de entender—. ¿Y usted cómo se encuentra, señorita? —se dirigió a África, cuando aún no había dejado de mirar a Jael, quien, a su vez, arqueó una ceja con cierta sospecha. ¿Acaso...? No, Jacob no podía saber nada.

Cuando Joe y Dax llegaron a la puerta de la cafetería en la planta baja de la clínica, el primero se detuvo y frunció el ceño de manera rigurosa. Puso una mano en el pecho de su amigo para hacerle frenar, el cual se detuvo en seco, lo miró extrañado y a continuación llevó la vista hacia donde la tenía él.

Junto a la barra del bar, bastante concurrida, Lucía hablaba con un chico moreno, alto y musculoso. Vale, eso no tenía por qué ser nada raro. Delante de cada uno había un café; hasta ahí tampoco tenía por qué suponer

un problema. Pero aquel desconocido emitió una ligera carcajada y seguidamente se tomó el atrevimiento de tocar las mejillas de ella con ambas manos. Las acarició con los pulgares y, ¡qué cojones!, ella le devolvió la sonrisa. ¡No, eso ya sí que no!

Joe, impulsivamente, quiso echar de nuevo a caminar, pero esta vez fue Dax quien puso la mano en el pecho de este para detenerlo.

—No la líes —dijo, más a modo de orden que de consejo.

Joe inclinó la cabeza para seguir viendo a Lucía en aquella actitud. No podía creerlo. ¿Su Lucía en aquella actitud con otro tío? Se cargó de ira y hubo de respirar varias veces consecutivas para intentar aplacarse un poco.

—Espérate al menos a saber de quién se trata. A lo mejor ha coincidido con algún conocido de España, ¿no ves que no tiene pinta de ser americano? —habló Dax con moderación. Él también se habría alterado al ver a su chica así, por supuesto, pero conocía el instinto más escondido de Joe, aquel con el que podía moler a un tío en un santiamén. No iba a permitirlo.

—Hola, chicos... ¡menos mal que ya estáis aquí! Si no nos llevamos a África ya a casa, se tirará por la ventana. —Lucía se situó junto a ellos sin que estos la hubieran visto venir. Habló con naturalidad y luego se percató del semblante crispado de su novio.

Dax los miró a ambos y trató de suavizar la situación.

—Pues para qué hacerla esperar, vámonos a casa. Venga, Joe, tío... luego tratamos el tema —dijo, y prácticamente lo obligó a girar sobre sus talones.

Lucía frunció el ceño cuando los vio caminar delante de ella. ¿Por qué Joe la había mirado así? ¿Estaba cabreado? ¿Cabreado con ella? ¡No le había devuelto ni el hola!

Una vez en el coche que él mismo conducía, se tomó la libertad de preguntarle, pues hasta que salieron de la clínica con África, Joe no le había dirigido la palabra. Su ceño seguía contraído como una roca.

—¿Puedo saber qué te pasa?

—En casa hablamos —respondió sin apartar sus ojos del asfalto.

Lucía, desconcertada, no se atrevió a insistir. Pegó la espalda al sillón del copiloto y, cruzando los brazos, se limitó a mirar la carretera y a darle vueltas al coco.

Jezabel Marí

Capítulo 40

—Tienes tres segundos para decirme quién era el tío que te tenía puestas las manos encima en la puta cafetería...

Lucía frunció las cejas digiriendo lo que acababa de oír. No necesitó ni los tres segundos que Joe había mencionado para comprender qué era lo que lo tenía tan enfadado.

—Raúl —respondió sin más, aunque un tanto nerviosa. Joe seguía mirándola con una desconfianza que empezaba a molestarla.

—Ah bien... —asintió—. ¿Y quién demonios es el tal Raúl para tomarse esas confianzas contigo? —alzó la voz.

—No grites.

Joe la escuchó y rio de manera irónica.

—¿Que no grite? Da gracias a que he podido contenerme cuando os he visto. Porque deja que te diga que parecías muy a gusto con él. —Su cabreo iba en aumento a medida que se adentraba en el tema. Cosa que, por cierto, estaba deseando hacer al llegar a casa e ir con ella a la habitación. Pero estaban en la cocina, ya que fue incapaz de esperar más y la siguió hasta allí cuando esta, ignorando un poco su actitud, fue a servirse un vaso de zumo.

Lucía lo miró seria y guardó silencio un momento. Estaba tan celoso que podía estallar. Sí, de hecho es justo lo que estaba haciendo, estallando.

—Es un conocido. No te pongas así —aclaró en voz baja.

Joe cabeceó al oírla y, nervioso, anduvo unos pasos de un lado a otro. Por un instante fue racional y quiso templarse. Se pasó las manos por el pelo y respiró profundamente. Luego levantó la mirada para volver a ver a su futura mujer.

—Lucía... ¿qué cojones hacía ese “conocido” tuyo acariciándote la cara? ¿Y por qué tú le estabas sonriendo como si te encantase? —hizo una pausa mientras que ella le miraba con los ojos muy abiertos y conteniendo el aire—. Dame una explicación que pueda tranquilizarme, por favor.

Lucía se llevó el vaso a la boca y bebió un buen sorbo de zumo, luego se relamió los labios e hizo que Joe se distrajese con aquel gesto por unos segundos. Pero volvió a fruncir el ceño a la espera de que esta le respondiera.

—Ha sido un detalle sin importancia. Yo le dije algo sobre el susto que me había llevado por lo de mi prima... Ni siquiera recuerdo qué fue exactamente, pero a él le hizo gracia y se rio —explicó sin mucha base a la que agarrarse, pues eso era básicamente lo que había ocurrido. Sin más.

—Ya... —asintió Joe varias veces, inconforme—, y entonces se le antojó tocarte las mejillas, como si fueras algo suyo. ¿Qué coño se ha creído ese tío? ¡¿Acaso no sabe que tienes marido?! —exclamó con brío.

Lucía tuvo que ocultar la sonrisa que estuvo a punto de abordar su boca. A duras penas lo logró.

—Prometido, en todo caso.

Joe había captado su gesto cómico, y eso, junto a lo que había puntualizado, lo hicieron poner los ojos en blanco.

—Prometido, marido... ¡lo que sea! ¡Eres mía, joder! ¡Mía y nada más que mía! ¡Tus mejillas también lo son! ¡¿Me oyes?! ¡Toda tú! —reivindicó con toda la firmeza que su voz y su cuerpo representaban, que era mucha. Demasiada. Y muy atractiva.

Lucía se tapó la boca porque no halló otro modo mejor para frenar una risa que pugnaba por materializarse. Joe podría cabrearse más. O tal vez no. Pero no se atrevió a ponerlo a prueba. Sin embargo, este clavó su mirada en ella, muy consciente de lo que le pasaba. La observó con impaciencia por unos segundos y luego echó a caminar para salir de la estancia.

—Cuando puedas hablar como una adulta, me avisas —espetó al pasar por su lado.

Y se marchó. Y Lucía sonrió mientras se terminaba el zumo, pensando en lo tonto que era su chico al ponerse tan celoso... Sí, tonto, porque no había tío más irresistible que él en el mundo. No existía hombre que pudiese hacerle la competencia en ningún sentido.

No se preocupó por aquel cabreo que aún llevaba al retirarse, pues luego, ella, se ocuparía de hacerlo desaparecer por completo.

Cuando Jael llegó al enorme edificio donde vivía, junto al ascensor encontró a una mujer de espaldas. Llevaba una gabardina color crema y un gorro de hilo a juego que ocultaba su pelo. Sin embargo, esta no tardó en hacerse reconocer, dándose la vuelta al oír sus pasos detrás de ella. Además, había percibido su olor masculino inconfundible.

—Dianne... ¿qué haces aquí? —preguntó extrañado de verla allí parada.

Dianne mostró una leve sonrisa, parte de un semblante totalmente desconocido para él. Este la encontró distinta.

—Estaba esperándote —respondió con voz suave.

Jael pulsó el botón del ascensor y se metió las manos en los bolsillos al tiempo que volvía a mirarla.

—Tenía previsto llegar antes, pero vengo de... —quiso explicar.

—De la clínica —terminó en su lugar, haciéndolo callar—. Lo sé —asintió.

—Bien —asintió él también. Inclino la cabeza hacia el interior del ascensor cuando este abrió sus puertas—. ¿Subes?

—Sí, quiero hablar contigo —respondió de un modo tan calmado y tan distante, que lo hizo seguir extrañándose.

Una vez en el ático, Jael se quitó la chaqueta y le pidió a Dianne la suya. Las colgó ambas en el perchero y se adentró a la sala de estar, donde la vio haciendo un rodeo visual de todo lo que conformaba el entorno. ¿Qué diablos...? Conocía muy bien cada detalle de aquel lugar... Estaba rarísima.

—¿Estás bien? —se interesó, después de haberla observado un momento.

—Sí —apretó los labios, y lo miró con algo muy parecido a la nostalgia. Jael asintió en silencio—. ¿Y África? ¿Cómo está?

Por su pregunta, él entendió que lo de Dianne no sería más que otra reacción celosa, y que de un momento a otro daría su verdadera cara.

—Déjalo, Dianne... No vamos a hablar de ella.

—Sí, sí que lo haremos. Vienes de verla. Te has enterado de su accidente y has corrido a su lado. Sé que la amas —luzó sin que le temblase la voz.

A Jael no le sorprendió que su novia estuviera al tanto de todo. Era curiosa y andaba siempre tras la pista de las cosas que le interesaban. No obstante, ante aquel comentario tan atrevido, la miró serio.

—¿A dónde quieres llegar?

—Hay algo entre tú y esa chica contra lo que yo no puedo luchar —explicó, tranquila. Sus ojos parpadearon lentamente sin apartarse de los de él, que la observaron con desconcierto.

—Sabes que ella y yo no estamos juntos —aclaró, más por inercia que por sentir que tenía la obligación de hacerlo. Al fin y al cabo la infidelidad era cierta. Si le preguntaba por eso, no iba a negárselo.

Dianne esbozó una triste sonrisa.

—Deberíais estarlo —añadió.

—¿Qué? —incrédulo, quiso que ella le confirmase a qué se estaba refiriendo.

—Imagino que aún no sabes nada... —volvió a esbozar una sonrisa apagada—. Hasta tu mejor amigo te lo ha ocultado.

—¿Qué estás insinuando, Dianne? Déjate de rodeos, me estás poniendo nervioso. ¿Qué es lo que debería saber y que, según tú, nadie me ha contado?

—Es tan irónico que sea yo quien te lo vaya a decir... —comentó.

Jael dejó ir con aplomo todo el aire de sus pulmones. Seguramente el asunto no tendría tanto misterio como el que ella estaba creando.

—Va... irónico o no, dímelo de una vez.

—Vas a ser papá. —La pequeña frase antecedió a un silencio palpitante y ensordecedor.

Jael palideció al instante de haberla escuchado, y su mente, aunque trató de registrar la información, acabó colapsándose. ¿A cuento de qué venía Dianne a decirle semejante...?

—Estás loca —murmuraron sus labios, aún un tanto paralizados.

—Podría haberme vuelto loca, sí. Desde luego. No solo me fuiste infiel con esa chica, sino que además no usaste protección y la dejaste embarazada; muy bien, de verdad. Un acto muy responsable por tu parte. Pero, no, tranquilo, soy más fuerte de lo que imaginas y he podido digerir y afrontar esto de la forma más saludable que se puede. Por eso me voy de viaje.

Dianne, sin más, echó a caminar hacia el perchero para recuperar su gabardina. Jael no se lo impidió en un principio; aún intentaba salir del shock. Pero, sin haberlo conseguido del todo, se dio la vuelta y fue hasta ella.

—Espera... Espera, Dianne...

Dianne se componía la gabardina y alzó la cabeza para atenderlo. Sabía que no la dejaría ir así, sin hacerle alguna pregunta más.

—Me voy, Jael. He de terminar de preparar mi equipaje, el avión sale mañana temprano. —Se colgó el bolso y se atizó el pelo.

—Escúchame un momento, por favor... —rogó agitado.

Entonces Dianne lo miró enamorada, no pudo evitarlo. Pero también celosa. Celosa de África por tener a aquel hombre a sus pies sin haber hecho el mínimo esfuerzo.

—Jael, escúchame tú a mí. Sí, África está embarazada. Te estoy diciendo la verdad porque he visto el resultado de sus análisis con mis propios ojos, ¿Vale? —reafirmó. Jael sintió miles de sensaciones y hubo de llevar la vista al suelo mientras inspiraba una bocanada de aire. Ella lo observó conmovida. Desde ese instante supo que Jael querría que ese bebé naciese. Carraspeó y se obligó a seguir hablando, con tal de no derrumbarse —. Y, bueno..., aunque me joda mucho, he de admitir que se ve buena chica; con un ligero aire salvaje, eso también, pero creo que no tiene maldad alguna. Ve a por ella. Pídele que te lo cuente, y que te diga si quiere seguir adelante con ello; un pajarito me ha cantado que no está segura de hacerlo —hizo una pausa y respiró para poder seguir firme—. Como mujer que soy, apostaré mucho a que te ama como tú la amas. Lucha, Jael... Yo os dejo el camino

libre.

Dicho esto, se dio la vuelta y atravesó la puerta de salida sin mirar atrás.

Jael, en silencio, volvió a caminar hacia la sala. Un millar de sentimientos abordaban su cuerpo mientras volvía a hacerse consciente una y otra vez de lo que le estaba ocurriendo. No, aquello no era algo con lo que él contara. No, no era algo que él hubiera deseado. Nunca se había imaginado a sí mismo siendo padre... Sin embargo, una sensación muy fuerte se había concentrado en su pecho y estaba a punto de hacerlo llorar de emoción.

«Dios, África... vamos a... vamos a tener un hijo», habló mentalmente. La impresión no le dejó sonreír pero todo lo que sentía era bueno. Muy bueno. Se pasó las manos por el pelo y, finalmente, unas lágrimas humedecieron sus ojos.

Habían pasado dos días cuando Joe y Lucía volvieron a hablar entre ellos como personas adultas. Sí, aunque ella había intentado marearlo con besos robados y demás gestos de mimo, él seguía medianamente enfadado. Se había dejado besar, eso sí, pero no ponía demasiado de su parte para que aquello terminara en una escena romántica-erótica. Aquella tarde, sin embargo, Lucía entró en la habitación que compartían y lo vio de espaldas, con una camiseta básica blanca y un pantalón de chándal negro. La manga corta se adhería a sus abultados bíceps y hubo de morderse los labios sin que él la viera. ¡Qué ganas le tenía!

Joe, que estaba haciendo algo en el ordenador portátil, la escuchó entrar pero no se giró.

Sin embargo, Lucía optó por pasar por su lado mientras se desnudaba de manera natural, como si se preparase para darse una ducha. Pasó una vez sin la camiseta; llevaba un sujetador azul que realzaba su bonito pecho. Joe la miró un segundo de reojo pero se obligó a sí mismo a volver a sus quehaceres. Siguió tecleando unos segundos hasta que la vio pasar de nuevo, esta vez sin sus vaqueros. Las pequeñísimas bragas con aquel lacito rojo hicieron que su miembro entrase en fase de erección. No pudo contenerse y volvió la cabeza para verla caminar de espaldas. ¡Y menudo *culazo*! Cuando ella iba a girarse de nuevo, él regresó rápido a su posición. Aunque arqueó las cejas y resopló; ya estaba completamente erecto.

—Amor, quiero probarme este otro sujetador, ¿me abrochas? —dijo

con toda la naturalidad del mundo, a sabiendas de que Joe ya estaba acalorado.

Él la atendió, tirando de toda la impasibilidad que fue capaz de fingir.

—Gírate —le ordenó. Ella, que estaba de frente a él solo con las bragas, escondió una sonrisa y obedeció.

Joe tomó ambas tiras del sujetador e intentó abrochársela en un tiempo récord, pero no fue lo suficientemente rápido como para que sus ojos no pudieran tomarse la libertad de admirar de nuevo el culo de su chica. Guardó silencio y Lucía lo respetó, aunque se esperó sin hacer ningún otro movimiento. Joe no solo no apartó las manos, sino que las posicionó suavemente en la cintura de esta. Respiró con fuerza y cabeceó.

—Esas bragas... ¿no son muy pequeñas? —quiso quejarse, aunque más bien le salió un susurro perturbado.

Lucía se aguantó una risa.

—*Mmm...* tal vez. Pero te gustan, ¿no? —respondió insinuante.

Joe ladeó la cabeza y admiró su cuerpo.

—Separa las piernas —exigió.

Lucía, gratamente sorprendida, lo hizo.

Él metió la mano entre estas y acarició su sexo sobre la lencería. Ella cerró los ojos y, durante más de un minuto, se la escuchó gemir con suavidad. Joe apartó la tela y la penetró con uno de sus dedos. Poco después introdujo otro más, y jugó dentro y fuera con mucha lentitud. Con la mano que le quedaba libre, sacó su miembro del pantalón y empezó a acariciarse. Lo necesitaba; estaba tremendamente duro.

—Solo te he pedido que... me... abrochases... el sujetador —masculló, entrecortada.

Joe sacó sus dedos de ella con ligereza. Se puso en pie y la tomó por la cintura hasta inclinarla sobre el escritorio. Tiró de sus bragas hasta bajarlas a las rodillas y, apartándose lo suficiente el pantalón, agarró su sexo y la penetró. Gimió con fuerza y se detuvo dentro de ella. La sostuvo por el pelo y se inclinó para hablarle cerca del oído.

—Me has provocado demasiado... y ahora vas a pagar las consecuencias —susurró y comenzó a entrar y salir de manera despiadada en su interior.

Lucía emitió un quejido con las tres primeras embestidas... en la cuarta, su cuerpo se fue adaptando a la intensidad de estas y comenzó a disfrutar

tanto como él.

Estaba claro que, con aquel polvo, Joe se olvidaría de Raúl y de la tontería de las mejillas. ¡Y qué manera más rica de olvidar era esa! ¡Uf! ¡Uf!

Por la noche, cuando Joe, Lucía y África reían después de haber cenado comida italiana a domicilio. El timbre de la puerta sonó y él se levantó para ir a abrir.

—¡Termínate eso, Afri! ¡No quiero que mi sobrino nazca con cara de *Tiramisú*! —exclamó con un punto cómico al tiempo que se acercaba a la puerta.

Al abrir, Jael lo miró con una mano apoyada en el quicio. Lo había oído y Joe lo supo.

—Jael, no te esperaba, tío —dijo, entre sorprendido e inquieto. ¡Debería habérselo contado ya! Se sintió mal una vez más por haber callado hasta el momento.

—Ya, se ve que no me esperabas... —usó una respuesta irónica, que hizo sentir a Joe algo de vergüenza.

—Pasa, anda... —le dio la mano y cabeceó después de que su amigo hubiera entrado.

Una vez llegaron al salón, Jael se inclinó sobre Lucía para darle un par de besos en las mejillas. Esta lo correspondió y sonrieron; ya se podía decir que tenían una muy buena amistad. A África le pasó un dedo por el óvalo de la cara a modo de caricia y esta apretó los labios con gesto agradable.

—Gucci —susurró con una ligera sonrisa.

—Siéntate, hermano. Tómate algo —sugirió Joe, cuando ya le estaba ofreciendo una lata de *Coca-Cola*.

Jael la aceptó y se sentó en el mismo sillón que África. A su lado. Sin contemplaciones. Él no quería estar en otro lugar. Y tampoco iba a reprimir más sus ganas ni sus impulsos. Había dejado pasar un par de días desde que supo del embarazo; su Salvajita estaba convaleciente y quería haber conseguido callar hasta que estuviera bien del todo. Pero no, desde luego que no podía esperar. La impaciencia por hablar con ella finalmente lo venció.

—Qué guay que hayas venido, Jael; estábamos barajando la idea de ver juntos una película de miedo. Pero claro, mi prima no tenía a quien abrazarse en los momentos de susto —comentó sin el mínimo pudor, tal y como le vino a la cabeza.

África la quiso matar con la mirada, al tiempo que toda la sangre le subía a la cabeza. Sus mejillas intensamente sonrosadas sacaron algunas risas a los presentes.

—Cariño, lo que has dicho es cierto, pero podías haber sido más sutil... —añadió Joe, como si estuviera regañando a su chica. Pero el verdadero objetivo era secundarla. La evidente vergüenza de África le daba igual. Esos dos tenían que volver a estar juntos cuanto antes.

—No les hagas caso; yo no necesito abrazar a nadie. Están pirados. — se defendió, mirando a Jael entre las pestañas.

Él la observó mientras esta le hablaba; frunció el ceño y asintió, con el gesto de estar ocultando una sonrisa. Ella tuvo la impresión de que no la creía.

—Está bien, tranquila. No les creo. Yo sé que eres una valiente y que no te asustas ante nada —comentó, mirándola con una adoración que la absorbió.

África solo pudo asentir de una manera poco perceptible, pero sus pestañas, del modo en que solo la traicionaban delante de él, aletearon unos segundos por cuenta propia. ¡¿Por qué la miraba así otra vez?! ¡Jo, y qué guapo que estaba con aquellos ojos intensos y aquella barba tan perfecta! Era arrebatador, y, si seguía mirándolo un poquito más, este acabaría robándole el alma; total, el corazón ya lo tenía en su poder desde hacía meses.

Un dedo de aquella mano masculina volvió a pasearse por su mejilla y la sensibilizó más de lo que ya estaba. Se le aflojaron las piernas y las mariposas comenzaron a desplegar sus halas en su tripa. Sin darse cuenta se tocó la barriguita y Jael no pudo evitar deslizar su mirada hacia allí.

Entonces África reaccionó. Carraspeó un poco y se inclinó con ligereza hacia la mesa para coger su pastel de *Tiramisú*. Cuando se metió una cucharada en la boca, se percató de que Joe y Lucía los contemplaban sin perder detalle. El primero levantó las cejas después de dar un trago a su *Coca-Cola*; acababa de ver claro que sus amigos estaban locos el uno por el otro. Lucía se mordió los labios con felicidad.

«Ay, qué bonito. ¡Se aman, se aman, se aman!», exclamó para sí, entusiasmada.

África les sacó la lengua a los dos para hacerles burla. Lucía le devolvió el gesto y Joe emitió una carcajada. Después de reír miró a su amigo y le guiñó un ojo; a veces se entendían con muy poco.

—Rubia... —Jael le tocó el pelo para llamar su atención.

Afri, con la boca llena de pastel, lo miró. La había sorprendido que la llamase así. Gucci, Salvajita..., ¿pero rubia?

—¿*Mmm*? —no pudo responder con palabras, ya que seguía teniendo la boca ocupada.

Antes de decir nada más, Jael se puso en pie y, con especial cuidado, metió un brazo por debajo de sus piernas.

—Es hora de que tú y yo hablemos a solas —prosiguió mientras la cargaba sin demasiado esfuerzo. Tampoco esperó a que esta le diera el beneplácito y echó a caminar hacia la escalera, en dirección a su habitación.

—¡Buenas noches, pareja! —exclamó Joe viéndoles marchar.

—¡Me la cuidas, camarada! —gritó Lucía loca de contenta.

Jael esbozó una amplia sonrisa cuando vio cabecear a África tras haberlos escuchado.

—Puedo andar con las muletas —aclaró con una suave queja.

—Conmigo vas más cómoda —dijo él en voz baja.

Jezabel Marí

Capítulo 41

Jael entró en la habitación de África y cerró la puerta con un pie. Caminó hasta la cama y se inclinó para dejarla sobre esta con delicadeza. Ella volvió a sentir aquel vacío tonto y repentino cuando perdió el contacto con él, pero disimuló, apoyando las manos en el colchón para sentarse con la espalda pegada a la pared. Jael se descalzó y se tomó el atrevimiento de sentarse frente a ella, a poca distancia. Quería poder analizar sus miradas y descifrar sus gestos. La conversación que iban a tener, quizás, era la más importante

que habían tenido nunca.

No obstante, este guardó silencio durante casi un minuto. Solo la observó.

África sintió que la timidez se generaba en ella sin que pudiera camuflarla.

—Soy todo oídos —dijo él con suavidad, invitándola a que, de una buena vez, le contase lo que ocurría.

África supo a lo que Jael se refería y una madeja de nervios comenzó a desliarse en su estómago, para ir expandiéndose por todo su cuerpo. Se apretó las manos una con otra, se mordió los labios, su pecho se elevó por la respiración agitada y hasta deseó poder salir corriendo de allí. Claro, lo último lo desestimó al segundo, pues, precisamente, no estaba para salir huyendo.

Así que, para terminar con todos aquellos síntomas de debilidad, optó por ayudarse con su parte salvaje. Total, Jael no se iba a sorprender, ¿no?

—Si ya lo sabes, ¿para qué quieres que te diga nada? —espetó y crispó sus ojos azules simulando enfado.

Jael apretó los labios y la observó un poco más. No era la reacción que esperaba, pero tampoco la había descartado.

—Lo justo es que lo sepa por ti, ¿no te parece? —se mantuvo en calma. No iba a contribuir en absoluto a que se diese una discusión. No era momento para eso.

—Bah, tal vez sí, pero, por lo que se ve, alguien se fue de la lengua antes de tiempo... ¡Pues muy bien!, ya no hace falta que te lo cuente —replicó. Sus mejillas comenzaron a tomar un matiz colorado por la agitación.

—Cálmate, creo que no es bueno que te alteres. —Jael no sabía mucho de embarazos y todo lo que esto conllevaba; era demasiado joven y jamás le había interesado el tema, pero intuía que a un bebé podía perjudicarle cualquier cosa que le pasara a la madre.

África achicó los ojos con indignación. Quería estar más enfadada todavía para no sensibilizarse con nada de lo que él dijese. Y en los últimos días, cualquier cosa podía ponerla tonta e incluso hacerla llorar.

—¿Y por qué no iba a ser bueno? ¡Qué tontería! —exclamó con sarcasmo y seguidamente se atizó su pelo largo. Ondas rubias cayeron sobre sus hombros, todas, igual de crispadas que ella.

Jael seguía manteniendo su templanza. En otra ocasión habría

correspondido a aquella actitud de su Salvajita y, por supuesto, esta no habría podido con él. No obstante, se limitó a respirar de una forma tan profunda que no pasó desapercibida para Afri.

—No seas niña y dímelo de una vez —se puso serio e insistió.

África separó los labios con sorpresa.

—¿Una niña dices? ¡Ja! Soy bastante más madura que tú aunque me saques cinco años —protestó frunciendo el ceño.

—Ya se ve... —dijo Jael y, a duras penas, se aguantó una sonrisa irónica.

En rebeldía hacia él, Afri apoyó las manos en la cama e hizo un esfuerzo por levantarse. Jael se alarmó y la quiso detener, pero esta, testaruda, logró ponerse en pie.

—¡Aysss! —Una punzada de dolor aquejó su rodilla.

—¡Joder, África! ¡Es que... no puedes ser así! —la reprendió, al tiempo que la sostenía por la cintura de manera instintiva para que no perdiese el equilibrio y acabase en el suelo. Aún estaba sentado en la cama y su cara parecía haber quedado de forma estratégica frente al abdomen de ella.

África llevaba un pantalón de chándal por debajo del ombligo y una camiseta amplia.

—Dios... cómo me ha dolido —volvió a quejarse con un murmullo—. Deja que vaya a tomarme un analgésico... —añadió, y le llamó la atención que Jael no le quitase las manos de encima—. Suéltame, Jael... —insistió sin ningún ímpetu.

—Espera un momento. Solo un momento. Deja que... —trató de decir lo que repentinamente había deseado hacer, pero no pudo terminar. Ya había deslizado una mano hasta la barriguita de esta y, con mucha lentitud, la introdujo bajo su camiseta.

África se quedó muda. Su cuerpo fue colmándose de sensaciones mientras miraba lo que él hacía. Un suave gemido estuvo a punto de escapar de su boca.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó ella sin fuerzas. Toda su insolencia se había esfumado a otra galaxia, muy lejos de allí.

Él siguió acariciando su piel con ambas manos. Despacio. Suave. Con cuidado. Con mimo. Su corazón latía rápido, pues lo invadían una paz inmensa y, a la vez, una emoción ardiente.

—Estás... —comenzó a decir.

—Sí, lo estoy —asintió África. Él levantó la mirada hacia ella y detuvo sus manos, aunque no rompió el contacto con su piel—. Estoy embarazada —admitió con sinceridad, y con los ojos húmedos—. Y... —continuó—, por si quieres que te lo confirme, es tuyo. No he estado con nadie más.

Jael cerró los ojos y dejó ir un suspiro.

—Gracias —susurró.

—¿Gracias, por qué? Era justo que lo supieras —respondió de forma mucho más racional.

—Gracias por no haber estado con nadie más. —aclaró mientras volvían a mirarse a los ojos—. Si esta criatura hubiera sido de otro, me suicido —añadió con toque ligeramente cómico.

África sonrió de manera espontánea, y él, al verla, hizo lo mismo. Ella cabeceó y a continuación emitió una pequeña risa. A Jael le encantó verla de aquel modo. Natural, sin tensiones, sin tratar de plantarle cara por todo... Y tranquila, a pesar de estar embarazada a sus dieciocho añitos. ¡Cualquier otra chica en su lugar podría estar llorando por los rincones!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —la sorprendió con esta pregunta.

—No lo sé... —se encogió de hombros.

—¿Tienes alguna idea o quieres que pensemos juntos?

Todas las mariposas alzaron el vuelo en la tripa de ella tras escuchar lo que le planteaba su príncipe del desierto. ¿Su? ¿Suyo? Bueno... un poco suyo sí. La mitad de la almendrita era parte de él, por lo tanto...

Se sentó en la cama, a su lado, haciendo que este tuviese que dejar de tocarla. Pero con su cercanía, Jael ya podía darse por complacido. Al menos de momento.

—La verdad... es que ya tengo una decisión tomada —confesó, sincera. A él le pareció bastante segura.

—Sea lo que sea que hayas decidido hacer, yo voy a estar a tu lado, ¿de acuerdo? —quiso ser justo y que ella lo fuese con él. Por eso, primero le ofreció todo su apoyo, y luego... —. Pero, como padre... —hizo una pausa tras dicha palabra—, oh Dios mío; “padre” —murmuró, más para sí que para que ella lo escuchara. África, atenta a lo que este decía, volvió a sonreír sin darse cuenta. Él la miró y cabeceó con gesto incrédulo—. Es increíble... —dijo, emocionado—, ni siquiera me había imaginado en una situación así —prosiguió. Afri captó de nuevo la emoción en sus palabras y en el brillo de sus ojos—. Pero ¿sabes?... como te decía, al ser el padre... me gustaría poder

opinar —la miró con firmeza, para que esta supiera que no le estaba pidiendo permiso.

—Jael, tienes veintitrés años... tú tampoco quieres... —ella trató de justificar su propia decisión incluso desde la perspectiva contraria.

—Sí que quiero... —la interrumpió.

África se quedó mirándolo un momento, y luego, antes de volver a hablar, se mojó los labios.

—Tener... un hijo... es una responsabilidad muy grande —alegó con poca voz.

Jael parpadeó despacio mientras la miraba. Por nada en el mundo quería que ella llevase a cabo la terrible decisión de abortar.

—Es una responsabilidad que quiero afrontar junto a ti —respondió. Él también tenía su determinación tomada desde hacía un par de días. Hubo aceptado aquel hijo pocos minutos después de haber sabido que venía en camino—. Te amo, y te lo recordaré cada día si aceptas estar conmigo. Como... comprenderás, no hay motivo mayor que este para que quiera vivir la experiencia de ser padre a tu lado.

A África le tembló todo el cuerpo por la emoción. Era cierto que Jael no había dejado de demostrarle sus sentimientos desde que se separaron abruptamente en Sevilla. Y en realidad, por muy mal que a ella le hubiera caído, aquel episodio no había sido más que una situación fortuita e inesperada que él no supo manejar. Qué tonta había sido todo el tiempo... ¡Qué tonta! ¡Qué estúpida! Jael la amaba y se lo había hecho saber de mil maneras. Incluso en silencio; solo con la mirada. Ella, sin embargo, soberbia, se había dedicado a ignorarlo y rechazarlo. ¡No merecía que ahora él estuviese ahí, dispuesto a todo con ella! Era alguien famoso, con su vida resuelta y sin la necesidad de tener que coartarse por un compromiso de tanta magnitud. Pero no, ahí estaba, a sus veintitrés años, defendiendo su paternidad y... declarándole su amor una vez más.

—¿Tú me amas? —La pregunta rompió el ciclo de los pensamientos de África, que se arrepentía segundo a segundo de no haberlo escuchado antes, y de no haber estado atenta a lo que siempre le decía su corazón.

En ese momento, rezó porque él la entendiese sin que hicieran falta las palabras. No podía hablar. Si intentaba abrir la boca, terminaría echándose a llorar. Él la observó con atención. Analizó su mirada y descifró su silencio. A esas alturas podía leerla sin riesgo al error. Y lo supo... Fue acercándose poco

a poco a sus labios y comenzó a rozarlos con los suyos.

—No hace falta que digas nada... Lo sé —siguió rozándola con suaves besos—. Siempre lo he sabido.

Dos lágrimas irreprimibles escaparon de los ojos de ella. Jael la miró enamorado y, agarrando su cara con ambas manos, la atrajo hacia él y la besó con fuerza. África pasó los brazos alrededor de su cuello y lo correspondió, respondiendo a la pregunta que este le había hecho un par de minutos antes. Sí, lo amaba. Estaba enamorada de él desde... desde la primera discusión exagerada y tonta que tuvieron. Definitiva e inequívocamente, existía el flechazo y el amor a primera vista.

La calma inundaba cada rincón de aquella casa. No se oía absolutamente nada. Todavía tenía los ojos cerrados cuando una sonrisa abordó sus labios. Jael no movió ni un dedo pero fue consciente de su nueva realidad. Y también de que su mano seguía estando allí donde la dejó la noche anterior; sobre el vientre desnudo de África. Inspiró despacio para no interrumpir el sueño de esta y su perfume característico lo hizo feliz. Aquel delicioso olor intensificaba sus ganas de poseerla.

«Gucci... Bonita y deseable Gucci...», pensó mientras se excitaba.

«No te imaginas las ganas que tengo de volver a hacerte mía...».

La luz no tardó en ir iluminando la habitación y, cuando África comenzó a abrir los ojos, lo vio a él a su lado. Despertar de aquel modo sabía a lo mejor del mundo. Jael, con la cabeza apoyada sobre una mano, la contemplaba. Sonrió para darle los buenos días y se inclinó cuanto antes a besar su boca. En ese punto lo habían dejado horas atrás, antes de quedarse dormidos.

—¿Cómo se encuentran esta mañana mis dos personas favoritas? —susurró sobre sus labios y acarició suavemente su abdomen.

África se sintió la dueña del universo. Contenta. Pletórica. Radiante.

—Felices —susurró ella.

Jael sonrió y la besó de nuevo.

—Júrame que no vas a volver a...

—Lo juro —lo interrumpió.

Él levantó las cejas sorprendido.

—No sabías lo que iba a decirte.

—Juro que no voy a volver a separarme de ti —prosiguió Afri, aclarándole que sí que lo sabía.

Jael se mordió el labio inferior con gesto sonriente.

—No te atrevas a faltar a ese juramento.

África negó con la cabeza.

A continuación Jael descendió hasta el vientre de ella e, inclinándose, posó sus labios en él hasta cubrirlo de besos. África se erizó por completo. Las mariposas de su estómago ahora se habían reproducido entre ellas, y debían ser miles de millones de ellas.

—A ti también te amo —susurró él, acariciando aquel abdomen plano donde ahora se escondía su mayor tesoro.

—Almendrita —dijo África.

—¿Cómo has dicho? —levantó la cabeza para mirarla.

Ella se encogió de hombros mientras emitía una pequeña risa.

—Él o ella... es nuestra almendrita —respondió.

A Jael, aquella imagen le pareció dulce y tierna, y no pudo más que quedarse observándola por un largo instante. Luego volvió a dirigirse a la barriguita.

—Bueno, pues... a ti también te amo, almendrita.

Ambos terminaron riendo juntos. Él la abrazó y la colmó de besos. Su Salvajita volvía a pertenecerle.

En la cocina. Lucía y Joe desayunaban, o, mejor dicho, se desayunaban el uno al otro. Él la tenía sentada sobre sus rodillas y, mientras comían de un plato de fruta pelada y troceada, se daban besos, abrazos y caricias... un tanto peligrosas. Sin embargo, algo llamó la atención de ambos y se giraron hacia la entrada. Jael, sin camiseta, traía a África entre sus brazos. Cuando la sentó en un taburete junto a la mesa, Lucía y Joe les dieron los buenos días con una amplia sonrisa.

—Muy buenos, diría yo —respondió Jael, que se dirigía a la nevera para coger unas naranjas.

Lucía miró a su prima y, con un simple movimiento de su cabeza, le hizo la pregunta. África asintió, provocando que la mayor agrandase los ojos llena de júbilo.

—¿De verdad?! —Lucía no pudo evitar gritar esta pregunta, que salió

disparada de su boca.

La gritó tan fuerte que todos los presentes la miraron. África rompió a reír, por lo cómico de la situación. Jael, que hacía un zumo con las naranjas en el exprimidor, miró a su chica y luego volvió a sus quehaceres con una sonrisa en los labios. Joe, los observó a todos simultáneamente con una ceja levantada. En sus ojos zafiros brillaba una interrogación.

—¿Qué está pasando aquí? —alzó la voz para inquirir, aunque realmente estaba actuando. Sabía de sobra que su mejor amigo había conseguido domar a su Salvajita; seguramente, esta habría sucumbido al amor, por fin. Prueba de ello: habían pasado la noche juntos sin salir de la habitación.

Lucía escapó del regazo de su novio y fue directa a abrazar a su prima. La estrechó y la abrazó mientras besaba repetidamente una de sus mejillas.

Jael se acercó a la mesa con una jarra de zumo. Las observó a las dos y dibujó una sonrisa. Luego miró a su amigo y le guiñó un ojo. Joe asintió, devolviéndole el gesto.

—¡Pues ya era hora, ¿eh?! Nos habéis hecho sufrir demasiado con tanta película —exclamó Joe, sin abandonar el tono cómico—. Ya podríais haber dejado la tontería un poco antes.

Todos rieron por dicho comentario. Joe se levantó y caminó hasta donde estaban las primas. Lucía aún sostenía a África abrazada y este se posicionó junto a ellas.

—A ver, Gominola, hazte a un lado... —ordenó.

Lucía, traviesa, negó con la cabeza. Joe arqueó las cejas con sorpresa y luego asintió como advertencia.

—Ah, de acuerdo, no hay problema... —se puso tras ella y las abrazó a ambas. Sus brazos eran los suficientemente grandes como para abarcarlas.

Las apretó moderadamente y rugió como si se tratase de un monstruo aterrador. Luego inclinó su cuerpo hacia un lado y besó la mejilla de África.

—Afri, deja que te felicite, te llevas a un gran tío —caminó unos pasos hasta verla más de frente y la señaló con el índice—. Y ya no estoy de coña.

Ella asintió.

—Gracias, príncipe de Beckelar. Y perdona por haber alargado demasiado la tontería —puntualizó en referencia a lo que él había dicho antes.

Joe rió en consecuencia, estiró el brazo y le pellizcó la nariz.

Jael, que había estado viendo todo lo que sucedía, puso un par de tostadas recién hechas delante de Afri.

—Come, mi amor. —Dijo aquello con tanto amor, que Afri se sonrojó y Lucía estuvo a punto de dar brincos de alegría.

—Dame un abrazo, tío —le dijo Joe a su mejor amigo y tiró de él para estrecharlo—. No sabes cuánto me alegro —murmuró mientras le abrazaba.

Lucía, apareció repentinamente junto a ellos y se esforzó por abrazarlos a ambos. Lástima que no le fuera posible, pues eran demasiado altos y tenían demasiado músculo como para alcanzarles. Pero todos rieron viendo cómo ella puso de su parte para lograr su objetivo. Jael se apartó de Joe y fue directamente a abrazarla.

—Ven aquí, Luci —se inclinó sobre ella y la envolvió con sus brazos.

—Mi pequeña Gominola... —dijo Joe, tocándole el pelo, mientras aún reía.

—¡Tengo una pregunta! —Lucía levantó un dedo en cuanto se separó de Jael.

—Dispara —dijo él.

Ella miró a Jael y a su prima de manera simultánea para que ambos supieran que quería una respuesta conjunta.

—¿Se puede decir que voy a ser tita?

Todo se quedó en silencio por un momento. Lucía esperaba ansiosa. Joe se metió las manos en los bolsillos y esperó escuchar una respuesta positiva. Jael miró a África, la cual había dejado de masticar un pedazo de tostada que aún tenía en la boca. Pero asintió. Asintió contundentemente y, sonriendo, volvió a masticar.

—¡¿Voy a ser tita?! —volvió a preguntar Lucía alzando mucho la voz y dirigiéndose a Jael de forma exclusiva.

—Sí, vas a serlo, sí.

Tres semanas después...

—¡A mí este me fascina! —exclamó Lucía, embutida en un traje de novia espectacular. La seda se deslizaba gloriosamente por su cuerpo y realzaba la belleza de este.

África, curada totalmente de su esguince de rodilla, había recorrido la tienda entera y había encontrado otro que le gustaba bastante más que el que

su prima tenía puesto.

—¡Este! —gritó, sacando el vestido de entre todos los que estaban en la percha—. Lucilú, este es una pasada. ¡Pruébatelo!

Lucía salió de detrás de una cortina de terciopelo roja e inclinó el cuerpo para buscar a su prima. Desde donde estaba no podía ver el vestido al que se refería África, pero, lo cierto era que le daba igual.

—¡No pienso quitarme este todavía! Me ha costado un huevo meterme dentro de él, así que ahora voy a disfrutarlo, y de paso me autoconvengo —explicó alzando la voz.

La dependienta de la tienda las observó a ambas por encima de sus gafas, y escondió una sonrisa. Si no fuera porque sabía que aquella chica era la futura mujer de Joe Mcilroy, hubiera pensando que serían dos colegialas locas soñando con el lejano día en que un hombre las llevara al altar. Les había dejado curiosear en la tienda a sus anchas y estaba disfrutando de lo lindo viéndolas tan emocionadas.

—¿Autoconvencerte? ¿De qué? ¡Ese no es el vestido, Luci! ¡Jo! —protestó África.

Lucía ignoraba un poco lo que decía su prima y se admiraba de nuevo frente a uno de los tres enormes espejos que la rodeaban.

—¡Déjame, Gucci! Me he enamorado de este vestido y quiero familiarizarme con él hasta que sea la hora de irnos —giró sobre sí misma, mirándose con ojos destellantes.

—¡Quiero ver cómo te queda este! Le mando un mensaje a Jael para que tarde un poco más en venir a por nosotras —sugirió la rubia, descolando la percha del vestido al que se refería.

Lucía volvió la cabeza y la vio caminar hacia ella cargando el vestido.

—¡Afri, que pesada!

—Mira, es impresionante. Fíjate en el encaje que tiene debajo del pecho... —África le plantó el vestido delante de sus narices.

—Que sí, que sí, precioso —se movió para esquivar a su prima y seguir viendo su esplendoroso reflejo. África resopló, haciendo que esta desviase su atención hacia ella—. Tengo una idea... ¿por qué no te lo pruebas tú? —sugirió.

África, en un principio, pensó que era una idea ridícula. Lucía, sin embargo, asintió sonriente para convencerla.

—No soy yo quien va a casarse dentro de seis meses —alegó la menor.

—Siete —corrigió Lucía.

—Bueno, siete... los que sean.

—Tú también lo harás algún día, ¿o crees que vas a escaparte?

África volvió a resoplar.

—La cuestión es que... —intentó insistir.

—¡Pruébatelo, Gucci! ¡Va! Tú y yo tenemos la misma talla. Viéndotelo a ti podré hacerme una idea muy cercana de cómo me quedaría. De paso, sigo disfrutando de esta maravilla —dijo, pasándose las manos por las caderas.

—Me da que ya no tenemos la misma talla... —murmuró y se tocó la barriguita, que apenas comenzaba a estar un poco abultada. Luego volvió a observar a Lucía con las cejas levantadas. Estaba claro que no conseguiría que se deshiciera de aquel vestido en el que llevaba metida casi una hora. A ese paso la imaginaba llevandoselo a casa y durmiendo con él.

—¿Por qué no le haces caso a tu prima? —irrumpió la voz de la dependienta. África la miró mientras que Lucía seguía a lo suyo—. Tienes buen ojo, muchacha. Este es uno de los mejores vestidos que tengo en la tienda. La combinación de satén y encaje lo hacen ser una pieza muy especial.

África la escuchaba con atención.

—Sí, es súper bonito, la verdad —respondió.

—Delicado, distinguido, glamuroso, dulce y elegante —prosiguió la mujer, al tiempo que caminaba alrededor de ella, observándola desde todos los ángulos. Afri se inquietó—. Como tú.

—¿Qué? —alzó las cejas con sorpresa. ¿Ella era elegante? ¿Distinguida? ¿Desde cuándo?

—Tú y ese vestido tenéis mucho en común. Sí, deberías probártelo.

Las mejillas de África se tornaron rosadas y no supo muy bien por qué. No solían afectarles los piropos de cualquiera. Aún así, miró el vestido dubitativa y decidió vivir la aventura de sumergirse en él. ¡Novia por un ratito!

Solo diez minutos después, la dependienta terminaba de abrochar el cuarto y último botón envuelto en satén que el vestido tenía a la altura de la cintura.

—¡Date la vuelta, Afri! —exclamó Lucía.

África fue girándose despacio hasta que estuvo frente a su prima.

Seguía con las mejillas rosadas, y eso jugó al contraste con el tono marfil del vestido. El pelo rubio, bastante largo, tapaba parte de sus hombros y su espalda completamente desnuda.

—¿Se me nota la barriguita? —se giró de lado.

—¡Qué dices! No se te nota nada... ¡Estás preciosa! —respondió Lucía, mirándola con entusiasmo.

—Ah, pero... ¿estás embarazada? —preguntó la dependienta con cara de estupefacción.

—Sí, lo está. Va para los tres meses. ¿A que no lo parece? —Lucía contestó con rapidez y naturalidad.

África se había dado la vuelta y se miraba en los espejos que habían a su alrededor.

—No, desde luego, nadie lo diría.

—¡Huy! ¡No habrá venido Joe contigo! —La mayor de las primas alzó la voz al ver a Jael allí de pie, cerca de ellas.

Entonces África, al escucharla, se dio la vuelta. Por un momento se sintió como la chica que se prueba el vestido para su boda y a la que el novio no puede ver. Sus mejillas ardieron y quiso esconderse tras las cortinas de terciopelo que cubrían una de las paredes de aquel cubículo. Jael la observó e inclinó la cabeza hacia un lado para deslizar sus ojos por toda ella. Él también ardió y deseó que no hubiera nadie más en aquel lugar. Había asistido a algunas bodas y había visto otras en las películas, pero jamás se había quedado sin respiración viendo a una mujer con un vestido así. Hermosa no era la palabra... Sublime, tal vez.

La dependienta miró a la pareja con la boca entreabierta y los ojos paralizados. ¿Jael Kent era el papá de la criatura? ¡Pero bueno, qué chicas con más suerte! Tragó saliva y paladeó la envidia. Ese chico era tan guapo y tan sexy que podría provocarle hipo de por vida.

Él echó a caminar hacia su novia y la rodeó por la cintura.

—Salvajita, estás increíble. Me han dado ganas de salir a buscar un sacerdote y traerlo hasta aquí —comentó con voz suave. Luego sonrió para corresponder aquel gesto entre tímido y salvaje de su chica. ¿Cómo no iba a estar loco por ella? —. Y no, Luci. Joe nos está esperando en el restaurante de Bryan —dijo y miró su vestido—. Tú también estás preciosa.

Lucía sonrió y se movió de lado a lado. ¡No quería cambiarse de ropa!

Unas horas después, tras una exquisita cena y una divertida velada en el restaurante del tío de Joe. Ambas parejas se despidieron y cada una tomó distintas direcciones. Aquella era la primera noche que África dormía en la casa de Jael, pues, aunque estaban juntos, ella quiso esperar a tener la rodilla curada para mudarse a vivir con él.

—¿Qué te apetece hacer? —le preguntó Jael, ambos sentados sobre el sofá, frente a la enorme pantalla de televisión.

África se tumbó bocarriba y se desperezó.

—La verdad es que tengo un sueño... —simuló.

Jael observó aquel cuerpo tendido delante suyo, a su disposición, y se excitó instantáneamente. De manera repentina, se levantó y la cargó entre sus brazos.

—¡Ey, ¿adónde vamos?! —exclamó ella, sorprendida.

Pero él solo rio y siguió caminando.

No, no la llevó a la cama. La llevó a la cocina y la sentó sobre la isla de madera. Luego se dirigió a la nevera y sacó un recipiente lleno de fresas.

—Mira lo que he traído para darte la bienvenida a casa.

—¡Uumm, fresas! —exclamó encantada.

Jael rio situándose a su lado. Cogió una y se la acercó a la boca. Cuando África la mordió, cerró los ojos y se relamió los labios.

—Joder... —murmuró él. Su entrepierna también se quejó.

Ella abrió los ojos de golpe y siguió masticando mientras lo miraba.

—¿Joder, qué?

Jael estuvo a punto de explicarle explícitamente qué significado tenía aquella palabra malsonante, dentro del contexto en el que lo había dicho él. Pero se abstuvo. Podía llegar a ser un poco brusco, partiendo de las ganas que tenía de echarle un polvo a su chica. Tomó aire y le ofreció otra fresa.

—Nada... ¿quieres más?

África lo analizó y se guardó una sonrisa. Sabía exactamente lo que le pasaba. Desde que se habían reconciliado no habían hecho más que darse besos y caricias. Se habían visto cada día e incluso habían dormido juntos en muchas ocasiones, pero de ahí nunca pasaron. La culpable, la jodida rodilla. Pero no solo él moría de deseo.

Aceptó la fresa que le ofrecía y la mordió de su mano, haciendo que, por accidente, sus labios húmedos rozaran sus dedos. Él se puso nervioso y la

miró fijamente a los ojos. Ella masticó con parsimonia y le devolvió la mirada, aunque con un ligero halo sensual que lo puso a mil.

—África... —pronunció su nombre con advertencia.

—¿Si? —respondió sin dejar de mirarlo del mismo modo.

—No voy a poder esperar mucho más, lo sabes ¿no?

—Lo sé... —asintió despacio.

Lo provocó tanto que no pudo más que meterse entre sus piernas e inclinarse sobre su boca. Atrapó sus labios y le introdujo la lengua de forma ansiosa.

—Entonces no seas mala y deja de... —susurró algo, pero Afri no lo dejó continuar. Lo agarró de la nuca y lo estrelló contra su boca.

Aquellos besos se volvieron tan ardientes que ninguno se atrevió a separarse del otro. Solo cuando él metió sus manos bajo la falda de ella y deslizó sus braguitas hasta dejarlas caer al suelo, dejó de besarla y abrió los ojos para mirarla. Su respiración estaba agitada y su ceño se frunció al notar que África le desabrochaba el pantalón. Esta metió la mano en el bóxer y, entre caricias, liberó aquel miembro prominente, hirviente y completamente erecto.

Jael la rodeó por la cintura con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo. Su sexo, duro y alineado entre las piernas femeninas, encajó sin ayuda entre los pliegues externos, húmedos y carnosos de su vagina. No obstante, y a pesar del ansia que llameaba dentro de él, se controló; la besó de nuevo y retuvo las ganas de penetrarla. Lo haría en breve, por supuesto que sí, pero cuidadosamente.

África, sin embargo, se desesperó por tenerle dentro y, rodeándolo con sus piernas lo apretó contra sí. Gimió, reclamándole, mientras él la besaba, rogándole con brío para que la hiciera suya de una vez.

—Chss... tranquila —susurró Jael con gesto de contención. Estaba tan erecto que le dolía.

—Por favor... —suplicó ella—. Jael, por favor... —volvió a atraerlo hacia sí, apretándole el trasero con las piernas.

—Sí, está bien... Te daré lo que quieres, mi amor —diciendo esto, tensó las nalgas y fue introduciéndose poco a poco en ella. Su boca entreabierta sobre la de África exhaló un gemido de placer.

—Oh, Dios... —susurró África al recibirle grande y firme en su interior.

Jael se alimentó del cálido aliento de ella y volvió a besarla antes de seguir moviéndose. Era exactamente como la recordaba; muy prieta, húmeda, caliente... Podría correrse solo con besarla y mantenerse allí dentro. Aún así, cuando Afri empezó a darle besos en el cuello de aquella manera tan fogosa, su cuerpo decidió por él y empezó a mecerse dentro y fuera, provocándole y provocándose a sí mismo un placer intenso y casi incontenible.

—Gucci, me vuelves loco... te he deseado tanto... —exhaló sobre su boca sin dejar de penetrarla a un ritmo suave y uniforme.

—Ahora podrás... tenerme siempre que... quieras —respondió entre gemidos.

—Sí... Oh, joder... —pinceladas de un placer insoportable lo hicieron cerrar los ojos con fuerza y morderse los labios—. Voy a cobrarme todos los días que me has privado de ti. Quedas advertida...

—Te amo... —respondió ella. Gotas de sudor habían humedecido su pelo rubio. Sus ojos azules a medio abrir buscaron los de él, que la miraron con devoción.

—Yo te amo más.

Jezabel Marí

Capítulo 42

La iglesia era inmensa y estaba cuajada de flores. Una hilera de pétalos blancos dibujaban el camino por donde Lucía pisaba lentamente del brazo de su padre. Ella estaba emocionada pero él lo estaba más. Antonio había querido mirar a su hija muchas veces mientras la estaba llevando al altar, pero no lo hizo. Tenía los ojos llorosos y debía evitar romperse; ya había llorado

bastante días atrás en soledad. Aunque Lucía era la mayor de sus hijos, nunca dejaría de verla como su pequeña y bonita niña. Y bueno, para qué mentir, también le había costado entender y aceptar aquella historia de amor con el *guaperas* americano, surgida de la noche a la mañana.

La multitud de invitados se puso en pie para verla pasar por su lado. Era una chica de mucha belleza, pero aquel día parecía una diosa. Una diosa envuelta en telas de seda blanca que avanzaba radiante de felicidad hacia el hombre de su vida.

Y allí estaba Joe junto a su preciosa y conmovida madre; Katherine. Aquellos ojos zafiros nunca habían estado tan cargados de promesas, ni tan desbordantes de ilusión. El alma, llena de amor, se le quiso salir a golpe de latido cuando su mujer estuvo ante él. Ambos se miraron y contuvieron las ganas de abrazarse y besarse. Eso era lo que hubieran querido hacer, aunque la noche anterior, en la que no durmieron juntos, se despidieron de dicho modo. Mil besos y mil abrazos, y una canción de amor que Joe entonó bajito especialmente para ella.

—No tengo palabras... —susurró, admirándola. Lucía, más que oírle, pudo leerle los labios.

Joe se acercó y, antes que nada, estrechó la mano con su suegro.

—Hazla feliz —dijo Antonio, más como un ruego que como una orden.

—Prometo amarla y protegerla con mi propia vida —aseguró Joe.

Luego la miró de nuevo a ella e ignoró cualquier protocolo religioso. Se inclinó y besó sutilmente sus labios.

—Te adoro —susurró.

—Eres el novio más guapo del mundo —comentó ella emocionada.

—Y el único que vas a tener —añadió él y ambos se sonrieron.

El sacerdote ofició una ceremonia bonita y sencilla, tal y como se lo había pedido Katherine, en voz de su hijo. Este no quería que se alargase demasiado. Deseaba convertir a Lucía en su mujer de forma oficial y escapar de allí con ella de la mano. No obstante, se entregó a disfrutar del momento y de todo lo que les rodeaba; era un día único que quedaría en sus retinas para siempre. El día de su boda.

Su hermana Kate, con un vestido pomposo color nuez, con las mejillas rosadas, sentada justo en el primer banco detrás de los novios, contempló atenta a su hermano y a su cuñada durante largo rato. Luego volvió la cabeza para mirar a su padre.

—Papá...

—Dime, cariño

—Ven...

Joseph se acercó y Kate le habló como si estuviera contándole un secreto.

—¿Joey y Lucía tendrán un hijo como África y Jael?

—¿Te haría ilusión? —le preguntó con gesto sonriente.

Kate asintió con mucha seguridad y regresó su atención a la imagen que tenía delante.

África lloraba de emoción y fue incapaz de permanecer sentada en uno de los bancos de la iglesia junto al resto de asistentes. Había sido mamá un mes antes y aún tenía todos los sentimientos a flor de piel. Se había vuelto una pedazo de sensible desde que, tras un parto medianamente fácil, por primera vez, le vio la carita a su pequeño. Sí, un Jael en miniatura, que había heredado todo lo bello de ambos. ¡Menudo futuro le esperaba con las chicas!

Se había situado en un extremo privilegiado del templo, desde donde le llegaba una perspectiva preciosa de Lucía y Joe. ¡Qué *parejaza*! Estaban tan guapos que no parecían reales.

Jael le ofreció a su chica un pañuelo de papel y se acercó a susurrarle al oído.

—Me pregunto qué pasará cuando seas tú quien se esté casando...

África se secó las lágrimas y se sonó un poco la nariz silenciosamente. Giró la cabeza para mirar a su novio y negó con esta. Él frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó en voz baja, imitando el gesto negativo que había hecho ella.

África se puso de puntillas para acercarse a su oído y él se inclinó para facilitarle el acceso.

—Nunca he pensado en casarme —susurró. El olor de su perfume obligó a Jael a que permaneciese unos segundos más cerca de su cuello. ¡Qué poder tenía su aroma sobre él! Aprovechó que estaba ahí para responder a su comentario.

—Pues... ve pensando un poco en ello. El día de nuestra boda cada vez está más cerca —su voz suave se deslizó por la piel de ella provocándole un ligero y agradable escalofrío.

—¿Tú... sí has pensado en ello? —lo miró incrédula y una pizca sorprendida.

Jael sonrió con obviedad. Movi6 la cabeza en direcci6n al carrito de capota donde, apacible, dormía su bebé.

—Mi pequeño me habló el otro día en privado y me dijo que debo casarme con su mamá —comentó con aire cómico y voz moderada. África sonrió de inmediato, cabeceó y volvió a estar atenta a la ceremonia. Jael adoró su perfil e, inclinándose de nuevo para acercarse a su oído, le pasó la yema de un dedo por el óvalo de la cara—. Yo al principio dudé. Tú sabes, Gucci, yo no soy de casamientos y esas cosas... —África asintió con suavidad mientras le oía, pero sin perder detalle de lo que sucedía junto al altar—. Pero... —siguió hablando con menos voz y con un tono dulce que hizo que ella lo escuchase solo a él—, lo miré a los ojos y te vi a ti. Entonces, entendí que debía ser sincero... Le dije que eras la única mujer en el mundo que había conseguido enamorarme. Le dije que eras la única persona por la que había sufrido de verdad. Le dije que ya no imaginaba mi vida sin ti... Y que me habías hecho el mayor regalo que se le puede hacer a un hombre. Le dije que ese regalo era él —se detuvo un instante para tomar aire, y al espirar lentamente, pudo comprobar cómo se erizaba la piel de aquel escote femenino. La deseó, como si nunca antes la hubiera poseído—. Y le dije que se lo prometía.

África volvió la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Qué le prometiste? —preguntó curiosa. No iba a quedarse sin saber el último detalle.

Jael sonrió mirando sus labios y se acercó a besarlos con delicadeza. Al separarse la observó, esta vez más serio y formal.

—Que me casaría con su mamá. Eso le prometí.

Por si no había derramado ya suficientes lágrimas desde que había amanecido aquel día, África hizo un gesto de puchero y volvió a sentir que sus mejillas se mojaban. Jael la observó y no pudo más que rodearla con un brazo y atraerla hacia sí. Emitió una suave risa mientras la besaba en la frente.

—Deja de llorar, princesa. Como sigas así vamos a tener que salir de aquí en barca.

Ella, al escucharle, echó a reír contra su pecho. Él sonrió y se dio cuenta de que Joe apartaba el velo de la cara a Lucía. Giró a Afri entre sus

brazos y, sin despegarla de él, la colocó de manera que pudiera ver lo que ocurría.

—No puedes perderte esto, Salvajita.

—¡Oh! —exclamó con cara de ternura—. Ya es la princesa de *Beckelar* —añadió.

Jael la miró con el ceño fruncido y cabeceó sonriente.

La señora Marlene, madre de John y Jael Kent, que recientemente había regresado de unas largas vacaciones para asistir como invitada a la boda, observó la escena de su hijo y la chica española desde la distancia. Apenas estaba pendiente a la ceremonia. Sin duda alguna, el menor de sus retoños parecía haber decidido dedicarle la vida a África. Le había costado lágrimas comprender que se había enamorado y olvidar los verdaderos planes que tenía para él. Pero nada podía hacer contra la existencia de tanto amor. De hecho, incluso podía sentir envidia, pues nunca nadie la había amado de aquella manera. ¿Y si...? ¿Y si se centraba en disfrutar de la divinidad de nieto que ellos le habían dado? Esa criatura, que además era igualito a Jael, podría darle las alegrías que tanto ansiaba por el resto de su vida.

«Y bueno, como pareja..., quedan bastante bien», reflexionó analizándoles.

En mitad de una gran fiesta en la que abundó lo ostentoso, celebrada en el amplio salón de uno de los mejores hoteles de Manhattan... Y tras horas de bebida, comida, música, besos, baile, tarta, champán, socializar con gran parte de los mil quinientos invitados, etcétera, etcétera, etcétera, Lucía pudo encontrarse a solas con su prima en una de las amplias y maravillosas terrazas del edificio. Allí corría una brisa Newyorkina, dulce, fresca y muy agradable, que meció sus cabellos.

Ambas se abrazaron otra vez sin haber emitido palabra.

—Sé que eres feliz, pero... ¡dime cuánto! —gritó la rubia sin soltarla de las manos.

Lucía tenía las mejillas encendidas por la temperatura que había dentro del salón y por el ajetreo que le habían estado dando las personas que se acercaban a felicitarla. Pero conservaba la belleza natural que podía lucir una mujer enamorada e inmensamente feliz.

Se mordió los labios y cabeceó mirando a su prima, antes de responder.

—Afri, aún estoy preguntándome cómo es que me ha pasado todo esto. ¡No lo habría imaginado ni en mis mejores sueños! —exclamó emocionada.

—Ya... ni en aquellos sueños de princesas que solías tener de niña —añadió África y ambas rieron.

—¡Uf! Joe es mucho más de lo que esperé encontrar en un hombre.

—Sí —asintió la menor—, bendito el día en que le dio por acercarse a nuestro querido puesto —recordó.

—Pero, ¿y tú? ¡Mírate! Afri, eres mamá. Has tenido un hijo precioso con un hombre increíble que está loco por tus huesos —dijo Lucía elevando sus largas pestañas con impresión.

—Yo tampoco lo hubiera imaginado... —respondió con una sonrisa.

—Sí, prima, soy muy feliz. Por mí y también por ti. ¿Y sabes qué? El hecho de haber vivido todas estas cosas juntas, hará que siempre estemos unidas.

África observó que a Lucía se le humedecía la mirada mientras hablaba y volvió a abrazarla con fuerza, esta vez durante más rato.

—Quiero seguir atesorando momentos contigo, Gominola.

—Eso es un hecho, Gucci. Te lo prometo.

FIN.

Sobre la autora

Jezabel Marí empezó a plasmar historias en un papel desde que era una niña. Su amor por la escritura creció con ella y, en la actualidad, tiene el placer de vivir entre letras gran parte de su tiempo.

Esta escritora sevillana también es autora de la bilogía *De la Rosa*.

Puedes seguirla en:

Facebook: Jezabel Marí.

Instagram: @jezabel_ma



